TABLA DE CORRESPONDENCIAS

Los distintos libros de la *Monarquía indiana* en esta tercera edición aparecen en la siguiente forma:

Volumen	I	libros	I	—	III
Volumen	II	libros	IV	—	V
Volumen	III	libros	VI	—	X
Volumen	IV	libros	XI	—	XIV
Volumen	V	libros	XV	—	XVIII
Volumen	VI	libros	XIX	—	XXI

De este modo, los volúmenes I y II de la presente edición corresponden al tomo I de las ediciones anteriores, los volúmenes III y IV al II y los V y VI al III.

El volumen VII incluirá los distintos estudios sobre el autor, sus fuentes y obra, así como los correspondientes índices analíticos.

LOS AUTORES QUE SE CITAN EN LOS VOLÚMENES TERCERO Y CUARTO*

* Corresponde a los citados en el tomo segundo de la segunda edición.

Illescas.
Incógnito.
Inocencio I.
Inocencio II.
Instituta de Justiniano.
S. Irineo.
Istela.
Jacobo de Valencia.
Jamblico.
Jansenio.
Josepho.
Juan Andrés.
Fr. Juan Anio.
Juan Bautista Casal.
Juan Bautista Pomar.
S. Juan Chrisóstomo.
S. Juan Damasceno.
Juan de Plateo.
Juan de Ripa.
Juan Selva.
Juan de Torquemada.
Julio Capitolino.
Julio César.
Julio Polux.
Justino.
Juvenal.
R. Kimchi.
Lactancio.
Laercio.
Lampridio.
Laurencio Valla.
Leies de Toro.
Leoncio.
Libanio.
Liber Chronicorum.
Lipomano.
Lira.
Lucano.
Lucas de Pena.
Luciano.
Lucio Floro.
Ludolpho de Saxonia.
Ludovico Dolce.
Lycofrón.
Macaguan. Azzoguid.
Macrobio.
R. Maimónides.
Manetón.
Marcial.
Marulo.
Máximo.
Menchaca.
Fr. Miguel de Medina.
La-Misna.
Modestino J.C.
Motolinía.
Munstero.
Natal Comite.
Navarra.
Nicolao Griego.
Nicolás Damaso.
Ninsodoro.
Oleastro.
Onkelos.
Onufrio Panvino.
Ordinamento.
Orígenes.
Ovidio.
Partidas.
Patricio.
S. Paulino.
Paulo. J. C.
Pablo Burgense.
Paulo Orosio.
Pausanias.
Pedro Bellonio.
Pedro Cándido.
S. Pedro Chrisólogo.
Pedro Lombardo.
Pedro Mártir de Anglería.
Petrarcha (Francisco.)
Philón Judío.
Philostrato.
Phocilides.
Pichardo.
Pío Papa.
Pitágoras.
Platón.
Plauto.
Plinio.
Plotino.
Plutarcho.

Polianthea.
Polibio.
Polidoro.
Pomponio J.C.
Pomponio Mela.
Porcio Ticio.
Porfirio.
Posidonio.
Postello.
Probo Emilio.
Prudencio.
Quintiliano.
Quinto Curcio.
Rafael Volaterrano.
Ravisio Textor.
Nueva Recopilación.
Rodiginio.
Ruperto.
R. Salomón.
R. Salomón Jarchi.
Salustio.
Scoto.
Séneca el Mayor.
Séneca Trágico.
Servio.
Silvestro.
Simplicio.
Sixto V.
Sixto Senense.
Sócrates.
Sófocles.
Solino.
Sorano.
Sozomeno.
Strabón.
Strabón Monge.
Suetonio.
Suidas.
Taciso.
Tales Milesio.
Temistio.
Terencio.
Tertuliano.
Teodoncio.
Theodoreto.
Theodorico.
Theodoro.
Theóphilo.
Theodosio.
Theofrasto.
Tiraquelo.
Tibulo.
Tetelmano.
Tito Livio.
Todomeo.
S. Thomás de Aquino.
Tomás Moro.
Trogo Pompeyo.
Tucídides.
Turnebo.
Valerio Máximo.
Varrón.
Vida de San Remigio.
Vitruvio.
Vivaldo.
Ulises Aldrobando.
Ulpiano. I.C.
Xenodoro.
Xenophonte.
Zabarela Card.



LIBRO SEXTO

DE LOS VEINTE Y UN RITUALES Y MONARQUÍA INDIANA

Compuesto por fray Juan de Torquemada de la Provincia de el Santo Evangelio en Nueva España

ARGUMENTO DE EL LIBRO SEXTO

Hay en el hombre un principio natural que le inclina a buscar a Dios; pero no por esto dejaron los hombres de seguir dioses falsos. Cuándo comenzó la maldad de la idolatría en el mundo. Deja Dios caer en pecados a los hombres porque se apartaron de él. Tuvieron muchos dioses, unos supremos y otros inferiores. Dícense los que estos indios adoraron y lo que sintieron del alma, del infierno y otras cosas semejantes. Cómo pintaban las figuras de sus dioses; y algunos de los agüeros que tenían

PRÓLOGO

AL LIBRO SEXTO



ARA ESTE SEGUNDO TOMO de la *Monarquía indiana* he reservado todo lo tocante a la religión de estas gentes indianas por no mezclar ni confundir las materias del primero, de las cuales la primera que debe tratarse es la del conocimiento de Dios, y el que estos indios tuvieron engañados del demonio y ofuscados con el de sus falsos dioses. Y es fuerza que así sea, pues siendo estas gentes racionales, como las demás naciones del mundo, habían de tener Dios, al cual reconociesen como a Señor supremo, por ser fuerza (como probamos en este mismo libro) que los hombres conozcan Dios a quien adorar, y a esto inclina la razón natural; y así, comienza este libro por este fortísimo argumento; y van prosiguiendo luego los errores de los gentiles, hasta dar en grandes y disparatadísimos desatinos y locuras en que cayeron, de que no hay que maravillar, habiéndose apartado de Dios, como se apartaron, por infinidad de pecados que cometieron; a lo cual ayudó fuertemente la astucia y diligencia del demonio, que hallando puerta por donde entrar al corazón de los pecadores, para introducir su falsa adoración en ellos, lo intentó y con facilidad salió con ello; porque es cosa muy fácil despeñarse un ciego guiado de otro ciego, como lo dice Cristo nuestro señor; y siendo ciego el demonio, acerca de la doctrina santa y buena de Dios verdadero, suele fácil dar con el hombre ciego, envuelto en vicios y pecados, en el barranco y abismo de la falsa adoración e idolatría. Y no es pequeña merced la que Dios ha hecho a los que somos de su cristiano pueblo, en habernos traído a él para que con su santa doctrina conozcamos la verdad de su evangelio y las tinieblas en que viven los que de él andan apartados. Aquí podemos traer aquel blasón que en otro tiempo tuvieron los del pueblo de Israel, que por serlo escogido de Dios,[1] decían: No hay nación tan grande, ni de tanta estimación, que tan propicios y cercanos tenga sus dioses como nosotros los cristianos tenemos a nuestro Señor y verdadero Dios, porque éste es el verdadero y todos los demás son falsos y fingidos.

No ha habido nación en el mundo, por bárbara que sea, que no haya reconocido haber deidad y Dios supremo de todas las cosas (como lo dice Eliano),[2] sin dudar en esta verdad, ni tampoco en si su providencia se ex-

[1] Deut. 4.
[2] Eliano, de Varia Hist. lib. 2.

tiende en estas cosas inferiores de este mundo, si no fueron algunos pocos griegos, entre los cuales refiere fray Miguel de Medina[3] a Misenio, Dionisio Frigio y otros pocos que negaron esta verdad tan llana y conocida, diciendo con Sófocles: El gran Júpiter está en el cielo, desde donde todo lo ve y rige. Y Ovidio Nasón,[4] dice: Los supremos dioses contemplan con ojos justos, todas las cosas mortales. Y Plauto,[5] añade: Dios ve y juzga todas las cosas que haces. Y Platón[6] lo afirma en muchos lugares de sus escritos, en especial en sus diálogos *De las leyes;* y Aristóteles[7] y Crisipo,[8] Plotino Platónico y Alexandro Afrodiseo, Cicerón[9] y otros, como decimos, tratando esta materia en este mismo libro. Pero todo este conocimiento referido fue mezclado y revuelto con opiniones falsas y sentencias erradas acerca de la verdad de la divinidad, porque muchos la dividieron en muchos dioses, como lo dice Plinio el Segundo,[10] y otros muchos con él. Y por esto pusieron tanto número de dioses, como hemos haber tenido los romanos y otras naciones del mundo, antes y después de ellos; entre los cuales se cuentan los indios de esta Nueva España, que siguiendo el error antiguo de los ciegos hombres, los tuvieron en muy grande y crecido número. Porque antes de el santo advenimiento de Cristo señor nuestro, en carne al mundo, casi todo él estaba lleno de idolatría; y el demonio, autor de ella, no cesaba de engañar a los hombres, hablándoles en ídolos y estatuas y tomando figuras y formas de hombres y mujeres para mejor engañarlos. Y después de su santa venida, a redimir al hombre errado y engañado de esta infernal bestia, no luego cesó esta mala y diabólica doctrina, antes quedó establecida y dilatada en aquellas partes donde la santa fe de Jesucristo no fue asentada y donde su predicación totalmente no fue hecha y en otras, que aunque se hubiese predicado, no todos la creyeron y se dejarían llevar de su falsa adoración, como obstinados y malos, por permitirlo así Dios verdadero, por sus grandes y abominables pecados; por los cuales se hacían indignos de este mismo Dios y de su gracia. Pero como las cosas violentas no tienen duración ni permanencia (como dice el Filósofo), esta de la idolatría, como tal, vase destruyendo y acabando, no sólo porque la divina providencia no la consiente ni la aprueba, sino también porque de su misma naturaleza, por ser falsa y metirosa, no puede permanecer con la verdad ni ser eterna como ella (como dice el Espíritu Santo), porque la verdad permanece para siempre, y la mentira, cuando por algún tiempo dure, al fin viene a tener fin.

De aquí es que todas las gentes erradas del mundo se han despeñado por estos engaños manifiestos del demonio y seguido su diabólico y detestable consejo, afirmando por verdades las que son manifiestas mentiras, deján-

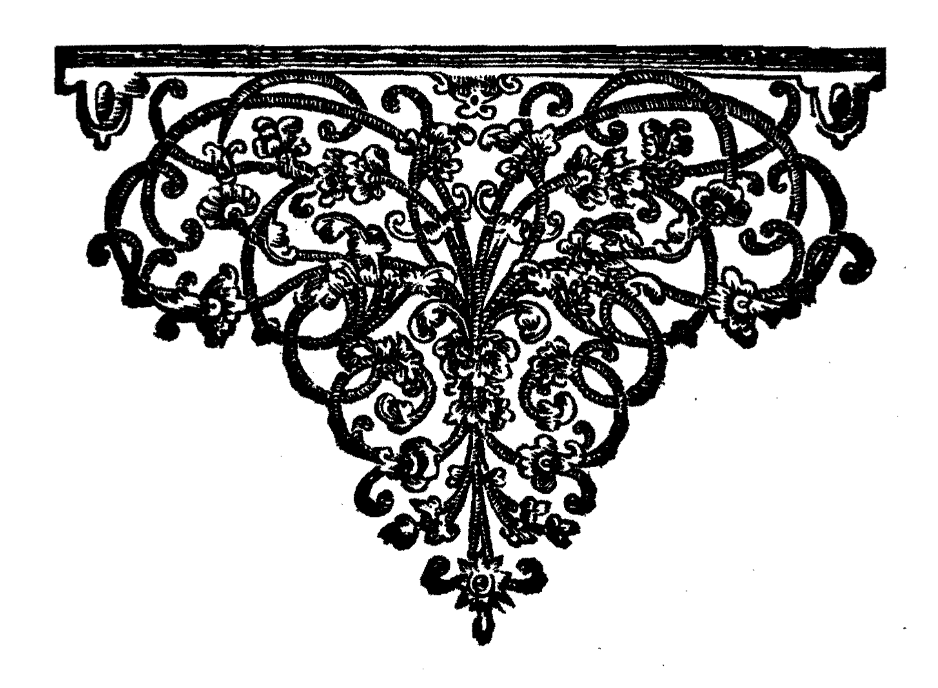
[3] Medina, lib. 4 de Recta in Deum Fide, cap. 8.
[4] Ovid. in Metha. lib. 13.
[5] Plaut. in Capit.
[6] Plat. Dialog. 10 de Legibus.
[7] Arist. lib. 12. de Prima Philosoph. et lib. de Mundo ad Alexandr.
[8] Chrisipo, apud Gelium, lib. 7. Noctium Atticarum.
[9] Cicer. lib. de Nat. Deorum.
[10] Plin. lib. 2. Hist. Nat. cap. 7.

dose llevar vana y calumniosamente de la malicia envidiosa del enemigo universal de esos mismos hombres; con la cual pretende derribarlos del estado santo y puro de la gracia y hacerlos participantes de sus infernales penas. Y con esta ceguera y vicio, que maliciosamente siguieron, dividieron la divinidad en partes, atribuyendo a muchos dioses lo que es de uno sólo y lo que a uno sólo pertenece, como si en la muchedumbre consistiese la perfección; siendo así que todo junto es debido a la unidad de la divina esencia, no siendo más que uno, en cuanto Dios, aunque es Trino en Personas. La cual unidad, en cuanto Dios, confesamos en ley católica y la trinidad de las personas, diferenciándose entre sí, en cuanto personas; porque la persona del Padre, no es la del Hijo y la del Hijo, no es la del Espíritu Santo; pero estas tres personas son un solo Dios verdadero en esencia; y todas las demás cosas que a esta divina esencia se atribuyen y le son propias, no propias como el accidente a la substancia, sino propias, siendo una misma substancia con ella.

Pues por no tener este santo conocimiento, tan necesario al hombre, el cual se alcanza por revelación y particular noticia del cielo, siguieron tantos errores estos engañados idólatras, dando nombre de dios a Huitzilopuchtli, atribuyéndole divinidad, y a Tezcatlipuca, que fuese distinto del primero; haciendo al uno dios de las guerras, y al otro, vivificador de las cosas del mundo. Y tajando por éste y otros semejantes desvaríos, fueron multiplicando sus disparates y el número de sus falsos dioses, de los cuales se trata en este libro. Pero porque la narración simple y rasa de ellos parece que fuera cosa áspera y desabrida, porque no fuera más que contar disparates y locuras de los que los inventaron, me pareció anteponerles el principio de estos errores, desde que comenzaron en el mundo, por los primeros que los apoyaron y les dieron estimación y crédito. Por esto comienza este libro por el conocimiento de Dios, diciendo haber en el ánima del hombre un principio natural, aunque confuso, que lo inclina a buscarle y conocerle; y cómo los hombres fueron depravando este conocimiento y dejándose llevar con ignorancia crasa y maliciosa de este detestable vicio y error.

Y porque no se entienda que solos estos indios fueron los perniciosos, en este pecado, se confuta su yerro con decir, que otras naciones más atrasadas que ellos los adoraron con los mismos nombres (aunque diferenciados en la pronunciación de las lenguas, por no ser una misma la de todos), y conócese en esto el intento del demonio, que fue uno mismo en los unos y en los otros; es a saber, querer ser adorado de todos en aquel ministerio y prerrogativa que atribuyó a cada cual de los ídolos, que con diferentes nombres introdujo en el mundo, entre los ciegos y engañados hombres que le siguieron en estos disparatados engaños. Pónense en este mismo libro otros sentimientos y pareceres que tuvieron acerca de la inmortalidad del ánima y de la creación de los cielos y lo que tenían por demonio y otras cosas semejantes a éstas; porque si en todo ello erraron, se vea que no es maravilla que el que no conoce a Dios verdadero, tampoco conozca otras cosas que son efectos de su santa omnipotencia, y nos queda margen en esta consideración para dar gracias a Dios que los sacó de esta tan grande

ceguera y los trajo a la suave ley de Jesucristo, donde, con los que la profesan, alaben su santo nombre y vivan en su santa gracia, con que se salven, viviendo conforme su arancel y mandamientos, que son el camino cierto de el cielo.



CAPÍTULO I. *De cómo en el ánima del hombre hay un principio natural que le inclina a buscar a Dios, aunque no con acto distinto sino confuso*

PARA HABER DE SEGUIR ESTA MATERIA (cuyo argumento está propuesto en el principio de este libro) es cosa muy necesaria comenzar por las razones fundamentales que hay para probar cómo el hombre está obligado, por ley natural y por impulso propio del ánima, a buscar a Dios para adorarle y reconocerle por Señor del ser intelectual y humano que tiene; y de aquella admirable y prodigiosa trabazón del cuerpo y alma de que está compuesto, diferenciándose de todas las demás criaturas que son obras de sus manos soberanas, así angelicales como irracionales, participando con todas como el medio entre dos extremos, siendo intelectual y dotado de razón, como el ángel y animal sentitivo y vegetativo, parecido al irracional y plantas, como dice San Gregorio.

Siendo pues el hombre hechura de las manos de Dios, no lo dejó tan desnudo de favores que no se los comunicase muy a manos llenas, criándolo a su imagen y semejanza (como se dice en el *Génesis)*.[1] Y no se contentó la divina majestad de Dios con haberle dado el ser de naturaleza que tiene y haberle hecho a su imagen y semejanza, criándolo en gracia y en lo más pacífico de su amistad, sino que lo crió para sí y se constituyó y dedicó a sí mismo para fin último del hombre; al cual quiso con su propia visión beatificar liberal y graciosamente sin que el hombre, para haber de recibir esta tan singular merced, obligase de su parte a Dios, para que así se le comunicase, que es lo que dijo Job.[2] Señor, ¿quién es el hombre que así le magnificáis y engrandecéis? Como si dijese: ¿por ventura, hubo de su parte alguna razón que os obligase a que pusiésedes en él vuestro corazón? No la hubo, ni pudo haber; porque lo que no era, no podía obligar antes de ser; tampoco después de hecho y criado, pues que no precedieron méritos para la creación; luego graciosamente recibió el hombre este bien tan grande y beneficio tan señalado y crecido. Pues habiendo criado Dios al hombre para sí y para que como a centro propio y verdadero suyo se fuese, era necesario dársele a conocer y poner en él algún impulso, para que vencido de él se obligase el hombre a buscar aquel Señor que lo es de su creación y ser; y conocido por él lo amase y sirviese, que es el fin último que de nosotros pretende Dios al hombre para que le conociese, y conociéndolo lo amase, y amándolo lo poseyese, y poseyéndolo lo gozase.

[1] Gen. 6, 3.
[2] Job. 7, 17.

Siendo pues éste el fin para que Dios crió al hombre, puso su majestad santísima en él una lumbre natural e intelectual que es el entendimiento, para que con él le conociese (no clara y distintamente y como es conocido por fe, sino con un conocimiento confuso, según su finita y determinada capacidad) y juntamente crió en él un ímpetu que por otro nombre se llama apetito o inclinación natural de conocer que hay Dios y criador y que debe ser buscado para ser servido y adorado como Dios único y Señor universal de todas las cosas criadas, en cuyas manos está el ser y vida de todos, por ser el principio del ser y esencia de toda criatura; por razón de que todas las cosas criadas tienen natural inclinación, apetito y deseo de ir a su fin, como a principio que es de su subsistencia en el ser de naturaleza; y esto, con un arrebatado y acelerado ímpetu, en cuanto le es posible; porque, por la lumbre impresa en el alma conoce el hombre que hay Dios, y por el apetito le busca y desea hallarle y servirle cuasi atinando el alma que toda su nobleza y excelencia y su final descanso y bien beatífico no consiste en otra cosa sino en ese mismo Dios que la crió y hizo de nada. Y así nuestra ánima (según opinión de Platón), luego que de la mano de Dios es criada, por este natural y cierto movimiento se vuelve a él como a su criador, a modo de hija amorosa, de puro deseo de ver a su padre, como ni más ni menos el fuego, que en la tierra es encendido por virtud de los cuerpos superiores, procura encaminar su llama, en cuanto puede, hacia lo alto. Así nuestra ánima, que con infinito natural se siente criada divinalmente, se vuelve hacia esta divinidad y la desea y la adora; y por esto ninguna gente hubo, ni hay que no crea haber quien mereciese ser temido, adorado y servido, a quien llamaron Dios. Esto quiso sentir Iamblico, filósofo, diciendo, que cierto fuego divino viene a herir a nuestro ánimo, de que se le sigue al hombre un natural apetito del amor de Dios. Por lo cual, queriendo muchos seguir esta opinión, dijeron aquella fábula: que Prometheo descendió y trajo el fuego divino del cielo, con el cual dio ser y vida al hombre que formó de barro. De este natural fuego, de que Dios (entendido por Prometheo) formó al hombre, sale la causa; porque cuando alguna cosa nos sucede, de bien u de mal súbito, antes que hagamos otra consideración alguna, lo primero que hacemos es alzar los ojos al cielo, juntando las manos, como que naturalmente el hombre entiende y siente que de lo alto sucede y se deriva todo y se inclina a dar gracias al que lo envía, que son efectos de adoración, y de que hay Dios a quien temer y amar.[3]

Por esta lumbre natural impresa en el ánima (que es el entendimiento) no podemos conocer más de que hay Dios, a quien los hombres están obligados a adorar y servir como a verdadero criador y señor de todo; pero que sea uno o muchos no se puede luego fácilmente alcanzar por razón natural, por causa de que excede este conocimiento a toda nuestra capacidad en infinita manera; por cuanto Dios, que es el que ha de ser conocido, es infinito; y el hombre, que es el que ha de conocerle, finito y de corta y limitada capacidad; y por esta distancia infinita no hay cosa más apartada

[3] Lact. 6. I. cap. 2. Cicer. lib. 2. de Nat. Deorum in princip.

y alejada de nuestro conocimiento que el de Dios; y por esto decimos que el conocimiento que alcanzamos, por ley natural de su majestad santísima, es muy corto, limitado y confuso; y juntamente afirmamos la dicha inclinación en el hombre, con la cual se inclina a buscar (aunque confusamente) a este Dios y criador, a quien tanto debe. Lo cual confirma Santo Thomás[4] diciendo: que por la lumbre natural, impresa en nuestras almas, fácilmente puede el hombre venir en algún conocimiento universal y confuso de Dios. Y lo declara de esta manera: que viendo los hombres las cosas naturales correr y perseverar con certeza y ordenadamente, siendo verdad que esta certidumbre y buen orden no puede ser sin que haya ordenador que las rija y ordene, es fuerza que conciban los hombres (por la mayor parte) que hay alguno que las gobierna, rige y ordena; pero quién sea o cuál sea, o si es uno o si son muchos los que estas dichas cosas disponen y ordenan, no luego lo pueden conocer por solo este natural y universal conocimiento, por ser, como es, confuso. Así como cuando vemos algún hombre moverse y hacer algunos actos vitales, concebimos haber causa cierta de aquel movimiento y operaciones, las cuales las otras cosas vegetativas, como es un árbol y la piedra, no la tienen, la cual causa llamamos ánima; pero no sabemos qué cosa sea ánima, si es cuerpo o no, ni tampoco cómo hace aquellas operaciones vitales. Esto dicho es de Santo Thomás,[5] en el lugar citado, y en la primera parte de su *Suma* dice lo mismo, probando que esta proposición, haber Dios, no es por sí misma conocible en cuanto a nosotros y a nuestro entendimiento, sino en una manera confusa y común; y esto no es conocer clara y distintamente quién o cuál sea Dios. De la misma manera que conocer a una persona que viene de lejos no es conocer que sea Pedro, aunque sea él mismo el que viene, porque éste es conocimiento confuso; y por esta causa es muy necesaria la demonstración de los efectos de las cosas criadas y más conocidas de nosotros, las cuales nos den a conocer quién o cuál sea Dios; y esto no pertenece a todos, sino a los filósofos y por discurso de tiempo; y así se ve que Aristóteles, para hallar a Dios, por solo rastros y movimientos naturales, no trabajó poco, haciendo ocho libros de físicos, hasta llegar a hallar un movedor que no se movía; y compuso también doce o trece libros de metafísica y yendo discurriendo de substancia en substancia y de causa en causa, hasta llegar a hallar que Dios era la primera causa de todas las causas; que era el summo bien inteligible que trae a sí todas las cosas criadas por vía de apetecible y desiderable; el cual es puro acto inmaterial e inmoble, cuya vida es su entender, su querer y voluntad; de quien toda naturaleza de todas las cosas, en su ser, depende; en cuya contemplación consiste toda la bondad y suma delectación; de quien el mismo Aristóteles (después de tanto estudio y trabajos, y habiendo alcanzado por este conocimiento dicho que había Dios y habiendo conocido que debía tener tantas maravillas y excelentes propiedades y condiciones) dicen que dijo: *Inveni te primam causam, fac me tibi placentem.* De manera que haber Dios o alguna suprema causa que gobierna el mundo,

[4] Div. Thom. lib. 5. Contra Gent.
[5] Div. Thom. 1. p. q. 2.

se conoce confusamente con conocimiento confuso y no distinto; y la lumbre con que se conoce está en el hombre, con la cual se inclina a buscarle como a su propio fin y centro; pero cuál sea o qué propiedades y excelencias tenga y le convenga, si es uno o si son muchos dioses, no se puede saber ni conocer, sino por la lumbre de la fe; y algo de ello después de mucho y largo estudio y demonstración, como la que alcanzó Aristóteles.

CAPÍTULO II. *Donde se prueba haber Dios al cual el hombre, naturalmente, se inclina*



IEN PUDIERA BASTAR LO DICHO en el capítulo precedente para quedar suficientemente probado este conocimiento natural que hay en el hombre para conocer a Dios confusamente pero, para mayor fuerza de nuestro intento, me parece referir autores sabios y hombres doctos que han tratado este mismo argumento y dado muchas y muy fuertes razones para absolverle, entre los cuales, el primero que se me ofrece es Tulio,[1] el cual dice así: haber Dios, ninguno lo niega y todos lo conocen confusamente por la lumbre natural; pero cuáles y cuántos sean los dioses no se sabe de cierto; por lo cual son varias y diversas las opiniones que de esta materia ha habido entre los filósofos. Y en el libro primero de las *Cuestiones tusculanas*, dice él mismo: no hay nación tan bárbara que no sepa que hay Dios. Y en el primero *De leyes* dice lo mismo, aunque por otras palabras. Y en el lugar arriba señalado introduce, el mismo Tulio, al filósofo Cleantes, que fue entre los estoicos señalado en el reino de Troya; el cual puso cuatro causas o razones para probar aqueste conocimiento de Dios, confuso, ser naturalmente impreso y esculpido en las ánimas de los hombres, de donde concluye haber Dios a quien el hombre se inclina naturalmente para amarle y adorarle como a supremo hacedor de todas las cosas.

Una de las razones de este excelentísimo filósofo, es haber agoreros y adivinos que adivinaban por agüeros de aves; la cual arte de adivinar tenían los gentiles por divina; por cuanto estos dichos agoreros o adivinos decían las cosas por venir, de lo cual inferían que aquellas cosas que los tales adivinos decían no llegaran a debida ejecución, ni fueran verdaderas si no hubiera Dios; que lo que ellos afirmaban él lo ejecutaba y cumplía, por tenerlos como los tenían por intérpretes y declaradores de la divina voluntad; y hacían este argumento. Éstos dicen esto y sucede así, luego Dios hay que se lo manifiesta y declara, cuyos intérpretes y ministros son; lo cual no aconteciera si no hubiese Dios que lo cumpliese y ejecutase; y por esta causa es fuerza confesar que hay Dios, porque cuyo es algún intérprete o consejero, necesario es que aquel tal esté en el ser de naturaleza; éstos son intérpretes de otro; luego este otro que concedemos es Dios, el

[1] Cicer. lib. 2. de Nat. Deorum.

se conoce confusamente con conocimiento confuso y no distinto; y la lumbre con que se conoce está en el hombre, con la cual se inclina a buscarle como a su propio fin y centro; pero cuál sea o qué propiedades y excelencias tenga y le convenga, si es uno o si son muchos dioses, no se puede saber ni conocer, sino por la lumbre de la fe; y algo de ello después de mucho y largo estudio y demonstración, como la que alcanzó Aristóteles.

CAPÍTULO II. *Donde se prueba haber Dios al cual el hombre, naturalmente, se inclina*



IEN PUDIERA BASTAR LO DICHO en el capítulo precedente para quedar suficientemente probado este conocimiento natural que hay en el hombre para conocer a Dios confusamente pero, para mayor fuerza de nuestro intento, me parece referir autores sabios y hombres doctos que han tratado este mismo argumento y dado muchas y muy fuertes razones para absolverle, entre los cuales, el primero que se me ofrece es Tulio,[1] el cual dice así: haber Dios, ninguno lo niega y todos lo conocen confusamente por la lumbre natural; pero cuáles y cuántos sean los dioses no se sabe de cierto; por lo cual son varias y diversas las opiniones que de esta materia ha habido entre los filósofos. Y en el libro primero de las *Cuestiones tusculanas,* dice él mismo: no hay nación tan bárbara que no sepa que hay Dios. Y en el primero *De leyes* dice lo mismo, aunque por otras palabras. Y en el lugar arriba señalado introduce, el mismo Tulio, al filósofo Cleantes, que fue entre los estoicos señalado en el reino de Troya; el cual puso cuatro causas o razones para probar aqueste conocimiento de Dios, confuso, ser naturalmente impreso y esculpido en las ánimas de los hombres, de donde concluye haber Dios a quien el hombre se inclina naturalmente para amarle y adorarle como a supremo hacedor de todas las cosas.

Una de las razones de este excelentísimo filósofo, es haber agoreros y adivinos que adivinaban por agüeros de aves; la cual arte de adivinar tenían los gentiles por divina; por cuanto estos dichos agoreros o adivinos decían las cosas por venir, de lo cual inferían que aquellas cosas que los tales adivinos decían no llegaran a debida ejecución, ni fueran verdaderas si no hubiera Dios; que lo que ellos afirmaban él lo ejecutaba y cumplía, por tenerlos como los tenían por intérpretes y declaradores de la divina voluntad; y hacían este argumento. Éstos dicen esto y sucede así, luego Dios hay que se lo manifiesta y declara, cuyos intérpretes y ministros son; lo cual no aconteciera si no hubiese Dios que lo cumpliese y ejecutase; y por esta causa es fuerza confesar que hay Dios, porque cuyo es algún intérprete o consejero, necesario es que aquel tal esté en el ser de naturaleza; éstos son intérpretes de otro; luego este otro que concedemos es Dios, el

[1] Cicer. lib. 2. de Nat. Deorum.

cual preside sobre toda naturaleza criada. La segunda causa es (según el mismo Cleantes), la grandeza y multitud de los provechos y utilidades de las influencias y templanza de los cielos, de la fertilidad y fructificación de las tierras y de otras muchas cosas que recibimos; y por frecuentes comodidades para el sustento de la vida, vemos que suceden y no las manos por donde se nos conceden; y de aquí se infiere que son divinas y poderosas y dignas de adoración. La tercera razón se saca de las cosas que nos asombran y causan horror y espanto en nuestros pechos y corazones, como son los truenos, los relámpagos, los rayos, las tempestades, nubes y lluvias, las refriegas de los aires y los granizos, las pestilencias, los terremotos y temblores, llover piedra, hundirse las tierras, caerse súbitamente los edificios y ciudades, los monstruos que nacen de hombres y de bestias, señales de fuego, y verse en los cielos aparecimientos de cometas, obscurecerse el sol y morirse la luna, que suelen ser señales de grandes infortunios (como acaeció en tiempo del emperador Octaviano, en cierta guerra que hubo), las cuales maravillas, viéndolas hombres, asombrábanse y llenos de asombro y miedo, sospechaban y concebían opinión que debía de haber superior en los cielos; de donde parece que todo esto tiene algún poder y virtud eficaz, acompañada de divinidad: la cual llamamos Dios.

La cuarta razón, y no la menor de todas, era la uniformidad, la concordia e igualdad y templanza continua y perseverante de los movimientos de los cuerpos celestiales del sol, de la luna, de las estrellas fijas y planetas, de la distinción de todas ellas; la utilidad que nos causan, su mucha y varia graciosidad y hermosura, el orden y concierto que tienen, aquel caminar y seguir su curso por cima de los elementos sin mudar paso, sino siguiendo su ordinario de oriente a poniente, y del poniente tornar y volver otra vez por los antípodas al oriente, sin confusión, ni mezcla de desconcierto, sino compuesta y concertadamente. Pues todas estas cosas, consideradas y miradas con ojos de razón, muestran no ser fortuitas y sucedidas acaso (como sospechaban los epicúreos), sino muy de propósito y a consejo, y muy guiadas por razón y concierto; lo cual todo confirmaba aquel sapientísimo filósofo en este ejemplo. Si un hombre entrase en una casa, o en un general [gimnasio], que es el lugar donde se enseñan a los mancebos las artes y ciencias, o saliese a la plaza y viese en ella todas las cosas puestas y asentadas por orden y concierto, y que unas no excedían a otras con desorden, este tal juzgaría no estar aquellas cosas allí sin causa, y acaso antes entendería que había alguno que presidía sobre todas ellas, con mucha providencia y saber, y que con el poder y mando absoluto que tenía las regía y gobernaba y conservaba en urbanidad y pulicía; y a quien todas, como el discípulo al maestro y los súbditos al que gobierna, obedecían. Pues de esta manera se entiende mucho más y mejor; viendo tantos y tales movimientos, tan ordenados, y de tantas y tan varias cosas, tan diversas y diferentes, en todas las cuales hay tanto orden y concierto, tanta igualdad y correspondencia; y en tantos años y siglos atrás guardada y seguida, con tan conforme consonancia que jamás ha mentido ni faltado; es necesario que afirme haber tal razón y entendimiento, tanto consejo y tal providen-

cia que se conozca ser éste, en quien todo lo dicho concurre, por quien todo lo dicho es regido y gobernado.

El mismo Tulio introduce en el mismo lugar citado a otro filósofo, llamado Chrisipo, que trae otro argumento para mostrar que había Dios, el cual sacó de la misma naturaleza y lo forma así. Si vemos en todas las naturalezas de las cosas, muchas que ni el entendimiento, ni el consejo, ni el arte, ni las fuerzas, ni la eficacia y vigor, ni la posibilidad de todos los hombres las pueden hacer ni efectuar; luego aquel que las hace, mayor y más excelente cosa es que los hombres, pues las cosas celestiales (cuya orden y concierto es sempiterno) el hombre no puede hacerlas, luego aquel que las hizo y hace, mayor y más excelente es que el hombre, pues éste, que esto hace, no puede ser otro, sino aquel que llamamos Dios. Esta razón confirma este sabio con este ejemplo. Si vieses una grande y hermosa casa, adornada de mucha riqueza y señalada de grandes curiosidades, puesto que no vieses al dueño y señor de ella, ¿no juzgarías ser alguna persona notable y de cuenta? Pues viendo tanta hermosura en la máquina del mundo, tanta variedad de cosas celestiales y terrenales, tanta grandeza de la tierra, tan gran anchura del mar y todo tan adornado y cuajado de curiosidad, como parece ¿si no juzgases ser casa y morada de Dios, no sería saber poco? Sí, por cierto (dice luego) y muy error de capacidad y entendimiento. Todo lo dicho refiere Tulio y mucho más, para probar que hay Dios. Estas razones dichas pudieron tener todas las naciones del mundo (por bárbaras y silvestres que fuesen) para conocer y entender que hay algún señor, hacedor, movedor y conservador de todas las cosas; y que es mucho más excelente y de más aventajada naturaleza que el hombre; y éste, ¿quién es y cómo es? Es el que llamamos Dios y a quien como a tal ha de ofrecerse adoración.

Cerca de este conocimiento natural, que los hombres sin fe tienen de Dios, dijo Aristóteles:[2] Todos los hombres convinieron en esto, conviene a saber, que aquel cuerpo primero glorioso (que es el cielo) es el palacio real y lugar de el supremo señor que es Dios. Y todos los griegos y las otras primeras gentes, que tuvieron conocimiento de Dios y de su divinidad, sintieron esto mismo. Y en el capítulo 2 del mismo libro dice, que todos han sentido ser el cielo palacio del criador. Lo mismo testifica su comentador, en ambos lugares, añadiendo que no sólo es casa y morada de Dios, sino también de sus espíritus, que nosotros vulgarmente llamamos ángeles. Lo mismo dice en el libro octavo de los *Físicos*;[3] y lo afirma Plutarco,[4] mostrando, cómo pudieron venir los hombres, en este conocimiento de Dios, confuso, y a celebrar el culto divino. De estas sentencias de tantos filósofos gentiles se han aprovechado los santos para tratar de este conocimiento que los hombres tienen de Dios, guiados con sola lumbre natural, de los cuales es uno el elocuentísimo Boecio,[5] que dice que la ra-

[2] Lib. de Coelo et Mundo.
[3] Phys. lib. 8. cap. 1.
[4] Plutarc. de plac. Philosoph. cap. 6 y 9.
[5] Boec. lib. 3. prof. 10.

zón natural enseña ser Dios, digno de ser amado y servido. Y Gregorio Nacianceno,[6] dice que la naturaleza racional arde en deseo de su criador. Damasceno, lo mismo en el libro *De ortod. fid.* diciendo que haber Dios, lo dice la misma inclinación natural del hombre, que parece que lo muestra. Y Lactancio Firmiano,[7] dice lo mismo; y Santo Thomás,[8] fuera de lo referido *Contra gentiles,* dice lo propio, probando que ofrecer sacrificio a Dios es de ley natural y que naturalmente son inclinados los hombres a ofrecerle. Por manera que en cualquier tiempo o edad y entre todas las naciones del mundo, siempre hubo y usaron los hombres ofrecer a Dios sacrificio; y la razón es, porque la razón natural dicta, mueve y compele a los hombres que se sujeten a algún superior que les pueda suplir los defectos y faltas que en sí mismos sufren y padecen y que les pueda socorrer en sus menguas y necesidades, de las cuales están rodeados y que pueda sobrellevarlos en sus flaquezas y desventuras; y como entre los hombres no se conozca, quien cumplida y cabalmente pueda suplir lo dicho ni remediarlo, es forzoso y necesario concebir y atinar, con lumbre de razón, que hay alguna otra cosa más excelente, más poderosa y superior que el hombre, que pueda suplir y remediar lo dicho, y éste ha de ser Dios. Luego todos los hombres del mundo, por bárbaros y salvajes que sean, ora sean apartados en tierras remotas, ora en islas y en los más escondidos rincones del mundo, conocen que hay Dios naturalmente por la lumbre de la razón y del entendimiento, con conocimiento confuso y no claro, ni distinto (porque no lo puede haber naturalmente, sino con fe y por otros medios sobrenaturales, y como Dios quisiere manifestarse).

CAPÍTULO III. *Cómo los hombres no pueden vivir sin reconocer algún dios falso o verdadero, por cuanto el principio natural que hay en él (que es la voluntad y apetito) le incita a ello*



UPUESTAS YA EN LOS DOS CAPÍTULOS PASADOS estas dos cosas (conviene a saber) la una, que hay Dios y que es imposible no haberle; y la otra, que en el hombre hay inclinación natural por la cual se debe inclinar a buscarle, amarle y servirle, se sigue necesariamente, tras estos dos verdaderísimos principios decir, que nuestro entendimiento (que es la lumbre natural que Dios en nosotros puso) es imposible poder estar sin ninguna opinión y creencia falsa o verdadera, ni nuestra voluntad, sin amar esta cosa que el entendimiento, falsa o verdaderamente, le ha representado. Y es la razón, porque supuesto que es al hombre natural, es cosa necesaria que naturalmente se incline a buscarle, por el camino que el entendimiento le abre, y que la voluntad apetezca este bien que le falta para hinchir el

[6] Div. Gregor. lib. de Theol.
[7] Lactancio lib. 3. cap. 11.
[8] Div. Thom. 2. 2. q. 85.

zón natural enseña ser Dios, digno de ser amado y servido. Y Gregorio Nacianceno,[6] dice que la naturaleza racional arde en deseo de su criador. Damasceno, lo mismo en el libro *De ortod. fid.* diciendo que haber Dios, lo dice la misma inclinación natural del hombre, que parece que lo muestra. Y Lactancio Firmiano,[7] dice lo mismo; y Santo Thomás,[8] fuera de lo referido *Contra gentiles,* dice lo propio, probando que ofrecer sacrificio a Dios es de ley natural y que naturalmente son inclinados los hombres a ofrecerle. Por manera que en cualquier tiempo o edad y entre todas las naciones del mundo, siempre hubo y usaron los hombres ofrecer a Dios sacrificio; y la razón es, porque la razón natural dicta, mueve y compele a los hombres que se sujeten a algún superior que les pueda suplir los defectos y faltas que en sí mismos sufren y padecen y que les pueda socorrer en sus menguas y necesidades, de las cuales están rodeados y que pueda sobrellevarlos en sus flaquezas y desventuras; y como entre los hombres no se conozca, quien cumplida y cabalmente pueda suplir lo dicho ni remediarlo, es forzoso y necesario concebir y atinar, con lumbre de razón, que hay alguna otra cosa más excelente, más poderosa y superior que el hombre, que pueda suplir y remediar lo dicho, y éste ha de ser Dios. Luego todos los hombres del mundo, por bárbaros y salvajes que sean, ora sean apartados en tierras remotas, ora en islas y en los más escondidos rincones del mundo, conocen que hay Dios naturalmente por la lumbre de la razón y del entendimiento, con conocimiento confuso y no claro, ni distinto (porque no lo puede haber naturalmente, sino con fe y por otros medios sobrenaturales, y como Dios quisiere manifestarse).

CAPÍTULO III. *Cómo los hombres no pueden vivir sin reconocer algún dios falso o verdadero, por cuanto el principio natural que hay en él (que es la voluntad y apetito) le incita a ello*



UPUESTAS YA EN LOS DOS CAPÍTULOS PASADOS estas dos cosas (conviene a saber) la una, que hay Dios y que es imposible no haberle; y la otra, que en el hombre hay inclinación natural por la cual se debe inclinar a buscarle, amarle y servirle, se sigue necesariamente, tras estos dos verdaderísimos principios decir, que nuestro entendimiento (que es la lumbre natural que Dios en nosotros puso) es imposible poder estar sin ninguna opinión y creencia falsa o verdadera, ni nuestra voluntad, sin amar esta cosa que el entendimiento, falsa o verdaderamente, le ha representado. Y es la razón, porque supuesto que es al hombre natural, es cosa necesaria que naturalmente se incline a buscarle, por el camino que el entendimiento le abre, y que la voluntad apetezca este bien que le falta para hinchir el

[6] Div. Gregor. lib. de Theol.
[7] Lactancio lib. 3. cap. 11.
[8] Div. Thom. 2. 2. q. 85.

vacío de su deseo, que anhela y clama por amarle, por ser su acto amar, como el del entendimiento entender y conocer. Y así, si nuestra potencia racional (que es el entendimiento) caminando derechamente por la lumbre natural encuentra con la primera verdad, que es la divina y la que llamamos Dios verdadero, teniendo verdadera creencia; alcanza por consiguiente manera verdadero conocimiento, del cual la voluntad se aprovecha para amarle y deleitarse en su amor y servicio; porque sin el entendimiento la voluntad no se arroja a ejercitar sus actos, porque aunque la llama el Filósofo reina, es ciega, por cuanto no sabe más que amar, y para amar bien y rectamente tiene necesidad de ojos con que vea lo que ha de amar, de lo cual le sirve el entendimiento; porque es el Gomecillo que la adiestra y guía, sin el cual es fuerza que no acierte camino ninguno, por cuanto por sí misma está imposibilitada de la vista necesaria para no caer.

Siendo pues esto así, si por ventura el entendimiento, rigiéndose por razón, sigue el camino derecho de la verdad y el conocimiento cierto de este Dios, a quien naturalmente se inclina, y la voluntad consecutivamente ama este sumo bien, representado por el entendimiento, nace luego de estas dos cosas el divino y verdadero culto y honra de Dios, que llaman los theólogos latría, al cual naturalmente el entendimiento se inclina a conocer y la voluntad a amar por este medio de conocimiento que el entendimiento le representa. Pero por el contrario, si por las tinieblas de ignorancia y corrupción de naturaleza humana, con que todos nacemos, y después con las que añadimos con los pecados actuales que cometemos, acaeciere (por nuestra desdicha) que la creencia y buena opinión que nuestra potencia intelectual debiera tener de esa misma primera y suma verdad, la aparta de ella y la aplica y traspasa a otras cosas criadas, que no son Dios; las cuales debía tener por siervas y esclavas para ayudarse de ellas para el conocimiento del que lo es verdadero, haciendo más caso de estas cosas del que debiera y era razón; y la voluntad, por consiguiente manera, siguiendo el error del entendimiento, se deja llevar de este mismo yerro, amando estas cosas mentirosas, falsas y caducas, que no sólo no son Dios, ni criador, sino puramente criaturas; nació luego de este principio errado, que cuando faltó gracia y doctrina, y no hubo quien guiase y encaminase los ánimos de los hombres, a que por el camino cierto y verdadero del conocimiento de el verdadero Dios que la lumbre natural enseñaba, caminasen y buscasen esta pura y primera verdad; y que la voluntad amase esta primera causa, sino que traspasase su amor (siguiendo el errado entendimiento) a las cosas falsas y mentirosas, comenzaron a andar estas potencias desvariadas y descarriadas, como ciegas y sin guía; y por consiguiente manera, la racional, que es el entendimiento, fue a parar en creencias y opiniones de diversos errores, y la voluntad a amar, servir y dar honra y obediencia a las criaturas, quitándosela a Dios, a quien naturalmente le es debida, recibiendo por dioses aquellas cosas, las cuales tenían alguna apariencia o rostro de bondad o excelencia. Y estas cosas llamamos ídolos, o aquellas cosas que estos mismos ídolos representaban. Porque cualquiera bondad, alteza o nobleza que las criaturas tienen, o muestran en sí, no es porque son divinas y dignas de

este nombre, Dios (por cuanto no les pertenece por ser faltas del poder necesario para podérsele atribuir), pero son una demonstración y (hablando propiamente) unos vestigios, huellas o pisadas y una semejanza de alteza, excelencia y majestad divina; y ésta es la idolatría, contraria a la latría, que es culto y servicio a Dios debido, y usurpado para las cosas que no son Dios, tan derramada y extendida por el mundo y tan usada y seguida de los hombres ciegos.

La razón de entregarse los hombres a dioses falsos y fingidos, después que carecen de el conocimiento del cierto y verdadero, es porque es natural cosa a nuestra naturaleza humana humillarnos y ofrecer nuestra sujeción, hacer reverencia y dar honra a aquello que es superior a nosotros; porque siguiendo el orden de la misma naturaleza, vemos que las cosas inferiores y de menos valor son sujetas a las superiores y parece que son subordinadas a las de mayor dignidad (según razón de filósofos). Y porque la manera y modo más natural al hombre y más conveniente, es usar de señales sensibles y visibles cuando quiere dar a entender alguna cosa, por serle cosa natural comenzar por ellas para poderse dar a entender; de aquí es que el hombre, guiado por razón natural, usa de algunas cosas sensibles que ofrezca a Dios, en señal y manifestación de la reverencia y servidumbre que le debe y de la honra que es obligado a darle, como a verdadero y primero principio y causa del hombre y Señor de todo lo criado; a semejanza y ejemplo de aquellos que a sus señores sirven con algunos tributos o dádivas, en reconocimiento de señorío; y a esto pertenece la honra de sacrificio que a sólo Dios, por derecho natural, es debida, para hacer diferencia de las honras y servicios que los hombres hacen a los hombres, así como hincar las rodillas, bajar las cabezas y otras ceremonias y actos semejantes, los cuales, aunque también se ofrecen a los hombres, es con diferente intento, porque a Dios se le debe como a supremo Señor; y así se le ofrece como a causa suprema y universal de todo lo criado; pero a los hombres en manera de benevolencia, amistad, caricia y reverencia política, porque nunca a los hombres se ofreció jamás sacrificio, por no haber cosa que más propiamente le competa a Dios que el sacrificio; y esto, ninguna nación jamás creyó que se debiese sacrificio sino sólo aquel que ha tenido y tenía por Dios, o lo fingían tener por Dios, como lo dice Santo Thomás *Contra gentiles*;[1] y San Agustín,[2] lo afirma también, diciendo que ningún hombre, por errado que fuese, ofreció sacrificio a otra cosa, sino a aquella que tenía y estimaba por Dios. Y así, este modo de adoración es antiquísimo y de alta dignidad, según el mismo tratando del que Abel y Caín ofrecieron a Dios, aprobando el uno y reprobando el otro, en los libros de la *Ciudad de Dios*.

De todo lo dicho, se sigue manifiestamente que la servidumbre divina, o culto divino y verdadero, conviene a saber, al verdadero Dios hecho y ofrecido, o el erróneo y falso, conviene a saber, el que a las criaturas y dioses

[1] Lib. 3. Contra Gent. cap. 120.
[2] Div. Aug. lib. 10 de Civit. Dei, cap. 4.

falsos se ha hecho, donde quiera que se ha hecho, ora sea universal, ora particular, conviene a saber, que todas las naciones del mundo lo hubiesen tenido y hubiesen hecho unas más y otras menos, según más o menos fueron prudentes las gentes, y devotas y de mejor y más concertada pulicía, ha sido natural; y así, en ningún tiempo, después que los hombres comenzaron a multiplicar, faltó en el mundo culto divino y sacrificio verdadero, aquel que a Dios verdadero se hacía por los fieles que le conocían, o el culto erróneo y falso, que al demonio se ofrecía, que es el que llamamos idolatría. Y que esto haya sido en la primera o segunda edad del mundo, que comenzó después del Diluvio, se verá en su lugar; aunque San Epifanio,[3] afirma ser al cabo y fin de la edad segunda, en tiempo de Abraham, y Santo Thomás,[4] también lo dice en muchas partes de sus obras. Todo lo dicho se prueba por lo que notan los doctores sagrados sobre aquellas palabras de el *Deuteronomio*,[5] que dicen: si te olvidares de tu Dios y siguieres dioses ajenos. Estas dos cosas se consiguen la una a la otra, porque quien a Dios verdadero deja y desampara (cuanto al divino culto y su fe santa), de necesidad ha de buscar y seguir dioses ajenos, por razón de que ninguna gente puede vivir sin Dios, ora sea falso, ora verdadero; y la razón de esto es lo que ya está dicho; porque como nuestra ánima tenga natural conocimiento de Dios, aunque confuso, y vea en sí el hombre muchos defectos, faltas y necesidades, que ni él, ni otros hombres, se las pueden remediar ni suplir (porque todos las padecen), como son falta de agua, esterilidad de tierras, falta de salud, falta de vida, carencia de hijos y sobra de trabajos y adversidades que cada día padecen y experimentan, ha de trabajar por buscar quién es aqueste Dios que puede suplir y remediar tantas y tan grandes faltas y necesidades. Y si este tal es guiado y alumbrado por gracia o por doctrina, encontrará con el verdadero Dios y amarlo ha, honrarlo ha y obedecerlo ha y servirlo ha con aquella servidumbre y honra que a Dios sólo se debe. Y si esta gracia o doctrina le falta, que es la guía para hallarle, luego que le aparece alguna criatura que tenga alguna perfección, bondad o excelencia, como quiera que son vestigios y semejanzas de las excelencias y perfecciones del verdadero Dios, de necesidad la ha de acetar, amar, honrar, tener y servir por Dios y ofrecerlo aquel servicio, que por razón natural conoce pertenece a sólo Dios. Luego, según lo probado, ningún hombre del mundo puede vivir sin algún Dios, falso o verdadero; y por consiguiente manera, después que los hombres comenzaron a multiplicarse, nunca en el mundo faltó culto divino y sacrificio verdadero, hecho y ofrecido al verdadero Dios, el cual se llama latría o culto divino; o erróneo y falso, ofrecido a falsos y mentirosos dioses, lo cual se llama idolatría, por usurparle a Dios verdadero la adoración y ofrecerse al que lo es falso y fingido.

[3] Epiph. lib. I. Contra Haereses.
[4] Div. Thom. 2. 2. q. 94. art. 1. et q. 174. art. 6.
[5] Deut. 6, 12 et 14.

CAPÍTULO IV. *De cómo, aunque los hombres tienen natural inclinación a Dios, no todos han sentido ser uno solo, por haber tenido muchas naciones ser muchos dioses; y cuáles los han imaginado y considerado los antiguos*



OR EL CAPÍTULO PASADO HEMOS VISTO cómo la adoración latría y reverencia suprema se debe legítima y naturalmente a Dios, que es señor de todas las cosas y a quien, por derecho y justicia, se inclina el hombre; pero no porque sea esta propensión e inclinación al hombre natural de reverenciarle y adorarle, por eso siguieron los hombres el conocimiento de uno solo, sino que dejados llevar de su malicia, vinieron en desconocimiento de él, y por esta causa amontonaron infinidad de dioses. Por lo cual hemos de ver y saber, en el capítulo presente, las opiniones en que se dividieron los que quisieron buscar e investigar quién fuese este Dios, que tanto se lleva tras sí a los hombres; y en qué cosas constituyeron su deidad y cómo erraron en todo, por quererse fiar en su solo parecer, siguiendo el atrevimiento de su corto juicio. Uno de los que quisieron poner en plática esta materia fue Tales Milesio, que dijo ser Dios un entendimiento o ánima que del agua engendró todas las cosas; porque pareciéndole a este gentil, que sin humedad no se podía engendrar ninguna cosa, tuvo opinión ser el agua principio de todas ellas. Pitágoras dijo ser Dios un ánimo esparcido por todas las cosas de el mundo. Cleantes y Anaxímenes dijeron ser Dios el aire, y que de él se engendraba todo, y que era inmenso e infinito y siempre en movimiento, pareciéndoles a estos errados filósofos que sin aire y respiración, ninguna cosa podía vivir. Anaxágoras, antes de éstos, y Xenofanes dijeron ser Dios un entendimiento infinito, junto con todas las cosas. Estraton dijo ser Dios la naturaleza. Crisipo, que el fuego. Macrobio y Alcineo dijeron que el sol y luna y estrellas. Y Teodoncio, que la tierra.

Otros (que no menos errados iban que éstos) pensaron que el ánimo del hombre era una partícula de la divinidad; que así resultaría de ella como centella que salta de el carbón encendido; y fundados en esta razón pensaron que el ánimo era Dios y que como de una centella grande saltan en el aire otras pequeñas, así tenían que todos los efectos y fuerzas del ánimo eran dioses; y si el efecto era activo, llamábanle dios, con nombre masculino, aplicado a hombres, y si era pasivo, diosa, con nombre de hembra; y así, Tulio,[1] dice: que esta manera de dioses hecha e inventada de la razón física la había tratado Cenón; y después la explicaron Cleantes y Crisipo, diciendo que la fortaleza de Dios, derivada en el ánimo de el hombre fuerte, se llamaba *Mars;* de este nombre, *Mars, Martis* porque la fortaleza anima a los varones; y al amor de Dios llamaron Cupido; porque se deriva en el ánimo del amante; y a la sabiduría, Minerva, derivada en el ánimo del sabio; a la potencia generativa llamaron Venus, que era como vena de la

[1] Lib. 2. de Nat. Deor.

generación; y así fueron procediendo en los demás dioses, necios y disparatados, que según estas fábulas gentílicas, se derivaron de las fuerzas y afectos del ánimo.

Pero dado caso que estos hombres llevados de su desvariado discurso errasen en el conocimiento de Dios y se aprovechasen mal de la lumbre natural que les había puesto en el alma, para conocerle en el modo y manera que el entendimiento puede, obscura y confusamente, y siendo apartados de la gracia y llevados de su solo parecer, siguiesen este camino errado, hubo otros que diferenciándose de éstos y apartándose de parecer tan desatinado, metidos en el discurso de la razón, consideraron la milagrosa hechura y disposición del universo y la providencia y orden de la naturaleza, llamaron al que lo crió y hizo de nada, Dios,[2] como ya hemos visto en los capítulos pasados, refiriendo a Cicerón, el cual se ríe también de los que dijeron que el ánimo del hombre era Dios; y prueba lo contrario con decir que a ser Dios, no ignorara cosa, por ser una de sus condiciones tener entera noticia de todo; y vemos que es ignorantísimo el ánimo de el hombre; luego no es Dios. Y esto, la misma verdad lo enseña, aunque Cicerón no lo dijera; y Dios, según San Isidoro,[3] quiere decir *temor,* como lo colige de la lengua griega, que pertenece propiamente a la Santísima Trinidad, Padre y Hijo y Espíritu Santo, como dice el mismo santo, a la cual Trinidad santísima se refiere y atribuye todo lo que de Dios se puede decir y notar y el temor de Dios es muy propio en los que le sirven y honran y reverencian. De donde se colige el yerro de los que tales dioses fingieron, y se conoce cuán poco vale el hombre sin Dios, pues sin su verdadero conocimiento, y no llevándolo por guía en todas las cosas, da de ojos en semejantes y tan perniciosos errores.

CAPÍTULO V. *Que trata de cuando tuvo principio la idolatría en el mundo; y de la maldad de los primeros hombres de aquel siglo antes de el Diluvio*



OSA ES CIERTA Y AVERIGUADA que el primer hijo que en la naturaleza humana se conoció engendrado y nacido de los primeros padres del mundo fue Caín, hombre (según nos lo dice la Sagrada Escritura) agreste y mal diciplinado, en el cual (como dice San Agustín, en los libros de la *Ciudad de Dios)* tuvo principio la maldad; y Josepho, en los libros de *Antigüedades,*[1] dice palabras harto encarecidas de él y de los suyos, que por serlo tanto las pondré formalmente. Caín (dice) era malísimo y no cuidaba de otra cosa sino de su solo interés, por el cual viéndose menos admitido a la gracia y amistad de Dios, por el poco caso que hizo de su

[2] Lib. 2. de Nat. Deor.
[3] Lib. 7. Ethymol. cap. 1.
[1] Ioseph. lib. 1. c. 4.

generación; y así fueron procediendo en los demás dioses, necios y disparatados, que según estas fábulas gentílicas, se derivaron de las fuerzas y afectos del ánimo.

Pero dado caso que estos hombres llevados de su desvariado discurso errasen en el conocimiento de Dios y se aprovechasen mal de la lumbre natural que les había puesto en el alma, para conocerle en el modo y manera que el entendimiento puede, obscura y confusamente, y siendo apartados de la gracia y llevados de su solo parecer, siguiesen este camino errado, hubo otros que diferenciándose de éstos y apartándose de parecer tan desatinado, metidos en el discurso de la razón, consideraron la milagrosa hechura y disposición del universo y la providencia y orden de la naturaleza, llamaron al que lo crió y hizo de nada, Dios,[2] como ya hemos visto en los capítulos pasados, refiriendo a Cicerón, el cual se ríe también de los que dijeron que el ánimo del hombre era Dios; y prueba lo contrario con decir que a ser Dios, no ignorara cosa, por ser una de sus condiciones tener entera noticia de todo; y vemos que es ignorantísimo el ánimo de el hombre; luego no es Dios. Y esto, la misma verdad lo enseña, aunque Cicerón no lo dijera; y Dios, según San Isidoro,[3] quiere decir *temor,* como lo colige de la lengua griega, que pertenece propiamente a la Santísima Trinidad, Padre y Hijo y Espíritu Santo, como dice el mismo santo, a la cual Trinidad santísima se refiere y atribuye todo lo que de Dios se puede decir y notar y el temor de Dios es muy propio en los que le sirven y honran y reverencian. De donde se colige el yerro de los que tales dioses fingieron, y se conoce cuán poco vale el hombre sin Dios, pues sin su verdadero conocimiento, y no llevándolo por guía en todas las cosas, da de ojos en semejantes y tan perniciosos errores.

CAPÍTULO V. *Que trata de cuando tuvo principio la idolatría en el mundo; y de la maldad de los primeros hombres de aquel siglo antes de el Diluvio*



COSA ES CIERTA Y AVERIGUADA que el primer hijo que en la naturaleza humana se conoció engendrado y nacido de los primeros padres del mundo fue Caín, hombre (según nos lo dice la Sagrada Escritura) agreste y mal diciplinado, en el cual (como dice San Agustín, en los libros de la *Ciudad de Dios)* tuvo principio la maldad; y Josepho, en los libros de *Antigüedades,*[1] dice palabras harto encarecidas de él y de los suyos, que por serlo tanto las pondré formalmente. Caín (dice) era malísimo y no cuidaba de otra cosa sino de su solo interés, por el cual viéndose menos admitido a la gracia y amistad de Dios, por el poco caso que hizo de su

[2] Lib. 2. de Nat. Deor.
[3] Lib. 7. Ethymol. cap. 1.
[1] Ioseph. lib. 1. c. 4.

sacrificio, mató a su hermano Abel. Y un poco más abajo, en este mismo capítulo, dice: La generación de Caín era nequísima y sumamente mala; y unos peores que otros, sediciosos, alborotadores, amigos de disensiones y guerras, prestos y liberales a los ladronicios y robos; y si alguno de éstos no se inclinaba a matar a otro, era cierta su inclinación para otras maldades, haciendo agravios a otros y permaneciendo por todo el discurso de su vida avarientos del bien ajeno. De manera (dice Josepho en unas palabras antes de éstas) que el haber parecido Caín ante Dios, y haberle tomado cuenta de la muerte de su hermano Abel, y haberle disimulado por entonces y puéstole señal de su pecado y dejádole vivir la vida mortal, libre y graciosamente, todo esto no le valió para convertirse a él y para darle gracias por aquel presente perdón, y para amarle, como a quien tanto amor le debía, sino que antes tomó ocasión de esta clemencia y misericordia para desesperar de ella y partirse de la cara de Dios más obstinado, y apartarse de su padre Adán a tierras diversas, donde vivió con la soltura y libertad referida y dicha.

De esta tan general licencia que Caín se había tomado para vivir mal, y la que con su mal ejemplo dio a sus hijos y nietos y a todos los demás que procedieron de él y de ellos, nació un tan gran desconcierto de la vida y una perdición tan extraña de costumbres, que ya los hombres de aquella generación y siglo más parecían desconcierto y descomposición de la naturaleza humana que hombres nacidos y engendrados de ella. Por lo cual a pocos años después de la creación del mundo, vino a tanta ceguera el linaje humano, que comenzó a desconocer al verdadero Dios y adorar al demonio, a quien ya por dios reconocían. La prueba de que en aquellos tiempos comenzase la idolatría, es tenida por cosa averiguada en la misma Sagrada Escritura y por dichos de autores doctos y graves, entre los cuales es uno, el doctísimo Genebrardo en su *Cronicón,*[2] donde dice, que en tiempo de el patriarca Enós, hijo de Seth y nieto de Adán, comenzó este detestable culto idolátrico. Lo cual se funda en aquel lugar del *Génesis,*[3] donde dice: *Iste cœpit invocare nomen Domini:* que éste comenzó a invocar el nombre de el Señor.

Cosa cierta es que no entonces se comenzó a llamar a Dios por los hombres; pues sabemos que Adán le invocaba; y Abel fue muerto por su invocación y sacrificio que le ofreció; y que Seth, hijo de Adán, fue bueno y que también lo invocaría, del cual dice Suidas que fue llamado de los hombres de su tiempo Dios; lo uno, por su excelente justicia, bondad, piedad y santidad; y lo otro, por haber sido padre de las letras y ciencia astrológica y celestial. De manera que Dios no era olvidado de todo punto ya de los hombres, mayormente que hasta el tiempo de Enós no habían pasado más de cuatrocientos y treinta y cinco años de la creación del mundo, según cuenta de Josepho,[4] y San Isidoro en sus *Ethimologías;*[5] porque a los dos-

[2] Genebrardo lib. I. Chronic.
[3] Genes. 4. vers. fin.
[4] Ioseph. lib. 1. cap. 4.
[5] Div. Isidor. lib. 5. Ethymol. cap. 39.

cientos y treinta años de la creación de Adán, engendró a Seth; y Seth a Enós a los doscientos y cinco de su nacimiento, los cuales dos números hacen dicho de cuatrocientos y treinta y cinco, en cuyo tiempo se comenzó por él esta invocación. Querrá, pues, decir que comenzó a invocar el nombre de el Señor pública y solemnemente, como el mismo Genebrardo lo nota. Y Oleastro, sobre este mismo capítulo 4 dice, que en tiempo de Enós comenzó a ser Dios honrado y reverenciado públicamente, y hace este discurso. En el tiempo que Adán y Abel y Caín vivieron fue llamado e invocado el nombre de el señor Dios; pero muerto el santo e inocente Abel, como Caín fuese ya apartado de la cara de Dios y él se hubiese desterrado de su presencia, ya no curaba de invocar su nombre santo, ni acordarse de él; y lo mismo corría por los de su familia; y así andaban, como gente sin dueño y hombres que no temían a Dios. Nació, en este tiempo, Seth, hombre bueno y comenzó a extenderse su generación, entre los cuales fue el primero Enós, en cuyo tiempo comenzó de nuevo a invocarse su santo nombre, cosa ya olvidada por la familia dicha de Caín, la cual, olvidada del Dios verdadero, había comenzado a idolatrar; pero qué género de idolatría haya sido, no se expresa; de creer es que sería adorar a alguna criatura por Dios, cosa repugnante a la verdadera adoración.

De esta manera y por este modo fue creciendo la maldad de los hombres de aquellos tiempos; y llegó a tal punto que obligó a Dios a que arrepentido (si arrepentimiento puede caber en Dios) dijese: Pésame de haber hecho al hombre, como se refiere en el *Génesis*.[6] Y dice la Sagrada Escritura que dijo estas palabras, con muy gran sentimiento de corazón; y es la razón, porque habiéndole criado para sí, y viéndolo esclavo del demonio, sentía con interno sentimiento su perdición; y que tan desacatadamente se le hubiese ido a la cara y entregado al demonio. Y creciendo esta maldad, con el discurso de tiempo, y corriendo en general por todos, determinó Dios destruir el mundo, no dejando en él más que a Noé, con su mujer y hijos y nueras, para que por ellos fuese otra vez restaurado, después que fuese purificada la tierra por las aguas de el universal Diluvio, dejando a éstos solos, como a buenos y escogidos de su misericordia, para este fin, determinando destruir a todos los demás, como a hombres perdidos y bestiales; porque a ser buenos, como salvó Dios a Noé y a los que con él quedaron en el Arca, salvara también a ellos por parecer agravio que podían recibir, si algunos buenos quedaran, en perecer con los malos y anegarse en las aguas de aquella inundación; porque aquel anegamiento era en castigo de culpas y pecados, y siéndolo y pereciendo en él los buenos, parecería castigo que en ellos se hacía de las culpas que no debían; y no es nuestro buen Dios de condición que quiere que los suyos estén en mala reputación, siendo como son buenos; y así pienso y tengo para mí (salvo mejor juicio) que no había hombre bueno, de todos cuantos vivían en aquellos tiempos últimos de la inundación, si no son solamente los dichos; y que si los había, les aceleró Dios los días de la vida, porque muriendo muerte natural fuesen

[6] Genes. 6.

en paz y no les contaminase la maldad, ni el castigo de los malos y pecadores, como dice Salomón, que acostumbra Dios hacer con el justo, sacándolo con aceleración de la vida mortal que vive. Y puédese probar esta razón, con lo que dice el mismo Salomón en el *Libro de la sabiduría*,[7] adonde tratando de el Arca de Noé, dice: Bendito sea tal madero, por el cual se hace la justicia. Y declara Nicolao:[8] que siendo muertos y anegados por el Diluvio todos los pecadores, se salvaron solos los justos en aquella Arca; de donde se colige que no había más que aquéllos y sabemos que Enoch fue trasladado, y no nos dice la Sagrada Escritura de otro.

Esto se prueba más eficazmente con lo que se sigue. Cuando Dios mandó que los tabernáculos y mansiones de los hijos de Israel, que estaban junto de las de Choré, Datán y Avirón, se apartasen, y todas las gentes sus vecinas, fue porque cuando se abriese la tierra y los tragase con sus familias y tiendas (como se hizo) no peligrasen con ellos otros que no eran comprehendidos en sus culpas; porque no pagasen entonces justos por pecadores, quiero decir: los que no lo debían, juntamente con los culpados. Y así lo siente el glorioso padre San Agustín, declarando aquella letra, por estas palabras: Hase de notar (dice el glorioso santo) que entonces manda Dios que se aparten unos de otros, por apartamiento corporal, cuando ya está cerca la venganza. A Noé le manda entrar en el Arca con su mujer y hijos, cuando quiere anegar el mundo.[9] A Loth, lo saca de Sodoma, queriendo abrasar la ciudad. A los de su pueblo, sacándolos de Egipto y pasándolos el mar, tras ellos luego ahoga a los egipcios que los seguían.[10] Y así sucede ahora, que manda apartar a los vecinos de estas tiendas, para destruir a los moradores de ellas; porque aquellos que no lo deben no lo paguen. No los manda (prosigue luego el mismo santo) apartar cuando sólo hacía las amenazas, cuando dilataba el castigo, o cuando lo ejecutaba, sin daño ni lesión de los inocentes y libres de la culpa que se cometía, por la cual se ordenaba el castigo. Como fue en los mordidos de las serpientes o en el estrago de los que morían, los cuales morían quedando otros vivos y sanos. No de esta manera aconteció en las aguas del Diluvio, o en el incendio del fuego, o en las aguas del mar, o en la abertura de la tierra, en las cuales partes pudieran peligrar los justos e inocentes con los culpados y pecadores y ser participantes del castigo (meritamente dado a los malos) no habiéndolo sido de la culpa. No porque Dios no pudiera salvarlos y librarlos de aquel peligro, que en Dios no se pone flaqueza alguna de poderío, sino porque no había necesidad en aquella obstentación de milagro, pudiendo hacerse este castigo en los unos, sin daño de los otros, con sólo apartamiento de los cuerpos y no quedándose al peligro o del agua o del fuego o de el tragamiento de la tierra, estando puestos en el mismo peligro. Éstas son palabras formales del glorioso padre Augustino, recibidas en la glosa sobre este mismo lugar. De manera que según sentencia de este excelentí-

[7] Sap. 14.
[8] Lira.
[9] Genes. 7.
[10] Exod. 14.

simo doctor, aparta Dios nuestro señor los buenos de los malos, en los castigos que quiere hacer en ellos; porque los buenos no sean comprehendidos en penas que no merecieron, por no haber sido participantes en las culpas por las cuales los tales castigos se ordenan.

Esto prueba también aquel lugar del *Génesis*, donde Dios da razón a su amigo Abraham del castigo que va a hacer a Sodoma y a las otras cuatro ciudades sus convecinas, donde habiéndole descubierto su pecho y díchole que el clamor de los sodomitas y gomorros se había multiplicado, dando voces, y que sus pecados eran graves, porque cada día se iban agravando más, por lo cual quería castigarlo, dice el texto sagrado[11] que le dijo Abraham: Por ventura, Señor, ¿habéis de castigar al justo con el pecador? ¿Si hubiere cincuenta justos en la ciudad, perecerán juntamente y no perdonaréis a los demás por estos cincuenta justos si los hubiere? No se diga tal (Señor) de vos, que matáis al justo con el pecador, y que el justo sea hecho como el pecador, y malo. Todo esto quiere decir Señor, siendo vos tan justo y recto, en vuestros secretos juicios y rectísimas sentencias, no se ha de creer, que queriendo castigar al pecador y malo, queráis llevar a las vueltas con él al justo y bueno, sino que si uno lo hace, aquél solamente lo pague; excusando de este castigo al que no es digno de él, por no haber cometido la culpa del otro, ni menos es comprehendido en su malicia y pecado. Así concluye luego. No sois de esta condición que juzgáis toda la tierra; quiere decir: sois tan justo y tan recto, que no condenáis al que lo es, con el que es injusto y malo. Y así sienten todos los doctores, que declaran este lugar, no haber en aquellas ciudades ningún bueno, ni justo, sino Loth y su casa, como lo siente el doctísimo Lira. Y Alcuino (recibido de la glosa) dice, que cuando se entienda esta petición del patriarca Abraham de sola la ciudad de Sodoma, no importa; porque sabía Dios que ni aun diez justos había en ella. Y luego dice la misma glosa: sabía Dios que en aquella ciudad no había un solo justo, fuera de Loth. Luego bien se sigue, según lo dicho, que cuando destruyó Dios esta república no había justos que pereciesen con los injustos y pecadores; y que todos eran malos, y como malos pagaron y a aquellos que eran buenos los libró Dios y sacó de aquel incendio y fuego, que en castigo de sus culpas y pecados, enviaba sobre ellos. De lo cual se sigue, que las aguas del Diluvio, que fueron castigo de pecados, tragaron y sorbieron todos los pecadores, sin reservar más de aquellos justos y amigos de Dios, que en el Arca se salvaron.

Y por lo dicho parece quedar suficientemente probado que los que entonces había eran malos y pecadores, así los descendientes de Caín, como los que venían por la línea de Seth. Los cuales ya estaban depravados en costumbres, como los descendientes de Caín, cuyas hijas amaron y recibieron por mujeres (y éstos son los que llama la Sagrada Escritura, hijos de Dios), conviene a saber, hijos de Seth y Enós, según San Juan Chrisóstomo,[12]

[11] Genes. 18.
[12] Div. Chrysost. homil. 22. in Genes.

San Agustín,[13] Cyrilo,[14] Theodoreto,[15] Casiano,[16] Ruperto,[17] y Santo Thomás,[18] cuya opinión nota y aprueba Pererio.[19] De aquí tuvo origen el Diluvio con el cual perecieron todos los hombres y los que habían inventado la ido, latría. El cual pasado, y comenzando a crecer de nuevo la gente que había de hinchir otra vez el mundo, volvió a tener origen esta mala roña, como cosa que tanto pretendía el demonio introducir entre los hombres, para ver ensalzado su nombre y abatido el de Dios, según su falso intento, aunque Dios en sí mismo no puede ser abatido, sino en cuanto el conocimiento depravado de el hombre, que le quita su gloria por darla a la criatura. Y así pienso y tengo para mí, que aciertan mucho los que dicen que antes del Diluvio comenzó el pernicioso error y roña de la idolatría en el mundo.[20]

Y para creer que se entiende de la idolatría de aquel tiempo, se prueba con decir que hay dos maneras de pecados; una, de los que son directa y derechamente contra Dios; y otros, de recudida y por transversal manera. Los que de recudida son contra Dios: son hurtar, tomar la mujer ajena, matar y otros semejantes. Estas cosas son pecado, porque Dios manda en su ley, que no se hagan, por ser en ofensa del prójimo, de cuyos actos recibe pernicioso daño; pero negar a Dios y robarle su gloria y honra, es pecado derechamente contra él, por cuanto se le usurpan sus propios y legítimos bienes; y así, en esto segundo, recibe más agravio y ofensa que en lo primero, porque esto es contra su propia honra y esotro contra la del prójimo. Y así, en lo primero, cuando se comete, más manchado y amancillado queda su santísimo nombre que en lo segundo; por cuanto lo uno es en sí mismo, y lo otro en persona ajena. Y el daño que el prójimo recibe de otro, no amancilla a Dios ni le mancha su autoridad y nombre, aunque le ofende, por ser quebrantamiento de su ley; pero usurparle su gloria y darla a su criatura, esto sí amancilla y mancha su honra, porque cae en sí mismo y no sólo contra su mandamiento, diciendo: no recibirás dioses ajenos, sino contra el ser y esencia de esa misma honra divina suya,[21] de quien dice: mi gloria no la doy a nadie, porque para mí solo la reservo.[22]

Y tenemos suficiente averiguación de nuestro intento, con lo que de ello siente el doctísimo Genebrardo, el cual en el libro primero de su *Cronicón,* hablando de aquel primero siglo de los hombres, dice de Enoch, que dejó profetizado el juicio universal que había de ser hecho sobre los idólatras de aquellos tiempos, que eran los cainitas, descendientes del perverso Caín. Los cuales habían seguido la herejía y error de decir, que no había juicio futuro y que Dios no tenía a su cargo el cuidado y providencia de las cosas humanas. Y ésta fue la causa (según él mismo y el dicho de los hebreos)

[13] Div. Aug. lib. 15. de Civit. Dei. cap. 23.
[14] Cirilo lib. 9. contra Iul.
[15] Teodoreto. q. 47. in Genes.
[16] Casiano coll. 8. cap. 21.
[17] Ruperto lib. 4. in Genes. cap. 12.
[18] Div. Thom. 1. p. q. 51. art. ult.
[19] Perer. in Genes lib. 8. cap. 4.
[20] R. Maimon. de Idolatr.
[21] Exod. 20.
[22] Isai. 42.

porque mató Caín a su inocente hermano Abel, porque afirmando esto Caín, se lo contradijo el buen Abel; y decía ser Dios el que todo lo veía, proveía y conservaba con su infinito poder. Y lo que profetizó y dejó escrito contra las idolatrías y cultores del demonio, se halla doctamente escrito en Tertuliano, en el *Libro de idolatría,* por estas palabras: yo juro a vosotros, pecadores, que en el día de la sangre y perdición os está aparejado un gran castigo. A vosotros digo, pecadores, que servistes a las piedras y que hacéis imágenes de oro y plata, de palo y barro y servistes a las fantasmas y demonios y espíritus infames y a todos los errores, no siguiendo la razón; y así, no seréis dignos de ningún favor, ni auxilio. Y desde entonces (dice peritísimamente Genebrardo, acotando al mismo Tertuliano en el mismo lugar sobredicho) indujo el demonio oficiales y hombres diestros en hacer ídolos que fuesen adorados. Y que sea verdad que el santo patriarca Enoch dejase profetizado el juicio universal, claro es, pues lo afirma el apóstol San Judas Thadeo, en su *Epístola canónica,*[23] y es de fe creerlo; y quien dijo el juicio que había de ser hecho sobre los malos y pecadores, es de creer que diría las causas o a lo menos vería las que lo podían ser tan de tan gran castigo, las cuales fueron las referidas. Esto se prueba más eficazmente, con decir los hebreos (en especial Rabí Salomón) que Jabel, hijo de Lamech, inventó los tentorios, que son los tabernáculos y tiendas de campo que se arman de velas y lienzos encerados para el reparo de los soles y abrigo de los fríos y tempestades, y que uno de sus intentos en hacer esta manera de casa, fue poner ídolos en ella. Y de Tubal dicen que inventó la música, para cantar y tañer en la presencia de ellos.[24]

Esto refiere el doctísimo Lira, en la exposición del capítulo 4 del *Génesis*; y tratando de Enós, hijo de Seth, dice, que enseñado e industriado de su padre, que era justo, halló manera y traza de alabar y engrandecer a Dios con palabras devotas; y éstas eran con particular devoción y pronunciación, como ya hemos dicho, y dan la razón, diciendo que porque ya en aquellos tiempos los hombres atribuían al sol y a la luna y a las estrellas y a los ídolos, el nombre de Dios, lo cual no era hecho por Enós y los de su familia, sino por Caín y sus descendientes. Esta razón contradice el Burgense, en la adición nona, que hace a este capítulo cuarto, pareciéndole que no es posible que suene la palabra hebrea sentido contrario a la invocación de Dios; y dice que ¿cómo es posible que decir: éste comenzó a invocar el nombre de Dios, quiera decir: comenzó a idolatrar? Porque a ser así en todas las partes adonde en la Sagrada Escritura se pone, sonará lo mismo, lo cual es falso, porque en el capítulo doce y catorce del *Génesis,* se dice del patriarca Abraham, que invocó el nombre del Señor, y sabemos que no idolatró. Demás (dice el Burgense) que según Santo Thomás,[25] en aquellos primeros tiempos del mundo, no hubo idolatría, por razón de la fresca memoria que había en los hombres de aquellos siglos de la creación del mundo, y vivía entre ellos el conocimiento de un solo Dios.

[23] Epist. Iudae, vers. 15.
[24] Genes. 4.
[25] Div. Thom. 2. 2. q. 94.

Pero esta razón del Burgense contradice doctamente el padre fray Mathías de Doring, y prueba poder significar el verbo, lo uno y lo otro; conviene a saber, que suene en buena y en mala parte, y esto lo comprueba diciendo que también dijo el profeta de su pueblo: este pueblo con los labios me honra; y en otra parte: cuando multiplicáredes vuestras oraciones, no las oiré; lo cual, aunque parece que es oración y rogativa hecha a Dios, esta deprecación no suena en buena parte, sino en mala, porque es queja, con que Dios se queja de los falsos oradores; y que por una parte le están orando y alabando, y por otra, menospreciando y ofendiendo; y lo mismo puede sonar la palabra hebrea, conviene a saber, invocar y menospreciar. Pero hase de entender esto en diversas personas, como lo coligió sabiamente el acutísimo Oleastro, diciendo: cuando los hombres comenzaron a profanar y a mancillar el nombre del todo poderoso Dios, comenzó también Enós a honrarlo y estimarlo, con particulares servicios, en contradicción de los hombres malos, pecadores e idólatras, que ya lo menospreciaban entonces. Ni tampoco el dicho de Santo Thomás (dice el padre fray Mathías de Doring) es concluyente, porque si la memoria fresca y reciente de la creación del mundo les hacía abstener de la idolatría por más de mil años, también el castigo severo que hizo en los hombres, ahogándolos en el Diluvio, los había de tener espantados y temerosos para no pecar por otros muchos más; pero según sentencia de todos los que hablan sabia y doctamente, sabemos que a muy pocos años después del Diluvio comenzaron a idolatrar. Luego si esta memoria no les atemorizó, para incurrir en pecado tan grave, tampoco la memoria de la creación sería parte para detenerlos en esta maldad. Con esto se responde al Abulense,[26] que también lo niega, con razones muy concluyentes, en la cuestión trece, que hace al capítulo cuarto de el *Génesis,* donde dice que Abenreth, después del Diluvio, adoró el fuego en Caldea y enseñó a los hombres esta idolatría; y que Afirofene hizo imágenes y estatuas en Egipto, como lo dicen Isidoro y Eusebio. Lo cual concedemos, pero eso en ninguna manera contradice otro cualquiera género de idolatría que antes hubiese, como ya dejamos probado bastantísimamente ser de la adoración del sol, luna y estrellas y otras criaturas. Y quiero concluir este capítulo con las mesmas palabras de Oleastro para mayor fuerza de nuestra razón, diciendo que en el tiempo que vivían Caín y Abel, su hermano y Adán, su padre, era invocado el nombre de el Señor; pero que muerto el inocente Abel, como ya el perverso Caín se hubiese apartado de Dios y le tuviese por cruel castigador, no se curaba de invocarle, ni llamarle en nada. Y de esta manera fue corriendo por los de su casta y descendencia; pero después, naciendo Seth, tercero hijo de Adán, hombre bueno, y teniendo generación y hijos, fue el nombre de Dios invocado, el cual estaba ya olvidado por los hombres que se habían convertido a la idolatría. Éstas son palabras formales del doctísimo Oleastro. De manera que ya entonces había idolatría y hombres idólatras que la reconocían y seguían.

[26] Abulens. in 4. Genes. q. 13.

Demás del Abulense y Burgense niega esto Dionisio Cartujano, teniendo por caso necio sentir que así fuese, fundado en lo que Santo Thomás, doctor Angélico, dice en su *Secunda Secundæ*. Y Martín Delrío lo tiene por falso, por parecerle que es superfluidad repetir el verbo hebreo *(chalal)* en dos significaciones; es a saber, de invocar el nombre de el verdadero Dios y de amancillarlo y mancharlo con adoración contraria hecha a la idolatría, o cosa que idolátrica y falsamente se adora. Pero no controversiando ni contendiendo con estos varones doctos, sino diciendo en favor de mi historia lo que siento, digo que no me parece de inconveniente que esta palabra hebrea se pueda entender en un significado y otro, pues se dice, respecto de actos contrarios, significando el mismo verbo lo uno y lo otro. Y si no hubiera entonces idolatría, pregunto ¿a qué propósito el Parafrasis Caldaico[27] había de decir, entonces en sus días (es a saber, de Enós) comenzaron los hijos de los hombres a no orar en el nombre del Señor?, que es decir que comenzaron a olvidarse de la invocación del nombre de Dios. Porque si no había acto contrario que obligase, no habría tampoco ocasión que se moviese a usar de aquel significado. Luego bien se sigue, que sí dice que comenzaron a no invocar el nombre del Señor; que había gente que de él se olvidaba. Y siendo como es la adoración y conocimiento de Dios natural al hombre (como dejamos probado, aunque no con acto distinto, sino confuso), síguese necesariamente que estos hombres que se olvidaban del verdadero Dios, tuviesen esta adoración, no en cuanto era idolatría, sino en cuanto era acción y acto a que la misma inclinación natural los movía y llevaba. Y así se verifica bien el un significado de esta palabra *(chalal)* que es ser amancillado y ensuciado el nombre del Señor, con falso culto y adoración que hacían a las criaturas los que se la negaban a Dios verdadero. Y esto se comprueba con decir el sagrado texto, que Enós comenzó a invocar a Dios, que según todos los hombres doctos que declaran este lugar fue con invocaciones públicas, como dejamos dicho, con oraciones solemnes y levantamiento de aras y altares y otras ceremonias públicas con que provocaba a los hombres a mayor devoción y a más fervor del culto divino; como dando a entender en esto que la adoración que él hacía y doctrina que enseñaba no era falsa, sino muy santa y verdadera y la necesaria para la salud y salvación de los hombres, contradiciendo con ella la falsa y mentirosa que los hijos de Caín habían inventado. Y a esto parece que ayuda decirse en la historia escolástica (como lo refiere con razones evidentes el mismo Dionisio) que este mismo Enós hizo imágenes para el servicio y culto de Dios, y para despertar e incitar la memoria de los hombres olvidados ya de Dios; y no para adorarlas, sino para sólo este fin de despertarlos del sueño en que dormían acerca del olvido de esta verdadera adoración de Dios verdadero. Y esto mismo siente Hugo Cardenal en este mismo lugar. Y así diremos, que cuando los unos comenzaban a ultrajar el nombre de Dios, Enós y los suyos lo honraban con invocación y reverencia pública, confesando con públicas ceremonias lo que los idólatras negaban convertidos a su idolatría.

[27] Onkelos in Paraphr. Chald.

Aquí añade el padre fray Alonso de Mendoza augustiniano, en sus cuodlibetos,[28] que como este Enós era varón religioso y santo y comenzó a hacer imágenes para el culto divino, de aquí tomaron ocasión otros de hacerlas para la idolatría, las cuales adoraban por dioses. Y que de aquí se sigue (prosigue luego) lo que dicen otros, que entonces comenzó el nombre del Señor a ser profanado, que es haber atribuido el nombre del verdadero Dios a los falsos ídolos, porque entonces comenzó esta idolatría; así lo sienten Lipómano,[29] y Honcaya,[30] y Istella,[31] en el mismo lugar; y cuadra mucho esta interpretación (dice luego Mendoza), porque desde el tiempo de este santo Enós, comenzaron con mucho atrevimiento los hombres a dejar a Dios y a ofenderle antes que a temerle, ni adorarle, y por esta causa se siguió luego el Diluvio; esto sintió el Valentino sobre el psalmo ciento y cuarenta y cuatro, diciendo que fuera de la casa y familia de Noé, no se lee de ninguno que hubiese hasta el tiempo de Abraham que sirviese a Dios verdadero; aunque como lo deduce el glorioso padre San Agustín,[32] por todo el discurso de tiempo, desde sus principios hubo gente santa, en la cual se fue conservando y continuando la Iglesia; y así conciliamos esto con lo pasado, diciendo que esto y estotro comenzó en tiempo de Enós con mayor demonstración (es a saber) en Enós y los que le seguían, con la manera y culto público ya dicho; y en los idólatras y hombres malos, con mayor libertad y atrevimiento; de manera que no habiendo cosa contraria que haga oposición a esta sentencia, digo que la idolatría comenzó antes del Diluvio, como dejamos probado, y lo dicen los hombres doctos que en esta conformidad dejo citados.

CAPÍTULO VI. *Cómo después de el Diluvio prosiguió en el mundo la maldad y pecado de la idolatría, extendiéndose por él casi universalmente, y de cómo se halló muy en su punto en estos indios occidentales*



ORRIENDO ADELANTE CON EL PROPOSITO PASADO de el origen y principio de la idolatría, que (como queda probado en el capítulo antecedente) comenzó en los primeros años del mundo, de la cual y de las demás maldades de los hombres tuvo origen el Diluvio, en el cual perecieron todos los inventores de ella, en cuyas aguas fueron anegados y muertos; después del cual, creciendo otra vez las gentes que nacieron de Noé y sus tres hijos, volvió a pegarse esta mala roña en los corazones de los hombres, como cosa que el demonio apetecía en ellos para apartarlos de Dios y hacerlos tributarios suyos; esto fue a los trescientos y cincuenta años des-

[28] Mendoza, q. 7. possit.
[29] Lipomano in catena aurea in Genes. cap. 4.
[30] Honcaya, ibid.
[31] Istella, ibid.
[32] Div. Aug. lib. 16 de Civit. Dei cap. 12.

Aquí añade el padre fray Alonso de Mendoza augustiniano, en sus cuodlibetos,[28] que como este Enós era varón religioso y santo y comenzó a hacer imágenes para el culto divino, de aquí tomaron ocasión otros de hacerlas para la idolatría, las cuales adoraban por dioses. Y que de aquí se sigue (prosigue luego) lo que dicen otros, que entonces comenzó el nombre del Señor a ser profanado, que es haber atribuido el nombre del verdadero Dios a los falsos ídolos, porque entonces comenzó esta idolatría; así lo sienten Lipómano,[29] y Honcaya,[30] y Istella,[31] en el mismo lugar; y cuadra mucho esta interpretación (dice luego Mendoza), porque desde el tiempo de este santo Enós, comenzaron con mucho atrevimiento los hombres a dejar a Dios y a ofenderle antes que a temerle, ni adorarle, y por esta causa se siguió luego el Diluvio; esto sintió el Valentino sobre el psalmo ciento y cuarenta y cuatro, diciendo que fuera de la casa y familia de Noé, no se lee de ninguno que hubiese hasta el tiempo de Abraham que sirviese a Dios verdadero; aunque como lo deduce el glorioso padre San Agustín,[32] por todo el discurso de tiempo, desde sus principios hubo gente santa, en la cual se fue conservando y continuando la Iglesia; y así conciliamos esto con lo pasado, diciendo que esto y estotro comenzó en tiempo de Enós con mayor demonstración (es a saber) en Enós y los que le seguían, con la manera y culto público ya dicho; y en los idólatras y hombres malos, con mayor libertad y atrevimiento; de manera que no habiendo cosa contraria que haga oposición a esta sentencia, digo que la idolatría comenzó antes del Diluvio, como dejamos probado, y lo dicen los hombres doctos que en esta conformidad dejo citados.

CAPÍTULO VI. *Cómo después de el Diluvio prosiguió en el mundo la maldad y pecado de la idolatría, extendiéndose por él casi universalmente, y de cómo se halló muy en su punto en estos indios occidentales*



ORRIENDO ADELANTE CON EL PROPOSITO PASADO de el origen y principio de la idolatría, que (como queda probado en el capítulo antecedente) comenzó en los primeros años del mundo, de la cual y de las demás maldades de los hombres tuvo origen el Diluvio, en el cual perecieron todos los inventores de ella, en cuyas aguas fueron anegados y muertos; después del cual, creciendo otra vez las gentes que nacieron de Noé y sus tres hijos, volvió a pegarse esta mala roña en los corazones de los hombres, como cosa que el demonio apetecía en ellos para apartarlos de Dios y hacerlos tributarios suyos; esto fue a los trescientos y cincuenta años des-

[28] Mendoza, q. 7. possit.
[29] Lipomano in catena aurea in Genes. cap. 4.
[30] Honcaya, ibid.
[31] Istella, ibid.
[32] Div. Aug. lib. 16 de Civit. Dei cap. 12.

pués del Diluvio; porque a los cien años de haber pasado aquel general anegamiento (poco más o menos) fue la división de las lenguas en la edificación de la Torre,[1] después de la cual división reinó en Babilonia Nino, a los doscientos y cincuenta años, sucediendo en el reino a su padre, Nembroth, por otro nombre llamado Belo; el cual Nino fue el primero que en el mundo hizo simulacro y estatua en honra y memoria de su padre Belo, el cual fue después recibido y adorado por Dios; que según San Cyrilo, en el libro tercero, contra Juliano apóstata, la idolatría tuvo principio en Nembroth, llamado Belo, padre de Nino, rey de Babilonia; y como nota Pereira sobre Daniel,[2] puede ser argumento de esta verdad ver que todos los ídolos que fueron adorados de aquellas antiguas naciones fueron nombrados por este nombre Belo; de aquí nació nombrarse Belial o Baal, dios de los sidonios; y Belcebub, dios de Acaron, como se refiere en el cuarto *De los reyes*;[3] y Belsegor, dios de los moabitas; Baalsames, dios de los púnicos, como lo dice San Agustín;[4] finalmente, el ídolo Bel es muy nombrado en la Sagrada Escritura, como se puede ver fácilmente en los profetas Isaías, Jeremías[5] y Daniel.[6] Fundado en este dicho, dice Pereira en el lugar citado, no haber tenido origen la idolatría en el tiempo antes del Diluvio, y trae a propósito un lugar *De la sabiduría*,[7] que dice: no era en el principio, ni serán para siempre (conviene a saber los ídolos), de cuyas palabras toma ocasión Lira de decir no haber sido la idolatría antes; pero si bien se notan estas palabras, no quieren decir que no fueron antes del Diluvio, sino que no fueron en el principio y creación de el mundo los ídolos inventados, porque decir que no eran en el principio, no es negar que no fueron en todo el tiempo que pasó, desde la creación del mundo hasta el Diluvio, sino que será decir: no luego que fue criado el hombre, ni los que inmediatamente de él procedieron, se dieron a esta falsa adoración, pero después, o al cabo de algunos años sí, porque si bien se nota la palabra *(ab initio)* que se pone en el texto, quiere decir desde el principio, como quien dice desde un tiempo tan atrasado y tan antiguo que casi ya no hay memoria de él; así entiende Oleastro en su *Pentateucho* aquella palabra *sæculo,* cuando dice la Sagrada Escritura, en el capítulo sexto del *Génesis: potentes a sæculo,* que eran entonces los gigantes poderosos en aquel siglo, conviene a saber, en un tiempo de cuyo principio no hay memoria; porque según Cicerón, *sæculum* incluye en sí el tiempo de muchas edades; y de esta manera podemos entender la palabra *ab initio,* conviene a saber, en aquel tiempo cuyo principio ha tantos años y siglos que pasó, del cual casi ya no hay memoria.

Y para mejor inteligencia será bien que advirtamos que en todas las cosas criadas hay principio, medio y fin, que son las tres partes necesarias en todas las cosas; pues si en aquel primer siglo, que duró hasta el Diluvio,

1 Genes. 11.
2 Pereira in Dan. lib. 5.
3 4. Reg. 1. Num. 15.
4 Div. Aug. lib. quaest. sup. lib. Iud. 9. 16.
5 Ier. 14, 5. et 32, 35.
6 Dan. 4.
7 Sap. 14.

damos fin (el cual tuvieron las cosas con la anegación universal), de fuerza hemos de conceder a este fin un medio y a este medio un principio, y el principio fue la creación y tiempo inmediato a esta creación, al cual siguió el tiempo medio, entre el fin y este principio, el cual concedemos ser en el que fueron los hombres errando y dando de un error en otro, hasta que llegó el fin de querer castigar Dios los pecados y maldades cometidas por los hombres; el cual castigo tuvo su ejecución en el fin, el Diluvio; de manera, que según esta razón no fue la idolatría *ab initio*, en el principio de la creación, como el lugar citado lo afirma; pero pudo ser en el medio tiempo que hubo desde este principio hasta el fin que fue el Diluvio; y esto, que pudo ser, es lo que concedemos; y por esta causa decimos ser cierta la razón de los que dicen haber tenido origen la idolatría antes de el Diluvio, en aquel medio tiempo dicho, como dejamos probado; pero en la segunda edad de el mundo, que según cuenta de los hebreos duró doscientos y noventa y tres años, contando desde el Diluvio hasta el tiempo de Abraham, tuvo origen y principio la idolatría, segunda vez introducida en el mundo y seguida de los hombres, como si fuera adoración verdadera y servicio al verdadero Dios debido.

La causa de este tan grave desconcierto de el linaje humano y pecado tan atroz contra la honra y majestad de Dios, dicen algunos que fue la división y confusión de las lenguas, por razón de no entenderse los unos a los otros; de lo cual nació un olvido total de la doctrina y noticia del Dios verdadero, la cual corría por todas las familias de los hombres, antes de ser divididos en lenguas, cuando todos hablaban una sola y por unas mesmas palabras se entendían; pero después de esta división y habiéndose derramado los hombres por diversas partes del mundo y olvidando la doctrina que de sus padres habían recibido, que fueron Noé y otros, que todavía vivían y predicaban y enseñaban la ley de Dios, y su palabra, según Beroso,[8] diciendo también que les enseñó la theología, dándoles a conocer al verdadero Dios y diciéndoles cómo habían de servirle, obedecerle y amarle, y cómo habían de esperar en él y los modos que habían de tener en ofrecerle sacrificio; y mientras la lengua fue una y no hubo división de lengua, no fue posible haber mucha ignorancia entre las gentes, porque siempre pudieron tener quien los enseñase e instruyese en el conocimiento de Dios, diciéndoles ser uno solo; y esta verdad pudieron enseñársela muchos viejos que aún entonces vivían y no estaban olvidados de ella; mayormente que cuando comenzó la idolatría (y Belo fue comenzado a ser tenido por dios, que fue el primero, según todos dicen), Noé, como está dicho,[9] era vivo, el cual después del Diluvio vivió trescientos y cincuenta años, hasta los cincuenta y ocho de la edad de Abraham, según la cuenta de Eusebio,[10] y a doscientos fue la división de lenguas; de manera que aún después de divididos los hombres, era vivo; y siendo, como era, santo y justo, no se había de olvidar de Dios, sino que había de enseñar su doctri-

[8] Beros. lib. 6. ant.
[9] Genes. 9.
[10] Eusebio de Temperib.

na; pero divididos todos por diversas tierras y muertos los viejos que podían doctrinarlos, fueron sucediendo mancebos y gente moza; los cuales poco a poco, o luego, en breve tiempo, se olvidaron de Dios y de su palabra; mas como la inclinación natural, que según arriba dijimos, el hombre tiene a Dios, no le deja vivir sin buscarle, para reconocerlo por supremo y necesario en sus acciones y actos, destituidos ya de fe y doctrina y de gracia, no teniendo ya quien les enseñase, no perdidas, sino aumentadas las tinieblas de ignorancia con que los hombres nacen y corrupción de pecados actuales ya dichos, dieron en buscar dios que los socorriese y ayudase en sus cuitas y necesidades, como los que sin él no podían pasarse; y así dieron en recibir por dioses aquellas sombras y cosas que les pareció tener resabio alguno de divinidad, como largamente queda probado; y esto nació (como está dicho) de no entenderse unos a otros y de estar divisos en lenguas. Y de aquí nació también, que no sólo elegiesen dios falso, sino muchos dioses, unos diversos y distintos de otros; porque si todas las gentes fueran unas, en unidad de lengua, cayendo en este yerro por ignorancia, todas concordarán en un error, y así todas constituyeran un dios; pero pues cada una nación tenía su dios y dioses, parece de aquí no haber concordado en un consejo y deliberación, lo cual no lo causó sino la diversidad de las lenguas, de donde les provino a cada gente y lengua caer en sus particulares errores y cegueras y escoger sus particulares y especiales dioses.

Esto que, en general, hemos dicho de toda la gentilidad pasada, experimentamos en esta tierra de la Nueva España, por las infinitas lenguas que entre estas gentes ha habido y hay; cuyos dioses han sido tantos y tan varios, que casi excedieron a todas las otras naciones, diferenciándolos, no sólo en los nombres; pero también en los oficios que les daban, según la divinidad que a cada uno de ellos les atribuían; y puesto que todo el mundo o la mayor parte de él, antiguamente hubiesen reverenciado y reconocido al sol por dios; estos dichos indios le tuvieron por uno de los mayores dioses que adoraban, constituyéndole altares y templos muy famosos; y aunque estos indios de esta Nueva España tuvieron gran cuidado en esto, fueron muy más especiales y cuidadosos los de los reinos del Pirú, mayormente en el tiempo de los reyes incas, cuyo primer rey le tuvo por mayor de sus dioses y mandó por todos sus reinos que le adorasen y constituyesen templos muy conformes a la mucha y grande estimación en que le tenían (como en el libro de los templos dijimos), al cual trataban como a supremo.

A esto dicho, ayudó también la astucia y maña del demonio, anunciándoles algunas cosas por venir, las cuales conoce por conjeturas; es a saber, que de aquí a tantos días ha de llover, que el año será próspero y serán fertilísimas las mieses, que las mujeres preñadas tienen en el vientre hijo o hija, que ha de haber guerras o hambres o enfermedades y otras cosas que parecen milagros y prodigios, por razón de su incertidumbre y serles a los hombres ocultas en general y secretas, las cuales cosas las alcanza el demonio por conjeturas, muy mejor y más aventajadamente que ninguno

de los mayores astrólogos del mundo, como lo confiesa Porfirio,[11] y lo trata Eusebio,[12] si bien puede engañarse y sí engaña las más veces; junto con esto, dicen que hacían algunas cosas particulares, que a las gentes simples e ignorantes parecían sobrenaturales, como es hacer que súbitamente se junte la multitud de ranas, de pulgas o gusanos, que naturalmente se crían, y para que se engendren estas cosas más ahína y con acto más acelerado; de tal manera que parezca milagro, aunque sea natural, pueden los demonios cooperar, obrando juntamente con la materia de que son formadas las dichas cosas, ayudándolas a venir más ahína y añadiendo semilla o materia más acelerada para este fin; de manera que los efectos de estas cosas que habían de tardar en hacerse, siguiendo el curso natural, las aceleran con su saber y aplicación que hacen de materia proporcionada, para que siendo naturales, parezcan sobrenaturales y divinas, y por consiguiente manera milagros; y de esta manera fueron las señales que hicieron los magos de Egipto delante del rey Faraón, como se lee en el *Éxodo*;[13] y esto dicho, trata largamente San Agustín en los libros de la *Ciudad de Dios*,[14] el cual en el décimo dice mucho a este propósito; y Gregorio Nacianceno pone, en su libro *Theológico*,[15] que fue la astucia de el demonio la que derribó a los hombres en el profundo de la idolatría, diciendo que se les atrevió a descomedir y querérseles dar por Dios, por la inclinación natural que conoció en ellos, de no hallarse sin él, y que naturalmente le apetecían y buscaban; y Lactancio Firmiano, en el libro segundo de sus *Divinas instituciones*, desde el capítulo nono hasta el diez y siete, trata este intento muy largamente, atribuyendo a la astucia y malicia del demonio esta descomulgada maldad.

El primero que intentó la idolatría en el mundo, según San Epifanio, un poco más abajo del principio de sus escritos contra herejes, fue Sarug, abuelo de Tharé, padre de Abraham, lo cual dice por estas palabras: la noticia que tenemos del origen y principio de la idolatría, según tradición antigua de los pasados, es que en tiempo de Sarug se comenzó, porque hasta entonces no se conocía que hubiese adoración en estatuas o imágenes, ni de palo, ni de piedra, de oro, ni plata, ni de ningún otro metal, ni materia; y si alguna adoración había, era imaginaria e inventada del libre albedrío de los hombres; pero nació Sarug, hijo de Nachor, padre de Tharé y comenzó luego el uso de las estatuas y simulacros, de lodo y barro, por industria de este Tharé; de manera que el primer enemigo y émulo (dice San Epifanio) que tuvo la adoración del verdadero Dios, fue Tharé, eligiendo ídolo con malicia propia y haciendo Dios a un palo; esto se debe declarar, diciendo (según algunos) que éste fue estatuario o escultor y que enseñaría este arte a otros para formar ídolos.

Muchos hay que dicen y afirman haber comenzado la idolatría en la segunda edad del mundo, entre los cuales es Santo Thomás,[16] y muchos

[11] Porph. lib. de Oracul.
[12] Euseb. lib. 6. de Praep. Evan. cap. 1.
[13] Exod. 8.
[14] Div. Aug. lib. 2. de Civit. Dei. cap. 24 et lib. 9. cap. 22 et lib. 10 cap. 19.
[15] Div. Gregor. Nac. lib. de Theol. fol. 11.
[16] Div. Thom. 2. 2. q. 94. art. 4. ad 2.

lugares hay de la Sagrada Escritura que nos dicen ser este vicio idolátrico usado de los padres y abuelos de Abraham, al cual sacó de entre ellos y le enseñó su doctrina y voluntad, uno de los cuales se dice en Josué,[17] pero por evitar prolijidad no refiero a otros, que son inmensos e infinitos. A lo cual podemos decir que es verdad que la idolatría fue muy más ampliada en el segundo siglo que en el primero; porque en el primero, ya que todos fueron malos y pecadores, en muchos géneros de pecados, no lo serían todos en la idolatría, mayormente los descendientes de Adán, por la vía de Seth; pero los que venían por la de Caín, lo serían todos, según lo dicho, declarando el lugar referido de la invocación, que en tiempo de Enós se hizo del nombre del Señor, invocándolo unos para bien y honra suya y otros manchándolo y amancillándolo con el detestable vicio de la idolatría.

CAPÍTULO VII. *Cómo los gentiles desta Nueva España creían ser dioses muchos hombres encantadores, por embustes que hacían; y del origen fabuloso que algunos tuvieron*



PUES SI VOLVEMOS LOS OJOS a las mentiras y ficciones de otros que se dejaron llevar de la opinión de hombres embusteros, veremos cómo también los han tenido por dioses, siendo antes dignos de reprehensión en sus hechos que de ser tenidos por tales; entre los cuales hubo uno en esta Nueva España, llamado Titlacahuan (que quiere decir, somos sus criados), que siendo hombre vicioso, encantador y hechicero, sólo por los embustes que hizo le contaron en el número de los dioses. El origen de este dios comenzó en esta manera: Hubo en la ciudad de Tula un encantador y nigromántico, llamado Quetzalcohuatl, el cual por sus embustes y marañas fue también tenido por dios de los tultecas, cholultecas y casi en general de todos; y estando gozando este dicho Quetzalcohuatl de su buena suerte y próspera fortuna en la dicha su ciudad, este nombrado Titlacahuan fue con otros dos compañeros allá, y engañándole con sus engañosas y fingidas razones, le hizo creer que en el nacimiento de el sol estaba un varón viejo que le llamaba, lo cual confirmó con una bebida que le hizo beber, la cual aunque por fuerza y con recelo del engaño, el dicho Quetzalcohuatl la bebió y quedó de allí adelante tan persuadido a que era verdad, que era llamado para gozar de nuevo y mejor reino que el que poseía, que fue poderosa esta imaginación a sacarle del cierto y verdadero que gozaba, por ir a tomar posesión del otro; de manera que en este embuste quedó Quetzalcohuatl vencido de Titlacahuan y de aquí estimado y tenido por Dios. No fue sólo este embuste el que este pésimo encantador Titlacahuan hizo, sino otros muchos en los cuales, mostrándose famoso hechicero, ganó el crédito y opinión dicha de dios falso de esta ciega gente; y lo que resta de su vida se dirá cuando tratemos de su falsa deidad.

[17] Ios. 24.

lugares hay de la Sagrada Escritura que nos dicen ser este vicio idolátrico usado de los padres y abuelos de Abraham, al cual sacó de entre ellos y le enseñó su doctrina y voluntad, uno de los cuales se dice en Josué,[17] pero por evitar prolijidad no refiero a otros, que son inmensos e infinitos. A lo cual podemos decir que es verdad que la idolatría fue muy más ampliada en el segundo siglo que en el primero; porque en el primero, ya que todos fueron malos y pecadores, en muchos géneros de pecados, no lo serían todos en la idolatría, mayormente los descendientes de Adán, por la vía de Seth; pero los que venían por la de Caín, lo serían todos, según lo dicho, declarando el lugar referido de la invocación, que en tiempo de Enós se hizo del nombre del Señor, invocándolo unos para bien y honra suya y otros manchándolo y amancillándolo con el detestable vicio de la idolatría.

CAPÍTULO VII. *Cómo los gentiles desta Nueva España creían ser dioses muchos hombres encantadores, por embustes que hacían; y del origen fabuloso que algunos tuvieron*



UES SI VOLVEMOS LOS OJOS a las mentiras y ficciones de otros que se dejaron llevar de la opinión de hombres embusteros, veremos cómo también los han tenido por dioses, siendo antes dignos de reprehensión en sus hechos que de ser tenidos por tales; entre los cuales hubo uno en esta Nueva España, llamado Titlacahuan (que quiere decir, somos sus criados), que siendo hombre vicioso, encantador y hechicero, sólo por los embustes que hizo le contaron en el número de los dioses. El origen de este dios comenzó en esta manera: Hubo en la ciudad de Tula un encantador y nigromántico, llamado Quetzalcohuatl, el cual por sus embustes y marañas fue también tenido por dios de los tultecas, cholultecas y casi en general de todos; y estando gozando este dicho Quetzalcohuatl de su buena suerte y próspera fortuna en la dicha su ciudad, este nombrado Titlacahuan fue con otros dos compañeros allá, y engañándole con sus engañosas y fingidas razones, le hizo creer que en el nacimiento de el sol estaba un varón viejo que le llamaba, lo cual confirmó con una bebida que le hizo beber, la cual aunque por fuerza y con recelo del engaño, el dicho Quetzalcohuatl la bebió y quedó de allí adelante tan persuadido a que era verdad, que era llamado para gozar de nuevo y mejor reino que el que poseía, que fue poderosa esta imaginación a sacarle del cierto y verdadero que gozaba, por ir a tomar posesión del otro; de manera que en este embuste quedó Quetzalcohuatl vencido de Titlacahuan y de aquí estimado y tenido por Dios. No fue sólo este embuste el que este pésimo encantador Titlacahuan hizo, sino otros muchos en los cuales, mostrándose famoso hechicero, ganó el crédito y opinión dicha de dios falso de esta ciega gente; y lo que resta de su vida se dirá cuando tratemos de su falsa deidad.

[17] Ios. 24.

El mismo Quetzalcohuatl fue hombre, aunque según opinión de algunos, bueno moralmente, dado a buenas costumbres; y según otros, fue semejante al pasado. Otros muchos fueron estimados por dioses, que padecieron este defecto, imitando a la otra gente ciega del mundo, que dijeron ser dioses hombres mortales, tomando en cada provincia el cuidado de adorar aquel que más les había favorecido; y así, dice San Isidoro,[1] que los de Egipto adoraron a Isis, los de Creta a Júpiter, los mauritanos a Juba, los latinos a Fauno, los romanos a Quirino, los atenienses a Minerva, y los samos a Juno, los pafos a Venus, los najos a Líber, y los de la isla de Delo al pésimo y nefando Apolo; todos los cuales fueron hombres, pero por particulares causas y hechos, estimados y tenidos por muy particulares en ellos, y como los poetas no curaron de más que hablar, aunque fuese mintiendo, tomaron ocasión de esta general licencia que tenían de mentir para poner las alabanzas de éstos en los cielos (como dice el mismo santo en el mismo lugar); pero lo que yo quiero inferir de lo dicho, es la locura de los hombres, que tal deidad atribuyeron a los que eran hombres como ellos y no sólo no buenos, pero bestiales y sucios, como hemos visto; de donde se colige ser la idolatría abominable, pues lo que tenemos por abominación fue origen de su estimación y precio.

CAPÍTULO VIII. *De cómo aunque todos los gentiles, así antiguos del viejo mundo, como los modernos de este nuevo, han seguido este error de adorar hombres por dioses, no les ha faltado conocimiento de que hay dioses supremos de cuya potencia procedía el ser y vida*



ASO MUY FÁCIL ES CAER DE UN ERROR en otro, porque como dice la gente docta, dado un inconveniente, se siguen otros muchos en aquella causa; y así, es de pensar que les sucedió a todas las gentes del mundo, que comenzaron a errar en el conocimiento de Dios verdadero, porque dado caso (como ya hemos dicho), que tuvieron conocimiento de Dios confuso e indistinto, no se aprovecharon de él, de manera que les valiese para llegar a merecer el socorro de Dios para su verdadero y distinto conocimiento, por lo cual vinieron dando de ojos en errores y desatinos dignos de hombres desamparados de la gracia y desposeídos de todo favor y ayuda; de aquí nació la invención de los muchos dioses y el tomarlos por defensores y amparadores de sus causas y necesidades; de cuyos hechos se ríe y mofa el glorioso padre San Agustín,[1bis] diciendo no poder llegar a más la locura que reconocer y recibir por dioses, defensores de la patria, a dioses vencidos que a sí mismos no pudieron defenderse. Mas aunque es así, que ciegos con sus desatinos erraron en la erección y levantamiento de sus

[1] Div. Isid. lib. 8. Ethymol. cap. 11.
[1bis] Div. Aug. lib. 1. de Civit. Dei. cap. 3.

El mismo Quetzalcohuatl fue hombre, aunque según opinión de algunos, bueno moralmente, dado a buenas costumbres; y según otros, fue semejante al pasado. Otros muchos fueron estimados por dioses, que padecieron este defecto, imitando a la otra gente ciega del mundo, que dijeron ser dioses hombres mortales, tomando en cada provincia el cuidado de adorar aquel que más les había favorecido; y así, dice San Isidoro,[1] que los de Egipto adoraron a Isis, los de Creta a Júpiter, los mauritanos a Juba, los latinos a Fauno, los romanos a Quirino, los atenienses a Minerva, y los samos a Juno, los pafos a Venus, los najos a Líber, y los de la isla de Delo al pésimo y nefando Apolo; todos los cuales fueron hombres, pero por particulares causas y hechos, estimados y tenidos por muy particulares en ellos, y como los poetas no curaron de más que hablar, aunque fuese mintiendo, tomaron ocasión de esta general licencia que tenían de mentir para poner las alabanzas de éstos en los cielos (como dice el mismo santo en el mismo lugar); pero lo que yo quiero inferir de lo dicho, es la locura de los hombres, que tal deidad atribuyeron a los que eran hombres como ellos y no sólo no buenos, pero bestiales y sucios, como hemos visto; de donde se colige ser la idolatría abominable, pues lo que tenemos por abominación fue origen de su estimación y precio.

CAPÍTULO VIII. *De cómo aunque todos los gentiles, así antiguos del viejo mundo, como los modernos de este nuevo, han seguido este error de adorar hombres por dioses, no les ha faltado conocimiento de que hay dioses supremos de cuya potencia procedía el ser y vida*



ASO MUY FÁCIL ES CAER DE UN ERROR en otro, porque como dice la gente docta, dado un inconveniente, se siguen otros muchos en aquella causa; y así, es de pensar que les sucedió a todas las gentes del mundo, que comenzaron a errar en el conocimiento de Dios verdadero, porque dado caso (como ya hemos dicho), que tuvieron conocimiento de Dios confuso e indistinto, no se aprovecharon de él, de manera que les valiese para llegar a merecer el socorro de Dios para su verdadero y distinto conocimiento, por lo cual vinieron dando de ojos en errores y desatinos dignos de hombres desamparados de la gracia y desposeídos de todo favor y ayuda; de aquí nació la invención de los muchos dioses y el tomarlos por defensores y amparadores de sus causas y necesidades; de cuyos hechos se ríe y mofa el glorioso padre San Agustín,[1bis] diciendo no poder llegar a más la locura que reconocer y recibir por dioses, defensores de la patria, a dioses vencidos que a sí mismos no pudieron defenderse. Mas aunque es así, que ciegos con sus desatinos erraron en la erección y levantamiento de sus

[1] Div. Isid. lib. 8. Ethymol. cap. 11.
[1bis] Div. Aug. lib. 1. de Civit. Dei. cap. 3.

dioses, conocieron haber entre ellos unos que diferenciándose de los demás, les llamaron supremos, de quienes procedía el ser y vida de el hombre; a éstos llamaron los antiguos gentiles penates, que es como decir: por quien *penitus*, y absolutamente tenemos el ser y vida, y de cuyo poderío pende el nuestro; y Macrobio,[2] aprueba la sentencia de aquellos que dicen querer significar esta dicción lo dicho; y añade más, diciendo, querer decir por quienes *penitus* expiramos, y por quien tenemos cuerpos y la razón y excelencia de el ánima; de manera, que dioses penates son unos dioses que presiden en las casas y son tutores y defensores de ellas.

No es de menos consideración y advertencia saber que esta condición y atributo que los antiguos atribuyeron a los dioses penates, estos nuestros occidentales dieron a los que tuvieron por dioses supremos, llamándolos Tloquenahuaque, que quiere decir junto o par de quien está el ser de todas las cosas; y también le llamaban Ypalnemohualoni, que quiere decir por quien vivimos y somos; que si como son debidos a Dios estos nombres y atributos supieran aplicarlos al que lo es verdadero, fueran muy discretos, pues lo son de Dios, de cuyas manos y poder nos viene el ser y vida que vivimos, diciendo el Apóstol San Pablo:[3] En él vivimos, somos y nos movemos (como si dijera), si tenemos vida, Dios es el que nos la da, porque es vida por esencia; si somos y tenemos ser de hombres y todas las demás cosas criadas tienen el ser que tienen, es porque Dios, criador universal de todas ellas, se lo da y comunica, como el que todo lo puede; y si nos movemos y hacemos acciones de vida, es porque él nos mueve y da fuerzas para ello sin cuyo poderío no somos suficientes para nada; de manera que aunque estos ciegos hombres iban errados en el conocimiento de Dios y en su lugar adoraban al demonio, no erraban en los nombres que le daban, por ser verdadera y propiamente suyos, usando de esta astucia y maña el demonio con ellos, para que le aplicasen los que por derecho natural y divino son suyos de Dios, permitiéndolo su majestad santísima, por la enormidad y torpeza de sus depravadas costumbres y muchedumbre de pecados.

CAPÍTULO IX. *Que trata de la causa por que Dios reprueba a los hombres y los deja caer en tantas cegueras y abominaciones*



ASO GRAVE ES VER QUE SEAN HECHOS los hombres para Dios y que ese mismo Dios no pretenda más de ellos que su glorificación y bienaventuranza y que veamos al mundo tan apartado de él y tan enajenado de este fin que pretende; pero quien con ojos de razón y desapasionados y juntamente con consideración cristiana quisiere notar e investigar la causa porque permite Dios que los hombres caigan en tan enormes culpas y pecados, que son fuera de los límites de toda razón humana, hallará no

[2] Macrob. Saturn.
[3] Div. Paulus apud Ac. Apost. 17, 28.

dioses, conocieron haber entre ellos unos que diferenciándose de los demás, les llamaron supremos, de quienes procedía el ser y vida de el hombre; a éstos llamaron los antiguos gentiles penates, que es como decir: por quien *penitus*, y absolutamente tenemos el ser y vida, y de cuyo poderío pende el nuestro; y Macrobio,[2] aprueba la sentencia de aquellos que dicen querer significar esta dicción lo dicho; y añade más, diciendo, querer decir por quienes *penitus* expiramos, y por quien tenemos cuerpos y la razón y excelencia de el ánima; de manera, que dioses penates son unos dioses que presiden en las casas y son tutores y defensores de ellas.

No es de menos consideración y advertencia saber que ésta condición y atributo que los antiguos atribuyeron a los dioses penates, estos nuestros occidentales dieron a los que tuvieron por dioses supremos, llamándolos Tloquenahuaque, que quiere decir junto o par de quien está el ser de todas las cosas; y también le llamaban Ypalnemohualoni, que quiere decir por quien vivimos y somos; que si como son debidos a Dios estos nombres y atributos supieran aplicarlos al que lo es verdadero, fueran muy discretos, pues lo son de Dios, de cuyas manos y poder nos viene el ser y vida que vivimos, diciendo el Apóstol San Pablo:[3] En él vivimos, somos y nos movemos (como si dijera), si tenemos vida, Dios es el que nos la da, porque es vida por esencia; si somos y tenemos ser de hombres y todas las demás cosas criadas tienen el ser que tienen, es porque Dios, criador universal de todas ellas, se lo da y comunica, como el que todo lo puede; y si nos movemos y hacemos acciones de vida, es porque él nos mueve y da fuerzas para ello sin cuyo poderío no somos suficientes para nada; de manera que aunque estos ciegos hombres iban errados en el conocimiento de Dios y en su lugar adoraban al demonio, no erraban en los nombres que le daban, por ser verdadera y propiamente suyos, usando de esta astucia y maña el demonio con ellos, para que le aplicasen los que por derecho natural y divino son suyos de Dios, permitiéndolo su majestad santísima, por la enormidad y torpeza de sus depravadas costumbres y muchedumbre de pecados.

CAPÍTULO IX. *Que trata de la causa por que Dios reprueba a los hombres y los deja caer en tantas cegueras y abominaciones*



CASO GRAVE ES VER QUE SEAN HECHOS los hombres para Dios y que ese mismo Dios no pretenda más de ellos que su glorificación y bienaventuranza y que veamos al mundo tan apartado de él y tan enajenado de este fin que pretende; pero quien con ojos de razón y desapasionados y juntamente con consideración cristiana quisiere notar e investigar la causa porque permite Dios que los hombres caigan en tan enormes culpas y pecados, que son fuera de los límites de toda razón humana, hallará no

[2] Macrob. Saturn.
[3] Div. Paulus apud Ac. Apost. 17, 28.

ser otra, sino un castigo de la divina y poderosa mano de Dios con que los castiga, los cuales, dejados llevar de su desordenado apetito, se olvidan de todo punto de la deuda y obligación grande en que la divina majestad los tiene puestos y se le van a los ojos como aquellos que ya no le temen, ni hacen caso de su palabra.

Esta razón es la que da el apóstol San Pablo, escribiendo a las ciegas gentes de Roma, en el capítulo primero,[1] donde entre otras razones les dice ésta: Entrególos Dios a un reprobado sentido para que hagan aquellas cosas que no conviene sean hechas, por estar llenos de toda maldad, malicia, fornicación, avaricia e iniquidad, y porque están como hidrópicos e hinchados de vicios y por estar vozando muertes, envidias, engaños y contenciones; de manera que la causa que da el apóstol para haberles permitido Dios tantos pecados, es haberse entregado los hombres, tan a rienda suelta y sin freno, a tantas culpas y maldades; y haber hecho hábito tosco y grosero de ellas; y de aquí nace que dice Dios: Pues pecáis con obstinada malicia, quiero que esa misma malicia sea el castigo de vuestros pecados y la pena de vuestras obstinadas culpas; y así se sigue bien que la ceguera con que se cometen culpas graves, tantas veces repetidas, que parece que se van llamando unas a otras y que se ejercitan con absoluta desvergüenza y con vida más bestial que de hombres, gustando de ellas como que no haya otro Dios, sino de los torpes y bestiales gustos y desconciertos, esa misma ceguera (como dicho es) es el castigo de estas mismas culpas, el cual nace de esta obstinada malicia con que los hombres pecan.

Ésta es también sentencia del mismo apóstol,[2] diciendo que se les obscureció su necio corazón; y la razón es, que como sea verdad que las tinieblas y obscuridades son respeto de la vista y ojos, y los del alma sean la razón y esta vista y ojos se aplique (en común lenguaje) al corazón, síguese de aquí que cuando se rige por justicia, se dice que el corazón está claro y que mira con ojos claros, y cuando está convertida en su contrario (que es sinrazón y torpeza), se dice estar el corazón ciego, porque no mira las cosas con los ojos que debía mirarlas; y por esto dice el apóstol que se obscureció su necio corazón; y de aquí se sigue necesariamente, que estando obscurecido y en las tinieblas del pecado, no acierte el hombre a dar paso que no sea para dar mil caídas, y cada una de ellas de muerte y condenación eterna.

Por lo dicho no se ha de entender que es culpa de Dios dejarlos caer en tantos pecados; porque ni la hay, ni puede caber en su espejado y limpidísimo pecho, por razón de no ser inventor de maldades, aunque por sus ocultos y secretos juicios las permite; el cual de cosa que haga ni permita, no se le ha de pedir razón ni cuenta; y así dice el glorioso padre San Agustín,[3] que esta palabra del apóstol es, a saber, que los entregó Dios a un sentido reprobado y torcido de la verdad, se ha de entender negativa y no

[1] Ad Rom. 1, 29 et 30.
[2] Ad Rom. 1, 22 et Ad Ephes. 4, 17.
[3] Div. Aug. lib. de Prad. Sanctorum gratia, cap. 4. lib. 9.

positivamente; conviene a saber, que se aparta de ellos y los deja, poniendo en medio de su majestad santísima y del pecador un lejos de olvido, que es aquel que dice Isaías,[4] de donde ha de venir al juicio, cuando dijo: Veis aquí viene el nombre del Señor de muy lejos, que es un lejos de disfavor y enojo; de manera que Dios no es causa del mal que el pecador hace, como lo prueba el *Eclesiástico*,[5] hablando con el pecador, diciendo, no digas, él me engaño y me ofreció el pecado, como si dijera: en la maldad que cometes, tú eres el autor a quien se ha de atribuir la culpa, porque tú solo (incitado de tu propia malicia) pecaste, porque no son necesarios (prosigue luego) los impíos y malos en la presencia y divino acatamiento de Dios; como quien dice no es Dios de condición que quiera admitir en su casa pecados; y así los pecadores no son para su presencia; porque por el mismo caso que son pecadores se hacen indignos de llamarse suyos; pues de aquí se sigue, que no siendo esta culpa de Dios, ni de parte suya (como no lo es), lo es de parte del hombre que los comete, y por esto lo reprueba y no lo cuenta en el número de los suyos; y como a miembro indigno de tal cabeza, lo desecha de sí y reprueba, y le deja cometer pecados, cuantos se le antojan; que no es de los pequeños espantos que pueden caer en el alma esta licencia tan larga y generosa de Dios; pues de ella no se sigue hacer su voluntad sino la del hombre, de cuya suelta se sigue su perdición.

CAPÍTULO X. *De cómo Dios castiga pecados con pecados*



DE LO DICHO EN EL CAPÍTULO PASADO SE INFIERE, cómo uno de los mayores castigos que Dios hace en un hombre perdido y desalmado, descuidado de él y solícito en ofenderle, es dejarle ir a rienda suelta y sin freno tras la maldad y no retraerle de sus culpas, y cegarle para que prosiga en sus maldades, y que no vea su perdición y daño; que esto es (como se ha dicho) un muy gran castigo que en él hace. Dos cosas hemos dicho en el principio de este capítulo; la una, cómo es gran castigo que Dios hace dejar pecar al pecador y que añada pecados a pecados; y la otra, cómo los ciega para que no vean su remedio ni adviertan el peligro de su daño. De este primer sentido y pensamiento (que es castigarle con pecados que añade sobre pecados) no estaba lejos el santo rey David (sino muy cerca) cuando en el psalmo sesenta y ocho, hablando con Dios, dijo: pon, Señor, en ellos una maldad sobre otra (esto es), no sepan qué cosa es bondad, no dejen de pecar y añadan pecados a pecados; como si dijera, no hagan bien ninguno, ni conozcan, ni vean el mal en que están y no entren (dice luego) en tu justicia; quiere decir, que nunca conozcan la razón ni jamás se vean buenos ni enmendados. Vayan, Señor, cayendo de un mal en otro; esto se verifica y prueba en un hombre que nunca se halla a estar en gracia, sino

[4] Isai. 30.
[5] Eccl. 15.

positivamente; conviene a saber, que se aparta de ellos y los deja, poniendo en medio de su majestad santísima y del pecador un lejos de olvido, que es aquel que dice Isaías,[4] de donde ha de venir al juicio, cuando dijo: Veis aquí viene el nombre del Señor de muy lejos, que es un lejos de disfavor y enojo; de manera que Dios no es causa del mal que el pecador hace, como lo prueba el *Eclesiástico*,[5] hablando con el pecador, diciendo, no digas, él me engaño y me ofreció el pecado, como si dijera: en la maldad que cometes, tú eres el autor a quien se ha de atribuir la culpa, porque tú solo (incitado de tu propia malicia) pecaste, porque no son necesarios (prosigue luego) los impíos y malos en la presencia y divino acatamiento de Dios; como quien dice no es Dios de condición que quiera admitir en su casa pecados; y así los pecadores no son para su presencia; porque por el mismo caso que son pecadores se hacen indignos de llamarse suyos; pues de aquí se sigue, que no siendo esta culpa de Dios, ni de parte suya (como no lo es), lo es de parte del hombre que los comete, y por esto lo reprueba y no lo cuenta en el número de los suyos; y como a miembro indigno de tal cabeza, lo desecha de sí y reprueba, y le deja cometer pecados, cuantos se le antojan; que no es de los pequeños espantos que pueden caer en el alma esta licencia tan larga y generosa de Dios; pues de ella no se sigue hacer su voluntad sino la del hombre, de cuya suelta se sigue su perdición.

CAPÍTULO X. *De cómo Dios castiga pecados con pecados*



E LO DICHO EN EL CAPÍTULO PASADO SE INFIERE, cómo uno de los mayores castigos que Dios hace en un hombre perdido y desalmado, descuidado de él y solícito en ofenderle, es dejarle ir a rienda suelta y sin freno tras la maldad y no retraerle de sus culpas, y cegarle para que prosiga en sus maldades, y que no vea su perdición y daño; que esto es (como se ha dicho) un muy gran castigo que en él hace. Dos cosas hemos dicho en el principio de este capítulo; la una, cómo es gran castigo que Dios hace dejar pecar al pecador y que añada pecados a pecados; y la otra, cómo los ciega para que no vean su remedio ni adviertan el peligro de su daño. De este primer sentido y pensamiento (que es castigarle con pecados que añade sobre pecados) no estaba lejos el santo rey David (sino muy cerca) cuando en el psalmo sesenta y ocho, hablando con Dios, dijo: pon, Señor, en ellos una maldad sobre otra (esto es), no sepan qué cosa es bondad, no dejen de pecar y añadan pecados a pecados; como si dijera, no hagan bien ninguno, ni conozcan, ni vean el mal en que están y no entren (dice luego) en tu justicia; quiere decir, que nunca conozcan la razón ni jamás se vean buenos ni enmendados. Vayan, Señor, cayendo de un mal en otro; esto se verifica y prueba en un hombre que nunca se halla a estar en gracia, sino

[4] Isai. 30.
[5] Eccl. 15.

siempre en pecado; y en otro psalmo,[1] dice: hizo camino y vía al sendero de vuestra ira y no perdonó de la muerte las ánimas de ellos. Hacer camino a la ira de Dios es abrir paso con las maldades que el pecador comete, para que la ira de Dios ejecute el rigor de su poderío; y así el camino estrecho de la ley de Dios le abre y le hace ancho por donde holgadamente puedan pasar con sus maldades y no hallen en ella tropiezo ni embarazo; como quien dice: andad, hermanos, ese camino real y carretero de la maldad y menosprecio de Dios, que a dar vais al peligro de mi ira; y si ahora aumentáis pecados a pecados, después los pagaréis unos y otros, porque todos han de llegar a pagadero.

De lo segundo, que es cegarlos, tenemos la prueba en el *Deuteronomio*,[2] donde se dice: Hiérate Dios con locura, con ceguera y con furor de juicio, y sea de manera que andes palpando al medio día, como suele el ciego en su obscuridad y tinieblas, y no endereces ni encamines tus senderos. Estas tres cosas, conviene a saber, locura, ceguera y furor de juicio, todo es uno; pero en tanto sinónomo junto muestra el afecto y vehemencia de la palabra; y en decir que a medio día (cuando el sol suele estar más claro) ande a ciegas y palpando tinieblas, como hace el ciego, es decir que en las cosas claras y llanas esté el pecador ciego y no las entienda ni conozca la verdad, aunque la rodee por mil partes.

Esto dijo (aunque por otras palabras aquel profeta evangélico Isaías,[3] diciendo): Mezcló Dios en ellos un espíritu de desvanecimiento, conviene a saber, un vaguido de cabeza; porque así como el que lo tiene anda atontado y falto de sentido y razón, así en las cosas espirituales el pecador, hecho a pecar, anda tonto, desvanecido y rodeado de vaguidos, con los cuales desvanecido, no pesa ni pondera la mala vida que vive ni el estado de su muy cierta perdición; y en otra parte dice: Cegad, Señor, el corazón de este pueblo para que los que ven no vean; porque esta ceguera es pena con que castiga Dios pecados; y así en aquella visión que este santo profeta vido, cuando se le representó Dios en aquel trono de majestad, dice, hablando con el pueblo:[4] Cerraros ha Dios vuestros ojos para que no le veáis.

Éste es, pues, el riguroso castigo de Dios y uno de los más tremendos y espantosos que a la consideración del hombre ocurren; con el cual castiga la voluntad con actos propios de esa misma voluntad, no dándole aquello con que no pecara, sino que pues quiere pecar y siempre se ocupa en pecar, le deja que siempre peque; y no le quita de las manos aquello que le aparta de Dios y le es de inconveniente y estorbo para que se llegue a él y le sirva; y de estos tales aparta Dios su cara, como lo dijo el santo profeta Isaías,[5] por estas palabras: Escondiste, Señor, tu cara de nosotros y estrujástenos en las manos de nuestra maldad; como si dijera, habéisnos,

[1] Psal. 77.
[2] Deut. 28.
[3] Isai. 19.
[4] Isai. 6.
[5] Isai. 64.

Señor, tratado como si nos tomárades entre dos piedras, y entre la dureza de ellas nos hubiérades estrujado y hecho pedazos; y así dijo el profeta rey, en un psalmo:[6] entre las piedras se estrujaron sus pequeñuelos; la metáfora del profeta la toma de uno que se enoja (lo cual de ordinario acontece), que vuelve la cara a contraria parte de aquel con quien se enoja; pues este volver la cara de Dios es dejar al hombre pecar y que se vaya tras un profundo despeñadero de males que no tengan remedio; y por ser éste un tan riguroso castigo, por eso entre las obras de la divina justicia es la que se cuenta por mayor; conviene a saber, permitir Dios tantos pecados en el mundo, que es lo que David dice en el psalmo: ¿Es hecho siempre contra el Señor, quién? El pecador, que nunca deja de ofender a Dios; y esas mismas cosas con que le ofende son con las que el mísero y desventurado loco es castigado; y por ventura se entiende a este propósito lo que el mismo David dice en otra parte,[7] que se convierte en un perverso arco, el cual no siendo bueno y quebrándose, hiere al mismo que le tira; de manera que el tiro que pretende hacer a otra parte, ese mismo se le vuelve a sí; y con el arco que pretende herir se hiere, lo cual cuenta David que se verificó en su suegro Saúl, que queriéndole matar y procurándole hacer mal por todas las vías a él posibles, todo se le convertía contra sí; y el mal que pretendía hacer, ése recibía. Cavó foso (dice el mismo David)[8] y abrió zanja para mí y cayó en ella; y así dice Isaías,[9] a este propósito, si no creyéredes no creeréis; como quien dice, si fuéredes infieles y no creyéredes las verdades a que estáis obligados, no importa, que Dios hay que os castigará por ello, y esa vuestra incredulidad sera el castigo con que seréis castigados.

De esto dicho tiene fundamento decir que muchas veces les va Dios a la mano a los hombres en cosas que quieren emprender; lo uno, por ponerles freno a ellos; y lo otro, por causar temor a los venideros para que se dejen de tales locuras; y así vemos qué les sucedió a los que comenzaron a edificar la Torre de Babilonia,[10] a los cuales se la derribó (no por temerlos, que cosa cierta y averiguada es que sin destruirse pudiera defenderse de ellos, pues con sola su palabra los derribara) no de espaldas, como a los que la noche de su prendimiento derribó, cuando les preguntó a quién buscaban; y diciéndole que a Jesús Nazareno y respondiéndoles: Yo soy, a esta voz cayeron, sino de ojos y vida, hasta dar con ellos en los profundos barrancos del infierno;[11] pero hizo esto, aprovechándose de aquella confusión en que los puso, para quitarles la ocasión a los futuros de que no fuesen de mal en peor. Ésta fue grande misericordia suya, porque impedidos y estorbados de aquel desatino, fuese remediable su culpa y no seguida de un mal en otro, porque dejar Dios crecer las culpas es señal de su indignación. Sucederle a un hombre las cosas malas, como las quiere y desea,

[6] Psal. 136.
[7] Psal. 77. v. 77.
[8] Psal. 7 et 56.
[9] Isai. 6.
[10] Genes. 11.
[11] Ioan. 18. 7.

indicio es de gran castigo de Dios; y así, dijo Salomón[12] como bien industriado por el Espíritu Santo: La prosperidad de los tontos y necios los destruye y trae a estado de perdición; quiere decir, no hay mayor desventura para un hombre que ver que peca y que no haya quien le vaya a la mano en sus pecados, porque esto es la mayor señal de su condenación y el mayor castigo de sus castigos; porque cuando menos piensa llega Dios con la ejecución de su justicia y le da a entender que su disimular no es olvido sino no ser digno el pecador en su obstinación de su infinita clemencia y misericordia. Esto vemos en el psalmo, donde tratando David del desacato que mostraron los hebreos, cuando pasando por la soledad de el desierto no estimaron el pan soberano y celestial que cada día Dios les administraba y amasaba de su rocío, sino que ofendidos de su frecuencia y continuación y acordándose de las ollas de Egipto le pidieron carnes: dice David,[13] que les acudió Dios muy cumplidamente (como se lee en el *Deuteronomio*)[14] y que comieron de ellas hasta hartarse, de tal manera que quedaron ahítos y vomitándolas; pero no paró aquí, sino que cuando pensaron que tenían plenario y colmado gusto, descendió la ira de Dios sobre ellos y los castigó, porque aquel cumplimiento de gusto no fue querérsele dar, sino castigo del castigo que sus culpas y pecados merecían. Esto trata Filón, judío,[15] muy docta y galanamente, diciendo ser muy gran castigo el que Dios envía a los hombres, castigando pecados con pecados y ésta es la razón porque ha permitido tanta idolatría en el mundo; y la ha disimulado por haberse dado los hombres a tantos vicios y muchedumbre de torpezas y haberse apartado de la virtud y bondad, que es el medio por donde Dios es buscado y hallado añadiendo vicios a vicios, culpas a culpas y pecados a pecados.

CAPÍTULO XI. *Que trata cómo por haberse apartado la ciega gentilidad de Dios los ha privado de su gracia*



POR LAS RAZONES REFERIDAS en el capítulo pasado queda bien probada la causa porque Dios permite que los hombres caigan de un pecado en otro; porque (como dijimos) son unos en pena y castigo de otros. Ahora resta saber la razón por qué Dios destituyó y desfavoreció de todo punto de su favor y gracia a los antiguos gentiles; la cual (demás de las dichas) es otra, haberse apartado ellos de él por arrogancia de saber y presumpción propia, con sensualidad de vida, atribuyéndose a sí mismos la gloria, a sólo Dios debida, la cual, como dice por su profeta,[1] no quiere darla a nadie y contra el que se la quita se pone en arma, haciéndole con-

[12] Prov. 1.
[13] Psal. 77.
[14] Deut. 2.
[15] Phil. lib. de Confu. Ling.
[1] Isai. 42.

indicio es de gran castigo de Dios; y así, dijo Salomón[12] como bien industriado por el Espíritu Santo: La prosperidad de los tontos y necios los destruye y trae a estado de perdición; quiere decir, no hay mayor desventura para un hombre que ver que peca y que no haya quien le vaya a la mano en sus pecados, porque esto es la mayor señal de su condenación y el mayor castigo de sus castigos; porque cuando menos piensa llega Dios con la ejecución de su justicia y le da a entender que su disimular no es olvido sino no ser digno el pecador en su obstinación de su infinita clemencia y misericordia. Esto vemos en el psalmo, donde tratando David del desacato que mostraron los hebreos, cuando pasando por la soledad de el desierto no estimaron el pan soberano y celestial que cada día Dios les administraba y amasaba de su rocío, sino que ofendidos de su frecuencia y continuación y acordándose de las ollas de Egipto le pidieron carnes: dice David,[13] que les acudió Dios muy cumplidamente (como se lee en el *Deuteronomio*)[14] y que comieron de ellas hasta hartarse, de tal manera que quedaron ahítos y vomitándolas; pero no paró aquí, sino que cuando pensaron que tenían plenario y colmado gusto, descendió la ira de Dios sobre ellos y los castigó, porque aquel cumplimiento de gusto no fue querérsele dar, sino castigo del castigo que sus culpas y pecados merecían. Esto trata Filón, judío,[15] muy docta y galanamente, diciendo ser muy gran castigo el que Dios envía a los hombres, castigando pecados con pecados y ésta es la razón porque ha permitido tanta idolatría en el mundo; y la ha disimulado por haberse dado los hombres a tantos vicios y muchedumbre de torpezas y haberse apartado de la virtud y bondad, que es el medio por donde Dios es buscado y hallado añadiendo vicios a vicios, culpas a culpas y pecados a pecados.

CAPÍTULO XI. *Que trata cómo por haberse apartado la ciega gentilidad de Dios los ha privado de su gracia*



OR LAS RAZONES REFERIDAS en el capítulo pasado queda bien probada la causa porque Dios permite que los hombres caigan de un pecado en otro; porque (como dijimos) son unos en pena y castigo de otros. Ahora resta saber la razón por qué Dios destituyó y desfavoreció de todo punto de su favor y gracia a los antiguos gentiles; la cual (demás de las dichas) es otra, haberse apartado ellos de él por arrogancia de saber y presumpción propia, con sensualidad de vida, atribuyéndose a sí mismos la gloria, a sólo Dios debida, la cual, como dice por su profeta,[1] no quiere darla a nadie y contra el que se la quita se pone en arma, haciéndole con-

[12] Prov. 1.
[13] Psal. 77.
[14] Deut. 2.
[15] Phil. lib. de Confu. Ling.
[1] Isai. 42.

tinua y mortal guerra con aquella misma ceguera en que le pone. Esta verdad es del apóstol San Pablo, en la carta que escribe a los romanos,[2] diciendo será revelada la ira de Dios sobre toda impiedad; donde debemos notar, para mayor claridad de estas palabras, que piedad, como dice Tulio,[3] es un servicio divino a solo Dios debido; y así, por el contrario, impiedad querrá decir: deservicio de Dios y un menosprecio suyo con que el hombre torpe y necio lo ultraja y menosprecia; y esto es lo que prosigue luego el apóstol de aquellos (conviene a saber) que detienen y atajan la verdad de Dios con injusticias; como si dijera la verdad divina (que es Dios) cuanto es de sí, está dispuesta para manifestarse y darse a conocer; pero la malicia de los hombres sirve de impedimento, para que no se les manifieste y se les oculte y absconda.

De aquí nace poder decir que en alguna manera la detienen para que no corra desde el lugar de sí mismo a su conocimiento; de la misma manera que el que quiere atajar un manantial de aguas, le cierra la vía y ataja sus corrientes, porque impide su curso, se dice detenerle. Y declárase más el apóstol, diciendo: Fuera muy fácil conocerle si los hombres quisieran; porque lo que a Dios es manifiesto, conviene a saber, sus divinos atributos, como es su sabiduría, su bondad y grandeza, esto que es de Dios y al mismo Dios manifiesto esencialmente, lo pudieran ellos conocer, ya que no con noticia intuitiva (que es el conocimiento claro y distinto que hemos dicho, porque así como no vemos a Dios esencialmente, tampoco sus atributos) a lo menos por el conocimiento confuso, que es de las criaturas inferiores, y en especial en la contemplación y conocimiento del hombre, le pudiéramos conocer por razón de tener cierta semejanza con todas las criaturas que Dios crió; porque como dice San Gregorio,[4] tiene ser con las cosas que no viven, vida con las plantas, sentir con los animales y entender con los ángeles; y porque también todas las cosas criadas las ordenó Dios para el servicio del hombre, así por esta razón, como por la que incluyen todas las cosas criadas se pudiera venir en conocimiento del criador y señor de todo.

De esta manera tuvieron los filósofos noticia y conocimiento de el hacedor de todas las cosas y le nombraron por muchos y diversos nombres, llamándole motor, una causa, un principio y otros semejantes; pero por haberse atribuido a sí mismos los necios y torpes hombres ese conocimiento de las cosas criadas y temporales, les cegó Dios en las espirituales; y así dejaron de conocerle; y no creyendo (a lo menos, no especulando con madura consideración) ser uno solo, lo dividieron en muchos, haciendo la deidad divisible y repartida entre diversos dioses, haciendo faltos y mendigos a unos de la divinidad que otros participaban; y de aquí tuvo origen y principio la invención de los muchos dioses que fingieron y han adorado las naciones erradas del mundo.

[2] Ad Rom. 2.
[3] Cicer de Nat. Deorum. cap. 5.
[4] Div. Gregor. homil. 29.

CAPÍTULO XII. *Del principio de la idolatría, después del Diluvio; y cómo lo primero que adoraron las gentes fue el sol y la luna y las estrellas; y que este modo de dioses fue muy honrado y venerado, en estas partes de las Indias, de los indios gentiles que las poseyeron*



UPUESTO LO DICHO EN EL CAPÍTULO PASADO y que ya los hombres se apartaban de Dios, por vicios y abominaciones y por esta razón los desamparaba él, de su favor y gracia, de aquí se sigue que cuanto más el linaje humano iba creciendo, por la multiplicación de su padre Noé (por quien quiso Dios después del Diluvio restaurarlo) y se derramaba de tierras en tierras por lo ancho y espacioso de el universo mundo, tanto más iba cayendo e incurriendo en rudeza e ignorancia del conocimiento de Dios y de la doctrina que Noé de él les había enseñado; y así rudos e ignorantes los hombres, y no alcanzando más su consideración de aquellos que los sentidos exteriores les mostraban, solamente los ponían en aquellas cosas que eran hermosas, alegres, útiles, deleitables, provechosas y admirables; y en éstas pararon y se detuvieron, con aquel juicio grosero que les había quedado, con el cual se hicieron poco menos que bestiales, y aquellas dichas cosas adoraban y recibían por dioses, como que fuesen dignas de adoración o como si tuvieran alguna divinidad, siendo mendigas de ella por ser criaturas criadas de las manos de Dios.

De estas cosas fue lo primero que se les ofreció a los ojos el sol, el cual, por su grandeza y hermosura, es más visible y de particular consideración a los que no conocen ser sus efectos naturales y procedientes de causa criada y finita; y de aquí es que como le viesen tan hermoso y claro rodear al mundo, con sus vueltas tan ordinarias y concertadas, alumbrar todas las cosas, templar los tiempos del año y que por él se maduraban las plantas y mieses, y que era causa parcial con el hombre (como dice el Filósofo)[1] para la generación del hombre, y que con su virtud y calor se recreaban, no pudieron pensar, ni imaginar, sino que era cosa viva y rodeada de divinidad y poder infinito, con el cual todas aquellas cosas hacía y producía. Viendo también la luna cómo servía al sol casi como vicaria suya, dando lumbre de noche, por ausencia de él, y así presidir en las noches, como el sol en los días, lo mismo de las estrellas, haciendo impresiones en las cosas de la tierra, de aquí se movieron a tenerlas en reverencia y estimación; y ni más ni menos a otras cosas a estas semejantes, como son los cielos, los elementos, el fuego, el aire, el agua y la tierra, según Filón, en el principio de el libro primero de la *Monarquía,* por haber sospechado estas ciegas gentes no haber otro dios, sino el sol, la luna y las estrellas, y que ellas eran señoras y hacedoras de todas las cosas; los cuales, dice Filón,[2] si estudiaran

[1] Arist. lib. 2. Phis.
[2] Phil. lib. 1. Monarch.

recta y fielmente, luego conocieran que así como nuestros sentidos son ministros de nuestro entendimiento y razón, así aquellas cosas sensibles son ministros de aquel inteligible bien que lo gobierna todo, que es Dios.

Éste fue un error universal en que incurrieron, no sólo aquellos antiquísimos gentiles, sino también estos nuestros occidentales indios; los cuales tuvieron en tanto precio al sol y luna, que los confesaron por unos de sus mayores dioses, a los cuales edificaron muchos y muy sumptuosos templos, como en otra parte hemos visto. Los primeros que cayeron en esta ceguedad y miseria de adorar al sol, luna y estrellas, fueron los de Egipto (según Diodoro Sículo),[3] y Lactancio Firmiano[4] lo confirma; y la razón de esto dan, diciendo que como era gente que habitaba en los campos, sin casas, por la calidad de los aires y falta de lluvias (por no llover jamás en aquella tierra), tuvieron más oportunidad que otras gentes de contemplar las estrellas y astros y cosas celestiales; donde también afirma que la primera gente que ignoró a Dios fueron los hijos y generación del maldito Can, hijo de Noé, cuya generación pobló a Egipto, según San Agustín;[5] fuera de haber procedido también de él los cananeos. Habiendo de valer esta razón para los hombres idólatras, que primero adoraron al sol, lo es muy grande que se les conceda a estos indios, pues en sus principios (como en otro libro tenemos visto) vivieron la vida por sierras y montes, pobre y miserablemente, sin casas, ni abrigo, haciendo su albergue donde les cogía la noche; y en el Pirú no sólo por esto, sino porque también en los que llaman llanos no llueve jamás, como en la tierra de Egipto, por cuya causa los moradores de ella pudieron pensar ser dios el sol, por los muchos y particulares efectos que le veían hacer en la tierra. Y aunque la dicha pudo ser la razón de adorar los de Egipto al sol, luna y otras estrellas, por dioses, a lo menos la fundamental de apartarse estas gentes del conocimiento del verdadero Dios, pienso que sería el mal ejemplo de su padre Can, cuya vida y costumbres siempre fueron malas.

Pues qué maravilla, que los hijos de tan mal padre fuesen pésimos y malos, pues es cosa natural que le hereden las costumbres, porque como dice el refrán y adagio común, de la turquesa toma la forma el bodoque; y según la doctrina de San Pablo,[6] la raíz santa echa ramos santos; de buena raíz, buenas ramas; y ésta fue también doctrina de filósofos; y entre todos, dijo Aristóteles,[7] de hombres nacen hombres, y de bestias, bestias, y de brutos, brutos; y luego prosigue, de buenos nacen buenos, y, al contrario, de malos, malos; esto se ha de entender las más veces. De aquí se entenderá la raíz que tiene aquel santo decreto de la Iglesia,[8] tratando de los infames, que pone la causa, ¿por qué ha de quedar infame el hijo del hereje, pues no cometió culpa el niño? Y responde, que los hijos de los maculados en algún crimen han de ser tenidos por sospechosos en él, por cuanto se ha

[3] Diod. Sicu. lib. 1. cap. 2.
[4] Lact. lib. 2. Divi. Inst. cap. 24.
[5] Div. Aug. lib. 16. de Civit. Dei. cap. 11.
[6] Ad Rom. 11.
[7] Polit. lib. 1. cap. 4.
[8] Causa. 6. cap. Si quis. 3. q. 1.

de tener en ellos el mal ejemplo de sus padres; y así, es bien que pasen por las penas que sus mayores, lo cual declara luego la glosa,[9] diciendo: las más veces acontece que los hijos sean semejantes a los padres en las costumbres, y por esta razón es bien que sean con algunas penas reprimidos, porque si no han de seguir a sus padres ruines, que es cosa natural; y así se verá que en la casa del cantor todos son músicos, y en la del jugador todos jugadores, y no hay ninguno de ella que no conozca por la pinta el naipe.

Lo dicho verificamos en Can y sus desendientes. El padre malo, los hijos malos; el padre hereje y traidor y apóstata del conocimiento de Dios, dado a vicios y abominaciones, sus hijos herejes, traidores y apóstatas, entregados y dados a todo género de maldades, entre los cuales, el que con más osadía y atrevimiento apostató de Dios, fue Nembroth, su nieto, del cual dice la Sagrada Escritura,[10] que era fuerte cazador, y declaran otros, tirano y cruel enemigo de Dios; lo cual dice Josepho,[11] por estas palabras: fue Nembroth tan atrevido y desvergonzado, que no sólo menospreció a Dios y se ensoberbeció contra su santísimo nombre, pero presumió osadamente de apartar a los hombres del servicio de Dios, persuadiéndolos a que, no a Dios, sino a ellos mismos atribuyesen toda la bondad de las cosas; como quien dice fue el primero que osó hacer guerra descomedida y desvergonzadamente contra Dios, retrayendo a los hombres del temor suyo y que pusiesen su confianza en su propia virtud; y dice luego, que la multitud de la gente estaba tan sujeta a su voluntad, que estaba aparejada de obedecerle en todo lo que les mandase, teniendo por grave carga servir y obedecer a Dios.

Éste fue aquel que primero adoró por Dios el fuego y compelió a las gentes que le seguían a que le adorasen, después que edificaron la Torre de Babilonia, que no acabaron, según dice San Isidoro en sus libros *Ethimológicos;* y el maestro de las historias sobre el *Génesis*,[12] dice, que de este maldito Can y de su hijo Canaam procedieron aquellas siete generaciones de los cananeos, que llamaron fenices, que vivían en la tierra de promisión, como parece en el *Génesis*;[13] en las cuales concurrieron todas las impiedades y maldades de idolatría y de todos los vicios y abominaciones que se pudieron pensar e imaginar, según su padre Can las predicaba y había predicado y enseñado; de manera que los de Egipto, descendientes de Can, fueron los primeros que tuvieron este género de idolatría, de adorar al sol, luna y estrellas; y de ellos lo fueron tomando otros, si ya no es que el demonio, que enseñó a aquéllos aquel género de adoración falsa y mentirosa, fue el que la enseñó a los otros para que la siguiesen, como el que en todas las cosas quiere ser servido y adorado, pretendiendo en todas ellas usurpar a Dios su verdadero y santo conocimiento.

[9] Glos. in dict. cap. 13.
[10] Genes. 10.
[11] Iosep. lib. 1. de Antiq.
[12] Magist. Hist. in Genes. 37.
[13] Genes. 10.

CAPÍTULO XIII. *De cómo la ciega gentilidad adoró por dioses cosas vivísimas; y se prueba con ellas el castigo grande que fue dejarlos caer en tan grandes y detestables errores*

NO HAY QUE MARAVILLAR DE QUE LOS HOMBRES, dejados de Dios y entregados a los deseos del demonio, hagan cosas que más son de bestias y brutos que de hombres de razón; porque como siempre ha puesto solicitud y cuidado en despeñarlos por senderos de bestialidad e ignorancia, por hacerse señor absoluto de todas las voluntades, de aquí ha nacido el ponerlos en estado tan vil y despreciado, como es y ha sido el de la idolatría, en el cual tan ciegos han andado, como hemos dicho y en el capítulo presente diremos, comenzando de los egipcios, como de aquellos que fueron los primeros maestros de esta mala doctrina y secta, los cuales llegaron a tanta bestialidad, que parece que ya dejaban de ser hombres y eran totalmente bestias. Dejado aparte lo que hemos dicho de estas ciegas gentes, que adoraron los cuerpos celestiales, que ya en alguna manera parecía tener hermosura y ser, que obligase a tenerles alguna reverencia, por calidades y propiedades, que en ellos concurren, pasó adelante su calamitosa miseria, que se derribaron a recibir por dios y dioses a cosas vilísimas, de quien imaginaban que alguna virilidad y provecho se les seguía, porque juzgaban que aquello no podía venir sino por voluntad divina y así lo dice Tulio.[1]

De aquí fue que los mismos egipcios comenzaron a adorar las bestias y viles animales, de quienes creían venirles algún provecho, y no sólo viviendo los adoraban y honraban, pero después de muertos les hacían las obsequias y honras con grandísimo exceso y aparato, como es testigo de esta bestialidad Diodoro en su libro segundo.[2] Adoraban los gatos y los perros, los bueyes, las ovejas, los genneumones, que son unos animales del tamaño de un gato y llámanlos vulgarmente ratones de la India, los cuales entiendo que son los que nosotros llamamos comadrejas; y Plinio[3] dice que son especie o género de avispas; reverenciaban también los halcones, las águilas, los ibides (que son ciertas aves que se parecen a las cigüeñas), a los cocodrillos y a los lobos. Adoraban los gatos, o porque comían los ratones o porque andaban muy quedo, sin hacer ruido ni estruendo, o porque entierran el excremento y estiércol que expelen de las tripas, cuyo mal olor no les daba pena, lo cual dice Plinio[4] que hacen los gatos porque por su hedor no sean sentidos o porque con los pellejos de estos animalejos los egipcios cubrían sus rodelas y escudos. Los perros honraban y reverenciaban porque cazaban con ellos y porque les guardaban las personas y sus casas de los ladrones y de otras cosas nocivas; y en señal de esto tu-

[1] Cicer. lib. 2. de Nat. Deorum.
[2] Diod. lib. 2. cap. 4.
[3] Plin. lib. 11. cap. 21.
[4] Plin. lib. 10. cap. 27.

vieron un dios, que llamaron Annube, que tenía la cabeza de perro. Adoraban el lobo; lo uno, por ser semejante al perro, y lo otro, porque la diosa Iside, yendo con su hijo Oro a pelear contra Tifón, gigante, hijo de la tierra, salió del infierno su marido Osiris, rey que había sido de Egipto, para ayudar a madre e hijo, y en esta ayuda y socorro se les apareció en figura y forma de lobo, por lo cual, muerto Tifón, acordaron los vencedores de dar a atribuir esta honra y victoria a los lobos. Adoraron los bueyes (los cuales llamaban Apis) porque los hallaron muy provechosos para sus labores y a las vacas, porque paren bueyes que aran. A las ovejas, porque paren dos veces en el año y dan lana necesaria para muchos usos de las vida y porque dan queso y leche. Adoraban a los genneumones o comadrejas, por razón de pelear (como dice Plinio)[5] con los áspides y cocodrillos, usando con ellos de esta astucia, que estando los cocodrillo o lagartos fuera de el agua, gozando del sol, se duermen y abren la boca, y cuando los ven dormidos se les meten por ella en las entrañas y les quiebran los huevos y se las rompen y de esta manera los matan; y por esta causa no hay tantos como hubiera que destruyeran la tierra, si este animalejo no tuvieran por contrario; y para hacer guerra y matar al áspide (según el mismo Plinio) se revuelca en el lodo y luego se pone al sol, hasta que se le seca aquella capa de que se ha vestido y luego vuélvese a revolcar otra, y otras muchas veces, hasta que envuelve el cuerpo en una muy gruesa costra de barro; y cuando se siente suficientemente armado del lodo seco, sale contra su contrario, al cual vence y mata con la astucia dicha, sin ofensa de sus vidas, por llevar sus cuerpos tan seguros y reparados; y por esta causa eran adorados.

A éstos y otros muchos animales adoraban, como gente brutal y sin Dios, por sólo ver en ellos algunas condiciones naturales con que Dios los había criado, las cuales les atribuían a ellos, como si de nadie las hubiesen recibido.

Y porque concluyamos en este capítulo, digo que adoraban (según San Clemente[6] escribe a Santiago el menor) las hediondas y sucias necesarias y letrinas; y lo que es peor y más abominable, y digno de llorar y no de sufrir, ni nombrarse por su nombre, que adoraban al estruendo y crugimiento que hace el vientre cuando despide de sí alguna frialdad o ventosidad y otras semejantes, que según el mismo santo, es vergüenza nombrarlas y decirlas. ¿Pues qué mayor vileza, ni qué mas vergonzosa e ignominosa abominación? ¿Qué más profunda brutalidad? ¿Qué mayor ceguera, ni qué más conocida degeneración de entendimiento y falta de razón? Pues quien considerare esta suma bajeza a que los hombres, dejados de la mano de Dios, vinieron, verá no ser pequeño castigo éste con que fueron castigados; pues llegaron a sazón y tiempo que aun lo que es desechable de la naturaleza eso estimaron por Dios, privándolos la divina majestad de tan soberano conocimiento y haciéndolos incapaces de él y muy semejantes a las bestias, que no distinguen entre el bien y el mal y en su brutal conocimiento son todas las cosas unas. Todo lo dicho, y otras cosas más, que

[5] Plin. lib. 8. cap. 24.
[6] Div. Clem. lib. 5.

por excusar prolijidad dejo, refieren Eusebio Cesariense,[7] Lactancio y San Agustín,[8] y Luciano,[9] en el dialógo, que llamó *Júpiter;* y en otros diálogos, Tulio,[10] y Plinio,[11] y Theodoreto.[12]

CAPÍTULO XIV. *De los lugares donde ponían los antiguos estos animales que adoraban por dioses, y de la honra que se les hacía en sus obsequias y entierros*



ESTOS ANIMALES DICHOS en el capítulo pasado, y otros muchos que por dioses adoraban los egipcios, los repartían y dividían por provincias y tierras distintas unas de otras, notando los más abundantes puestos y lugares donde mejor podían ser curados, mantenidos y regalados, según su especie y naturaleza; los cuales daban a cargo de personas de cuenta y principales, los cuales los pensaban y mantenían a costa de las repúblicas; y eran servidos y regalados en los patios de los templos, con toda vigilancia y cuidado; y por decirlo en una palabra, con la reverencia que pensaban serles debida por razón de ser sus dioses.

Cuando por enfermedad o vejez algún animal de éstos moría, salábanlo y ungíanlo con ungüentos preciosísimos, porque no se corrompiese, y luego lo envolvían en una muy blanca y delicada sábana, y con grandes aullidos y llantos, hiriéndose en los pechos, lo enterraban en lugares sagrados, como era en los patios de los templos. Cualquiera que a sabiendas, o con intención maliciosa, mataba alguno de estos animales, era muerto por ley del reino; y en especial si el animal era gato, porque entonces, no sólo moría por ello el matador, sino que todo el pueblo tenía licencia para apedrearlo, aunque fuese acaso y sin querer el haberlo muerto; y por temor de incurrir en esta ira y saña del pueblo, cuando alguno topaba algún gato muerto, parábase gran distancia y trecho de él, y comenzaba un lastimoso y lamentable llanto, en testimonio de su inocencia y de que no era comprehendido en su muerte, ni sabía de ella. Cuenta Diodoro,[1] que acaeció en su presencia (por haber pasado en aquel tiempo a Egipto, que ya estaban romanos y egipcios confederados y podían tratar y contratar los unos con los otros), que cierto romano (que con esta licencia y confederación había venido con otros muchos) mató acaso un gato y como los egipcios lo viesen muerto, no acordándose de la amistad hecha y jurada con los dichos romanos, arremetieron al romano matador y lo hicieron pedazos, sin ser poderosos sus compañeros a defenderle, ni el poder de el rey para librarle de sus manos.

[7] Euseb. lib. 2. de Praepar. Evang. cap. 1.
[8] Div. Aug. lib. 2. de Civit. Dei cap. 22. et alib. Diod. lib. 1. cap. 2 et lib. 2. cap. 4.
[9] Lucianus Dialog. Iupiter in Trag.
[10] Cicer lib. 1. de Nat. Deorum.
[11] Plin. ubi supra.
[12] Theo, lib. 3. de Evang. Veritatis Cognitione.

[1] Diod. ubi supra.

Cuenta también, que habiéndose muerto un buey, de estos que por dioses eran tenidos, de propia enfermedad u demasiada vejez, en la ciudad de Menfis, metrópoli de todo Egipto (que ahora dicen ser el Cairo), un caballero, que tenía a cargo el sustentarlo y mantenerlo, lo enterró con la pompa y majestad que tenían de costumbre; para cuyo entierro y obsequias, no sólo se aprovechó del dinero que por parte de la república le fue dado; pero habiéndolo gastado todo pidió al rey Tolomeo prestados cincuenta talentos de plata, que para saber la gran suma de dineros que son hemos de advertir que los hubo de tres maneras; unos que pesaban ciento y veinte libras; otros setenta, y dos; y el que menos, cincuenta, lo cual, bien considerado, se verá por ello el excesivo gasto que se hacía; cuando estos cincuenta talentos no fuesen de los mayores ni medianos, sino de los más chicos, eran cincuenta veces cincuenta libras de plata; cuanto y más que no debieron de ser sino de los mayores, pues fueron pedidos a rey, que no había de dar, como hombre particular y escaso; y parece ser así, porque el mismo Diodoro (hombre que se precia de decir verdad en todo y va refiriendo estas cosas con recato y pies de plomo) encarece mucho el entierro que a este buey viejo se hizo y lo mucho que en él se gastó; y afirma que en su tiempo murieron algunos de aquellos animales y que se gastaron en sus obsequias y entierros, en el que menos, más de cien talentos.

Entre estos bestiales dioses que hemos referido, el que esta ciega gente más estimaba y tenía por mayor era el buey o toro, que en griego llaman Apis y en latín *taurus sacer;* éste no podía vivir más que el tiempo que le tenían limitado (por razón de que no se muriese de viejo); y luego que lo mataban echábanlo en una fuente que tenían, llamada de los sacerdotes, y en ella lo ahogaban y luego que era muerto, era muy honradamente enterrado, por cuya muerte todos se ponían luto y lo lloraban hasta que hallaban otro de su color y semejanza, el cual ponían en su lugar; este color (según San Agustín[2] y Plinio)[3] eran manchas blancas sembradas por el cuerpo, el cual hallado, celebrábanle su nacimiento, creyendo que no por caso humano, sino por providencia divina lo habían hallado; traíanlo a la ciudad, y cuando entraba por las calles de ella podían las mujeres verle (pero nunca más después de haber entrado), las cuales puestas en cierto paso y en renglera celebraban la venida de su nuevo dios. Este buey o toro era mantenido y sustentado con excesivos gastos y con manjares delicados; dábanle a comer cierto potaje antiquísimo, confecionado y hecho de harina, leche, queso, miel y huevos; y a vueltas, carnes de ánsares asadas y cocidas, con otra inmensidad de cosas de mucha estima y regalo.

[2] Div. Aug. lib. 18. de Civit. Dei cap. 5.
[3] Plin. lib. 8. cap. 46.

CAPÍTULO XV. *De cómo no sólo las naciones antiguas de los gentiles dividieron sus falsos dioses en clases y órdenes superiores e inferiores, sino también los de estas Indias Occidentales; y de cómo los repartieron en sus oficios y prerrogativas*



ROSIGUIENDO EN LA BESTIALIDAD de la idolatría y notando la ceguera de los hombres que quitando la divinidad al verdadero Dios se la atribuyen a las criaturas, síguese luego tras lo dicho tratar de la división que de ella hacían; dando más y menos de divinidad a estos dioses falsos y de burla, lo cual hallamos probado no sólo de las naciones antiguas de los idólatras gentiles, sino también en éstos, que de pocos años a esta parte han sido hallados en estas indianas partes y gentes occidentales. De los antiguos sabemos (según San Agustín, en los libros de la *Ciudad de Dios)*,[1] cómo dividieron sus dioses en tres partes o géneros, el primero de los cuales nombraron selectos, que quiere decir apartados o escogidos; el segundo género era de los medio dioses, y el tercero, de los dioses rústicos o agrestes.

Los dioses de el primero género eran los grandes y escogidos, de los cuales era el primero Júpiter, y después de él, Apolo, Marte, Saturno Mercurio, Juno, Diana, Orcus, Venus y otros, que el mismo San Agustín,[2] refiere. Los varones eran doce y las mujeres menos, y todos no llegaban a treinta y dos. Éstos fingían ser dioses de padre y madre, diciendo que la deidad que tenían les venía por razón de la que por partes de padre y madre heredaban; cuyas figuras fingían y ponían en el octavo cielo, porque decían ser inmortales. Y según el mismo San Agustín, en el libro séptimo,[3] apenas se halló dios alguno de estos selectos, que los romanos adoraron y tuvieron por grandes y poderosos, que no fuese notado de algún crimen grave, feo, reprehensible e infame y, por consiguiente manera, digno de ser por ellos reprehendido y menospreciado; aunque de Jano dice, que no halla cosa contra él por la cual se le pueda atribuir este nombre, pareciéndole inculpable; porque por ventura vivió inocentemente sin precipitarse ni despeñarse en semejantes abominaciones, vicios y maldades. De los segundos, que fueron medio dioses, por razón de ser su padre dios y su madre mujer mortal, fue Hércules hijo de Júpiter y de Alcmena, como dice Séneca[4] y Diodoro.[5] También fingieron ser Aquiles medio dios, por haber tenido a su madre por diosa, llamada Thetise, aunque su padre fue mortal, llamado Peleo. Perseo, dijeron ser hijo de Júpiter, Esculapio de Apolo, Rómulo de Marte, como lo trata Ovidio,[6] y otros muchos de que tratan prolijamente

[1] Div. Aug. lib. 7. de Civit. Dei.
[2] Div. Aug. lib. 7. de Civit. Dei. cap. 2.
[3] Div. Aug. lib. 7. de Civit. Dei. cap. 4.
[4] Senec. trag. 10. tit. Hercul. oetaeus Carm. 9.
[5] Diod. Sic. lib. 4.
[6] Ovid. lib. 15. Metha.

los poetas, y San Agustín en el libro segundo de la *Ciudad de Dios*. El tercero linaje de dioses que los gentiles tuvieron fue de los que pertenecían a las cosas naturales, porque a cada cosa natural ponían y atribuían un dios, dándoles oficios diversos, y así eran tantos los dioses cuantas eran las cosas humanas de que usaban.

Este error tan conocido y usado de los antiguos idólatras ha sido y fue también muy seguido de estos de esta Nueva España, teniendo unos dioses a los cuales los imaginaban meramente espirituales y ajenos de toda materia corpórea, como fue Tezcatlipuca, que llamaron ánima de el mundo, y otros semejantes; y éstos eran como los selectos y escogidos que los gentiles tuvieron por primeros y supremos. Otros hubo de inferior grado y estimación más baja; y otros menores, a los cuales todos daban divinidad, aunque hubiesen sido puros hombres, por razones y causas particulares, con que a ello se movían, ora fuesen hazañas y casos señalados o cosas inventadas nuevamente en provecho y utilidad de las repúblicas, así de leyes como de oficios y sacrificios, o otras algunas cosas a éstas semejantes y dignas de ser notadas y estimadas y a su inventor tenido en estimación por ellas.

CAPÍTULO XVI. *De la multitud de dioses que tuvo la gentilidad, así los antiguos idólatras como éstos nuevamente descubiertos en estas Indias Occidentales de la Nueva España y Pirú*



UNQUE ES VERDAD (como en otro capítulo hemos dicho) que estos indios infieles tenían conocimiento de un dios al cual llamaban criador, hacedor y conservador de todas las cosas; el cual nombre no es posible convenir a otro que al que lo es verdadero como por los nombres que declaramos se ha visto; añadiendo en este capítulo decir que los de el Pirú le llamaban Viracocha, que quiere decir criador, hacedor y señor y dios de todo, pero el capital enemigo de los hombres, y usurpador de la reverencia que a la verdadera deidad y majestad es debida, corrompió esta verdad en sus corazones, con el discurso de los tiempos, habiendo faltado gracia y doctrina. Y añadiendo los mismos hombres pecados a pecados, que son unos en pena y castigo de otros (como dijimos)[1] y una de las causas porque Dios se aparta de los miserables hombres. De aquí nació el engaño de admitir muchos dioses y la multitud inmensa que de ellos se ha hallado en todo el mundo, así en los siglos pasados como en los presentes. Y porque vengamos al intento digo, que en estas Indias Occidentales, corriendo por esta Nueva España las muchas tierras que hay hasta la Florida y Cibola, y volviendo por la parte de el mediodía y oriente, hasta las exten-

[1] Cap. 10.

los poetas, y San Agustín en el libro segundo de la *Ciudad de Dios*. El tercero linaje de dioses que los gentiles tuvieron fue de los que pertenecían a las cosas naturales, porque a cada cosa natural ponían y atribuían un dios, dándoles oficios diversos, y así eran tantos los dioses cuantas eran las cosas humanas de que usaban.

Este error tan conocido y usado de los antiguos idólatras ha sido y fue también muy seguido de estos de esta Nueva España, teniendo unos dioses a los cuales los imaginaban meramente espirituales y ajenos de toda materia corpórea, como fue Tezcatlipuca, que llamaron ánima de el mundo, y otros semejantes; y éstos eran como los selectos y escogidos que los gentiles tuvieron por primeros y supremos. Otros hubo de inferior grado y estimación más baja; y otros menores, a los cuales todos daban divinidad, aunque hubiesen sido puros hombres, por razones y causas particulares, con que a ello se movían, ora fuesen hazañas y casos señalados o cosas inventadas nuevamente en provecho y utilidad de las repúblicas, así de leyes como de oficios y sacrificios, o otras algunas cosas a éstas semejantes y dignas de ser notadas y estimadas y a su inventor tenido en estimación por ellas.

CAPÍTULO XVI. *De la multitud de dioses que tuvo la gentilidad, así los antiguos idólatras como éstos nuevamente descubiertos en estas Indias Occidentales de la Nueva España y Pirú*



UNQUE ES VERDAD (como en otro capítulo hemos dicho) que estos indios infieles tenían conocimiento de un dios al cual llamaban criador, hacedor y conservador de todas las cosas; el cual nombre no es posible convenir a otro que al que lo es verdadero como por los nombres que declaramos se ha visto; añadiendo en este capítulo decir que los de el Pirú le llamaban Viracocha, que quiere decir criador, hacedor y señor y dios de todo, pero el capital enemigo de los hombres, y usurpador de la reverencia que a la verdadera deidad y majestad es debida, corrompió esta verdad en sus corazones, con el discurso de los tiempos, habiendo faltado gracia y doctrina. Y añadiendo los mismos hombres pecados a pecados, que son unos en pena y castigo de otros (como dijimos)[1] y una de las causas porque Dios se aparta de los miserables hombres. De aquí nació el engaño de admitir muchos dioses y la multitud inmensa que de ellos se ha hallado en todo el mundo, así en los siglos pasados como en los presentes. Y porque vengamos al intento digo, que en estas Indias Occidentales, corriendo por esta Nueva España las muchas tierras que hay hasta la Florida y Cibola, y volviendo por la parte de el mediodía y oriente, hasta las exten-

[1] Cap. 10.

didísimas tierras y regiones del Pirú, incluyendo en este número de leguas las infinitas naciones que en ellas viven y han vivido, en su gentilidad, eran tantos los dioses y tantos los ídolos que los representaban que no tenían número, ni fuera posible contarlos aunque para ello se pusiera suma diligencia y cuidado. Unos eran de oro, otros de plata, otros de cobre, otros de barro, otros de palo, otros de masa y otros de diversas semillas, conforme al antojo y costumbre de cada uno.

La forma de estos dioses o ídolos era diferente, porque unos eran grandes, otros pequeños, unos chicos y otros más chicos. Unos formaban como figuras de obispos con sus mitras; otros con un mortero en la cabeza, y allí les echaban vino en sus fiestas, por lo cual se cree ser aquél el dios del vino; otros tenían figuras de hombres; otros, de mujeres; otros, de bestias, como leones, tigres, perros, venados. De esta manera también los figuraban los antiguos, según lo dice Tertuliano,[2] y San Agustín[3] y Prudencio[4] dicen lo mismo. Otros, como culebras y éstos de varias maneras; unas, retorcidas, otras, enroscadas y en otras formas y con rostro de mujer, como suelen pintar la que engañó a Eva. Otros, de águilas y búhos y otras aves. A otros daban figura del sol; a otros, de la luna. Otros formaban como sapos y ranas y peces, que decían ser los dioses del pescado. En comprobación de esto se dice, que pasando ciertas personas por un pueblo, que estaba situado junto de una laguna, pidieron a los moradores de él algún pescado; los cuales dijeron no tenerle, ni poderle haber, por haberle llevado sus dioses de aquel lugar, los cuales les eran favorables para pescarlo. Tenían dios mayor, cuyo oficio decían ser guarda del cielo y de la tierra. Otros, que fuesen guardadores de los hombres y estuviesen ante aquel gran dios como abogados de ellos. Tenían dios de la tierra, dios de la mar, del viento, de las sementeras, y para cada especie de ellas, de las arboledas y frutales, de las plantas, de las mariposas, y a ellas y a la langosta adoraban, porque no les comiesen las mieses y sementeras. Adoraban las chinches, pulgas y piojos, porque no les picasen. A las culebras, víboras y otras sabandijas, porque no les mordiesen. A los leones, tigres y otros animales, porque no los matasen. Mas es de notar, por la regla general, que en toda la tierra firme de estas Indias (desde más atrás de la Nueva España, que es la Florida hasta el Pirú, como se ha dicho) puesto que estas gentes tenían infinidad de dioses e ídolos que reverenciaban, sobre todos ellos, tenían por mayor y más poderoso al sol, y a éste dedicaban el mayor y más poderoso y sumptuoso templo.

Es también de saber que en todos los lugares que dedicaban para oratorios, tenían de éstos sus ídolos grandes y pequeños, y los dichos lugares eran sin número en los templos principales y no principales de los pueblos y barrios; y en sus patios y lugares altos y eminentes (así como montes y cerros) y en los puertos y cumbres de las sierras por donde se pasaba de una parte a otra, adonde los que subían derramaban sangre de las orejas

[2] In Apologetic. cap. 16.
[3] Div. Aug. 1. ib. 2. de Civit. Dei.
[4] Cap. 13. lib. 1. Adu. Simmach.

y quemaban incienso y echaban de las rosas que cogían en el camino, las cuales ofrecían en aquellos lugares; y en especial los que llevaban grandes y pesadas cargas (como eran los mercaderes, que continuaban más el caminar); y de esta ceremonia antigua les quedó a los indios la superstición de amontonar o colgar piedras de los árboles en lo alto de los puertos, como se ve en las cumbres de las sierras, que se pasan del volcán a Huexotzinco; y por los ranchos, para Tlamanalco, que son los caminos más cursados para Mexico; y en otras muchas partes, como las hemos visto y vemos cada día, aunque ya no se entiende el misterio y pocos lo han alcanzado. Tenían ídolos junto a las aguas, mayormente cerca de las fuentes, a do hacían sus altares con sus gradas cubiertas por encima; y en muchas principales fuentes cuatro altares de éstos, a manera de cruz, unos enfrente de otros; y allí en el agua echaban mucho incienso y papel, como en manera de ofrenda. Cerca de los grandes árboles hacían lo mismo, y en los bosques tenían dios de las guerras para que los defendiese y guardase de sus enemigos, y otro dios de los matrimonios, y, finalmente, eran tantos que se pierde la cuenta en contarlos.

A quien se admirare de lo dicho le ruego oiga los que los antiguos gentiles hicieron: que llegó a tanto su ceguera, que no contentándose con distribuir la deidad en tantos dioses cuantas eran las especies de las cosas, añadieron poner a una misma cosa muchos dioses, como parece de las mieses, porque tenían un dios para el grano, todo el tiempo que estuviese sembrado y escondido en la tierra sin nacer, y este dios era hembra, llamada Scia. Luego que nacía la tomaba a cargo otra diosa, llamada Segecia. Luego que florecía o espigaba, cuidaba de ella la diosa Flora. Cuando estaba en leche la patrocinaba el dios Lactuo. Cuando la caña hacía nudos la conservaba el dios Nodoto. Cuando maduraba, la diosa Matura. Cuando la cogían presidía la diosa Runcina. Cuando se encerraba y entrojaba el trigo, le daban a cargo de la diosa Tutilina. Y de esta manera se procedía en todas las demás frutas y plantas, siendo la diosa de las manzanas, Pomona; y de los bueyes, Bubona; y del dinero, la diosa Pecunia. Tuvieron dioses de los montes y sierras, de los collados y valles, como fue la diosa Collina; de los valles, Vallonia.

A solo un hombre daban muchos dioses. Lucina, diosa de los partos, la cual tenía cargo de que la criatura saliese a luz fuera del vientre. Otro dios tenía cargo de dar sentido al niño y llamábase Sentuno. Otro le daba vida, llamábase Vituno. Otro presidía cuando lloraba el niño, llamóse Vagitano. Otra diosa tenía cuidado de él, en la cuna, llamada Cunina. De las tetas o pechos de la madre y del cuidado de la leche había otra, llamada Rumina. Otra, que hacía al niño buena la voluntad, llamada Mente. Otro dios, llamado Sus, que le daba buen consejo. Otro, que le inspiraba buenas sentencias. Otro tenía oficio de la crianza del niño. Una, en el mamar, que llamaron Potina. Otra, en el comer, dicha Educa. Otra, que guardaba al niño cuando comenzaba a andar. Otra, que los hiciese prestos y diligentes y no perezosos y dormilones. Y de esta manera corría este desatino en otros semejantes disparatados dioses.

De los casamientos tenían muchos dioses, uno de las bodas, porque les sucediese bien, llamado Iugantino, que ayuntaba en uno los desposados, con otros dioses, entre los cuales se cuentan Venus y Príapo, que por darles tan torpes y sucios oficios en estas bodas y casamientos, no se dicen; los cuales, según Plutarco en sus *Problemas,* son cinco; y en honor de estos cinco dioses ponían cinco cirios o hachas encendidas, no siendo más ni menos, en todas las bodas, como dice el mismo Plutarco. Y a tanta desventura llegó la ceguera de los soberbios romanos, que constituyeron diosa a las hediondas necesarias o letrinas; y la adoraban y consagraban y ofrecían sacrificios. Pero no habrá quien se maraville de éstos, habiéndoles Dios cegado por sus ocultos juicios; y sabiendo que eran dioses elegidos por el juicio corto de los hombres. Y esta diosa parece haberla recibido de los egipcios, porque según San Clemente, en su *Itinerario,*[5] ellos fueron los primeros (como ya vimos) que a las letrinas adoraron; pero ¿a qué no se entregarán y qué dioses no recibirán hombres que a tal diosa adoraron? A esta diosa llamaron Cloacina, diosa que presidía en sus albañares y los guardaba, que son los lugares donde van a parar todas las suciedades, inmundicias y bascosidades de una república. Y pues tan sucios eran, merecían (como dice Lactancio)[6] que siempre tuvieran semejante diosa colgada de las narices.

La estatua de esta diosa dice Porcio Ticio[7] que fue hallada en una muy grande letrina o albañar en Roma, y no sabiéndose cuya imagen sería, determinó Rómulo que se llamase Cloacina, que viene de *cloaca,* en latín; y en castellano quiere decir: albañar hediondo, donde van a parar todas las inmundicias y bascosidades de la ciudad. A esta sucia diosa edificaron templo los romanos, según Tito Livio;[8] y de todo lo dicho y referido de estos dioses es testigo y lo refiere San Agustín en los libros de la *Ciudad de Dios.*[9]

Tuvieron dios de los campos, llamado Silvano, y por otro nombre llamado Pan. Otro tropel de dioses tenían que presidía en los montes, en las fuentes y aguas. Adoraban a los faunos, los sátiros, a las ninfas y otros; y, en conclusión, fueron tantos que según cuenta de los que bien han tratado de ellos pasaron de treinta mil; y con ser tanto este número, es el de los indios de esta Nueva España mayor; y puédese decir que al demonio, inventor de estos desatinos, con el discurso del tiempo le fue fácil añadir mal a mal y dioses a dioses, pues no le costaba más que buscar la invención.

[5] Div. Clem. lib. 5. Itinerari.
[6] Lact. Divinar. eius. lib. 1. cap. 20.
[7] Port. Tit. ex Lact. ubi supra.
[8] Tit. Liv. lib. 3. dec. 1.
[9] Div. Aug. lib. 4. cap. et 11. et 21. et 23. Civit. Dei.

CAPÍTULO XVII. *De los dioses que adoraban los indios de la Isla Española y todos los de las islas comarcanas y otras provincias*



LAS GENTES DE LA ISLA ESPAÑOLA Y CUBA, y la de San Juan de Puerto Rico y Jamaica, y todas las islas de los Lucayos y comúnmente en todas las demás que están cuasi en renglera, desde cerca de la tierra firme (que se dice la Florida) hasta la punta de Paria, que es en la tierra firme, comenzando del poniente al oriente, bien por más de quinientas leguas de mar y también por la costa del mismo mar, las gentes de la tierra firme por aquella ribera de Paria y todo lo que hay de allí abajo hasta Veragua, cuasi era toda una manera de religión y poca o casi ninguna, aunque tenían alguna especie de idolatría; pero no tenían templos sumptuosos, aunque tenían (como ya dijimos en otra parte) algunas casas de poca consideración y pajizas, al modo de las otras comunes en que los otros moradores de la tierra vivían; pero diferenciábanse de esotras en estar algo apartadas de ellas. Sus ídolos eran pocos y estos pocos no los tenían para adorar por dioses, sino por persuasión que les hacían ciertos sacerdotes (con los cuales hablaban los demonios por boca de aquellos ídolos) de que por ellos les venía todo bien, como era darles hijos, enviarles agua para sus sembrados y otras cosas útiles y a éstas semejantes.

No hacían ceremonias exteriores sensibles, sino muy pocas, y éstas ejercitaban por aquellos sacerdotes que el mismo demonio ponía por ministros, engañados con ciertas ceremonias que fingían; y toda su religión parece que principalmente era imaginaria, con la estimación de un solo Dios, y en su misma mente obraban su culto, puesto que con los engaños y persuasiones de el demonio y sus ministros, y careciendo juntamente de doctrina y gracia, mezclaron con aquella adoración mental algunos falsos y detestables errores. Porque aunque es verdad que se conoció en ellos este conocimiento de un verdadero y solo Dios, el cual era inmortal e invisible, y que no tuvo principio, cuya habitación y morada eran los cielos, con todo mezclaron a este verdadero conocimiento los errores de creer que Dios, en cuanto Dios, tenía madre, cuyo nombre era Atabex y un hermano suyo Guaca y otros de esta manera; en los cuales errores incurrieron como gente sin guía, antes para no acertar y para errar más frecuentemente había quien de la verdad los desviase, ofuscándoles la lumbre de la razón natural que pudiera guiarlos.

Tenían ciertas estatuas de madera (según escribió el almirante don Christóbal Colón a los reyes de Castilla) donde metían los huesos de sus padres y éstos debían de ser los de los reyes y señores; y estas estatuas huecas llamaban del nombre de aquellos cuyos huesos en sí tenían. De éstas cuenta este embuste, por ventura inventado por arte diabólica y ejercitado por hombres embusteros que lo usaban, el cual es, que como eran las dichas

estatuas y figuras huecas, metíase en ellas un hombre y fingía hablar en persona de aquel señor, cuya imagen y simulacro representaba, persuadiendo con sus palabras ser aquella sentencia del dicho señor difunto, a las cuales daban crédito los del común de la república y populares. Y dice más, que acaeció entrar dos españoles en una casa donde había una de estas estatuas, la cual dio un grito y dijo ciertas palabras, que por ventura debió de ser por atemorizar a los nuestros que dentro estaban; pero como los españoles no fácilmente se asombran de gritos de fantasmas fingidas, antes acometen y aguardan a las verdaderas, ni son tan simples que no cayesen muy presto en el engaño, llegóse a ella uno de ellos y dándole de el pie, la derribó y descubrió el secreto que dentro estaba. Este modo de embuste usaban de esta manera, que dentro de la casa que tenían por templo, y a un rincón de ella, había un hoyo y cierto espacio de lugar cubierto de ramas donde se metía y encubría la persona que hablaba; y ésta tenía una trompa, o cerbatana, que metía por lo hueco de la estatua y hablando por ella parecía en realidad de verdad que la misma estatua hablaba.

Dice más el almirante, que trabajó por saber si las gentes de esta isla tenían alguna seta que oliese a clara idolatría y que no la había podido comprehender, habiendo puesto sumo cuidado por sí y por otro ermitaño, llamado fray Ramón, a quien tuvo algún tiempo entre los indios para enterarse en su intento y saber lo que deseaba y pretendía; y lo que más pudo alcanzar este dicho fray Ramón, fue que tenían algunos ídolos o estatuas de las referidas, que generalmente las llamaban cemi, de las cuales creían sus adoradores que recibían el agua, las mieses, los hijos y todas las demás cosas para la vida necesarias. Estas estatuas algunas eran de madera, otras de piedra y de otras materias.

CAPÍTULO XVIII. *Cómo erigían sus dioses estas gentes de estas islas; y cómo ha sido costumbre antigua del demonio hablar y darse a conocer en árboles y otras plantas a los hombres*



L ORDEN QUE ESTOS NATURALES ISLEÑOS tenían para levantar y erigir nuevamente un dios y hablando más propiamente la astucia que el demonio tenía para introducir alguna nueva imagen en su pueblo, era ésta (según los mesmos indios dicen):[1] que cuando algún indio iba camino, si acaso veía algún árbol, que con el viento se movía más que los otros, del cual movimiento el indio cobraba miedo, llegábase al árbol que se lo había causado y preguntábale quién era o qué quería. Y luego el demonio, que parecía hablar en el árbol, le respondía, llámame aquí a un *bohíque* (que era sacerdote o sátrapa y hechicero) y él te dirá quien soy. Iba el indio luego por el dicho bohíque, y puesto con recato junto al árbol, y

[1] V. infra cap. 26.

estatuas y figuras huecas, metíase en ellas un hombre y fingía hablar en persona de aquel señor, cuya imagen y simulacro representaba, persuadiendo con sus palabras ser aquella sentencia del dicho señor difunto, a las cuales daban crédito los del común de la república y populares. Y dice más, que acaeció entrar dos españoles en una casa donde había una de estas estatuas, la cual dio un grito y dijo ciertas palabras, que por ventura debió de ser por atemorizar a los nuestros que dentro estaban; pero como los españoles no fácilmente se asombran de gritos de fantasmas fingidas, antes acometen y aguardan a las verdaderas, ni son tan simples que no cayesen muy presto en el engaño, llegóse a ella uno de ellos y dándole de el pie, la derribó y descubrió el secreto que dentro estaba. Este modo de embuste usaban de esta manera, que dentro de la casa que tenían por templo, y a un rincón de ella, había un hoyo y cierto espacio de lugar cubierto de ramas donde se metía y encubría la persona que hablaba; y ésta tenía una trompa, o cerbatana, que metía por lo hueco de la estatua y hablando por ella parecía en realidad de verdad que la misma estatua hablaba.

Dice más el almirante, que trabajó por saber si las gentes de esta isla tenían alguna seta que oliese a clara idolatría y que no la había podido comprehender, habiendo puesto sumo cuidado por sí y por otro ermitaño, llamado fray Ramón, a quien tuvo algún tiempo entre los indios para enterarse en su intento y saber lo que deseaba y pretendía; y lo que más pudo alcanzar este dicho fray Ramón, fue que tenían algunos ídolos o estatuas de las referidas, que generalmente las llamaban cemi, de las cuales creían sus adoradores que recibían el agua, las mieses, los hijos y todas las demás cosas para la vida necesarias. Estas estatuas algunas eran de madera, otras de piedra y de otras materias.

CAPÍTULO XVIII. *Cómo erigían sus dioses estas gentes de estas islas; y cómo ha sido costumbre antigua del demonio hablar y darse a conocer en árboles y otras plantas a los hombres*



L ORDEN QUE ESTOS NATURALES ISLEÑOS tenían para levantar y erigir nuevamente un dios y hablando más propiamente la astucia que el demonio tenía para introducir alguna nueva imagen en su pueblo, era ésta (según los mesmos indios dicen):[1] que cuando algún indio iba camino, si acaso veía algún árbol, que con el viento se movía más que los otros, del cual movimiento el indio cobraba miedo, llegábase al árbol que se lo había causado y preguntábale quién era o qué quería. Y luego el demonio, que parecía hablar en el árbol, le respondía, llámame aquí a un *bohíque* (que era sacerdote o sátrapa y hechicero) y él te dirá quien soy. Iba el indio luego por el dicho bohíque, y puesto con recato junto al árbol, y

[1] V. infra cap. 26.

sentado, hacía cierta ceremonia, y luego se levantaba y referíale las dignidades y títulos de los mayores señores que había en la isla, y luego le preguntaba: ¿Qué haces aquí? ¿Qué me quieres? ¿Para qué me mandaste llamar? Dime si quieres que te corte y lleve conmigo, y de qué manera quieres que te lleve, porque yo te haré una casa en que mores y una labranza de que comas. Entonces el demonio respondía por el árbol lo que quería y que lo cortase; y declarábale la manera cómo lo había de llevar y el modo de la casa que le había de hacer y la labranza que le había de labrar y cultivar. El bohíque cortaba el árbol y hacía de él una estatua o ídolo de mala y desacatada figura, llevábalo y hacíale casa y sementeras y con ciertas ceremonias, era cada año celebrado; al cual tenían recurso, como a oráculo, de quien sabían todas las cosas que pretendían y deseaban, así de mal como de bien; las cuales cosas este dicho bohíque las declaraba y decía después al pueblo.

Este modo de hablar el demonio, en árboles y otras formas, ha sido costumbre muy antigua suya para traer engañados a los míseros hombres, que pareciéndoles cosas prodigiosas los adoraban por divinos. Y uno, donde casi de ordinario ha guardado esta su engañosa costumbre, ha sido la encina, en la cual, según sentencia de graves autores, en especial de San Isidoro,[2] de ordinario daba sus respuestas hablando por ella a los hombres, pareciendo dar vida al palo y lengua al leño, ajeno de razón, y así era árbol consagrado a Júpiter (como en el libro de los templos decimos).[3] También el olmo fue árbol suyo y el terebinto, y por ellos hablaba y engañaba a los hombres, como por la encina; así lo afirma Filostrato y lo nota Genebrardo.[4] De manera que ha sido usanza y costumbre suya engañar hablando en árboles, unas veces para que los cortasen, y cortados se hiciesen figuras y retratos suyos; y otras para que estando hojosos y floridos le estimasen y reverenciasen en aquella frescura; y así era la encina dedicada a Júpiter y a Berecintha; el laurel a Apolo; el arraihan a Venus; la yedra a Baco; el ciprés a Plutón y los otros dioses infernales; la oliva a Palas; la palma a la diosa Victoria; el pino a la madre de los dioses; la haya a Stupor; el álamo a Hércules, como lo dicen Plinio,[5] Claudiano,[6] Servio,[7] Celio Rodigino[8] y otros; y la razón sería, por más continuos en sus coloquios y razonamientos, con los hombres, en estos árboles que en otros.

Tenían otros dioses o imágenes de piedra, las cuales hacían entender estos sacerdotes al pueblo que los sacaban de los cuerpos de los enfermos, y eran estas piedras de tres maneras atribuyendo a cada una su prerrogativa y virtud. La una decían que favorecía las mieses y panes. La segunda aplicaban a los partos de las mujeres, para que en ellos no peligrasen y pariesen las criaturas sin riesgo. La tercera, decían serles favorables en los tem-

[2] Div. Isidor. lib. 7. Ethymol. cap. 7.
[3] Cap. 6.
[4] 1. Cronic.
[5] Plin. lib. 12. cap. 1.
[6] Claud. lib. 2. de Rapt. Pros.
[7] Serv. lib. 2. Aeneid.
[8] Cel. lib. 4. cap. 7.

porales, enviándoles aguas y buenos años. De manera que debían de ser como los dioses que los antiguos tenían, cuyo cargo era presidir cada uno en una cosa, aunque por razón de sentir más simple y rudamente de estas cosas, estas gentes debían de tratarlas con menos cuidado,

Cerca de estos cemies o dioses se jactaban los reyes y señores (y por ventura, la demás gente común con ellos, pues como dijo el otro poeta,[9] en un verso: El vario y voltario vulgo, fácilmente se mueve al gusto y parecer del príncipe) de tener mejores y más aventajados dioses que las otras provincias y naciones; lo cual fuera verdad si lo dijeran de Dios verdadero, como se dice en el *Deuteronomio,*[10] del pueblo de Israel, por estas palabras: No hay nación tal, ni tan buena, que tenga tales y tan buenos dioses como la nuestra, en tener a nuestro señor Dios; entendiendo estas palabras por el que crió el cielo y la tierra y es hacedor de todas las cosas. Y por la razón dicha vivían los indios con mucha vigilancia en guardarlos, temiendo que los otros pueblos convecinos se los hurtasen. Y puesto que este cuidado era grande en guardar los unos indios de otros, pero mucho mayor y sin comparación fue el que pusieron para que los españoles no los vieran (después que los conocieron) por el gran temor que les cobraron y recelo de que se los quitarían, como en realidad de verdad se los quitaban, como a gente idólatra y que negaba, con la idolatría, el verdadero culto a Dios debido. Y por esta causa no sólo cuando llegaban a sus pueblos, pero cuando sospechaban que habían de ir o iban, los escondían y llevaban a los montes, y aún allí les parecía que no los tenían seguros ni libres de sus manos.

CAPÍTULO XIX. *Que trata de los dioses Ometecuhtli y Umecihuatl, por otro nombre llamados Citlalatonac y Citlalicue, y de su lugar y asistencia, según lo sentían estos mexicanos*

ENTRE LOS DIOSES QUE ESTOS CIEGOS MEXICANOS fingieron tener y ser mayores que otros, fueron dos; uno llamado Ometecuhtli, que quiere decir dos hidalgos o caballeros; y el otro llamaron Omecihuatl, que quiere decir dos mujeres; los cuales, por otros nombres, fueron llamados Citlalatonac, que quiere decir estrella que resplandece o resplandeciente; y el otro, Citlalicue, que quiere decir faldellín de la estrella; porque cueitl es una vestidura de que usan las mujeres de estas Indias, llamada de los nuestros nahuas, y son a manera del faldellín con que cubren sus carnes las mujeres, de el cual usan comúnmente. Estos dos dioses fingidos de esta gentilidad creían ser el uno hombre y el otro mujer; y como a dos naturalezas distintas y de distintos sexos las nombraban como por los nombres dichos parece. De estos dos dioses (o por mejor decir, demonios) tuvieron

[9] Claudian. de 4 Consulat. Honor.
[10] Deut. 4.

porales, enviándoles aguas y buenos años. De manera que debían de ser como los dioses que los antiguos tenían, cuyo cargo era presidir cada uno en una cosa, aunque por razón de sentir más simple y rudamente de estas cosas, estas gentes debían de tratarlas con menos cuidado,

Cerca de estos cemies o dioses se jactaban los reyes y señores (y por ventura, la demás gente común con ellos, pues como dijo el otro poeta,[9] en un verso: El vario y voltario vulgo, fácilmente se mueve al gusto y parecer del príncipe) de tener mejores y más aventajados dioses que las otras provincias y naciones; lo cual fuera verdad si lo dijeran de Dios verdadero, como se dice en el *Deuteronomio,*[10] del pueblo de Israel, por estas palabras: No hay nación tal, ni tan buena, que tenga tales y tan buenos dioses como la nuestra, en tener a nuestro señor Dios; entendiendo estas palabras por el que crió el cielo y la tierra y es hacedor de todas las cosas. Y por la razón dicha vivían los indios con mucha vigilancia en guardarlos, temiendo que los otros pueblos convecinos se los hurtasen. Y puesto que este cuidado era grande en guardar los unos indios de otros, pero mucho mayor y sin comparación fue el que pusieron para que los españoles no los vieran (después que los conocieron) por el gran temor que les cobraron y recelo de que se los quitarían, como en realidad de verdad se los quitaban, como a gente idólatra y que negaba, con la idolatría, el verdadero culto a Dios debido. Y por esta causa no sólo cuando llegaban a sus pueblos, pero cuando sospechaban que habían de ir o iban, los escondían y llevaban a los montes, y aún allí les parecía que no los tenían seguros ni libres de sus manos.

CAPÍTULO XIX. *Que trata de los dioses Ometecuhtli y Umecihuatl, por otro nombre llamados Citlalatonac y Citlalicue, y de su lugar y asistencia, según lo sentían estos mexicanos*

ENTRE LOS DIOSES QUE ESTOS CIEGOS MEXICANOS fingieron tener y ser mayores que otros, fueron dos; uno llamado Ometecuhtli, que quiere decir dos hidalgos o caballeros; y el otro llamaron Omecihuatl, que quiere decir dos mujeres; los cuales, por otros nombres, fueron llamados Citlalatonac, que quiere decir estrella que resplandece o resplandeciente; y el otro, Citlalicue, que quiere decir faldellín de la estrella; porque cueitl es una vestidura de que usan las mujeres de estas Indias, llamada de los nuestros nahuas, y son a manera del faldellín con que cubren sus carnes las mujeres, de el cual usan comúnmente. Estos dos dioses fingidos de esta gentilidad creían ser el uno hombre y el otro mujer; y como a dos naturalezas distintas y de distintos sexos las nombraban como por los nombres dichos parece. De estos dos dioses (o por mejor decir, demonios) tuvieron

[9] Claudian. de 4 Consulat. Honor.
[10] Deut. 4.

creído estos naturales que residían en una ciudad gloriosa, asentada sobre los once cielos, cuyo suelo era más alto y supremo de ellos; y que en aquella ciudad gozaban de todos los deleites imaginables y poseían todas las riquezas de el mundo; y decían que desde allí arriba regían y gobernaban toda esta máquina inferior del mundo y todo aquello que es visible e invisible, influyendo en todas las ánimas que criaban todas las inclinaciones naturales que vemos haber en todas las criaturas racionales e irracionales; y que cuidaban de todo como por naturaleza les convenía, atalayando desde aquel su asiento las cosas criadas, cuya opinión fue de los antiguos aplicada a Júpiter, según dijo Ovidio,[1] que desde las alturas de los cielos miraba todas las cosas del universo, en lo cual los unos y los otros decían verdad, si lo entendieran de Dios verdadero, el cual, aunque está en todas las cosas, asiste por particular efecto y asistencia en los cielos, glorificando los espíritus bienaventurados que en aquellos lugares gozan de su divina esencia y presencia.

De manera que, según lo dicho, está muy claro de entender que tenían opinión, que los que regían y gobernaban el mundo, eran dos (conviene a saber), un dios y una diosa, de los cuales el uno, que era el dios hombre, obraba en todo el género de los varones; y el otro, que era la diosa, criaba y obraba en todo el género de las mujeres. No es posible dejar de causar asombro y espanto de ver entendimientos tan ciegos, que lo que es debido a un sólo Dios se atribuya a muchos, dividiendo en tantos la divinidad; pues es cosa cierta que es indivisa e impartible, de la cual participan en un ser de substancia las tres divinas personas (conviene a saber) Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, las cuales personas ya que son realmente distintas entre sí, la una de la otra, porque el Padre no es el Hijo, ni el Hijo es el Espíritu Santo, con todo es, y confesamos ser una naturaleza, una esencia y una divinidad, la cual comunicada igualmente a todas tres personas obran en ella, con ella y por ella todas las cosas *ad extra,* sin diferenciarse en sus operaciones en nada, la una persona de la otra, de tal manera que aunque son tres personas, no son tres dioses, sino un Dios y una esencia comunicada enteramente a tres personas, y este Dios es el que confesamos y el que niegan los gentiles, si no con acto positivo, a lo menos, con dar a muchos lo que a uno sólo se debe. Pero no es maravilla que hombres apartados de Dios y de su gracia desatinen tanto como lo dicho, que también sabemos de otros, que se preciaron de mayor saber, que dieron en otro no menor yerro, pues afirmaron haber dios de los bienes y dios de los males, no siendo posible, según su erróneo parecer, que el que lo era de lo uno lo podía ser de lo otro; y todo esto nace de regirse el hombre por sí mismo y apartarse de Dios por propia presumpción y pecados enormes y graves; y es fuerza que gente sin Dios finja tantos dioses, acrecentando ceros donde basta una sola unidad.

De manera que podemos decir que estos indios quisieron entender en esto haber naturaleza divina repartida en dos dioses (conviene a saber hombre y mujer; el hombre, que criaba y gobernaba todo lo que es del género

[1] Ovid. I. Metha. et Trist. eleg. 1. lib. 2.

masculino y la mujer todo lo perteneciente al género femenino), errando en esto, como también erraron los que fingieron dios de los bienes y dios de los males. Y llegó a tanto error esta desventurada gente, que fingieron de estos dos falsos dioses, haber procedido otra multitud y muchedumbre de dioses, lo cual mintieron de esta manera. Dijeron que esta diosa había parido en el cielo muchos hijos, y después de todos estos partos había parido un navajón o pedernal, que en su lengua llaman tecpatl, de lo cual admirados y espantados los otros dioses, sus hijos acordaron de echar del cielo al dicho navajón, y así lo pusieron por obra, y que cayó en cierta parte de la tierra, llamada Chicomoztoc, que quiere decir: Siete-Cuevas, y que luego salieron de él mil y seiscientos dioses y diosas.

CAPÍTULO XX. *Que trata de el dios Tezcatlipuca y de los atributos que le aplicaban, y cómo fue éste el que los antiguos gentiles llamaron Júpiter*



ODAS LAS NACIONES DEL MUNDO, que dejando a nuestro Dios verdadero, han adulterado con el demonio, siguiendo su religión fingida y falsa adoración; aunque le han conocido y adorado, debajo de nombres diferentes, según los lenguajes y modos de hablar diferentes de los hombres, ha sido aplicándole en cada nación un mismo oficio, porque el mismo demonio que los ha engañado ha sido tan astuto y sagaz que lo mismo que a unos predicó de sí, eso mismo enseñó a otros, lo cual se ve probado y no con apariencias, sino con verdad muy cierta en éste, llamado en lengua mexicana Tezcatlipuca, que quiere decir espejo resplandeciente, el cual tuvieron estos naturales por increado e invisible y por el más principal de todos los dioses; y decían de él que era ánima del mundo. Quién de los que saben algo de historia y leen en ella los errores de los antiguos no dirá, que éste es Júpiter, tan celebrado de todos ellos, el cual dice San Agustín,[1] ser llamado ánima del mundo, y la razón es por tenerle por vivificador de todas las cosas de él cuya virtud repartieron los hombres en divisiones y partes.

Para el que dijere que San Agustín, en este lugar citado, no le llama ánima, sino ánimo del mundo, digo que tiene razón y lo confirma San Isidoro,[2] poniendo la diferencia que hay entre ánima, ánimo y espíritu; y dice que ánima se dice aquella por la cual vivimos; y ánimo, aquel por el cual somos gobernados; y espíritu por el cual espiramos. Que sea esto así, se confirma por lo que dice Varron,[3] y lo refiere San Agustín,[4] diciendo que son tres los grados de el ánima en todo género de cosa: Uno, que pasa todas las partes vivientes del cuerpo y no tienen sentido, sino solamente

[1] Div. Aug. lib. 4. de Civit. Dei. cap. 11.
[2] Div. Isidor. lib. 1. de Diferentiis verborum.
[3] Varron. lib. de Diis electis.
[4] Div. Aug. lib. 7. de Civit. Dei cap. 22.

masculino y la mujer todo lo perteneciente al género femenino), errando en esto, como también erraron los que fingieron dios de los bienes y dios de los males. Y llegó a tanto error esta desventurada gente, que fingieron de estos dos falsos dioses, haber procedido otra multitud y muchedumbre de dioses, lo cual mintieron de esta manera. Dijeron que esta diosa había parido en el cielo muchos hijos, y después de todos estos partos había parido un navajón o pedernal, que en su lengua llaman tecpatl, de lo cual admirados y espantados los otros dioses, sus hijos acordaron de echar del cielo al dicho navajón, y así lo pusieron por obra, y que cayó en cierta parte de la tierra, llamada Chicomoztoc, que quiere decir: Siete-Cuevas, y que luego salieron de él mil y seiscientos dioses y diosas.

CAPÍTULO XX. *Que trata de el dios Tezcatlipuca y de los atributos que le aplicaban, y cómo fue éste el que los antiguos gentiles llamaron Júpiter*



TODAS LAS NACIONES DEL MUNDO, que dejando a nuestro Dios verdadero, han adulterado con el demonio, siguiendo su religión fingida y falsa adoración; aunque le han conocido y adorado, debajo de nombres diferentes, según los lenguajes y modos de hablar diferentes de los hombres, ha sido aplicándole en cada nación un mismo oficio, porque el mismo demonio que los ha engañado ha sido tan astuto y sagaz que lo mismo que a unos predicó de sí, eso mismo enseñó a otros, lo cual se ve probado y no con apariencias, sino con verdad muy cierta en éste, llamado en lengua mexicana Tezcatlipuca, que quiere decir espejo resplandeciente, el cual tuvieron estos naturales por increado e invisible y por el más principal de todos los dioses; y decían de él que era ánima del mundo. Quién de los que saben algo de historia y leen en ella los errores de los antiguos no dirá, que éste es Júpiter, tan celebrado de todos ellos, el cual dice San Agustín,[1] ser llamado ánima del mundo, y la razón es por tenerle por vivificador de todas las cosas de él cuya virtud repartieron los hombres en divisiones y partes.

Para el que dijere que San Agustín, en este lugar citado, no le llama ánima, sino ánimo del mundo, digo que tiene razón y lo confirma San Isidoro,[2] poniendo la diferencia que hay entre ánima, ánimo y espíritu; y dice que ánima se dice aquella por la cual vivimos; y ánimo, aquel por el cual somos gobernados; y espíritu por el cual espiramos. Que sea esto así, se confirma por lo que dice Varron,[3] y lo refiere San Agustín,[4] diciendo que son tres los grados de el ánima en todo género de cosa: Uno, que pasa todas las partes vivientes del cuerpo y no tienen sentido, sino solamente

[1] Div. Aug. lib. 4. de Civit. Dei. cap. 11.
[2] Div. Isidor. lib. 1. de Diferentiis verborum.
[3] Varron. lib. de Diis electis.
[4] Div. Aug. lib. 7. de Civit. Dei cap. 22.

disposición y sanidad. Esta fuerza y grado de vida se dice redundar en nuestro cuerpo y ser comunicada a los huesos, uñas y cabellos, así como en la tierra los árboles, que sin tener sentido, tienen vida vegetativa con que crecen. El segundo grado, dice ser de los sentidos exteriores, a los cuales se comunica el ánima por particular y oculto modo, conviene a saber, a los ojos, orejas, narices, boca y tacto. El tercer grado, dice ser sumo y supremo, el cual se llama ánimo. De manera que al ánimo hace parte distinta del ánima; y luego añade: en la cual parte más resplandece y campea la inteligencia o el entendimiento.

Esto viene muy ajustado con lo que deja dicho San Isidoro, que el ánimo es por el cual somos regidos y gobernados; y es así, porque del entendimiento nace la razón y por la razón se gobiernan las cosas y se rigen; y si el entendimiento y razón está en esta parte del ánima, llamada ánimo, luego no debe llamarse Júpiter ánima, sino ánimo de el mundo, pues creían ser por él regido y gobernado. Digo que en lo dicho tiene razón (el que lo hubiere notado), pero fácilmente quedará asegurado y satisfecho con traer a la memoria que no hay entendimiento sin vida, porque en ella se apoya para tener ser; y esta vida está en el ánima como en lugar propio; y si del ánima viene la vida, el entendimiento tiene el ser que tiene, por ser potencia de ella; luego sin ella no será nada, y no tomando la suprema inteligencia, en cuanto éste nombre Dios, sino en cuanto da vida a las cosas; luego ánima de ella debe ser llamado; pues decimos que la vida está en ella; y así Dios nos vivifica, no en cuanto es ánima nuestra, por cuanto ni dioses nosotros, ni nosotros parte ninguna de Dios, que es cosa real y verdaderamente distinta de nosotros, pero en cuanto nos da el ser y vida que tenemos (diciendo San Pablo,[5] en él vivimos, nos movemos y somos) por este ser y vida que nos comunica Dios, como a criaturas suyas a cada cosa en su género y especie, decimos ser Dios ánima de todas ellas y por consiguiente manera de todo el mundo. Y porque sólo conocieron estos efectos los antiguos y desconocieron al verdadero dador, erraron ciega y vanamente, atribuyéndolo a Júpiter y estos indios a Tezcatlipuca, que es el mesmo, diferente sólo en la pronunciación y letras del nombre, según la lengua de cada nación.

De esta manera debe ser entendido esto, porque de otra no pudiera decirse que Dios es ánima del mundo, como contra Abailardo hereje, lo prueba doctísimamente fray Alonso de Castro en su libro quinto *Contra los herejes*,[6] porque seguirse hía que Dios era menor que el mundo, si se dijese que era ánima suya. Y la razón es, por cuanto se hacía parte suya, en ser su ánima y en estar incluso en su circunferencia y límites finitos y ser difinido con él. Y decir esto o afirmarlo es blasfemia, por cuanto Dios no puede ser determinado en substancia finita, porque dice Job:[7] Por ventura, ¿no piensas que Dios es más alto que el cielo y que está sublimado y ensal-

[5] Ac. Apost. 17, 18.
[6] Castro de Haeres. verbo. Deus Haeres. 11.
[7] Iob. 22.

zado sobre los ejes de las estrellas? Y como se dice en el Paralipómenon,[8] el cielo, y el cielo de los cielos, no bastan para lugar suyo. Y el profeta Isaías[9] lo engrandece y confiesa por infinito, diciendo: A puños mide la inmensidad de las aguas y a palmos la grandeza de los cielos. Pues si Dios es tan grande, ¿cómo puede ser verdad que sea ánima de el mundo, siendo cosa que excede a toda grandeza? Por manera que se debe entender en razón del efecto que hace, que es en dar vida al mundo, o a las cosas todas que en él se contienen, porque por esta razón se puede decir que es ánima del mundo, por cuanto da vida a todas las que en él se incluyen; y no porque él es parte de ellas, ni ellas parte ninguna de él, sino cosa real y distinta de él; siendo Dios el vivificador de ellas y ellas las vivificadas de él, recibiendo este beneficio de Dios, como de autor de todo ser y vida que tienen.

San Isidoro,[10] dice llamarse Júpiter, como si dijésemos *Iuvans pater:* padre ayudador, quiere decir (como dice luego) mayor que los otros y superior a todos. Esto mismo decimos de Teztcatlipuca, del cual decían estos indios ser superior a todos los otros dioses y como a tal le tenían aplicados diversos nombres, uno de los cuales era Titlacahua, que quiere decir: cuyos esclavos y siervos somos; y este atributo no se le daban a ninguno de los demás, ni a Huitzilopuchtli, con ser su muy grande y principal dios, y que le tenían por ayudador y favorecedor en sus batallas.

Decían también que era como aire y obscuridad. Que sea aire bien se echa de ver, si consideramos la condición del aire, en cuanto pasa fácil y ligeramente y no vemos su substancia, aunque sentimos sus efectos, lo cual se verifica en el demonio, cuyas tentaciones pasan y él se deshace en todas ellas cuando es vencido de el tentado. Es obscuridad, pues está falto de la gracia de Dios y caído en los errores de las tinieblas infernales donde le tiene padeciendo para siempre. Decían de él que cuando aparecía en algunos de sus aparecimientos y hablaba con los hombres, era en semejanza de hombre y que sabía y alcanzaba sus secretos. Una de las aclamaciones con que le llamaban era decir: Oh Dios todo poderoso, que dais vida a los hombres, que os llamáis Titlacahua, hacedme esta tan señalada merced de darme todo lo necesario para el sustento de la vida, así del comer, como del beber y gozar de vuestra clemencia y suavidad y delectación, con que pueda relevar el mucho trabajo que tengo y necesidad que padezco; habed misericordia de mí, que vivo vida triste, pobre y desamparada; y pues me ocupo en vuestro servicio, barriendo y limpiando el lugar de vuestra morada y haciendo fuego para vuestros perfumes y sahumerios; abrid las manos de vuestra misericordia y usadla conmigo. Oración es ésta, por cierto, digna de ser notada, pero indigna de este dios, a quien era ofrecida, la cual compete al verdadero y soberano, como al que por naturaleza le son debidas todas las alabanzas, por ser suyas y no de otro; pero gentes engañadas, no es maravilla que truequen las manos y digan al demonio lo que deben decir a Dios.

[8] Paral. 2.
[9] Isai. 40.
[10] Div. Isidor. lib. 8. Ethymol. cap. 11.

Creyeron de él, que así como daba bienes a los hombres, daba también enfermedades incurables y contagiosas; y decían que era por razón de estar enojado, porque no cumplían los votos que en su servicio se hacían o porque los casados no se abstenían de actos matrimoniales en los días de los ayunos. Y cuando se sentían de las dichas enfermedades, que creían venirles de él por las culpas cometidas, hacían nueva protestación y voto de enmendar sus vidas si se viesen sanos. Otros, que no sanaban, con la fuerza de los dolores desesperados le blasfemaban y decían palabras sucias y feas, llamándole de borracho, puto y otras semejantes, dignas de quien él es. Llamábanle por otro nombre, Moyocayatzin, que quiere decir: el que hace cuanto quiere, porque no tenía resistencia, ni contradición su voluntad (a lo que creían) y que ninguno le iba a la mano en nada, así en el cielo como en la tierra. Decían ser poderoso para destruir los cielos y la tierra cuando quisiese. Teníanle puesto en todas las encrucijadas y divisiones de calles un asiento o silla, hecho de piedra, que le llamaban momoztli y por otro nombre, ichialoca, que quiere decir, donde se aguarda; y este asiento o trono lo enramaban de cinco en cinco días y estaba todo el año con ramos y nadie se sentaba en el dicho asiento, que es lo mismo que en las casas de los reyes la silla y dosel que hay en las salas que representan la majestad real; y nadie se atreve a sentar en ella, si no es el mismo rey; así decían que venía Titlacahua a su asiento y que en él descansaba, y mostrando su majestad le tenían enramado todo el año.

Llamábanle Telpuctli, que quiere decir mancebo, porque las más veces que aparecía era en forma de un mancebo muy gentil-hombre y muy curiosamente ataviado y vestido, representando en esto uno de los atributos de Dios, de quien dice David,[11] todas las cosas se acaban y como vestidura se envejecen, pero vos, Señor, permanecéis en un mismo ser y vuestros años no descaecen; dando a entender en esto la inmutabilidad y permanencia de Dios, y que su vida no está medida con el tiempo, antes el mismo tiempo corre con la permanencia y eternidad de Dios, desde que el mundo fue criado; el cual tiempo, así como comenzó, ha de acabar y Dios se ha de quedar después como era antes y no ha de tener fin, como ni tampoco tuvo ni tiene principio. De manera que éste es atributo de solo Dios, y falsamente aplicado al demonio, que tuvo principio en su creación, aunque no ha de tener fin, como los otros ángeles buenos y ánimas racionales, que aunque tuvieron principio creativo no han de tener fin, o en la bienaventuranza con Dios o en el infierno con el demonio, engañador y falso. Otros nombres tenía, como Júpiter en los tiempos pasados, pero éstos basten para conocer la ceguera de las gentes y astucia de el demonio y conocimiento de que este Teztcatlipuca es Júpiter, y que es un mismo demonio, cubierto con un ropaje y nombrado con estos dos nombres.

[11] Psal. 101 et 27. et Psal 89.

CAPÍTULO XXI. *Donde se trata de el dios Huitzilupuchtli, llamado de los antiguos, Marte; muy querido y celebrado de estas gentes indianas, en especial de mexicanos; y se dicen embustes de el demonio, mezclados con misericordias de Dios; y de cómo fingió nacer de mujer*



UITZILUPUCHTLI, DIOS ANTIGUO Y GUIADOR de los mexicanos, es nombre compuesto de varios significados. Unos dicen que se compone de este nombre Huitzilin, que es un pajarito muy pequeño, verde y hermoso, que chupa flores y se mantiene de aquel sudor y humedad que despiden o engendran en sus hojas; y de otro nombre, que es Tlahuipuchtli, que quiere decir nigromantico o hechicero que echa fuego por la boca. Y de estos dos nombres cortados se compone Huitzilupuchtli y con él se nombra este diabólico Marte indiano. Otros dicen que de Huitzili, que es aquel pajarito y Opuchtli, que es mano izquierda; y así dirá todo el compuesto mano izquierda o siniestra, de pluma relumbrante, porque este ídolo traía de estas plumas ricas y resplandecientes en el molledo del brazo izquierdo. Yo tengo para mí que ambos significados le cuadran y son propios, por lo que de este infernal dios diremos: Este dios así nombrado fue el que trajeron los mexicanos, el cual, dicen, que los sacó de su tierra y trajo a esta de Anáhuac, donde se hicieron tan señores absolutos y poderosos y con tanto nombre, como en otro tiempo los romanos lo tuvieron en el mundo, cuyo origen y principio es muy vario entre los mismos que le adoraban, contando de él fabulas y mentiras, como en las naciones antiguas se dijeron de Marte, dios de las batallas.

Este dios, unos creían ser puro espíritu, y otros, nacido de mujer; y éstos cuentan su historia de esta manera: Junto a la ciudad de Tulla (que aunque ahora es pueblo pequeño, era muy grande en su paganismo y gentilidad) hay una sierra, que se llama Coatepec, que quiere decir en el cerro de la culebra; en éste hacía su morada una mujer llamada Coatlycue, que quiere decir faldellín de la culebra, la cual fue madre de muchas gentes, en especial de unos indios llamados centzunhuitznahua, y una mujer, cuyo nombre era Coyolxauhqui. Esta mujer, según mentira de los antiguos, era muy devota y cuidadosa en el servicio de sus dioses, y con esta devoción se ocupaba ordinariamente en barrer y limpiar los lugares sagrados de aquella sierra. Aconteció, pues, un día, que estando barriendo, como acostumbraba, vio bajar por el aire una pelota pequeña, hecha de plumas, a manera de ovillo hecho de hilado, que se le vino a las manos, la cual tomó y metió entre las nahuas o faldellín y la carne, debajo de la faja que le ceñía el cuerpo (porque siempre traen fajado este género de vestido), no imaginando ningún misterio ni fin de aquel caso. Acabó de barrer y buscó la pelota de pluma, para ver de qué podría aprovecharla en servicio de sus dioses, y no la halló. Quedó de esto admirada y mucho más de conocer

en sí, que desde aquel punto se había hecho preñada. Fuese a su casa con este cuidado, la barriga comenzó a crecer y ella a no poder disimular ni encubrir su preñado. Los hijos que fiaban mucho de la virtud de su madre y creían ser muy honesta, viendo acto contrario a su opinión y previniendo la afrenta que de semejante caso podía venirles de los que la conocían, determinaron de matarla, porque con su muerte se atajase el parto y pagase la madre que creían ser adúltera. Este consejo fue de todos, en el cual la que más clamaba, e incitaba, era Coyolxauhqui (porque es muy propio de mujeres acriminar en otras la culpa de que ellas son notadas y quieren repentina y acelerada venganza, en lo que con amor propio apetecen para sí misericordia).

Aunque es verdad que estos centzunhuitznahuas determinaron de matar a la madre, no luego se resolvieron en darle muerte, o porque temían el caso o porque se condolían de poner las manos y ofender las entrañas en que anduvieron y así dilataron su ejecución; y como en todos los consejos que constan de muchos, nunca falta o quien haga traición y declare el secreto o que sea aficionado de la parte contra quien se trata, así en ésta hubo un hijo que se lo avisó y certificó la determinación de matarla. La mujer, que no se hallaba culpada, sentía el daño y lloraba su poca defensa, porque le parecía cosa grave hacerles creer que sin acto, ni ayuntamiento de varón, pudiese haber acaecido su preñado. En medio de estas cuitas y aflicciones, dicen los que lo cuentan, que oyó una voz que parecía salir de su mismo vientre y entrañas que le dijo: madre mía, no te congojes ni recibas pena, que yo lo remediaré y te libraré con mucha gloria tuya y estimación mía.

Y a esta sazón venían todos los conjurados (vencidos de su pasión y olvidados del honor materno) a ejecutar su intento y muy armados, para si hallasen alguna resistencia oponerse a ella; venía delante Coyolxauhqui, su hija, como capitán y caudillo de este matricidio; y puestos a vista de la madre, parió repentinamente, de cuyo parto nació Huitzilupuchtli, el cual traía en la mano izquierda una rodela, que llaman tehuehueli, y en la derecha un dardo o vara larga de color azul, y su rostro todo rayado del mismo color, en la frente un gran penacho de plumas verdes, la pierna izquierda delgada y emplumada y pintados y rayados ambos muslos de azul y los brazos. Ésta fue la forma con que apareció en este parto y nacimiento el demonio. Hizo aparecer allí luego una forma de culebra hecha de teas (que llamaron Xiuhcoatl) y mandó a un soldado, llamado Tochancalqui, que la encendiese y con este apercibimiento aguardaron a los enemigos que ya venían con grandes voces a dar la muerte a su madre y a todos los que se la defendiesen. Salióles al encuentro Huitzilupuchtli, y sin aguardarles razones, mandó a Tochancalqui que con la culebra encendida abrasase a Coyolxauhqui como a la más culpada en el consejo y traición, lo cual hecho (de que luego murió) fue Huitzilupuchtli contra los demás; y a pocos golpes conocieron la ventaja que les hacía y la fuerza y peso de su brazo, con lo cual le cobraron muchísimo temor y comenzaron a retirarse, sólo con intento más de defenderse que de ofender; pero no les valió ni muchos

ruegos que le hicieron, pidiéndole de merced la vida, porque no hallaban remedio para salvarla; finalmente los mató y entró en sus casas y las saqueó y hizo a su madre señora de los despojos. De este caso tan prodigioso tomaron asombro los que lo supieron y llamáronle Tetzahuitl, que quiere decir espanto o asombro; y de aquí tomaron ocasión de recibirle por dios, por conocer que habían nacido de madre y no de padre.

A éste tuvieron por el gran dios de sus batallas, porque decían haberle hallado muy favorable en ellas. Y no hace disonancia creer que éste fue aquel antiguo Marte, conocido de otras naciones y festejado por dios de las guerras, el cual llamaron Marte, como dice San Isidoro.[1] Porque la guerra siempre es hecha por los varones, que en latín se llaman *Mares;* y es tanto como si dijésemos: hecho de varones; y también le llamaron Marte (según el mismo) porque de este acto se denominó la muerte, por ser muy ordinaria en los que salen a las guerras, por no haber seguridad de una ni otra parte, antes es lo ordinario morir, si no todos, a lo menos los más o algunos que raras veces acontece (o pienso que ninguna) que acometidos los ejércitos haya victoria sin muerte de algunos, por pocos que sean. Por esto llamaron los antiguos a este dios adúltero, porque no aseguraba las vidas de los soldados y gente de guerra, como si quisiesen decirle: infiel y de poca fe a los que se ofrecían a vivir en la milicia.

A este Marte (dice el glorioso San Agustín)[2] constituyeron dios de las batallas, porque fue homicida; y según las fábulas poéticas le dio Júpiter autoridad (como cuenta Diodoro)[3], que hallase las armas y armase a la gente de guerra y enseñase a pelear. Todo esto vemos en nuestro Marte indiano, llamado Huitzilupuchtli, porque él alentaba a los mexicanos a las batallas; y les dio las armas con que peleaban, que era una caña larga, a manera de dardo, con un pedernal por remate, que tiraban con cierto artificio, que llamaron atlatl. También dice Lactancio,[4] que por ser dios homicida, y no hallando los antiguos oficio que poder darle, le atribuyeron este nombre de dios de batallas por no hallar cosa natural que poder encomendarle; y por esto le dieron a cargo aquella cosa que los hombres más aborrecen y tienen por más odiosa y menos deseada, que son las guerras y batallas, como a quien ya sabía de muerte y de matar. Ésta es una razón harto ignorante de los que la dieron para recibir por dios a este homicida y matador, porque por la misma (si hubiera de valer) se había de recibir Caín, que fue el primer hombre homicida y matador del mundo, que mató a su hermano Abel; pero como los que yerran no tienen más razón para errar que su propia ceguera, ésta bastó en los pasados para persuadirse a tan flaca y frívola razón y recibir con ella un dios juzgado por otros (como dicen muchos, y San Agustín[5] lo refiere) como homicida que fue y malhechor.

[1] Div. Isidor. lib. 8. Ethymol. cap. 11.
[2] Div. Aug. lib. 18. de Civit. Dei. cap. 10.
[3] Diod. Sicul. Bibliot. lib. I.
[4] Lactant. lib. 1. cap. 10.
[5] Div. Aug. lib. 18. de Civit. Dei. cap. 10.

En otra cosa convinieron estos dos Martes: antiguo e indiano y fue, que según opinión común y muy seguida de muchos, de este antiguo Marte, se denominó aquel lugar de Atenas, llamado Areópago, donde San Pablo predicó a los sabios atenienses, y convirtió a Dionisio, como se cuenta en los *Actos*,[6] porque dicen haber sido en él juzgado de los doce dioses a cuya parte y favor se inclinaron los seis de ellos, por lo cual fue libre de la instancia y el lugar (como se ha dicho) nombrado de su nombre.[7] De este parecer fue Juvenal,[8] y Pausanias.[9] Y San Agustín[10] refiere esta opinión, con palabras expresas de Varrón. No quiero poner en cuestión difinitiva, si fue ésta la causa o otra, por la cual llamaron a este lugar Areópago; pero quiero decir con todos los más, que mejor sienten de este caso, que este lugar era dedicado a Marte, porque en él se juzgaban las causas de muerte de doce jueces diputados de la república para ello,[11] como en la nuestra los alcaldes de corte, a diferencia de los oidores que juzgan lo civil, para lo cual había otro juzgado en aquella ciudad, constituido de cincuenta varones, aunque éstos eran anuales y los otros perpetuos. Este lugar le llamaban los atenienses Areópago, al cual llama Estéfano,[12] promontorio, porque era alto y levantado del suelo, hecho de tierra y piedra, que si no era muy alto, era al menos a la manera que en esta de esta Nueva España se le formó el templo a este sanguinolento dios, donde también no sólo eran sentenciados a muerte los hombres, pero morían en él, añadiendo el demonio en este Areópago indiano la ejecución de las cosas que se solían sentenciar en esotro de Atenas; y así como en aquel ateniense presidía Marte, en este indiano, no sólo presidía como matador, sino que era como dios adorado y reverenciado.

CAPÍTULO XXII. *Donde se trata del dios Paynal, que fue la diosa Bellona de los antiguos*



TRO DIOS TENÍAN ESTOS INDIOS MEXICANOS, llamado Paynal, el cual era también dios de batallas y coadjutor de Huitzilupuchtli. De donde se echa muy bien de ver el desatino de esta multiplicación de dioses, como que la deidad (si fuera verdadera la que atribuían a Huitzilupuchtli) tuviera necesidad de coadjutor. Y no es de solos estos indios, que primero tuvieron este error los antiguos,[1] diciendo San Agustín, en los libros de la *Ciudad de Dios*, que a Juno la constituyeron diosa de las batallas, y

[6] Ac. Apost. 17.
[7] Alex. ab Alex. Dier. Genial. lib. 3. cap. 5. et lib. 6. cap. 11. Rhodigin. lib. 7. cap. 14.
[8] Iuv. Sat. 9.
[9] Pausan. in Atticis, lib. 1. cap. 1.
[10] Div. Aug. lib. 18. cap. 10.
[11] Plin. lib. 7. Hist. Nat. Hela. c. 15. 1. Hist. Libanius in Orat. in defension Martis.
[12] Steph. Bizant. de Urbis.
[1] Honorius l. 5. Iliad. Virgil. 1. et 2. Aen.

En otra cosa convinieron estos dos Martes: antiguo e indiano y fue, que según opinión común y muy seguida de muchos, de este antiguo Marte, se denominó aquel lugar de Atenas, llamado Areópago, donde San Pablo predicó a los sabios atenienses, y convirtió a Dionisio, como se cuenta en los *Actos*,[6] porque dicen haber sido en él juzgado de los doce dioses a cuya parte y favor se inclinaron los seis de ellos, por lo cual fue libre de la instancia y el lugar (como se ha dicho) nombrado de su nombre.[7] De este parecer fue Juvenal,[8] y Pausanias.[9] Y San Agustín[10] refiere esta opinión, con palabras expresas de Varrón. No quiero poner en cuestión difinitiva, si fue ésta la causa o otra, por la cual llamaron a este lugar Areópago; pero quiero decir con todos los más, que mejor sienten de este caso, que este lugar era dedicado a Marte, porque en él se juzgaban las causas de muerte de doce jueces diputados de la república para ello,[11] como en la nuestra los alcaldes de corte, a diferencia de los oidores que juzgan lo civil, para lo cual había otro juzgado en aquella ciudad, constituido de cincuenta varones, aunque éstos eran anuales y los otros perpetuos. Este lugar le llamaban los atenienses Areópago, al cual llama Estéfano,[12] promontorio, porque era alto y levantado del suelo, hecho de tierra y piedra, que si no era muy alto, era al menos a la manera que en esta de esta Nueva España se le formó el templo a este sanguinolento dios, donde también no sólo eran sentenciados a muerte los hombres, pero morían en él, añadiendo el demonio en este Areópago indiano la ejecución de las cosas que se solían sentenciar en esotro de Atenas; y así como en aquel ateniense presidía Marte, en este indiano, no sólo presidía como matador, sino que era como dios adorado y reverenciado.

CAPÍTULO XXII. *Donde se trata del dios Paynal, que fue la diosa Bellona de los antiguos*



TRO DIOS TENÍAN ESTOS INDIOS MEXICANOS, llamado Paynal, el cual era también dios de batallas y coadjutor de Huitzilupuchtli. De donde se echa muy bien de ver el desatino de esta multiplicación de dioses, como que la deidad (si fuera verdadera la que atribuían a Huitzilupuchtli) tuviera necesidad de coadjutor. Y no es de solos estos indios, que primero tuvieron este error los antiguos,[1] diciendo San Agustín, en los libros de la *Ciudad de Dios*, que a Juno la constituyeron diosa de las batallas, y

[6] Ac. Apost. 17.
[7] Alex. ab Alex. Dier. Genial. lib. 3. cap. 5. et lib. 6. cap. 11. Rhodigin. lib. 7. cap. 14.
[8] Iuv. Sat. 9.
[9] Pausan. in Atticis, lib. 1. cap. 1.
[10] Div. Aug. lib. 18. cap. 10.
[11] Plin. lib. 7. Hist. Nat. Hela. c. 15. 1. Hist. Libanius in Orat. in defension Martis.
[12] Steph. Bizant. de Urbis.
[1] Honorius l. 5. Iliad. Virgil. 1. et 2. Aen.

la razón, según Stacio,[2] fue porque yendo a la guerra Marte, le aparejó los carros y caballos; de manera que los antiguos tuvieron dos dioses batalladores, como estos indios también, no contentándose con uno y a este segundo llamaron Paynal, que quiere decir: ligero, veloz y apresurado; porque así como en las guerras que se hacían de propósito y con consejo, habida primero secreta deliberación para acometer algunas provincias, tenían por dios a Huitzilupuchtli, así, ni más ni menos, tenían este dios Paynal para los casos repentinos y no pensados, cuando sucedía ser acometidos de enemigos o otras necesidades semejantes.

Este dios era vicario o vicecapitán de el ya nombrado Huitzilupuchtli; y cuando apellidaban el nombre de este asombrador dios, era obligada toda la gente de guerra a salir con gran priesa, porque conocían que era el peligro cierto. Para convocación y llamamiento sacaban sus sacerdotes y ministros su imagen en unas andas, y daban muchas vueltas al pueblo con ellas, a todo el más correr que podían. Seguíale todo el pueblo con mucha confianza, porque decían que de semejantes peligros los libraba, por ser presto y ligero en sus acometimientos y muy cierto en sus victorias. Y en todos los trechos de los barrios, donde descansaban, le sacrificaban y ofrecían codornices y otras cosas; y muchas veces era de hombres el sacrificio.

CAPÍTULO XXIII. *Donde se trata ael dios Tlalocatecuhtli, llamado Neptuno de los antiguos, dios de las aguas; y de otros dioses sus compañeros; y de los errores de estos indios acerca de estos dioses*



STOS INDIOS (así como los antiguos gentiles) tuvieron otro dios, que llamaron Tlalocatecuhtli, que quiere decir señor de el paraíso o lugar de sumos deleites, al cual consagraron dios de las aguas y lluvias, que si bien se nota es Neptuno, a quien llamaron dios del mar; y es tanta la semejanza que hay entre estos dos dioses, que bien se echa de ver haber sido el demonio inventor de ambos. Los antiguos (y si no me engaño, porque así lo dice San Atanasio,[1] fueron los primeros los griegos) atribuyeron a Neptuno la presidencia de las aguas (en especial de la mar), porque aunque lo era de todas, así de las nacidas de la tierra como de las engendradas en los aires, le constituyeron de las del mar, por razón de creer como gente marítima que de él procedían todas las llovedizas. Por esto le dieron por cetro imperial el tridente de tres puntas, por significar, entre otras cosas, tres efectos y diferencias de metheoros, de que el agua es madre: la primera es de las exhalaciones y vapores, que son materia de engendrarse vientos. La segunda, la de las exhalaciones, de que se engendran rocíos, escarchas, lluvias, nieves, granizos y piedra. La tercera es de las exhalaciones de que

[2] Statius. Ovid. Fastor. 6.

[1] Div. Athan. orat. contra Gent.

la razón, según Stacio,[2] fue porque yendo a la guerra Marte, le aparejó los carros y caballos; de manera que los antiguos tuvieron dos dioses batalladores, como estos indios también, no contentándose con uno y a este segundo llamaron Paynal, que quiere decir: ligero, veloz y apresurado; porque así como en las guerras que se hacían de propósito y con consejo, habida primero secreta deliberación para acometer algunas provincias, tenían por dios a Huitzilupuchtli, así, ni más ni menos, tenían este dios Paynal para los casos repentinos y no pensados, cuando sucedía ser acometidos de enemigos o otras necesidades semejantes.

Este dios era vicario o vicecapitán de el ya nombrado Huitzilupuchtli; y cuando apellidaban el nombre de este asombrador dios, era obligada toda la gente de guerra a salir con gran priesa, porque conocían que era el peligro cierto. Para convocación y llamamiento sacaban sus sacerdotes y ministros su imagen en unas andas, y daban muchas vueltas al pueblo con ellas, a todo el más correr que podían. Seguíale todo el pueblo con mucha confianza, porque decían que de semejantes peligros los libraba, por ser presto y ligero en sus acometimientos y muy cierto en sus victorias. Y en todos los trechos de los barrios, donde descansaban, le sacrificaban y ofrecían codornices y otras cosas; y muchas veces era de hombres el sacrificio.

CAPÍTULO XXIII. *Donde se trata ael dios Tlalocatecuhtli, llamado Neptuno de los antiguos, dios de las aguas; y de otros dioses sus compañeros; y de los errores de estos indios acerca de estos dioses*



STOS INDIOS (así como los antiguos gentiles) tuvieron otro dios, que llamaron Tlalocatecuhtli, que quiere decir señor de el paraíso o lugar de sumos deleites, al cual consagraron dios de las aguas y lluvias, que si bien se nota es Neptuno, a quien llamaron dios del mar; y es tanta la semejanza que hay entre estos dos dioses, que bien se echa de ver haber sido el demonio inventor de ambos. Los antiguos (y si no me engaño, porque así lo dice San Atanasio,[1] fueron los primeros los griegos) atribuyeron a Neptuno la presidencia de las aguas (en especial de la mar), porque aunque lo era de todas, así de las nacidas de la tierra como de las engendradas en los aires, le constituyeron de las del mar, por razón de creer como gente marítima que de él procedían todas las llovedizas. Por esto le dieron por cetro imperial el tridente de tres puntas, por significar, entre otras cosas, tres efectos y diferencias de metheoros, de que el agua es madre: la primera es de las exhalaciones y vapores, que son materia de engendrarse vientos. La segunda, la de las exhalaciones, de que se engendran rocíos, escarchas, lluvias, nieves, granizos y piedra. La tercera es de las exhalaciones de que

[2] Statius. Ovid. Fastor. 6.

[1] Div. Athan. orat. contra Gent.

se engendran impresiones que tienen substancia inflamable, cuales son las cometas, relámpagos, rayos, incendios y otras formas de fuego que en el aire vemos. De manera que aunque a Neptuno le llamaban dios del mar, no sólo lo era de sus aguas, pero de todas las llovedizas. Y así San Isidoro,[2] dice que Neptuno es llamado aguas del universo mundo; y que es como decir *nube tonans,* que hace estruendo y ruido en las nubes. Pero si no me engaño le dieron aquel lugar por trono por su inmensidad, y tener creído que a dios tan grande, aquel anchuroso y grande lugar le convenía. Esto celebra Virgilio[3] en el primero de sus *Eneidos* con grande boato y majestad, fingiendo reprehender a los vientos que sin su acuerdo habían movido y conturbado sus aguas contra el desterrado y fugitivo Eneas. Este nombre de Neptuno, dios del mar, engendrado en Grecia, vino corriendo por otras naciones y llegó a Roma,[4] como fundada primeramente por el mismo Eneas (al menos de gente suya), y éste fue el dios del engaño, al cual ordenó celebrar fiestas Rómulo para robar las doncellas sabinas que dio a sus ciudadanos por mujeres, como lo dice Tito Livio;[5] y así fue Neptuno celebrado por dios de las aguas en todas partes.

En éstas, de las Indias Occidentales, fue llamado Tlaloc o Tlalocatecuhtli (como ya hemos dicho), al cual imaginaban poderoso y engendrador de las aguas; no le daban por lugar de su morada la mar, como los griegos, sino otro en la tierra, fingiendo ser muy agradable y deleitoso, muy fértil y colmado de frutas y frescuras. Decían que su situación y asiento era en un monte altísimo y grandísimo, en el cual se formaban y engendraban las aguas y lluvias; y debió de ser la razón ésta.

Dicen que este dios Tlaloc es el más antiguo que hubo en esta tierra, después que se pobló de las naciones que ahora la poseen; porque afirman que los aculhuas, que llegaron detrás de los chichimecas, le hallaron en el monte más alto de toda aquella serranía que hay de aquella parte de la ciudad de Tetzcuco; y que teniéndolo en poca estimación los dichos chichimecas, ellos lo comenzaron a reverenciar y adorar por dios de las aguas; y así se llama hoy día el dicho cerro Tlaloc (cosa muy sabida y conocida en esta tierra). Este ídolo estaba en la cumbre de esta sierra y era de piedra blanca liviana, a manera de la que llamamos pómez. Era su forma y hechura de hombre humano, sentado sobre una losa cuadrada y en la parte anterior de esta losa había un vaso a manera de barreñón o lebrillo bien proporcionado, labrado de piedra, en cuyo hueco podrían caber como seis cuartillos de agua. En este mortero o lebrillejo tenía una goma que llaman ulli, correosa y saltadora (como en otra parte hemos dicho) y estaba derretida a la manera que la pez cuando está en pan. Había en él de todas las semillas de que se mantienen estos naturales, así de maíz de todas colores, como de frijoles, calabazas y otras legumbres. Esta ofrenda que hallaron los primeros que vieron el ídolo fueron renovando cada año después de

[2] Dv. Isidor. lib. 8. Ethymol. cap. 9.
[3] Virg. lib. 1. Aeneid.
[4] Dixim. lib. 4. cap. 25. t. 1.
[5] Tit. Liv. lib. 1. ab urbe condita.

la cosecha, como en hacimiento de gracias de haberles dado aguas para coger los panes y las demás cosas del sustento y pasadía de la vida. Esta mala figura miraba hacia la parte del oriente, de manera que cogía de cara las provincias de Tlaxcalla, Huexotzinco y Cholulla, por caerle a las espaldas de estas sierras, en cuyas vertientes y casi laderas está situada la ciudad de Tetzcuco.

De la antigüedad de este ídolo se averiguó ser de tiempo de los tultecas, primeros moradores de estos reinos y destruidos ya (como en otra parte se ha dicho),[6] al cual tuvieron siempre en mucha reverencia y veneración, después mucho tiempo. Reinando en Tetzcuco Nezahualpiltzintli, quiso hacer otro de más majestad y autoridad para ponerle en lugar de éste; y mandólo esculpir de una piedra negra y muy dura, para su mayor duración y permanencia; y quitando el antiguo constituyó su nuevo dios en el mismo lugar, pero aquel mismo año cayó un rayo y lo hizo pedazos, lo cual admiró a los aculhuas; y creyendo que no era la voluntad de Tlaloc que se mudase su antigua imagen, volvieron la primera a su lugar y estotra pusieron donde habían arrojado esotra. Y esto hicieron con grandísimos temores de no ser castigados por el trueque. A este ídolo parece haberle quebrado un brazo cuando le trocaron, el cual le soldaron y pegaron con tres clavos gruesos de oro; y después que fue introducida la fe en estas partes, bajaron esta diabólica piedra en tiempo del primer obispo Zumárraga, y quebrándola en su presencia le quitaron estos tres clavos dichos. Fue muy estimado este falso dios, y por esta causa el señor y rey de Tetzcuco, Nezahualcoyot, padre del sobredicho Nezahualpilli, le hizo su imagen muy grande y sumptuosa y puso en el templo mayor de su ciudad con las de sus dos dioses mayores, que eran Huitzilupuchtli y Tlacahuepan.

Tenían también creído que todos los montes eminentes y sierras altas participaban de esta condición y parte de divinidad, por lo cual fingieron haber en cada lugar de éstos un dios menor que Tlaloc y sujeto a él, por cuyo mandato hacía engendrar nubes, y que se deshiciesen en agua por aquellas provincias que aquel lugar y sierra aguardaban. Por esta razón acostumbraban venir todos los moradores de aquellas partes que participaban de esta agua y lluvia a este lugar, donde veían que se engendraban las nubes, a adorar aquel dios que creían presidir en él, por mandamiento de Tlaloc; y de estos lugares hay muchos en esta Nueva España, de los cuales, es uno el que ahora se llama San Juan Tianhuizmanalco, cuasi a las faldas del volcán de Mexico, a la parte de el oriente, una legua de la villa de Carrión y valle de Atrisco. Otro es en la falda de la sierra de Tlaxcalla, que mira al poniente, llamada ahora Santa Anna Chiauhtempan.

Esta sierra fue en el tiempo de su gentilidad de grandísima veneración, y en ella adoraban a la diosa Chalchihuitlycue, aunque los tlaxcaltecas la llamaron Matlalcueye, que quiere decir vestida o ceñida de un faldellin, o naguas azules, de color de la flor matlalin; tiene dos leguas de subida y está cercada de montaña toda de pinos y encinas, hasta más de la mitad; luego descubre el cuello pelado de montaña, aunque muy herboso; y en lo

[6] Tomo I. lib. I. cap. 14.

alto hace a manera de cabeza pelada o peñascosa, y llámase de esta manera porque la montaña que la ciñe y rodea hace visos azules de lejos a los que la miran y los más de los años toma nieve, la cual en pocas sierras de esta Nueva España se causa por ser muy templada. Es esta sierra redonda y bojea más de quince leguas; por esta causa y por armarse en ella todos los aguaceros que riegan a Tlaxcalla y sus comarcas la tuvieron por lugar sagrado, y a Chalchihuitlycue o Matlalcueye por diosa de ella y por la misma razón tenían aquí los indios grande adoración e idolatría; a la cual venía toda la gente de sus alderredores a pedir agua, cuando alguna vez les faltaba, ofreciendo grandes ofrendas y sacrificios. Llamaron a esta diosa Matlalcueye, que quiere decir encamisada de azul, porque pintan estos indios al agua azul, y así la denominan de el color de ella, por esto decían a ésta y al dios Tlaloc señores del agua; pero en Tetzcuco y Mexico era muy honrado Tlaloc; y en Tlaxcalla, Matlalcueye.

Otro lugar hay cerca de esta ciudad de Mexico que ahora se llama Nuestra Señora de Guadalupe, y otro junto al pueblo de Tepepulco, llamado Tepepul, de el cual se denomina el pueblo; y otra sierra muy alta, que está en el valle de Tolucan, en cuya cumbre está un lago grande de aguas frigidísimas; y por ser sierra sola y apartada y estar tan subida y empinada hacen gran maravilla sus aguas a los que las consideran, sin saber de dónde tienen origen ni cebo; y creo, que si en el mundo hay algún lugar donde el aire se convierte en agua inmediatamente, es en éste, por su mucha altura y no tener lugares convecinos de donde pueda tenerla comunicada; no cría cosa ninguna por su mucha frialdad; es muy clara y mucho más quieta, sin hacer movimiento ninguno.

A estos lugares venían muchas gentes a ofrecer sacrificios al dios Tlaloc y a los demás dioses sus compañeros, como a los que creían que les hacían este bien y merced de dar las aguas para el reparo y socorro de sus necesidades. A este Tlaloc llamaban estos indios abundador de la tierra y patrón de buenos temporales; su figura era de hombre y su cara de disformísimo monstruo, significando en esto los varios efectos que se producen de las aguas; era su imagen de color pardo, que significaba la de las nubes; en su mano derecha tenía una hoja de oro batido, larga y volteada en lo alto, ancha, y remataba en punta aguda, que era significación del relámpago que culebrea por los aires y del rayo que despide. De manera que los antiguos dieron el tridente a Neptuno, que significaba los efectos de las exhalaciones, y los indios a Tlalocatecuhtli esta hoja de oro, que tiene la misma significación.

No paró el error humano en contentarse con este dios aqueo o de las aguas, sino que llegó el desatino a darle mujer, y no sólo mujer, sino mujeres, de lo cual mofa San Agustín,[7] y ríe grandemente el desconcierto y locura de estos inventores de dioses casados; y así, en el libro séptimo de la *Ciudad de Dios,* hace mención de dos mujeres de Neptuno, llamada la una Salacia, y la otra Venilia. Salacia, según algunos, es la onda de las aguas,

[7] Div. Aug. lib. 7. de Civit. Dei cap. 22.

cuando se mueven; y según San Agustín, en el lugar citado, Venilia es la onda cuando viene a hacer golpe en las arenas y playa; y Salacia cuando estas mismas aguas se vuelven hacia dentro a disponer para levantar otra ola; de manera que a las olas de las aguas, según vienen y van, llamaron mujeres de Neptuno y dieron nombre de diosas, como si aquellos movimientos que son de las aguas no fueran naturales, por ser elemento fluido y ralo, y batir en ellas el aire que las mueve.

Otros indios tuvieren otra diosa, llamada Chalchihuitlycue, y entre otros nombres de efectos que le daban, era uno Apozonallotl o Acuecueyotl, que quiere decir, la onda y hinchazón de las aguas, que es lo mismo que Venilia; pero la diferencia de las unas naciones a las otras, en la estimación de estas diosas, es que, como estos indios no sintieron tan groseramente de la divinidad que hubiesen de tratar casamientos en dioses y diosas, no la hicieron mujer de Tlaloc, sino compañera suya. Otros muchos nombres dieron estos indios a esta diosa, pero el de Chalchihuitlycue era el más común y usado, que quiere decir, nahuas o faldellín de las aguas, entre verdes y azules, por los visos que hacen azules y verdes, los cuales visos parece que ciñe aquel movimiento y tumbo que hace la ola; y por esto la llamaron faldellín de las aguas entre verdes y azules. Que sea esto así se prueba porque la ciudad de Tlaxcalla es llamada Chalchiuhapan, por una fuentecilla pequeña que tiene detrás las casas reales, o como otros dicen, dentro del cercado de la huerta de el convento de los frailes menores, que tienen la doctrina de la dicha ciudad a su cargo, cuyas aguas hacen visos verdes y azules, a manera de unas piedras que llaman estos indios chalchihuites, de donde se denomina la fuente y el pueblo del lugar de aquellas aguas. Este nombre no es común, pero úsanlo los naturales en especial para nombrar aquel lugar y asiento de fuente.

A esta diosa tenían en grande reverencia y la edificaban templos por el temor grande que le tenían, por razón de los muchos que morían ahogados y desastradamente en las aguas. Llamabanla Atlacamani, como quien dice, tempestuosa y alborotadora, y Ahuic y Ayauh, porque se mueve a diversas partes, y Xixiquipilihui, porque sus olas suben y bajan y hacen diversos movimientos. Si hubiéramos de seguir el parecer antiguo en todos estos nombres, que son efectos de las aguas, dijéramos ser todos ellos diosas distintas, y siguiéramos un error muy conocido; pero que mucho que el ciego caiga, si no lleva guía, ni que el gentil yerre, falto de dios y de su conocimiento.

A Neptuno dieron los antiguos muchos dioses que le acompañasen, y ninfas y tritones;[8] a Tlaloc, los indios le dieron otros muchos por compañeros. Estacio[9] le dio a Neptuno los recios vientos que le acompañasen, con los cuales mueve sus ondas y hace en el mar las tormentas, según lo que, en su primero *Eneido*, dice Virgilio, cuando por petición de Juno, Aeolo los soltó de las cavernas y cuevas de los montes y metió en el mar con-

[8] Virgil. lib. 5. Aeneid.
[9] Statius Achillei. lib. 5.

tra Eneas. Estos indios le daban al dios Tlaloc, por su embajador, al dios Quetzalcohuatl; y era la causa, porque algunos días o meses, antes que comiencen las aguas, comienzan unos vientos recios que duran hasta que ellas comienzan y es ordinariamente por cuaresma. Y con esto queda suficientemente probado ser el mismo demonio el uno que el otro, Neptuno Tlaloc y Tlaloc Neptuno; pero la diferencia está, en que Neptuno fue hombre nacido de mujer y engendrado de hombre, como por historia verdadera tienen muchos historiadores, en especial Lactancio Firmiano,[10] que trata de su padre Saturno, y Eusebio;[11] pero Tlaloc fue dios imaginario de estos indios, que aun en esto parece que pudieron ser éstos notados de mas juicio, pues ya que erraron fue menor su yerro, por cuanto la verdadera divinidad es incorpórea, y los que la ponen en quimeras o cosas espirituales, que no sea Dios verdadero, ya que mienten y van descaminados, no tanto como los ciegos y locos que la ponen en los hombres mortales como ellos y tan pecadores como ellos.

CAPÍTULO XXIV. *Del dios Quetzalcohuatl, el cual tuvieron estas gentes indianas por dios del aire, y se dicen muchas cosas que le atribuyeron*



UETZALCOHUATL QUIERE DECIR PLUMAJE DE CULEBRA o culebra que tiene plumaje, y estas culebras, cuyo nombre dieron estos indios a este su dios, se crían en la provincia de Xicalanco, que está en la entrada del reino de Yucatán, yendo de la de Tabasco. Este dios Quetzalcohuatl fue muy celebrado de los de la ciudad de Cholulla y tenido en aquel lugar por el mayor de todos. Este Quetzalcohuatl, según historias verdaderas, fue gran sacerdote en la ciudad de Tula, que de allí fue a Cholulla, y no como dice el obispo fray Bartolomé de las Casas, en su *Apología,* escrita de mano, de Yucatán, aunque fue allá, como después diremos. Dicen de él que era hombre blanco, crecido de cuerpo, ancha la frente, los ojos grandes, los cabellos largos y negros, la barba grande y redonda. Este Quetzalcohuatl dicen los naturales que era grande artista y muy ingenioso, y que les enseñó muchas de las artes mecánicas, en especial el arte de labrar piedras preciosas, que son chalchihuites, que son unas piedras verdes, que estimaban en mucho precio; también para fundir plata y oro y hacer otras cosas, que como le vieron los indios de tan grande ingenio, le tuvieron en grande estimación y lo reverenciaban como a rey en aquella ciudad; y así fue, que aunque en lo temporal era el que gobernaba un señor llamado Huemac, en lo espiritual y eclesiástico este Quetzalcohuatl era supremo y como pontífice máximo.

Fingen los que mucho quieren engrandecer a este su dios, que tenía unos

[10] Lactan. de Institu. lib. 1. cap. 15.
[11] Euseb. de Preparat. Evang. lib. 2. cap. 19.

tra Eneas. Estos indios le daban al dios Tlaloc, por su embajador, al dios Quetzalcohuatl; y era la causa, porque algunos días o meses, antes que comiencen las aguas, comienzan unos vientos recios que duran hasta que ellas comienzan y es ordinariamente por cuaresma. Y con esto queda suficientemente probado ser el mismo demonio el uno que el otro, Neptuno Tlaloc y Tlaloc Neptuno; pero la diferencia está, en que Neptuno fue hombre nacido de mujer y engendrado de hombre, como por historia verdadera tienen muchos historiadores, en especial Lactancio Firmiano,[10] que trata de su padre Saturno, y Eusebio;[11] pero Tlaloc fue dios imaginario de estos indios, que aun en esto parece que pudieron ser éstos notados de mas juicio, pues ya que erraron fue menor su yerro, por cuanto la verdadera divinidad es incorpórea, y los que la ponen en quimeras o cosas espirituales, que no sea Dios verdadero, ya que mienten y van descaminados, no tanto como los ciegos y locos que la ponen en los hombres mortales como ellos y tan pecadores como ellos.

CAPÍTULO XXIV. *Del dios Quetzalcohuatl, el cual tuvieron estas gentes indianas por dios del aire, y se dicen muchas cosas que le atribuyeron*



UETZALCOHUATL QUIERE DECIR PLUMAJE DE CULEBRA o culebra que tiene plumaje, y estas culebras, cuyo nombre dieron estos indios a este su dios, se crían en la provincia de Xicalanco, que está en la entrada del reino de Yucatán, yendo de la de Tabasco. Este dios Quetzalcohuatl fue muy celebrado de los de la ciudad de Cholulla y tenido en aquel lugar por el mayor de todos. Este Quetzalcohuatl, según historias verdaderas, fue gran sacerdote en la ciudad de Tula, que de allí fue a Cholulla, y no como dice el obispo fray Bartolomé de las Casas, en su *Apología,* escrita de mano, de Yucatán, aunque fue allá, como después diremos. Dicen de él que era hombre blanco, crecido de cuerpo, ancha la frente, los ojos grandes, los cabellos largos y negros, la barba grande y redonda. Este Quetzalcohuatl dicen los naturales que era grande artista y muy ingenioso, y que les enseñó muchas de las artes mecánicas, en especial el arte de labrar piedras preciosas, que son chalchihuites, que son unas piedras verdes, que estimaban en mucho precio; también para fundir plata y oro y hacer otras cosas, que como le vieron los indios de tan grande ingenio, le tuvieron en grande estimación y lo reverenciaban como a rey en aquella ciudad; y así fue, que aunque en lo temporal era el que gobernaba un señor llamado Huemac, en lo espiritual y eclesiástico este Quetzalcohuatl era supremo y como pontífice máximo.

Fingen los que mucho quieren engrandecer a este su dios, que tenía unos

[10] Lactan. de Institu. lib. 1. cap. 15.
[11] Euseb. de Preparat. Evang. lib. 2. cap. 19.

palacios hechos de piedras verdes, como esmeraldas; otros hechos de plata, otros de conchas coloradas y blancas, otros de todo género de madera, otros de turquesas, otros de plumas preciosas y ricas. Dicen también haber sido muy rico y que le sobraba todo cuanto había menester. Dicen que sus vasallos le eran muy obedientes y que eran muy ligeros, que se llamaban Tlanquacemilhuique; y que cuando querían hacer algún llamamiento en el reino y dar aviso de alguna cosa que Quetzalcohuatl mandaba, se subía el pregonero en una sierra alta, que está junto de la ciudad de Tulla, llamada Tzatzitepec, donde a grandes voces pregonaba lo que Quetzalcohuatl ordenaba y mandaba; y que estas voces se oían por espacio de cien leguas y más, hasta las costas de la mar, y esto afirman por verdad; y refiriendo esto el padre fray Bernardino de Sahagún, dice que estando en la ciudad de Xuchimilco oyó una noche a deshora una voz semejante y que le pareció que era voz que pasaba todos los términos y límites humanos; y que preguntando otro día, de mañana, ¿que qué voz era aquélla tan grande?, le respondieron los indios, que de la tecpan o comunidad llamaban a los macehuales para que fuesen a trabajar a los maizales. Si es verdad que esta voz se oía de tan lejos, ya se ve que no podía ser humana, sino con arte e invención del demonio, que la dilataba o fingía en aquellas partes donde los llamamientos se hacían y cosas se mandaban; y puede creerse esto por verdad y por cosa que así pasaría, pues este engañador, así como en otras cosas los engañaba, también los traería engañados en esto. Dicen que en aquellos tiempos que él los señoreaba, era abundantísimo el maíz y las calabazas grandes de una braza y muy gruesas, y que subían por ellas como por árboles las mazorcas de el maíz, tan grandes y gruesas, que sola una era bastante carga de una persona, y todas las otras semillas eran abundantísimas y muy crecidas. Que sembraban y cogían algodón de todos colores, blanco, colorado, encarnado, amarillo y otras muchas y varias colores; y que en el mismo pueblo de Tula, se criaban muchas y diversas especies de pájaros, como son xiuhtototl, quetzaltototl, zaquan, tlauhquechol y otras muchas aves, que cantaban dulce y suavemente; había árboles de cacao de todo género, que sus vasallos eran muy ricos y que no les faltaba nada, y que no padecían hambre, ni mengua alguna; que Quetzalcohuatl hacía penitencia, punzando sus piernas y sacándose sangre con que ensangrentaba las puntas del maguey, y se lavaba a media noche en una fuente que se llamaba Xiuhpacoya; y de él dicen que tomaron esta costumbre los sacerdotes y ministros de los ídolos mexicanos.

Estando pues Quetzalcohuatl con esta pompa y majestad, gozando de su buena fortuna,[1] dicen los indios que un grande mágico, llamado Titlacahua (que es nombre de otro dios, como dejamos dicho), fue a Tula, y que tomando forma y figura de viejo, entró a ver a Quetzalcohuatl y, saludándose los dos, el viejo fingido dijo: señor, porque sé vuestros intentos y cuanto deseáis cierta partida a tierras apartadas de éstas, y también porque supe de vuestros criados que andáis indispuesto y falto de salud, os he traído cierta bebida, que bebiéndola conseguiréis el fin de vuestros intentos,

[1] V. Tomo I. cap. 13 y cap. 15. lib. 4.

que será ir a los reinos que deseáis y tener salud cumplida para poder hacer esta jornada, y juntamente no se os acordará de las fatigas y trabajos de la vida, y de cómo sois mortal. Viendo Quetzalcohuatl descubiertos sus intentos por este fingido viejo le preguntó, ¿que dónde había de ir?, a lo cual Titlacahua le respondió: que estaba ya determinado por los supremos dioses, que había de ir a los reinos de Tlapalla y que esto era inevitable, porque estaba allá otro viejo que le estaba aguardando. Como oyó esto Quetzalcohuatl dijo que era así, que lo deseaba mucho, y que si la jornada se había de hacer por aquel medio, que fuese muy en hora buena; y tomando el vaso en la mano bebió el licor que en él venía. La causa de persuadirse este Quetzalcohuatl tan fácilmente a lo que Titlacahua le decía, fue desear sumamente hacerse inmortal y gozar la vida perpetuamente, y para este fin hacía todas las diligencias imaginables. Esto corrió muy en general entre estos mexicanos, como lo testifica el padre Sahagún; y por esta causa se persuadió fácilmente Motecuhzuma a que sería él, cuando supo la llegada de los españoles a la costa, como decimos en su libro.[2] Y creía en esta ocasión, este Quetzalcohuatl, que este viejo le había de dar certidumbre de este negocio. Después de haber bebido este brebaje, quedó Quetzalcohuatl fuera de sí y sin juicio y comenzó a llorar triste y amargamente; y luego se le movió el corazón y se determinó a ir a aquella parte que se llamaba Tlapallan. Con esta determinación que ya tenía (con el embuste y encanto del nigromántico) hizo quemar todas las cosas que tenía hechas de plata y conchas y enterró otras cosas preciosas dentro de las sierras y barrancas de los ríos; y como era nigromántico, convirtió los árboles de cacao en otros que no lo eran, que se llaman mizquitl; y mandó a todas las especies de aves, que allí le solazaban y daban placer, que se fuesen delante hasta la tierra de Anahuac, que dista más de cien leguas de Tula; y luego Quetzalcohuatl se puso en camino, dejando su ciudad, perseguido de este nigromántico y hechicero que le había vencido; y llegando a un lugar que se llama Quauhtitlan, estaba allí un árbol grande, grueso y muy crecido, y arrimándose a él pidió a uno de sus pajes un espejo, y mirándose en él vídose más viejo de lo que antes era y dijo: ya estoy viejo, y por esto se nombró, desde entonces, aquel lugar Huehuequauhtitlan, que quiere decir junto al árbol viejo, o de el viejo; y tomando piedras apedreó el árbol, y todas las metía dentro del tronco, que permanecieron así por muchísimos años. Pasó de este lugar y por todo el camino que iba le iban tañendo flautas y otros instrumentos muchas de las gentes que llevaba. Llegó a otro, que es un cerro junto del pueblo de Tlalnepantla, dos leguas de esta ciudad de Mexico, donde se sentó en una piedra y puso las manos en ella y las dejó estampadas, que hasta el día de hoy se ven las señales de todo en ella; y tienen por cosa muy averiguada los moradores convecinos de este lugar haberlas hecho Quetzalcohuatl, y yo lo he preguntado, con particular inquisición, y así me lo han certificado, demás de tenerlo escrito con mucha puntualidad de muy fidedignos autores; y así se llamó entonces

[2] Tomo 1. lib. 4. cap. 14 y 15.

aquel lugar, y se llama de presente Temacpalco, que quiere decir en la palma de la mano.

Yendo, pues, Quetzalcohuatl su jornada camino de la costa para el reino de Tlapalla, hízose encontradizo con él el nigromántico Titlacahua con otros dos que también habían sido en el embuste de Tula (con otros muchos que hicieron para destruir aquella ciudad, como en otro lugar decimos)[3] sólo a fin de estorbarle el viaje e impedirle la jornada; y preguntándole ¿que dónde iba?, le respondió, que a Tlapalla. Y dijéronle ¿pues a quién dejáis encomendado el reino de Tula, y quién hara penitencia en él? A esto respondió, que ya no estaba esto a su cuidado, porque le cumplía ir en seguimiento de su camino; y preguntándole ¿a qué iba a aquellas tierras?, respondió, que habían venido a llamarle de parte del señor de ellas, que era el sol. Esta fábula o embuste corrió muy en general entre estos indios mexicanos; y dice el padre fray Bernardino de Sahagún, que en la ciudad de Xuchimilco le preguntaron algunos indios, ¿que dónde era Tlapallan?, y que les respondió, que no sabía, ni tampoco entendió el intento de la pregunta, porque aún no sabía estas cosas, porque fue cincuenta años antes que lo escribiera, que vino a ser a muy pocos años después de su conversión y entrada del evangelio en estas tierras; y dice más: que entonces ellos andaban dando tientos para ver si nosotros los religiosos y españoles sabíamos algo de aquellas antiguallas que ellos tenían.

Viendo pues los hechiceros la determinación y engaño a que se había persuadido Quetzalcohuatl, no hicieron más instancia en detenerle, pero obligáronle a que dejase los instrumentos que consigo llevaba de todas las artes mecánicas y algunos oficiales de ellas, para que ya que se iba no faltasen estas cosas en esta indiana república; y luego Quetzalcohuatl echó en una fuente todas las joyas ricas que llevaba consigo, y desde entonces se llamó aquella fuente Cozcaapan, que quiere decir agua de sartales o cadenas preciosas, y ahora se llama Coaapan, que quiere decir en el agua de la culebra; y debió de ser, porque este hombre se llamaba Quetzalcohuatl, que quiere decir culebra emplumajada. De esta manera fue caminando, sufriendo algunas molestias de estos encantadores sus enemigos, hasta llegar a Cholulla, donde fue recibido (como en otra parte decimos)[4] y después adorado por dios. Aquí estuvo mucho tiempo, y después que fue echado de aquí quedó tan viva su memoria que le adoraron por dios, y esto por tres razones, la primera, porque les enseñó el oficio de la platería, el cual nunca hasta entonces se había sabido ni visto en aquella tierra, de lo cual todos se precian o se preciaban en esta tierra los vecinos de esta dicha ciudad. La segunda, porque nunca quiso ni admitió sacrificios de sangre de hombres muertos, ni animales, sino solamente de pan y rosas y flores y perfumes y otros olores. La tercera, porque vedaba y prohibía con mucha eficacia las guerras, robos y muertes y otros daños que se hiciesen unos a otros. Dicen que cuando quiera que nombraban delante de él muertes o

[3] Tomo I. lib. 1. cap. 14.
[4] Tomo I. lib. 3. cap. 7.

guerras, o otros males tocantes a daños de los hombres, volvía la cara a otra parte y se tapaba los oídos por no verlos ni oírlos. También se alaba en él que fue castísimo y honestísimo y en muchas otras cosas muy moderado.

Era en tanta reverencia y devoción tenido este dios y tan visitado y reverenciado con votos y peregrinaciones en todos estos reinos, por sus prerrogativas, que aun los mismos enemigos de la ciudad de Cholulla prometían venir en romería a cumplir sus promesas y devociones y venían seguros; y los señores de las otras provincias o ciudades tenían allí sus capillas y oratorios y sus ídolos o simulacros, y sólo éste entre todos los otros dioses se llamaba en aquella ciudad señor por excelencia. De manera que cuando juraban o decían por nuestro señor, se entendía por Quetzalcohuatl y no por otro alguno, aunque había otros muchos que eran dioses muy estimados; todo esto por el amor grande que le tuvieron y tenían por estas tres razones dichas; y la que es muy verdadera y general es porque a la verdad, el señorío de este Quetzalcohuatl fue suave y no les pidió en servicio sino cosas ligeras y no penosas y les enseñó las que eran virtuosas, prohibiéndoles las malas, nocivas y dañosas, enseñándoles también a aborrecerlas.

De esto parece (y parecerá más claro abajo) que los indios que hacían y hacen sacrificios de hombres, no eran ni son de voluntad, sino por miedo grande que tienen al demonio, por las amenazas que les hacía, que los había de destruir y dar malos temporales y muchos infortunios si no cumplían con él el culto y servicio que por tributo y señal de su señorío le debían, por el derecho que tantos años atrás sobre aquestas gentes ha pretendido tener adquirido. Afirman haber estado con ellos veinte años cumplidos, después de los cuales se fue siguiendo su camino a los reinos de Tlapallan, llevándose consigo cuatro mancebos principales y virtuosos de la misma ciudad, y desde Coatzacualco, provincia distante de esta ciudad ciento y cincuenta leguas hacia la mar, los tornó a enviar; y entre otras doctrinas que les dio, fue que dijesen a los moradores de la ciudad de Cholulla que tuviesen por cierto que en los tiempos venideros habían de venir por la mar, de hacia donde sale el sol, unos hombres blancos, con barbas blancas como él y que serían señores de estas tierras, y que aquéllos eran sus hermanos; y así estos indios siempre esperaron que se había de cumplir aquella profecía, y cuando vieron a los cristianos luego los llamaron dioses (como en su lugar decimos),[5] hijos y hermanos de Quetzalcohuatl; aunque después que conocieron y experimentaron sus obras, no los tuvieron por celestiales, porque en aquella ciudad fue señalada (y no otra hasta entonces igual en las indias, y por ventura, ni en mucha parte del mundo) la matanza que los españoles hicieron.

Otros dicen que siempre creyeron los de Cholulla que había de volver a gobernarlos y consolarlos; y que cuando vieron venir los navíos de los españoles, decían que ya tornaba su dios Quetzalcohuatl, y que traía por la mar los templos en que había de morar; mas cuando desembarcaron

[5] Tomo I. lib. 4. cap. 13 y cap. 17. y 21.

dijeron, muchos dioses son éstos, no es nuestro dios Quetzalcohuatl. Aquellos cuatro discípulos que tornó a enviar Quetzalcohuatl del camino, los recibieron los de la ciudad luego por señores, dividiendo todo el señorío de ella en cuatro tetrarchías o principados, cada uno de los cuales tenía la cuarta parte de el señorío de aquella provincia, habiéndose regido hasta entonces con gobierno político y no real.

Éste era el dios del aire y tenía su templo en forma redonda y era muy sumptuoso. Los antiguos hicieron diosa del aire a Juno, por ser hermana de Júpiter; y a éste dice Cicerón,[6] que dieron el gobierno del cielo, según lo platicaron Ennio[7] y Eurípides,[8] y a Juno le dieron el aire, por la semejanza y cercanía del lugar; porque así como son personas muy conjuntas dos hermanos, por estar el uno al otro muy vecino, sin que haya sangre ni grado mayor de por medio (por ser entrambos nacidos de un tronco), así lo están el cielo y el aire (aunque media el fuego) y atribúyese a mujer por su blandura y delicadeza. Éstas son palabras de Cicerón.[9] Por esto mismo los indios aplicaron a Quetzalcohuatl el aire, por la blandura y suavidad de condición que tenía para con todos, no queriendo las cosas ásperas y desabridas que otros estimaban y apetecían. De manera que el dios del aire, que entre estos indios era Quetzalcohuatl, lo fue entre los antiguos gentiles Juno, y quien miente en lo esencial, que es atribuir a las criaturas la deidad que no tienen, no es mucho que mienta en lo acesorio, haciéndolo mujer o hombre, que ni el uno ni el otro fueron dioses ni tuvieron poder en el aire, como confesamos del verdadero Dios nuestro y en su hijo Jesucristo, el cual en cierta borrasca de mar que hubo, donde iba en un barquillo navegando con sus discípulos, en cierta ocasión le mandó cesar y que la tormenta parase, y así se cumplió e hizo.[10]

Hemos de advertir que fue este Quetzalcohuatl muy amigo de la cultura y ceremonias de la adoración de los ídolos, y él mismo ordenó muchos ritos y ceremonias y fiestas de los dioses; y tiénese por cierto que éste hizo el calendario. Tenía sacerdotes que se llamaban quequetzalcohua, que quiere decir los religiosos y sacerdotes de la orden de Quetzalcohuatl. Dejo mucha memoria de sí entre estas gentes; y dicen que las mujeres que eran estériles y mañeras, haciendo ofrendas y sacrificios a este dios, luego se hacían preñadas. Era (como decimos) dios de los vientos, porque le atribuían el poder mandar a los vientos que ventasen o dejasen de ventar. También decían que este Quetzalcohuatl barría los caminos, para que viniesen a llover los dioses tlaloques; esto imaginaban, porque ordinariamente un mes o más antes que comiencen las aguas hace recios vientos en toda esta Nueva España. Dicen de este dios Quetzalcohuatl que, viviendo en esta vida mortal, vestía de vestiduras largas hasta los pies, por honestidad, con una manta encima sembrada de cruces coloradas. Tenían ciertas piedras verdes suyas con grande veneración estos de esta ciudad, y con grande

[6] Cicer. in Orat. Pro Resci. Virgil. Geor. 4.
[7] Enius Annal. lib. 1.
[8] Eurip. in Cyclope.
[9] De Nat. Deorum li. 2.
[10] Luc. 8, 73. et seq.

veneración las guardaban y estimaban como reliquias, y la una de ellas tenía semejanza de cabeza de mona, muy sacada al natural. En la ciudad de Tula tenía un templo muy sumptuoso y grande, con muchas gradas y tan angostas, que no cabía un pie en ellas. Su imagen tenía la cara muy fea y la cabeza larga y muy barbado; teníanla echada y no en pie y cubierta de mantas, y dicen que lo hicieron en memoria de que otra vez había de volver a reinar, y en reverencia de su mucha majestad debían de tener cubierta su figura; y el tenerla echada debió de significar su ausencia, como el que duerme, que se acuesta para dormir y que en despertando de aquel sueño de ausencia se levantaría a reinar. Los de Yucatán veneraron y reverenciaron a este dios Quetzalcohuatl y le llamaron Kukulcan; y decían haber llegado allí de las partes del poniente (que es de estas partes, porque respecto de ellas, está Yucatán al oriente). Decían de éste, que descendían de él los reyes de Yucatán, que llamaron cocomes, que significa oidores.

CAPÍTULO XXV. *De la diosa Centeutl, por otro nombre Tonacayohua, dicha de los antiguos Ceres*



ENÍAN ESTAS GENTES INDIANAS UNA DIOSA que se llamaba Centeutl, que quiere decir diosa del centli, que es la mazorca de maíz o trigo de estas Indias, la cual se llamaba también Tonacayohua, que quiere decir de los panes y mieses, que es la misma que Ceres, tan celebrada de los antiguos. A esta diosa tenían en grandísima reverencia y veneración, en especial los de la provincia de los totonacas y la obedecían en todo. Dicen que de ordinario hablaba la imagen de esta diosa con sus quacuiles o sacerdotes sumos (como en otra parte decimos); viénele muy bien el nombre con el efecto a esta Ceres indiana, porque como decimos, se llama Tonacayohua, que quiere decir la sustentadora de nuestra carne, que propiamente querrá decir, la que sustentando el cuerpo con mantenimiento, le sustenta también en la vida, porque el manjar es causa de la conservación de la vida; esto mismo significa Ceres, porque según San Isidoro,[1] es tanto como decir: *quasi creans res,* engendradora de una cosa; y es así, que engendra substancia en el cuerpo y quiere decir que Ceres cría todas las cosas; y es así, porque entendiéndose por la tierra (como se entiende ella) es la que hace fructificar todas las plantas y semillas; y según Tulio,[2] *quasi gerens,* quiere decir Ceres se llama, porque todas las cosas engendra; y San Fulgencio,[3] dice que Ceres significa contento o gozo; y por esto la hacían diosa del trigo, porque donde hay abundancia de frutos tienen contento; de manera que todas las naciones han reconocido a esta diosa y la han atribuido los panes. Y la causa de tenerla en tan grande estimación y de serlos muy devotos y servidores era porque no quería reci-

[1] Lib. 8. Ethymol. de Diis. Gent.
[2] Lib. 2. de Nat. Deorum.
[3] Fulgent. Mythol.

veneración las guardaban y estimaban como reliquias, y la una de ellas tenía semejanza de cabeza de mona, muy sacada al natural. En la ciudad de Tula tenía un templo muy sumptuoso y grande, con muchas gradas y tan angostas, que no cabía un pie en ellas. Su imagen tenía la cara muy fea y la cabeza larga y muy barbado; teníanla echada y no en pie y cubierta de mantas, y dicen que lo hicieron en memoria de que otra vez había de volver a reinar, y en reverencia de su mucha majestad debían de tener cubierta su figura; y el tenerla echada debió de significar su ausencia, como el que duerme, que se acuesta para dormir y que en despertando de aquel sueño de ausencia se levantaría a reinar. Los de Yucatán veneraron y reverenciaron a este dios Quetzalcohuatl y le llamaron Kukulcan; y decían haber llegado allí de las partes del poniente (que es de estas partes, porque respecto de ellas, está Yucatán al oriente). Decían de éste, que descendían de él los reyes de Yucatán, que llamaron cocomes, que significa oidores.

CAPÍTULO XXV. *De la diosa Centeutl, por otro nombre Tonacayohua, dicha de los antiguos Ceres*



ENÍAN ESTAS GENTES INDIANAS UNA DIOSA que se llamaba Centeutl, que quiere decir diosa del centli, que es la mazorca de maíz o trigo de estas Indias, la cual se llamaba también Tonacayohua, que quiere decir de los panes y mieses, que es la misma que Ceres, tan celebrada de los antiguos. A esta diosa tenían en grandísima reverencia y veneración, en especial los de la provincia de los totonacas y la obedecían en todo. Dicen que de ordinario hablaba la imagen de esta diosa con sus quacuiles o sacerdotes sumos (como en otra parte decimos); viénele muy bien el nombre con el efecto a esta Ceres indiana, porque como decimos, se llama Tonacayohua, que quiere decir la sustentadora de nuestra carne, que propiamente querrá decir, la que sustentando el cuerpo con mantenimiento, le sustenta también en la vida, porque el manjar es causa de la conservación de la vida; esto mismo significa Ceres, porque según San Isidoro,[1] es tanto como decir: *quasi creans res,* engendradora de una cosa; y es así, que engendra substancia en el cuerpo y quiere decir que Ceres cría todas las cosas; y es así, porque entendiéndose por la tierra (como se entiende ella) es la que hace fructificar todas las plantas y semillas; y según Tulio,[2] *quasi gerens,* quiere decir Ceres se llama, porque todas las cosas engendra; y San Fulgencio,[3] dice que Ceres significa contento o gozo; y por esto la hacían diosa del trigo, porque donde hay abundancia de frutos tienen contento; de manera que todas las naciones han reconocido a esta diosa y la han atribuido los panes. Y la causa de tenerla en tan grande estimación y de serlos muy devotos y servidores era porque no quería reci-

[1] Lib. 8. Ethymol. de Diis. Gent.
[2] Lib. 2. de Nat. Deorum.
[3] Fulgent. Mythol.

bir sacrificios de muertes de hombres, antes los aborrecía y prohibía. Los sacrificios que ella amaba y de que se agradaba y se los pedía y mandaba ofrecer eran tórtolas, pájaros, conejos, yerbas y flores; y teníanla por abogada delante del gran dios, porque les decía que le hablaba y abogaba por ellos. Tenían grande esperanza en ella, que por su intercesión les había de librar de aquella dura servidumbre que los otros dioses les pedían de sacrificarles hombres, porque lo tenían por gran tormento; y solamente lo hacían por el gran temor que tenían al demonio, por las amenazas que les hacía y daños que de él recibían, no obedeciéndolo en esto.

A esta diosa miraban con suma reverencia, y sus respuestas tenían como oráculo divino, y más que otros señalados los sacerdotes de su culto y servicio, como ya hemos dicho en otra parte; y que esta diosa no quisiese sacrificios de hombres, no sé qué sea, ni tampoco lo entiendo, porque esto de querer unos, uno y otros, otro, son para mí adivinanzas, porque de la condición del demonio sabemos que apetece la perdición del hombre; y así mostraba este apetito en las ocasiones que persuadía el sacrificio de hombres, pues era en orden de llevárselos al infierno, por morir en la infidelidad de sus depravadas leyes idolátricas, y ver ahora que este ídolo pretenda lo contrario parece contradición; y se verifica aquí lo que dice Cristo,[4] que todo reino en sí diviso fácilmente tiene fin. Sólo sé decir que esto decían los indios que así lo quería esta diosa y que aborrecía lo contrario.

Otra diosa había de otra diferente cualidad de la ya dicha, de la cual dicen que una vez se aparecía en figura de mujer moza y hermosa y andaba por los tiánguez o mercados enamorándose de los mancebos y provocábalos a su ayuntamiento y consumado los mataba. No sé qué verdad tiene esto, aunque sabemos que el demonio usaba con estas gentes de muchos engaños, transfigurándose en muchas formas y figuras, como aquel que lo sabe hacer (como dice San Pablo),[5] que aunque lo parece de luz, lo es siempre de tinieblas; y así lo suele permitir Dios, y así lo permitiría entre estas erradas gentes por sus grandes pecados.

CAPÍTULO XXVI. *De los dioses de la provincia de Quauhtemallan, y de el dios llamado Exbalanquen*



N EL REINO DE QUAUHTEMALLAN, cuyos moradores se dice que tuvieron noticia del Diluvio antes de él, dicen algunos que tenían y adoraban por dios al gran padre y a la gran madre que estaban en el cielo y lo mismo después del Diluvio; y que llamándolos cierta mujer principal, encomendándose a ellos, le apareció una visión, que le dijo: no llames así, sino de esta manera, que yo te ayudaré, del cual nombre ahora no se acuerda; pero que le parece que aquel nombre era o significaba lo que

[4] Math. 12. Luc. 11. Marc. 3. y véase tomo I. lib. 4. cap. 20.
[5] 2. Ad. Corint. 9. 11.

bir sacrificios de muertes de hombres, antes los aborrecía y prohibía. Los sacrificios que ella amaba y de que se agradaba y se los pedía y mandaba ofrecer eran tórtolas, pájaros, conejos, yerbas y flores; y teníanla por abogada delante del gran dios, porque les decía que le hablaba y abogaba por ellos. Tenían grande esperanza en ella, que por su intercesión les había de librar de aquella dura servidumbre que los otros dioses les pedían de sacrificarles hombres, porque lo tenían por gran tormento; y solamente lo hacían por el gran temor que tenían al demonio, por las amenazas que les hacía y daños que de él recibían, no obedeciéndolo en esto.

A esta diosa miraban con suma reverencia, y sus respuestas tenían como oráculo divino, y más que otros señalados los sacerdotes de su culto y servicio, como ya hemos dicho en otra parte; y que esta diosa no quisiese sacrificios de hombres, no sé qué sea, ni tampoco lo entiendo, porque esto de querer unos, uno y otros, otro, son para mí adivinanzas, porque de la condición del demonio sabemos que apetece la perdición del hombre; y así mostraba este apetito en las ocasiones que persuadía el sacrificio de hombres, pues era en orden de llevárselos al infierno, por morir en la infidelidad de sus depravadas leyes idolátricas, y ver ahora que este ídolo pretenda lo contrario parece contradición; y se verifica aquí lo que dice Cristo,[4] que todo reino en sí diviso fácilmente tiene fin. Sólo sé decir que esto decían los indios que así lo quería esta diosa y que aborrecía lo contrario.

Otra diosa había de otra diferente cualidad de la ya dicha, de la cual dicen que una vez se aparecía en figura de mujer moza y hermosa y andaba por los tiánguez o mercados enamorándose de los mancebos y provocábalos a su ayuntamiento y consumado los mataba. No sé qué verdad tiene esto, aunque sabemos que el demonio usaba con estas gentes de muchos engaños, transfigurándose en muchas formas y figuras, como aquel que lo sabe hacer (como dice San Pablo),[5] que aunque lo parece de luz, lo es siempre de tinieblas; y así lo suele permitir Dios, y así lo permitiría entre estas erradas gentes por sus grandes pecados.

CAPÍTULO XXVI. *De los dioses de la provincia de Quauhtemallan, y de el dios llamado Exbalanquen*



EN EL REINO DE QUAUHTEMALLAN, cuyos moradores se dice que tuvieron noticia del Diluvio antes de él, dicen algunos que tenían y adoraban por dios al gran padre y a la gran madre que estaban en el cielo y lo mismo después del Diluvio; y que llamándolos cierta mujer principal, encomendándose a ellos, le apareció una visión, que le dijo: no llames así, sino de esta manera, que yo te ayudaré, del cual nombre ahora no se acuerda; pero que le parece que aquel nombre era o significaba lo que

[4] Math. 12. Luc. 11. Marc. 3. y véase tomo I. lib. 4. cap. 20.
[5] 2. Ad. Corint. 9. 11.

ahora nosotros decimos Dios. Después creciendo y multiplicándose las gentes se publicó que había nacido un dios en la provincia, treinta leguas de la cabecera que es Quanhtemallan, llamada Otlatla, y la provincia se nombra ahora la Vera Paz, al cual dios llamaron Exbalanquen. De éste cuentan, entre otras mentiras y fábulas, que fue a hacer guerra al infierno y peleó con toda la gente de allá y los venció y prendió al rey del infierno y a muchos de su ejército; el cual vuelto al mundo con su victoria y presa, le rogó el rey de aquellas tinieblas que no le sacase de allí, porque estaba ya tres o cuatro grados de la luz, y que el vencedor Exbalanquen le dio una coz, con mucha ira, diciendo: vuélvete y sea para ti todo lo podrido y desechado y hediondo de esos infernales lugares. Volvióse Exbalanquen y en la Vera Paz, de donde había salido, no le recibieron con la fiesta y cantos que él quisiera; y por esto se fue a otro reino, donde le recibieron a su placer; y este vencedor del infierno, dicen que comenzó el sacrificar hombres. Donde quiera que por aquellas tierras ofrecían sacrificio de cosas vivas, tenían ciertos cuchillos de piedra de navaja muy agudos, los cuales dicen que cayeron del cielo, y que cada pueblo y personas tomaron los que habían menester; a estos cuchillos llamaban manos de dios y del ídolo a quien sacrificaban; estos cuchillos tenían en tanta reverencia, por hacer como hacían con ellos los sacrificios que adoraban, y cuando menos los tenían en grandísima veneración; hacíanles muy ricos cabos y remates con figuras, según su posibilidad, de oro y de plata, y de esmeraldas y otras muy ricas y preciadas piedras; teníanlos siempre guardados con los ídolos en sus altares.

Los ídolos que comúnmente tenían por todas aquellas partes eran figuras de hombres y de mujeres, esculpidas en piedras de diversos colores y de aves y de otros animales. En un pueblo de aquella provincia se halló un ídolo como una cabeza de caballo, representando tener sacados los ojos y los vasos de ellos vacíos; y parecía que siempre corría de ellos sangre, cosa (dicen) que era admirable de ver. Toda esta tierra, con estotra que se llama Nueva España (según parece), tenía una misma manera de religión y ritos, y si en algo diferenciaba era en muy poco. En todo lo de Xalisco, Colima, Zacatula y todas aquellas tierras, que vuelven de éstas a estotra parte del norte, pasando por las del poniente, tenían sus ídolos, a los cuales adoraban, reverenciaban y acudían con sus necesidades. Y en las que ahora se llaman del Nuevo Mexico y en algunas partes de éstas, dicen, que adoran al sol y que entienden en esto que adoran al verdadero Dios, siendo falso, pues no lo es sino criatura suya. En aquella jornada que Alvar Núñez Cabeza de Vaca[1] hizo a la Florida, donde anduvo perdido tantos tiempos, dice, que saliendo ya al cabo de su peregrinación, con sus tres compañeros, hallaron junto de donde hallaron cristianos en el reino de Xalisco ciertas gentes; y que preguntándoles, ¿a quién adoraban y a quién sacrificaban y pedían el agua para sus labranzas y la salud para sus cuerpos?, respondieron que a un hombre que estaba en el cielo; y preguntándoles ¿cómo se llamaba?, dijeron que Aguar, y que creían que él había

[1] Alvar Núñez Cabeza de Vaca, en sus Naufragios.

criado todo el mundo y las cosas de él; y tornáronles a preguntar, ¿cómo sabían aquello?, respondieron, que sus padres y abuelos se los habían dicho, que de muchos tiempos tenían noticia de esto y sabían que el agua y todas las buenas cosas las enviaba aquél. Cabeza de Vaca y sus compañeros les dijeron que aquel que ellos decían lo llamaban ellos Dios; y que así lo llamasen ellos y lo sirviesen y adorasen. Respondieron que todo lo tenían bien entendido y que así lo harían. Esto dice este capitán Cabeza de Vaca.

Volviendo a la costa de Paria (en la parte meridional), arriba y abajo, cuasi por todas aquellas partes, tenían poco más o pocos menos una manera de religión, teniendo algunos ídolos y dioses propios; pero en general todos pretendían haber uno común de todos y éste era el sol. E yendo todavía la vuelta de el austro, hasta donde se dice la tierra del Brasil, cuya punta solía llamarse el Cabo de San Agustín, por toda ella no tenían ni adoraban ídolos, ni tenían conocimiento alguno de Dios; solamente a los truenos debían de dar y daban alguna deidad, porque los llaman Tupana, que significa como cosa divina o sobrenatural; y de este nombre Tupan usaban y usan los ministros del evangelio en aquellas partes para darles conocimiento de el verdadero Dios. Dicen, asimismo, los predicadores, que allí están, que de ciertos en ciertos años vienen unos hechiceros de muy lejas tierras, fingiendo traer divinidad y al tiempo de su venida les mandan barrer y limpiar los caminos y los salen a recibir con danzas y fiestas a su usanza; y antes que lleguen al lugar andan las mujeres, de dos en dos, por las casas, diciendo públicamente sus faltas y las que han cometido contra sus maridos y unas a otras entre sí, como si esta preparación fuera para morirse, pidiendo perdón de todas ellas. En llegando el hechicero con mucha fiesta al lugar, éntrase en una casa obscura y pone una calabaza, que trae en figura humana, en la parte más conveniente para sus engaños; y mudando su propia voz, fingiendo la de un niño puesto junto de la calabaza, les dice, que no curen de trabajar ni vayan a las rozas, porque el mantenimiento se crecerá por sí mismo y que nunca les faltará de comer y que el mismo pan se les vendrá a casa por sí mismo (engaño manifiesto y locura fingida sin fundamento), y dícenles que las cosas o palas con que cavan las tierras y las cultivan, ellas mismas se irán a cavar; y las flechas se irán al monte a cazar, para traer caza que su señor coma; que habían de matar muchos de sus enemigos y prometíales larga vida; y que las viejas se habían de tornar mozas, y que sus hijas las diesen a quien quisiesen; y otras cosas semejantes les decían y prometían, con que los engañaban en aquellos tiempos; y lo mismo será en éstos si no están los indios de aquella provincia convertidos y con ministros. Con esto los engañaba y engaña aquel hechicero, haciéndoles creer que en aquella calabaza había alguna cosa divina que les decía aquellas cosas. Y en acabando su plática o fingido oráculo el hechicero, comienzan a temblar todos, en especial las mujeres con grandes temblores de sus cuerpos que parecen endemoniados (como de cierto lo son), echándose en el suelo y echando espuma por la boca; y con esto les hace creer el hechicero que entonces les entra la bondad que ellos desean y que se hacen participantes de la amistad de sus fingidos dioses; y al que esto no

hace tiene por malo e indigno de aquellos bienes que allí se les ha prometido. Después de esto ofrecen al hechicero cada uno conforme su posibilidad y según de las cosas que tiene en su casa. Hácense también médicos estos embusteros y en las enfermedades fingen muchos engaños con aquellas supersticiones y hechicerías.

Estos ministros de Satanás son los mayores contrarios que los ministros evangélicos han tenido siempre y tienen, porque hacen entender a los dolientes que están enfermos, que otros sus enemigos y contrarios les meten en los cuerpos cuchillos, navajas, piedras y otras cosas con que les tienen así enfermos y dolientes. En sus guerras se aconsejan con ellos, demás de que tienen muchos agüeros de ciertas aves que tienen como adivinas o pronosticadoras de sus bienes y de sus males. Todo esto referido está escrito en una carta que escribieron unos ministros del evangelio que estaban en aquellas provincias.

CAPÍTULO XXVII. *De cómo estas naciones indianas adoraron al sol, llamado de ellos Tonatiuh, y de los antiguos gentiles Apolo*



ONATIUH (dios de estos indios mexicanos) quiere decir sol; y aqueste no es nombre propio de el sol, sino que es verbo de la obra que hace, que es resplandecer, y Tonatiuh quiere decir el que va resplandeciendo. A éste adoraron estos indios, debajo también de otros nombres, aunque por causa de reverencia no le nombran con otro nombre, haciéndole propio el de su efecto; así como a Dios, que teniendo muchos nombres, como parece en el hebreo, comúnmente le nombramos por el Verbo, que significa la obra más principal que sobre los hombres obra, que es dar vida; porque según San Isidoro,[1] puede venir deste verbo *do, das,* que significa dar; y uno de los mayores beneficios que el hombre recibe, es el de la vida, porque sobre él caen todos los demás que se le comunican; y así estos indios (como decimos en otra parte) le llamaban Ypalnemohuani, que quiere decir, aquel por cuya virtud vivimos; y este nombre mismo es el que daban al principal dios que ellos imaginaban que es todo poderoso y está en todo lugar. A este dios sol tenían por cosa viva y divina y digna de grande honra y acatamiento; y así le edificaban templos; y uno de ellos fue en el pueblo de San Juan Teotihuacan, de grande sumptuosidad y eminencia, y le festejaban con grandes solemnidades, no solamente en las fiestas del calendario, pero también en las del arte adivinatoria.

Tenía este ídolo universal opinión de su divinidad en todas estas partes (como también la tuvo en todas las demás del mundo), porque con este ídolo han fornicado todas las naciones del mundo, y por esta causa les dice

[1] Div. Isidor. Ethymol. lib. 7. cap. 1.

hace tiene por malo e indigno de aquellos bienes que allí se les ha prometido. Después de esto ofrecen al hechicero cada uno conforme su posibilidad y según de las cosas que tiene en su casa. Hácense también médicos estos embusteros y en las enfermedades fingen muchos engaños con aquellas supersticiones y hechicerías.

Estos ministros de Satanás son los mayores contrarios que los ministros evangélicos han tenido siempre y tienen, porque hacen entender a los dolientes que están enfermos, que otros sus enemigos y contrarios les meten en los cuerpos cuchillos, navajas, piedras y otras cosas con que les tienen así enfermos y dolientes. En sus guerras se aconsejan con ellos, demás de que tienen muchos agüeros de ciertas aves que tienen como adivinas o pronosticadoras de sus bienes y de sus males. Todo esto referido está escrito en una carta que escribieron unos ministros del evangelio que estaban en aquellas provincias.

CAPÍTULO XXVII. *De cómo estas naciones indianas adoraron al sol, llamado de ellos Tonatiuh, y de los antiguos gentiles Apolo*



ONATIUH (dios de estos indios mexicanos) quiere decir sol; y aqueste no es nombre propio de el sol, sino que es verbo de la obra que hace, que es resplandecer, y Tonatiuh quiere decir el que va resplandeciendo. A éste adoraron estos indios, debajo también de otros nombres, aunque por causa de reverencia no le nombran con otro nombre, haciéndole propio el de su efecto; así como a Dios, que teniendo muchos nombres, como parece en el hebreo, comúnmente le nombramos por el Verbo, que significa la obra más principal que sobre los hombres obra, que es dar vida; porque según San Isidoro,[1] puede venir deste verbo *do, das,* que significa dar; y uno de los mayores beneficios que el hombre recibe, es el de la vida, porque sobre él caen todos los demás que se le comunican; y así estos indios (como decimos en otra parte) le llamaban Ypalnemohuani, que quiere decir, aquel por cuya virtud vivimos; y este nombre mismo es el que daban al principal dios que ellos imaginaban que es todo poderoso y está en todo lugar. A este dios sol tenían por cosa viva y divina y digna de grande honra y acatamiento; y así le edificaban templos; y uno de ellos fue en el pueblo de San Juan Teotihuacan, de grande sumptuosidad y eminencia, y le festejaban con grandes solemnidades, no solamente en las fiestas del calendario, pero también en las del arte adivinatoria.

Tenía este ídolo universal opinión de su divinidad en todas estas partes (como también la tuvo en todas las demás del mundo), porque con este ídolo han fornicado todas las naciones del mundo, y por esta causa les dice

[1] Div. Isidor. Ethymol. lib. 7. cap. 1.

Dios,[2] a los de su pueblo, que no se ocupen en servir dioses ajenos, como el sol y la luna, porque éstos eran los más ordinarios dioses de la gentilidad; y se dice que los persas, a poco tiempo después del Diluvio, adoraron al sol por dios, enseñados en esta mala doctrina de aquel atrevido Nembrot, tirano, opresor suyo.[3] Y con este engaño le adoraban estos indios, imaginando de él que era el señor de la gloria; y que todos los que morían en la guerra iban a aquella gloria en que él habita; y que también las mujeres que morían del primer parto iban a aquel mismo lugar donde vivían y tenían contento para siempre, lo cual es falsísimo de aquellas gentes idólatras, pues morían adorando al sol, que no es dios y atribuyéndole gloria que no tiene, ni para sí ni para nadie; y tenían por opinión que entre otras cosas, en que le servían allá los hombres y las mujeres, era la una que los hombres luego que asoma por el oriente en su hemisferio, le salían a recibir con grande regocijo con un muy rico palio y con muy regocijados cantares y gozos y le llevaban hasta el mediodía de su curso, que es hasta el medio del cielo y allí le salían a recibir todas las mujeres de la otra parte del occidente, con otro semejante palio y fiesta igual a la pasada que los hombres hacían; y que al cubrirse del horizonte, le hacían muy grandes regalos y caricias, tañéndole flautas e instrumentos músicos y hospedándole con muchas y muy diversas frutas; de cuyos juicios podemos decir que como carnales estos indios trataban estas cosas tan a lo material, como aquí va referido, siendo la verdad qúe en aquel reino soberano de la gloria, no tienen otro manjar los bienaventurados, que allá están, si no es Dios y su divina presencia, con la cual están alegres y satisfechos. Decían estos bárbaros que aquellos regalos que se le hacían al sol, era por pagarle el trabajo que había tenido en pasar alumbrando sus tierras y hemisferio.

Este dios sol tenía muchos nombres, como también los tuvo entre las naciones pasados de otros gentiles; porque como entre aquéllos se llamaba Apolo y Febo, así también entre éstos, demás de este que se le aplicaba de Tonatiuh, porque alumbra el mundo, le llamaban también Teutl, que absolutamente quiere decir Dios; y así, cuando señalaban algunas horas pasadas del día, decían, señalando al cielo, Izteutl, que quiere decir, aquí el dios; que es como si dijesen, estando en este lugar o parte el sol, pasó esto y esto. Los antiguos gentiles llamaron señor al sol y regidor de la luna y corazón del cielo; y como a dios le hicieron muchos sacrificios y le consagraron el gallo, y le dieron por hijas a las horas: todo locura; y si aquéllos erraron, porque estuvieron ciegos con los engaños del demonio, no es mucho que éstos yerren, estando engañados de él como ellos.

[2] Deut. 17.
[3] Quinta Mundi aetate.

CAPÍTULO XXVIII. *De los dioses Xiuhtecuhtli, abogado de el fuego, llamado Vulcano; Iyacatecuhtli, dios de los mercaderes, llamado Mercurio*



IUHTECUHTLI QUIERE DECIR señor del fuego o dios de el fuego; y esto es porque todas estas gentes tuvieron al fuego por dios y hacíanle fiestas y sacrificios, como si verdaderamente fuera Dios. Éste es aquél tan antiguo y celebrado de los caldeos y de otras muchas gentes; y el que por otro nombre se llamó Vulcano, que según *Etimología* de San Isidoro,[1] es *volans candor:* una blancura que vuela, que es la llama que cuando está bien encendida parece muchas veces blanca. Este Vulcano indiano se llamó también Huehueteutl, dios viejo y antiguo y debió de ser, por ser de las cosas más antiguas que las gentes conocieron o porque consume y deshace todas las cosas que recibe; también le llamaron Ixcozauhqui, que quiere decir cara amarilla, o ojos amarillos, por la color que hace en su encendimiento. A este dios fuego hacían fiesta en el último mes de su calendario, como vimos en su libro, que es el deciocheno suyo y cae en el mes de enero nuestro; honrábanlo como a dios, porque los calentaba, cocía el pan y guisaba la carne y por esto en cada casa le veneraban; y en el mismo fogón o hogar, cuando querían comer, le daban el primer bocado de la vianda, para que allí se quemase; y lo que habían de beber lo había de gustar primero, echando en el fuego parte de el licor; adornábanlo con flores, pero no muy dentro, sino fuera, porque es dios tan riguroso, que todo lo consumiera; y aunque esto atribuían los indios a su propia virtud, digo, que es así, que es propia virtud del fuego quemar y consumir todo lo que recibe; pero los que con conocimiento verdadero y no con depravada razón, como estos indios tenían, entienden esto y saben que esta virtud natural no la tiene por sí mismo, sino por el verdadero Dios que lo crió, y cría todas las cosas, y quema, sin poder hacer otra cosa, en recibiendo en sí el combustible o la materia que es quemable, porque es agente natural y no libre; y como tal no puede dejar de ejecutar su acción y fuerza; y por esto digo, que es Dios (aunque con falsa opinión de estas engañadas gentes) muy riguroso, pues si tiene virtud de quemar no la tiene para suspender su acción; y Dios que no tiene poder para hacer y deshacer y para ejecutar y suspender la cosa conforme conviniere; yo no le tengo por Dios, ni es razón que ninguno lo tenga por tal, ni lo crea.

Los mercaderes tuvieron dios particular, al cual llamaron Iyacatecuhtli y por otro nombre se llamó Yacacoliuhqui, que quiere decir el que tiene la nariz aguileña, que propiamente representa persona que tiene viveza o habilidad para mofar graciosamente o engañar y es sabio y sagaz (que es propia condición de mercaderes); éste es el dios Mercurio antiguo, el cual

[1] Div. Isidor lib. 8. Ethymol. cap. de Diis Gent.

dicen Tulio[2] y Leoncio, que fue hijo de Valente y de Phoronis; y que naciendo en Egipto vino a España y en ella enseñó el arte de la mercancía y todo género de cambiar, por las cuales cosas fue entre aquellas gentes llamado dios de los mercaderes; llamáronle Trofon, que en griego quiere decir convertible; y esto es, porque los mercaderes de gruesas mercaderías han de discurrir por diversas tierras y han de comunicar muchas gentes, haciendo sus viajes así por mar como por tierra, y hanse de conformar a la traza o manera de todas ellas, porque de otra suerte no habría comunicación de comprar ni vender. Pues a este Mercurio antiguo, llamado de estos indios Yacacoliuhqui, tomáronle por su dios por la vivacidad y delicadeza de ingenio que mostraba, y por ser muy sabio en el arte de la mercancía. A éste hacían cada año fiesta, sacrificábanle hombres y hacíanle grandes solemnidades.

Este Mercurio, en tiempo de la gentilidad, fue tenido en grande honra entre los de España y Francia, en las cuales tierras era muy conocido; y dice Julio César[3] que los franceses adoraron a este Mercurio y le tenían por hallador de muchos artes y por señor y guiador de los caminos y tener mucho poder en las ganancias de las mercancías. Y porque se vea cómo el demonio siempre ha sido uno, en sus malas artes, quiero que vea el que leyere este capítulo, cómo el engaño que en aquellas gentes hizo, le hizo también en éstas, y cómo se dejó servir y adorar de estos mercaderes indianos como de esotros españoles y franceses.

Estos indios occidentales iban de unas provincias a otras a mercadear; y como no tenían caballos ni otros animales en que llevar sus cargas, ellos mismos se las llevaban a cuestas; y porque los riesgos de los caminos eran grandes, juntábanse muchos para ir en compañía a hacer su jornada; llevaban en la mano un bordón o báculo de palo negro y sin nudos y decían que era la imagen de este su dios Yacacoliuhqui, o Mercurio indiano, y que la llevaban en la mano para defensa y amparo en sus riesgos y peligros; y a la noche, cuando llegaban a la posada, juntaban todos los báculos o bordones, y atándolos por medio ceñíanlos con una cinta y les hacían sacrificio, derramando sangre delante de ellos dos o tres veces en la noche; de manera que no sólo adoraban el ídolo de este fingido dios, sino también su báculo, el cual llevaban en las manos para ser mejor guiados de su falso dios, porque también creían estos indios que era guiador de caminos, como las otras gentes de el mundo (aunque mejor dijeran salteador de caminos, pues en ellos robaba a Dios su gloria y honra, haciéndose adorar en ellos, no siendo suya la adoración). De esta manera caminaban estos mercaderes, los cuales para partir de sus casas y pueblos usaban de muy grandes ceremonias; y después, en el discurso del camino y cuando volvían, como se verá en la fiesta de el signo, llamado acohuatl, en el libro del arte adivinatoria y en otra parte.

[2] Cicer. 3. de Nat. Deorum.
[3] Cesar, lib. de Bello Gallico.

CAPÍTULO XXIX. *De Tezcatzoncatl, celebrado dios de el vino por estas gentes indianas, llamado de otros gentiles Baco*



STE DIABLO LLAMADO TEZCATZONCATL era el dios del vino de estas gentes, al cual adoraban con divinos honores, y porque muchas veces de los que se emborrachaban se ahorcaban algunos, le llamaban Tequechmecaniani, que quiere decir el ahorcador; y otras porque se ahogaban en agua, con la borrachera, le llamaban Teatlahuiani, que quiere decir el que ahoga en el agua, atribuyendo a este borracho dios estos efectos que nacían de la borrachera. Éste es el antiguo Baco de los gentiles, que quiere decir furor, porque el vino hace furiosos a los que beben sin medida; y así, como fuera de sí y furiosos, algunos de estos borrachos se ahorcaban y mataban. Diéronle muchos acompañados, así como también tenían muchas diferencias de vinos y era dios común de todos, porque todos bebían vino, aunque no todos se emborrachaban, si no era con su pena, como en otra parte hemos dicho. Los compañeros de este fingido dios se llamaron Centzontotochtin, que quiere decir cuatrocientos conejos, que no sé por qué les dieron este nombre.

Otro dios hubo de los convites, llamado Omacatl, que quiere decir dos cañas, el cual fue muy reverenciado de todos, porque en las bodas y convites y negocios públicos estaba presente su imagen (como decimos en otra parte); éste pudo ser que fuese aquel antiguo Himeneo, a quien los antiguos gentiles aplicaron los convites de los casamientos, haciéndole también dios de los padrinos. Y séase éste o otro, al fin los que entre estos indios hacían convites y bodas y otros regocijos, iban por su imagen a su templo y le ofrecían papel, copal y otras cosas de vianda y la tenían en su casa todo el tiempo que duraba el convite y la reverenciaban; y a los que no le hacían esta honra decían que les aparecía en sueños y los reprehendía y que daba enfermedades en la garganta, de atravesarse algún bocado y de apretarse el pecho; y cuando alguno le acontecía esto, o caía en tierra, tropezando o resbalando, luego hacía voto de visitar este ídolo y le ofrecía copal y papel.

Tenían los plateros otro dios que se llamaba Xippe y Totec; a éste festejaban los plateros con muchas cosas y en su día hacían escaramuzas los valientes hombres de la guerra, peleando los unos con los otros. Este demonio Xippe, que quiere decir calvo o atezado, era muy temido de todos; y por esta causa muy honrado, en especial porque tenían por cosa muy cierta y averiguada de tiempos muy antiguos, que daba muchas enfermedades a los que no le honraban y sacrificaban; y las más ordinarias de las que le atribuían eran viruelas, hinchazones, apostemas, sarna y enfermedad de ojos. Por esto se preciaban todos de honrarle y festejarle como a dios que podía darles estas enfermedades. De donde se podrá conocer que la honra que se le hacía a este diabólico dios era más de fuerza que de grado, pues era honra de temor y no de amor, y el que por temor obra es cierto

que dejará de obrar cuando falte la causa de sus temores; lo cual se verificara en este mal dios si los indios entendieran que no podía nada en aquellas cosas que sus pasados le atribuyeron.

En el pueblo de Cuitlahuac tenían sus moradores un dios que llamaban Amimitl, que quiere decir cosa de pesca o caza en agua, el cual era muy reverenciado en todas partes, porque tenían creído (y así les era certificado de sus antepasados) que tenía poder para dar enfermedades, en especial la que suele ser de correncia y cámaras de sangre, tos seca y otra tan aguda, que al que le daba no cesaba hasta amortecerse, en especial los niños que, como más delicados, llegaban a este extremo fácilmente. Daba tomadizo y catarro, hipo, como el que les da a los que están a la muerte, que les levanta el pecho. Todos los que tenían enfermedades tenían por cierto que les eran dadas por este diabólico e infernal dios; y que no podían sanar de ellas sin que le hiciesen algún servicio; y por esto hacían voto de irle a visitar y ofrecer sus ofrendas a este pueblo, donde tenía su templo y era servido y honrado; y aun después del cristianismo permaneció esta fingida deidad por algún tiempo y había quien con devoción la visitase, aunque ya por la misericordia divina ha cesado esto, porque ha entrado Dios en estas gentes con mano poderosa y ha desterrado a este traidor engañador y ha plantado en medio de ellos su santo y verdadero conocimiento.

Otro dios hubo, llamado Yxtlilton, que quiere decir carilla tiznada o negra, a cuyo templo y presencia llevaban los niños enfermos para que los sanase, dándoles a beber de un agua que los sátrapas y ministros de aquel delubro decían que bendecían con ciertas deprecaciones, cuyas bendiciones no podían ser sino maldiciones; pues eran ordenadas con la invención de el demonio, que en nada es bueno, sino sólo en ser criatura de Dios y en todo lo demás es malo, aplicado a todo mal. Esta agua tenían estos sacerdotes de respeto en este templo para darla a beber a todos los niños enfermitos, como nosotros los cristianos acostumbramos a dar algunas aguas con particulares bendiciones para que por aquel medio Dios se apiade de aquella necesidad y acuda a la fe y devoción de los que se aprovechan de ella. De este mal dios dejaron dicho los antiguos que sanaba los niños enfermos, llevándolos a este su templo; y para conseguir esta salud llevaban los padres de los niños sus ofrendas para ofrecerle por este beneficio, y hacían que los niños bailasen delante de su imagen o figura. Tenía también aplicado a sí el comenzar y dar principio a las tinajas del vino; y ningún vino nuevo se había de comenzar a beber sin que el dueño antes no lo hubiese hecho algún particular sacrificio y le pidiese licencia para ello; y si alguno la comenzaba sin la dicha licencia, aparecíale en sueños y reprehendíale por el hecho, y amenazábale que le había de castigar con alguna enfermedad o desastre que había de hacer venir sobre él, o en cosa alguna de su casa.



CAPÍTULO XXX. *Del dios Nappatecuhtli de los petateros o oficiales de hacer esteras; y de los dioses de los lapidarios y otros*



UN DIOS HUBO ENTRE ESTAS GENTES que fue abogado y protector de los petateros, que son los que hacen esteras de juncia, enea o espadaña y palma. A este infernal diablo tuvieron mucha devoción estas desventuradas y erradas gentes; llamábase Nappatecuhtli, que quiere decir, cuatro veces señor, y por ventura le atribuirían este nombre por las cosas que le aplicaban, porque decían de él que perdonaba las injurias y ofensas de los que le ofendían; y por esto le llamaban Tepahpaca, Teaaltati, que quiere decir limpiar o labrar; y es así (si fuera verdad que este demonio tuviera poder de hacer este beneficio) que el perdón es enjabonadura de el alma; pero esto queda a sólo Dios verdadero que perdona las ofensas hechas contra su deidad santísima, y éste es atributo de su divina misericordia y no de los ídolos muertos; y cuando sean vivos son demonios viles, flacos y apocados, que para sí no pueden y mucho menos para otros.

Decían también de este ídolo que hacía mercedes y que era muy liberal y por esto le llamaban Quitzetzelohua, que quiere decir cernir o esparcir, derramando cosa molida y hecha polvo; y como el polvo se esparce mucho, tomaron la metáfora estas gentes para llamarle cernedor de bienes y mercedes, que quiere decir esparcidor y derramador de beneficios. Decían de él que era fácil en conceder lo que le pedían, y por esto le llamaban Tlaitlanililoni, que quiere decir lo mismo; y porque se extendía esta condición a los que le pedían misericordia, por esto le llamaban Tlanempopoloa, que quiere decir el que es largo y liberal. Dicen que se compadecía de los angustiados y afligidos, y por esto le llamaban Teatzelhuia, que quiere decir el que rocía con agua; y que era muy agradecido a los que le servían, y por esto decían de él Amotenenqua, que quiere decir muéstrase agradecido. Por estas propiedades, que a este mal ídolo aplicaban, creyendo ser así que concurrían en él todas estas cosas, lo adoraban y lo tenían en mucha veneración; y por ellas mismas pudo ser que le diesen el nombre de Nappatecuhtli, que quiere decir cuatro veces señor, como quien dice, tiene la virtud y poderío de cuatro dioses; y por esto le servían con muy grande diligencia y sus servidores le regalaban con muy grande perseverancia, adornándole con muchos y muy varios petates o esteras su casa y templo; y le cubrían el suelo muy de ordinario con espadañas y flores; barríanle su patio y limpiábanlo de cualquier mota o pajuela o pedrezuela que cayese en el suelo; y eran muy vigilantes en que de noche no faltase fuego en su altar y presencia; y quemaban en sus braseros mucho copal de día y de noche.

Los lapidarios (que son los que tenían oficio de labrar piedras preciosas, de los cuales hay ya muy pocos) tenían cuatro dioses, fingiendo ser dos varones y dos mujeres; el uno de los varones se llamaba Chicuhnahuiitz-

cuintli, que quiere decir nueve perros; el otro, se llamaba Nahualpilli, que quiere decir caballero encantador o hechicero. La causa de darles estos nombres no la sé; pero sé que fue esta gente de la que con más propiedad y causa dio nombre a las cosas; y que para darles éstos, a estos ídolos, las tendría; y como se había en muchas tan baja y tan rateramente con ellos, así les daba también los nombres puercos y sucios y de animales terrestres y bajos; y no es mucho que ahora se haya con estos indios de esta manera, pues en los antiguos egipcios, romanos y griegos se usó del mismo trato, porque si bien lo consideramos ¿qué fue un dios Apis, tan celebrado en Egipto, sino nombre de Toro? El dios Anubis quiere decir dios perro, y así lo pintaban los antiguos con cabeza de perro; y el motivo que tuvieron fue, porque viviendo tomó por insignia o armas una cabeza de un perro; de manera que usar estos indios de estos nombres no fue bestialidad sino engaño del demonio; porque de esta manera y debajo de esta capa de nombres quería ser servido de ellos. Las diosas se llamaban, una, Macuilcalli, que quiere decir cinco casas; y la otra, Centeutl, que debía de ser la que ya dijimos ser diosa de las mieses. A estos cuatro fingidos dioses hacían estos lapidarios fiesta cada año en el día cuando el signo llamado Chicuhnahui itzcuintli venía en la cuenta del arte adivinatoria; y entonces mataban cuatro esclavos, dos hombres y dos mujeres, a los cuales vestían con los vestidos y atavíos de aquestos cuatro diabólicos y fingidos dioses, para que allá, donde ellos los imaginaban, fuesen a servirles y estar en su presencia, enviados en nombre de aquellos que los sacrificaban. Esta idolatría y engaño se comenzó en la ciudad de Xuchimilco; y como de allí se trajo a esta de Mexico, todas las flores que se gastaban en su servicio y fiestas eran traídas de allá, que hay muchas y muy lindas.

Tenían los pescadores otro dios, que le llamaron Opuchtli, que quiere decir izquierdo. A éste adoraron estas gentes porque comenzó el arte de la pesquería, enseñando a hacer redes y otros instrumentos para pescar; y por esto cada año le hacían fiesta y tenían a este falso dios por muy favorable en todas sus necesidades, según creían; lo cual todo es falso, porque de Dios nos viene todo lo bueno que tenemos y alcanzamos, y si algo puede este engañador, es porque así lo permite nuestro Dios y señor verdadero, criador del cielo y de la tierra, que confesamos por solo Dios nuestro.

CAPÍTULO XXXI. *De la diosa llamada Cihuacohuatl, por otro nombre Quilaztli, que en común adoraban estas gentes indianas, que parece ser la primera mujer del mundo*



NA DE LAS DIOSAS DE QUE ESTOS NATURALES de esta Nueva España hacían mucho caudal era Cihuacohuatl, que quiere decir la mujer culebra; y decían que paría siempre gemelos o crías de dos en dos. Esta mujer o diosa, que llamaban Cihuacohuatl, según la etimología de este nombre dice el padre fray Bernardino de Sahagún, fue la primera mujer del mundo, madre de todo el género humano, la cual es verdad que fue enga-

cuintli, que quiere decir nueve perros; el otro, se llamaba Nahualpilli, que quiere decir caballero encantador o hechicero. La causa de darles estos nombres no la sé; pero sé que fue esta gente de la que con más propiedad y causa dio nombre a las cosas; y que para darles éstos, a estos ídolos, las tendría; y como se había en muchas tan baja y tan rateramente con ellos, así les daba también los nombres puercos y sucios y de animales terrestres y bajos; y no es mucho que ahora se haya con estos indios de esta manera, pues en los antiguos egipcios, romanos y griegos se usó del mismo trato, porque si bien lo consideramos ¿qué fue un dios Apis, tan celebrado en Egipto, sino nombre de Toro? El dios Anubis quiere decir dios perro, y así lo pintaban los antiguos con cabeza de perro; y el motivo que tuvieron fue, porque viviendo tomó por insignia o armas una cabeza de un perro; de manera que usar estos indios de estos nombres no fue bestialidad sino engaño del demonio; porque de esta manera y debajo de esta capa de nombres quería ser servido de ellos. Las diosas se llamaban, una, Macuilcalli, que quiere decir cinco casas; y la otra, Centeutl, que debía de ser la que ya dijimos ser diosa de las mieses. A estos cuatro fingidos dioses hacían estos lapidarios fiesta cada año en el día cuando el signo llamado Chicuhnahui itzcuintli venía en la cuenta del arte adivinatoria; y entonces mataban cuatro esclavos, dos hombres y dos mujeres, a los cuales vestían con los vestidos y atavíos de aquestos cuatro diabólicos y fingidos dioses, para que allá, donde ellos los imaginaban, fuesen a servirles y estar en su presencia, enviados en nombre de aquellos que los sacrificaban. Esta idolatría y engaño se comenzó en la ciudad de Xuchimilco; y como de allí se trajo a esta de Mexico, todas las flores que se gastaban en su servicio y fiestas eran traídas de allá, que hay muchas y muy lindas.

Tenían los pescadores otro dios, que le llamaron Opuchtli, que quiere decir izquierdo. A éste adoraron estas gentes porque comenzó el arte de la pesquería, enseñando a hacer redes y otros instrumentos para pescar; y por esto cada año le hacían fiesta y tenían a este falso dios por muy favorable en todas sus necesidades, según creían; lo cual todo es falso, porque de Dios nos viene todo lo bueno que tenemos y alcanzamos, y si algo puede este engañador, es porque así lo permite nuestro Dios y señor verdadero, criador del cielo y de la tierra, que confesamos por solo Dios nuestro.

CAPÍTULO XXXI. *De la diosa llamada Cihuacohuatl, por otro nombre Quilaztli, que en común adoraban estas gentes indianas, que parece ser la primera mujer del mundo*



NA DE LAS DIOSAS DE QUE ESTOS NATURALES de esta Nueva España hacían mucho caudal era Cihuacohuatl, que quiere decir la mujer culebra; y decían que paría siempre gemelos o crías de dos en dos. Esta mujer o diosa, que llamaban Cihuacohuatl, según la etimología de este nombre dice el padre fray Bernardino de Sahagún, fue la primera mujer del mundo, madre de todo el género humano, la cual es verdad que fue enga-

ñada de la culebra que en el paraíso terrenal le apareció y le habló para que traspasase el mandamiento de Dios; y también es verdad que después del pecado concibió y parió un hijo y una hija, entrambos de un parto, llamado el varón Caín y la mujer Calmana; y luego al segundo parto parió a Abel y a su hermana Delbora, de manera que los paría de dos en dos, y de ahí adelante los parió como queda dicho; pues por estas dos propiedades la llamaron estos indios Cihuacohuatl, que quiere decir la mujer de la culebra (como si dijera, a quien engañó la culebra), y también quiere decir la mujer que paría dos criaturas juntamente, que eran niño y niña, porque a los gemelos, o que son de un parto, los llaman cocohua, que quiere decir culebras, como si dijesen culebras de la mujer culebra. Parece esto alguna noticia confusa, que por tradición tuvieron de la antigua verdad de el origen del linaje humano y engaño de la serpiente.

En estos partos y generación estos indios no nombran ni confiesan tener noticia de el primer hombre Adán, o porque el demonio no les dio esta noticia, o porque la olvidaron después de haberla tenido; pero lo cierto que ellos creían, y lo tenían por fe, era que el género humano tiene principio de una mujer, la cual concibió sin tener acceso a varón ninguno y la llamaron Cihuatlcohuatl (como dejamos dicho), dejando de hacer relación del primer padre del mundo. Esto fue por tener ignorancia de la Sagrada Escritura, en la cual está escrito el principio del mundo y el principio de la generación humana, que fue empezado por un hombre y una mujer. Este error fue muy común entre estas gentes y no tendrán en nada acierto los que anduviesen sin Dios. Esta diosa, dicen que aparecía muchas veces con una cunilla a cuestas (que ellos llaman cozolli) como quien llevaba su niño o hijo a las espaldas; y aparecía vestida de blanco, y cuando así aparecía, teníanlo por muy mal agüero los que la veían; y de noche oían dar voces y llorar y lo mismo sentían los que la oían. Había otra diosa que llamaban Toci, que quiere decir nuestra abuela. También la llamaban Teteoynna, madre de los dioses; la fiesta de esta diosa se escribe en el undécimo mes del calendario, allí remito al lector.

Otra diosa tenían, llamada Tzapotlatenan; a ésta atribuían un cierto aceite que se sacaba de teas, con un cierto artificio como alquitara. Ésta, dicen que fue inventora del uxitl, que es este dicho aceite y otras medicinas, de que la república recibió grandes provechos contra muchas enfermedades; y por esto la contaron en el número falso de sus fingidas diosas y le hacían fiesta cada año; hacíanla sacrificios de hombres y con muchos y muy particulares cantares donde se le decían todas sus falsas alabanzas.



CAPÍTULO XXXII. *De la diosa Tlazolteutl, llamada de los antiguos Venus*



STOS INDIOS MEXICANOS TENÍAN entre sus falsos dioses uno que le llamaban Tlazolteutl, que quiere decir dios del estiércol o de la basura, el cual aplicaban a los pecadores sucios y carnales; de manera que era ésta la diosa Venus, que en otros tiempos celebraron los bárbaros y bestiales hombres del mundo. Entre los antiguos hubo algunas de este nombre; y el glorioso padre San Agustín,[1] en los libros de la *Ciudad de Dios*, refiere tres, diciendo que la una era la que adoraban y servían las doncellas y vírgenes, y que a ésta llamaban Vesta; y a otra, las casadas; y a la tercera, las mujeres públicas. Otros ponían dos, a la una honraban las vírgenes y las casadas que eran honestas y castas, y a ésta la llamaban Venus Verticorda, como quien dice Venus la que volvía los corazones; porque creían que tenía poder y autoridad para volver los corazones de las mujeres, para que se apartasen de malos pensamientos y guardasen castidad. De ésta hacen mención Plinio[2] y Valerio Maximo,[3] contando cómo los diez varones que gobernaban a Roma dieron orden que se consagrase y honrase esta diosa, y eligieron a Sulpicia mujer de Quinto Fulvio Flaco para que la sirviese. A la otra Venus servían las mujeres que vivían libre y sueltamente en ejercicios lujuriosos. De manera que sean tres, o sean dos, o séase una, esta Venus tenía oficio de diosa de los actos venéreos y era constituida en el mal de la torpeza carnal. Que ésta sea locura, nadie lo negará, mayormente militando debajo del conocimiento de Dios verdadero, porque en él se ve, como en espejo limpio y claro, ser error este manifiesto; y que cuando sea una sola esta diosa, no ha de ser en orden de favorecer pecados, porque a una de éstas tuvieron en grande veneración en la isla de Chipre (como dice Pomponio Mela)[4] en la ciudad de Pafo; y Ovidio,[5] dice que fue la primera que comenzó a hacer congregación de mujeres públicas en Chipre, siendo doncella de alto y esclarecido linaje; y tuvo el deseo tan ardiente y sensual, que no sólo a algunos, mas a todos los que quisieron se dio; y por encubrir su deshonestidad, haciendo esto común costumbre, hizo a los de Chipre usar lo mismo, es a saber, que sus hijas doncellas ganasen con los extranjeros, con que casarse (como decimos en otra parte), la cual costumbre se extendió en las tierras de Apulia y Calabria, según escribe Teodosio.

Ésta es la Venus antigua, y entre estos indios fue Tlacolteutl, diosa del estiércol y muy bien denominada de este nombre; porque diosa de amores y sensualidades, ¿qué puede ser, sino diosa sucia, puerca y tiznada? Pues

[1] Div. Aug. lib. 4. de Civit. Dei cap. 10.
[2] Plin. lib. 9. cap. 35.
[3] Valer. lib. 8. cap. ult.
[4] Lib. 2 de Situ Orbis, cap. 7.
[5] Ovid. lib. 4. Metha.

el acto que se le atribuye es sucio, puerco y lleno de toda mancilla y fealdad. Verdad sea que estos indios usaban de la adoración de esta diosa Tlazolteutl diferentemente que los antiguos, porque la adoraban en orden de tenerla propicia para el perdón de los pecados carnales y deshonestos, que aunque mentían en esto, no era tan grave su pecado como el de los que la tenían por diosa de sus torpezas. Eran muy devotas de esta falsa diosa Tlazolteutl las personas carnales, y le hacían sacrificios y ofrendas porque les perdonase sus pecados carnales y feos y que no los castigase por ellos, según lo más o menos de sus culpas.

CAPÍTULO XXXIII. *De los dioses que tenían los de las provincias de Paria, Cumana, Venezuela y Santa María y otras sus convecinas*



N LAS PROVINCIAS DE PARIA Y DE CUMANA y por todas aquellas tierras, sus convecinas y isleta de Cubagua, donde se solían pescar las perlas, Venezuela y Santa Marta, Cartagena, hasta la parte que nombraron el golfo de Uraba y la del Darién, con la costa del mar y las provincias y pueblos que se siguen, algunas leguas la tierra adentro, ningún ídolo ni templo se ha visto, ni se cree tener ni haber tenido todas aquellas gentes, solamente tienen sacerdotes que los doctrinan en la doctrina de Satanás, enseñados por este malo y capital enemigo; y hablando con éstos, saca los efectos de sus malas intenciones, como de esotras gentes se ha dicho en el capítulo pasado. Lo mismo era en toda la costa del sur, casi desde Panamá hasta la provincia de Nicaragua; y en la del norte, por el nombre de Dios y la provincia de Veragua; y de allí por toda aquella tierra que corre hasta Honduras, tenían conocimiento alguno de Dios verdadero y que era uno que moraba en el cielo, al cual en la lengua de las gentes del Darién llamaban Chicuhna. Querían decir por este nombre, principio de todo. A éste acudían con todas sus necesidades, pidiéndole remedio de ellas y a él hacían sus sacrificios. El mismo conocimiento de un Dios se tenía en las provincias de Honduras y Naco y adonde se pobló la ciudad de Gracias a Dios y hasta los confines de Quauhtemallan, creyendo haber un Dios criador de todo; pero esta noticia fue mezclada con la adoración que hicieron al sol y a la luna y a las estrellas; y a éstos hacían sacrificios. De manera que se verifica en éstos lo que dice San Pablo[1] de otros gentiles más antiguos, que aunque conocieron a Dios, no le adoraron ni reverenciaron como a tal; antes ciegos de su propia presunción adoraron piedras y palos, trocando la gloria de Dios en vana adoración de cosas corruptibles y perecederas, porque tenían dioses o ídolos de palo y piedra que presidían en el agua y en el fuego y de las sementeras y de otras muchas cosas. Por esto no eran éstos menos ciegos que los otros, de los cuales habla en aquel lugar

[1] Ad Rom. 1, 21.

el acto que se le atribuye es sucio, puerco y lleno de toda mancilla y fealdad. Verdad sea que estos indios usaban de la adoración de esta diosa Tlazolteutl diferentemente que los antiguos, porque la adoraban en orden de tenerla propicia para el perdón de los pecados carnales y deshonestos, que aunque mentían en esto, no era tan grave su pecado como el de los que la tenían por diosa de sus torpezas. Eran muy devotas de esta falsa diosa Tlazolteutl las personas carnales, y le hacían sacrificios y ofrendas porque les perdonase sus pecados carnales y feos y que no los castigase por ellos, según lo más o menos de sus culpas.

CAPÍTULO XXXIII. *De los dioses que tenían los de las provincias de Paria, Cumana, Venezuela y Santa María y otras sus convecinas*



N LAS PROVINCIAS DE PARIA Y DE CUMANA y por todas aquellas tierras, sus convecinas y isleta de Cubagua, donde se solían pescar las perlas, Venezuela y Santa Marta, Cartagena, hasta la parte que nombraron el golfo de Uraba y la del Darién, con la costa del mar y las provincias y pueblos que se siguen, algunas leguas la tierra adentro, ningún ídolo ni templo se ha visto, ni se cree tener ni haber tenido todas aquellas gentes, solamente tienen sacerdotes que los doctrinan en la doctrina de Satanás, enseñados por este malo y capital enemigo; y hablando con éstos, saca los efectos de sus malas intenciones, como de esotras gentes se ha dicho en el capítulo pasado. Lo mismo era en toda la costa del sur, casi desde Panamá hasta la provincia de Nicaragua; y en la del norte, por el nombre de Dios y la provincia de Veragua; y de allí por toda aquella tierra que corre hasta Honduras, tenían conocimiento alguno de Dios verdadero y que era uno que moraba en el cielo, al cual en la lengua de las gentes del Darién llamaban Chicuhna. Querían decir por este nombre, principio de todo. A éste acudían con todas sus necesidades, pidiéndole remedio de ellas y a él hacían sus sacrificios. El mismo conocimiento de un Dios se tenía en las provincias de Honduras y Naco y adonde se pobló la ciudad de Gracias a Dios y hasta los confines de Quauhtemallan, creyendo haber un Dios criador de todo; pero esta noticia fue mezclada con la adoración que hicieron al sol y a la luna y a las estrellas; y a éstos hacían sacrificios. De manera que se verifica en éstos lo que dice San Pablo[1] de otros gentiles más antiguos, que aunque conocieron a Dios, no le adoraron ni reverenciaron como a tal; antes ciegos de su propia presunción adoraron piedras y palos, trocando la gloria de Dios en vana adoración de cosas corruptibles y perecederas, porque tenían dioses o ídolos de palo y piedra que presidían en el agua y en el fuego y de las sementeras y de otras muchas cosas. Por esto no eran éstos menos ciegos que los otros, de los cuales habla en aquel lugar

[1] Ad Rom. 1, 21.

San Pablo, porque el mismo sol y la misma luna y el mismo lucero que adoraban les estaba diciendo en su orden y hermosura haber otro mayor, a quien se le debe este reconocimiento; porque como la deidad no es partida, no se debe dar sino aquel cuya es, que es el hacedor del sol y de la luna y de las estrellas; y así ciegos de este error se desvanecieron y quedaron tontos y necios y dignos de la ira de Dios, y entregados a todos sus deleites y pasatiempos (como dice en este mismo capítulo el apóstol).[2]

Dando la vuelta para la provincia de Uraba, y de allí entrando por la tierra adentro hacia el reino de Popaian y el que dicen de Granada, donde se contienen innumerables naciones, no se hallaron templos ni estatuas o ídolos que parezcan ser dioses, sino que en las casas de los señores de los pueblos, u de las provincias, había un aposento apartado, muy empetatado o esterado, limpio y adornado, que parecía como oratorio, y allí había muchos incensarios de barro donde quemaban muchas resinas y cosas aromáticas, y entre ellas unas yerbas muy menudas, de las cuales algunas tenían una flor negra y otras blanca. En otras partes y casas de señores había, entrando en ellas, una renglera de quince y veinte imágenes de bulto, hechas de palo y puestas en orden y concierto, de la estatura de un hombre; y las cabezas de calaveras de personas racionales, los rostros y caras hechas de cera de diversas facciones y diversos en el asiento y planta, porque no todos tenían una postura, ni miraban de una manera. Estas imágenes o estatuas, más se cree haber sido de los señores antecesores de aquellos que gobernaban, imitando éstos al rey Nino de Babilonia, que hizo la imagen de su padre Belo (como en otra parte decimos);[3] y, aunque a los principios no hubo otro motivo, después el demonio, que no duerme, lo convirtió en falsa y vana adoración suya. Y esto mismo se puede entender de estas figuras, que aunque se hubiesen hecho por aquel solo fin, ya servirían de ídolos de el demonio. Y esto se verifica, porque decían que aquéllas servían de oráculos, porque cuando llamaban los sacerdotes al demonio, entraba en ellas y allí daba sus respuestas a lo que se les preguntaba o los mismos sacerdotes se metían en ellas y hablaban (como en otra parte decimos de otras gentes y naciones).

En algunas partes de la provincia de Popaian, las gentes de ellas (o por ventura notadas, sino solos aquellos sacerdotes de que todo este Nuevo Mundo abundaba) hinchían de paja cueros de tigre y dentro de ellos les hablaban y respondían los demonios, y así aquéllos eran sus oráculos. Por esta manera y suerte iba la religión, en cuanto a los dioses de todas las naciones que había en todas las provincias que habemos nombrado y otras que dejamos de nombrar, que corren por muchas leguas, hasta entrar en los reinos del Perú, donde más donde menos, y casi la mayor parte de este orbe tiene algún conocimiento de el verdadero Dios; pero éste mezclado y ofuscado con el demonio, al cual adoraron y reconocieron como a Dios, según lo más o menos que del mismo Dios verdadero señor nuestro le fue permitido.

[2] 1, 31.
[3] Infra cap. 25.

CAPÍTULO XXXIV. *De los dioses lares que estas gentes indianas tenían, llamados Tepictoton*



OMO TODA LA GENTILIDAD Y PUEBLO IDOLÁTRICO ha sido siempre uno en razón de idolatría (en unos más y en otros menos), por esto han seguido unas mismas cosas los unos y los otros, o ya movidos de su sola inclinación o ya por persuasión y consejo del demonio. Y entre las cosas que mucho han conformado estos indios, con los otros de las otras naciones, ha sido en la elección que han hecho de dioses manuales y comunes, los cuales los antiguos los llamaron lares, y estos indios, Tepictoton. Estos lares tenían los antiguos por ministros de los dioses y guardadores de los hombres. De éstos había unos que guardaban las casas; otros, los caminos; otros, otras cosas del servicio de la república. A estos lares se les ofrecían, en los primeros días de los meses, ciertos sacrificios y por su honor se ponían también ciertas muñecas, hechas de lana, de figura de niños y niñas, colgadas en las encrucijadas.[1] Estas figurillas eran tantas (según Servio[2] dice) cuantos eran los hombres libres y esclavos que había en casa; y esto hacían porque a los vivos no hiciesen mal ni daño, contentos y pagados de aquellos idolillos que les presentaban.

Estos indios tenían de estos dioses lares; y era ley, entre algunas de estas gentes, que los reyes y señores tuviesen continuos en sus casas seis dioses; los caballeros y nobles, cuatro; y los plebeyos y populares, dos. Tenían ídolos en los patios de las casas y en los lugares eminentes, como montes o sierras, puertos y collados o subidas altas. Teníanlos también junto de las fuentes, donde hacían sus altares cercados de gradas. De estos altares había en los caminos con sus ídolos, y en los barrios de los pueblos y calles de la ciudad. Éstos son como aquellos dioses y altares que dice la Sagrada Escritura, en el cuarto *De los reyes*,[3] que estaban a la puerta y entrada de la casa de Josias; porque de éstos hubo en aquella ciudad muchos en el tiempo de Achaz, que los edificó en muchas partes del pueblo. Y esto mismo hicieron después las gentes del rey Antioco cuando saquearon la ciudad y destruyeron sus moradores, que poniendo un abominable ídolo sobre el altar del templo, pusieron en lo restante de los pueblos y barrios altares, y a las puertas de las casas sus ídolos, y en las plazas quemaban incienso y sacrificaban, como se dice en el primero *De los macabeos*.[4]

Otras imágenes semejantes o idolillos, como las referidas muñecas de los antiguos, hacían estos indios a honra de los dioses monteses, a los cuales atribuían todas las enfermedades que procedían de frío; y por esto les hacían sus imágenes en sus casas y los incensaban y enramaban con flores y honraban con otras ofrendas de día y de noche, todo a fin de tenerlos

[1] Plaut. Aulular. in Prolog. et Scena 5. A. 2. Ovid. eleg. 3. lib. 1. Trist.
[2] Servius in 2. et 3 Aeneid.
[3] 4. Reg. 25.
[4] 1. Mach. 1.

propicios, para que los librasen de semejantes enfermedades, y que si las tuviesen los librasen y sanasen de ellas. De aquí se entenderá la razón por qué en muchas partes de los caminos, y en los montes, y en las ciudades y pueblos, hay en las encrucijadas de las calles cruces y humilladeros; porque como en estas partes dichas había ídolos y dioses que llamaban lares, los quitaron los primeros ministros del evangelio, y en su lugar pusieron la imagen de la Santa Cruz para que en su vista se recordase la memoria del que murió en ella, que es Jesucristo, nuestro señor, verdadero Dios de los hombres, y se pusiese en olvido el falso culto del demonio, que en esos mismos lugares se hacía y obraba.

CAPÍTULO XXXV. *Donde se dice y declara el origen y principio que tuvieron las imágenes en el mundo, y del tiempo que comenzaron las estatuas y simulacros del demonio*



MAGEN (dejadas otras significaciones que tiene) es una semejanza de otra cosa, la cual la representa por ausencia suya. Esta representación, que nosotros llamamos imagen, llamaron los antiguos simulacro, tomada la etimología (como dice San Isidoro)[1] de la similitud y semejanza porque son unas figuras semejantes a las cosas que representan, según su industria y saber del artífice que las hizo. De manera que se llaman simulacros, o porque son semejanzas de lo que representan, o porque son fingimientos y simulaciones de lo que quieren por ellas significar. Según el mismo santo, dicen los hebreos que el primero que inventó estos simulacros o figuras fue Ismael, hijo de Abraham. Que sea así, no lo sé; aunque es muy cierto que los hizo deducido de la Sagrada Escritura, donde en el *Génesis*[2] se dice que Sara, madre de Isaac, vido a Ismael su entenado jugar con su hijo, donde entre otras significaciones que esta dicción jugar tiene, es una idolatrar; y algunos dicen que hacía idolillos de barro, con que reconocía dioses falsos. De manera que lo cierto de este lugar es que Ismael hacía ídolos y simulacros, pero no se sabe que fuese el primero, demás de que en tiempo de Tharé, padre de Abraham, había idolatría y, como tenemos probado en este mismo libro, antes del Diluvio la hubo, y pudo ser que entonces se inventase esta invención diabólica.

Y dice San Isidoro,[3] que en tiempo de Heber se edificó la Torre de Babilonia, donde había templos de mármol hermosísimos, la cual fue edificada por Nembroth, aunque antes lo había dicho San Gerónimo[4] por estas palabras. La fortaleza de aquella ciudad de Babilonia es una torre que fue edificada después de el Diluvio, la cual tenía de alto cuatro mil pasos, en modo piramidal, para que el edificio se sustentase. Y hay quien diga por

[1] Div. Isidor. lib. 8. Ethymol. cap. 11.
[2] Genes. 21.
[3] Lib. Chro. 2. Aetat. sacul.
[4] Div. Hier. in Isai. cap. 4.

propicios, para que los librasen de semejantes enfermedades, y que si las tuviesen los librasen y sanasen de ellas. De aquí se entenderá la razón por qué en muchas partes de los caminos, y en los montes, y en las ciudades y pueblos, hay en las encrucijadas de las calles cruces y humilladeros; porque como en estas partes dichas había ídolos y dioses que llamaban lares, los quitaron los primeros ministros del evangelio, y en su lugar pusieron la imagen de la Santa Cruz para que en su vista se recordase la memoria del que murió en ella, que es Jesucristo, nuestro señor, verdadero Dios de los hombres, y se pusiese en olvido el falso culto del demonio, que en esos mismos lugares se hacía y obraba.

CAPÍTULO XXXV. *Donde se dice y declara el origen y principio que tuvieron las imágenes en el mundo, y del tiempo que comenzaron las estatuas y simulacros del demonio*



MAGEN (dejadas otras significaciones que tiene) es una semejanza de otra cosa, la cual la representa por ausencia suya. Esta representación, que nosotros llamamos imagen, llamaron los antiguos simulacro, tomada la etimología (como dice San Isidoro)[1] de la similitud y semejanza porque son unas figuras semejantes a las cosas que representan, según su industria y saber del artífice que las hizo. De manera que se llaman simulacros, o porque son semejanzas de lo que representan, o porque son fingimientos y simulaciones de lo que quieren por ellas significar. Según el mismo santo, dicen los hebreos que el primero que inventó estos simulacros o figuras fue Ismael, hijo de Abraham. Que sea así, no lo sé; aunque es muy cierto que los hizo deducido de la Sagrada Escritura, donde en el *Génesis*[2] se dice que Sara, madre de Isaac, vido a Ismael su entenado jugar con su hijo, donde entre otras significaciones que esta dicción jugar tiene, es una idolatrar; y algunos dicen que hacía idolillos de barro, con que reconocía dioses falsos. De manera que lo cierto de este lugar es que Ismael hacía ídolos y simulacros, pero no se sabe que fuese el primero, demás de que en tiempo de Tharé, padre de Abraham, había idolatría y, como tenemos probado en este mismo libro, antes del Diluvio la hubo, y pudo ser que entonces se inventase esta invención diabólica.

Y dice San Isidoro,[3] que en tiempo de Heber se edificó la Torre de Babilonia, donde había templos de mármol hermosísimos, la cual fue edificada por Nembroth, aunque antes lo había dicho San Gerónimo[4] por estas palabras. La fortaleza de aquella ciudad de Babilonia es una torre que fue edificada después de el Diluvio, la cual tenía de alto cuatro mil pasos, en modo piramidal, para que el edificio se sustentase. Y hay quien diga por

[1] Div. Isidor. lib. 8. Ethymol. cap. 11.
[2] Genes. 21.
[3] Lib. Chro. 2. Aetat. sacul.
[4] Div. Hier. in Isai. cap. 4.

escrito (añade luego) que había en ella muchos templos de mármol y estatuas doradas o de oro, y plazas muy adornadas de varias y diferentes piedras, y cosas de oro y plata y otras muchas cosas que parecen increíbles. De donde se sigue que cuando Ismael nació ya había ídolos, mayormente que (como nota el mismo San Isidoro) luego en tiempo de Phaleg, padre de Rehu, comenzaron a edificarse los templos, y en ellos adorarse algunos príncipes por dioses, que debió de ser la estatua de Belo, como hemos dicho; porque dice un poco antes de esto que Nembroth, gigante, después de la confusión de las lenguas, pasó a los persas y les hizo adorar el fuego; y a la estatua de este Belo ofrecieron incienso y sacrificios, como lo afirman San Gerónimo,[5] Egesippo,[6] y Fulgencio,[7] y Cirilo,[8] mayormente que Abraham alcanzó a Phaleg, diez y ocho años antes que muriese, porque vivió ducientos y nueve años, en cuyo tiempo (como hemos dicho) dicen, que comenzó la idolatría y adoración de los ídolos, después del Diluvio, y no luego a los diez y ocho años de su edad engendró a Ismael, sino muchos después. De donde se sigue no haber nacido cuando había estatuas en el mundo, y por consiguiente manera no ser el primer inventor de ellas, aunque debía de hacerlas a ejemplo de otros idólatras, a quien habría visto hacerlas, como el que había estado entre infieles e idólatras.

Los gentiles tuvieron que Prometheo fue el primero que fingió de barro estos ídolos o simulacros dichos, y que de él comenzó el arte estatuaria y dio principio a la escultura; de donde fingieron los poetas haber tenido los hombres principio de él, en la fábula que fingen haber ido al cielo y traído fuego hurtado, con que dio vida al hombre que de barro había formado. Así lo dicen Horacio,[9] Virgilio[10] y Ovidio;[11] pero la verdad es, como dice Lactancio, que hizo una estatua de barro que se movía, de donde tomaron motivo los dichos de decir este disparate. Pero los griegos (según el mismo Isidoro)[12] lo atribuyen a Cecrops, diciendo que éste fue el primero que dio nombre a Júpiter, y que halló los simulacros o ídolos, levantó altares y ordenó sacrificios, todo lo cual nunca hasta entonces habían visto ni sabido los de Atenas.

Supuesto lo dicho decimos que por dos cosas parece que inventaron los gentiles sus ídolos; la una, porque aquellas cosas que sabemos que hay en el ser de naturaleza, y es a nosotros su conocimiento necesario, las cuales cosas no vemos y deseamos conocerlas y tener noticia de ellas, buscamos su conocimiento por el orden más fácil y posible a su naturaleza. Y es el fundamento esto, que padeciendo necesidades los hombres, y teniendo poco posible para remediarlas, buscan poder y fuerzas que sobrepujen al trabajo, para que vencido de ellas se disminuya o deshaga de todo punto y quede

[5] Div. Hier. in Osaeam, cap. 2.
[6] Egesipp. de Idolorum Origine.
[7] Fulg. lib. 1. mytholog.
[8] Ciril. lib. 3. contra Iul.
[9] Horat. lib. 1. Odar.
[10] Virg. eclog. 61.
[11] Ovid. lib. 1, Metha.
[12] Div. Isidor. lib. 8. Ethymol. cap. 11.

el atribulado hombre libre de la opresión que padece. Y como siempre lo visible parece que consuela (como sucede en un espanto o asombro, que viendo el asombrado alguno que le favorezca y socorra, se alienta y alivia), así el hombre asombrado y afligido, por parte de los trabajos de la vida, no sólo se contenta con tener dios invisible que le favorezca, sino que este dios sea visible (en cuanto fuere posible) para que viéndolo con ojos corporales, fíe de él en aquel conflicto que padece todas sus angustias y necesidades. La otra fue, porque las personas que conocimos y murieron o fallecieron (las cuales eran queridas y amadas de lo dulce y sabroso de nuestra voluntad) nos incitan con memorias continuas y suspiros ordinarios a que las busquemos; y como no es posible darles vida, ni reducirlas al ser de naturaleza (que es lo que hiciéramos, si pudiéramos, para quietar el desasosegado apetito) por eso apetecemos y buscamos cosas que ya que al vivo y cumplidamente no, a lo menos en lo que más posible fuere nos las representen. De las primeras se entienden las cosas invisibles, que son demás de lo dicho, Dios, el ángel, el demonio y el ánima, que se llaman inteligencias, que como son espirituales y ajenas de cuerpos, no son visibles; y como no caen debajo de ningún sentido corporal, por esto el de la vista, que es corpóreo, no puede verlo ni percibirlo. Y aunque es verdad que Dios es puro espíritu, y por serlo no es visible, ni figurable, con todo eso, como cosa tan necesaria al hombre para su ser y conservación y otras cosas que concurren a la pasadía y sustentación de su vida, y también por ser último fin suyo, para el cual fue criado, no es posible pasar sin su conocimiento (pareciéndole ser muy obscuro el de la fe), y por esta razón lo figuran con representación y signo visible, como es la imagen artificial que lo representa. Aunque en realidad de verdad no la hay que pueda serlo suya, como luego diremos.

Luego que la ha figurado, como más y mejor ha podido, la festeja y celebra, en su gusto, lo más aventajadamente que puede; lo cual comprueba aquella fiesta tan célebre que los hijos de Israel hicieron al diabólico becerro, que fundieron de sus joyas y levantaron por su dios, diciendo: ¡éstos son tus dioses oh Israel!, que te sacaron de la opresión y cautiverio de Egipto,[13] en el cual yerro no cayeron por desear ver aquel dios que los guiaba, como queriendo tener a los ojos corporales una representación de lo que les pedía el deseo; y así dijeron a Aarón: danos dioses que nos guíen; como quien dice: aunque confesamos haber Dios, no nos contentamos con saberlo, sino con conocerlo y verlo corporalmente (como si Dios fuese corpóreo). Y esto siente el Tostado.[14] De manera que el ánimo del hombre desea ver aquel Dios que le parece que le es favorable en sus necesidades y en los demás trabajos de su vida; y como no le ve (por no ser visible) le hace imagen que lo represente. Y de esta manera tuvieron origen las imágenes y figuras que representan las cosas espirituales e invisibles, y que se presume que son capaces de alguna divinidad. Y de aquí tuvieron principio las estatuas y simulacros de los falsos y detestables dioses que los

[13] Exod. 32.
[14] Ab. q. 6. in hunc loc.

antiguos gentiles inventaron y adoraron, siendo piedras y palos muchos, no sólo en sí, pero en los mismos que representaban, como por baldón se lo refirió Dios a su pueblo, diciendo que adoraron esculturas hechas de manos de hombres. Y San Pablo,[15] que trocaron la gloria de Dios en semejanza de corruptibles hombres.

El segundo modo de inventar imágenes y figuras de las cosas que fueron y ya dejaron de ser fue el amor que los hombres les tuvieron, como se ha dicho, y el deseo de volverlos a ver, si posible fuera; y por no serlo, engañaron el deseo con figura o imagen que representándolo en algo le mitigase y apagase las ansias con que deseaba verle y gozar de su presencia, como en vida la gozaba. Esto se lee haber hecho Nino, rey de los asirios, con su padre difunto, llamado Belo, al cual como le quisiese mucho y le afligiese su memoria, después de muerto, hízole imagen y estatua que lo representaba, la cual colocó en un lugar y capilla que en una sala de su casa le dedicó. Allí fue por entonces reverenciada, como retrato que era del difunto; pero después adorada por dios, a cuyos pies se solían ir los delincuentes, y como en lugar sagrado se amparaban y libraban de la justicia. De este hecho tomaron ocasión otros muchos hombres ricos y poderosos de hacer retratos y levantar estatuas. Unos, de sus hijos difuntos, a quienes amaron mucho en vida; otros, de sus padres, deudos y parientes. Y aunque por el tiempo que vivieron los que las mandaron hacer o hicieron, sirvieron de memorias vivas a sus muertas confianzas, con cuya presencia recibían algún consuelo. Después, como creció la ignorancia o (por hablar mejor) el vicio de la lisonja, ya aquellos que eran maderos y piedras, que representaban personas queridas de otras, fueron estimadas y reverenciadas y tenidas por dioses. Y éste fue un género de maldad perniciosísima que apartó a los hombres del verdadero conocimiento de Dios, y por el cual Dios se apartó de ellos, y reprobó no sólo a los ídolos (que de suyo son reprobados) sino también a sus inventores y factores, como lo dijo el Espíritu Santo, en el *Libro de la sabiduría*,[16] diciendo que la invención y erección de los ídolos y simulacros fue un gravísimo adulterio que el alma cometió contra Dios y una corrupción y perdición de la vida.

[15] Ad Rom. 1, 23.
[16] Sap. 14. 12.

CAPÍTULO XXXVI. *Donde se dice el intento del demonio en haber usado de estatuas y simulacros en el mundo; y de cuán antiguo engaño ha sido el haberse disfrazado en diferentes formas para engañar a los hombres. Y cómo la primera imagen fingida se mostró en el paraíso*


UPUESTO LO QUE EN EL CAPÍTULO PASADO hemos dicho acerca de la erección de las imágenes y simulacros, decimos en éste, que aquel engañador universal de las gentes, de quien dice San Pedro,[1] que anda cercando y rodeando el mundo por ver si halla que tragar, como bestia cruel y fiera, usó de esta astucia, maña e invención, por parecerle hallar en ella más fácil entrada a sus engaños y facilidades diabólicas, porque siendo (como es) espíritu invisible e incapaz de cuerpo y lengua, con la cual se forman las palabras en la boca herida de la lengua y el aire, no era posible por sí mismo, sin darse a entender por algún modo corpóreo y visible, salir con su pretensión; y así usó de esto dicho, aprovechándose de las imágenes de las criaturas para darse a entender por ellas. Su origen y principio fue en el Paraíso deleitoso donde Dios tenía puestos aquellos dos primeros hombres, que fueron la muestra del paño fino de la omnipotencia de Dios, y el principio de la naturaleza humana, a los cuales debió de dar muchas vueltas y rodearlos para ver qué modo tendría para engañarlos y apartarlos de Dios y ponerlos en su dominio y señorío. Y después de haber dado y tomado consigo mismo, no por discurso silogístico o razones mesuradas con tiempo, sino con premisas y antecedente, seguidos unos de otros, conoció que el más fácil modo podía ser hablar a nuestra madre Eva en forma humana, tomando semejanza suya y rostro parecido (en lo formal de la naturaleza, aunque diferente en las facciones) al de la misma mujer y ponerse a razonar con ella, cercado y rodeado de esta engañosa y maliciosa máscara.

Lo dicho se prueba con este discurso. En el tiempo y estado de inocencia no tenía poder ni autoridad el demonio de tentar al hombre moviéndole interiormente, conviene a saber, incitándole el apetito sensible con movimiento ilícito y desordenado, porque en las fuerzas inferiores, que consisten en lo material del cuerpo, no podía haber cosa desordenada si no procediera y naciera esta desorden de la razón y consentimiento de la voluntad, por lo cual dice Lira[2] que el demonio no podía tentar a nuestra madre Eva sino exteriormente, proporcionando a los sentidos exteriores alguna cosa con que inclinarla a lo que proponía; y así era muy fácil de vencer esta tentación (como nota muy doctamente nuestro Nicolao), porque si no, podía mover los sentidos interiores por los cuales se rigen los exteriores; aunque les representara muchas cosas no les venciera hasta que la razón se venció,

[1] 1. Petri 5.
[2] Nicolao de Lira.

con cuyo vencimiento quedaron vencidos y rendidos todos los demás sentidos; y así, dice San Agustín,[3] en el comento del *Génesis,* que no tenía el hombre contrario que pudiese forzarle y persuadirle a vivir mal, si él mismo no quisiera. De manera que no fuera poderoso el demonio a moverle ni persuadirle a lo que quería, sino que sólo le incitara con actos interiores. Por lo cual (y para poder mejor argumentar con Eva) se le apareció en forma visible. Esta forma dice Nicolao que fue de serpiente, en la cual se metió, y que era de aspecto espantoso y horrible, y que no fue elección absoluta del demonio, sino más por divina dispensación de Dios, el cual no permite que el hombre sea tentado del demonio en forma hermosa y agraciada, por la cual es fácil de engañar un hombre. Pero hace contra esto el dicho de San Pablo,[4] que suele este falso espíritu transfigurarse en ángel de luz para hacer sus lances falsos. Oleastro[5] siente haber sido animal que andaba en dos pies y levantado; pero que después de haberse aprovechado de él el demonio, para su engaño, fue por maldición de Dios postrado y derribado en tierra, para que anduviese sobre los pechos y manos. Pero Genebrardo[6] (refiriendo lo que se dice *In hortulo sanctii)* dice, que era animal, cuya forma y hechura de medio cuerpo arriba, parecía persona humana con el rostro de doncella hermosa, y lo demás de su cuerpo de culebra, aunque lo contradice Lira.

Séase lo que se fuere, lo que yo quiero probar es que el demonio como astuto, sagaz y caviloso que es, se aprovechó de aquella figura para su traición y dolo; y como le quedó sabrosa la mano de aquella buena suerte que con la mujer tuvo (aunque mala y perniciosa para todos sus hijos), tomó ánimo para engañar de allí adelante por esta manera y modo a todas las gentes del mundo, que ciega y desventuradamente han seguido su falsa y engañosa religión, pudiéndose llamar más propiamente corrupción y caída de abominaciones y males. Y de aquí tuvo origen de hablar por estatuas y simulacros y otras cosas, conforme hallaba más dispuestos a los hombres para oírle; y así se dice que hablaba en el oráculo dodoneo, en una encina, con Apolonio Thianeo (según Filostrato); en un olmo a Pitágoras (según Porfirio); en las aguas de un río, a Juliano, apóstata; y a Máximo, filósofo, con diversas voces y formas. Y a los encantadores, que en diversas partes suele haber, en figura de cabrón y de cabra, y en otras formas diversas. Pero llegando a lo más moderno, sabemos haberse comunicado a estos indios de muchas maneras y en muy varias formas. De los cuales los primeros que se me ofrecen son los indios de La Española y Cuba, a los cuales les hacía erigir dioses y hacer estatuas e ídolos de esta manera, según la relación que dio un ermitaño, llamado fray Ramón y lo que el almirante don Christóbal Colón dijo.

Cuando algún indio iba camino, y veía algún árbol, que con el aire se movía más que los otros, tomaba de esto mucho miedo y llegábase a él y

[3] Div. Aug. in cap. 11. Genes ad litteram.
[4] 2. Ad Cor. 11.
[5] Oleast. in Genes. cap. 3.
[6] Geneb. lib. 1. Cron.

preguntábale diciendo: ¿Tú, quién eres? Y respondíale el árbol: Llámame aquí a un bohique (que es sacerdote) y él te dirá quién soy. Iba corriendo el indio y llamaba al sacerdote, el cual, venido a aquel lugar, llegábase al árbol y sentábase junto de él, diciendo ciertas palabras y haciendo juntamente otras extraordinarias ceremonias; y luego se levantaba y le refería todas las dignidades y títulos de los mayores señores que había en la isla; y le preguntaba: ¿Qué haces aquí? ¿Qué me quieres o para qué me mandaste llamar? Dime si quieres que te corte, si quieres ir conmigo y de qué manera quieres que te lleve, que yo te prometo de hacerte casa y labrarte y cultivarte una granja o heredad. Detrás de todo lo dicho luego el árbol (o el demonio en él) le hablaba y le decía lo que quería y que lo cortase y dábale el modelo y manera cómo le había de edificar la casa y labranza y las ceremonias y sacrificios que por el discurso del año le había de hacer. Cortaba el árbol el sacerdote o hechicero, o labraba de él una estatua o ídolo muy mal tallado y figurado, porque comúnmente los pintaban feos, sin acertar a darles hermosura ni gracia; y es muy bien que la figura de un tan feo y disforme espíritu, que en nada la tiene, aun en sus retratos y figuras no la merezca, lo cual puede servir de prueba a la razón de nuestro lirano,[7] arriba referida. Hacíale de allí adelante cada año fiesta y ciertas ceremonias; y pedíale lo que era necesario para la república y oía sus respuestas, sirviendo de oráculo la dicha estatua. A todos los demás de la Nueva España era muy ordinario hablarles por sus ídolos y en sus falsos y abominables templos, mintiendo por sus oráculos en casi todo lo más que decía.

CAPÍTULO XXXVII. *De cómo los antiguos y modernos gentiles de estas Indias pintaban y figuraban las estatuas de sus dioses; y el intento que tenían en variar sus pinturas*



A POR LOS CAPÍTULOS PASADOS hemos dicho la antigüedad de las figuras, imágenes o simulacros y el intento del demonio en inventarlos; ahora resta decir en éste cómo las delineaban o formaban, y los particulares y diversos fines que para ello tuvieron; porque aunque es verdad que las gentes erradas en el conocimiento del verdadero Dios, no supieron atribuirle a él solo lo que fingieron en muchos, no por eso dejaban de conocer que aquellas cosas que hacían, con que servían al demonio, eran debidas a la divinidad, que es suprema a todas las cosas criadas; y que puede en todas ellas, como en obras de sus manos, sólo, como decimos, estuvo y está la falta en el fingimiento de muchos dioses, a quien se lo han atribuido, no siendo más de uno y repugnando a la razón que sean muchos (como ya en otra parte hemos dicho).

[7] Lira ubi supra.

preguntábale diciendo: ¿Tú, quién eres? Y respondíale el árbol: Llámame aquí a un bohique (que es sacerdote) y él te dirá quién soy. Iba corriendo el indio y llamaba al sacerdote, el cual, venido a aquel lugar, llegábase al árbol y sentábase junto de él, diciendo ciertas palabras y haciendo juntamente otras extraordinarias ceremonias; y luego se levantaba y le refería todas las dignidades y títulos de los mayores señores que había en la isla; y le preguntaba: ¿Qué haces aquí? ¿Qué me quieres o para qué me mandaste llamar? Dime si quieres que te corte, si quieres ir conmigo y de qué manera quieres que te lleve, que yo te prometo de hacerte casa y labrarte y cultivarte una granja o heredad. Detrás de todo lo dicho luego el árbol (o el demonio en él) le hablaba y le decía lo que quería y que lo cortase y dábale el modelo y manera cómo le había de edificar la casa y labranza y las ceremonias y sacrificios que por el discurso del año le había de hacer. Cortaba el árbol el sacerdote o hechicero, o labraba de él una estatua o ídolo muy mal tallado y figurado, porque comúnmente los pintaban feos, sin acertar a darles hermosura ni gracia; y es muy bien que la figura de un tan feo y disforme espíritu, que en nada la tiene, aun en sus retratos y figuras no la merezca, lo cual puede servir de prueba a la razón de nuestro lirano,[7] arriba referida. Hacíale de allí adelante cada año fiesta y ciertas ceremonias; y pedíale lo que era necesario para la república y oía sus respuestas, sirviendo de oráculo la dicha estatua. A todos los demás de la Nueva España era muy ordinario hablarles por sus ídolos y en sus falsos y abominables templos, mintiendo por sus oráculos en casi todo lo más que decía.

CAPÍTULO XXXVII. *De cómo los antiguos y modernos gentiles de estas Indias pintaban y figuraban las estatuas de sus dioses; y el intento que tenían en variar sus pinturas*



A POR LOS CAPÍTULOS PASADOS hemos dicho la antigüedad de las figuras, imágenes o simulacros y el intento del demonio en inventarlos; ahora resta decir en éste cómo las delineaban o formaban, y los particulares y diversos fines que para ello tuvieron; porque aunque es verdad que las gentes erradas en el conocimiento del verdadero Dios, no supieron atribuirle a él solo lo que fingieron en muchos, no por eso dejaban de conocer que aquellas cosas que hacían, con que servían al demonio, eran debidas a la divinidad, que es suprema a todas las cosas criadas; y que puede en todas ellas, como en obras de sus manos, sólo, como decimos, estuvo y está la falta en el fingimiento de muchos dioses, a quien se lo han atribuido, no siendo más de uno y repugnando a la razón que sean muchos (como ya en otra parte hemos dicho).

[7] Lira ubi supra.

Siendo esto así, decimos que muchas naciones del mundo, como dice Alexandro Afrodiseo, figuraban y pintaban las estatuas y figuras de sus dioses y diosas desnudas, por significar que su poder y pujanza no se encubría y era a todos muy manifiesta; y también para decir en esta desnudez, que los dioses son de ánimo sincero y desnudo y no manchado de vicios ni encubierto de el engaño que fuese haber debajo de el vestido y en el corazón del hombre encerrado en aquella obscura y tenebrosa caja del pecho, donde Dios lo encerró debajo de tan secreta llave. Los de Fenicia pintaban a sus dioses con bolsas y talegones de dineros en las manos para denotar que todo don y merced procede de las divinas manos. Los griegos los pintaron armados para denotar que eran poderosos y fuertes y que no había poder contra ellos.

Quien quisiere notar lo dicho verá ser todas estas cosas muy propias de Dios, por cuanto se hallan en él originalmente, cuya potencia excede, por ser infinita, cuya sinceridad y llaneza no tiene semejante, por ser verdad por esencia, como él mismo humanado[1] lo dijo, llamado camino recto y verdad infalible; es sin mancha ni mancilla, porque contra nadie la puede cometer, ni en nada puede ensuciarse, ni mancharse; es rico, como dice San Pablo,[2] en misericordia, y todo don bueno y perfecto viene de su mano, como dice Santiago,[3] y tan rico, que de lo superfluo y sobrado de sus riquezas comunica a los hombres, de lo enterrado en las entrañas de la tierra, como dice David; de sus cosas escondidas es lleno el vacío de su vientre, que es el deseo de las riquezas y codicia de las prosperidades y bienes temporales. Y si advertimos a la significación de los griegos, ¿quién como Dios, fuerte y poderoso? Que dice Michael,[4] en el cielo, venciendo a la criatura más hermosa y linda que Dios crió y echándola de aquel soberano reino: ¿quién como Dios? Como quien dice: no tiene semejante y es tan poderoso, que lo que crió de nada, puede destruir con la misma facilidad que lo crió y hizo; y qué mucho que revestido Dios de las armas de su divinidad tenga tanto poderío; pues vestido de esclavina pobre de hombre, con sola su palabra derriba y da en tierra con sus enemigos, cuando llegaron a prenderle en el huerto, diciendo: ¡Yo soy![5] Como quien dice: yo soy el que en todo tiempo y en todas ocasiones puedo hacer y deshacer, y no hay poder que se oponga al mío, porque el brazo de mi omnipotencia no descaece ni puede descaecer; y el que hizo al hombre con un *fiat* entre las flores del Paraíso, le derriba con *ego sum*, entre las del huerto de Getsemaní. De manera que todas estas condiciones y atributos son de Dios verdadero, atribuidas falsa y ciegamente a muchos dioses fingidos, que la divinidad que tienen no es más de la que los hombres han querido darles, incitados del demonio, que para este fin los ha engañado y traído ciegos y desatinados.

[1] Ioan. 8. et. 14.
[2] Ad Ephes. 2.
[3] Epist. Iac. 1, 17.
[4] Michael Interpretatur: Quis sicut Deus. Expians S. Pecata. Div. Hier. in cap. 8. Daniel.
[5] Ioan. 17.

Uno de los mayores dioses que la ciega gentilidad tuvo fue Júpiter, a quien atribuían la providencia y conservación de todas las cosas;[6] de quien dijo el otro poeta,[7] que oteaba desde su alto alcázar todas las cosas inferiores de la tierra y orbe. A éste pintaron los gentiles con un águila por divisa, para denotar que así como el águila es suprema y más noble entre todas las aves, así Júpiter el mayor y más poderoso dios de los gentiles. Unos le pintaron sin orejas, para decir que dios no oye mentiras ni fábulas, ni las tiene de costumbre, ni que es parcial en ninguna causa. Otros, con cuatro orejas, para denotar que oye atentamente y sabe acudir a todo muy proveída y sabiamente. Al dios Pan, que era el sol, pintaban con rostro bermejo, denotando sus rayos y calor y los colores que causa las mañanas y tardes, que llamamos arreboles, y con cuernos torcidos hacia el cielo, porque eleva de la tierra vapores con que engendra aguas y fertiliza la tierra y es causa de la generación de las cosas. Diéronle barba larga, representando los rayos que calan la tierra para lo dicho. Vestido con un cuero o piel variado de manchas y de colores, a manera de tigre, para denotar la variedad que causa en las generaciones, así de animales como de plantas y multitud de ríos y montes. Otras pinturas y insignias le daban, en las cuales querían significar otras cosas, pero lo que yo quiero por éstas decir, es que todos estos ornamentos eran a fin de dar a entender el poder divino y alentar a los hombres a que pidiesen mercedes a dioses tan poderosos que les podían revelar de los trabajos de la vida.

Los indios de esta Nueva España tenían sus dioses y figuras no menos adornadas de insignias y ornamentos que los antiguos gentiles las suyas, las cuales tenían sus significados, denotando por ellas lo que aquel dios era y podía. La estatua de Huitzilopuchtli, que era el mayor dios que celebraban los mexicanos, era como de un gran gigante, toda hermosa y galanamente adornada de muchos ornamentos y rodeada de piedras preciosas y muchas joyas de oro y plata, de las cuales estaban formadas muchas aves, mariposas, ranas, peces del mar, flores de la tierra, para dar a entender que de todo era señor y hacedor. Tenía una máscara de oro, para denotar que la deidad es encubierta y que sólo se manifiesta con máscara, que es como lo que dice San Pablo,[8] que vemos por enigma y en espejo en esta vida mortal la divinidad de Dios porque sólo se manifiesta en los efectos por ser la divinidad oculta de los ojos de los hombres, los cuales no pueden verla; tenía en ella ojos de espejuelos muy relucientes para denotar que todo lo ve y nada ignora, y que nunca duerme, sino que siempre vela y atalaya sobre las criaturas, que es lo mismo que los antiguos atribuyeron a Júpiter, aunque los unos y los otros erraron, por ser de solo Dios verdadero esta condición y atributo. Estaba ceñida con una muy grande y gruesa culebra de oro, significando en esto la severidad de dios y cómo es culebra ponzoñosa para los que le han enojado. Tenía un collar al cuello hecho de diez corazones de hombres, para decir que la vida que los hombres tienen (la

[6] Sophocles in Antigon:
[7] Appollonius. lib. 2. Argonauticor.
[8] 1. Ad Cor. 13.

cual está significada en el corazón, por cuanto, según el Filósofo,[9] es el primero que vive y último que muere en el hombre) es participada de Dios, como si hubieran oído aquello de San Pablo:[10] en él somos y vivimos. Tenía otra cara en el celebro, a manera de hombre muerto, para denotar que así como en él está la vida, está también la muerte, y en su voluntad darla cuando quisiere.

Al dios Quetzalcohuatl pintaban en un ídolo muy grande y disforme, barbado y largo de rostro, y esto significaba que el aire se extiende y alarga mucho, por muchas partes, variando sus tiempos. Barbado, porque había pronosticado la venida de la gente barbada que había de venir a señorear estas tierras. Echado y no en pie, para denotar su ausencia. Al dios Tlaloc le pintaban de color azul y verde, denotando los visos de las aguas, por ser él dios de ellas. Poníanle en la mano una señal de oro larga y culebreada y muy aguda de la punta, para denotar los relámpagos y truenos y rayos, que de ellos salen cuando llueve. El dios de los tlaxcaltecas, llamado Camaxtli, tenía diez saetas en su mano, denotando su poder y el favor que a los suyos hacía en las guerras venciendo a sus enemigos. Otras muchas imágenes y figuras tenían con otras muchas representaciones, las cuales callo porque no pretendo sino probar, con lo dicho, lo propuesto en el capítulo y decir el intento de sus significados en las insignias de las estatuas.

CAPÍTULO XXXVIII. *De cómo estos indios mexicanos hacían y formaban la estatua de su mayor dios, llamado Huitzilopuchtli, de varias y diferentes semillas*



EMÁS DE LA IMAGEN Y FIGURA que en el templo mayor de Mexico tenían puesta a su falso y abominable dios Huitzilupuchtli (como ya hemos dicho) hacían cada año otra confeccionada y mezclada de diversos granos y semillas comestibles; la cual se formaba de esta manera: en una de las salas más principales y curiosas del templo (que era cerca de su altar y cu) juntaban muchos granos y semillas de bledos y otras legumbres y molíanlas con mucha devoción y recato, y de ellas amasaban y formaban la dicha estatua, del tamaño y estatura de un hombre. El licor con que se revolvían y desleían aquellas harinas era sangre de niños, que para este fin se sacrificaban, cuyo intento era denotar en la simplicidad y inocencia de la criatura la de el dios que representaba la dicha estatua. Después de formada, la tomaban en palmas los sacerdotes y sátrapas y con grande reverencia y estimación la subían al cu y altar que le tenían muy compuesto y aderezado, asistiendo a este acto todos los ministros, y sonando las trompetas y otros instrumentos que hacían mucho y muy gran ruido, y iban delante muchos bailando y cantando. Esto era de parte de noche, y

[9] Arist. de Somn & Vigil. cap. 2. & de Iuv. & Senect. cap. 1. et 2.
[10] Ac. Apost. 17.

cual está significada en el corazón, por cuanto, según el Filósofo,[9] es el primero que vive y último que muere en el hombre) es participada de Dios, como si hubieran oído aquello de San Pablo:[10] en él somos y vivimos. Tenía otra cara en el celebro, a manera de hombre muerto, para denotar que así como en él está la vida, está también la muerte, y en su voluntad darla cuando quisiere.

Al dios Quetzalcohuatl pintaban en un ídolo muy grande y disforme, barbado y largo de rostro, y esto significaba que el aire se extiende y alarga mucho, por muchas partes, variando sus tiempos. Barbado, porque había pronosticado la venida de la gente barbada que había de venir a señorear estas tierras. Echado y no en pie, para denotar su ausencia. Al dios Tlaloc le pintaban de color azul y verde, denotando los visos de las aguas, por ser él dios de ellas. Poníanle en la mano una señal de oro larga y culebreada y muy aguda de la punta, para denotar los relámpagos y truenos y rayos, que de ellos salen cuando llueve. El dios de los tlaxcaltecas, llamado Camaxtli, tenía diez saetas en su mano, denotando su poder y el favor que a los suyos hacía en las guerras venciendo a sus enemigos. Otras muchas imágenes y figuras tenían con otras muchas representaciones, las cuales callo porque no pretendo sino probar, con lo dicho, lo propuesto en el capítulo y decir el intento de sus significados en las insignias de las estatuas.

CAPÍTULO XXXVIII. *De cómo estos indios mexicanos hacían y formaban la estatua de su mayor dios, llamado Huitzilopuchtli, de varias y diferentes semillas*



EMÁS DE LA IMAGEN Y FIGURA que en el templo mayor de Mexico tenían puesta a su falso y abominable dios Huitzilupuchtli (como ya hemos dicho) hacían cada año otra confeccionada y mezclada de diversos granos y semillas comestibles; la cual se formaba de esta manera: en una de las salas más principales y curiosas del templo (que era cerca de su altar y cu) juntaban muchos granos y semillas de bledos y otras legumbres y molíanlas con mucha devoción y recato, y de ellas amasaban y formaban la dicha estatua, del tamaño y estatura de un hombre. El licor con que se revolvían y desleían aquellas harinas era sangre de niños, que para este fin se sacrificaban, cuyo intento era denotar en la simplicidad y inocencia de la criatura la de el dios que representaba la dicha estatua. Después de formada, la tomaban en palmas los sacerdotes y sátrapas y con grande reverencia y estimación la subían al cu y altar que le tenían muy compuesto y aderezado, asistiendo a este acto todos los ministros, y sonando las trompetas y otros instrumentos que hacían mucho y muy gran ruido, y iban delante muchos bailando y cantando. Esto era de parte de noche, y

[9] Arist. de Somn & Vigil. cap. 2. & de Iuv. & Senect. cap. 1. et 2.
[10] Ac. Apost. 17.

luego a la mañana iban los ministros y summo sacerdote a consagrarla y bendecirla (si consagración y bendición pudiera llamarse, aunque estos mismos indios nombraban este acto con este mismo lenguaje), a cuya bendición y consagración se hallaba todo el pueblo y otra mucha gente que de otras partes concurría a ver la dicha ceremonia que hacían con muchas ceremonias y palabras supersticiosas.

Hecha la consagración, llegaban todos los que podían a tocarle con las manos, ojos y boca, como cuando se toca una reliquia o cuerpo santo (aunque aquél era retrato del demonio) y juntamente le sembraban todo su cuerpo de joyas de oro y de piedras preciosas y de valor, conforme cada cual traía la devoción y tenía el posible, lo cual era fácil de introducir en la forma de el ídolo por estar fresca y tierna la masa de que estaba compuesto. Y hacían esta liberal ofrenda, pareciéndoles que hacían un muy gran servicio a su dios, y que por él les perdonaba sus pecados (que es lo que en doctrina católica y sana nos dice la Sagrada Escritura, que la limosna disminuye el pecado, y si hecha al prójimo tiene esta fuerza, mucho mayor será hecha ofrenda a Dios; de manera que aunque aquí no es de calidad meritoria por ser hecha al demonio, al fin se hacía por incitación suya), queriendo dar a entender que les valía para su limpieza y purgación de culpas a los que la hacían y daban. Pasado el día de la consagración de aquel diabólico y infernal pan y masa, no podía tocarle nadie ni entrar en su capilla, sino sólo el sumo sacerdote.

Luego aquella mañana, que ponían el ídolo en el altar, le hacían muy solemne ofrenda y sacrificio. Iban luego por la estatua y ídolo de el dios Paynalton, que es el dios de la guerra, vicario o sota-capitán del dicho Huitzilopuchtli, hecha de madera, la cual llevaba en brazos un sacerdote que representaba al dios Quetzalcohuatl, vestido con sus ropas y ornamentos, muy rica y curiosamente; al cual precedía otro, con una culebra muy grande y gruesa en las manos, tortuosa y con muchas vueltas, que iba delante levantada en alto, a manera de cruz en nuestras procesiones. Hacían una muy gran procesión acompañados de toda la gente, y a trechos y en diferentes cúes y altares le hacían sacrificios los sacerdotes que los servían, así de cautivos como de codornices. Y la primera estación era al barrio de Teotlachco, donde le mataban dos cautivos y otros muchos esclavos; y llegando a esta parte de la ciudad, llamada Tlatelulco, donde escribo esto, lo salían a recibir muy solemnemente y le sacrificaban gran número de codornices. De aquí pasaba a Popotlan, y después de haberle incensado con grandes ceremonias le hacían el mismo sacrificio. De aquí pasaban a Chapultepec, casi una legua de la ciudad, y le hacían la misma ofrenda y sacrificio. Luego volvía a otro barrio, llamado Tepetoca, y la gente de él le recibía con otras semejantes fiestas y sacrificios. Luego a otro, llamado Acachinanco, con la misma fiesta y honra. De aquí venían al templo de donde habían salido y subían la imagen de Paynalton al altar donde estaba la de Huitzilopuchtli, y dejábanla allí, con la bandera que había ido delante, llamada ezpaniztli; sólo se llevaban la culebra y la ponían en otro lugar para ella diputado.

Hecha esta procesión, que duraba lo más de el día, estaba ya aparejado todo lo necesario para el sacrificio, para cuyo comienzo tomaba el rey o señor supremo el incensario y echando incienso en él, con ciertas ceremonias, incensaba la imagen de su dios, haciendo oficio de sacerdote. Hecha esta ceremonia bajaban la imagen de Paynalton, delante de la cual iban todos los que habían de ser sacrificados y todo lo demás tocante al sacrificio, y daban tres o cuatro vueltas al templo, en manera de procesión, y luego subían a los míseros hombres a lo alto y sacrificábanlos comenzando por los cautivos en guerras y acabando aquel horrendo acto con los esclavos cebones, para aquello comprados, sacándoles los corazones y arrojándolos a los pies del ídolo.

Todo este día era de grandísima fiesta y regocijo, en el cual los sacerdotes tenían mucho cuidado de guardar la dicha estatua, velando toda la noche con mucha vigilancia para que no sucediese haber algún defecto o descuido en todo lo tocante a su veneración y servicio. Otro día, de mañana, bajaban la dicha estatua, y puesta en pie en una sala, entraban con ella el sacerdote Quetzalcohuatl, que el día antes había andado la procesión con la estatua de Paynalton en brazos; y el rey, con uno de los más privados del dicho dios Huitzilopuchtli, llamado tehua, con otros cuatro grandes sacerdotes y otros cuatro mancebos principales de los que tenían a cargo a los otros mozos del templo, llamados telpochtlatoque, en cuya presencia (y no de otro alguno) tomaba un dardo Quetzalcohuatl, en cuyo remate tenía un casquillo de pedernal y tiraba al ídolo al pecho, con el cual le pasaba y el ídolo caía. La cual ceremonia se hacía diciendo que era matar al dios Huitzilopuchtli para comer su cuerpo. Luego acudían los sacerdotes y uno de ellos le sacaba el corazón y dábalo al rey; y los otros hacían dos pedazos el cuerpo y la una mitad daban a los de este Tlatelulco, los cuales lo repartían muy por migajas entre todos los de los barrios, en especial a los mancebos soldados (sin dar a las mujeres nada de la masa del ídolo). Lo que quedaba a los de la parte de Mexico, llamada Tenuchtitlan, repartían en cuatro barrios, llamados Teopan, Atzaqualco, Quepopan y Moyotlan; y daban de él a los hombres, así grandes como pequeños y niños de cuna. Y ésta era su manera de comunión (como en otra parte decimos) y llamábase esta comida teoqualo, que quiere decir dios es comido; y con esto cesaba esta compostura de imagen y simulacro del demonio, continuada por todos los años en uno de los meses de él.



CAPÍTULO XXXIX. *Donde se confutan los errores de los idólatras pasados de esta Nueva España; y se dice su ceguera y confesamos un solo Dios, el cual comprehende todo lo que falsamente se atribuye a los falsos dioses*



A HEMOS DICHO QUE LA ADORACIÓN de los dioses falsos nació de ceguera de entendimiento y de la malicia del demonio y los ídolos y simulacros con que los figuraban. A estos ídolos llamaban los hebreos gillule, deducido de el verbo *galal,* que significa volver o revolver con algo, como parece en los *Proverbios;*[1] y por esto este verbo *galal,* significa revolución o cosa revuelta. Por esto los hebreos, que eran enseñados en la fe de un solo Dios por la ley que tenían y por la doctrina y enseñanza de sus mayores, como ultrajando y menospreciando a los gentiles, llamaban a sus ídolos gillulim, que quiere decir: suciedades y vascosidades; y por eso los llamó ídolos nuestra *Vulgata,* a la cual sigue Pagnino y otros con él. Pero los setenta intérpretes, por ídolos, dijeron: *cogitatus* o *animi conceptus,* porque todas las maquinaciones del ánima, todos sus torpes pensamientos (habiendo dejado a Dios) de aquellas cosas en las cuales ponen su felicidad y contento, son unos ídolos y simulacros que adoran los hombres a semejanza de los gentiles, que a cada pensamiento o necedad que pensaban constituían un dios; de los cuales dice Hesíodo y lo refiere Blondo[2] de Roma, triunfante, que se halló por cuenta haber adorado los hombres treinta y dos mil dioses; y no es maravilla que los que creyeron en tantos palos y piedras, reconozcan por dioses de su antojo todas sus vanas memorias y locos pensamientos, y que a cada uno constituyan un dios; pero lo cierto e infalible es que Dios no es más de uno y que este Dios uno, en esencia y Trino en personas, ha de ser adorado sobre todas las cosas (como lo dice por Isaías).[3] Yo soy el Señor y no hay otro como yo y fuera de mí no hay Dios; y en el *Deuteronomio,*[4] dice: Nuestro Señor no es más que un Dios; es incomprehensible y fuera de todos los límites de comprehensión. Y así Platón, en el *Libro de leyes,* dijo no ser lícito inquirir que sea Dios, pues no se puede ver con ojos corporales, ni con palabras explicar su grandeza y majestad. Y Tulio,[5] dijo haber preguntado el tirano a Simónides, ¿qué cosa era Dios?; y pidiéndole un día de plazo para deliberar y pensar en la pregunta, y luego otro y otro, y no acabando de responder en muchos, y preguntado por qué lo dilataba tanto, dijo, porque mientras más lo considero, más obscuro y dificultoso hallo el caso. Otros dicen que admirado el tirano de la dilación y cortedad de el Filósofo, y viendo cómo multiplicaba los días, le dijo: ¿Por ventura, esto que piensas es infinito? Entonces respondió el Filósofo: Eso es Dios. Y San Gerónimo dice, cuando

[1] Prov. 26.
[2] Blond. lib. 1 de Roma triumph.
[3] Isai. 45.
[4] Deut. 6.
[5] Cicer. lib. 1. de Nat. Deorum.

oyes decir Dios, entiende ser una substancia sin principio y sin fin, sin mezcla ni mixtura, invisible, incorpórea y sin su semejante, sin estimación y sin precio, porque todo lo estimable y preciado no llega a su estimación y precio. Y así, dice San Agustín:[6] Dios es en sí mismo alfa y omega. En el mundo como autor y gobernador de él, en los ángeles como hermosura y sabor, en su iglesia, como el padre de familias en su casa, en el ánima como el esposo en el tálamo, en los justos como ayudador y favorecedor, en los malos y reprobados como temor y horror.

Éste, pues, es el Dios verdadero, y no hay otro, y no son dioses estos teteu, que los indios decían, porque es mentira decir de ellos que son Teyocuyani, que es decir hacedor, ni Tetlamachtiani, que es glorificador, ni Ypalnemohuani, que es dador de vida, sino que todos ellos son tzitzimime, coleleti y tlatlacatecolo, que es decir, demonios y espíritus infernales, nanahuatli, brujos y hechiceros, tecocolianime, perseguidores, y ninguno es tetlaocoliani, misericordioso, tetlazotlani, amador de los hombres. Y esto es cierto que Ometecuhtli y Omecihuatl y Huitzilopuchtli y Quetzalcohuatl y Citlalatonac y Tezcatlipuca, no son dioses, ni lo pueden ser sino fingimiento del demonio; hácense adorar con estos nombres y deidades falsas, y que todas estas cosas que se atribuyen a tantos dioses fingidos están verdadera y realmente en Dios verdadero, criador de todas ellas, el cual vive y reina por todos los siglos de los siglos a quien sea dada toda honra y alabanza. Amén.

CAPÍTULO XL. *Del aborrecimiento grande que Dios ha tenido y tiene a la idolatría; y de la pena particular con que el demonio es castigado por haberla introducido en el mundo y enseñádola a los hombres*



L ABORRECIMIENTO Y ODIO que a una cosa se tiene nace de las causas intrínsecas que esa misma cosa tiene en sí, dignas de ese mismo odio y aborrecimiento; y siendo la idolatría tan abominable, por ser robo y hurto manifiesto que el demonio hace a Dios, usurpándole su gloria, es fuerza que de aquí nazca en su divino pecho aquel odio mortal que le tiene, que cuando no fuera por ser enemigo propio lo había de ser por ser malo, como lo es en todo. Para cuya inteligencia hemos de saber que idolatría viene de este vocablo ídolo, el cual es una figura o imagen vana y sin fundamento, hecha a algún dios vano y fingido, como lo nota Cicerón;[1] y así querrá decir: culto y adoración hecha a la criatura, siendo propia y natural de Dios, por lo cual se agravia Dios tanto de este desacato, que sentido de él, lo da a entender muchas y diversas veces a aquel pueblo escogido suyo, con palabras muy encarecidas, de las cuales refiere Moysén,

[6] Apoc. 1.
[1] Cicer. lib. 1. de Finibus bonorum et malorum.

oyes decir Dios, entiende ser una substancia sin principio y sin fin, sin mezcla ni mixtura, invisible, incorpórea y sin su semejante, sin estimación y sin precio, porque todo lo estimable y preciado no llega a su estimación y precio. Y así, dice San Agustín:[6] Dios es en sí mismo alfa y omega. En el mundo como autor y gobernador de él, en los ángeles como hermosura y sabor, en su iglesia, como el padre de familias en su casa, en el ánima como el esposo en el tálamo, en los justos como ayudador y favorecedor, en los malos y reprobados como temor y horror.

Éste, pues, es el Dios verdadero, y no hay otro, y no son dioses estos teteu, que los indios decían, porque es mentira decir de ellos que son Teyocuyani, que es decir hacedor, ni Tetlamachtiani, que es glorificador, ni Ypalnemohuani, que es dador de vida, sino que todos ellos son tzitzimime, coleleti y tlatlacatecolo, que es decir, demonios y espíritus infernales, nanahuatli, brujos y hechiceros, tecocolianime, perseguidores, y ninguno es tetlaocoliani, misericordioso, tetlazotlani, amador de los hombres. Y esto es cierto que Ometecuhtli y Omecihuatl y Huitzilopuchtli y Quetzalcohuatl y Citlalatonac y Tezcatlipuca, no son dioses, ni lo pueden ser sino fingimiento del demonio; hácense adorar con estos nombres y deidades falsas, y que todas estas cosas que se atribuyen a tantos dioses fingidos están verdadera y realmente en Dios verdadero, criador de todas ellas, el cual vive y reina por todos los siglos de los siglos a quien sea dada toda honra y alabanza. Amén.

CAPÍTULO XL. *Del aborrecimiento grande que Dios ha tenido y tiene a la idolatría; y de la pena particular con que el demonio es castigado por haberla introducido en el mundo y enseñádola a los hombres*



EL ABORRECIMIENTO Y ODIO que a una cosa se tiene nace de las causas intrínsecas que esa misma cosa tiene en sí, dignas de ese mismo odio y aborrecimiento; y siendo la idolatría tan abominable, por ser robo y hurto manifiesto que el demonio hace a Dios, usurpándole su gloria, es fuerza que de aquí nazca en su divino pecho aquel odio mortal que le tiene, que cuando no fuera por ser enemigo propio lo había de ser por ser malo, como lo es en todo. Para cuya inteligencia hemos de saber que idolatría viene de este vocablo ídolo, el cual es una figura o imagen vana y sin fundamento, hecha a algún dios vano y fingido, como lo nota Cicerón;[1] y así querrá decir: culto y adoración hecha a la criatura, siendo propia y natural de Dios, por lo cual se agravia Dios tanto de este desacato, que sentido de él, lo da a entender muchas y diversas veces a aquel pueblo escogido suyo, con palabras muy encarecidas, de las cuales refiere Moysén,

[6] Apoc. 1.
[1] Cicer. lib. 1. de Finibus bonorum et malorum.

en el *Éxodo*,[2] éstas; habló Dios todas estas palabras (conviene a saber): Yo soy tu Dios y señor, que te saqué de Egipto y de la casa de la servidumbre; no tendrás en mi presencia dioses ajenos; no harás estatuas labradas, ni semejanzas de las cosas que son debajo del cielo, ni en la tierra, ni de las que se crían en las aguas y mares; no las adorarás, ni honrarás; y mira que yo soy tu señor, Dios fuerte y celador, que inquirió y castigó la maldad de los padres en los hijos (temporalmente quiere decir) hasta la tercera y cuarta generación, por razón de aborrecerme; y hago infinitas mercedes a los que me aman y guardan mis mandamientos. Y luego dice: No ultrajarás, ni menospreciarás el nombre de tu Dios y señor. Pues si pide que se le guarde respeto a su nombre, ¿cuánto mayor se debe tener con ese mismo Dios? Y porque no entiendan pecar de ignorancia, les vuelve a refrescar la memoria, un poco más abajo, en este capítulo y les vuelve a decir: Mirad que no hagáis dioses de oro ni de plata, ¿pues qué se seguirá de haber hecho dioses de oro y plata y de no guardar este mandamiento? ¿Qué? Véase luego lo que pasa en la fundición del becerro, que habiendo subido Moisés al monte a hablar con Dios, obligaron éstos de este pueblo a su hermano Aarón, para que les diese dioses, y de común consentimiento lo formaron; que luego que vuelve el sabio capitán y caudillo de la expedición de su negocio, hallando el mal y daño hecho, echa mano a la espada, con muchos de sus aliados y parciales, y comienza a herir en los culpados, hasta quitar la vida a cuasi treinta y tres mil hombres.[3] Pues veamos ahora: ¿Movióse Moisés por agravio propio, que en su persona hubiese recibido, a hacer este ejemplar castigo? No. ¿Pues qué motivo tuvo? No otro que vengar la injuria hecha contra Dios y aplacar la ira de Dios ofendido y airado, que lo estaba tanto, por este gravísimo pecado, que rogándole Moisés por ellos, le respondió: Al que pecare contra mí, borraré su nombre de mi libro; que es lo mismo que se suele decir entre los hombres, cuando uno agravia a otro en cosas de su honor y persona, al que a mí me agraviare o tocare en un pelo de la honra, le quitaré la vida. Pues si de esta manera trata su honra un hombre, ¿qué hará Dios, viéndola ultrajar y darla a quien no la merece? Especialmente habiendo la diferencia que hay de lo uno a lo otro, del criador a la criatura y del señor al siervo.

De aquí infiero que si este castigo hace en los que fingiendo deidad en el demonio le dan esta adoración, ¿qué castigo hará y con qué penas atormentará al mismo demonio, que fue el intrusor e inventor de esta maldad en el mundo, enseñando la idolatría a los locos y desatinados hombres, que dejando a Dios verdadero señor de todas las cosas, se fueron detrás de él, cebados y movidos de su solo engaño y malicia? Este castigo pone el Espíritu Santo, en el *Libro de la sabiduría*,[4] diciendo: La hechura, juntamente con el hacedor, padecerán tormentos. Aquí habla Dios de los ídolos con que los hombres han hecho reverencia al demonio, y dice que el ídolo y el que lo hizo serán atormentados, lo cual no se puede entender

[2] Exod. 20.
[3] Exod. 32.
[4] Sap. 14.

propiamente del ídolo, porque siendo de oro o plata, o de otra cualquiera materia, no es capaz de tormento, ni pena, por ser cosa insensible; luego entenderse ha del inventor, el cual fue el demonio según Nicolao de Lira[5] y Jansenio,[6] que ayuda esta parte; y así querrá decir que el ídolo será deshecho y destruido por ser imagen falsa y mentirosa de dios fingido y malo, y el demonio que la hizo hacer y fue con ella servido padecerá tormentos muy particulares, por el engaño en que puso a las ciegas gentes que falsamente le adoraron, porque todos los que por astucia particular suya se condenan, son aumento de penas en él, así como todos los que por la mala doctrina que dejó sembrada Lutero, siguiéndola se condenan; así también se le convierte en acrecentamiento de pena a este maldito hereje y apóstata de la fe, por cuanto por su mal ejemplo y secta herética indujo a los que le han seguido y siguen. Así como también por el contrario se le convierte en gloria a San Pablo, la que reciben todos aquellos que por su santa y católica doctrina se salvan y van a gozar de la bienaventuranza de Dios. Y esto se verifica en aquel rico avariento del evangelio, el cual ya muerto y sepultado en los infiernos, como dice el sagrado texto,[7] pidió que Lázaro viniese otra vez a la vida mortal que antes había vivido, dando por causa querer amonestar a sus deudos y parientes la obligación que tenían de servir a Dios y no imitarle a él en su mala y libertada vida; lo cual se le denegó, dándosele por respuesta haber en el mundo predicadores que enseñaban la ley de Dios. Pero pregunto: ¿Qué compasión es ésta de este rico, que no habiendola tenido de sí, la tiene ahora para los suyos? A lo cual responden hombres doctos, que no le movía el bien y provecho de los suyos el aviso que quisiera darles, sino que como hombre malo y pecador les había dado mal ejemplo, y todos los que por él se podían condenar o condenaban habían de ser penas dobladas en él, y por excusarlas en su persona, quería amonestarles que no pecasen en aquellos pecados que le vieron hacer y cometer. De manera que se convierte en penas propias el pecado ajeno, por haber nacido de la mala enseñanza o mal ejemplo de el cometido por aquel que lo enseñó. Y así, por ser invención del demonio la idolatría, es atormentado con mayores penas de las que esencialmente padece por su primera culpa, porque como dice el Espíritu Santo en unas palabras antes de las referidas: maldito es el ídolo y las manos que lo hicieron, porque siendo de materia frágil y débil le dieron nombre de dios poderoso y fuerte; por lo cual están en odio de Dios el malo juntamente con su maldad. Éstas son las palabras de Dios y por ellas digo que está padeciendo tormentos eternos este engañador de los hombres y sufriendo penas muchas y muy particulares por haber enseñado la idolatría a los hombres, y con él padecen los idólatras que adorando sus mentiras, le hicieron imágenes y levantaron altares y dieron causa, con su mal ejemplo, a muchos pecados que con semejante ocasión se han hecho en el mundo.

Aquí debemos notar que por donde el demonio pretendió mayor gloria,

[5] Lira in hunc locum.
[6] Ians. ibid.
[7] Luc. 16.

por ahí sacó mayor pena, porque su pensamiento fue, que introduciendo en el mundo su falsa adoración, se le seguía ser tenido por dios y señor de aquellas gentes que le adoraban, y que de aquí le había de redundar gloria, si fuera capaz de ella; pero como el sujeto es falto de senos donde quepa tanto merecimiento y es indigno de esta majestad y gloria, por los mismos pasos que la va buscando, por ahí se le entra el tormento y le va siguiendo su pena. Éste fue el desatino en que dio de ojos nuestra primera madre Eva, cuando este engañador de los hombres tuvo con ella aquel infernal coloquio,[8] que fue el primer engaño de el mundo, cuando persuadiéndole al manjar vedado, le dijo la simple y sencilla mujer que no quería comerle, porque les había dicho Dios que morirían por ello; pero a esto le responde el tentador y dícele: no moriréis, mas antes quedaréis como dioses de la tierra, como quien dice, tendréis vida para siempre. Créese de esta falsa palabra esta flaca e inconsiderada mujer, y come; y por donde pensó eternizarse y vivir vida para siempre (que es propio de sólo Dios) por ahí se hizo mortal y perecedera, que aunque es verdad que lo era y tenía potencia de morir, no se redujera a acto, como dice Escoto,[9] esta potencia, sino que sin llegar a morir le diera Dios gloria. De manera que por donde quiso Eva vida, por ahí se fue derecha a la muerte; y lo mismo fue el demonio, que por donde pretendió honra y gloria, le vino su mayor deshonra y el aumento de sus tormentos y penas; castigo bien merecido de su grande y loco atrevimiento.

CAPÍTULO XLI. *De lo que estos indios tenían y creían acerca de sus dioses o demonios y de la creación del primer hombre*



UENTA EL VENERABLE Y MUY RELIGIOSO PADRE fray Andrés de Olmos, que lo que coligió de las pinturas y relaciones que le dieron los caciques de Mexico, Tetzcuco, Tlaxcalla, Huexotzinco, Cholulla, Tepeaca, Tlalmanalco y las demás cabeceras acerca de los dioses que tenían, es que diversas provincias y pueblos servían y adoraban a diversos dioses y diferentemente relataban diversos desatinos, fábulas y ficciones, las cuales ellos tenían por cosas ciertas; porque si no las tuvieran por tales no las pusieran por obra con tanta diligencia y eficacia, como se dice tratando de sus fiestas. Pero ya que en diversas maneras cada provincia daba su relación, por la mayor parte venían a concluir que en el cielo había un dios, llamado Citlalatonac, y una diosa, llamada Citlalicue, y que la diosa parió un navajón o pedernal, que en su lengua llaman tecpatl, de lo cual admirados y espantados los otros sus hijos, acordaron de echar de el cielo al dicho navajón y así lo pusieron por obra, y que cayó en cierta parte de la tierra, donde decían Chicomoztoc, que quiere decir Siete-Cuevas. Dicen

[8] Genes. 3.
[9] Scoto lib. 4. Sentent.

por ahí sacó mayor pena, porque su pensamiento fue, que introduciendo en el mundo su falsa adoración, se le seguía ser tenido por dios y señor de aquellas gentes que le adoraban, y que de aquí le había de redundar gloria, si fuera capaz de ella; pero como el sujeto es falto de senos donde quepa tanto merecimiento y es indigno de esta majestad y gloria, por los mismos pasos que la va buscando, por ahí se le entra el tormento y le va siguiendo su pena. Éste fue el desatino en que dio de ojos nuestra primera madre Eva, cuando este engañador de los hombres tuvo con ella aquel infernal coloquio,[8] que fue el primer engaño de el mundo, cuando persuadiéndole al manjar vedado, le dijo la simple y sencilla mujer que no quería comerle, porque les había dicho Dios que morirían por ello; pero a esto le responde el tentador y dícele: no moriréis, mas antes quedaréis como dioses de la tierra, como quien dice, tendréis vida para siempre. Créese de esta falsa palabra esta flaca e inconsiderada mujer, y come; y por donde pensó eternizarse y vivir vida para siempre (que es propio de sólo Dios) por ahí se hizo mortal y perecedera, que aunque es verdad que lo era y tenía potencia de morir, no se redujera a acto, como dice Escoto,[9] esta potencia, sino que sin llegar a morir le diera Dios gloria. De manera que por donde quiso Eva vida, por ahí se fue derecha a la muerte; y lo mismo fue el demonio, que por donde pretendió honra y gloria, le vino su mayor deshonra y el aumento de sus tormentos y penas; castigo bien merecido de su grande y loco atrevimiento.

CAPÍTULO XLI. *De lo que estos indios tenían y creían acerca de sus dioses o demonios y de la creación del primer hombre*



UENTA EL VENERABLE Y MUY RELIGIOSO PADRE fray Andrés de Olmos, que lo que coligió de las pinturas y relaciones que le dieron los caciques de Mexico, Tetzcuco, Tlaxcalla, Huexotzinco, Cholulla, Tepeaca, Tlalmanalco y las demás cabeceras acerca de los dioses que tenían, es que diversas provincias y pueblos servían y adoraban a diversos dioses y diferentemente relataban diversos desatinos, fábulas y ficciones, las cuales ellos tenían por cosas ciertas; porque si no las tuvieran por tales no las pusieran por obra con tanta diligencia y eficacia, como se dice tratando de sus fiestas. Pero ya que en diversas maneras cada provincia daba su relación, por la mayor parte venían a concluir que en el cielo había un dios, llamado Citlalatonac, y una diosa, llamada Citlalicue, y que la diosa parió un navajón o pedernal, que en su lengua llaman tecpatl, de lo cual admirados y espantados los otros sus hijos, acordaron de echar de el cielo al dicho navajón y así lo pusieron por obra, y que cayó en cierta parte de la tierra, donde decían Chicomoztoc, que quiere decir Siete-Cuevas. Dicen

[8] Genes. 3.
[9] Scoto lib. 4. Sentent.

salieron de él mil y seiscientos dioses y diosas, los cuales dicen, que viéndose así caídos, desterrados y sin algún servicio de hombres, que aún no los había, acordaron de enviar un mensajero a la diosa, su madre, diciendo que pues los había desechado de sí y desterrado, tuviese por bien darles licencia, poder y modo para criar hombres, para que con ellos tuviesen algún servicio. La madre respondió, que si ellos fueran los que debían ser, siempre estuvieran en su compañía; mas pues no lo merecían y querían tener servicio acá en la tierra, que pidiesen a Mictlantecuhtli, que era señor o capitán de el infierno, que les diese algún hueso o ceniza de los muertos pasados y que sobre ello se sacrificasen, y de allí saldrían hombre y mujer, que después fuesen multiplicando. Oída pues la respuesta de su madre (que dicen les trajo Tlotli, que es gavilán) entraron en consulta y acordaron que uno de ellos, que se decía Xolotl, fuese al infierno por el hueso o ceniza, avisándole que por cuanto el dicho Mictlantecuhtli, capitán de el infierno, era doblado y caviloso, mirase no se arrepintiese después de dado lo que se le pedía; por lo cual le convenía dar luego a huir con ello sin aguardar más razones. Hízolo Xolotl de la misma manera que se le encomendó; que fue al infierno y alcanzó de el capitán Mictlantecuhtli el hueso y ceniza que sus hermanos pretendían haber, y recibido en sus manos luego dio con ello a huir. Y el Mictlantecuhtli afrentado de que así se le fuese huyendo, dio a correr tras él, de suerte que por escaparse Xolotl, tropezó y cayó, y el hueso, que era de una braza, se le quebró y hizo pedazos, unos mayores y otros menores; por lo cual dicen los hombres ser menores unos que otros. Cogidas, pues, las partes que pudo, llegó donde estaban los dioses, sus compañeros, y echado todo lo que traía en un lebrillo o barreñón, los dioses y diosas se sacrificaron, sacándose sangre de todas las partes del cuerpo (según después los indios lo acostumbraban) y al cuarto día, dicen, salió un niño. Y tornando a hacer lo mismo, al otro cuarto día salió una niña; y los dieron a criar al mismo Xolotl, el cual los crió con leche de cardo. Disparate muy grande, pero como de gente ciega no hay que maravillar que así lo creyesen y dijesen.

CAPÍTULO XLII. *De cómo fue criado el sol, y de la muerte de los dioses según mentirosamente estos indios lo creían*



RIADO YA, PUES, EL HOMBRE, y habiendo multiplicado, traía o tenía cada uno de los dioses ciertos hombres, sus devotos y servidores, consigo. Y como por algunos años (según decían) no hubo sol, ayuntándose los dioses en un pueblo que se dice Teutihuacan, que está seis leguas de Mexico, hicieron un gran fuego; y puestos los dichos dioses a cuatro partes de él, dijeron a sus devotos que el que más presto se lanzase de ellos en el fuego llevaría la honra de haberse criado el sol, porque el primero que se echase en el fuego, luego saldría sol; y que uno de ellos, como más

salieron de él mil y seiscientos dioses y diosas, los cuales dicen, que viéndose así caídos, desterrados y sin algún servicio de hombres, que aún no los había, acordaron de enviar un mensajero a la diosa, su madre, diciendo que pues los había desechado de sí y desterrado, tuviese por bien darles licencia, poder y modo para criar hombres, para que con ellos tuviesen algún servicio. La madre respondió, que si ellos fueran los que debían ser, siempre estuvieran en su compañía; mas pues no lo merecían y querían tener servicio acá en la tierra, que pidiesen a Mictlantecuhtli, que era señor o capitán de el infierno, que les diese algún hueso o ceniza de los muertos pasados y que sobre ello se sacrificasen, y de allí saldrían hombre y mujer, que después fuesen multiplicando. Oída pues la respuesta de su madre (que dicen les trajo Tlotli, que es gavilán) entraron en consulta y acordaron que uno de ellos, que se decía Xolotl, fuese al infierno por el hueso o ceniza, avisándole que por cuanto el dicho Mictlantecuhtli, capitán de el infierno, era doblado y caviloso, mirase no se arrepintiese después de dado lo que se le pedía; por lo cual le convenía dar luego a huir con ello sin aguardar más razones. Hízolo Xolotl de la misma manera que se le encomendó; que fue al infierno y alcanzó de el capitán Mictlantecuhtli el hueso y ceniza que sus hermanos pretendían haber, y recibido en sus manos luego dio con ello a huir. Y el Mictlantecuhtli afrentado de que así se le fuese huyendo, dio a correr tras él, de suerte que por escaparse Xolotl, tropezó y cayó, y el hueso, que era de una braza, se le quebró y hizo pedazos, unos mayores y otros menores; por lo cual dicen los hombres ser menores unos que otros. Cogidas, pues, las partes que pudo, llegó donde estaban los dioses, sus compañeros, y echado todo lo que traía en un lebrillo o barreñón, los dioses y diosas se sacrificaron, sacándose sangre de todas las partes del cuerpo (según después los indios lo acostumbraban) y al cuarto día, dicen, salió un niño. Y tornando a hacer lo mismo, al otro cuarto día salió una niña; y los dieron a criar al mismo Xolotl, el cual los crió con leche de cardo. Disparate muy grande, pero como de gente ciega no hay que maravillar que así lo creyesen y dijesen.

CAPÍTULO XLII. *De cómo fue criado el sol, y de la muerte de los dioses según mentirosamente estos indios lo creían*



RIADO YA, PUES, EL HOMBRE, y habiendo multiplicado, traía o tenía cada uno de los dioses ciertos hombres, sus devotos y servidores, consigo. Y como por algunos años (según decían) no hubo sol, ayuntándose los dioses en un pueblo que se dice Teutihuacan, que está seis leguas de Mexico, hicieron un gran fuego; y puestos los dichos dioses a cuatro partes de él, dijeron a sus devotos que el que más presto se lanzase de ellos en el fuego llevaría la honra de haberse criado el sol, porque el primero que se echase en el fuego, luego saldría sol; y que uno de ellos, como más

animoso, se arrojó en el fuego y bajó al infierno. Y estando esperando por donde había de salir el sol, en el entretanto, dicen, apostaron con las codornices, langostas, mariposas y culebras, que no acertaban por donde saldría. Y los unos, que por aquí, los otros, que por allí, en fin, no acertando, fueron condenados a ser sacrificados; lo cual después tenían muy en costumbre de hacer delante de sus ídolos. Y finalmente salió el sol por donde había de salir y detúvose, que no pasaba adelante; y viendo los dichos dioses que no hacía su curso, acordaron de enviar a Tlotli por su mensajero, que de su parte le dijese y mandase hiciese su curso; y él respondió, que no se mudaría del lugar adonde estaba hasta haberlos muerto y destruido a ellos. De la cual respuesta, por una parte temerosos y por otra enojados, uno de ellos, que se llamaba Citli, tomó un arco y tres flechas y tiró al sol, para le clavar la frente; el sol se abajó y así no le dio. Tiróle otra flecha la segunda vez y hurtóle el cuerpo; y lo mismo hizo a la tercera. Y enojado el sol tomó una de aquellas flechas y tiróla al Citli y enclavóle la frente, de que luego murió. Viendo esto los otros dioses, desmayaron, pareciéndoles que no podrían prevalecer contra él, y como desesperados, acordaron de matarse y sacrificarse todos por el pecho. Y el ministro de este sacrificio fue Xolotl que, abriéndolos por el pecho con un navajón, los mató y después se mató a sí mismo; y dejaron cada uno de ellos la ropa que traía (que era una manta) a los devotos que tenía en memoria de su devoción y amistad; y así aplacado el sol, hizo su curso. Y estos devotos o servidores de los dichos dioses muertos envolvían estas mantas en ciertos palos, y haciendo una muesca o agujero al palo le ponían por corazón unas pedrezuelas verdes y cuero de culebra y tigre; y a este envoltorio decían Haquimilolli; y cada uno le ponía el nombre de aquel demonio que le había dado la manta. Y éste era el principal ídolo que tenían en mucha reverencia y no tenían en tanta como a éste a los bestiones o figuras de piedra o de palo que ellos hacían. Refiere el mismo padre fray Andrés de Olmos, que él halló en Tlalmanalco uno de estos ídolos envuelto en muchas mantas, aunque ya medio podridas de tenerlo escondido.

CAPÍTULO XLIII. *De cómo Tezcatlipuca apareció a un su devoto y lo envió a la casa de el sol*



OS HOMBRES DEVOTOS DE ESTOS DIOSES MUERTOS, a quien por memoria habían dejado sus mantas, dicen que andaban tristes y pensativos, cada uno con su manta envuelta a cuestas, buscando y mirando si podrían ver a sus dioses o si les aparecerían. Dicen que el devoto de Tezcatlipuca, que era el ídolo principal de Mexico, perseverando en esta su devoción, llegó a la costa de la mar, donde le apareció en tres maneras o figuras y le llamó y dijo: ven acá, fulano, pues eres tan mi amigo, quiero que vayas a la casa del sol y traigas de allá cantores e instrumentos para que me

animoso, se arrojó en el fuego y bajó al infierno. Y estando esperando por donde había de salir el sol, en el entretanto, dicen, apostaron con las codornices, langostas, mariposas y culebras, que no acertaban por donde saldría. Y los unos, que por aquí, los otros, que por allí, en fin, no acertando, fueron condenados a ser sacrificados; lo cual después tenían muy en costumbre de hacer delante de sus ídolos. Y finalmente salió el sol por donde había de salir y detúvose, que no pasaba adelante; y viendo los dichos dioses que no hacía su curso, acordaron de enviar a Tlotli por su mensajero, que de su parte le dijese y mandase hiciese su curso; y él respondió, que no se mudaría del lugar adonde estaba hasta haberlos muerto y destruido a ellos. De la cual respuesta, por una parte temerosos y por otra enojados, uno de ellos, que se llamaba Citli, tomó un arco y tres flechas y tiró al sol, para le clavar la frente; el sol se abajó y así no le dio. Tiróle otra flecha la segunda vez y hurtóle el cuerpo; y lo mismo hizo a la tercera. Y enojado el sol tomó una de aquellas flechas y tiróla al Citli y enclavóle la frente, de que luego murió. Viendo esto los otros dioses, desmayaron, pareciéndoles que no podrían prevalecer contra él, y como desesperados, acordaron de matarse y sacrificarse todos por el pecho. Y el ministro de este sacrificio fue Xolotl que, abriéndolos por el pecho con un navajón, los mató y después se mató a sí mismo; y dejaron cada uno de ellos la ropa que traía (que era una manta) a los devotos que tenía en memoria de su devoción y amistad; y así aplacado el sol, hizo su curso. Y estos devotos o servidores de los dichos dioses muertos envolvían estas mantas en ciertos palos, y haciendo una muesca o agujero al palo le ponían por corazón unas pedrezuelas verdes y cuero de culebra y tigre; y a este envoltorio decían Haquimilolli; y cada uno le ponía el nombre de aquel demonio que le había dado la manta. Y éste era el principal ídolo que tenían en mucha reverencia y no tenían en tanta como a éste a los bestiones o figuras de piedra o de palo que ellos hacían. Refiere el mismo padre fray Andrés de Olmos, que él halló en Tlalmanalco uno de estos ídolos envuelto en muchas mantas, aunque ya medio podridas de tenerlo escondido.

CAPÍTULO XLIII. *De cómo Tezcatlipuca apareció a un su devoto y lo envió a la casa de el sol*



LOS HOMBRES DEVOTOS DE ESTOS DIOSES MUERTOS, a quien por memoria habían dejado sus mantas, dicen que andaban tristes y pensativos, cada uno con su manta envuelta a cuestas, buscando y mirando si podrían ver a sus dioses o si les aparecerían. Dicen que el devoto de Tezcatlipuca, que era el ídolo principal de Mexico, perseverando en esta su devoción, llegó a la costa de la mar, donde le apareció en tres maneras o figuras y le llamó y dijo: ven acá, fulano, pues eres tan mi amigo, quiero que vayas a la casa del sol y traigas de allá cantores e instrumentos para que me

hagas fiesta; y para esto llamarás a la ballena y a la sirena y a la tortuga, que se hagan puente por donde pases; pues hecha la dicha puente y dándole un cantar que fuese diciendo y entendiéndolo el sol, avisó a su gente y criados, que no le respondiesen al canto, porque a los que le respondiesen los había de llevar consigo; y así aconteció que algunos de ellos, pareciéndoles melifluo el canto, le respondieron; a los cuales trajo con el atabal, que llaman huehuetl y con el tepunaztli. Y de aquí dicen que comenzaron a hacer fiestas y bailes a sus dioses; y los cantares que en aquellos areitos cantaban tenían por oración, llevándolos en conformidad de un mismo tono y meneos con mucho seso y peso, sin discrepar en voz ni en paso. Y este mismo concierto guardan en el tiempo de ahora. Pero es mucho de advertir que no les dejan cantar sus canciones antiguas, porque todas son llenas de memorias idolátricas, ni con insignias diabólicas o sospechosas, que representan lo mismo. Y es de notar, cerca de lo que arriba se dijo, que los dioses se mataron a sí mismos por el pecho, que de aquí dicen algunos que les quedó la costumbre que después usaron de matar los hombres que sacrificaban, abriéndoles el pecho con un pedernal y sacándoles el corazón para ofrecerlo a sus dioses, aunque (como en otra parte decimos)[1] fue en otra ocasión, porque como todo esto es fábula, así también tiene poca verdad haber sido en este acto hecho.

CAPÍTULO XLIV. *De la creación de las criaturas, especialmente del hombre, según los de Tetzcuco*



A CREACIÓN DEL CIELO Y DE LA TIERRA aplicaban a diversos dioses y algunos a Tezcatlipuca y a Huitzilupuchtli o, según otros, a Ocelopuchtli, ídolos principales de Mexico. Aunque a la tierra tenían por diosa y la pintaban como rara fiera, con bocas en todas las coyunturas llenas de sangre, diciendo que todo lo comía y tragaba. Pero de diversas cosas, diversos dioses tenían, hasta el dios de los vicios y suciedades que le decían Tlazolteotl; y al sol y otros planetas tenían por dioses, y a lo que se les antojaba, como dejamos dicho. De la creación de la luna dicen que cuando de aquel que se lanzó en el fuego salió el sol, uno otro se metió en una cueva y salió la luna; y que hubo cinco soles en los tiempos pasados, en los cuales no se criaban bien los bastimentos y frutos de tierra; y así murieron las gentes, comiendo diversas cosas dañosas; y que este sol de ahora era bueno, porque en él se hace todo bien. Los de Tetzcuco dieron después por pintura otra manera de la creación del primer hombre, muy a la contra de lo que antes, por palabra, habían dicho a un discípulo del padre fray Andrés de Olmos, llamado don Lorenzo, refiriendo que sus pasados habían venido de aquella tierra donde cayeron los dioses (según arri-

[1] Tomo I. lib. 2. cap. 3.

hagas fiesta; y para esto llamarás a la ballena y a la sirena y a la tortuga, que se hagan puente por donde pases; pues hecha la dicha puente y dándole un cantar que fuese diciendo y entendiéndolo el sol, avisó a su gente y criados, que no le respondiesen al canto, porque a los que le respondiesen los había de llevar consigo; y así aconteció que algunos de ellos, pareciéndoles melifluo el canto, le respondieron; a los cuales trajo con el atabal, que llaman huehuetl y con el tepunaztli. Y de aquí dicen que comenzaron a hacer fiestas y bailes a sus dioses; y los cantares que en aquellos areitos cantaban tenían por oración, llevándolos en conformidad de un mismo tono y meneos con mucho seso y peso, sin discrepar en voz ni en paso. Y este mismo concierto guardan en el tiempo de ahora. Pero es mucho de advertir que no les dejan cantar sus canciones antiguas, porque todas son llenas de memorias idolátricas, ni con insignias diabólicas o sospechosas, que representan lo mismo. Y es de notar, cerca de lo que arriba se dijo, que los dioses se mataron a sí mismos por el pecho, que de aquí dicen algunos que les quedó la costumbre que después usaron de matar los hombres que sacrificaban, abriéndoles el pecho con un pedernal y sacándoles el corazón para ofrecerlo a sus dioses, aunque (como en otra parte decimos)[1] fue en otra ocasión, porque como todo esto es fábula, así también tiene poca verdad haber sido en este acto hecho.

CAPÍTULO XLIV. *De la creación de las criaturas, especialmente del hombre, según los de Tetzcuco*



LA CREACIÓN DEL CIELO Y DE LA TIERRA aplicaban a diversos dioses y algunos a Tezcatlipuca y a Huitzilupuchtli o, según otros, a Ocelopuchtli, ídolos principales de Mexico. Aunque a la tierra tenían por diosa y la pintaban como rara fiera, con bocas en todas las coyunturas llenas de sangre, diciendo que todo lo comía y tragaba. Pero de diversas cosas, diversos dioses tenían, hasta el dios de los vicios y suciedades que le decían Tlazolteotl; y al sol y otros planetas tenían por dioses, y a lo que se les antojaba, como dejamos dicho. De la creación de la luna dicen que cuando de aquel que se lanzó en el fuego salió el sol, uno otro se metió en una cueva y salió la luna; y que hubo cinco soles en los tiempos pasados, en los cuales no se criaban bien los bastimentos y frutos de tierra; y así murieron las gentes, comiendo diversas cosas dañosas; y que este sol de ahora era bueno, porque en él se hace todo bien. Los de Tetzcuco dieron después por pintura otra manera de la creación del primer hombre, muy a la contra de lo que antes, por palabra, habían dicho a un discípulo del padre fray Andrés de Olmos, llamado don Lorenzo, refiriendo que sus pasados habían venido de aquella tierra donde cayeron los dioses (según arri-

[1] Tomo I. lib. 2. cap. 3.

ba se dijo) y de aquella cueva de Chicomoztoc. Y lo que después en pintura mostraron y declararon al sobredicho fray Andrés de Olmos fue, que el primer hombre, de quien ellos procedían, había nacido en tierra de Aculma, que está en término de Tetzcuco dos leguas, y de Mexico cinco, poco más, en esta manera: dicen que estando el sol a la hora de las nueve, echó una flecha en el dicho término y hizo un hoyo del cual salió un hombre, que fue el primero, no teniendo más cuerpo que de los brazos arriba y que después salió de allí la mujer entera. Y preguntados, cómo había engendrado aquel hombre, pues él no tenía cuerpo entero, dijeron un desatino y suciedad, que no es para aquí. Y que aquel hombre se decía Aculmaitl y de aquí tomó nombre el pueblo, que se decía Aculma; porque acul quiere decir hombre, y maitl, mano o brazo, como cosa que no tenía más que hombros y brazos, o que casi todo era hombros y brazos, porque (como dicho es) aquel hombre primero no tenía más que de los brazos arriba, según esta ficción y mentira.

CAPÍTULO XLV. *De cómo dicen decendió de el cielo Tetzcatlipuca, y persiguió a Quetzalcohuatl hasta la muerte; y de lo que el rey Nezahualpilli de Tetzcuco sintió de sus dioses, y otras cosas*



OTROS DIJERON QUE TETZCATLIPUCA (de quien arriba se hizo mención, que era el ídolo principal de Mexico) había decendido del cielo, descolgándose por una soga que había hecho de tela de araña; y que andando por este mundo desterró a Quetzalcohuatl, que en Tulla fue muchos años señor (como decimos en su historia),[1] porque jugando con él a la pelota se volvió en tigre, de que la gente que los estaba mirando se espantó en tanta manera que dieron todos a huir, y con el tropel que llevaban y ciegos del espanto concebido cayeron y se despeñaron por la barranca del río que por allí pasa y se ahogaron; y que Tetzcatlipuca fue persiguiendo al dicho Quetzalcohuatl de pueblo en pueblo, hasta que vino a Cholulla, donde le tenían por principal ídolo, y allí se guareció y estuvo ciertos años. Mas al fin Tetzcatlipuca, como más poderoso, le echó también de allí, y fueron con él algunos sus devotos y aficionados hasta cerca de la mar, donde dicen Tlilapan o Tizapan, y que allí murió y le quemaron el cuerpo los que le acompañaban en esta adversidad y que de entonces les quedó la costumbre tan guardada de quemar los cuerpos de los señores difuntos (que es fábula, como las demás, porque por su historia vimos,[2] haberse desaparecido) y que el alma del dicho Quetzalcohuatl se volvió y trasformó en estrella; y que era aquella que algunas veces se ve echar de sí un rayo como lanza; y algunas veces se ha visto en esta tierra la tal cometa o estrella, y tras ella se han visto seguir pestilencias en los indios y otras cala-

[1] Tomo I. lib. 3. cap. 7.
[2] Tomo I. cap. 7. lib. 3.

ba se dijo) y de aquella cueva de Chicomoztoc. Y lo que después en pintura mostraron y declararon al sobredicho fray Andrés de Olmos fue, que el primer hombre, de quien ellos procedían, había nacido en tierra de Aculma, que está en término de Tetzcuco dos leguas, y de Mexico cinco, poco más, en esta manera: dicen que estando el sol a la hora de las nueve, echó una flecha en el dicho término y hizo un hoyo del cual salió un hombre, que fue el primero, no teniendo más cuerpo que de los brazos arriba y que después salió de allí la mujer entera. Y preguntados, cómo había engendrado aquel hombre, pues él no tenía cuerpo entero, dijeron un desatino y suciedad, que no es para aquí. Y que aquel hombre se decía Aculmaitl y de aquí tomó nombre el pueblo, que se decía Aculma; porque acul quiere decir hombre, y maitl, mano o brazo, como cosa que no tenía más que hombros y brazos, o que casi todo era hombros y brazos, porque (como dicho es) aquel hombre primero no tenía más que de los brazos arriba, según esta ficción y mentira.

CAPÍTULO XLV. *De cómo dicen decendió de el cielo Tetzcatlipuca, y persiguió a Quetzalcohuatl hasta la muerte; y de lo que el rey Nezahualpilli de Tetzcuco sintió de sus dioses, y otras cosas*



OTROS DIJERON QUE TETZCATLIPUCA (de quien arriba se hizo mención, que era el ídolo principal de Mexico) había decendido del cielo, descolgándose por una soga que había hecho de tela de araña; y que andando por este mundo desterró a Quetzalcohuatl, que en Tulla fue muchos años señor (como decimos en su historia),[1] porque jugando con él a la pelota se volvió en tigre, de que la gente que los estaba mirando se espantó en tanta manera que dieron todos a huir, y con el tropel que llevaban y ciegos del espanto concebido cayeron y se despeñaron por la barranca del río que por allí pasa y se ahogaron; y que Tetzcatlipuca fue persiguiendo al dicho Quetzalcohuatl de pueblo en pueblo, hasta que vino a Cholulla, donde le tenían por principal ídolo, y allí se guareció y estuvo ciertos años. Mas al fin Tetzcatlipuca, como más poderoso, le echó también de allí, y fueron con él algunos sus devotos y aficionados hasta cerca de la mar, donde dicen Tlilapan o Tizapan, y que allí murió y le quemaron el cuerpo los que le acompañaban en esta adversidad y que de entonces les quedó la costumbre tan guardada de quemar los cuerpos de los señores difuntos (que es fábula, como las demás, porque por su historia vimos,[2] haberse desaparecido) y que el alma del dicho Quetzalcohuatl se volvió y trasformó en estrella; y que era aquella que algunas veces se ve echar de sí un rayo como lanza; y algunas veces se ha visto en esta tierra la tal cometa o estrella, y tras ella se han visto seguir pestilencias en los indios y otras cala-

[1] Tomo I. lib. 3. cap. 7.
[2] Tomo I. cap. 7. lib. 3.

midades. Pues volviendo a Quetzalcohuatl, algunos dijeron que era hijo del ídolo Camaxtli, que tuvo por mujer a Chimalma y de ella cinco hijos, y de esto contaban una historia muy larga. Otros decían que andando barriendo la dicha Chimalma halló un chalchihuitl (que es una pedrezuela verde) y que la tragó y que de esto se empreñó, y que así parió al dicho Quetzalcohuatl, que es contrario a lo que dejamos dicho, porque los tultecas dicen que de este parto nació Huitzilupuchtli, aunque lo uno y lo otro es falso y no se cuenta sino por cuento. Del ídolo Camaxtli, de quien se ha hecho aquí mención, eran muy devotos los cazadores, porque les ayudase a cazar, teniéndolo por favorable y propicio para el efecto de la caza; y así, cuando querían ir a cazar o pescar, primero se sacrificaban y le ofrecían su sangre o otras cosas. De lo que arriba se ha tratado se colige que diversos pueblos, provincias y personas tenían diversas opiniones acerca de sus dioses, y que algunos dudaban de ellos; y esto no es tanto de admiración en personas viles y bajas o puestas en extremas necesidades, cuanto es de notar en personas calificadas y en grandes señores, como en su tiempo lo eran los reyes de Tetzcuco, Nezahualcoyotzin y Nezahualpiltzintli;[3] el último de los cuales no sólo con el corazón dudó ser dioses los que adoraban; mas aun de palabra lo dio a entender, diciendo que no le cuadraban ni estaba satisfecho de que eran dioses, por las razones que su viveza y buen natural le mostraban, como en su historia decimos; porque era en tanta manera vivo y entendido este cacique, que aun en el bisiesto quiso caer y atinar, pareciéndole que se alongaban las fiestas y no venían a un mismo tiempo en todos los años. De este mismo cacique se cuenta que por natural razón y su buena inclinación aborrecía en gran manera el vicio nefando; y puesto que algunos de los demás caciques lo permitían, éste mandaba matar a los que lo cometían, como allí dijimos. De manera que acerca de sus dioses y de la creación del hombre, diversos desatinos decían y tenían. De que alguno subiese al cielo no había memoria entre ellos; mas era su opinión que todos iban al infierno y en esto no dudaban (como ello era gran verdad para ellos y sus antepasados, pues no alcanzaron a conocer a Dios y usaban de grandes pecados e idolatrías), y también tenían por cierto que en el infierno habían de padecer diversas penas conforme a la calidad de los delitos; y así, en lo primero conformaban con los gentiles antiguos, que a las ánimas de buenos y malos hacían moradoras del infierno, como lo cuenta Virgilio en sus *Eneidos*,[4] escribiendo la bajada de Eneas a aquel lugar. Y en lo segundo concuerdan también con ellos, pues allí refiere la diversidad de tormentos que vio Eneas; y por el consiguiente, conforman con nosotros los cristianos, que tenemos por fe, lo que en diversas partes de la Escritura Sagrada[5] se dice, que según la medida del pecado, será la manera de las llagas; y cuanto se glorificó y estuvo en deleites, tanto tormento y llanto le daréis. Algunos de los indios daban a entender que sus

[3] Tomo I. lib. 2. cap. 64.
[4] Aeneid. lib. 6.
[5] Deut. 25.
Apoc. 18.

dioses eran o habían sido primero puros hombres; pero puestos después en el número de los dioses o por ser señores principales o por algunas notables hazañas que en su tiempo habían hecho. Otros decían que no tenían a los hombres por dioses, sino a los que se volvían o mostraban o aparecían en alguna otra figura, en que hablasen o hiciesen alguna otra cosa en que pareciesen ser más que hombres.

CAPÍTULO XLVI. *De la manera que tenían en orar y por qué pintaban a sus dioses tan feos*



ARA HABER DE ORAR A SUS DIOSES, no sabían qué cosa era ponerse de rodillas, sino en cuclillas como suelen estar para parlar o descansar; en que se ve la poca reverencia en que tenían a sus dioses. Y es de maravillar cómo el demonio, pues apetece ser adorado y reverenciado en la forma y manera que el mismo Dios, no les enseñó el ponerse de rodillas cuando le hacían oración, según que todos los fieles lo han usado y usan al tiempo que ofrecen sus oraciones a Dios y los mismos indios, ahora después de cristianos, están tan puestos en ello que se estarán tres y cuatro horas de rodillas sin menearse de un lugar. Cuando oraban, dicen que no pedían perdón de la culpa, sino que no fuese sabida ni publicada por donde les viniese mal o daño alguno. Y esto procedía de temer solamente el castigo presente y temporal y no considerar el eterno del otro mundo. Y así pedían también éstos los bienes temporales y no la gloria, porque no la esperaban, pues tenían opinión que todos, así como así, iban al infierno. Y aun ahora, con estarles tan predicado y confesarlo ellos cada día por su boca diciendo los artículos de la fe, parece haberles quedado algún rastro de sus abuelos en esto, de temer mucho los más de ellos en común el azote y castigo temporal y no considerar tanto el eterno del infierno, ni tratar mucho del deseo de la gloria. Aunque bien entiendo, por otra parte, que son muchísimos los que van a gozar de ella; y será que no muestran exteriormente todo lo que tienen en el corazón. No sabían a qué parte era el infierno, mas de que habían de penar para siempre. Verdad es que según el vocablo que en su lengua usan los mexicanos, para lo que nosotros llamamos infierno, que es lugar de los dañados, ellos dicen Mictlan; bien podemos inferir que a la parte del norte, por ser lugar umbroso y obscuro, que no lo baña el sol como al oriente y poniente y mediodía, ponían ellos el infierno, porque Mictlan propiamente quiere decir, lugar de muertos, y es (como se ha dicho) lo que nosotros llamamos infierno, que es lugar de los que para siempre mueren; y a la región o a la parte del norte llaman los indios Mictlampa, que quiere decir, hacia la banda o parte de los muertos. De donde bien se infiere que hacia aquella parte ponían ellos el infierno.

Lo que parece admirar cerca de sus dioses, es cómo los pintaban o esculpían tan fieros y espantosos. Porque si eran hombres, o aparecieron al principio como hombres (según arriba se dijo), no les habían de dar otras

dioses eran o habían sido primero puros hombres; pero puestos después en el número de los dioses o por ser señores principales o por algunas notables hazañas que en su tiempo habían hecho. Otros decían que no tenían a los hombres por dioses, sino a los que se volvían o mostraban o aparecían en alguna otra figura, en que hablasen o hiciesen alguna otra cosa en que pareciesen ser más que hombres.

CAPÍTULO XLVI. *De la manera que tenían en orar y por qué pintaban a sus dioses tan feos*



ARA HABER DE ORAR A SUS DIOSES, no sabían qué cosa era ponerse de rodillas, sino en cuclillas como suelen estar para parlar o descansar; en que se ve la poca reverencia en que tenían a sus dioses. Y es de maravillar cómo el demonio, pues apetece ser adorado y reverenciado en la forma y manera que el mismo Dios, no les enseñó el ponerse de rodillas cuando le hacían oración, según que todos los fieles lo han usado y usan al tiempo que ofrecen sus oraciones a Dios y los mismos indios, ahora después de cristianos, están tan puestos en ello que se estarán tres y cuatro horas de rodillas sin menearse de un lugar. Cuando oraban, dicen que no pedían perdón de la culpa, sino que no fuese sabida ni publicada por donde les viniese mal o daño alguno. Y esto procedía de temer solamente el castigo presente y temporal y no considerar el eterno del otro mundo. Y así pedían también éstos los bienes temporales y no la gloria, porque no la esperaban, pues tenían opinión que todos, así como así, iban al infierno. Y aun ahora, con estarles tan predicado y confesarlo ellos cada día por su boca diciendo los artículos de la fe, parece haberles quedado algún rastro de sus abuelos en esto, de temer mucho los más de ellos en común el azote y castigo temporal y no considerar tanto el eterno del infierno, ni tratar mucho del deseo de la gloria. Aunque bien entiendo, por otra parte, que son muchísimos los que van a gozar de ella; y será que no muestran exteriormente todo lo que tienen en el corazón. No sabían a qué parte era el infierno, mas de que habían de penar para siempre. Verdad es que según el vocablo que en su lengua usan los mexicanos, para lo que nosotros llamamos infierno, que es lugar de los dañados, ellos dicen Mictlan; bien podemos inferir que a la parte del norte, por ser lugar umbroso y obscuro, que no lo baña el sol como al oriente y poniente y mediodía, ponían ellos el infierno, porque Mictlan propiamente quiere decir, lugar de muertos, y es (como se ha dicho) lo que nosotros llamamos infierno, que es lugar de los que para siempre mueren; y a la región o a la parte del norte llaman los indios Mictlampa, que quiere decir, hacia la banda o parte de los muertos. De donde bien se infiere que hacia aquella parte ponían ellos el infierno.

Lo que parece admirar cerca de sus dioses, es cómo los pintaban o esculpían tan fieros y espantosos. Porque si eran hombres, o aparecieron al principio como hombres (según arriba se dijo), no les habían de dar otras

feas y tan fieras figuras, sino de hombres. A esto se puede responder que como a veces aparecían a algunos en aquellas diversas formas que querían fingir, ora fuese en visión o en sueños (los cuales ellos mucho creían), pareciósles figurarlos como los vían o soñaban. Y la razón porque los demonios les debían de aparecer en aquellas terribles y espantosas figuras, sería porque todo lo que hacían los indios, aunque fuese en servicio de sus dioses, lo hacían por temor. A esta causa ellos les aparecían y los ministros los hacían pintar tan horribles, porque les tuviesen más temor, como gente que por sus pecados así merecían, permitiéndolo Dios por secreto juicio suyo.

CAPÍTULO XLVII. *De lo que tenían por demonio, y de cómo les aparecía algunas veces; y qué sentimiento tuvieron de el ánima*



O QUE LOS INDIOS EN SU INFIDELIDAD tanían por demonio, no era ninguno de éstos (aunque tan fieros, y mal agestados y que realmente lo eran) sino a una fantasma o cosa espantosa que a tiempos espantaba a algunos, que a razón sería el mismo demonio. Y a esta fantasma llamaban ellos Tlacatecolotl, que quiere decir persona, búho o hombre, que tiene gesto o parecer de búho, la cual dicción componen de tlacatl, que es persona, y tecolotl, que quiere decir búho; porque como el búho les parecía de mala catadura y aun de oír su triste canto se atemorizaban de noche (y hoy día muchos de ellos se atemorizan y lo tienen por mal agüero). A esta causa aplicaban su nombre a aquella temerosa fantasma, que a veces aparecía a algunos y los espantaba. Y no ha dejado de aparecer y espantar a algunos indios, después de cristianos, en aquella forma y en otras muchas, como otros religiosos y yo lo hemos sabido de ellos, viniendo espantados a consolarse con nosotros, acabando de ver diversas visiones, que como el demonio los conoce por tímidos y pusilánimes, procura de inquietarlos por esta vía, por hacerles vacilar en las cosas de la fe. Un cacique de Amaquemecan, en tiempos pasados, dijo a cierto religioso que a su padre le aparecía el demonio en figura de mona a las espaldas, sobre el un hombro, y volviendo a mirarle se le volvía al otro; y así andaba jugando de una parte a otra. Otras veces dicen, que aparecía a alguno realmente en figura de fantasma y persona muy alta, y que el que tenía ánimo asía dél y no le dejaba hasta que le prometiese o hiciese mercedes, de manera que con su ayuda pudiese prender a algunos en guerra, por donde fuese estimado y valiese y tuviese de comer; porque éste era el medio por donde los indios eran más tenidos y subían a mayores estados. Morando el santo varón fray Andrés de Olmos en el convento de Cuernavaca, se averiguó haber el demonio aparecido a un indio en figura de señor o cacique, vestido y como puesto con joyas de oro, y esto fue por la mañana, y le llamó a un campo y le dijo: ven acá, fulano, ve y dí a tal principal, ¿que cómo me ha

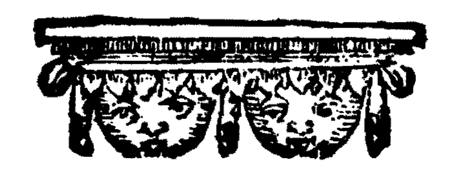
feas y tan fieras figuras, sino de hombres. A esto se puede responder que como a veces aparecían a algunos en aquellas diversas formas que querían fingir, ora fuese en visión o en sueños (los cuales ellos mucho creían), parecióles figurarlos como los vían o soñaban. Y la razón porque los demonios les debían de aparecer en aquellas terribles y espantosas figuras, sería porque todo lo que hacían los indios, aunque fuese en servicio de sus dioses, lo hacían por temor. A esta causa ellos les aparecían y los ministros los hacían pintar tan horribles, porque les tuviesen más temor, como gente que por sus pecados así merecían, permitiéndolo Dios por secreto juicio suyo.

CAPÍTULO XLVII. *De lo que tenían por demonio, y de cómo les aparecía algunas veces; y qué sentimiento tuvieron de el ánima*



O QUE LOS INDIOS EN SU INFIDELIDAD tanían por demonio, no era ninguno de éstos (aunque tan fieros, y mal agestados y que realmente lo eran) sino a una fantasma o cosa espantosa que a tiempos espantaba a algunos, que a razón sería el mismo demonio. Y a esta fantasma llamaban ellos Tlacatecolotl, que quiere decir persona, búho o hombre, que tiene gesto o parecer de búho, la cual dicción componen de tlacatl, que es persona, y tecolotl, que quiere decir búho; porque como el búho les parecía de mala catadura y aun de oír su triste canto se atemorizaban de noche (y hoy día muchos de ellos se atemorizan y lo tienen por mal agüero). A esta causa aplicaban su nombre a aquella temerosa fantasma, que a veces aparecía a algunos y los espantaba. Y no ha dejado de aparecer y espantar a algunos indios, después de cristianos, en aquella forma y en otras muchas, como otros religiosos y yo lo hemos sabido de ellos, viniendo espantados a consolarse con nosotros, acabando de ver diversas visiones, que como el demonio los conoce por tímidos y pusilánimes, procura de inquietarlos por esta vía, por hacerles vacilar en las cosas de la fe. Un cacique de Amaquemecan, en tiempos pasados, dijo a cierto religioso que a su padre le aparecía el demonio en figura de mona a las espaldas, sobre el un hombro, y volviendo a mirarle se le volvía al otro; y así andaba jugando de una parte a otra. Otras veces dicen, que aparecía a alguno realmente en figura de fantasma y persona muy alta, y que el que tenía ánimo asía dél y no le dejaba hasta que le prometiese o hiciese mercedes, de manera que con su ayuda pudiese prender a algunos en guerra, por donde fuese estimado y valiese y tuviese de comer; porque éste era el medio por donde los indios eran más tenidos y subían a mayores estados. Morando el santo varón fray Andrés de Olmos en el convento de Cuernavaca, se averiguó haber el demonio aparecido a un indio en figura de señor o cacique, vestido y como puesto con joyas de oro, y esto fue por la mañana, y le llamó a un campo y le dijo: ven acá, fulano, ve y dí a tal principal, ¿que cómo me ha

olvidado tanto tiempo? Que diga a su gente me vayan a hacer fiesta al pie del monte, porque no puedo entrar ahí donde vosotros estáis, que está ahí esa cruz; y dicho esto desapareció. El indio hizo el mensaje que el demonio le mandó, y el principal, que se decía don Juan, con gente que llamó, fue a hacer la dicha fiesta y allá se sacrificaron y hicieron su ofrenda. Y cierto discípulo criado entre los frailes los descubrió y fueron presos y castigados (aunque con misericordia, por ser nuevos en la fe). Y el dicho padre fray Andrés preguntó al mismo indio, a quien el demonio había aparecido, lo que con él pasó; y halló que por ser falto de fe y hacer oración a sus dioses o ídolos antiguos, le había tomado por ministro y mensajero para engañar a otros; y escribió el dicho padre la oración o palabras con que había orado; y en suma era, que pedía a su dios ser llevado de esta vida, pues ya eran esclavos y les era tomada su tierra y no estaban en su libertad; mas no porque él de corazón quisiese morir (según dijo), sino porque no podía con libertad ni a su placer vivir; y esta imprecación ha sido muy usada de los indios afligidos. Cerca del ánima había entre los indios diversas opiniones. Los otomíes, que tienen lenguaje por sí, como menos políticos pensaban que con la vida del cuerpo acababa también el ánima. Mas en general los mexicanos y los demás que participan su lengua (que llaman nahuas) tenían que, dejado el cuerpo, iban las ánimas a otra parte; y señalaban distintos lugares, según las diferencias de los muertos y de la manera en que morían. Decían que los que morían heridos de rayo iban a un lugar que llamaban Tlalocan, donde estaban los dioses que daban el agua a los cuales llamaban tlaloques; y los que morían en guerra iban a la casa del sol; mas los que morían de enfermedad, decían que andaban acá en la tierra cierto tiempo; y así, los parientes los proveían de ropa y lo demás necesario en sus sepulcros; y al cabo de aquel tiempo decían que bajaban al infierno, el cual repartían en nueve estancias. Decían que pasaban un río muy ancho y los pasaba un perro bermejo, y allí quedaban para siempre; que alude a la laguna Estigia y al cancerbero de nuestros antiguos gentiles. Los de Tlaxcalla tenían que las ánimas de los señores y principales se volvían nieblas y nubes y pájaros de pluma rica y de diversas maneras y en piedras preciosas de rico valor; y que las ánimas de la gente común se volvían en comadrejas y escarabajos hediondos y animalejos que echan de sí una orina muy hedionda y en otros animalejos rateros. Otras muchas opiniones y disparates había entre ellos, como en gente sin lumbre de fe y apartados del verdadero conocimiento de nuestro Dios y Señor, criador del cielo y de la tierra.



CAPÍTULO XLVIII. *De muchos agüeros y supersticiones que los indios tenían*

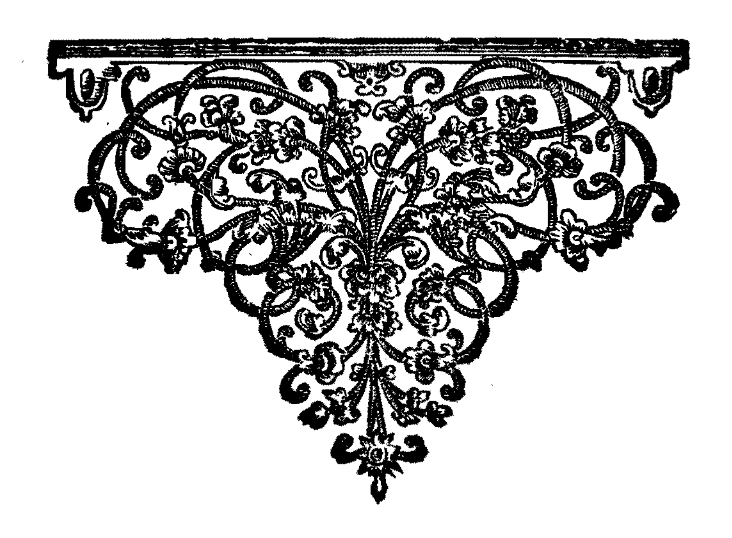


NO SE CONTENTABA EL DEMONIO, enemigo antiguo, con el servicio que éstos le hacían en la adoración de cuasi todas las criaturas visibles, haciéndole de ellas ídolos, así de bulto como pintados, sino que demás de esto los tenía ciegos en mil maneras de hechicerías y supersticiones. Entre las cuales, unos usaron de una manera de labatorio o baño; y los llamados totonaques, a los veinte y ocho o veinte y nueve días que había nacido la criatura la llevaban al templo; y si era varón, el sacerdote mayor y el segundo en dignidad, lo tendían sobre una grande y lisa piedra o losa, que para el efecto tenían, y lo circuncidaban con cierto cuchillo de pedernal, y aquello que le cortaban quemábanlo y hacíanzlo ceniza. Y con las niñas hacían otra ceremonia tan indecente, que no es para tratarse en este lugar. También decían sus pecados delante de sus ídolos (como decimos en su lugar), no para que pensasen alcanzar perdón ni gloria después de muertos (porque todos ellos tenían por muy cierto el infierno), pero hacían este género de reconocimiento ante sus ídolos porque no estuviesen enojados ni en este mundo los maltratasen o privasen de lo temporal; y porque no les descubriesen sus pecados, por donde cayesen en infamia con los hombres. Algunos, se dijo que hacían obras penales para alcanzar su mal deseo carnal con la persona que les agradaba; y para esto hacían cierto hechizo de diversas flores y lo ponían en cierta parte para conseguir su mal intento. Cerca de los casamientos tenían sus ceremonias, atando las vestiduras de marido y mujer; y en el pedir de la mujer con sus presentes. Ya que se la daban, acompañada (según era la persona), ciertos días no había de llegar a ella, sino que ayunaba y servía a sus ídolos; ante los cuales, durante el término de las bodas, hacían sus ofrendas. Y si llegaba a ella antes de los días que acostumbraban abstenerse, tenían por cierto que les había de suceder algún mal. Y para saber si habían de avenirse entre sí, marido y mujer, recurrían al libro de sus suertes, mirando si cuadraban los signos en que ambos habían nacido, como largamente queda dicho en otra parte. También hacían unos idolitos chiquitos de semilla de bledos o cenizos o de otras yerbas, y ellos mismos se los comían. Otros dicen que a una yerba que dicen picietl (y los españoles llaman tabaco) la tenían algunos por cuerpo de una diosa que nombraban Cihuacohuatl. Y a esta causa, puesto que sea algo medicinal, se debe tener por sospechosa y peligrosa, mayormente viendo que quita el juicio y hace desatinar al que lo toma. Los totonaques de tres en tres años mataban tres niños, sacábanles los corazones y de la sangre que de allí salía y de cierta goma que llaman ulli, que sale de un árbol en gotas blancas y después se vuelve negra como pez, y de ciertas semillas, las primeras que salían en una huerta que en sus templos tenían, hacían una confección y masa. Ésta tenían por cosa sagrada, con orden y precepto que de seis en

seis meses, los hombres de veinte y cinco años, habían de volver a hacer la mesma ceremonia y las mujeres de diez y seis. Llamaban a esta masa toyoliaytlaquatl, que quiere decir manjar de nuestra vida. El sacerdote mayor hacía ciertas ceremonias en una poca de agua cuando consagraba la estatua de el ídolo Huitzilopuchtli, en Mexico, que era hecho de masa de todas semillas, amasadas con sangre de niños y niñas que le sacrificaban. Y aquella agua la guardaban en una vasija debajo del altar, y se usaba de ella para bendecir o consagrar al rey cuando se coronaba; y a los capitanes generales cuando se habían de partir a hacer alguna guerra les daban a beber de ella con ciertas ceremonias. No faltaron en algunas partes conjuradores de granizo, que sacudiendo contra él sus mantas y diciendo ciertas palabras daban a entender que lo arredraban y echaban de sus tierras y términos. La carne de los sacrificados ante sus dioses tenían en gran veneración, por poquito que alguno de ella alcanzase. Brujos y brujas también decían que los había, y que pensaban se volvían en animales que (permitiéndolo Dios, y ellos ignorándolo) el demonio les representaba. Decían aparecer en los montes como lumbre; y que esta lumbre de presto la veían en otra parte muy lejos de donde primero se había visto. El primero y santo obispo de Mexico, de buena memoria, fray Juan Zumárraga tuvo preso a uno de estos brujos que se decía Ocelotl y lo desterró para España, por ser muy perjudicial, y perdióse la nao cerca del puerto y no se supo más de él. El santo varón fray Andrés de Olmos prendió otro, discípulo del sobredicho, y teniéndolo en la cárcel y diciéndole el mismo indio al dicho padre, que su maestro se soltaba de la cárcel cuando quería, le dijo el padre se soltase él si pudiese; pero no lo hizo porque no pudo. Verdad es que después remitiéndolo al dicho obispo santo, por no lo poner a recado, se soltó y desapareció.

Viniendo a los agüeros que tenían, digo que eran sin cuento. Creían en aves nocturnas, especialmente en el búho y en los mochuelos y lechuzas y otras semejantes aves. Sobre la casa que se asentaban y cantaban, decían era señal que presto había de morir alguno de ella. También tenían los mismos agüeros en otras sabandijas y entre ellas de cierto escarabajo que llaman pinahuitztli. Tenían asimismo que cuando la mujer paría dos criaturas de un vientre (lo cual en esta tierra acontece muchas veces) había de morir el padre o la madre. Y el remedio que el demonio les daba era que matasen al uno de los mellizos, a los cuales en su lengua llamaban cocohua, que quiere decir culebras; porque dicen que la primera mujer que parió dos, llamaban Cohuatl, que significa culebra. Y de aquí es que nombraban culebras a los mellizos; y decían que habían de comer a su padre o madre, si no matasen al uno de los dos. Decían que el temblar de la tierra era señal que se había de acabar presto el maíz de las trojes. Si perdían alguna cosa hacían ciertas hechicerías con unos maíces, y miraban en un lebrillo de agua, y dicen que allí veían al que lo tenía, la casa adonde estaba; y si era cosa viva, y allí les hacía entender si era ya muerta o viva. Para saber si los enfermos habían de morir o sanar de la enfermedad que tenían, echaban un puñado de maíz, de lo más grueso que podían haber, y lanzábanlo

siete o ocho veces, como lanzan los dados los que los juegan; y si algún grano quedaba enhiesto, decían que era señal de muerte. Tenían por el consiguiente unos cordeles, hecho de ellos un manojo, como llavero, adonde las mujeres traen colgadas las llaves; lanzábanlos en el suelo, y si quedaban revueltos decían que era señal de muerte. Y si alguno o algunos salían extendidos, teníanlo por señal de vida, diciendo que ya comenzaba el enfermo a extender los pies y las manos. Y si alguna persona enfermaba de calenturas recias tomaban por remedio hacer un perrillo de masa de maíz y poníanlo en una penca de maguey (que es el cardo de donde sacan la miel) y sacábanlo por la mañana al camino y decían que el primero que por allí pasase llevaría la enfermedad del paciente pegada a los zancajos. Tenían por mal agüero el temblar los parpados de los ojos y mucho pestañear. Cuando estaban al fuego y saltaban las chispas de la lumbre, tenían que venía alguno a inquietarlos, y así decían aquinyehuitz, que quiere decir, ya viene alguno o ¿quién viene aquí? A los niños cuando los trasquilaban, no les quitaban la guedeja detrás del cogote, que llaman ellos piochtli, diciendo que si se la quitaban enfermarían y peligrarían. Y esto hoy día lo usan muchos sin mala intención, más de por el uso que quedó; y por ventura otras cosas de las dichas, sino que no las vemos, como esta del piochtli, que no se puede encubrir. Otros innumerables agüeros tenían, que sería nunca acabar quererlos contar y ponerlos por escrito.





LIBRO SÉPTIMO

DE LOS VEINTE Y UN RITUALES Y MONARQUÍA INDIANA

Compuesto por fray Juan de Torquemada
de la Provincia de el Santo Evangelio en Nueva España

ARGUMENTO DE EL LIBRO SÉPTIMO

En este libro se dice cómo le es al hombre cosa natural el sacrificio y cuándo comenzó en el mundo, pero que no es natural el ofrecerlo de unas o de otras cosas. Dícense las que los primeros hombres del mundo ofrecieron, que fueron de flores, luego de animales irracionales, y llegaron a hacerse estos sacrificios de hombres racionales, no sólo entre estos indios de esta Nueva España sino también entre otras naciones del mundo; los lugares donde se hacían estos sacrificios y las profundas humillaciones de que usaban en ellos.

PRÓLOGO

AL LIBRO SÉPTIMO



A MAJESTAD DE LOS REYES TEMPORALES no sólo consiste en la estimación que se hace de sus personas, siendo preferidas a todas las demás de sus reinos, sino también en las cosas con que les tributan y pechan sus vasallos, juntamente con las que son del servicio de sus personas y reales casas. El ejemplo tenemos en aquel arancel que Dios mandó leer a los de su pueblo, por el profeta Samuel, cuando le pidieron rey que los rigiese y gobernase, como se cuenta en el libro primero *De los reyes,*[1] que dice así: Primeramente vuestros hijos serán sus cocheros y correos, que enviará de una parte a otra. Ítem, vuestras hijas serán del servicio de su casa, guisándole la comida y haciendo ungüentos y aguas olorosas para su recreación y gusto. Ítem, vuestros campos y viñas se sembrarán para su mantenimiento, decimando vuestros sembrados, y tomando de ellos lo que viere convenir para su regalo. De manera que la majestad de un rey, no sólo se conoce en la estimación que se hace de su persona, sino también en los servicios de cosas que se le hacen con que son de todos reconocidos por supremos reyes y monarcas. Pues si a los reyes temporales se les hacen servicios de las cosas que otros trabajan y buscan, ¿cuánto con más razón deben hacerse y darse al señor de todo lo criado, como a criador que es de ellas y de aquellos que las poseen y tienen? Pues de aquí nació que el hombre ofreciese a Dios alguna cosa con que le reconozca por mayor y supremo en todo. Éste es el sacrificio, porque como decimos en este libro, habiendo Dios, como le hay, que es señor de todas las cosas, ha de haber algún acto con que sea reconocido por tal y éste es el sacrificio con el cual nos conocemos por inferiores de aquel a quien ofrecemos el tal sacrificio, reconociéndonos por criaturas suyas. Éste comenzó en el principio del mundo y se fue continuando con el discurso y aumento de él. Y por esta causa me pareció, habiendo tratado de Dios en la manera que las gentes le han conocido (acertando o errando en su conocimiento), tratar de las cosas con que le han reconocido y confesado, que son los sacrificios, los cuales han sido de varias y diversas cosas, variándolos con los tiempos, según que les fue pareciendo mejor a los hombres que los ofrecieron; comenzando a los principios por yerbas, semillas y plantas y mediando con muertes de animales irracionales y viniendo después el demonio a in-

[1] 1. Reg. 7.

troducir en algunos las muertes de hombres, con que se ha dejado servir de hombres errados y ciegos.

Éste es, pues (cristiano lector), el intento que he tenido en insertar inmediatamente al libro pasado, que trata de la verdadera y falsa religión, y la que estos indios guardaron en la adoración del demonio, este que trata de sacrificios; porque siendo las cosas con que el hombre sirve al que reconoce por Dios, se han de decir luego, después de haber tratado de él en la manera que queda dicho. Y no te parezca fuera de propósito, tratando de indios occidentales y de su moda de religión, hacer memoria de otras naciones de el mundo, tomando las cosas que han usado desde sus principios, porque uno de mis intentos, escribiendo esta larga y prolija historia, ha sido dar a entender que las cosas que estos indios usaron, así en la observancia de su religión como en las costumbres que tuvieron, que no fueron invenciones suyas nacidas de su solo antojo, sino que también lo fueron de otros muchos hombres del mundo, y que nada hicieron éstos que no fuese costumbre y hecho antiguo, y que todo, o lo más, que esotras naciones del mundo obraron, se verifica y comprueba en ésta, como parecerá en los libros todos que se siguen en este segundo tomo. Y en este presente verás, que si el mundo comenzó sus sacrificios por flores, se fue llegando a muertes de animales brutos y sin razón, y prosiguió en las de hombres criados a la imagen y semejanza de Dios, según que el demonio poco a poco los fue induciendo a esto (que de creer es, que el que fue inventor de estos males en unas partes, lo sería también en otras, como aquel que en unos y en otros quiso plantar su falsa y detestable adoración) y fue tanto lo que estos desventurados indios le ofrecieron de sacrificios humanos en estas Indias, que excedieron (según que por sus sacrificios parece) a todas las naciones del mundo. Pero aquí nos queda campo para imaginar por él los engaños del demonio y margen donde sentemos con toda devoción las gracias inmensas que a Dios se deben, por haber desterrado a este padre de maldad de estas infernales abominaciones y puesto en lugar de el horrendo sacrificio de hombres que se condenaban en él a penas eternas, por ser idólatras y adoradores de ese mismo demonio que los engañaba, el verdadero sacrificio, que es Dios hecho hombre y sacrificado en el ara de la cruz por los pecadores; el cual corre universalmente por todas estas extendidísimas tierras, ofreciendo en la misa cotidianamente al padre eterno, para que por él haya piedad de todos aquellos que necesitados de su favor piden a voces (mediante su gracia) el socorro de su misericordia. El cual quiera concedernos por su infinita bondad. Amén.



CAPÍTULO I. *De cómo le es natural al hombre ofrecer a Dios sacrificio, de la misma manera que le es natural su conocimiento y la inclinación a él*



RDINARIAMENTE HA HABIDO entre los doctores sagrados, en las cosas que absolutamente no son de fe, diversos pareceres y opiniones; porque cuando la fe no les ata las manos, para que digan una misma cosa acerca del artículo o materia que se trata, toman licencia de seguir el camino que su parecer y albedrío les abre; por lo cual decimos que entre los que tratan ésta, de decir si el sacrificio es natural o no, han variado diversos, con diversas inteligencias y vías que han seguido y discursos que han hecho. Por lo cual (y para responder a lo que deseamos) es necesario advertir, como más largamente hemos tratado, que no hubo nación, ni la pudo haber en el mundo, tan bárbara y brutal, ni tan inculta en las cosas humanas y de razón, que así como no puede ni pudo carecer de algún conocimiento, ora sea claro ora sea obscuro, ora sea universal o confuso, mayor o menor, poco o mucho, de que hay Dios superior en todas las cosas, del cual tienen necesidad para ser ayudados y socorridos todos los hombres, de la misma manera no hay, ni pudo haber gente que pueda ignorar que esto que llamamos sacrificio, que es una protestación y testificación exterior del conocimiento que se tiene de el señorío universal de Dios, sobre toda criatura, debe ser dado y ofrecido a solo Dios y no a otra criatura alguna.

Lo segundo, hemos de suponer, que según el Filósofo,[1] junto con el comento de Santo Thomás y en el octavo de los *Ethicos*,[2] naturalmente nuestro entendimiento juzga deberse a Dios lo más excelente que los hombres pueden darle y ofrecerle en servicio y esto le han de ofrecer. Y aún dice más, que con todo lo que el hombre le ofreciere, siempre le queda en deuda, porque ninguna cosa puede tener, ni darle, que sea igual o equivalente a lo mucho que a Dios debe. Y el que así ofrece, hace lo que puede, aunque no da todo lo que debe y está obligado. Y así añadiremos a esta razón, que lo que falta de parte del hombre, en este ofrecimiento, por no ir cabal y cumplido, suple Dios en la aceptación que de él hace, recibiéndolo como de hombre mendigo y no suficiente para pagar colmadamente esta deuda. La razón que prueba la deuda y obligación en que a Dios estamos, es ésta: que todo hombre, por un instinto natural, se siente no tener cosa en sí que no la haya recibido de aquel que tiene por Dios; y por consiguiente manera, todo su ser y vida, conservación y sustentación. Pues como nues-

[1] Lib. 7. Polit. cap. 9.
[2] Lib. 8. Ethic. cap. 10.

tro entendimiento conciba esto de aquel que tiene por Dios, luego consecutivamente concibe debérselo todo a Dios. Y de aquí es, que ningún hombre, ni reino, ni comunidad puede satisfacer ni recompensar a Dios los beneficios recibidos con ningunas obras, ni trabajos, ni con muerte, ni con vida, en cuanto es de su parte y de sus obras, si no es por la benignidad con que Dios las recibe, contentándose con aquello poco que vale lo que le damos, de lo mismo que de sus poderosas y abundantes manos recibimos.

Siendo, pues (como dice Santo Thomás),[3] cosa cierta que el hombre reconoce una causa, y Dios, del cual cuelgan sus aflicciones y necesidades, así como en las cosas naturales las inferiores cuelgan y penden de las superiores, de esta misma manera la razón natural dicta al hombre (según su natural inclinación) que ofrezca a aquel que reconoce por mayor y superior que él una sujeción y modo de tributo y pecho, a su modo y conforme su posible. Este modo (prosigue Santo Thomás) es muy conveniente al hombre que sean señales sensibles, así como el conocimiento le nace de cosas sensibles; y así nace de esta razón natural que el hombre use de cosas sensibles y naturales, las cuales ofrezca a Dios en señal de reverencia y en clara demonstración de lo mucho que le debe; de la misma manera que el esclavo o siervo temporal ofrece a su señor o amo alguna cosa por tributo o pecho, con que se le humilla y confiesa por menor y suyo. Pues este modo de dar y ofrecer pertenece a la razón del sacrificio; y por consiguiente manera (concluye el Angélico Doctor) que esta oblación y sacrificio pertenece al derecho natural y es muy natural al hombre ofrecerlo a Dios.

San Chrisóstomo, en la oración primera, de cinco que hace contra judíos parece contradecir, no ser el sacrificio natural; lo cual prueba con tres argumentos, deducido el uno del capítulo primero de Isaías, adonde hablando Dios con su pueblo dice: ¿Para qué quiero tanto sacrificio como me ofrecéis, o de qué provecho me son vuestros sacrificios? Y luego concluye. No os canséis en esas cosas, porque todas ellas las tengo por abominación; de donde infiere Chrisóstomo que a ser naturales, y los hombres naturalmente inclinados a ellas, no se las reprehendiera Dios. El segundo argumento colegimos de el capítulo diez y siete de el *Levítico,* donde Dios mandó ser hechos estos sacrificios en el tabernáculo y templo, y no en otra parte, porque los reyes y señores que sacrificaban en los montes y sierras a los dioses monteses, no los sacrificasen; luego por esta condición se lo mandó; luego no son naturales estos sacrificios, por no ser absolutamente voluntario precepto, sino para quitar mayores males; de la misma manera que era concedido el libelo del repudio o como el que echa las mercaderías en la mar, por escapar la vida, queriendo de los dos daños el menor, que es perder la hacienda antes que la vida o como le acontece a un discreto médico que tiene a cargo un furioso enfermo que le da voces para que le dé agua, con protestación que de no dársela se despeñará y matará violentamente, sabiendo el médico que lo hará, negándosela, permíteselo, eligiendo de los dos males el menor.

[3] 2. 2. q. 8. art. 1.

El tercero argumento es éste: solemos decir acá, que de los enemigos, los menos; pues si Dios puso tanta tasa en los sacrificios y fiestas y solemnidades, sean así o así, de esta manera o de esotra, sean tantas y en tales y tales tiempos y no en todo lugar ni en todas partes, sino en tal lugar y con tales condiciones y circunstancias, sea en la ciudad de Jerusalén y no en toda ella indiferentemente, sino en sólo el templo y últimamente vino a dar con todo en tierra, luego síguese que los aborrecía, como por palabras expresas de Isaías lo dice el mismo Dios por éstas: vuestras solemnidades aborreció mi ánima y he trabajado y hecho mucho en sufrirlas; luego síguese que las aborrecía absolutamente (dice el doctísimo Chrisóstomo) y que no las quería, ni eran de su gusto; y así, los sacrificios no lo fueron, ni por consiguiente manera naturales, sino permitidos por evitar mayores males y locuras de hombres desatinados, inclinados a la falsa adoración de los ídolos.

Contra esta opinión de el elocuentísimo Chrisóstomo está la de el divino Gerónimo, en los comentarios de Isaías sobre el capítulo primero; el cual dice que en ninguna manera se ha de entender absolutamente que Dios aborreció los sacrificios (en razón de sacrificios) sino que los aborrece por ser tratados de hombres malos y pecadores, no porque los sacrificios de suyo sean malos; pues como por la razón de Santo Thomás tenemos probado, son naturales y cosa lícita a los hombres para reconocerse sujetos y obedientes a Dios, como a supremo que es en todas las cosas, sino porque lo principal que en ellos se pretende es la buena y limpia conciencia con que habían de ser ofrecidos; porque los sacrificios de la ley antigua tenían su valor del que los ofrecía, y si él era malo, ellos eran malos, y si bueno, buenos; y así aborrecía Dios a los que los trataban, que sólo se contentaban con la exterioridad de el sacrificio, siendo verdad que el fin del legislador y del que los instituyó fue la piedad interior y la virtud del alma; por lo cual diremos (declarando a Chrisóstomo y siguiendo a fray Adamo,[4] que se aprovecha de las palabras de San Gerónimo) que los sacrificios son naturales, por los cuales pedía Dios no tanto las cosas ofrecidas y sacrificadas, sino la devoción y piedad del alma con que habían de ser hechos los sacrificios; y revocar también por esta vía y apartar a los de su pueblo que no los ofreciesen a los demonios; y es fuerza que digamos, que los sacrificios son de ley natural, pues es regla recebida entre sabios, que aquello que todas las naciones de el mundo han usado, es cosa natural, por cuanto la naturaleza misma se inclina a ello, y vemos que todas los han usado: luego es cosa natural.

Pues si tomamos la carrera de sus principios, en los muy recientes y tiernos de la creación de el mundo, sabemos haber ofrecido sacrificio Caín y Abel; Noe lo ofreció, luego que salió de el Arca.[5] Melchisedec (de quien dice la Sagrada Escritura que era sacerdote de el altísimo Dios) ofreció pan y vino. Abraham en la división y partición de la vaca;[6] y esto había de ser

[4] Fr. Adam. in Isai. cap. 1.
[5] Genes. 14. 18.
[6] Genes. 15. 10.

(para ser bueno el sacrificio) por una de dos maneras. La una, por ser cosa natural y a que la naturaleza naturalmente se inclina; y siéndolo así, ya vemos por este modo ser natural. La otra, por revelación o inspiración divina, porque de otra manera (dice Escoto)[7] fueran tenidos por hombres locos y presumptuosos los de aquel tiempo, si tales cosas hicieran sin beneplácito y gusto de Dios, pues las hacían en orden y a fin de agradarle, y que agradándose de ellos, como vemos que se agradó en el sacrificio de Abel, de el cual dice la Sagrada Escritura,[8] que lo aceptó con ojos de misericordia; y de el de Noé,[9] que le olió a olor suavísimo y bueno, había de mandar por algún modo que se hiciesen. Y pues tuvo en esto gusto Dios, y vemos que no contradice a lo natural y que es muy conforme a la naturaleza; y siendo conforme a ella, es razón que se lo atribuyamos.

De donde vengo a inferir no ser invención de el gloriosísimo Chrisóstomo hablar de los sacrificios en común, que un hombre tan sabio y docto y ejercitado en el estudio de las divinas letras, no ignoró estos sacrificios y ofrendas referidas; y sería cosa muy de risa pensarlo de él, ni tampoco que no hay texto expreso en ellas que declare ser de voluntad de Dios el habérselos mandado hacer en aquella ley natural; antes dice por Jeremías: No traté en los tiempos pasados con vuestros padres cosa de éstas, ni cuando los saqué de Egipto.[10] Como parece claro en el *Éxodo,* que les dio leyes y no pidió sacrificios, aunque después sí, por razón de que el pueblo no los ofreciese al demonio, idolatrando por ser tan inclinados a la idolatría. Luego era fuerza que pensara, o que eran de ley natural, pues los hombres los hacían movidos por el impulso proprio de naturaleza, o que eran de mandamiento de Dios, como dice Escoto en el lugar referido, o inspiración suya. Y como dice Santo Thomás,[11] Dios no quería estos sacrificios en razón de aquellas cosas que se le ofrecían, como necesitado y menesteroso y mendigo de ellas, pero pedíalas por apartarlos de la idolatría e inducirlos y acariciarlos a la obediencia que a Dios deben los hombres y traerlos a la consideración de sus beneficios. Y siendo éste el intento y no consiguiéndose, aborrecía las cosas de los sacrificios, por cuanto no se lograban ni llegaban al fin para el cual fueron ordenados. Y esto es lo que les da en cara Isaías y con lo que los afrenta y lo que les refiere Chrisóstomo y dice, que si en sólo ofrecer los sacrificios consistiera el ser buenos y la observancia de la ley, que nunca faltaran; y así digo, que su razón corre y se entiende de solos aquellos sacrificios de la ley antigua, los cuales le eran a Dios de enfado y ofensa por los pecados atroces y abominables de los que los ofrecían. Y si el sacrificio no fuera de suyo bueno, como cesó la ley en la muerte de Cristo y entrada del evangelio, también cesara; pero vemos que se continuó en el sacrificio del cuerpo y sangre verdadera de Cristo nuestro señor; porque aunque entró otra ley, no cesó el sacrificio,

[7] In 4. Sent. d. 1. q. 9.
[8] Genes. 4. 4.
[9] Genes. 8. 21.
[10] Div. Ier. 7.
[11] Div. Thom. 1. 2. q. 102. art. 3. ad pri.

sino entró juntamente con la ley nueva, nuevo modo de sacrificar que fue ofrecer en el altar a Cristo en sacrificio. Por lo cual concluyo que el sacrificio es natural, como llevamos probado; y que a él se inclinan los hombres naturalmente, como a cosa debida a Dios. Y el mismo santo, en la homilía diez y ocho, sobre el *Génesis,* dice: que sacrificó Caín de los frutos de la tierra, movido de la inclinación natural, puesta en el ánima del hombre, por el mismo Dios que lo crió; no como cosa necesaria para Dios, porque respecto de este mismo Dios, ningún sacrificio fue necesario, sino respecto de el hombre, con el cual se muestra agradecido a los beneficios recebidos y sujeto a la sumisión que le debe, por ser su criatura. Éstas son palabras formales de este sapientísimo santo, con que se prueba el intento.

CAPÍTULO II. *Que trata la antigüedad de el sacrificio, y se prueba haber sido Adán el primero que sacrificó en el mundo*



L MODO DE SACRIFICAR COSAS CORPÓREAS comenzó en el principio del mundo. Y aunque nos dice la Sagrada Escritura,[1] que los dos hermanos Caín y Abel fueron los sacrificantes primeros, y no hace mención de otros antes, es de creer que nuestro primer padre Adán fue el inventor de este sacrificio en el mundo; porque si tenemos probado ser de ley natural, también hemos de creer que se principiaría en aquel hombre en quien Dios puso esta naturaleza que obliga a reconocerle por este modo. Esta verdad comprueban muchos hombres doctos, en especial lo dicen Nicolao de Lira,[2] Oleastro[3] y el doctísimo Tostado.[4] Y que esto sea así es creíble; pues como padre estaba obligado a doctrinar y enseñar a sus hijos una manera de reconocer a Dios por algunos modos exteriores y posibles, porque este modo de reconocimiento es necesario para la adoración latría que se debe a Dios; porque otros modos de reverencia también se hacen a los hombres; pero el sacrificio a solo Dios es debido, en el cual ninguna cosa criada tiene parte, como la tiene en otros modos de reverencia, por lo cual quiso Dios, para ser conocido y estimado de los hombres, que se le aplicase esta suerte de adoración de sacrificio, para que por él fuese alabado y adorado, porque los que lo viesen creyesen ser Dios el que por aquel modo visible era servido.

De cómo sacrificaban, dicen, que sería haciendo altar, poniendo en él leña, encendiendo fuego y echando en él el sacrificio, ora fuese cosa animada, ora inanimada. Y que éste fuese el modo antiguo de los primeros hombres del mundo es muy probable, por el fuego que envió Dios del cielo con que abrasó y consumió el sacrificio de Abel, como traslada Theo-

[1] Genes. 4.
[2] Lira in cap. 4. Genes.
[3] Oleast. ibid.
[4] Abul. ibid.

sino entró juntamente con la ley nueva, nuevo modo de sacrificar que fue ofrecer en el altar a Cristo en sacrificio. Por lo cual concluyo que el sacrificio es natural, como llevamos probado; y que a él se inclinan los hombres naturalmente, como a cosa debida a Dios. Y el mismo santo, en la homilía diez y ocho, sobre el *Génesis,* dice: que sacrificó Caín de los frutos de la tierra, movido de la inclinación natural, puesta en el ánima del hombre, por el mismo Dios que lo crió; no como cosa necesaria para Dios, porque respecto de este mismo Dios, ningún sacrificio fue necesario, sino respecto de el hombre, con el cual se muestra agradecido a los beneficios recebidos y sujeto a la sumisión que le debe, por ser su criatura. Éstas son palabras formales de este sapientísimo santo, con que se prueba el intento.

CAPÍTULO II. *Que trata la antigüedad de el sacrificio, y se prueba haber sido Adán el primero que sacrificó en el mundo*



L MODO DE SACRIFICAR COSAS CORPÓREAS comenzó en el principio del mundo. Y aunque nos dice la Sagrada Escritura,[1] que los dos hermanos Caín y Abel fueron los sacrificantes primeros, y no hace mención de otros antes, es de creer que nuestro primer padre Adán fue el inventor de este sacrificio en el mundo; porque si tenemos probado ser de ley natural, también hemos de creer que se principiaría en aquel hombre en quien Dios puso esta naturaleza que obliga a reconocerle por este modo. Esta verdad comprueban muchos hombres doctos, en especial lo dicen Nicolao de Lira,[2] Oleastro[3] y el doctísimo Tostado.[4] Y que esto sea así es creíble; pues como padre estaba obligado a doctrinar y enseñar a sus hijos una manera de reconocer a Dios por algunos modos exteriores y posibles, porque este modo de reconocimiento es necesario para la adoración latría que se debe a Dios; porque otros modos de reverencia también se hacen a los hombres; pero el sacrificio a solo Dios es debido, en el cual ninguna cosa criada tiene parte, como la tiene en otros modos de reverencia, por lo cual quiso Dios, para ser conocido y estimado de los hombres, que se le aplicase esta suerte de adoración de sacrificio, para que por él fuese alabado y adorado, porque los que lo viesen creyesen ser Dios el que por aquel modo visible era servido.

De cómo sacrificaban, dicen, que sería haciendo altar, poniendo en él leña, encendiendo fuego y echando en él el sacrificio, ora fuese cosa animada, ora inanimada. Y que éste fuese el modo antiguo de los primeros hombres del mundo es muy probable, por el fuego que envió Dios del cielo con que abrasó y consumió el sacrificio de Abel, como traslada Theo-

[1] Genes. 4.
[2] Lira in cap. 4. Genes.
[3] Oleast. ibid.
[4] Abul. ibid.

doción diciendo, que inflamó Dios sobre Abel. Y San Gerónimo,[5] lo nota en las cuestiones hebraicas, y así lo siente Lira, el Tostado y Oleastro en los lugares citados; y pruébase este modo de confirmación que hizo con fuego, en este sacrificio de Abel, por otro en que se mostró agradado de Dios aquellos que sacrificaron, como parece en el *Levítico,*[6] en aquel sacrificio primero de Aarón que bajó fuego del cielo que lo quemó; y en el libro de *Los jueces,*[7] del sacrificio de Gedeón y del de Salomón en el templo, y en el de Elías; y en el de *Los jueces,* del sacrificio de Manoach.[8] De manera que acudió Dios al uso que los hombres tenían de consumir con fuego lo que le sacrificaban y ofrecían, como dándose por pagado de aquel servicio, lo cual declaraba por aquel modo. Y éste, según tenemos dicho, fue principiado por el padre Adán, aunque la Sagrada Escritura no lo dice.

El padre Pereira,[9] hablando de este sacrificio, se admira que siendo creíble que Adán fue inventor de este sacrificio y que lo enseñó a sus hijos, no haga la Sagrada Escritura mención de él, ni lo dé por autor de ello, sino que lo atribuía a sus dos hijos; y responde que no se dice en la divina escritura haberlo él principiado (aunque sea verdad que lo principió) por razón de que como había sido origen y principio del pecado, como aquel que primeramente pecó; que no era cosa conveniente, ni decente, que en él se manifestase el principio y origen de la santidad, sino más convenientemente en Abel, que fue el primero de los mortales que se llamó justo e inocente. Esta razón, aunque es de hombre docto, parece frívola y sin fundamento; porque dado caso que Adán pecó y que por el pecado perdió a Dios, no por esto después, que por arrepentimiento y penitencia volvió a su gracia, debe negarsele la gloria y honra que pudo recrecérsele en todas aquellas cosas de virtud y santidad que pudo hacer y enseñó a otros que hiciesen, porque sería negar que uno que ha cometido algún delito contra la majestad real, no queda posibilitado para hacer cosa buena; y que ya que la haga no debe publicarse por suya, como en ultraje y menosprecio del que pecó; y aunque le fuese perdonado el delito, no pasase jamás la pena, sino que siempre estuviese en ella, pues se le negaba el honor y honra que se le recrecía de algunas obras buenas que hiciese en recompensa de su culpa y para satisfacción de la persona ofendida, y que no solo él se preciaba de servirla por aquel modo, sino que también enseñaba a otros que así reverenciasen a la majestad real a quien tanto se debe. Pues decir de Adán que porque pecó y fue origen del pecado no es razón que se le atribuya cosa tan buena, como es el sacrificio, que es demostración de santidad, no me parece acertado; así no me parece que la Sagrada Escritura quiso hacerle aquesta afrenta, en no atribuírsele.

Y si por ser pecador no fue nombrado, la misma razón había de correr por Caín, al cual nombra la Sagrada Escritura primero que a Abel en el

[5] Div. Hier. in trad. Hebraic. in Genesim.
[6] Lev. 9.
[7] Iud. 6.
[8] 2. Paral. 7. 3. Reg. 18. Iud. 13.
[9] Pereira, in cap. 4 lib. 7.

sacrificio. De manera que primero hace memoria de el de Caín, que de el de Abel; y dado caso que no fuese primero en tiempo, a lo menos eslo en la narración; y si por pecador Adán no se hace mención de haber sacrificado, menos se había de hacer de Caín, que no sólo fue pecador, pero gran pecador y por tal confesado y declarado en el sagrado texto, al cual el glorioso padre agustino[10] hace cabeza de la ciudad del demonio, en el libro quinceno de la *Ciudad de Dios*. De manera que si por pecador no es razón que se nombre primero que Abel, mucho menos se había de nombrar Caín. Demás de que de Adán, nos dice el Espíritu Santo en el *Libro de la sabiduría*,[11] que fue reducido a la gracia de Dios, sacándolo de la culpa y delito que había cometido, y de Caín no nos dice nada de esto, por lo cual parece no ser a propósito la respuesta. Pero, porque está puesta la razón, me parece que se responderá bien a ella, diciendo que no hace memoria la Sagrada Escritura de Adán, como la hace de Abel, no porque no pudiera, sino porque muchas cosas calla, que como no hacen al propósito de la historia que va tratando, las pasa en silencio; y porque la muerte de Abel fue ocasionada de aquel sacrificio, que los dos hermanos hicieron, fue fuerza tratar de él para decir de ella; porque para decir que Caín mató a su hermano Abel, fue necesario decir la ocasión y causa, que fue la envidia que concibió Caín de el favor que Dios había hecho a su hermano en aceptar (con signo visible) su sacrificio, despreciando el que él había ofrecido, de donde comenzó a quererle mal y a tratar ocultamente y en su pecho de matarle. De suerte que porque este sacrificio fue la causa de esta maldad, lo nombra la Sagrada Escritura y deja los que su padre Adán podía haber hecho, porque no había cosa particular que decir de ellos; y así, como cosa usada, la da la Sagrada Escritura por presupuesta, no diciendo que inventaron los dos hermanos cosa por donde se desavinieron, sino que después de mucho tiempo que había que ejercitaban, el uno la agricultura y el otro la pastoría, hicieron un sacrificio, cada cual de las cosas que ejercitaba, el cual sacrificio fue la ocasión de la muerte de el justo y santo Abel.

Alejandro de Alés,[12] en la tercera parte de su *Suma*, hace autores de la invención de el sacrificio a Caín y a Abel y niega haber sido invención de Adán, su padre; y da la razón diciendo que se dice haber comenzado la Iglesia en Abel y no desde Adán, por haber incurrido en pecado mortal, después de la santidad y gracia en que fue criado; porque si se dijese que había comenzado en Adán, diríamos también que en algún tiempo faltó la Iglesia, lo cual es de grande inconveniente, porque lo fuera grande que habiendo comenzado faltara; y así comenzó en Abel, y de la misma manera que comenzó la Iglesia en él, también comenzó el sacrificio. Demás (dice luego) que Abel fue forma, dechado y figura de la Iglesia por la inocencia de su vida y por la santidad de sus costumbres y virginidad perpetua, en las cuales cosas se manifiesta la inocencia de la Iglesia y en su integridad y entereza en todas las cosas; por lo cual convino, que de Abel comenzase

[10] Div. Aug. l. ib. 15. cap. 6.
[11] Sap. 10.
[12] Alex. 3. p. q. 55. m. 7. aut ut habetur in nova ex aratio in 4. art. 7. per totum.

el sacrificio y este uso y ceremonia de servir a Dios, para el cual fueron instituidos los sacrificios.

Con estas razones pretende probar este doctísimo varón su intención, y responde a las objeciones que pueden ofrecerse, absolviéndolas con otras a este modo y que suenan lo mismo; pero (salva su mucha autoridad y reverencia y la devoción que le tengo, no sólo por ser tan docto y religioso nuestro, sino por la mucha santidad que de él se dice) parece no contradecir sus razones a nuestro intento, que dado caso (como lo confieso) que la Iglesia comenzó de Abel, no contradice a esta verdad, que el sacrificio haya comenzado de otro primero, porque aunque fue ceremonia eclesiástica, no de tal manera inclusa en razón de Iglesia, que no pudiese ejercerse antes que la Iglesia comenzase en Abel. Porque orar a Dios, reconocerle por Dios, pedirle auxilio y favor como a supremo, confesarle por hacedor de todo lo creado, todo aquesto es perteneciente a la Iglesia; porque sin ello no hay Iglesia perfecta y aun es lo dicho el fundamento de ella, porque como dice el Apóstol,[13] al que se llega a Dios le conviene que crea que hay Dios, y que es pagador y remunerador de todo bien. Y si esto no creyese, no sería de los del gremio de la Iglesia. Pues ¿quién negará que estas cosas no las conoció Adán y las confesó? Porque negarlas en él, es negar la verdad de la Sagrada Escritura, porque conoció ser hechura de sus manos, y en aquel sueño misterioso que tuvo vido su poder, formando de su costilla a la mujer que le dio por compañera; vídose avergonzado cuando le faltó a la palabra en la transgresión de el mandamiento y abscondióse de su presencia; temió a su voz, echóle de el Paraíso y salió de él llorando y comenzó a conocer su miseria y a sentir la falta que el favor de Dios le hacía; era fuerza que en tanta calamidad y trabajos buscara algún alivio, no le podía tener, sino en solo aquel que le había criado, porque todas las demás cosas criadas le habían alzado la obediencia y le negaban el señorío que antes tenía en ellas; pues para esto era necesario volverse a Dios y pedirle misericordia y saberle agradar y desenojar por algún modo; y éste había de ser algún género de servicio o sacrificio.

Decirme han que fue sacrificio el que Adán hizo para volver a la gracia y amistad de Dios; pero que éste fue interior, de contrición y arrepentimiento y conversión a Dios, por dolor y lágrimas de haberle ofendido (como lo dice el mismo Alejandro). Pero ¿por qué, si se le concede este sacrificio interior, no se le concederá el exterior y visible? Porque dado caso que aquél le bastó para ganar la voluntad de Dios y merecer perdón, no sólo bastaba éste para servirle, sino que también era necesario otro exterior para reconocerle, el cual era el sacrificio de yerbas o animales, según que la razón natural dictaba al entendimiento humano. Y para mayor claridad de esta verdad, hemos de fundamentarla con lo que el mismo Alejandro dice del tiempo de la ley natural; porque tiene que el sacrificio no fue de mandamiento expreso de Dios entonces, ni tampoco revelación divina; lo cual prueba diciendo, que Caín y Abel ofrecieron, en aquellos primeros

[13] Ad Heb. 11.

tiempos, sacrificio, como parece por la Sagrada Escritura y no consta por ella ser mandamiento de Dios ni inspiración divina; luego inclinación natural, con que naturalmente el hombre se inclinó a ofrecer este sacrificio. Pues si esta inclinación se concede a la naturaleza, ¿por qué no se le concederá al hombre en quien primero tuvo principio? Y si se le concede el sacrificio interior, que es de dolor y contrición, ¿por qué no se le concederá el exterior, que es de alabanza y respeto? Decir (como dice luego) que no era razón que un servicio tan honroso, como es el del sacrificio, comenzase por el que había pretendido deshonrar a Dios, pecando contra él y quebrantando su mandamiento, no se sigue, porque no porque pecó se le ha de negar, demás de su conversión otro cualquier modo de servicio (como tenemos antes probado). Demás de que siendo la culpa pública (como lo fue y tan conocida del linaje humano) no bastaba, para el buen ejemplo y satisfación de los que sabían su pecado, que él interiormente se arrepintiese, sino que mostrase este arrepentimiento en cosas exteriores; porque, aunque para con Dios está cumplido en la manera dicha, es menester también satisfacer a los hombres, si el caso pide satisfación.

CAPÍTULO III. *Donde se dice que aunque el sacrificio es al hombre natural, no lo son las cosas de que se ofrece, ni son unos los modos con que son los sacrificios ofrecidos*



OR EL CAPÍTULO PASADO HEMOS VISTO cómo el ofrecer sacrificio a Dios es cosa natural al hombre; en éste decimos que las cosas de que se ofrece o en que se ofrece no son de ley natural, sino que se dejan a la determinación de los hombres o de toda una comunidad, o de aquel que la rige, para que por ley, o por costumbre, o por mandamiento las determine o si ésta faltare, cada persona particular tiene licencia de ofrecer lo que quisiere. Y así decimos que las cosas en que, o de que, se ha de hacer y ofrecer el sacrificio son de ley positiva y no de ley o derecho natural.

Lo dicho se prueba porque todo aquello en común es de ley natural (como dice Santo Thomás),[1] que queda su determinación remitida al derecho positivo. Así como que los malhechores sean castigados (que la misma ley natural lo dicta); pero que sea con tal o tal pena y castigo, no lo dice la ley natural, sino el albedrío y juicio del legislador, ora sea Dios, ora el hombre. De esta misma manera decimos que la ofrenda del sacrificio en común es de ley natural, y en esto todos convienen; pero su determinación (conviene a saber que sea en esto o en esotro) es de ley positiva, divina o humana, y en esto difieren.

También se prueba por lo que dice el Filósofo en los *Ethicos*,[2] donde, hablando del derecho natural y legal o positivo, expresamente pone por

[1] Div. Thom. 1. 2. q. 95. ar. 2. in corp. art. et 2. 2. q. 85. art. 1. ad prim.
[2] Arist. Ethic. lib. 5. cap. 11.

tiempos, sacrificio, como parece por la Sagrada Escritura y no consta por ella ser mandamiento de Dios ni inspiración divina; luego inclinación natural, con que naturalmente el hombre se inclinó a ofrecer este sacrificio. Pues si esta inclinación se concede a la naturaleza, ¿por qué no se le concederá al hombre en quien primero tuvo principio? Y si se le concede el sacrificio interior, que es de dolor y contrición, ¿por qué no se le concederá el exterior, que es de alabanza y respeto? Decir (como dice luego) que no era razón que un servicio tan honroso, como es el del sacrificio, comenzase por el que había pretendido deshonrar a Dios, pecando contra él y quebrantando su mandamiento, no se sigue, porque no porque pecó se le ha de negar, demás de su conversión otro cualquier modo de servicio (como tenemos antes probado). Demás de que siendo la culpa pública (como lo fue y tan conocida del linaje humano) no bastaba, para el buen ejemplo y satisfación de los que sabían su pecado, que él interiormente se arrepintiese, sino que mostrase este arrepentimiento en cosas exteriores; porque, aunque para con Dios está cumplido en la manera dicha, es menester también satisfacer a los hombres, si el caso pide satisfación.

CAPÍTULO III. *Donde se dice que aunque el sacrificio es al hombre natural, no lo son las cosas de que se ofrece, ni son unos los modos con que son los sacrificios ofrecidos*



OR EL CAPÍTULO PASADO HEMOS VISTO cómo el ofrecer sacrificio a Dios es cosa natural al hombre; en éste decimos que las cosas de que se ofrece o en que se ofrece no son de ley natural, sino que se dejan a la determinación de los hombres o de toda una comunidad, o de aquel que la rige, para que por ley, o por costumbre, o por mandamiento las determine o si ésta faltare, cada persona particular tiene licencia de ofrecer lo que quisiere. Y así decimos que las cosas en que, o de que, se ha de hacer y ofrecer el sacrificio son de ley positiva y no de ley o derecho natural.

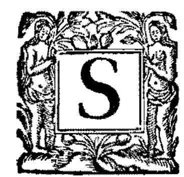
Lo dicho se prueba porque todo aquello en común es de ley natural (como dice Santo Thomás),[1] que queda su determinación remitida al derecho positivo. Así como que los malhechores sean castigados (que la misma ley natural lo dicta); pero que sea con tal o tal pena y castigo, no lo dice la ley natural, sino el albedrío y juicio del legislador, ora sea Dios, ora el hombre. De esta misma manera decimos que la ofrenda del sacrificio en común es de ley natural, y en esto todos convienen; pero su determinación (conviene a saber que sea en esto o en esotro) es de ley positiva, divina o humana, y en esto difieren.

También se prueba por lo que dice el Filósofo en los *Ethicos*,[2] donde, hablando del derecho natural y legal o positivo, expresamente pone por

[1] Div. Thom. 1. 2. q. 95. ar. 2. in corp. art. et 2. 2. q. 85. art. 1. ad prim.
[2] Arist. Ethic. lib. 5. cap. 11.

ejemplo que sacrificar una cabra o dos ovejas, dice que pertenece al derecho positivo o institución humana. Y más clara y verisímilmente se prueba con los sacrificios que los antiguos padres hicieron, porque Abel ofreció de sus ganados, Caín espigas, Melchisedech pan y vino, sin encontrarse estos padres referidos en sus ofrendas y sacrificios; y los del pueblo de Dios los hicieron, según el orden que de él mismo recibieron, conviniendo todos en el sacrificio y difiriendo y apartándose los unos de los otros en el modo y cosas sacrificadas; por lo cual vemos que aunque el sacrificio es de ley natural, el modo no es sino de derecho positivo.

CAPÍTULO IV. *De cómo en los primeros tiempos de el mundo los primeros y antiguos gentiles sacrificaron a sus dioses yerbas y flores, sin hacer otro ningún género de sacrificio*

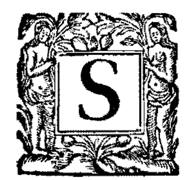


SUPUESTO YA QUE LOS HOMBRES son inclinados naturalmente al sacrificio (como hemos visto y dejamos probado), digo que las primeras cosas de que usaron para sacrificar fueron yerbas, flores y ramos de árboles y sahumerios de cosas odoríferas y aromáticas y no usaban de otra cosa; porque matar animales, ni cosa viva, no sólo no lo permitían, pero teníanlo por pecado grave. Por lo cual Licurgo, que dio leyes a los lacedemonios, instituyó que de yerbas y estas cosas, que más presto pueden ser habidas a las manos, sin dilación y tardanza, se ofreciesen los sacrificios; y la razón que daba era que no sucediese acaso, que por dificultad de las materias, por no poder ser habidas tan presto, se dejasen de hacer los sacrificios, siendo cosa tan necesaria. Y dice Horacio,[1] que al dios genio ofrecían los antiguos en sacrificio flores y vino. También usaban de inciensos y cosas odoríferas, las cuales ofrecían a sus falsos dioses, como lo dicen Tibulo,[2] y Ovidio,[3] y Persio.[4] De manera que los sacrificios antiguos, entre las gentes bárbaras y simples de aquellos siglos, eran éstos, añadiendo también, como hizo Cecrops, rey de Atenas, que a Júpiter, a quien él tenía en mucho, se le ofreciesen frutas de postre que llamamos de sartén, como son buñuelos y otras cosas dulces y enmeladas, hechas de harina muy cernida, como lo dice Pausanias en el principio de su libro octavo. Y Dídimo dice, de los de la provincia de Arcadia, que ofrecían tortas hechas de la flor de la harina; pero los troyanos acostumbraron a ofrecer a sus dioses, no incienso y otras cosas odoríferas, sino humo de cedro y cidro, por ser árbol de madera más preciosa que el abarce, según dice Plinio[5] y otros, con humo de romero y enebro.

[1] Hor at lib. 2. epist. 1.
[2] Tibull. lib. 2. eleg. 2. et lib. 1. eleg. 7.
[3] Ovid. amor. 1. eleg. 8.
[4] Persi. Sat. 2. de Natal. Macrini.
[5] Plin. lib. 13. in princ.

ejemplo que sacrificar una cabra o dos ovejas, dice que pertenece al derecho positivo o institución humana. Y más clara y verisímilmente se prueba con los sacrificios que los antiguos padres hicieron, porque Abel ofreció de sus ganados, Caín espigas, Melchisedech pan y vino, sin encontrarse estos padres referidos en sus ofrendas y sacrificios; y los del pueblo de Dios los hicieron, según el orden que de él mismo recibieron, conviniendo todos en el sacrificio y difiriendo y apartándose los unos de los otros en el modo y cosas sacrificadas; por lo cual vemos que aunque el sacrificio es de ley natural, el modo no es sino de derecho positivo.

CAPÍTULO IV. *De cómo en los primeros tiempos de el mundo los primeros y antiguos gentiles sacrificaron a sus dioses yerbas y flores, sin hacer otro ningún género de sacrificio*



UPUESTO YA QUE LOS HOMBRES son inclinados naturalmente al sacrificio (como hemos visto y dejamos probado), digo que las primeras cosas de que usaron para sacrificar fueron yerbas, flores y ramos de árboles y sahumerios de cosas odoríferas y aromáticas y no usaban de otra cosa; porque matar animales, ni cosa viva, no sólo no lo permitían, pero teníanlo por pecado grave. Por lo cual Licurgo, que dio leyes a los lacedemonios, instituyó que de yerbas y estas cosas, que más presto pueden ser habidas a las manos, sin dilación y tardanza, se ofreciesen los sacrificios; y la razón que daba era que no sucediese acaso, que por dificultad de las materias, por no poder ser habidas tan presto, se dejasen de hacer los sacrificios, siendo cosa tan necesaria. Y dice Horacio,[1] que al dios genio ofrecían los antiguos en sacrificio flores y vino. También usaban de inciensos y cosas odoríferas, las cuales ofrecían a sus falsos dioses, como lo dicen Tibulo,[2] y Ovidio,[3] y Persio.[4] De manera que los sacrificios antiguos, entre las gentes bárbaras y simples de aquellos siglos, eran éstos, añadiendo también, como hizo Cecrops, rey de Atenas, que a Júpiter, a quien él tenía en mucho, se le ofreciesen frutas de postre que llamamos de sartén, como son buñuelos y otras cosas dulces y enmeladas, hechas de harina muy cernida, como lo dice Pausanias en el principio de su libro octavo. Y Dídimo dice, de los de la provincia de Arcadia, que ofrecían tortas hechas de la flor de la harina; pero los troyanos acostumbraron a ofrecer a sus dioses, no incienso y otras cosas odoríferas, sino humo de cedro y cidro, por ser árbol de madera más preciosa que el abarce, según dice Plinio[5] y otros, con humo de romero y enebro.

[1] Hor at lib. 2. epist. 1.
[2] Tibull. lib. 2. eleg. 2. et lib. 1. eleg. 7.
[3] Ovid. amor. 1. eleg. 8.
[4] Persi. Sat. 2. de Natal. Macrini.
[5] Plin. lib. 13. in princ.

Estos indios occidentales usaron este modo de sacrificio en sus primeros tiempos (conviene a saber) de flores, yerbas, ramos de árboles, copal, que es su incienso, y otras gomas que tenían por preciosas para este fin, aunque después crecio el gentío y con él la crueldad; con las flores, inciensos y olores añadieron otras abominaciones, como luego veremos. Y los del Pirú ofrecían yerbas, flores y frutas, pan y vino y humo; y la figura de lo que les pedían, hecha de oro y plata. Pero decimos de los egipcios, que también ofrecían al sol y la luna y estrellas sacrificios de yerbas verdes, teniéndolas en las manos, casi dando a sus dioses las primicias de la virtud de la tierra. También de las hojas, raíces y frutos de los árboles. Después por causa (según decían) que primero fueron producidas las yerbas que los árboles. Unas ofrecían enteras, otras en parte quemaban y con el humo de ellas creían que sacrificaban a los cielos y a aquellos cuerpos y planetas celestiales.

Porfirio,[6] gran filósofo, en un libro que compuso contra los que comían carne, defendía mucho que no se debían matar animales para los sacrificios, y para esto trae muchos ejemplos, diciendo que los antiguos (en especial los egipcios) no ofrecían carne ni sangre, sino los frutos de la tierra, los cuales frutos también adoraban por dioses. Y así sucedía que cuando los renuevos de los árboles o los frutos de la tierra se secaban, les ofrecían lágrimas y gemidos de compasión; cosa muy ordinaria en estos nuestros indios, ofrecer lágrimas y suspiros a las esterilidades y dolerse de ellas como de cosas animadas y capaces de razón, y nombrarlas con nombre de pobre, como si esta pobreza o mengua fuera en orden de las dichas cosas y no de los hombres que las pasan.

CAPÍTULO V. *De cómo los sacrificios se vinieron a convertir y conmutar en muertes de animales, habiendo sido antes caso enorme y no usado ni permitido*



UCHO DESPUÉS DE LOS TIEMPOS REFERIDOS, en los cuales se contentaban los hombres de ofrecer yerbas y flores en sacrificio a los que adoraban por dioses, dice Porfirio (referido por Eusebio)[1] que fue introducida en el mundo, por la iniquidad y malicia de los hombres, esta costumbre, llena de crueldad, de derramar sangre para los sacrificios, matando los animales, bañando y ensuciando los altares con sangre y hediondez; el cual tenía por opinión, con otros filósofos y teólogos de la gentilidad, que como por tres causas debían los hombres ofrecer sacrificio a los dioses; que son, la una por darles honra; la otra, por hacerles gracias de los beneficios que de ellos se reciben; y la tercera, para pedirles las cosas necesarias a la vida y que les libren de las adversas y malas; que para cumplir con

[6] Porphir. apud Euseb. de Demonstrat. Evang. lib. 3. cap. 4.

[1] Euseb. de Præp. Evang. lib. 4. cap. 4 et 5.

Estos indios occidentales usaron este modo de sacrificio en sus primeros tiempos (conviene a saber) de flores, yerbas, ramos de árboles, copal, que es su incienso, y otras gomas que tenían por preciosas para este fin, aunque después crecio el gentío y con él la crueldad; con las flores, inciensos y olores añadieron otras abominaciones, como luego veremos. Y los del Pirú ofrecían yerbas, flores y frutas, pan y vino y humo; y la figura de lo que les pedían, hecha de oro y plata. Pero decimos de los egipcios, que también ofrecían al sol y la luna y estrellas sacrificios de yerbas verdes, teniéndolas en las manos, casi dando a sus dioses las primicias de la virtud de la tierra. También de las hojas, raíces y frutos de los árboles. Después por causa (según decían) que primero fueron producidas las yerbas que los árboles. Unas ofrecían enteras, otras en parte quemaban y con el humo de ellas creían que sacrificaban a los cielos y a aquellos cuerpos y planetas celestiales.

Porfirio,[6] gran filósofo, en un libro que compuso contra los que comían carne, defendía mucho que no se debían matar animales para los sacrificios, y para esto trae muchos ejemplos, diciendo que los antiguos (en especial los egipcios) no ofrecían carne ni sangre, sino los frutos de la tierra, los cuales frutos también adoraban por dioses. Y así sucedía que cuando los renuevos de los árboles o los frutos de la tierra se secaban, les ofrecían lágrimas y gemidos de compasión; cosa muy ordinaria en estos nuestros indios, ofrecer lágrimas y suspiros a las esterilidades y dolerse de ellas como de cosas animadas y capaces de razón, y nombrarlas con nombre de pobre, como si esta pobreza o mengua fuera en orden de las dichas cosas y no de los hombres que las pasan.

CAPÍTULO V. *De cómo los sacrificios se vinieron a convertir y conmutar en muertes de animales, habiendo sido antes caso enorme y no usado ni permitido*



UCHO DESPUÉS DE LOS TIEMPOS REFERIDOS, en los cuales se contentaban los hombres de ofrecer yerbas y flores en sacrificio a los que adoraban por dioses, dice Porfirio (referido por Eusebio)[1] que fue introducida en el mundo, por la iniquidad y malicia de los hombres, esta costumbre, llena de crueldad, de derramar sangre para los sacrificios, matando los animales, bañando y ensuciando los altares con sangre y hediondez; el cual tenía por opinión, con otros filósofos y teólogos de la gentilidad, que como por tres causas debían los hombres ofrecer sacrificio a los dioses; que son, la una por darles honra; la otra, por hacerles gracias de los beneficios que de ellos se reciben; y la tercera, para pedirles las cosas necesarias a la vida y que les libren de las adversas y malas; que para cumplir con

[6] Porphir. apud Euseb. de Demonstrat. Evang. lib. 3. cap. 4.

[1] Euseb. de Præp. Evang. lib. 4. cap. 4 et 5.

todas tres bastaba el movimiento de el ánima (conviene a saber) la oración y elevación mental a Dios sin otro género de cosa. Y esta oración, dice,[2] que es la que basta y con la que Dios más se agrada, por ser el verdadero sacrificio. Y si por ventura (dice luego) ha de haber más, se pueden añadir algunos donecillos de los frutos y flores de la tierra. Porque dice, que Dios no ha menester nada de nosotros y no sólo de nosotros, más aún, ni de las inteligencias, que son los ángeles; pero que se maten animales, en orden de este fin, dice que es mal hecho y que en ninguna manera debe ser consentido; porque los primeros sacrificadores no sacrificaban animales, sino yerbas en los principios, y después flores y ramas de árboles y cosas aromáticas e inciensos.

Pero por más que Porfirio lo llora y abomina mucho, después de haber sacrificado yerbas y flores y estas cosas dichas, comenzaron los mismos egipcios a sacrificar animales; y así sacrificaban un buey cada año a la luna, porque decían que tenía también cuernos como ella, según Lactancio,[3] y Justino lo afirma. También Catón,[4] dice que en el altar y ara de Apolo Genitivo no se usaban muertes de animales, y que todos sus sacrificios eran de verbena y músicas; a cuyo propósito son de notar las palabras de San Cirilo,[5] que dice haber un altar que hasta entonces permanecía en Delo, el cual se llamaba altar por excelencia, porque en él no se acostumbraba ofrecer cosa viva o muerta de animales. Y Clemente Alejandrino,[6] dice del mismo altar y ara, que aquel antiquísimo altar que estaba en Delo, era llamado vulgarmente de todos santo, por la razón dicha. Y por la misma se dice que llegó a este lugar a hacer oración Pitágoras, por no estar sucio ni amancillado con ninguna muerte de animales, el cual como jamás comió carne, tampoco curó de ofrecerla en sacrificio.

De estos indios no sabemos que en sus principios acostumbrasen semejantes sacrificios, ni aun hay noticia de ningunos que se usasen entre los chichimecas, primeros moradores después de la destruición de los tultecas (como dejamos dicho en otro lugar), hasta que llegaron otras naciones que enseñaron éstas y otras cosas; y por ventura (si los usaron) serían de yerbas y flores, como decimos de todos en común, no curando de ofrecer carnes a quien sabían que no las comía, y que era mejor aprovecharlas en sí que perderlas en el sacrificio y oblación que hacían.

[2] Euseb. de Demonstrat. Evang. lib. 1. cap. 6.
[3] Lact. lib. 1. cap. 21.
[4] Caton de Liberis educandis.
[5] Div. Ciril. lib. 9. in Iulian.
[6] Clem. Alex. Strom. lib. 7.

CAPÍTULO VI. *De cómo se comenzaron los sacrificios de animales y cosas vivas; y de algunos que en particular se ofrecían a particulares dioses*



SÍ COMO CON LA MUDANZA DE LOS TIEMPOS se suelen mudar costumbres, así, ni más ni menos, ha ido sucediendo en el modo de los sacrificios, comenzando en flores y acabando en sangre; y ya pluguiera a Dios que la que sabemos haberse derramado en el mundo a este propósito, hubiera sido solamente de animales irracionales, que pudiera pasar por cosa tolerable; pero llegó la costumbre, como adelante veremos, a ser tan cruel y nefanda, que los irracionales se convirtieron en racionales; y no era bueno, ni cumplido, el sacrificio que con semejante sangre no fuese bañado y rociado. Pero tratando de los brutos y faltos de razón, que fueron sacrificados, decimos que estos indios occidentales usaron en sus sacrificios y ofrendas de codornices (y esto en excesivo número), de conejos, venados y otras muchas especies de animales, así domésticos como bravos y campesinos. Y no sólo de los animales y cosas vivas de la tierra, sino también de los peces de el agua. Y este género de sacrificios ofrecían en particular a su dios, o por decir mejor, al demonio llamado Xiuhtecutli, o Ixcozauhqui, dios del fuego, como se dirá en su fiesta.

Este género de sacrificio no fue inventado por el demonio en sola esta tierra, que muy de más atrás fue servido con el de idólatras más antiguos; de los cuales los que al presente nos ocurren y ofrecen, son los boecios (región de Grecia), según escribe Atheneo,[1] filósofo de la ciudad de Seleucia de Siria, los cuales ofrecían anguilas a sus dioses, coronadas con flores y rociadas con cierta salsa de que usaban, que llamaban mola. Y él mismo dice, que los pescadores acostumbraban ofrecer a Neptuno, dios de la mar, el atún mayor que pescaban o cogían. A la diosa de Siria, llamada Atergatis, sacrificaban peces, unos vivos y otros muertos, unos crudos y otros guisados. Los facelitas en Licia (región de Asia la Menor), una salsa compuesta y confeccionada con carnes de peces salados, y ésta ofrecían cada año a sus dioses. El barbo se ofrecía a la diosa Proserpina; y el mismo a Diana; a Apolo el peje llamado bidícula; a Mercurio, el llamado bocas; a Baco, el cittulo; a Venus, el nombrado apua; a Neptuno, el pompilo; y otros muchos a otros muchos y diversos dioses, que no refiero por evitar prolijidad, siendo sólo mi intento decir, cómo este género de sacrificio ha sido usado en muchas y varias naciones, a las cuales estos naturales han hecho alusión y han imitado.

De los animales de la tierra sabemos (y hay millones de escritores que nos lo dicen) haber sido consagrados y ofrecido a los ídolos en sacrificio, en especial las ovejas, bueyes, puercos, cabras, gallinas, ánsares y otros muchos géneros o especies de animales y aves. Los cuales habían de ser

[1] Atheneo, lib. 7. cap. 17.

muy escogidos, limpios y sin mácula; y no siendo así, no se preciaban los gentiles de ofrecerlos, ni creían que les aprovechaban. Y de todos estos animales tuvieron por opinión ser los cabritos y corderos los mejores para el sacrificio, por ser mansos de su natural y humildes, significando en esto que pues el sacrificio era una demonstración de humildad, que aquellas cosas eran más convenientes para él, que más le parecían. De las aves domésticas usaban sacrificar las gallinas y ánsares, aunque Aristófanes, poeta,[2] dice que de todas las aves en particular había dedicación para muchos de los dioses. Y hablando con la particularidad de que usaban en sus sacrificios, dicen de los egipcios que hacían sacrificios de puercos a la luna y a Baco, dios del vino. Y a los otros dioses, de bueyes, becerros y ánsares, excepto de cabras y cabrones, porque en ninguno de sus sacrificios lo usaban. De los ingleses, dice Julio César[3] en sus *Comentarios*, que se abstenían de sacrificar liebres, gallinas y ánsares, y que por la misma razón también de comerlas. A Neptuno ofrecían muchas naciones y gentes un toro negro. Y Ulises le hacía los sacrificios de carneros y osos. Y en Atenas, el octavo día de cada mes, se le ofrecía a Neptuno sacrificio, una vez de toro, otra, de otros varios animales; y lo mismo a Apolo. Los egipcios sacrificaban a Tifón, hermano de Osiris, los bueyes bermejos. Los de Arabia sacrificaban camellos, tenidos a engordar y en cebo, al dios no conocido. Y según Marco Varrón, en Roma usaron, en el principio de sus sacrificios, matar y ofrecer puercos a su mayor dios; y a la madre de los dioses, Berecintha, la ofrecían puercas en ofrenda; los tusas (gente de Egipto) que adoraban a la diosa Venus con cuernos le sacrificaban vacas. A las estrellas y cuerpos celestiales, tenían los antiguos dedicadas aves. A Venus la paloma; y a Isi de las ánsares.

Estos nuestros indios ofrecían al dios Huitzilopuchtli codornices y gavilanes; y al dios Mixcohuatl, conejos, venados y adives o coyotes; y con esto celebraban su fiesta, y hacían sus sacrificios imitando a las demás gentes, de las cuales se ha querido servir el demonio de todo género de cosas. Y así éstos, como los demás antiguos, ofrecían a sus dioses diversos animales, según que cada uno le convenía por alguna razón o causa. Así lo toca Virgilio muchas veces en el tercero de los *Eneidos*.

[2] Aristoph. in Avi.
[3] Caesar, lib. 5. de Bello Gallico.

CAPÍTULO VII. *De algunas razones motivas que tuvieron los gentiles de sacrificar diversos animales a diversos dioses*



UNQUE LOS SACRIFICIOS que a los demonios se hacían (y hacen en las partes que todavía lo adoran) eran y son disparates de los hombres, que con ellos le honraban y honran, por ser el objeto a quien se mira para hacerlos indigno de ellos, no por eso los medios que han tomado son disparates, porque aunque en el fin erraban, era con circunstancias y medios de consejo y acuerdo, buscando modos y maneras convenibles para ello y razones motivas que obligasen a semejante hecho. Una de éstas era, mandar cada uno de los dioses, que aquel animal le sacrificasen, que más el aborrecía; porque sacrificándoselo lo mataban, y así se vengaba de él, de donde podemos tomar motivo de risa, para escarnecer de tan locos dioses; pues siéndolo había criaturas que los apuraban y daban pena y tomaban de ellas venganza, cosa tan ajena del que es verdadero Dios. Por esta razón dicha, ofrecían a la diosa Ceres los puercos; y al dios Baco, los cabrones; y a Priapo, los asnos (según afirman Horacio, poeta y Ovidio en los *Fastos*,[1] y Servio en el comento de el libro tercero de los *Eneidos)*.[2] Ofrecían a Ceres los puercos, porque comen y destruyen las mieses de el campo, más que otro animal alguno, arracándolas de raíz y esto era injuria y agravio de la diosa Ceres, a quien los antiguos tenían dado el cargo de guardar los panes; y por esta ofensa que le hacían, los aborrecía y se los ofrecían como en pago y satisfación de el agravio. Por la misma razón ofrecían el cabrón al dios Baco, porque ellos, más que otros animales, roen las cortezas de las vides y parras; y de aquí viene el daño de las uvas, y la mala cosecha, y por consiguiente manera, la penuria y falta del vino, del cual es constituido y escogido dios de los gentiles. A Priapo, el asno, que lo tiene por enemigo, porque le estorbó en cierta suciedad y vileza que quiso hacer y cometer en agravio de la limpieza y honestidad de ciertas ninfas que estaban durmiendo, según lo toca Ovidio en sus *Fastos*.[3]

Otra causa tuvieron los antiguos de ofrecer a unos dioses unos animales, y a otros, otros; y fue la razón, alguna semejanza natural que entre ellos hubo, conviene a saber, entre los dioses y animales, así como que a los dioses varones se les ofreciesen animales machos, por semejarse la naturaleza de los unos y otros en el género masculino; y a las diosas, por ser mujeres, animales hembras, para que en el género también concertasen y conviniesen y fuesen los sacrificios adecuados y conforme a lo que a cada uno se debía, por razón de la semejanza que es la que dice el Filósofo,[4] que cada uno apetece. La tercera y última razón era, por alguna significación que este sacrificio significaba, y así ofrecían a los dioses de el infierno ani-

[1] Ovid. Fast. lib. 1. et 6.
[2] Servius in 3. Aeneid. Natal. comes Mitholog. lib. 5. cap. 13 et 15.
[3] Ovid. Fast. lib. 1.
[4] Lib. 1. Rhet. cap. 11. et lib. 8. Ethic. cap. 1.

males negros; y esto era porque el color negro significaba tristeza y obscuridad, lo cual todo está verificado en aquel horrendo y tenebroso lugar, que es cárcel obscura de los demonios y condenados. Por el contrario a los dioses que llamaban celestiales, ofrecían animales blancos, significando en esto que como lo blanco representa limpieza y alegría, así ellos estaban limpios y alegres, en cuyas celestiales moradas había siempre alegría. Lo cual es mucha verdad, si lo entendieran de Dios verdadero y de los bienaventurados que gozan de su divina esencia y presencia, donde con gozos perdurables son mantenidos y festejados; pero en decirlo de los demonios erraban en todo.

Por estas razones ofrecían diversos animales a diversos dioses (como hemos dicho), dando por causas legítimas las referidas, buscándolas el entendimiento humano con maduro consejo para aplicarlas; y no sé si tuvieron algunas de éstas, estos nuestros indios, para hacer los particulares sacrificios que hacían; y es fácil de creer que sí las tendrían, pues para otras cosas las tuvieron, y no les faltaron, y puede ser que el demonio, que a otros engañó con estos embustes y les hizo persuadir a que todo lo dicho era muy de su servicio, hacía lo mismo en estas tierras, persuadiendo a los moradores de ellas ser causas lícitas las que les persuadiese, o con las que los moviese a semejantes desatinos. Y por esto me persuadiría fácilmente a creer que ofrecer al sol, cuando nace, codornices, y al un dios pescado, y a otro, venados, y a otro, conejos, que sería con alguna causa motiva y razón fundada; que a no ser, no fueran los sacrificios señalados más en unas cosas que en otras, antes fueran indiferentes y sin distinción.

CAPÍTULO VIII. *Donde se dice la modificación de estos sacrificios en la gente pobre; y cómo se solían fingir las cosas animadas con las inanimadas, así entre los gentiles antiguos, como entre estos modernos indianos*



UANDO DEL DEMONIO NO SUPIÉRAMOS, por lo que de él está escrito en las divinas y sagradas letras, y toda la escuela de teólogos lo determina, cuán claro y vivo juicio tiene, fuera muy fácil saberlo por las invenciones, trazas, enredos y mañas de que se aprovecha y ha aprovechado en los tiempos pasados y presentes para engañar a los hombres. Y no hay que dudar de lo que sabe en medio de los fuegos y penas que padece, porque aunque es verdad que fue privado de la gracia por el pecado que cometió (que era don y beneficio sobrenatural), no lo fue del saber y ciencia con que Dios le crió; que éstos fueron bienes naturales y en él se quedaron enteros, pero con esta diferencia que aplica ahora, después de haber caído todo su saber a mal y a multiplicación de culpas y pecados; y entonces (conviene a saber) estando en gracia y conservándose en ella, no se inclinara a ellos sino a bien y en él se ejercitara; porque la virtud que agrada a Dios de su

males negros; y esto era porque el color negro significaba tristeza y obscuridad, lo cual todo está verificado en aquel horrendo y tenebroso lugar, que es cárcel obscura de los demonios y condenados. Por el contrario a los dioses que llamaban celestiales, ofrecían animales blancos, significando en esto que como lo blanco representa limpieza y alegría, así ellos estaban limpios y alegres, en cuyas celestiales moradas había siempre alegría. Lo cual es mucha verdad, si lo entendieran de Dios verdadero y de los bienaventurados que gozan de su divina esencia y presencia, donde con gozos perdurables son mantenidos y festejados; pero en decirlo de los demonios erraban en todo.

Por estas razones ofrecían diversos animales a diversos dioses (como hemos dicho), dando por causas legítimas las referidas, buscándolas el entendimiento humano con maduro consejo para aplicarlas; y no sé si tuvieron algunas de éstas, estos nuestros indios, para hacer los particulares sacrificios que hacían; y es fácil de creer que sí las tendrían, pues para otras cosas las tuvieron, y no les faltaron, y puede ser que el demonio, que a otros engañó con estos embustes y les hizo persuadir a que todo lo dicho era muy de su servicio, hacía lo mismo en estas tierras, persuadiendo a los moradores de ellas ser causas lícitas las que les persuadiese, o con las que los moviese a semejantes desatinos. Y por esto me persuadiría fácilmente a creer que ofrecer al sol, cuando nace, codornices, y al un dios pescado, y a otro, venados, y a otro, conejos, que sería con alguna causa motiva y razón fundada; que a no ser, no fueran los sacrificios señalados más en unas cosas que en otras, antes fueran indiferentes y sin distinción.

CAPÍTULO VIII. *Donde se dice la modificación de estos sacrificios en la gente pobre; y cómo se solían fingir las cosas animadas con las inanimadas, así entre los gentiles antiguos, como entre estos modernos indianos*



UANDO DEL DEMONIO NO SUPIÉRAMOS, por lo que de él está escrito en las divinas y sagradas letras, y toda la escuela de teólogos lo determina, cuán claro y vivo juicio tiene, fuera muy fácil saberlo por las invenciones, trazas, enredos y mañas de que se aprovecha y ha aprovechado en los tiempos pasados y presentes para engañar a los hombres. Y no hay que dudar de lo que sabe en medio de los fuegos y penas que padece, porque aunque es verdad que fue privado de la gracia por el pecado que cometió (que era don y beneficio sobrenatural), no lo fue del saber y ciencia con que Dios le crió; que éstos fueron bienes naturales y en él se quedaron enteros, pero con esta diferencia que aplica ahora, después de haber caído todo su saber a mal y a multiplicación de culpas y pecados; y entonces (conviene a saber) estando en gracia y conservándose en ella, no se inclinara a ellos sino a bien y en él se ejercitara; porque la virtud que agrada a Dios de su

misma gracia nace (y no trato de las morales que en cualquier edad y estado se ejercitan, que éstas, por ser de suyo buenas, en cualquier tiempo y persona son de estima). Y el pecado que aborrece es aquello que sale de su obediencia y la contradice. Porque como dice San Pablo,[1] si no hubiera ley, no se conociera el pecado; de manera que los mandamientos, así afirmativos como negativos, descubren la malicia del que los contradice. Y por esto es el demonio malo, por razón de ser contrario a la voluntad y mandamientos de Dios, en sí y en los hombres. De aquí le nace (como en otra ocasión en el cielo) que deseando enseñorearse de los corazones de todos los hombres, grandes y chicos, ricos y pobres, tome de ellos lo que pueden darle según su posibilidad. Y cuando de aquello que les pide no tienen para dárselo, se contenta con que sea fingido.

Supuesto lo dicho, digo que estos sacrificios en los tiempos pasados y referidos eran los que hacía la gente rica y poderosa; pero para los pobres y que no tenían tanto caudal, ni eran señores de mayorazgos y patrimonios, usaban este mismo modo y género de sacrificio, fingiendo de masa de harina y otras semillas los animales que no podían ofrecer vivos. Así lo dice de los egipcios Herodoto[2] y Virgilio.[3] También los fingían de cera, como usamos nosotros, cuando hacemos algún voto o promesa, que traemos a los templos e iglesias imágenes de cera enteras o brazos o piernas; y finalmente, conforme ha sido hecha la promesa y necesidad del que la hizo. Al dios Priapo ofrecían unas manzanas fingidas de cera, cuando no podían ser habidas las verdaderas y naturales, como lo dijo Aristágoras. Esto mismo usaban los griegos cuando las cosas que deseaban sacrificar no las hallaban. De los cicicenos, en la isla Cicico (que es en la laguna Meotides de la provincia de Scithia), se dice que solían sacrificar cada año un toro negro, y como por estar cercados de agua no podían fácilmente salir a buscarlo, hiciéronlo de masa de trigo o cebada, y así fingido lo ofrecieron al dios que adoraban. De los atenienses dice Tucídides, historiador griego y antiguo,[4] que ofrecían a Júpiter Milichio, fuera de los muros de la ciudad y en presencia de todo el pueblo, muchos sacrificios de masa, cera, madera y de otras diversas cosas, fingiendo vivas las que no podían haber; y esto porque ya que faltaban en propia especie, no faltasen en la continuación del sacrificio, lo cual tenían por caso nefando.

Estos indios occidentales entre muchos sacrificios que hacían, era uno hacer, a honra de los montes, unas culebras de palo o de raíces de árboles, dándoles cabeza de culebra y unas muñequitas de lo mismo (que llamaban ecatotontin), y estas figuras de culebras y niños fingidos las revestían de una masa que llaman tzoatli, hecha de semillas de bledos, y poníanlos en unas armazoncillas de madera hechas a manera de sierras o cerros montuosos, sobre cuya cumbre los fijaban. Y ésta era una manera de ofrenda que ofrecían a los montes altos y sierras empinadas. Otra manera de sacrificio

[1] Ad Rom. 3, v. 21.
[2] Herod. lib. 2. suæ hist.
[3] Virg. lib. 2. Aeneid.
[4] Thucid. 1.

fingido tenían y era éste: cuando alguno moría ahogado o de muerte, que no los quemaban (como acostumbraban comúnmente) sino que los enterraban, hacían unas imágenes que los representaban y poníanlas en los altares de los ídolos y mucha ofrenda de pan y vino juntamente; el cual sacrificio era muy acepto del demonio, y de los indios muy usado.

CAPÍTULO IX. *De otros sacrificios de viandas y comidas que así los gentiles antiguos como estos modernos indios usaban*



ÉNERO DE OFRENDA MUY USADA ha sido entre los gentiles mezclar sus sacrificios, así de animales y otras cosas que sacrificaban, con salsas y viandas de diferentes maneras hechas y cocidas; y tanto creció esta costumbre, que nunca hubo sacrificio que no tuviese por fin y remate alguna cosa de éstas; y cuando no aprovechaba a los dioses, a quien se las ofrecían, ellos se las comían y con ella los festejaban (como en su lugar veremos). Estos indios de esta Nueva España eran tan habituados a este modo de sacrificio, que en todos ofrecían de sus viandas y bebidas muy larga y cumplidamente a sus falsos y detestables dioses, poniendo en los altares muchos tamales (que es un género de pan cocido en olla de que usan) tzoallitlatlaoyo, tortillas despicadas hechas de maíz y más blancas que el papel y otras maneras de panes que es cansar a los oyentes referirlas. Sólo quiero que sepan, por lo dicho, que este género de ofrenda era tan abundante y colmada, que no sólo bastaba a hartar a los ministros de los templos, pero a muchos de los que venían a ofrecer a ellos; y entiendo que es más cierto decir que a todos. Lo que mucho usaban era traer todas las mañanas muchas maneras de estos panes y algunos guisados y ponerlos en las peañas de los altares, muy caliente todo y vaheando, para que aquel vaho y humo llegase a las narices de las estatuas e ídolos, porque decían que con aquellos humos se alimentaban y sustentaban.

De Numa Pompilio dice Plinio,[1] que ordenó la mola-salsa, que era grano tostado y molido, rociado con sal y agua (y de aquí vino aquel verbo *immolo,* por sacrificar), la cual mandó que se ofreciese en sacrificio a los dioses, revuelta con los panes y semillas de la tierra. Y era tan continuo que sin ella no se hacía ningún sacrificio, porque creía que cualquiera sacrificio hecho sin ella, era defectuoso y falto y por consiguiente manera no era digno de ser ofrecido. Y porque aquellos granos de que se hacía se tostaban en horno, mandó que los días que se tostasen, para hacer con ellos la mola de los sacrificios, se guardasen y reverenciasen como días festivos. De aquí nació otro disparate mayor, que fue constituir la diosa Hornera (o de los hornos) si ya no es que su nombramiento y constitución nació, porque antes que los hombres supiesen el beneficio del trigo para hacer pan, tostaban en los hornos los granos del farro o escanda para

[1] Plin. lib. 18. cap. 8.

fingido tenían y era éste: cuando alguno moría ahogado o de muerte, que no los quemaban (como acostumbraban comúnmente) sino que los enterraban, hacían unas imágenes que los representaban y poníanlas en los altares de los ídolos y mucha ofrenda de pan y vino juntamente; el cual sacrificio era muy acepto del demonio, y de los indios muy usado.

CAPÍTULO IX. *De otros sacrificios de viandas y comidas que así los gentiles antiguos como estos modernos indios usaban*



ÉNERO DE OFRENDA MUY USADA ha sido entre los gentiles mezclar sus sacrificios, así de animales y otras cosas que sacrificaban, con salsas y viandas de diferentes maneras hechas y cocidas; y tanto creció esta costumbre, que nunca hubo sacrificio que no tuviese por fin y remate alguna cosa de éstas; y cuando no aprovechaba a los dioses, a quien se las ofrecían, ellos se las comían y con ella los festejaban (como en su lugar veremos). Estos indios de esta Nueva España eran tan habituados a este modo de sacrificio, que en todos ofrecían de sus viandas y bebidas muy larga y cumplidamente a sus falsos y detestables dioses, poniendo en los altares muchos tamales (que es un género de pan cocido en olla de que usan) tzoallitlatlaoyo, tortillas despicadas hechas de maíz y más blancas que el papel y otras maneras de panes que es cansar a los oyentes referirlas. Sólo quiero que sepan, por lo dicho, que este género de ofrenda era tan abundante y colmada, que no sólo bastaba a hartar a los ministros de los templos, pero a muchos de los que venían a ofrecer a ellos; y entiendo que es más cierto decir que a todos. Lo que mucho usaban era traer todas las mañanas muchas maneras de estos panes y algunos guisados y ponerlos en las peañas de los altares, muy caliente todo y vaheando, para que aquel vaho y humo llegase a las narices de las estatuas e ídolos, porque decían que con aquellos humos se alimentaban y sustentaban.

De Numa Pompilio dice Plinio,[1] que ordenó la mola-salsa, que era grano tostado y molido, rociado con sal y agua (y de aquí vino aquel verbo *immolo,* por sacrificar), la cual mandó que se ofreciese en sacrificio a los dioses, revuelta con los panes y semillas de la tierra. Y era tan continuo que sin ella no se hacía ningún sacrificio, porque creía que cualquiera sacrificio hecho sin ella, era defectuoso y falto y por consiguiente manera no era digno de ser ofrecido. Y porque aquellos granos de que se hacía se tostaban en horno, mandó que los días que se tostasen, para hacer con ellos la mola de los sacrificios, se guardasen y reverenciasen como días festivos. De aquí nació otro disparate mayor, que fue constituir la diosa Hornera (o de los hornos) si ya no es que su nombramiento y constitución nació, porque antes que los hombres supiesen el beneficio del trigo para hacer pan, tostaban en los hornos los granos del farro o escanda para

[1] Plin. lib. 18. cap. 8.

comerlo en lugar de pan, como dicen Festo, Lactancio y Ovidio.[2] Los griegos ofrecían en sacrificio las primicias de la cebada y tortas y roscas amasadas y cocidas de lo mismo, lo cual rociaban con agua y sal, sin la cual no tenían por bueno y suficiente el sacrificio. Pero las mujeres de la ciudad de Eleusis, cerca de Atenas, ofrecían a sus dioses ésta mola-salsa hecha de cebada, sin serles permitida otra cosa. A algunos dioses particulares eran dedicadas unas maneras de panes o tortas de particular hechura. Las tortas eran comunes a todos los dioses y éstas se llamaban pelam, aunque en particular se las ofrecían a Diana, a la Luna y a Hecate (que era Proserpina); y a Apolo un buey hecho de masa.

Éstos son sacrificios muy usados de la gentilidad, ofrecidos a sus falsos dioses, como si de pan ni yerba tuviesen necesidad; porque en cuanto palos y piedras, de que sus estatuas fueron labradas, ya vemos la poca necesidad que tienen de manjares. Y en cuanto dioses (si lo fueran) menos, pues una de las propiedades y condiciones de la divinidad es no tener necesidad de mantenimientos; y el Dios verdadero que confesamos ni come ni bebe, porque ésta es pasión de la naturaleza humana, de que están revestidos los hombres; y Dios no padece esta falta y mengua, de quien sabemos que sin manjares vive. Pues siendo este modo de sacrificios de la ciega gentilidad, entre ellos han sido de los más aventajados estos indios, los cuales hacían muy de ordinario y en grandísimo exceso este torpe y necio sacrificio.

CAPÍTULO X. *De cómo fue muy ordinario ofrecer en los sacrificios de los gentiles vino*



ASÍ COMO EN EL MODO ORDINARIO no hay comer sin beber, así también no puede haber comida, que lo sea buena, sin bebida. De aquí pienso que tuvo origen la costumbre de ofrecer juntamente con las cosas que se ofrecían a los dioses vinos y otras bebidas de que los gentiles usaban. Porque los que pensaban y tenían creído que los dioses comían, también habían de creer que bebían; pues administrándoles y sirviéndoles con lo uno, de fuerza se seguía que les habían de dar lo otro, pues lo uno y lo otro es necesario para el que come. Por lo cual usaron en los sacrificios ofrecer vinos y bebidas las que ellos por vinos usaban, porque no luego conocieron todas las naciones del mundo la invención del vino, que aunque es verdad que su primer inventor fue el padre Noé, no luego que halló las cepas y el uso de ellas, fue conocido de todos, por cuanto ya estaban divididos y derramados los hombres por diversas partes y suertes de la tierra; y así decimos que si unos ofrecieron vino verdadero de uvas, otros lo ofrecerían de otras cosas, como la cerveza en Flandes, la coca y sidra en otras partes. De estos indios sabemos haber ofrecido esta bebida,

[2] Festus, Lact. Ovid. Fast.

comerlo en lugar de pan, como dicen Festo, Lactancio y Ovidio.[2] Los griegos ofrecían en sacrificio las primicias de la cebada y tortas y roscas amasadas y cocidas de lo mismo, lo cual rociaban con agua y sal, sin la cual no tenían por bueno y suficiente el sacrificio. Pero las mujeres de la ciudad de Eleusis, cerca de Atenas, ofrecían a sus dioses esta mola-salsa hecha de cebada, sin serles permitida otra cosa. A algunos dioses particulares eran dedicadas unas maneras de panes o tortas de particular hechura. Las tortas eran comunes a todos los dioses y éstas se llamaban pelam, aunque en particular se las ofrecían a Diana, a la Luna y a Hecate (que era Proserpina); y a Apolo un buey hecho de masa.

Éstos son sacrificios muy usados de la gentilidad, ofrecidos a sus falsos dioses, como si de pan ni yerba tuviesen necesidad; porque en cuanto palos y piedras, de que sus estatuas fueron labradas, ya vemos la poca necesidad que tienen de manjares. Y en cuanto dioses (si lo fueran) menos, pues una de las propiedades y condiciones de la divinidad es no tener necesidad de mantenimientos; y el Dios verdadero que confesamos ni come ni bebe, porque ésta es pasión de la naturaleza humana, de que están revestidos los hombres; y Dios no padece esta falta y mengua, de quien sabemos que sin manjares vive. Pues siendo este modo de sacrificios de la ciega gentilidad, entre ellos han sido de los más aventajados estos indios, los cuales hacían muy de ordinario y en grandísimo exceso este torpe y necio sacrificio.

CAPÍTULO X. *De cómo fue muy ordinario ofrecer en los sacrificios de los gentiles vino*



SÍ COMO EN EL MODO ORDINARIO no hay comer sin beber, así también no puede haber comida, que lo sea buena, sin bebida. De aquí pienso que tuvo origen la costumbre de ofrecer juntamente con las cosas que se ofrecían a los dioses vinos y otras bebidas de que los gentiles usaban. Porque los que pensaban y tenían creído que los dioses comían, también habían de creer que bebían; pues administrándoles y sirviéndoles con lo uno, de fuerza se seguía que les habían de dar lo otro, pues lo uno y lo otro es necesario para el que come. Por lo cual usaron en los sacrificios ofrecer vinos y bebidas las que ellos por vinos usaban, porque no luego conocieron todas las naciones del mundo la invención del vino, que aunque es verdad que su primer inventor fue el padre Noé, no luego que halló las cepas y el uso de ellas, fue conocido de todos, por cuanto ya estaban divididos y derramados los hombres por diversas partes y suertes de la tierra; y así decimos que si unos ofrecieron vino verdadero de uvas, otros lo ofrecerían de otras cosas, como la cerveza en Flandes, la coca y sidra en otras partes. De estos indios sabemos haber ofrecido esta bebida,

[2] Festus, Lact. Ovid. Fast.

que en común lenguaje llamamos vino, aunque no hecho de uva sino de maguey, que llaman octli. Y esta especie de vino hacen en muchas y varias maneras; otro, de cañas de maíz cuando la mazorca está en leche, y de otras maneras (como tratando de el vino se dirá). Los de La Española lo usaban de maíz, uno blanco y otro tinto. Otro era de palmas y más precioso; otro de piñas (fruta suave, de mucho olor y saludable). De manera que de especies de vino hacían sus ofrendas y bebían muy abundantemente en sus sacrificios y celebración de las fiestas de sus dioses como, tratando de ellas, diremos.

De las gentes más antiguas (de las cuales el demonio se sirvió primero que de estas referidas) hay historias muy averiguadas y ciertas que nos dicen haber sido costumbre suya ofrecer en estos sus diabólicos sacrificios vino. De los cuales era uno al dios Baco, en cuyo altar y memoria se ofrecía vino nuevo, mayormente del mosto que llamaban lácrima. En los sacrificios donde había de intervenir y ofrecerse vino, había de ser ofrecido de lo mejor y más puro; había de ser de vides nuevas y fértiles, podadas y sin mácula. Y si acontecía que el vino no era de viña podada, o era tocada de algún rayo o pisada de pies lastimados de alguna herida o llaga, o de uva junto a cuya cepa hubiese estado ahorcado algún hombre, el sacrificio hecho de este vino era horrendo, sacrílego y desdichado. Antes que derramasen el vino del sacrificio cogían un poco de él y ofrecíanlo en un vaso, para esto dedicado, al dios a quien el sacrificio se hacía. Y dice Arnobio,[1] hablando del vino, que se ponía en los sacrificios, del cual se derramaba parte, que le suplicaba el pueblo lo recibiese por servicio que se le hacía y guardase lo demas que quedaba encerrado para servicio de los hombres. Este mismo sacrificio usaban los thasios de la isla de Thasa, una de las del archipiélago, sahumándolo con inciensos. Otros, en lugar de vino, ofrecían leche clárea, que llamamos aloja y otras bebidas, como dice Lilio Giraldo,[2] que es de donde he sacado todo lo dicho en este capítulo, y el antecedente de las gentes antiguas de el mundo, si no es lo que con particulares autores dejo alegado; y de lo uno y de lo otro queda visto el embuste de el demonio, de no contentarse con solas viandas, sino también con cosas de bebidas, porque de lo uno y de lo otro le fuese ofrecido.

[1] Arnobius, adversus Gentes, lib. 7.
[2] Lilius Girald., de Diis gent. sintagma 17.

CAPÍTULO XI. *Donde se dice el origen y principio que las naciones de el mundo tuvieron en sacrificar hombres, y cómo fue esta invención introducida por demonio*



ESPUÉS DE HABER DADO NOTICIA de los sacrificios que los hombres hicieron, en los principios que se inventaron de flores, yerbas y otras cosas, así de las inanimadas como de las animadas; en que ocuparon la devoción de su falsa religión los que adoraron por dioses a los ídolos y en ellos a los demonios; y de los que conociendo a Dios verdadero le sirvieron y honraron con los que sabían que le servían. Resta decir de aquel que tan antiguo es, de el cual más universalmente las más de las naciones de el mundo han usado; y no sé si diga todas, porque pienso que muy pocas, o ningunas, se han escapado; este sacrificio es de hombres, hecho y ofrecido a muchos y muy diversos dioses y demonios, como cosa de que ha gustado en todas las edades de el mundo, después que se comenzó en él. Este sacrificio han tenido por más apacible y con que se han mostrado ser más servidos de los desventurados y ciegos hombres. Y esto por tres causas y razones: la una, porque se deleitan en la crueldad de los sacrificantes, que con tanta dureza de entrañas despedazan y sacan las de los sacrificados. La segunda, por el gozo que reciben de ver derramar sangre humana, por el odio antiquísimo que tienen a los hombres. Y la tercera, porque saben que muerto el hombre, que muere sin lumbre ni rastro de fe verdadera, la tal alma es condenada y entregada a sus tormentos y penas.

De aquí podemos colegir bien claro, cuánta debió de ser la diligencia y cuidado que los demonios tuvieron todo el tiempo que Dios desamparó el linaje humano; de inducir e incitar a los hombres que les ofreciesen aqueste detestable sacrificio de víctimas y ofrendas de cuerpos humanos, desnudándolos de las almas, que luego que partían de ellos iban a dar en sus manos. Y es fuerza que así lo entendamos, pues tuvieron las razones dichas por principal motivo para ello. Y esta misma solicitud tuvieron después de introducidos para conservarlos, no sólo pretendiendo que no decayesen, sino también que creciesen y se aumentasen, como por el discurso de lo que dijéremos se verá muy claro. Pues para inteligencia de esto, hemos de advertir que tenían los demonios en sus oráculos dos maneras de persuadir a las gentes para que les sacrificasen cuerpos humanos. Una, prometiéndoles bienes temporales y su amistad, con la cual los tendrían favorables y propicios. Otra, para excusar los males que a los pueblos y repúblicas, así en común como en particular, a cada uno amenazaban y acontecían. De lo primero hay bastante probanza, con lo que fingen los poetas de Saturno, diciendo que tenía costumbre de comerse sus hijos y que por esto se le sacrificaban hombres; y con este sacrificio le tenían granjeado para cualquier merced que le pidiesen, como lo dice San Isidoro.[1] Lo se-

[1] Div. Isidor lib. 8. Ethymol. cap. ultim.

gundo se prueba por el sacrificio de Agamenón, determinando de sacrificar a su hija Efigenia en servicio de su Diana, por excusar el peligro y perdición de toda la flota de los griegos que causaban los demonios, suspendiendo los vientos y haciendo calmas en el mar. De manera que estas dos cosas manifestaban los demonios a los hombres y son muy eficaces para moverlos y persuadirlos por ellas. Porque los que viven vida brutal sin atender a más gloria que la presente, ni sentir más pena que la que de la mala vida emana, no tienen mejor cebo para vencerse y moverse, a cualquiera cosa que se les pida, que ver que por ella son relevados de estos males o favorecidos en los bienes; y así los hombres, persuadidos a que estas dos cosas las podían hacer los demonios, que se las persuadían y mandaban, fácilmente se inclinaban a concedérselas, teniendo por menor daño la muerte y pasión de los pocos que en los sacrificios podían ser ofrecidos, que la que a todo el pueblo se podía recrecer y la total ruina de la república. Y por el contrario, no les parecería ser equivalentes los dolores de los sacrificados a los bienes y gozos que de sus penas los dioses les concedían.

El origen, pues, y principio de este abominable sacrificio fue en el oráculo de Apolo, del cual se dice que como los atenienses padeciesen grandes plagas de hambres, por la muerte de Androgeo, hijo de Minos, rey de Candia o Creta, al cual mataron de envidia, porque venció, luchando, todos los mancebos (de lo cual habla Virgilio en sus *Eneidos)*.[2] Viéndose los atenienses atribulados y afligidos, preguntaron al oráculo de Apolo el remedio que podían tener en aquel su trabajo y aflicción; a los cuales respondió el demonio, no que aplacasen a los dioses con justicia y obras de humanidad, o a lo menos con pesar de lo que habían hecho tan injustamente, sino que muerte con muerte, pestilencia con pestilencia y crueldad con crueldad había de ser remunerada y satisfecha; y así mandó que cada un año se enviasen siete mancebos y otras tantas doncellas para que se sacrificasen en Creta; lo cual, dicen, duró por quinientos años hasta el tiempo de Sócrates. Esto dice Aenomao, filósofo, hablando contra el mismo Apolo, de quien también había sido engañado en el libro que hizo *De falsitate oraculorum;* y refiérelo Eusebio.[3] Y de aquí comenzaron los sacrificios de hombres, cosa hasta entonces nunca vista ni sabida, y desde aquel tiempo fue introducida en el mundo, por casi todas las naciones extendida y derramada. Esta antigüedad de sacrificio y derramamiento de sangre humana, comenzado en este maldito oráculo, dice Lactancio Firmiano[4] haberse extendido despues por las naciones de los hombres; y haciendo memoria de algunas que fueron barbarísimas y crueles en usarle, vuelve luego, escarneciendo de los romanos, a decir de ellos que los bárbaros hayan usado este sacrificio de derramar sangre humana no es maravilla, porque al fin su religión bárbara concordaba con sus bárbaras costumbres; pero los nuestros, latinos y romanos, que siempre trabajaron de adquirir gloria de mansedumbre y humanidad, y eran estudiosos y cursados en las ciencias libe-

[2] Virg. lib. 6. Aeneid.
[3] Euseb. lib. 5. cap. 10. de Præp. Evang.
[4] Lact. lib. 1. cap. 21.

rales, que fuesen hallados más bárbaros y crueles que los bárbaros nombrados los fueron, en este horrendo modo de matar hombres, admira.

Esta antigüedad y generalidad de sacrificio hecho por los antiguos y continuado por los modernos, lo explica muy a la larga Eusebio; de lo cual referiré lo que hiciere más a nuestro propósito, diciendo sus formales palabras. Comencemos, pues (dice Eusebio),[5] a mostrar muy largamente cuánto error y pudrimiento de impiedad tenía preso y aherrojado al linaje humano antes que nuestro salvador viniese al mundo; lo cual, después que el evangelio comenzó a predicarse por todo él, comenzó a descrecer y disminuirse, porque estaba esta pestilencia tan enseñoreada de los ánimos de los hombres, que los tenía casi como endemoniados, y los tenían los espíritus de las tinieblas tan ciegos y maltratados, que les hacían creer que se aplacaban los demonios con la sangre de sus proprios hijos; y así los padres a sus únicos y solos hijos, y las madres a sus muy queridas hijas las sacrificaban y ofrecían a la muerte como si fueran ovejas y corderos; por lo cual el linaje de los hombres, que se conoce ser humano por naturaleza, era por los demonios forzado a parecer inhumano y cruel; y esto no sólo era entre los bárbaros, sino muy usado de los griegos, como muchas de sus historias lo dicen y están bastantemente llenas de estas verdades, sacrificando a Saturno los de Rodas, hombres, los cuales queriendo templar este maldito sacrificio (después de algunos años, pareciéndoles cruel y no sufridero) establecieron que solos aquéllos fuesen sacrificados, que por algún delito mereciesen muerte, y éstos fuesen guardados hasta el día de la celebración de la fiesta de Saturno; y entonces, emborrachándolos, porque no la sintiesen, los sacrificaban. Los de la isla Salamina, que está en el Egeo, frontero de Atenas, ofrecían hombres en sacrificio a Agrabale, hija de Cecrops, primer rey de los atenienses. Después, en el templo de Palas, a ella y a Agrabale y a Diomedes se los ofrecieron por ser templo y casa de los tres. También dice Manetón, historiador y sacerdote de Egipto, en los libros de piedad, que en la ciudad de Heliópolin ofrecían hombres; y a la diosa Juno, tres cada día. Caso horrendo y que parece que para este solo demonio no había hombres en el mundo y que eran pocos los que nacían, según la priesa con que se los sacrificaban.

Los lacedemonios (según escribe Apolodoro, uno de seis que hubo poetas) acostumbraron sacrificar hombres al dios Marte. Los fenices, comarcanos y vecinos de la tierra de promisión, acostumbraban sacrificar a Saturno los más amigos suyos, en tiempos de guerra, pestilencias y trabajos que padecían; y esto testifican todos los que escriben sus historias. De los curetes en Dalmacia, dice Histrio que coligió la historia de los curetes que en los tiempos antiguos sacrificaron a Saturno niños. Pallas, que escribió los sacrificios del sol (que los persas llaman Mitra), dice que las inmolaciones o sacrificios hechos de hombres, casi en todas partes cesaron en tiempo del emperador Adriano; pero antes se ofrecía en la ciudad de Laodicea a la diosa Pallas una doncella. Los árabes en Arabia, región de Asia, entre

[5] Euseb. lib. 4. cap. 7. de Præp. Evang.

Judea y Egipto, sacrificaban todos los años un muchacho, enterrándolo vivo debajo del altar de el dios que adoraban. Todos los griegos comúnmente antes que saliesen a las guerras sacrificaban hombres, según lo dice Philarcheo, historiador. Los traces y scitas hacían los mismo. ¿Quién ignora (dice Eusebio) que en la gran ciudad (que pienso lo dice por la de Roma) ofrecen los latinos en las solemnidades y fiestas de Júpiter hombres en sacrificio; y aun hasta este día (conviene a saber hasta su tiempo) no sólo en Arcadia al dios Pan, dios de los pastores y en Cartago al dios Marte? Pero comúnmente todos los hombres, cuando llegaba el día de la fiesta, en la cual se habían de hacer los sacrificios, rociaban los altares con sangre humana.

También Filón, que escribió la historia de los fenices, usa de estas palabras en su primer libro.[6] Costumbre fue muy antigua ofrecer el príncipe de la ciudad o de la gente al más querido y amado de sus hijos en sacrificio, en las grandes calamidades y peligros de la república; y esto se ofrecía al dios de quien creían que el trabajo les venía haciendo semejante sacrificio, como suplicando por él fuesen remediados y favorecidos; y así acaeció que Saturno, al cual los fenices llamaron Israel, rey de cierta región, viendo estar su ciudad en mucho peligro y cerca de ser tomada por guerra, y no teniendo más de un solo hijo, lo hizo vestir de vestiduras reales y poner sobre un altar, para este fin ordenado, donde lo sacrificó; y por esto (no sin mucha razón) Clemente Alexandrino en el libro *Contra gentiles*, dice, hablando con ellos: crueles y más que crueles, contrarios y enemigos de los hombres son vuestros dioses, que no sólo se gozan de vuestra locura y desatino, pero no cesan de maltrataros y afligiros o con temores de guerras o con codicia de alcanzar victorias en cuya demanda y engañosa cautela os piden sacrificios de hombres, y hasta que los aplacáis con derramar sangre humana no quieren contentarse. De Aristómenes Nesenio se dice que sacrificó trescientos juntos a Júpiter, entre los cuales sacrificó a Teopompo, rey de los lacedemonios, como lo refiere Eusebio. Los tauro scitas (que son pueblos septentrionales de Europa) sacrifican cuantos extranjeros pueden haber, y son muchos los que a sus manos vienen, por cuanto es mucha la braveza de la mar por aquellas costas y riberas; y forzados de los malos tiempos y borrascas, se quedan allí por las costas; los cuales luego son sacrificados a Diana; esto dice Pomponio Mela,[7] y Herodoto.[8] Los de la ciudad de Pella, en Tesalia, tenían de costumbre, cada un año, sacrificar un hombre que fuese natural de la provincia de Acaya; los cuales ofrecían a Chilón Centauro y a Peleo. Los cretenses sacrificaban hombres a Júpiter, según dijo Anticlides; y los de Lesbos, en el mar Egeo, a Baco. Los focenses, junto a la ciudad de Delfos, los sacrificaban a Diana, como lo dicen Doscida y Fitocules, historiadores antiguos. Hereteo Ático y Macario Romano, sacrificaron sus proprias hijas, el uno a Proserpina y el otro al demonio, su defensor.

[6] Phil. lib. 1. ab eod. Euseb. relatus.
[7] Pompon. lib. 2. cap. 7.
[8] Herodot. lib. 4.

CAPÍTULO XII. *Que prosigue la materia de los sacrificios antiguos en los cuales se sacrificaban hombres a los demonios*



IONISIO HALICARNASEO ES TESTIGO de estos inhumanos actos y crueles inmolaciones y ofrendas; el cual en su primer libro (como peritísimo varón de las antigüedades italianas) dice, que porque no le ofrecieron a Júpiter y Apolo la décima de los hombres sucedió grande esterilidad; y que en los árboles no maduraban los frutos, sino que se caían sin llegar a sazón; las espigas de los panes no granaban y la yerba para los pastos de los ganados no crecía y en naciendo se secaba. Las fuentes, en el verano, no manaban, y de otras no se podían beber sus aguas o por amargar o por otra causa que sobrevenía. Las mujeres preñadas o movían o si parían de parto natural, nacían las criaturas lisiadas o las parteras las sacaban hechas pedazos. Los hombres y las mujeres y toda la otra multitud cada día enfermaba, y muchos de ellos morían como tocados de enfermedad contagiosa y pestilencia mortal; y por esto dicho eran todos muy vejados y afligidos. Viéndose en tanta aflicción y trabajo preguntaron a los oráculos, ¿que qué pecados habían cometido para merecer por ellos tan grave y riguroso castigo? Y también, ¿qué debían hacer para aplacar la ira divina y verse libres de aquella tan intolerable calamidad? Fueles respondido que todo aquello que padecían era en pena de no haber cumplido el voto que habían hecho, habiendo recebido de los dioses lo que por su petición habían pedido, y que de muy mayores cosas eran deudores, las cuales, si las pagasen, serían libres de aquella pena y restituidos a su antigua felicidad y holganza, cesando todos aquellos males. El origen de esta respuesta tiene su principio y fundamento en esto: que como los pelasgios pueblos de Tesalia o Asia y los aborígenes, primeros moradores de las tierras de Italia, hubiesen poblado en ella y por razón de su esterilidad no diese frutos, hicieron voto a Júpiter y Apolo, que si la fertilizasen, haciéndole dar los frutos necesarios para la sustentación de la vida, les ofrecerían en sacrificio la décima parte de todo lo que naciese. Hecho este voto cesó la pestilencia de los árboles, y toda aquella esterilidad y penuria se convirtió en mucha fertilidad y abundancia de frutas y panes.

Viendo cumplido el voto por parte de los dioses, comenzaron a pagarlo ellos con las décimas de todas las cosas que de la tierra les nacían. Pero no acabaron de satisfacerse de la respuesta del oráculo y con la duda que les causó quedaron todos en grande y profunda perplejidad. Pero un hombre anciano, de los de aquella república, saliendo de el parecer ordinario y común del pueblo (que cuando consta de multitud, todo es behetría), dijo haberse cumplido el voto de todas las cosas que de plantas y yerbas nacían; pero que de la décima de hombres (la cual más los dioses estimaban) no se había cumplido ni satisfecho; por lo cual, sed ciertos (les dijo) que siempre padeceremos esta calamidad y ruina si también (como de las otras cosas) las primicias y diezmos de los hombres no sacrificamos. Este dicho

del viejo algunos lo loaron y aprobaron, pero otros dijeron, que era inicuo y lleno de crueldad. Finalmente, volvieron a consultar sobre ello, y de común acuerdo concertaron que fuesen otra vez los oráculos consultados y que se les preguntase, si placía a los dioses que se les ofreciesen en sacrificio las décimas de los hombres, así como también se les ofrecían las de los frutos de la tierra.

Pero de aquí nació entre los principales de las ciudades y multitud y canalla de el pueblo una muy grande sedición, turbación y alboroto, sospechando, la gente común, no fuese ésta alguna maldad inventada por los de el gobierno para apocar y disminuir la gente. De donde se comenzó a desamparar la tierra, huyendo unos de otros y teniendo cada cual al otro por sospechoso; lo cual fue causa de que muchas ciudades se despoblasen y quedasen como asoladas por la fuga y huida de sus moradores; siguiendo los padres a los hijos que huían, los hermanos a sus hermanos, deudos a deudos y los mezclados por afinidad a los que reconocían por participantes de su sangre y en grado parientes; y esto fue en tanto extremo (dice Dionisio) que de las gentes que de Italia huyeron se hinchó la Grecia y la Barbaria (que es provincia cercana a Grecia) por lo cual no pocos años fue vejada y afligida Italia.

Temiendo, pues, los que gobernaban los pueblos los escándalos y rumores de las gentes, y queriendo juntamente satisfacer a la religión de los dioses, a los cuales pensaban que de derecho todo les era debido; ordenaron (como por medio de paz) que de los mancebos que llegaban a edad de adolecencia se escogiesen algunos y los sacrificasen por primicias. Y dice más abajo Dionisio, que afirman los que de esto tenían más larga noticia y experiencia, haberse hecho este sacrificio a Saturno, en los tiempos antiguos, de la misma manera que los cartagineses los usaban en su provincia, antes que su ciudad se destruyese. Los celtas (que son los franceses comarcanos de España) y las gentes más occidentales, hacían sus sacrificios de hombres ofreciéndolos a los demonios.

CAPÍTULO XIII. *Donde se prosigue la materia de los sacrificios, y se prueba su antigüedad y general uso entre los gentiles, y no ser contra la ley natural ofrecer a Dios los hijos en sacrificio, siendo por él pedidos*



USEBIO (prosiguiendo la materia de el sacrificio de hombres, tan usado en todo el mundo) en el libro arriba citado, en el capítulo séptimo,[1] dice estas palabras: Diodoro en el vigésimo volumen de su historia, escribió cosas semejantes a las dichas, en los capítulos pasados, a los cartagineses y a Agatocles, tirano de Sicilia, después de la muerte de Alejandro Magno, en tiempo de el primer Tolomeo, por estas palabras: Decían

[1] Euseb. lib. 4. cap. 7. de Præp. Evang. circa fin.

del viejo algunos lo loaron y aprobaron, pero otros dijeron, que era inicuo y lleno de crueldad. Finalmente, volvieron a consultar sobre ello, y de común acuerdo concertaron que fuesen otra vez los oráculos consultados y que se les preguntase, si placía a los dioses que se les ofreciesen en sacrificio las décimas de los hombres, así como también se les ofrecían las de los frutos de la tierra.

Pero de aquí nació entre los principales de las ciudades y multitud y canalla de el pueblo una muy grande sedición, turbación y alboroto, sospechando, la gente común, no fuese ésta alguna maldad inventada por los de el gobierno para apocar y disminuir la gente. De donde se comenzó a desamparar la tierra, huyendo unos de otros y teniendo cada cual al otro por sospechoso; lo cual fue causa de que muchas ciudades se despoblasen y quedasen como asoladas por la fuga y huida de sus moradores; siguiendo los padres a los hijos que huían, los hermanos a sus hermanos, deudos a deudos y los mezclados por afinidad a los que reconocían por participantes de su sangre y en grado parientes; y esto fue en tanto extremo (dice Dionisio) que de las gentes que de Italia huyeron se hinchó la Grecia y la Barbaria (que es provincia cercana a Grecia) por lo cual no pocos años fue vejada y afligida Italia.

Temiendo, pues, los que gobernaban los pueblos los escándalos y rumores de las gentes, y queriendo juntamente satisfacer a la religión de los dioses, a los cuales pensaban que de derecho todo les era debido; ordenaron (como por medio de paz) que de los mancebos que llegaban a edad de adolecencia se escogiesen algunos y los sacrificasen por primicias. Y dice más abajo Dionisio, que afirman los que de esto tenían más larga noticia y experiencia, haberse hecho este sacrificio a Saturno, en los tiempos antiguos, de la misma manera que los cartagineses los usaban en su provincia, antes que su ciudad se destruyese. Los celtas (que son los franceses comarcanos de España) y las gentes más occidentales, hacían sus sacrificios de hombres ofreciéndolos a los demonios.

CAPÍTULO XIII. *Donde se prosigue la materia de los sacrificios, y se prueba su antigüedad y general uso entre los gentiles, y no ser contra la ley natural ofrecer a Dios los hijos en sacrificio, siendo por él pedidos*



EUSEBIO (prosiguiendo la materia de el sacrificio de hombres, tan usado en todo el mundo) en el libro arriba citado, en el capítulo séptimo,[1] dice estas palabras: Diodoro en el vigésimo volumen de su historia, escribió cosas semejantes a las dichas, en los capítulos pasados, a los cartagineses y a Agatocles, tirano de Sicilia, después de la muerte de Alejandro Magno, en tiempo de el primer Tolomeo, por estas palabras: Decían

[1] Euseb. lib. 4. cap. 7. de Præp. Evang. circa fin.

haberse Saturno airado contra ellos, por razón de que como antes le solían sacrificar los hijos de los más nobles y excelentes hombres de la república, dieron después en guardar sus hijos y esconderlos y sacrificar, en su lugar, niños comprados de gente común y baja, de los cuales se sacrificaron muchos; fue hecha sobre esto diligente inquisición, y hallaron ser verdad aquel engaño; por lo cual fácilmente se persuadieron a creer, que hacerles guerra sus enemigos, y vencerlos, era por no haberse guardado pura e inviolablemente la costumbre antigua y ceremonia religiosa de sacrificarse los hijos de los nobles y caballeros; para cuyo remedio, queriendo aplacar la ira y saña de los dioses, sacrificaron doscientos mancebos de los más nobles y calificados; del cual sacrificio, pareciéndoles a otros mancebos que podían dejar sospecha de su cobardía y poca devoción, se ofrecieron otros trescientos para el mismo sacrificio. Tenían una estatua de Saturno, hecha de metal de excesiva grandeza, cuyas manos eran con tal artificio obradas que llegando a la tierra alcanzaba a todos los mancebos que por fuerza eran traídos a su presencia, con los cuales daba en una grande hoguera que tenía junto a sí para este propósito hecha. También ofrecían y sacrificaban hombres a Mavorte (que era el dios Marte) en todas las partes donde era tenido y reverenciado por dios. Concluye pues Eusebio en aquel libro cuarto,[2] con los sacrificios que los hombres de hombres hacían, contando las provincias del mundo, epilogando las que hasta su tiempo se sabían, diciendo: Grecia, África, Tracia, Scithia, la prudentísima gente de Atenas, la gran ciudad de Roma, Salamina, Rodas, todas las islas, Chío, Thenedo, Arcadia, Lacedemonia, Egipto, Fenicia, Libia, Siria, Arabia, fueron todos éstos sacrificadores de animales y hombres, hasta que vino Jesucristo nuestro señor, con cuya venida se alumbraron los entendimientos de las gentes y cesaron de sus cegueras y crueldades. De los gálatas, refiere Theodoro,[3] que a todos los malhechores guardaban cinco años, y puestos en unos palos o empalándolos los ofrecían a sus dioses. Otros los echaban sobre grandes fuegos y allí los quemaban vivos, ofreciéndolos a los demonios, como por primicias de su devoción; también a los cautivos sacrificaban a los dioses.

Mucho agrava Lactancio[4] los sacrificios de los niños inocentes, cuya edad suele ser a sus padres dulcísima, y se espanta que no bastase la misma naturaleza y amor natural que se les tiene a impedir semejante impiedad y el respeto que se debe a la propia sangre, para que les atajase el paso y atase las manos, para no cometer este hecho, sacrificando a los dioses sus propios hijos; y llama a este sacrificio hazaña execrable o plaga de el linaje humano. A esta razón de Lactancio podían responder estos sacrificadores, que mucho mayor es la piedad que se debe a Dios que a la propia sangre; porque aquellos que ofrecían a sus hijos en sacrificio, aunque en realidad de verdad erraban, por ser demonios y no dioses a los que se ofrecían, entendían ofrecerlos a Dios, al cual debemos todo lo que somos; porque como dejamos probado en el capítulo primero de este libro, nuestro enten-

[2] Euseb. lib. 4. cap. 8.
[3] Theod. lib. 6. cap. 9.
[4] Lact. ubi supra.

dimiento juzga deberse a Dios naturalmente, en servicio, todo lo que es, puede y tiene, no sólo de las cosas que son suyas accidental sino esencialmente; porque (como ya dijimos) el sacrificio es una protestación y reconocimiento con que se humilla y sujeta el que lo ofrece al que es ofrecido; pues a la razón de esta protestación y reconocimiento, pertenece que el hombre reconozca haber recibido de Dios todo aquello que es y posee, y que se lo debe en servicio como después de Santo Thomás lo dijo San Antonio de Florencia.[5]

Siendo pues así, que el hombre debe a Dios todo lo que es y tiene; y siendo juntamente tan grandes las mercedes que de él ha recibido, se sigue luego quedar el hombre a Dios tan obligado, que aunque haga todo su deber en su servicio no satisface dignamente a lo que debe. Por lo cual digo que no erraban éstos en este sacrificio, aunque en la intención erraban; pues lo ofrecían al demonio; al cual no se le debe por ser cosa debida a Dios, que es señor de vida y muerte; y era más razón acudir a la piedad del culto de Dios, que a la que se debe a la propia sangre y al amor de los hijos naturales, por cuanto es muy más natural reconocer con servicio a Dios, que acudir al favor y amparo de los propios hijos, los cuales se deben posponer por ello, mayormente que no había ley ninguna positiva que contradijese aquel modo de ofrenda y sacrificio; y no habiéndola se debía por todas maneras.

Mas de punto debemos subir la prueba de este caso, diciendo que la vida de cualquier hombre, por justo que sea, es debida a Dios por el pecado de Adán, en cuanto por él está obligado a la muerte; por el cual, como dice el Apóstol,[6] entró la muerte en el mundo; y siéndole debida, debe dársela cada y cuando que se la pida; cuya prueba tenemos en Abraham, a quien dijo Dios que le sacrificase a su hijo, y el santo patriarca, no dudando en el divino mandamiento, lo puso en ejecución, aunque no llegó a efecto por la misma ordenación divina.[7] Pero lo que yo quiero probar por lo dicho es que ya Abraham obedecía en sacrificar a su hijo, al cual, como la Sagrada Escritura nota, amaba tiernamente; pero posponía el amor natural y la piedad de la sangre propia, por acudir a lo que sabía que era gusto y voluntad de Dios, la cual ha de ser antepuesta a todas las cosas. Y de Sansón leemos,[8] que se mató a sí mismo en defensa de la honra de Dios, como afirma Lira,[9] porque los que le tenían preso y cautivo eran idólatras y lo ultrajaban en menosprecio de Dios; por lo cual queriendo vengar la injuria que Dios recibía de aquellos filisteos incircuncisos, se mató a sí mismo, ofreciéndose a Dios en sacrificio, y mató consigo los blasfemos que idolatraban; y esto no sin voluntad y beneplácito de Dios, lo cual parece ser así, por cuanto milagrosamente le fueron restituidas las fuerzas antiguas que antes había perdido, por haber descubierto el secreto de ellas a su mu-

[5] Div. Anton. par. 1. tit. 14. cap. 5 et 2.
[6] Ad Rom. 5.
[7] Genes. 22.
[8] Iud. 16.
[9] Lira super hunc locum.

jer Dalila, que era señal e indicio de que Dios quería que muriese por aquel modo, dándole su vida en aquella ocasión, que era el para cuando la había recibido. De donde se sigue notoria y manifiestamente no ser el sacrificio hecho cruel, aunque parece inhumano, porque siendo la vida deuda debida (como dejamos probado) es razón que se pague cuando se pide; y vemos que el demonio la pedía en algunas ocasiones con expresas palabras, ya que en otras no; y así no erraban, por tener creído que era Dios el que los pedía, aunque iban errados en la intención, ofreciéndolos a los dioses, que no eran sino crueles y detestables demonios, a los cuales creían serles debido aquel sacrificio por razón de estimarlos por dioses y tener creído que lo eran.

Esto se declara con lo que dice Plutarco en sus *Problemas,* que como los romanos entendiesen que ciertas gentes bárbaras, que habían sujetado a su imperio, habían sacrificado hombres a los dioses inmortales, según la ceguedad en que vivían, y mandasen llamar a los gobernadores y señores de ellas para castigarlos por ello, no lo hicieron, informándose que hacían el dicho sacrificio por ley y costumbre antigua que tenían; pero mandáronles que de allí adelante no usasen de semejante sacrificio; como quiera (dice Plutarco) que los mismos romanos, pocos días antes habían sacrificado dos hombres y dos mujeres, franceses y griegos, enterrándolos vivos en el foro Boario; y fuera justo que no cometieran lo que en otras naciones reprehendían; pues que lo juzgaban por malo. Que los romanos hayan sacrificado los franceses y griegos dichos, demás de decirlo Plutarco, lo dice Tito Livio;[10] y también refiere que un cónsul, por hacer fiesta a una mujer que traía consigo, sacrificó a cierta persona en su presencia, en la ciudad de Plasencia en Italia, según Plinio,[11] en un banquete que le hizo, lo cual dice Tito Livio en el libro nono.[12]

De Juliano Apóstata, grande hechicero, que siempre se aconsejaba con los demonios, se cuenta que los sacrificios principales que de secreto ofrecía a los demonios eran hombres. El cual, según refiere Sócrates,[13] en la historia tripartita, cuando quiso ir a la guerra contra los persas (donde murió mala muerte), en un templo, donde hizo sacrificio secretamente en la ciudad de Carran, se halló una mujer colgada de los cabellos, los brazos extendidos y el vientre abierto, en cuyo hígado vido señales de que había de alcanzar victoria; pero burlóle su maldad y el demonio con quien se aconsejaba. Y después de su muerte se hallaron en su palacio imperial, en la ciudad de Antiochia, muchas cestas llenas de cabezas de hombres y cuerpos muertos en los pozos que había sacrificado el infelice y mal aventurado, siendo cristiano, aunque apóstata y hereje. Tulio, en el libro segundo de las *Tusculanas questiones,* cuenta que los espartanos, vecinos de la ciudad de Esparta, en Laconia y Metrópolis, en Peloponeso, acostumbraban azotar tan cruda y reciamente a sus hijos delante de los ídolos, que de la mucha sangre

[10] Tit. Liv. lib. 2. dec. 1.
[11] Plin. lib. 3. cap. 15.
[12] Tit. Liv. lib. 9. dec. 4.
[13] Socrat. lib. 7. cap. ult.

que derramaban bañaban el suelo y ellos morían; y esto hacían por género de sacrificio. También se halla que los ingleses ofreciesen hombres en sacrificio, como lo dice Alejandro al fin del libro sexto, haciendo este sacrificio de cautivos.

CAPÍTULO XIV. *De cómo los españoles y andaluces sacrificaron hombres a los demonios, a los cuales adoraban por dioses*


OS QUE EN ESTOS PRESENTES TIEMPOS nos preciamos de españoles y blasonamos ser de la más bulliciosa sangre de el mundo y que hacemos ventaja en valor a las otras naciones que por él se hallan, no podremos, a lo menos, negar que si aquéllos incurrieron en ignorancias bárbaras, que no fuesen muy participantes de ellas nuestros antepasados y dichos españoles, porque no hay cosa que por las provincias de la tierra se haya hecho y usado en que ellos también no hayan ido a la parte, mostrándose en esto tan ignorantes y bárbaros como los demás, que errando hacían semejantes desatinos y disparates. Uno de los cuales, como hemos visto en los capítulos pasados, ha sido sacrificar hombres a los demonios, en el cual acto y hecho los dichos nuestros españoles son convencidos, diciendo Estrabón,[1] de los vecinos del río Duero, que sacrificaban de ciento en ciento los hombres, al cual sacrificio llamaban hecatombes; de los cuales sacrificios ofrecían las manos derechas al dios Marte, como en ofrenda preciosa. Tenían por costumbre, para sus agüeros, mirar con atención las asaduras de los difuntos ofrecidos y ninguna cosa de ellas cortaban; pero consideraban mucho las venas de los lados, y dándoles mil vueltas conjeturaban, por las señales que hallaban en ellas, las cosas que querían saber; para cuyo intento había sido hecho el sacrificio. De las tripas de los cautivos sacrificados sacaban sus adivinanzas, las cuales envolvían en unos sayales o jergones, y según hallaban en ellas las heridas así las notaban e interpretaban, y por ellas se prometían los bienes o los males. Esto y mucho más dice Estrabón en su *Geografía*. De los moradores de las sierras y montañas, dice que ofrecían al dios Marte, en sacrificio, los cautivos que prendían en la guerra y los caballos juntamente; los cuales también acostumbraron ofrecer todo género de cosas, en centenarios, como era costumbre, o según la costumbre gregánica. Dice más Estrabón, ser propio de los españoles ofrecerse en sacrificio, por sus amigos y hacer voto de morir por ellos.

Los andaluces, gente en aquellos tiempos más simple y pacífica que otra alguna, comenzaron el uso y costumbre de los sacrificios, cuando les entraron las tierras y rincones los fenices que vinieron al olor y reclamo del oro y plata, que por aquellas riquísimas provincias había. Esta mala costumbre se les pegó, como lepra o sarna, de la mucha conversación y familiaridad que tuvieron con los dichos cartagineses, fenices y africanos, aprendiendo

[1] Strab. lib. 3.

que derramaban bañaban el suelo y ellos morían; y esto hacían por género de sacrificio. También se halla que los ingleses ofreciesen hombres en sacrificio, como lo dice Alejandro al fin del libro sexto, haciendo este sacrificio de cautivos.

CAPÍTULO XIV. *De cómo los españoles y andaluces sacrificaron hombres a los demonios, a los cuales adoraban por dioses*



OS QUE EN ESTOS PRESENTES TIEMPOS nos preciamos de españoles y blasonamos ser de la más bulliciosa sangre de el mundo y que hacemos ventaja en valor a las otras naciones que por él se hallan, no podremos, a lo menos, negar que si aquéllos incurrieron en ignorancias bárbaras, que no fuesen muy participantes de ellas nuestros antepasados y dichos españoles, porque no hay cosa que por las provincias de la tierra se haya hecho y usado en que ellos también no hayan ido a la parte, mostrándose en esto tan ignorantes y bárbaros como los demás, que errando hacían semejantes desatinos y disparates. Uno de los cuales, como hemos visto en los capítulos pasados, ha sido sacrificar hombres a los demonios, en el cual acto y hecho los dichos nuestros españoles son convencidos, diciendo Estrabón,[1] de los vecinos del río Duero, que sacrificaban de ciento en ciento los hombres, al cual sacrificio llamaban hecatombes; de los cuales sacrificios ofrecían las manos derechas al dios Marte, como en ofrenda preciosa. Tenían por costumbre, para sus agüeros, mirar con atención las asaduras de los difuntos ofrecidos y ninguna cosa de ellas cortaban; pero consideraban mucho las venas de los lados, y dándoles mil vueltas conjeturaban, por las señales que hallaban en ellas, las cosas que querían saber; para cuyo intento había sido hecho el sacrificio. De las tripas de los cautivos sacrificados sacaban sus adivinanzas, las cuales envolvían en unos sayales o jergones, y según hallaban en ellas las heridas así las notaban e interpretaban, y por ellas se prometían los bienes o los males. Esto y mucho más dice Estrabón en su *Geografía*. De los moradores de las sierras y montañas, dice que ofrecían al dios Marte, en sacrificio, los cautivos que prendían en la guerra y los caballos juntamente; los cuales también acostumbraron ofrecer todo género de cosas, en centenarios, como era costumbre, o según la costumbre gregánica. Dice más Estrabón, ser propio de los españoles ofrecerse en sacrificio, por sus amigos y hacer voto de morir por ellos.

Los andaluces, gente en aquellos tiempos más simple y pacífica que otra alguna, comenzaron el uso y costumbre de los sacrificios, cuando les entraron las tierras y rincones los fenices que vinieron al olor y reclamo del oro y plata, que por aquellas riquísimas provincias había. Esta mala costumbre se les pegó, como lepra o sarna, de la mucha conversación y familiaridad que tuvieron con los dichos cartagineses, fenices y africanos, aprendiendo

[1] Strab. lib. 3.

de ellos, así como otras muchas cosas y costumbres, ésta tan diabólica e inhumana; la cual tomaron fácilmente, como sea verdad que el hombre sea naturalmente inclinado a reconocer un Dios y adorarle con actos interiores y exteriores, como dejamos probado,[2] para cuya introducción y conservación de ritos y ceremonias traían los cartagineses sus ministros y sacerdotes. Enseñáronles a adorar sus ídolos, dándoles ciertas figuras o imágenes nuevas, cuyos nombres ellos hasta entonces no habían oído, ni visto semejantes hechuras o imágenes. El principal sacrificio que les enseñaron fue el universal, de que han usado todas las naciones, de sacrificar hombres y aplacar a los dioses con sangre humana; del cual sacrificio no estaban libres sus mismos hijos, siendo muy niños; y echaban el sello a esta locura, con pensar que lo forzoso y bueno del sacrificio era que los sacrificados fuesen los primogénitos, y de éstos los más hermosos y lindos.

Si esto fuera en servicio de Dios, y supieran ser su voluntad que se los sacrificaran, no iban mal guiados en darle lo mejor en sacrificio, pues es una de las condiciones de la ofrenda la pureza y bondad de la cosa sacrificada y ofrecida, lo cual se nota en el sacrificio de Abel,[3] que fue escogido y por la misma razón aceptado; pero erraban en ofrecer al demonio, siendo cosa tan sucia y puerca, cosas puras y limpias, y siendo tan feo buscarle niños lindos y hermosos; y aunque se las ofrecían al que creían que era Dios, pudieran creer que Dios no quería semejantes cosas, ni que en sus altares mueran hombres, ni se manchen con sangre humana; que si lo quisiera, en todas las edades y tiempos lo mostrara y manifestara; y si alguna vez lo ha querido, no ha sido sino un amago, como vimos en el sacrificio de Abraham, en cuyo lugar fue ofrecido un carnero. Y si Sansón murió, fue por particular voluntad de Dios y porque así convino para castigo de aquellos blasfemos de su santísimo nombre, en cuyo menosprecio burlaban y escarnecían del preso y ciego; y como cosa que no ha querido, ni quiere, no lo ha usado. Y en la singularidad de este caso (sin saber que haya sucedido otro) se echa muy bien de ver lo que Dios lo ha aborrecido y lo mal que su majestad santísima siente de él y cuán bárbaros han sido los hombres que lo han cometido y cuánta merced ha hecho Dios al linaje humano en haberlo sacado de una servidumbre tan penosa, sujetándolo a ley dulce y suave, donde por mandamiento expreso no sólo no consiente en muertes de hombres, pero manda que no mueran matándose unos a otros.

Volviendo al propósito, y queriendo el demonio entablar esta mala costumbre en España, sucedió (permitiéndolo así Dios, por sus ocultísimos juicios) que vino grandísima pestilencia y mortandad por toda la tierra y otros trabajos e infortunios. Con estos trabajos y pestes morían muchas gentes, y las que quedaban vivas vivían asombradas y espantadas. A esta sazón y coyuntura, acudieron los sacerdotes de Cartago con su falsa doctrina, animándolos e informándolos en ella y persuadiéndoles que el mejor y último remedio, para escapar de aquel peligro y azote divino, era matar

[2] Supra lib. 6. cap. 3 y 3.
[3] Genes. 4.

hombres, para que muerte de hombres con muerte de hombres cesase; lo cual se hizo y quedó por costumbre, y el demonio muy ufano de verse servido en España con este género de servicio tan introducido en el mundo. En otros trabajos, no tan graves y penosos, les enseñaron no ser necesarios semejantes sacrificios, sino sólo derramar sangre de los miembros de sus cuerpos a la manera que estos indios lo han usado, como en su lugar veremos. Todo esto refiere Florián de Ocampo en su *Historia general de España*. Y aunque no he hallado autor antiguo que así lo exprese, es razón darle crédito a su mucha autoridad, de la cual creo lo vería en libros y relaciones que yo no he visto ni tenido noticia; el cual añade, que con esta vida y costumbres se pasaron en aquella provincia algunos años.

El que compuso la historia de España, en tiempo del rey don Alonso el Sabio, cuenta, que después de la muerte de Pirros, rey de España, señoreándola los griegos, vinieron ciertas gentes a ella llamadas almonices, que adoraban al fuego por dios; los cuales usaban en manera de sacrificio, luego que les nacían los hijos, hacer fuego de leña muy seca, de manera que la llama fuese clara y sin humo, por la cual pasaban al niño desnudo en cueros por cuatro partes, en manera de cruz, moviendo esta cruz o su semejanza, de oriente a poniente y de norte a sur; lo cual hacían como en manera de bautismo; y cuando los hombres eran viejos y de tanta edad que ya estaban hartos de vivir la vida o no querían vivirla y deseaban ir a descansar de ella (aunque no iban sino a nueva vida y de mayores e infinitos tormentos), echábanlos en aquel fuego y allí se quemaban y morían; y creían que luego iban a gozar de bienaventuranza y de la presencia de los dioses, a los cuales entendían que servían y agradaban con aquel género de sacrificio. Este sacrificio fue antes usado en Caldea; y de lo dicho parece ser cosa probable a la gente española, que por aquellos tiempos vivía, habérsele pegado esta mala roña y ritos de estos almonices que, según allí se dice, señorearon a los españoles cuarenta años y, como señores, introducirían sus costumbres.

CAPÍTULO XV. *De cómo los del pueblo de Dios también cayeron en esta ceguedad de ofrecer sangre humana y sus propios hijos al demonio*



UE LAS GENTES DE AQUELLOS SIGLOS ANTIGUOS, que vivieron sin lumbre de fe y dejadas de la mano de Dios, en aquellas obscuras tinieblas de su ignorancia, tuviesen tantos errores y cometiesen tantos delitos como vamos probando y otros inmensos y sin cuento que no contamos, no es maravilla; porque gente dejada de la mano de Dios, por sus merecidos pecados, esto y más hará. Pero gente escogida de Dios, pueblo querido, sacerdocio real, como dice San Pedro,[1] hijo amado, al cual llamó de Egipto,

[1] 2. Petri.

hombres, para que muerte de hombres con muerte de hombres cesase; lo cual se hizo y quedó por costumbre, y el demonio muy ufano de verse servido en España con este género de servicio tan introducido en el mundo. En otros trabajos, no tan graves y penosos, les enseñaron no ser necesarios semejantes sacrificios, sino sólo derramar sangre de los miembros de sus cuerpos a la manera que estos indios lo han usado, como en su lugar veremos. Todo esto refiere Florián de Ocampo en su *Historia general de España*. Y aunque no he hallado autor antiguo que así lo exprese, es razón darle crédito a su mucha autoridad, de la cual creo lo vería en libros y relaciones que yo no he visto ni tenido noticia; el cual añade, que con esta vida y costumbres se pasaron en aquella provincia algunos años.

El que compuso la historia de España, en tiempo del rey don Alonso el Sabio, cuenta, que después de la muerte de Pirros, rey de España, señoreándola los griegos, vinieron ciertas gentes a ella llamadas almonices, que adoraban al fuego por dios; los cuales usaban en manera de sacrificio, luego que les nacían los hijos, hacer fuego de leña muy seca, de manera que la llama fuese clara y sin humo, por la cual pasaban al niño desnudo en cueros por cuatro partes, en manera de cruz, moviendo esta cruz o su semejanza, de oriente a poniente y de norte a sur; lo cual hacían como en manera de bautismo; y cuando los hombres eran viejos y de tanta edad que ya estaban hartos de vivir la vida o no querían vivirla y deseaban ir a descansar de ella (aunque no iban sino a nueva vida y de mayores e infinitos tormentos), echábanlos en aquel fuego y allí se quemaban y morían; y creían que luego iban a gozar de bienaventuranza y de la presencia de los dioses, a los cuales entendían que servían y agradaban con aquel género de sacrificio. Este sacrificio fue antes usado en Caldea; y de lo dicho parece ser cosa probable a la gente española, que por aquellos tiempos vivía, habérsele pegado esta mala roña y ritos de estos almonices que, según allí se dice, señorearon a los españoles cuarenta años y, como señores, introducirían sus costumbres.

CAPÍTULO XV. *De cómo los del pueblo de Dios también cayeron en esta ceguedad de ofrecer sangre humana y sus propios hijos al demonio*



UE LAS GENTES DE AQUELLOS SIGLOS ANTIGUOS, que vivieron sin lumbre de fe y dejadas de la mano de Dios, en aquellas obscuras tinieblas de su ignorancia, tuviesen tantos errores y cometiesen tantos delitos como vamos probando y otros inmensos y sin cuento que no contamos, no es maravilla; porque gente dejada de la mano de Dios, por sus merecidos pecados, esto y más hará. Pero gente escogida de Dios, pueblo querido, sacerdocio real, como dice San Pedro,[1] hijo amado, al cual llamó de Egipto,

[1] 2. Petri.

como era el de Israel, tan regalado y favorecido con ley santa y mandamientos justos, con tantos predicadores, profetas y patriarcas;[2] éste, que siendo tan pertrechado de resguardos y tan alumbrado de doctrina, haya caído en este detestable error y llegado a tanta insensibilidad, que los sacrificios más detestables de cuantos los gentiles usaron, ejercitasen con mayor depravación y rotura; esto es lo que espanta y asombra. Pero a esto no hay que responder, sino con aquellas admirativas palabras de San Pablo, escritas a los romanos,[3] que tanto se despeñaron por este desatino, o alteza de las riquezas de la ciencia y sabiduría de Dios; cuán incomprenensibles son vuestros juicios, y secretos vuestros senderos y caminos. Este pueblo tan obligado a Dios, por particulares beneficios y tan lleno de doctrina, no se contentó, cuando salió de Egipto, con tener a sólo Dios por padre; pero tomóle gana de tener otros dioses más, de quien fiar sus cuidados y necesidades, pareciéndoles (a mi parecer) que en la pluralidad y muchedumbre de dioses consistía su mayor guarda y defensa, que esto suena la letra y texto sagrado,[4] cuando dijeron a Aarón: danos dioses que nos guíen; y así, dice: *Fac nobis Elohym;* el cual *Elohym* dice pluralidad, aunque según gente docta y entendida se toma en singular; uno y otro notan Lira sobre este lugar y el doctísimo Oleastro. Y aunque no fue sino uno el becerro dijeron, éstos son tus dioses; porque como nota la glosa, los que se dan a la idolatría, se sujetan a todos los vicios y así sirven a tantos dioses y demonios cuantos son los vicios.

Hicieron, pues, dios y tal cual ellos merecían, que fue un becerro, que cualquiera, que con algún discurso de razón considerare esta locura, verá cuán grande es, pues colgaban su confianza de los cuernos de un becerro, apartándola del conocido y verdadero Dios, que en prueba de esta verdad en ellos había obrado tantas y tan estimables maravillas. Éstas fueron las primicias con que este desatinado pueblo se comenzó a descomponer con Dios, y el pecado primero de idolatría que cometió, después que Dios lo comenzó a regalar con mercedes y beneficios tan grandes, como en esta libertad y camino nos cuenta la Sagrada Escritura. Y aunque fue castigado por él y propuso la enmienda, no lo conservó, conforme aquel adagio común que dice, que quien malas mañas ha, tarde o nunca las pierde; por lo cual después se dio a la idolatría tan a rienda suelta, cuanto lo encarece y llora la Sagrada Escritura. Una de sus idolatrías, entre otras muchas, fue sacrificar sus hijos y entregarlos a la abominación de los demonios. El cual abuso nació del que usaban los de la tierra de Canaán, mayormente los anmonitas, los cuales tenían un ídolo muy estimado que le llamaban Moloch. Éste era muy grande y hueco, hecho de metal, el cual tenía los brazos extendidos, cuyos ministros y sacerdotes, para engañar al pueblo, le ponían fuego ocultamente, con cuyo calor y llamas se calentaba y encendía; y decían a las gentes de su república, que cualquiera que quisiese ofrecer alguno de sus hijos al ídolo Moloch, sería de él muy bien recibido y por ello

[2] Exod. 19.
[3] Ad Rom. 11.
[4] Exod. 32.

sus padres muy prosperados, y alcanzarían de dios su amistad y gracia y todo cuanto deseasen. Demás de que el hijo, que así fuese ofrecido, pasaría luego a la vida inmortal, sin dolor, sin pena y sin trabajo. Con este tan diabólico engaño traían muchos sus hijos a ofrecerlos al demonio, y tomándolos los sacerdotes (que no consentían que otros fuesen, porque su embuste y secreto no se descubriese) poníanlos en los brazos y manos del ídolo encendido, y en ellos rendía la vida y se quemaba y hacía ceniza y polvo. Y porque los niños puestos en este tormento era fuerza que llorasen y diesen gritos, los cuales habían de ser oídos de sus padres y por ventura con el amor natural socorridos, pretendiéndolos librar de aquel conflicto, usaban de esta astucia diabólica. Fingían grandes regocijos y placeres, porque enviaban a la compañía de los dioses aquellos niños, y acompañaban su contento con instrumentos músicos y con grandes ruidos de atambores y vocerías, con el cual ruido no era posible oírse el que el niño tierno hacía, ni las voces ni gritos que daba, confundiéndose sus quejas con el estruendo de las sonajas y panderos y confusión de voces. Con estas voces y ruido mostraban contento, aunque fingido; y decían que se lo causaba ver y saber que aquellos niños se iban volando al cielo sin dolor ni trabajo. Cuán mentira sea ésta, júzguelo el que quisiere bien notarlo. Esto creían los presentes, por razón de que no veían más el niño que habían puesto en los brazos del ídolo y no sabían que se había quemado.

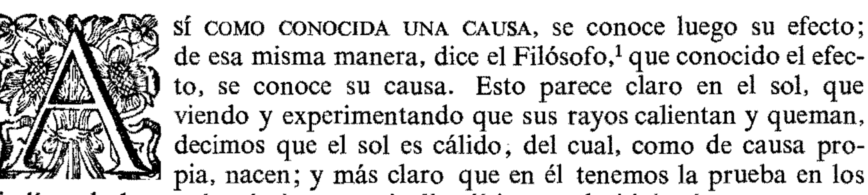
Ésta fue invención de estos gentiles nombrados, y muy frecuentada de los hebreos, en la cual hocicaban por momentos, sacrificando y ofreciendo sus hijos a este maldito ídolo Moloch, a imitación de los cananeos, por la comunicación que con ellos tuvieron; porque las más veces y aun siempre sucede de la frecuente comunicación, pegarse las malas costumbres y cometer pecados nunca pensados porque se vieron hacer por otros; así lo dice David en el psalmo.[5] Mezcláronse con las gentes y aprendieron sus malas costumbres y sirvieron a los ídolos de Canaán. ¿Qué servicio fue éste que hicieron a los ídolos de Canaán? Ofrecer sus hijos y hijas (dice luego) a los demonios, derramando sangre de inocentes y no sangre ajena, sino la propia suya y de sus hijos; dándola en sacrificio a los ídolos de Canaán, que era al ídolo Moloch. Esto les era muy avisado y prohibido en la Sagrada Escritura y señaladamente aqueste sacrificio hecho a este ídolo, como parece en el *Levítico*,[6] donde les mandó Dios que de su descendencia no ofreciesen a Moloch; como quien dice: no darás ni consagrarás ninguno de tus hijos al demonio, cuyo ídolo y figura es Moloch, a imitación de los ciegos gentiles.

Este sacrificio y ofrenda fue corriendo en los judíos por muchos tiempos y ya no sólo la gente plebeya le hacía; pero había cundido esta mancha tanto, que habiendo caído en los pies, corrió y subió hasta la cabeza, no dejando miembro de república a quien no manchase, desde los plebeyos hasta los reyes. Esto parece muy claro en el cuarto *De los reyes*;[7] donde

[5] Psal. 105.
[6] Lev. 18 et 20.
[7] 4. Reg. 16.

se dice del rey Achaz que consagró a su hijo, pasándolo por el fuego, según la costumbre de los gentiles; que quiere decir: que le hizo pasar por el fuego de esta vida a esotra, como lo declara Nicolao de Lira, sobre este lugar;[8] y Josepho lo dice claramente hablando de este rey, diciendo que lo ofreció en holocausto, que era sacrificio en que se consumía y quemaba todo. De manera, que aunque este pueblo era de Dios, muchas veces le olvidaron sus moradores, por el demonio, y otras tantas le ofrecieron hombres racionales y sus propios hijos en sacrificio, como las otras gentes hicieron.

CAPÍTULO XVI. *Donde se trata de la inclinación grande que los judíos tenían a la idolatría, y se dan las razones por qué fueron a ella tan inclinados*



ASÍ COMO CONOCIDA UNA CAUSA, se conoce luego su efecto; de esa misma manera, dice el Filósofo,[1] que conocido el efecto, se conoce su causa. Esto parece claro en el sol, que viendo y experimentando que sus rayos calientan y queman, decimos que el sol es cálido, del cual, como de causa propia, nacen; y más claro que en él tenemos la prueba en los judíos, de los cuales decimos ser inclinadísimos a la idolatría; porque por los efectos y veces que la cometieron se manifiesta lo que la apetecían y estimaban. Y siendo así, que hacía Dios en ellos terribles y espantosos castigos por la idolatría, poniéndolos en manos de infieles, entregándolos a dura y penosa servidumbre y esclavitud por muchos tiempos y años; luego que Dios los dejaba holgar y prosperar un poco, reduciéndolos a sus antiguos contentos y casas, se olvidaban de él y tornaban a idolatrar y a servir a los ídolos, sin advertir que por aquella culpa y pecado eran ya otra y otras veces castigados. De donde se prueba su inclinación; pues por volver a idolatrar y servir al demonio, olvidaban el rigor del castigo hecho en ellos por esta culpa y las mercedes grandes que de Dios tenían recibidas.

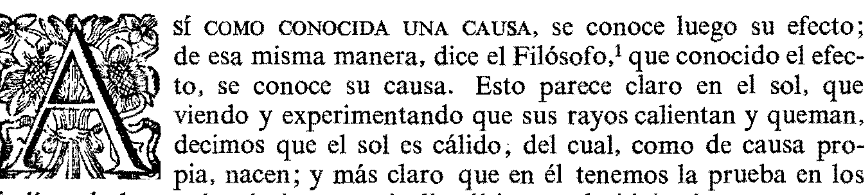
Una de las razones que se dan, y con ella se prueba su mala y detestable inclinación, es la mala costumbre que aprendieron en Egipto, por la comunicación tan larga y continua que tuvieron con los moradores de la tierra, que les duró tiempo de cuatrocientos años; porque como en este reino fue casi el origen de la idolatría, y donde (a lo menos más tiempo y con más fuerza) se ejercitó este abominable error y donde por consiguiente manera adoraron multitud de dioses; y todo esto pasase a los ojos de los judíos, los cuales, viéndose en tantas angustias y amarguras y cautivos, resfriábaseles la fe que de un Dios tenían y poco a poco la iban perdiendo; mayormente no teniendo ejercicio de el culto divino, ni predicadores que les esforzasen a sufrir y no olvidar lo que de Abraham habían aprendido muchos años antes

[8] Lib. 19. cap. 3. de Antiq.

[1] Methaph. lib. 1.

se dice del rey Achaz que consagró a su hijo, pasándolo por el fuego, según la costumbre de los gentiles; que quiere decir: que le hizo pasar por el fuego de esta vida a esotra, como lo declara Nicolao de Lira, sobre este lugar;[8] y Josepho lo dice claramente hablando de este rey, diciendo que lo ofreció en holocausto, que era sacrificio en que se consumía y quemaba todo. De manera, que aunque este pueblo era de Dios, muchas veces le olvidaron sus moradores, por el demonio, y otras tantas le ofrecieron hombres racionales y sus propios hijos en sacrificio, como las otras gentes hicieron.

CAPÍTULO XVI. *Donde se trata de la inclinación grande que los judíos tenían a la idolatría, y se dan las razones por qué fueron a ella tan inclinados*



SÍ COMO CONOCIDA UNA CAUSA, se conoce luego su efecto; de esa misma manera, dice el Filósofo,[1] que conocido el efecto, se conoce su causa. Esto parece claro en el sol, que viendo y experimentando que sus rayos calientan y queman, decimos que el sol es cálido, del cual, como de causa propia, nacen; y más claro que en él tenemos la prueba en los judíos, de los cuales decimos ser inclinadísimos a la idolatría; porque por los efectos y veces que la cometieron se manifiesta lo que la apetecían y estimaban. Y siendo así, que hacía Dios en ellos terribles y espantosos castigos por la idolatría, poniéndolos en manos de infieles, entregándolos a dura y penosa servidumbre y esclavitud por muchos tiempos y años; luego que Dios los dejaba holgar y prosperar un poco, reduciéndolos a sus antiguos contentos y casas, se olvidaban de él y tornaban a idolatrar y a servir a los ídolos, sin advertir que por aquella culpa y pecado eran ya otra y otras veces castigados. De donde se prueba su inclinación; pues por volver a idolatrar y servir al demonio, olvidaban el rigor del castigo hecho en ellos por esta culpa y las mercedes grandes que de Dios tenían recibidas.

Una de las razones que se dan, y con ella se prueba su mala y detestable inclinación, es la mala costumbre que aprendieron en Egipto, por la comunicación tan larga y continua que tuvieron con los moradores de la tierra, que les duró tiempo de cuatrocientos años; porque como en este reino fue casi el origen de la idolatría, y donde (a lo menos más tiempo y con más fuerza) se ejercitó este abominable error y donde por consiguiente manera adoraron multitud de dioses; y todo esto pasase a los ojos de los judíos, los cuales, viéndose en tantas angustias y amarguras y cautivos, resfriábaseles la fe que de un Dios tenían y poco a poco la iban perdiendo; mayormente no teniendo ejercicio de el culto divino, ni predicadores que les esforzasen a sufrir y no olvidar lo que de Abraham habían aprendido muchos años antes

[8] Lib. 19. cap. 3. de Antiq.
[1] Methaph. lib. 1.

que Moysén y Aarón naciesen; y así aficionábanse a las ceremonias, culto y sacrificios de los ídolos, por no tener otro en qué ejercitarse; y esto es cierto, que los que viven cautivos y con servidumbre áspera y estrecha, como era la que tenían los judíos en Egipto, con grandísima dificultad pueden vacar al culto y servicio divino. De aquí es que no quiso darles Dios ley, ni modo de sacrificios y ceremonias, hasta que los sacó de cautiverio y servidumbre y puso en libertad, como la nota Santo Tomás;[2] pero después que salieron de Egipto y entrasen en la tierra de Canaán, como muchos de ellos (y por ventura los más) venían inficionados de aquella plaga y tocados de aquel mal tósigo, tornaron fácilmente a idolatrar, lo cual les sucedió en el destierro a pocos días después de su libertad y puestos en camino para el bien de su remedio. Y aunque dice rabí Salomón, que los que comenzaron aquella idolatría de el becerro, o incitaron a que se hiciese, eran los egipcios, convertidos al judaismo, que venían con ellos como lo nota Lira,[3] por ser gente nacida de idólatras, con todo, no fuera bastante esta incitación si ellos a ella no fueran inclinados; pues era un acto tan enorme y detestable y pecado derechamente contra Dios que tantas mercedes les hacía, sobre las pasadas, de haberles dado libertad y otras. Y de aquí les vino el quedar en ellos tan arraigada la idolatría y costumbre de ella; y se hizo más fuerte y poderosa en sus corazones y menos poderosos ellos para poderla resistir; y así quedaron para lo de adelante flacos y débiles para resistir esta tentación, y caían en ella fácilmente. Y puesto que por los azotes que Dios les daba, casi por fuerza tornaban al culto de el verdadero Dios; luego, a cualquier ocasión que se les ofrecía, lo dejaban y torbanan a ella, y de esto era causa ya la costumbre de idolatrar, envejecida en ellos; la cual suele causar fortísima inclinación y mueve como la misma naturaleza, como lo dijo Aristóteles,[4] haciéndose como natural; y por esto, así como con ímpetu y casi por fuerza, somos inclinados a las cosas que nos son naturales; de esa misma manera somos llevados a las que tenemos de costumbre, por el hábito que de ellas está hecho; y muchas veces nos olvidamos de lo natural por acudir a lo que tenemos de costumbre. Esta inclinación, habida por costumbre de idolatrar en los judíos, la dijo Jeremías,[5] dándoles en cara con ella, por razón de que siempre se tornaban a sus acostumbradas idolatrías, diciéndolo por estas palabras: de la misma manera que el negro de Etiopía no puede trocar su color, ni el tigre sus manchas, de esa misma manera vosotros no podéis desacostumbraros de esa mala costumbre de idolatrar, ni acudir a hacer buenas obras en servicio de Dios.

Otra causa de tornar a la idolatría muchas veces era una mala opinión que habían concebido estos judíos, la cual era, que cuando Dios por algunos pecados que cometían, aunque no fuesen de idolatría, sino por razón de tentarlos o por otras causas ocultas de que no se le ha de pedir cuenta a Dios, les enviaba hambres, esterilidades, muertes y otros semejantes in-

[2] Div. Thom. 1. 2. q. 98.
[3] Exod. 12. Lira super hunc loc.
[4] Ethic. 7.
[5] Ier. 13.

fortunios; y en los tiempos o en algunos de ellos que servían a los ídolos, les venían prosperidades; creían, como gente rústica y grosera, hechos al trato de las cosas sensibles, que adorando y sirviendo a los ídolos les había de venir la prosperidad y todo el cumplimiento de lo que deseaban. Y por el contrario, desconfiaban de Dios aunque le sirviesen, pareciéndoles que en el tiempo que le servían se les recrecían estas calamidades; y así, con esta necia y falsa opinión (y aun indigna de juicio humano), servían a aquel dios, en cuyo tiempo les parecía que les iba mejor, y dejaban a Dios verdadero, teniéndolo por contrario. Esto dice claramente Jeremías,[6] reprehendiendo a las mujeres de Judea, porque adoraban a la reina del cielo, la cual era la luna o Juno o Berecintha, según allí dice la glosa. Respondieron, de ninguna manera te oiremos, ni obedeceremos la palabra de Dios, dicha por tu boca; pero hacemos nuestra voluntad, a la medida de nuestras palabras y deseo; y sacrificaremos a la reina de el cielo y ofrecerle hemos nuestras bebidas y letuarios, de la misma manera que lo hicieron nuestros padres, nuestros príncipes y reyes en las ciudades de Judá y plazas de Jerusalén, que de esta manera andaremos hartos de pan y abundantes de bienes temporales, sin conocer trabajos y males, de los cuales andamos muy cercados, después que dejamos de sacrificar, adorar y estimar a la reina de el cielo dicha; y morimos de hambre, y a cuchillo somos todos consumidos. De manera que el castigo que Dios les enviaba, por lo que su majestad santísima se sabe, atribuían el haberse apartado de los ídolos y servido a Dios; y de aquí les tomaba gana de volver a ellos, y por esto lo ponían en ejecución.

La tercera y última causa (dejadas otras) es, porque el culto de los ídolos, para los hombres carnales y dados a las cosas sensibles y que no saben levantar el espíritu al cielo, ni gustan de las cosas espirituales, es más deleitable y pegagoso que el culto y ejercicio de adorar, servir y sacrificar a Dios; y esto por las torpezas y vilezas que en todos o los más de los sacrificios de los ídolos se ejercitaban, como en otra parte hemos visto, pues como aquel pueblo era todo dado a las cosas sensibles y corporales y por esta causa gustase poco de las espirituales, fácilmente se tornaba a aquello que sentía serle como natural, por la costumbre que en ello tenía, y esto tenía por dulce y sabroso; como parece por aquel hastío y enfado que tuvieron del maná en el desierto y el apetito de los cohombros, melones, puerros, ajos y cebollas, que comían en Egipto, como parece en el libro de *Los números*.[7]

[6] Ier. 44.
[7] Num. 11.

CAPÍTULO XVII. *De cómo estas gentes de esta Nueva España sacrificaron hombres al demonio, y se dice el origen de este sacrificio entre ellos*



LEGADO HEMOS A OCASIÓN de tratar esta materia de sacrificios hechos al demonio de criaturas racionales, los cuales, habiendo de ser tratados con la extensión que piden, no es posible reducirlos a la cortedad de un solo capítulo, pues el intento de todo lo dicho es en orden de tratar de éstos, en cuya comprobación se ha dicho de los que en los capítulos pasados se ha hecho relación; y no es de pasar en silencio el modo con que el demonio se quiso hacer señor de los corazones de estas gentes, con más y mayores ventajas de las que lo ha sido de todas las otras naciones, pues en comparación de esta mísera y desventurada, todas las otras quedan muy atrás, llevando ésta la palma, aunque con victoria ciega, en el horrendo modo y cruel acto de sacrificar hombres, de los cuales si se pudiera hacer cuenta cierta de los que desde su principio fueron, hasta que por la misericordia de Dios cesaron, tengo para mí que se pudiera poblar otro nuevo mundo, tan poderoso y cuajado de moradores, como lo era éste cuando entraron en él los españoles; el cual número sin número estaba en el infierno, haciendo y formando la república infernal que el demonio pretendió de ellos, para cuyo intento inventó este infernal uso y condenada impiedad digna de su cruel y tiránica condición.

Dando, pues, principio a este crudelísimo acto, digo que fue muy común y ordinario en estos indios de esta Nueva España, pero no siempre desde que comenzaron a habitarla sus primeros moradores, que fueron los chichimecas después de la ruina y asolación de los tultecas, a los cuales sucedieron en la posesión de sus tierras y montes, como en el libro de su origen dejamos probado,[1] porque estos dichos chichimecas no fueron muy cultores de el servicio de el demonio; y así, como no fue ninguna (o si fue alguna, fue muy poca su religión), así tampoco curaron mucho de buscar maneras de agradar a los dioses; y aunque después se mezclaron con los aculhuas, tampoco se dice de ellos que usasen este sacrificio, sino del ordinario y común a todas las gentes del mundo, que eran flores, humos, inciensos y animalejos de algunas diferentes especies. El padre fray Andrés de Olmos, de la orden de mi padre San Francisco de quien en otras partes hago mención, dice en un escrito de mano que dejó de las antiguallas de esta tierra, que un indio viejo y muy discreto, a quien preguntó muchas cosas y le satisfizo en ellas según su buen discurso, llamado, después de bautizado, don Andrés, le dijo, cómo los chichimecas no tuvieron adoración ni sacrificios; y después de mezclados y revueltos con los aculhuas, gente cortesana y pulida, sacrificaron al sol y a la luna yerbas y otras cosas a este tono; pero que después que entraron los mexicanos en la tierra, trajeron

[1] Tomo I. lib. 1. cap. 16.

consigo los ídolos y enseñaron los sacrificios, hasta aquellos tiempos no conocidos por los moradores de la tierra, y después muy ordinarios y comunes en todos. Esto parece llevar fundamento de verdad, por lo que se sabe y dice de estas gentes haberles sucedido con su demonio e ídolo en el camino y peregrinación, por donde los traía ciegos y engañados, no en lo que toca a la posesión de la tierra, por ser de las mejores y más fértiles del mundo, sino por el engaño con que a ella los traía, para servirse de ellos con tanta opresión y trabajo, cuyo origen y principio fue éste:

Llegando los mexicanos a un puesto que agora se llama Tulla, venían muy disminuidos por las divisiones que habían hecho y gentes que habían dejado; por lo cual, y por venir cansados de la larga peregrinación, dicen, quiso el demonio que los guiaba, que se detuviesen en aquel sitio para que se rehiciesen de gente y bastimentos, asentando en un cerro que se dice Cohuatepec, donde estuvieron mucho tiempo. Puestos ya en aquel lugar, dijeron sus sátrapas y ministros que su dios les mandó que dijesen a los de su pueblo que cercasen el río que corre por las laderas y vertientes del dicho cerro, para que todas sus aguas se derramasen por las tierras llanas y se hiciese laguna y fértiles sus riberas, tomando enmedio el cerro donde estaban alojados y rancheados. Hecha la presa, dicen que se extendió el agua por todos aquellos llanos, haciendo una muy grande y hermosa laguna y cercáronla de sauces, sabinas y álamos blancos, y que se crió luego en sus márgenes y riberas mucha juncia, enea o espadaña y otras yerbas y flores marítimas y carrizales muy grandes y crecidos. Comenzaron las aguas a tener grande suma de pescado de diferentes maneras, y acudir y criarse allí muchas aves marinas, patos, garzas y otros pájaros, de que abunda agora esta laguna mexicana. Con esta variedad de cosas quedó aquel lugar muy hermoseado y lindo y sus moradores muy alegres de poseerle. Dicen que enojado el demonio, porque algunos indios se querían quedar en este lugar, les sacó los corazones y murieron muchos en una noche, con que les pareció a muchos ignorantes que quedaría el demonio aplacado; y desde aquel día fue el demonio adorado con aquel género de sacrificio, creyendo los míseros hombres que era el que más le agradaba, pues él lo había enseñado y aplacádose por aquel modo, y afirmaban que su dios no comía sino corazones.

Éste fue el origen y principio, entre estas gentes, de matar hombres y ofrecer los corazones al demonio; y de allí en adelante lo usaron muy frecuentemente; y el primer sacrificio que sabemos que hayan hecho fue, después de muchos años que había que estaban en la tierra de los aculhuas y chichimecas, junto de Culhuacan, dos leguas de Mexico, a la parte del medio día, donde sacrificaron cuatro cautivos xuchimilcas que prendieron yendo en conserva de los culhuas contra los dichos xuchimilcas (como en su historia se dice);[2] del cual hecho quedaron asombrados los moradores de la tierra que se hallaron presentes, los cuales hasta entonces no habían visto tal género de muerte, ni ofrenda hecha a los dioses.

[2] Tomo I. Lib. 2. cap. 2.

CAPÍTULO XVIII. *De otro sacrificio que estos indios hacían, de desollar los sacrificados, y se declara su antigüedad y origen*



TRO SACRIFICIO, NO MENOS ESPANTOSO que inhumano, tenían estos indios, inventado por el mismo demonio, cuyos contentos y regocijos son ver ensangrentadas sus manos con sangre humana, el cual fue desollar a los sacrificados como a otro San Bartholomé, que también fue invención y astucia suya, para con sus ministros en el martirio y muerte de este benditísimo apóstol, los cuales desollaban, después de muertos y haberles sacado los corazones, como se dice en otra parte, cuyas pieles se vestían otros ministros suyos, para representar con ella las imágenes y semejanzas de sus falsos dioses. El origen de este sacrificio fue pedir los mexicanos, por orden de su dios Huitzilopuchtli, al señor de Culhuacan una hija suya, la cual pidieron por reina y abuela de su dios, cuya historia se dice en el libro de los dioses, donde se trata de esta diosa Toci; y habiéndola traído con toda la honra posible y mucho contento de su padre, luego la noche siguiente mandó el ídolo a sus ministros, diciendo que él había elegido aquella doncella por diosa de la discordia entre mexicanos y culhuas y que así quería que luego fuese muerta, que desde aquel punto la tomaba por madre; y que el modo de consagrársela y deificársela, fuese matándola y después de muerta que la desollasen, cuya piel y pellejo se vistiese uno de los más valerosos mancebos mexicanos y le vistiesen los vestidos de la difunta y le pusiesen al lado de su simulacro y figura, y que llamasen a su padre y gente de Culhuacan para que la adorasen.

Todo lo dicho cumplieron los mexicanos, como gente que en todo le obedecían; y puesto aquel mancebo, que representaba la doncella, con su piel y vestidos, al lado de la imagen o simulacro, llamaron a su padre, el cual vino a la adoración de su hija creyendo que estaba viva y elegida en reina de la nación mexicana, y entrando en el aposento (que estaba obscuro) tomó incienso y comenzó a incensar; y como se quemase y levantase llama, conoció el rey el engaño y fraude y, cercado de temores, salió dando voces, invocando su gente y pidiendo armas contra los traidores (como en su lugar más largamente se trata) fuese a su casa muy dolorido y su desgraciada hija quedó muerta y desollada y constituida por diosa, hermana de Huitzilopuchtli, aunque la verdad es que fue a padecer con él penas y tormentos eternos; pero lo que quedó introducido desde entonces fue aquel género de sacrificio de desollar hombres; porque creyeron los bárbaros indios que pues por aquel modo había su ídolo edificado aquella falsa diosa, que así sería precioso aquel género de servicio que se le hiciese; y fue este sacrificio después muy usado, como se verá, tratando de las fiestas que a esta falsa diosa y a otros hacían.

CAPÍTULO XIX. *De cómo se hacía el sacrificio de hombres que eran muertos en servicio del demonio*



ABÍA UNA PIEDRA EN LO ALTO DEL TEMPLO, sentada sobre el plan y suelo que hacía la placeta donde estaban las capillas y altares de los ídolos, en frente de la dicha capilla y muy cerca de las gradas del altar, y era de más de una braza en largo y media vara de ancho y de grueso una tercia. Esta piedra, dicen algunos que era a manera de pirámide más puntiaguda que llana, para mejor atesar los hombres para el acto y buena expedición del sacrificio; y me parece llevar mucha razón, por lo que después veremos. En esta piedra se hacían los sacrificios de hombres muy de ordinario y no servía para otro ninguno de animal o ave que fuese sacrificado. Aquí eran traídos los míseros hombres, como suelen llevar los ganados a los mataderos; y eran enviados de aquel rastro o carnicería inhumana y cruel al peso de los tormentos eternos, para cuya muerte se hacía la solemnidad siguiente:

Salían seis ministros de Satanás, cuatro para tenerle de pies y manos, uno para la cabeza y garganta, a la cual le echaba un palo, a manera de culebra, medio enroscada, y otro, que era el más principal y supremo, traía el cuchillo, que era un navajón hecho de pedernal, a manera de hierro de lanza jineta y muy agudo. Este último y más eminente ministro era como decir el sumo sacerdote al cual, y no a otro, era dado este oficio de abrir los hombres por los pechos y sacarles los corazones. Llamábase papa, como en otra parte hemos dicho, o topiltzin. Y es de notar que era ésta una dignidad suprema y entre ellos muy estimada; y dicen algunos que se heredaba, como antiguamente iba por herencia el sacerdocio y sumo pontificado, siendo comúnmente los herederos de este patrimonio y suerte eclesiástica los primogénitos. Salían estos seis ministros a este sacrificio vestidos de diferentes ropas que las ordinarias; y en especial el sumo sacerdote, el cual traía sobre los hombros una cortina o tela, a manera de dalmática, con unas flocaduras por orla; en su cabeza una corona de ricas plumas verdes, que llaman quetzalli, y amarillas; en las orejas zarcillos de oro, engastados en ellos unas piedras verdes, y debajo del labio, junto al medio de la barba, un cañutillo hecho en suficiente y hermosa proporción de una piedra azul, llamado tentetl. Traían todos seis las manos y rostros untados de negro muy atezado. Los cinco de ellos, que eran como sacerdotes menores, traían las cabelleras muy encrespadas y revueltas, con unas cintas de cuero que las ceñía por medio de la cabeza y frente; traían en sus manos unas rodelas de papel pequeñas, pintadas de diversos colores, como representando salir a guerra o batalla contra enemigos, como en realidad de verdad lo eran casi siempre los sacrificados; traían vestidas dalmáticas blancas, labradas de negro. Con este atavío y adorno, que hemos dicho, salían, cuya vista ponía espanto, porque parecían venir revestidos de el demonio y untados

con la tizne de sus calderas infernales, y bien representaban en sus malas y negras cataduras cuyos ministros eran. Puestos todos seis delante de el ídolo, hacíanle su acatamiento y humillación y poníanse luego en orden junto a la piedra del sacrificio. Sacaban al que había de ser sacrificado desnudo, en cueros; al cual con mucha presteza y desenfado, tendían los cuatro de ellos sobre la dicha piedra que, como era puntiaguda, se le metía por las espaldas, y haciéndoselas doblar le atesaba el pecho; el quinto ministro le echaba la corma o argolla de madera a la garganta y afijábale la cabeza, para que por ninguna vía hiciese desdén ni torcimiento en abrirle el pecho. Estando en este principio de tormento y pena este hombre perdigado y condenado a esta muerte, asido de pies y manos y garganta, llegaba el sacerdote supremo con el cuchillo o navaja y abríale con mucha presteza y liberalidad el pecho, que casi no era oído ni visto, con el ejercicio y curso grande que tenía, y sacábale el corazón y así babeando se lo mostraba al sol, a quien ofrecía aquel calor y vaho; y volviendose hacia el ídolo, daba con él en el umbral de su capilla, por la parte de fuera, y allí dejaba hecha una mancha de sangre y caía el corazón en tierra, de donde lo tomaban, y puesto en un vaso muy pintado, hecho de calabaza, que llaman xicalli, poníanlo delante del altar, como ofreciéndolo al ídolo por la parte más principal de aquel cuerpo muerto, cuya ánima ya tenía en su prisión y penas. Los sacerdotes viejos tenían licencia de comerse estos corazones, y así se los comían algunas veces, aunque también otros los enterraban conforme les daba la gana y gusto; que el demonio que lo inventó no atendía a lo accidental de las ceremonias, sino a lo esencial de llevarse siempre las almas.

Hecho este sacrificio daban con el cuerpo por las gradas del templo abajo; y débese notar que si el sacrificio era de los presos en guerra, llegaba con sus deudos y amigos el que lo había cautivado y preso y llevábanselo con grandes regocijos y solemnidades y hacíanlo guisar, y con otras comidas hacían un muy solemne y regocijado banquete; y si el que hacía esta fiesta era rico, daba a todos los convidados mantas de algodón y otras joyas y preseas de las que en su casa tenía.

Si este sacrificado era esclavo no habido por vencimiento en la guerra, sino por otra causa o manera, no le echaban por las gradas abajo, sino que desde el altar o piedra del sacrificio lo llevaban en brazos a sus casas y celebraban el mismo convite, aunque no con tanto aplauso y solemnidad. En algunas ocasiones (que no en todas) cogían de la sangre que vertía por el pecho el sacrificado y puesta en una escudilla o jícara, dábanla al ídolo, haciendo amago a que la bebiese, untándole primero los labios con la misma sangre. En esta ceremonia guardaban el respeto y decoro al ídolo a quien se hacía el sacrificio y luego a los otros que estaban con él (si los había); con esto se acababa este sacrificio de uno o muchos y volvíanse los sacerdotes a entrar, sin hacer otra ninguna ceremonia, aunque el remate eran fiestas, como luego veremos, que en este capítulo no he pretendido más que dar noticia de este inhumano hecho, inventado por Satanás en las naciones antiguas por otros modos, siendo en estas indianas por éste.

CAPÍTULO XX. *De otras maneras de sacrificio que estos indios tenían*


UNQUE EL INTENTO PRINCIPAL DE EL DEMONIO era que muriesen hombres para llevar sus almas y poseerlas en las tinieblas infernales, no curaban estas míseras gentes de sola esta maliciosa y dañada intención de el demonio, sino que para ofrecérselas usaban de éste y otros diferentes modos, haciendo en ellos, como suelen cirujanos, anatomías; una de las cuales era después de haberles hecho rendir el alma, sacándoles el corazón por el pecho, desollarlos luego, cuyas pieles (en memoria de aquel sacrificio hecho en la hija del rey de Culhuacan y constituida en diosa, como dijimos) quitaban de los cuerpos, de la misma manera que desuellan chivos o machos, para hacer de sus cueros odres cerrados para vinos y otros licores, dejándoles unas aberturas por las espaldas y piernas, por las cuales pudiesen vestirse. Este desollamiento se hacía en algunas particulares fiestas y solemnidades de sus dioses, desollando en unas partes uno, en otras dos, en otras seis y en otras más, conforme eran los pueblos y personas que hacían la celebración y fiesta; y en Mexico, dicen, que se desollaban doce y quince, como en ciudad suprema y real, donde el que hacía la fiesta era el rey y monarca supremo de la tierra. Estos cueros o pieles se vestían los sacerdotes o ministros, diputados para este ministerio, por aquellas aberturas que dijimos quedarles hechas por las espaldas, y eran muy fáciles de vestir por razón de estar frescos y blandos, con los cuales bailaban y festejaban la fiesta o fiestas de sus falsos y detestables dioses; y no se los quitaban hasta pasados tantos días o semanas, conforme tenían de costumbre o mandamiento.

¿Cuáles andarían estos ministros bestiales con esta carga? Considérelo cualquiera; porque demás de andar ensangrentados, hediondos y asquerosos, traían sobre su desnudo cuero el ajeno que, después de seco, les apretaba y ceñía las carnes con grandísima estrechura; y comían y dormían con esta visión, que aun para vista de repente y sola una vez, causa horror y espanto. Este acto y manera de vestidura, dicen que usó aquel famoso y excelente rey Motecuhzuma en alguna fiesta; y no debió de ser él solo, sino que debió de venir corriendo la costumbre de más atrás, de otros sus antepasados y reyes comarcanos; para lo cual guardaban algún cautivo que fuese señor y principal, para que su piel ajustase, en lo noble de la sangre, con la del rey que se la vestía y bailaba con ella un rato, haciendo sus ademanes y contenencias reales en servicio de sus dioses; al cual espectáculo, dicen que concurría todo el pueblo y de muchas partes de la comarca, como a ver cosa particular y rara (que siempre lo son las acciones de los reyes). Otro sacrificio hacían en la fiesta de Tlaloc, dios de las pluvias y aguas, como se verá en su fiesta, de dos cautivos, uno varón y otro hembra; los cuales, después de muertos, no los desollaban ni comían, sino que los echa-

ban en una hoya, a manera de silo, que para esto tenían en una parte del templo diputada.

CAPÍTULO XXI. *De cómo sacrificaban niños a los demonios haciéndoles morir de diferentes maneras*



E LAS GENTES ANTIGUAS DEL MUNDO hemos ya dicho cómo sacrificaban niños a sus dioses; y esta misma maldad dejamos probada con texto de la Sagrada Escritura de los del pueblo de Dios, que es lo que admira; ahora resta tratar de este mismo sacrificio usado y no como quiera o en pequeño número, sino con extraño y crecido exceso de estos idólatras occidentales, que solos ellos bastaban por ejemplo de esta impía maldad a todo el mundo, por los muchos que en la ternura de su inocencia despacharon de esta vida a esotra con este acto inhumano.

Este sacrificio era hecho de diferentes maneras, así como eran diferentes las ocasiones y tiempos en que se sacrificaban. La primera de éstas era cuando los sembrados estaban ya nacidos, que era luego al principio de su año, que lo comenzaban a contar por el mes que corresponde a nuestro marzo, como en su lugar se dice, para que creciesen y permaneciesen verdes y viciosas las mieses y plantas.

Esta vez se hacía este sacrificio en los pueblos grandes donde había señores y principales, cuya casa se dice Tecpan, que quiere decir palacio, de dos niños, uno varón y otro hembra, de edad de tres a cuatro años, los cuales habían de ser hijos de señores y nobles y no esclavos ni plebeyos; el cual sacrificio se hacía en los montes ofrecido al dios del agua, llamado Tlaloch, para que no faltase ni se descuidase en enviarla para el dicho efecto del crecimiento de las mieses y semillas sembradas, que en esta coyuntura iban ya de un palmo poco más o menos. Estos dos niños, así ofrecidos y muertos, no los comían como acostumbraban en otros sacrificios, sino que los ponían en una caja de piedra y en ella los guardaban; y a mi parecer, como cuerpos o reliquias de gente que personalmente no había pecado, cuyas manos iban limpias, como lo dice el psalmo, de pecados actuales, aunque sucias las almas con la mancha original, de que no iban limpios ni purgados, y por esta razón al lugar donde están todos los semejantes que mueren sin agua de bautismo.

En Mexico se hacía este sacrificio al dios del agua, llevando los dos niños (como hemos dicho) en una canoa, o barquilla pequeña de la laguna, a los cuales acompañaban muchos de sus deudos y parientes y sumíanlos con barquilla y todo en el sumidero o remolino que la dicha laguna hace en medio de sus aguas; y este sacrificio tenían por limpio y puro y muy ajeno de azares y contrastes.

Luego que los panes iban creciendo y estaban levantados de la tierra una vara o más, hacían otro sacrificio de niños, los cuales eran mayores que los pasados, así como también lo eran las mieses. Éstos compraban, ha-

ban en una hoya, a manera de silo, que para esto tenían en una parte del templo diputada.

CAPÍTULO XXI. *De cómo sacrificaban niños a los demonios haciéndoles morir de diferentes maneras*



E LAS GENTES ANTIGUAS DEL MUNDO hemos ya dicho cómo sacrificaban niños a sus dioses; y esta misma maldad dejamos probada con texto de la Sagrada Escritura de los del pueblo de Dios, que es lo que admira; ahora resta tratar de este mismo sacrificio usado y no como quiera o en pequeño número, sino con extraño y crecido exceso de estos idólatras occidentales, que solos ellos bastaban por ejemplo de esta impía maldad a todo el mundo, por los muchos que en la ternura de su inocencia despacharon de esta vida a esotra con este acto inhumano.

Este sacrificio era hecho de diferentes maneras, así como eran diferentes las ocasiones y tiempos en que se sacrificaban. La primera de éstas era cuando los sembrados estaban ya nacidos, que era luego al principio de su año, que lo comenzaban a contar por el mes que corresponde a nuestro marzo, como en su lugar se dice, para que creciesen y permaneciesen verdes y viciosas las mieses y plantas.

Esta vez se hacía este sacrificio en los pueblos grandes donde había señores y principales, cuya casa se dice Tecpan, que quiere decir palacio, de dos niños, uno varón y otro hembra, de edad de tres a cuatro años, los cuales habían de ser hijos de señores y nobles y no esclavos ni plebeyos; el cual sacrificio se hacía en los montes ofrecido al dios del agua, llamado Tlaloch, para que no faltase ni se descuidase en enviarla para el dicho efecto del crecimiento de las mieses y semillas sembradas, que en esta coyuntura iban ya de un palmo poco más o menos. Estos dos niños, así ofrecidos y muertos, no los comían como acostumbraban en otros sacrificios, sino que los ponían en una caja de piedra y en ella los guardaban; y a mi parecer, como cuerpos o reliquias de gente que personalmente no había pecado, cuyas manos iban limpias, como lo dice el psalmo, de pecados actuales, aunque sucias las almas con la mancha original, de que no iban limpios ni purgados, y por esta razón al lugar donde están todos los semejantes que mueren sin agua de bautismo.

En Mexico se hacía este sacrificio al dios del agua, llevando los dos niños (como hemos dicho) en una canoa, o barquilla pequeña de la laguna, a los cuales acompañaban muchos de sus deudos y parientes y sumíanlos con barquilla y todo en el sumidero o remolino que la dicha laguna hace en medio de sus aguas; y este sacrificio tenían por limpio y puro y muy ajeno de azares y contrastes.

Luego que los panes iban creciendo y estaban levantados de la tierra una vara o más, hacían otro sacrificio de niños, los cuales eran mayores que los pasados, así como también lo eran las mieses. Éstos compraban, ha-

ciendo derrama por el pueblo entre los señores y principales, y lo que juntaban no era más cantidad de aquella que bastaba para comprar cuatro, los cuales ponían en una cueva y les cerraban la entrada, y allí los hacían morir de hambre y miedo; que sería mucho por razón de ser ya de seis o siete años y tener algún discurso de las cosas. Dejábanla cerrada hasta otro año que hacían lo mismo.

En el mes diez y ocheno, llamado atlcahualo o cuauhtlehua, que corresponde a nuestro febrero, recogían todos los niños que tenían comprados por el discurso del año, para haber de ser sacrificados en los montes donde les parecía que se engendraban los nublados que despedían y daban las aguas, para que los panes se hiciesen. Los cuales iban sacrificando por espacio de tres meses, que a nuestra cuenta son febrero, marzo y abril, que es cuando las aguas comienzan de veras, a lo menos en los tiempos pasados, porque en estos presentes parece haberse mudado, y no sin mucha admiración de los que vieron lo uno y ven lo otro; y aun toman motivo de filosofar y por ventura no acertando en ello, como en otro lugar veremos.

Después de sacrificados estos niños (cuya sangre y corazones se ofrecían a los dioses monteses) comían sus cuerpos los principales y señores y sacerdotes. Y nunca quitaban del poder de la madre el niño, hasta que llegaba el día de haber de ser sacrificado; de manera que sucedía tenerle en su poder uno y dos meses y más tiempo; y lo que admira es la consideración del sacrificio ordinario. ¿Qué haría su desventurada madre, considerando que se lo habían de quitar de el pecho para matarle? Si ya no es que como bárbara no sentía, o como devota le parecía no ser razón sentir la pérdida de su hijo, siendo ofrecido al dios que creía que podía darle otro. Aunque se engañaba, por ser demonio falso y no Dios verdadero, que no pide semejantes sacrificios.

Llevaban estos niños al lugar del sacrificio muy compuestos de ricos y preciosos atavíos, puestos en unas andas o literas, ricamente aderezadas de plumas y flores, las cuales llevaban sobre sus hombros los sacerdotes y ministros, e iban cantando, tañendo y bailando delante de ellos, y de esta manera procedían hasta el lugar donde habían de ser sacrificados y ofrecidos al demonio.

Una diferencia había en este sacrificio, o en estos niños que eran sacrificados, y es que los partían en dos suertes; la una era de los que eran blancos, que en color se avecindaban al de nuestros españoles y castellanos; la otra, de los morenos o pardillos, que es su color natural de los mismos indios. A los blancos llevaban en canoas o barcas y echábanlos en el remolino o sumidero de la laguna; y a los morenillos subían a los montes a hacer de ellos el sacrificio dicho; en especial en esta ciudad de Mexico los subían a un monte y sierra, que le cae a la parte del norte, llamada Cohuatepec.

El primer obispo de estas Indias, llamado fray Juan de Zumárraga, dice en una carta que escribio de las cosas memorables de la tierra, que eran cada año estos niños sacrificados más de veinte mil por cuenta.

Siendo esto así, no sé cómo Joseph de Acosta puso en el libro que inti-

tula *Historia moral de Indias* lo contrario, cuyas palabras formales en el capítulo veinte del libro quinto son éstas: Aunque en el matar niños y sacrificar sus hijos los del Pirú se aventajaron a los de Mexico (porque no he leído, ni entendido, que usasen esto los mexicanos); pero en el número de los hombres que sacrificaban y en el modo horrible con que lo hacían, excedieron éstos a los de el Pirú y aun a cuantas naciones hay en el mundo. Esta razón y dicho bien confundido queda con las referidas en este capítulo; y si por ventura lo dijo, porque así lo halló escrito en una relación que otro hizo antes, de la cual sacó todo lo que escribió de esta Nueva España, y la tengo yo en mi poder, escrita de mano, pudiera ya que escribía historia averiguarla bien, que ésta es una de sus calidades y condiciones; porque el que escribe ha de pensar que pueden escribir otros aquello mismo y que por ventura sabrán más de raíz la materia que ambos tratan. Aunque tiene el dicho padre excusa, por no haberlo averiguado personalmente, sino creídose de otro que lo averiguó antes que llegase de el Pirú, de quien lo tomó, yendo de paso y lo ingirió en el libro dicho. Pero yo, que ha veinte años que trato de escribir esto y otras cosas, he puesto diligencia en su examen y sin mucha es esta verdad dicha del sacrificio de los niños muy averiguada, y de los religiosos de la orden de mi padre San Francisco lo afirman los padres fray Andrés de Olmos, fray Toribio Motolinía, fray Bernardino de Sahagún y fray Gerónimo de Mendieta, que fueron de los conquistadores primeros de estas almas, y con el arzobispo Zumárraga, lo dice también el obispo de Chiapa fray Bartolomé de las Casas, hombre santo y grande inquisidor de verdades. De donde queda probado en estos indios el sacrificio de niños, como en el Pirú de los de aquella tierra, por el dicho y palabras de Acosta, y se dice haber sido éstos semejantes a los de las otras naciones del mundo, en cuyos hijos hizo el demonio esta carnicería.

Tuvo principio este sacrificio al dios del agua de la manera que lo tuvieron muchos en el mundo entre los gentiles antiguos (como en otra parte decimos), causando hambres, enfermedades, pestilencias y muerte, por particular permisión de Dios, lo cual parece ser verdad. Porque acaeció en cierto tiempo que en cuatro años no llovió, en los cuales se secaron los campos y apenas se hallaba en ellos cosa verde de que poder aprovecharse; y consultando algún oráculo, acerca de esta desventura que pasaban, debió de decirles que cesaría su mal, con que al dios del agua, Tlaloc, sacrificasen niños; y es creíble que el mismo demonio les enseñaría este modo de sacrificio, como les enseñó el de matar hombres y sacarles los corazones y desollarlos, como queda dicho.



CAPÍTULO XXII. *Donde se dicen y declaran los lugares de los sacrificios*



OR LO QUE EN OTROS CAPÍTULOS HEMOS DICHO, sabemos haber sido diferentes los lugares donde se han hecho los sacrificios en el mundo. Porque de la misma manera que decimos que aunque el sacrificio es natural, la manera de él no lo es, ni las cosas de que ha de ser hecho, por ser de derecho positivo; así tampoco el lugar ha sido ni lo fue determinado. Por lo cual entre los gentiles antiguos hubo mucha variedad en esto; y así, unos sacrificaban en sierras altas y montuosas, plantando lucos y arboledas, como tenemos probado en el libro de los templos; otros, en fuentes y arroyos de agua; otros, en tierras rasas y llanas a sola la vista de los cielos; y otros, en templos y casas edificadas al servicio del demonio; donde se hacían éstos y otros semejantes sacrificios.

De los del pueblo de Dios sabemos que tuvieron el tabernáculo en el desierto para ejercitar este acto.[1] Pero notan precisamente que les obligase inviolablemente a ello; que también podían orar y hacer sus ofrendas votivas en otras partes, según su devoción, como lo afirma Lira, aunque lo ordinario era en el dicho tabernáculo. Y después que se edificó el templo por Salomón, fueron precisos en él, sin valerles los que en otra parte hiciesen, si no fuese por mandamiento expreso de Dios, inspiración o revelación suya; y todos los que en otras partes hicieron, no fueron en servicio de nuestro Dios verdadero, sino en el del demonio, cuando idolatraban, subiéndose a los montes y sierras, encubriéndose en los lucos, con las ramas y hojas de los árboles, como si para Dios (al cual en aquel acto ofendían) hubiera cosa encubierta, como por muchos dichos de profetas y reprehensiones suyas dejamos probado.

Estos indios no sólo hacían estos sus sacrificios en sus templos y patios, lo cual era muy ordinario, pero también en otras partes, así como en agua y en los cerros y cumbres de sierras, donde servían con grande devoción, a sus falsos dioses, entre peñascos grandes y espesísimos montes, conforme era la causa y razón porque sacrificaban, como queda dicho.

[1] Exod. 26 et 40. Lev. 17.



LIBRO OCTAVO

DE LOS VEINTE Y UN RITUALES Y MONARQUÍA INDIANA

Compuesto por fray Juan de Torquemada
de la Provincia de el Santo Evangelio, en Nueva España

ARGUMENTO DE EL LIBRO OCTAVO

Aunque a los principios del mundo no tuvo Dios templos, después se le edificaron. Dícese el lugar que daba la gentilidad a los templos y la forma que tenían. Ha sido muy usado del demonio levantar sus casas en lugares altos y escabrosos; y dícense los que estos indios tenían así en las islas como en la tierra firme; y el intento del demonio en apetecerlos en estos lugares. Nótase el templo de Mexico con los de su contorno; y se dicen los nombres de los dioses que en estos templos se celebraban. De su ornato y riquezas; de sus rentas y presagiones; de las dedicaciones de estos dichos templos y de sus adornos y enramamientos

PRÓLOGO

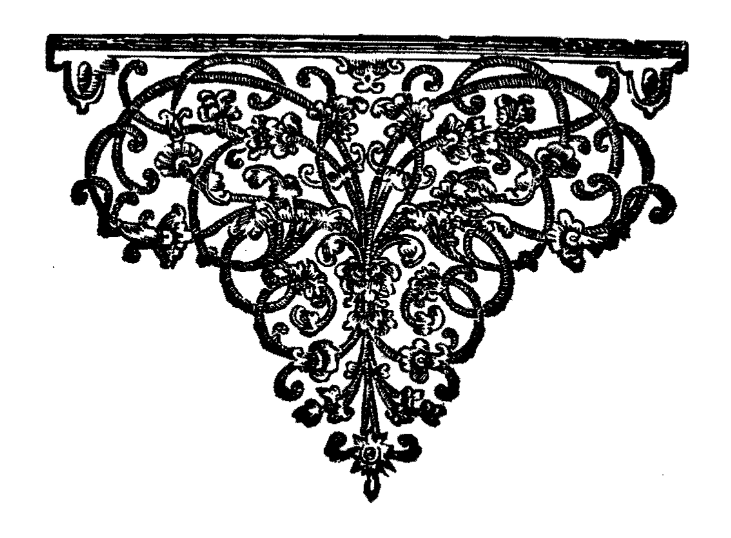
AL LIBRO OCTAVO


ABIENDO COMO HAY SACRIFICIOS (cristiano lector) que han de ser hechos y ofrecidos a Dios, según que las gentes tenían el conocimiento de esta verdad, ha de haber lugar o lugares donde sean hechos; los cuales, aunque a los principios del mundo, como en este mismo libro decimos, fueron de altares, así para los que a Dios verdadero se le ofrecieron, como también lo serían los que para los falsos demonios se inventaron, como parece en los que el falso profeta Balaan mandó hacer al rey Balach,[1] para cuando quiso maldecir el pueblo de Dios. Después fueron casas y templos, los cuales fueron multiplicándose en el mundo, según que las naciones de él iban creciendo.[2] Dos que nuestro verdadero Dios tuvo en la tierra, en aquellos tan antiguos siglos, que fueron el tabernáculo de Moysén y el templo que después muchos años edificó Salomón,[3] fueron los santos, los buenos y los verdaderos lugares de Dios, donde daba sus santísimas respuestas y eran celebradas sus divinas alabanzas. En cuya confirmación dijo Cristo nuestro señor a unos profanadores de este santo lugar y casa: Mi casa es casa de oración, pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Los demás templos que ha habido en el mundo, edificados a contemplación y honra del demonio, así entonces como después, han sido idólatricos y malos; de los cuales se deben verificar las segundas palabras de ese mismo señor y Dios nuestro dichas en la ocasión pasada:[4] Vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Que los templos y casas del demonio, cuevas son de ladrones; por cuanto el demonio es ladrón y robador de la honra ajena, como se ve y manifiesta en las palabras del redemptor del mundo, que hablando del cuidado con que vino a sacar a los hombres de la ceguera del pecado y de la servidumbre en que el demonio los tenía, dice:[5] Yo soy buen pastor, porque doy la vida por mis ovejas y entro por la puerta al corral donde esta mi ganado; pero el ladrón no entra por ella sino por los corrales, huyendo de está puerta; porque como no es suyo el ganado, teme no ser cogido dentro. De manera que el demonio es ladrón, y así sus templos son cuevas de ladrones y como tales se han ido destruyendo por el mundo, donde quiera que ha entrado el conocimiento del evangelio santo

[1] Núm. 23.
[2] Exod. 31. 34 et seq.
[3] 3. Reg. 6. 7. 8. 9. 2. Paral. 6.
[4] Math. 21. Marc. 11. Luc. 10.
[5] Ioan. 10.

de Dios y el conocimiento verdadero de su santísimo hijo Jesucristo nuestro señor.

De estos lugares y templos se trata en este libro, diciendo su antigüedad y origen en la mejor manera que he sabido y alcanzado, describiendo también los lugares donde eran situados y el acrecentamiento que tuvieron, en especial los indios de esta Nueva España, que parece haber excedido, en esto, a todas las naciones que se conocen por el mundo. Dícese del gran templo de Mexico y todo lo que contenía en su contorno, larga y extendidamente; porque por él se vea lo que serían otros, que también se situaban de la misma manera y se adornaban de otros menores que en su contorno tenían; lo cual dejo de contar, por evitar prolijidad y porque las palabras muchas veces repetidas (como dice el proverbio) engendran fastidio. Trátase también en este libro de la inmunidad de los templos y de sus rentas y adornos, por ser materias concernientes al lugar. Y pido por amor de Dios al discreto lector, que no crea que me alargo en lo que dijere de sus riquezas; porque cierto que voy con gran cuidado en acortarme en algunas, por no parecer en todas demasiado. Bien quisiera excusar cosas antiguas, que en su comprobación trato, pero no he podido por haber sido mi intento comparar estas gentes indianas a otras más antiguas del mundo, que así como ellos, siguieron estos yerros y disparates. Y lo que trato de inmunidad y rentas, es en orden de dar a entender cómo ha sido común en todos; y que la inmunidad de estas casas o templos ha sido de ley natural y no positiva humana, como en su lugar se verá. Todo esto se trata largamente en este libro, y porque me remito a él, callo lo mucho que en sus capítulos digo.



CAPÍTULO I. *Donde se dan las razones por qué mandó Dios que le fuesen edificados templos*

QUE DIOS (el cual, como dice David,[1] tiene su habitación en los cielos) haya tenido casa en la tierra, donde ser honrado y reverenciado, cosa clara es y manifiesta, no sólo en los pasados y antiguos siglos, pero en estos cercanos y presentes tiempos, donde tantas están edificadas y construidas; pero que esto haya principiado con la fábrica y creación del mundo, en la Sagrada Escritura se niega y no concede. La prueba es manifiesta, por razón de que en toda ella no se hace mención de lugar propio ni señalado, donde los antiguos padres, conviene a saber, Abel y los otros patriarcas, hubiesen sacrificado y hecho su oración; sólo se dice haber orado a Dios y ofrecídole sacrificios, y no se trata que fuese en casa particular, ni a sombra de tejado. Aunque después, como corrieron los tiempos y Dios se fue manifestando con más familiaridad, hizo, por orden de su capitán Moisés, aquel memorable tabernáculo, a la salida de la opresión de Egipto y entrada en el desierto, como se cuenta en el *Éxodo*.[2] Y cuatrocientos y ochenta años después, aquel célebre y sumptuoso templo de Salomón, como se cuenta en el tercero *De los reyes*.[3] La razón, porque juntamente con criar al hombre, no le mandó Dios que le hiciese casa, ni edificase templo, fue porque a la esencia de su culto y servicio no importaba; porque a importarle, juntamente con dársele a conocer, se lo mandara. Y la razón de no importar ni hacer al caso hacerle a Dios casa es,[4] ser inmenso e infinito y ser corto, angosto y chico todo lo criado; y si en sí mismo no se conservara y estuviera, no hubiera lugar bastante, ni vacío suficiente que bastara a recibirle. Éste es uno de sus blasones que, hablando con su pueblo, por el profeta Isaías,[5] y dándoles en cara con aquel sumptuoso templo salomónico, que con ser tal como la Sagrada Escritura nos lo pinta, lo abaldonó y estimó en poco, y dijo: ¿Qué casa es esta que me habéis edificado? ¿Pensáis, por ventura, que mi tamaño tiene lugar suficiente en la tierra? ¿Y que mi inmensidad y grandeza se incluye en la pequeñez de lo criado? Pues para vuestro desengaño, os digo que esa obra maquinosa y extendida de los cielos tengo por silla y la tierra que habitáis, por banquillo o estradillo de mis pies; y os digo más, que todo esto, visible e invisible, lo hicieron mis manos. ¿Pues siendo obra de ellas, dónde estaba el artífice y la persona de estas manos, cuando hizo esta obra? Claro está que no en ella, pues ya

[1] Psal. 2. et 112. 1. Mach. 3.
[2] Exod. 40.
[3] 3. Reg. 6.
[4] Tomo III. lib. 15. cap. 16.
[5] Isai. 66.

era antes de hacerse; tampoco dentro en ella, pues andaba amansándose en el hueco de las manos, luego fuera estaba de todo ello. Pues de aquí se sigue que si toda la máquina del mundo no bastó a incluir, ni encerrar a Dios en sí, que mucho menos un pequeño templo y limitada casa. Santo Thomás dice,[6] que el culto de Dios y divino, mira a dos cosas; la una a Dios, que es el servido; la otra a los hombres, que son los que le sirven. Dios, que es el servido y adorado, por razón de serlo, no tiene necesidad de lugar particular donde ser buscado y servido, por cuanto no cabe en lugar determinado. De donde se infiere que respecto de Dios no era necesario el tabernáculo o templo; pues ningún particular lugar o morada es suficiente a incluirle y recibirle dentro de sí. Pero respecto de los hombres que le buscan y sirven, por razón de ser corpóreos, convino haber templo y tabernáculo en diferentes tiempos, por dos razones. La una, porque concurriendo la gente y pueblo a este santo y particular lugar, con esta consideración de que lo es Dios y dedicado a su servicio, lleguen con mayor recato y reverencia. La otra, porque por la disposición del tal templo o tabernáculo, sean significadas algunas cosas pertenecientes a la excelencia de la divinidad o humanidad de Cristo. Y alega un dicho del sabio, que luego diremos; y concluye con decir que sólo sirve el templo de oratorio, donde Dios ha de ser buscado y donde asiste su nombre y oye las necesidades de los hombres y sus oraciones. De manera (dice) que no es para que incluya a Dios localmente, sino para que el nombre de Dios asista allí; conviene a saber, para que la noticia de Dios allí se manifieste por algunas cosas que allí se hacían o decían; y que por la reverencia del lugar fuesen las oraciones más dignas de ser oídas, por la devoción de los que las hacían y ofrecían. Ésta fue la razón porque, en el tabernáculo que le edificó Moisés y templo que después hizo Salomón, no hubo imagen que representase a Dios; y así mandó que sobre el Arca del testamento estuviese el propiciatorio, que era una lámina, o tabla de oro purísimo, a manera de asiento, sobre que estaban dos querubines y vacío el lugar; como lo tienen muchos doctores.[7] Y llamábase propiciatorio, porque allí estaba Dios propicio y cercano en sus respuestas. Pero no había figura, ni imagen, que representase a Dios, dando a entender en esto que la grandeza de Dios es sin tamaño, y que no se puede dar perfecta pintura de su esencia y ser inmenso; y así dijo Salomón, en aquella oración[8] que hizo a Dios tratando de su infinidad y grandeza: ¿Por ventura Dios tiene su habitación en la tierra? ¿Si el cielo y los cielos de los cielos no son suficientes a sustentar y recoger en sí vuestra grandeza, cuánto menos cabréis en esta casa que os he edificado? Y en el *Paralipómenon*,[9] parece que se refieren más eficazmente estas palabras, diciendo: ¿Por ventura será creíble que Dios habite en la tierra con los hombres? Hase de entender en forma corporal; queriendo confundir, por este modo de hablar, la opinión falsa de los gentiles que

[6] Div. Thom. 2.2 q. 102. art. 3. ad 1.
[7] Exod. 25. 17. Ez. 10, 2: R. Salom. Iarch. in d. loc. Exod. R. Beschai. Ialkut p. 1. 388. Lira, sup. cap. 25. Exod. Leontius, p. 3. cap. I. n. 2.
[8] 3. Reg. 8.
[9] 2. Paral. 6.

daban a Dios forma corporal y visible, siendo incorpóreo e invisible, por ser puro y purísimo espíritu, y por eso añade: Si no cabéis en el cielo, menos en una pequeña casa de la tierra; y así, este pequeño templo que os he edificado no es para que moréis en él, como los hombres moran corporalmente en sus casas, amparándose y metiéndose en ellas, sino para que las oraciones y rogativas hechas en él sean más oídas, por razón del continuo ejercicio de vuestro servicio y culto. Y conforme a esto dijo Moisés,[10] amonestando a los de su pueblo a que sirviesen a Dios en el lugar que les señalase después de entrados en la tierra de promisión, mirad, que aquel lugar lo escoge Dios, no para morar en él corporalmente, sino para poner en él su nombre, el cual allí se ponía por recordación, porque se hacía memoria de él en los sacrificios, en las oblaciones y divinas alabanzas que allí en aquel lugar, casa y templo se hacían a Dios. Y dice luego: que habitará y hará su morada en él, no por corporal presencia (como hemos dicho) sino por especial conservación de aquel lugar, como se dice en el segundo *De los mancabeos*.[11] El mismo que tiene su habitación en los cielos, es el visitador y defensor de este lugar, conviene a saber, del templo salomónico en su primera fundación, o del segundo reedificado; el cual estuvo tan a cargo de Dios, que tenía ángeles deputados para su guarda, como por dicho de Josefo[12] se prueba, diciendo de él, que cuando Dios quiso que los romanos lo destruyesen, por los pecados de los judíos, se oyeron voces a la media noche, de un día de fiestas principal, que decían los ángeles: salgamos de aquí y desamparemos esta casa. De manera que era lugar de Dios y guardado de sus ángeles, pero no para morada suya, porque no cabe en lugar cuya imagen ni figura puede pintarse; y según esto, dedicaron muy discretamente los de Atenas aquel altar al *Ignoto Deo,* al dios no conocido, en el cual no pusieron imagen ninguna, sino el altar solo; del cual Dios dijo después San Pablo,[13] predicándoles, que aquél era el verdadero. Y dijeron bien, el no conocido, no en los efectos; pues por ellos se conoce, sino en el ser y forma, pues por ser puro espíritu no es visible ni posible dibujarse.

De aquí se sigue que no siendo necesario el templo para morada de Dios y habiendo mandado a Moysén hacer el tabernáculo, y hecho, edificar el de Salomón, que hubo razón muy conveniente para que se hiciese y Dios lo mandase; y es así, no por lo que a Dios le importaba, sino porque los hombres, buscándole a él, dejasen de seguir al demonio; porque habiendo escogido aquel pueblo, criado entre idólatras, inclinados y dispuestos para todo mal, habiéndolos segregado y apartado de ellos y aplicádolo a sí para su servicio, quísolos aficionar a él, dándoles casa donde le buscasen y hallasen, para que aficionados a ella y hallando a Dios en ella, se olvidasen de las que habían visto tener los demonios, cuyos cultores eran los egipcios. Y porque vencidos de las mercedes y beneficios que en aquel lugar

[10] Deut. 12.
[11] Cap. 3.
[12] De Bello Iudaico, lib. 7. cap. 12.
[13] Ac. Apost. 17.

les comunicaba, se obligasen con más devoción a servirle, honrarle y reverenciarle como a señor a quien tanto debían. Y se ve muy claro que el templo era para este fin, pues no podía mover otra razón para hacerse, ni Dios cabía en él suficientemente para tener en él descanso; porque Dios no le tiene, sino en sí mismo; porque por sí mismo es bienaventurado, como la escuela teológica y verdad católica lo enseñan; y el tamaño de Dios, es sin tamaño, su inmensidad sin medida; y como dice el profeta:[14] las aguas las mide a puños; de cuya grandeza se infiere no tener casa suficiente, ni proporcionada a su tamaño. Y por esto Moisés, hablando con el pueblo,[15] le dijo: Trae a la memoria y escribe en tu corazón que el señor Dios está en lo más alto del cielo y en lo bajo de la tierra. Y David en el psalmo,[16] dijo: Si subo al cielo, ahí estáis, señor; y si vuelvo a quereros considerar, os hallo también en el abismo con vuestro poder y majestad. Y el mismo Dios, preciándose de esta su inmensidad y grandeza, dice por Jeremías:[17] ¿Por ventura yo no soy el que hinchó el cielo y la tierra? Como quien dice: Tan grande soy, tan inmenso, que hinchendo con mi presencia todo lo criado me quedo fuera de ello, como criador. Esto es lo que les fue probando el protomártir San Esteban a los judíos, cuando le acusaron de blasfemo, como refiere San Lucas en los *Actos de los apóstoles,*[18] aprovechándose de este lugar citado de Isaías, diciendo: Que quien tan gran silla ha menester para sentarse, como es el cielo y que aun es chica, que mucho menor será el tabernáculo de Moysén y templo de Salomón. Y es la razón, porque es más alto que los cielos, mayor que la tierra, más extendido que el mar, más profundo que toda profundidad. Presente en todo, no diviso en partes, todo él en todo lugar y lugares, no ocupando lugar; pero potencialmente, es incomprehensible y que excede con infinita excelencia a toda criatura. El que buscare en él grandeza, hallará que excede a toda grandeza; y el que deseare en él hermosura, lo verá hermoso y que excede a la hermosura y todo lo bueno e imaginable; y sobre lo bueno imaginable, lo mejor que la capacidad humana no alcanza a contemplar y se incluye y encierra en su ser infinito, el cual se precia de tener el cielo por silla y la tierra por estradillo de sus pies.

Por lo dicho se ve claro la poca necesidad que Dios tuvo de casa, ni templo donde morar, pues lo mayor y más ancho de nuestras moradas es lo más chico, corto y angosto de su tamaño. Por esto no pretendió a los principios del mundo tener casa, ni templo donde ser buscado, ni adorado, siendo todo lugar cierto y acomodado para su servicio y adoración.

[14] Isai. 40.
[15] Deut. 4.
[16] Psal. 138.
[17] Ier. 23.
[18] Ac. Apost. 7.

CAPÍTULO II. *Del lugar que daba la gentilidad a los templos, y cómo lo describe y determina el Filósofo*



UPUESTO QUE HA HABIDO y hay templos en el mundo, resta saber la forma y manera de ellos; de cuya hechura, asiento y ornato hizo un largo discurso Aristóteles en el libro séptimo de sus *Políticos,*[1] donde dice así: El lugar donde se hubieren de edificar los templos, en los cuales se ha de ejercitar el culto divino y se han de recibir las respuestas de el oráculo, debe ser el más eminente, excelente y gracioso de toda la ciudad, segregado y apartado de todas las cosas profanas y seculares; de tal manera que por la disposición y apariencia y eminencia del lugar se muestre la preeminencia, majestad y excelencia de aquel que en ellos se sirve y honra, que es Dios; y en ser en esta manera edificados y hechos, se echará de ver la devoción, reverencia y virtud de sus cultores y adoradores.

Y luego prosigue: Junto al templo deben estar las habitaciones y moradas de los sacerdotes, para que vivan y solemnicen las fiestas del culto divino, a sus tiempos, en todos los sacrificios. Y en otro lugar haya también aposentos y salas, donde todos los magistrados solemnicen, con la gente principal, los dichos sacrificios y ordenen sus banquetes y comidas, en orden y honra de las fiestas, acariciando en ellos a todos. También debe haber otras mansiones (prosigue luego) donde la gente común festeje la solemnidad y coma, para conservar la amistad que tienen; y porque los dioses los conserven. Y luego dice que estará el templo muy glorioso y honrado, si junto a sí tuviese escuelas y generales, donde se lean y ejerciten las letras, habiendo maestros y hombres doctos que las lean y gente tierna y moza que las oiga y aprenda. Y dice luego que será cosa muy cómoda y decente que el templo tenga su plaza delante de sí y que sea puro y libre; conviene a saber, como glosa Santo Thomás,[2] que sean libres y privilegiados los que allí estuvieren o a él se acogieren, gozando de libertad y particulares inmunidades; y que sea apartado de toda la negociación y estruendos mundanos, porque es lugar donde deben ejercitarse las virtudes y deputado para la contemplación. Asimismo dice, que los aposentos de los sacerdotes estén allí juntos, porque se hallen más a mano y cerca para celebrar el divino y celestial culto; porque como aquel lugar deba ser quieto y apartado de los estruendos, barahúndas y negocios profanos, así también, por consiguiente manera, los sacerdotes estén más aptos y dispuestos para la contemplación, en la cual deben estar ocupados por todo el tiempo de su vida. Todo lo dicho es de el Filósofo, declarado en partes, por el angélico doctor Santo Thomás.

También es necesario que dentro de los templos haya altares; porque no sólo ha de haber casa donde morar, sino también mesas donde comer; y

[1] Polit. cap. 1;2.
[2] Div. Thom. in Com.

como las comidas de los dioses sean y hayan sido los sacrificios y oraciones, y éstos deban hacerse en lugares conocidos, no pueden ser otros que los altares; los cuales servían, y de presente sirven, como de mesas donde se les administra el manjar del sacrificio. De estos altares usaba la gentilidad de diversas maneras, porque según tenían las formas, así tenían los nombres; unos se llamaron altares y otras aras. Las aras, según etimología de San Isidoro,[3] son unos asientos bajos casi muy juntos con el suelo; y dícese ara porque allí los sacrificios arden; y según Varrón, dice[4] que se deriva de las eras, porque han de ser limpias como en las eras se limpia el trigo de la paja; porque en ellas se limpian por los sacrificios las ánimas de los pecados.

Altares se dicen, según el mismo santo en el lugar citado, porque son altos *(quasi alta ara)* o porque allí se alzan las manos orando. Éstos (como después veremos) eran los lugares de los sacrificios; y según Porfirio y Festo eran en tres maneras los lugares de estos sacrificios; porque a los dioses, que tenían por celestiales, les sacrificaban en los dichos altares; a los que llamaban terrenos, en las aras, como dando a entender en estas dos cosas, que así como los unos eran más encumbrados que los otros, así habían de ser los lugares de sus sacrificios, unos más altos que otros; y a los dioses infernales les hacían oración y sacrificios en cuevas y cavernas, dando a entender en este modo de veneración y memoria que de ellos hacían, la profundidad y hondura donde moraban.

Aunque es lo dicho muy general a toda la gentilidad, se sabe por cosa cierta que los de la India oraban y sacrificaban a los dioses terrenos en cuevas y al sol, en lugar eminente y alto. Y de los griegos se dice que hubo tiempo donde no sacrificaron a sus dioses en altar, ni ara, sino en el suelo. Y los árabes sacrificaron al sol, mucho tiempo, sobre una pequeña ara, sentada sobre otra algo mayor, y levantada algún tanto de el suelo, y en ella quemaban incienso y otros perfumes; y la forma de ellas era cuadrada, aunque algunas usaban redondas; así lo dice Lilio Giraldo en sus *Sintagmas,*[5]

CAPÍTULO III. *De la forma y rostro de los templos, y cómo los sentaban los antiguos; y se forman según sus cuatro partes, que fue como se hallaron en esta Nueva España*



EGÚN NOS CUENTA Y REFIERE San Isidoro en el libro arriba citado, de sus *Etimologías,*[1] antiguamente los gentiles sentaban los templos y moradas de sus fingidos dioses en muchas maneras, según fue variando la opinión y consideraciones de los hombres; pero en una sola cosa fue siempre estable y permaneciente, que fue en darles cuatro partes, constituyéndoles cabeza y pies y brazos, diestro y siniestro. Estas cuatro partes,

[3] Div. Isidor. lib. 15. Ethymol. cap. 4.
[4] Varr. de Lingua Latin. lib. 4.
[5] Li ius lih de Diis genti, sintagma 17.
[1] Div. Isidor. lib. 15. cap. 4.

como las comidas de los dioses sean y hayan sido los sacrificios y oraciones, y éstos deban hacerse en lugares conocidos, no pueden ser otros que los altares; los cuales servían, y de presente sirven, como de mesas donde se les administra el manjar del sacrificio. De estos altares usaba la gentilidad de diversas maneras, porque según tenían las formas, así tenían los nombres; unos se llamaron altares y otras aras. Las aras, según etimología de San Isidoro,[3] son unos asientos bajos casi muy juntos con el suelo; y dícese ara porque allí los sacrificios arden; y según Varrón, dice[4] que se deriva de las eras, porque han de ser limpias como en las eras se limpia el trigo de la paja; porque en ellas se limpian por los sacrificios las ánimas de los pecados.

Altares se dicen, según el mismo santo en el lugar citado, porque son altos *(quasi alta ara)* o porque allí se alzan las manos orando. Éstos (como después veremos) eran los lugares de los sacrificios; y según Porfirio y Festo eran en tres maneras los lugares de estos sacrificios; porque a los dioses, que tenían por celestiales, les sacrificaban en los dichos altares; a los que llamaban terrenos, en las aras, como dando a entender en estas dos cosas, que así como los unos eran más encumbrados que los otros, así habían de ser los lugares de sus sacrificios, unos más altos que otros; y a los dioses infernales les hacían oración y sacrificios en cuevas y cavernas, dando a entender en este modo de veneración y memoria que de ellos hacían, la profundidad y hondura donde moraban.

Aunque es lo dicho muy general a toda la gentilidad, se sabe por cosa cierta que los de la India oraban y sacrificaban a los dioses terrenos en cuevas y al sol, en lugar eminente y alto. Y de los griegos se dice que hubo tiempo donde no sacrificaron a sus dioses en altar, ni ara, sino en el suelo. Y los árabes sacrificaron al sol, mucho tiempo, sobre una pequeña ara, sentada sobre otra algo mayor, y levantada algún tanto de el suelo, y en ella quemaban incienso y otros perfumes; y la forma de ellas era cuadrada, aunque algunas usaban redondas; así lo dice Lilio Giraldo en sus *Sintagmas,*[5]

CAPÍTULO III. *De la forma y rostro de los templos, y cómo los sentaban los antiguos; y se forman según sus cuatro partes, que fue como se hallaron en esta Nueva España*



EGÚN NOS CUENTA Y REFIERE San Isidoro en el libro arriba citado, de sus *Etimologías,*[1] antiguamente los gentiles sentaban los templos y moradas de sus fingidos dioses en muchas maneras, según fue variando la opinión y consideraciones de los hombres; pero en una sola cosa fue siempre estable y permaneciente, que fue en darles cuatro partes, constituyéndoles cabeza y pies y brazos, diestro y siniestro. Estas cuatro partes,

[3] Div. Isidor. lib. 15. Ethymol. cap. 4.
[4] Varr. de Lingua Latin. lib. 4.
[5] Li ius lih de Diis genti, sintagma 17.
[1] Div. Isidor. lib. 15. cap. 4.

que siempre se le han dado al templo, no siempre se han seguido por un mismo orden, sino por diversos, según han sido diversos los pareceres de los que de ellos han tratado. Juntamente con San Isidoro, dicen otros muchos, que el anterior de el templo cae al oriente; lo posterior de él, al occidente; y al medio día, la diestra, y siniestra al norte o septentrión. Esto refiere el archidiácono y otros, entre los cuales fue uno Marco Varrón,[2] haciendo templo universal al cielo, del cual dice que se derivan los otros, puso las espaldas de su formación al norte o septentrión y su rostro al medio día y trocados los brazos. Plinio parece ser de este mismo parecer, aunque Platón, Pitágoras y Aristóteles parecen sentir lo contrario y que las espaldas del templo deban estar al medio día, por razón de el movimiento celeste, al cual debe seguir el lado y brazo derecho del templo; aunque Empédocles tiene con la opinión de Varrón y Plinio.

Supuestas estas opiniones y pareceres antiguos, del asiento de los templos y formas que deben tener y partes donde deban mirar, la que pone que las espaldas de el templo han de caer al oriente y las puertas de él al poniente, parece que va fundado en mucha razón, por las muchas que a este propósito favorecen; porque como sea cierto que el hombre se incline naturalmente a adorar un dios, séase el verdadero como nosotros los cristianos adoramos y los que antes de la venida de Cristo tuvieron entero y cierto conocimiento de Dios, o séase algún otro falso y fingido, al cual los hombres errados y ciegos le tuvieron en esta misma opinión, siendo mentira que el demonio sea Dios, siempre parece que ha movido la inclinación natural, llevando el deseo y los ojos a buscar a Dios, aunque en el cielo, hacia aquella parte oriental; porque de las cuatro partes del mundo (como lo dice Celio Rodiginio)[3] la oriental es la más noble. Y para este fin, ya que hicieron templos los gentiles, los dedicaron y formaron de manera que las espaldas tuviesen al oriente y las puertas al poniente y puesta de sol, para que orando dentro de él tuviesen el rostro al oriente, que es la parte donde Dios más es buscado.

De esta manera edificaron, de los antiguos, los que mejor discurso tuvieron, sus templos; y en esta forma hallamos haberlos usado estas indianas gentes en su ciega y detestable gentilidad. De donde se debe inferir que aunque ciegos en el conocimiento de Dios, no lo estaban en el modo de buscarlo por sus oraciones, pues miraban en ellos a la parte donde el deseo nos lleva los ojos (como hemos dicho) para ser buscado.

De esta misma manera usamos, comúnmente los cristianos, el edificar las casas y templos de Dios, aunque no es tan general esta regla que no quiebre y falte en algunas partes más de lo particular, así como dice el Filósofo[4] que no hay ciencia, tampoco es mi intención hablar en esta materia; pues las historias más atienden a lo general que a lo particular de las cosas, cuando lo particular no es forzoso en ellas.

[2] In cap. Universas, et in versi. sub c. placuit, 16 q. 3. Fragm. 6, lib. de Lingua latina.
[3] Celius lib. antiq. lect. cap. 21.
[4] I. Posterior. T. com. 33 et 39.

San Antonino de Florencia en su *Suma,*[5] dice que la oración debe ser hecha hacia el oriente, por tres razones y causas: La primera, porque el saber y providencia de Dios más se manifiesta a los hombres por aquella parte, que es por donde tienen su movimiento los cielos, los cuales nos dicen, sin lengua, que el que los mueve por allí debe ser buscado por universal señor en ella. La segunda, por cuanto el Paraíso fue plantado al oriente, de donde fuimos desterrados, para que vueltos a él, demos a entender el deseo que tenemos de volver a nuestra patria, para donde fuimos criados; pues como dice San Pablo,[6] somos peregrinos y en otra parte que no tenemos lugar cierto en la vida mortal que vivimos y caminamos para la cierta y segura de los cielos y bienaventuranza. La tercera, por buscar a Jesucristo, que es luz y se llama por Zacarías,[7] oriente; y porque de la parte oriental subió a los cielos y de aquella parte ha de venir a juzgar a los hombres; como también nos lo dice San Matheo,[8] por estas palabras: De la misma manera que el rayo sale del oriente y va apareciendo hasta el occidente, de esta misma manera el hijo de el hombre vendrá. Y Juan de Torquemada[9] cita otras razones, de las cuales es una: porque en la parte oriental nos nació el redemptor y reparador del mundo; y por haber tenido en aquella parte principio y origen el evangelio y, consiguientemente, nuestra redempción. De lo cual concluye, que fue cosa conveniente que nuestra oración fuese hecha mirando aquella parte. Aquestas mismas razones pone Joan de Selva[10] en el *Tratado de beneficios,* donde dice, que la cabeza del templo o iglesia ha de estar mirando al oriente, y así lo dice Polidoro. Antiguamente se llamaron templos, como dice Isidoro, todos los edificios grandes y ampliados *(quasi tecta ampla)*, que quiere decir, techos grandes. Pero el lugar designado y diputado para orar, se llamó templo, *a contemplatione,* de la contemplación.

CAPÍTULO IV. *De la diversidad y formas diferentes de templos que ha habido en el mundo entre diversas y varias naciones*



N EL CAPÍTULO PRIMERO DE ESTE LIBRO hemos visto la poca necesidad que Dios tiene de tener casa; porque siendo Dios, como lo es, es infinito y, por la misma razón, no cabe en lugar ninguno y está fuera de él; y por consiguiente manera, si los dioses de los antiguos gentiles eran tenidos por dioses, habían de creer que no tenían necesidad de casas, de ninguna manera que fuesen; pues todo lugar, por grande que fuese, había

[5] Div. Anton. par. 3. tit. cap. 2. in princ.
[6] Ad, Heb. 13.
[7] Zach. 5.
[8] Math. 24.
[9] In cap. Ecclesiasticarum 11. dist.
[10] In tract. de Benefic. p. 1, q. 5. De inventoribus, lib. 5. cap. 9. Div. Isidor. lib. 15. Ethymol. cap. 4.

San Antonino de Florencia en su *Suma,*[5] dice que la oración debe ser hecha hacia el oriente, por tres razones y causas: La primera, porque el saber y providencia de Dios más se manifiesta a los hombres por aquella parte, que es por donde tienen su movimiento los cielos, los cuales nos dicen, sin lengua, que el que los mueve por allí debe ser buscado por universal señor en ella. La segunda, por cuanto el Paraíso fue plantado al oriente, de donde fuimos desterrados, para que vueltos a él, demos a entender el deseo que tenemos de volver a nuestra patria, para donde fuimos criados; pues como dice San Pablo,[6] somos peregrinos y en otra parte que no tenemos lugar cierto en la vida mortal que vivimos y caminamos para la cierta y segura de los cielos y bienaventuranza. La tercera, por buscar a Jesucristo, que es luz y se llama por Zacarías,[7] oriente; y porque de la parte oriental subió a los cielos y de aquella parte ha de venir a juzgar a los hombres; como también nos lo dice San Matheo,[8] por estas palabras: De la misma manera que el rayo sale del oriente y va apareciendo hasta el occidente, de esta misma manera el hijo de el hombre vendrá. Y Juan de Torquemada[9] cita otras razones, de las cuales es una: porque en la parte oriental nos nació el redemptor y reparador del mundo; y por haber tenido en aquella parte principio y origen el evangelio y, consiguientemente, nuestra redempción. De lo cual concluye, que fue cosa conveniente que nuestra oración fuese hecha mirando aquella parte. Aquestas mismas razones pone Joan de Selva[10] en el *Tratado de beneficios,* donde dice, que la cabeza del templo o iglesia ha de estar mirando al oriente, y así lo dice Polidoro. Antiguamente se llamaron templos, como dice Isidoro, todos los edificios grandes y ampliados *(quasi tecta ampla)*, que quiere decir, techos grandes. Pero el lugar designado y diputado para orar, se llamó templo, *a contemplatione,* de la contemplación.

CAPÍTULO IV. *De la diversidad y formas diferentes de templos que ha habido en el mundo entre diversas y varias naciones*



N EL CAPÍTULO PRIMERO DE ESTE LIBRO hemos visto la poca necesidad que Dios tiene de tener casa; porque siendo Dios, como lo es, es infinito y, por la misma razón, no cabe en lugar ninguno y está fuera de él; y por consiguiente manera, si los dioses de los antiguos gentiles eran tenidos por dioses, habían de creer que no tenían necesidad de casas, de ninguna manera que fuesen; pues todo lugar, por grande que fuese, había

[5] Div. Anton. par. 3. tit. cap. 2. in princ.
[6] Ad, Heb. 13.
[7] Zach. 5.
[8] Math. 24.
[9] In cap. Ecclesiasticarum 11. dist.
[10] In tract. de Benefic. p. 1, q. 5. De inventoribus, lib. 5. cap. 9. Div. Isidor. lib. 15. Ethymol. cap. 4.

de ser chico para su morada. De aquí nació la opinión de Zenón, filósofo, que dijo que no debían edificárseles templos a los dioses. Y en la misma razón se debían de fundar algunas naciones de el mundo, para seguir esta opinión y parecer de Zenón, como fueron los persas y los antiguos alemanes, los cuales afirmaban ser impíos, atrevidos y desacatados, y que guardaban poco respeto a los dioses los que se atrevían y osaban edificarles templos, ni casas; porque parecía quererlos incluir y encerrar debajo de tejado y entre paredes, como quiera que a los dioses todas las cosas les sean manifiestas y todo el mundo les sea, o deba ser templo, señalado y todo cuanto hay en él. De aquí nació, también, como adelante veremos, que los persas tenían por templos las sierras altas, haciendo y levantando en lo más alto de ellas altares y aras; y los alemanes en las florestas y lucos nombrados de sus dioses, según Cornelio Tácito en el libro de las *Costumbres de Alemania.*

Pero las naciones que más se sujetaron al gusto del demonio, como fueron los egipcios, los griegos y romanos, con otros muchos semejantes, tuvieron muchísimo cuidado y pusieron solícita diligencia en edificar a sus fingidos dioses solemnísimos templos; y cuanto mayor y mejor era su pulicía, tanto más se esmeraban en hacerles ricos, hermosos y sumptuosos templos.

De los primeros que edificaron y construyeron templos, según Luciano en el *Diálogo de la dea Siria,* fueron los egipcios. Después de ellos los asirios y los fenices; y cuenta muchos templos que en su tiempo vido y conoció en Fenicia.

Beroso, historiador antiguo, dice que el primero que edificó templo en Italia fue Noé, a quien llama Jano, lo cual no parece cosa cierta, ni aparente; y se prueba con decir que siendo Noé hombre santo y amigo de Dios, y habiendo de edificar casa o templo, había de ser en orden de sus divinas alabanzas y sacrificios que le ofrecía, que por esto fue llamado en la lengua armenia, sago y a sus hijos y mujer sagas, que según interpretan y declaran Servio Gramático, quiere decir santo y sacerdote; y San Gerónimo dice, que saga quiere decir sacrificador; y que Noé lo haya sido, claro y manifiesto es en la Sagrada Escritura, luego que salió del Arca, en el sacrificio que hizo en hacimiento de gracias y en alabanzas suyas; del cual dice la misma Sagrada Escritura,[1] que se agradó Dios de aquel oloroso y agradable sacrificio; o quiere decir pontífice, según el mismo San Gerónimo; y lo refiere Ioannes Annius, sobre los fragmentos de Marco Catón. De manera que orando Noé a Dios verdadero y ofreciéndole sacrificios, se sigue que si hubiera hecho templo había de ser en orden de este fin, dándoselo a Dios, como a señor a quien él servía. Pues siendo esta verdad tan manifiesta y clara y no constando por la Sagrada Escritura que Noé, ni nadie de los suyos, tal templo hayan edificado, no halló razón por la cual deba atribuirse a Noé edificación de templo alguno; mayormente que la Sagrada Escritura siempre hace mención de las cosas memorables, en especial de aquellas que

[1] Genes. 8.

hacen al conocimiento y servicio de Dios. Y si hubieran edificado los padres antiguos templos, como construyeron altares, así como nombra los altares, hiciera mención también de los templos, por ser obra dedicada a Dios y edificada en orden de su servicio; pero no se dice de Abraham, sino que edificó altar a Dios, el cual se le había aparecido y en él le sacrificó. De Jacob se dice en el mismo libro,[2] que ungió la piedra que había tenido por cabecera y la había levantado y erigido en altar, y otros inmensos e infinitos ejercicios, que en las divinas y sagradas letras hay; de lo cual se infiere que si fueran casas y templos, las expresaran como expresan los altares y aras; mayormente que de dos que hubo, el uno portátil y de leva, que fue el tabernáculo que Moysén hizo por orden de Dios; y el otro el templo de Salomón, se hace tanta memoria en la Sagrada Escritura, que se nombran por extenso y muy por menudo sus particularidades, como adelante se verá. De aquí queda averiguado no ser Noé inventor de templos, aunque lo fue de aras y altares, donde sacrificó a Dios.

Diodoro Sículo, al cual cita Eusebio Cesariense,[3] dice que Osiris construyó y edificó un muy insigne y sumptuoso templo en honra de Júpiter, que fue en grandeza y hermosura de los más afamados y célebres del mundo; y otro a Juno, ambos su padre y madre. Otros dos templos mandó hacer muy adornados y cuajados de oro, el uno mayor que el otro; el grande dedicado a Júpiter de el cielo, en el cual fuese servido y honrado; y el otro, que era menor, lo dedicó al otro Júpiter, su padre, que fue rey, y por otro nombre (según algunos dicen) llamado Ammón. A otros dioses diversos edificó este mismo Osiris templos muy famosos, muy adornados de oro de grande hermosura y gracia.

En el mismo libro hace mención el mismo Diodoro[4] de Busiris, rey de Egipto (y no pienso que fue este Busiris aquel cruelísimo, que a todos los huéspedes que venían a su tierra y casa los mataba y sacrificaba a sus dioses, sino otro más moderno, que fue algún tiempo después de este cruel y tirano referido), del cual dice que edificó cuatro templos en aquella opulentísima y celebérrima ciudad, a la cual los egipcios llamaron Ciudad del Sol, y los griegos Tebas, que tenía cien puertas en su cerca y muro; de estos hermosísimos y grandes templos, el uno que parece ser el más antiguo, dice este historiador que tenía en circuito y ruedo trece estadios, que son mil y seiscientos y veinte y cinco pasos, de altura cuarenta y cinco codos, sus muros o paredes tenían de grueso veinte y cuatro pies; respondía a la hechura y fábrica maravillosa y a su magnificencia el ornato y riqueza de que estaba acompañado, así de oro y plata, como de marfil, que era en cantidad y número excesivo y espantable. Todo esto dice Diodoro, en los lugares citados.

De este templo maravilloso, edificado en esta ciudad de Tebas, llamada por otro nombre Heliópolis en griego, que quiere decir Ciudad del Sol, pa-

[2] Genes. 12.
[3] Diodor. lib. I. cap. 2. Euseb. lib. 1. cap. 2. de Praep. Ev. ang.
[4] Lib. 2. cap. 1.

rece hacer memoria muy por extenso y menudo Estrabón en su *Geografía*,[5] diciendo de esta manera: a la entrada del templo había una plaza o suelo o patio tan ancho, cuanto es el circuito de lo que pueden arar en un día un par de bueyes, o poco menos. Lo largo de este patio era tres o cuatro veces mayor, por las dos partes, que eran la anchura de este patio, estaban ciertas estatuas o monstruos, cuyas cabezas y manos eran de doncellas, el cuerpo de perro, las alas de aves, las uñas de león, la cola de dragón; y esto es lo mismo que quimera; de lo cual Plinio en el libro octavo de su *Natural historia,* dice, tenía cada monstruo de éstos veinte codos y más de grandeza. Después de estas estatuas se seguía un portal grandísimo; y después de aquél, otro y luego, otro. Pasados los portales (que de ellos y de las estatuas no había número) estaba el templo, el cual tenía un grande protemplo, que debían de ser algunos fortísimos muros que lo cercaban, y tan altos como el mismo templo, para defensión y amparo suyo. Esto era casi de la misma manera que vemos en las cercas de las ciudades, las que para defensa de los muros llamamos barbacanas. En éstas había esculpidas grandísimas figuras de simulacros y hechuras más de bestias que de hombres. Estaba allí una casa edificada sobre muchas y grandísimas columnas, puestas por mucha orden y particular artificio; ninguna cosa pintada que fuese hermosa, ni digna de ser vista tenía, sino cosas de vanidad; todo lo dicho dice Estrabón de este templo y sitio y otras cosas más.

Haber hecho memoria tan por extenso de este templo, ha sido la causa de dar noticia de su forma y en ella principio a la que otras naciones han usado; porque dado caso que todas las que han edificado templos haya sido a fin de honrar en ellos a sus falsos dioses, no ha sido en todas el edificarlos de una misma manera; porque unos le daban la forma de casas muy sumptuosas, otros plantándolos en llanos y otros en sierras; unos cubriéndolos y otros cercándolos; unos, que los edificaban sobre la haz de la tierra; y otros, que terraplenándolos, los subían muy altos; y aunque todos han variado en el modo, han asestado a un blanco, en el fin que ha sido, para honrar al demonio.

CAPÍTULO V. *Cómo los antiguos edificaron templos y altares en lugares altos y escabrosos; y cómo estos indios, de esta Nueva España y Pirú, los usaron*



LOS TEMPLOS Y CASAS QUE EL DEMONIO hizo que los hombres le edificasen, no siempre fueron de una manera, ni en una semejanza de lugares, porque quiso el maligno engañador variar los modos para que con la variación de ellos se satisficiesen los varios gustos de los ciegos hombres que le servían. De lo cual se sigue que aunque el fin de los templos era su falsa adoración, los lugares donde se edificaban no eran todos de

[5] Strab. lib. 17. Geogr.

rece hacer memoria muy por extenso y menudo Estrabón en su *Geografía*,[5] diciendo de esta manera: a la entrada del templo había una plaza o suelo o patio tan ancho, cuanto es el circuito de lo que pueden arar en un día un par de bueyes, o poco menos. Lo largo de este patio era tres o cuatro veces mayor, por las dos partes, que eran la anchura de este patio, estaban ciertas estatuas o monstruos, cuyas cabezas y manos eran de doncellas, el cuerpo de perro, las alas de aves, las uñas de león, la cola de dragón; y esto es lo mismo que quimera; de lo cual Plinio en el libro octavo de su *Natural historia*, dice, tenía cada monstruo de éstos veinte codos y más de grandeza. Después de estas estatuas se seguía un portal grandísimo; y después de aquél, otro y luego, otro. Pasados los portales (que de ellos y de las estatuas no había número) estaba el templo, el cual tenía un grande protemplo, que debían de ser algunos fortísimos muros que lo cercaban, y tan altos como el mismo templo, para defensión y amparo suyo. Esto era casi de la misma manera que vemos en las cercas de las ciudades, las que para defensa de los muros llamamos barbacanas. En éstas había esculpidas grandísimas figuras de simulacros y hechuras más de bestias que de hombres. Estaba allí una casa edificada sobre muchas y grandísimas columnas, puestas por mucha orden y particular artificio; ninguna cosa pintada que fuese hermosa, ni digna de ser vista tenía, sino cosas de vanidad; todo lo dicho dice Estrabón de este templo y sitio y otras cosas más.

Haber hecho memoria tan por extenso de este templo, ha sido la causa de dar noticia de su forma y en ella principio a la que otras naciones han usado; porque dado caso que todas las que han edificado templos haya sido a fin de honrar en ellos a sus falsos dioses, no ha sido en todas el edificarlos de una misma manera; porque unos le daban la forma de casas muy sumptuosas, otros plantándolos en llanos y otros en sierras; unos cubriéndolos y otros cercándolos; unos, que los edificaban sobre la haz de la tierra; y otros, que terraplenándolos, los subían muy altos; y aunque todos han variado en el modo, han asestado a un blanco, en el fin que ha sido, para honrar al demonio.

CAPÍTULO V. *Cómo los antiguos edificaron templos y altares en lugares altos y escabrosos; y cómo estos indios, de esta Nueva España y Pirú, los usaron*



LOS TEMPLOS Y CASAS QUE EL DEMONIO hizo que los hombres le edificasen, no siempre fueron de una manera, ni en una semejanza de lugares, porque quiso el maligno engañador variar los modos para que con la variación de ellos se satisficiesen los varios gustos de los ciegos hombres que le servían. De lo cual se sigue que aunque el fin de los templos era su falsa adoración, los lugares donde se edificaban no eran todos de

[5] Strab. lib. 17. Geogr.

una forma ni manera;[1] porque si unos se edificaban en llanos y lugares escombrados y rasos, otros eran puestos en sitios montuosos y montes o sierras altísimas y muy escabrosas. La razón porque por la mayor parte edificaba la gentilidad los templos de sus dioses en los collados y sierras altas, era porque entendían ser aquellos lugares altos más religiosos, aptos y dispuestos para la adoración de los falsos dioses, por razón de pensar que así como aquella deidad se consideraba en las esferas más altas, así del cielo como del suelo, así, ni más ni menos, habían de ser escogidos los lugares más altos de la tierra para su servicio, culto y veneración suya.

Otra razón es porque, como torpes y ciegos en las cosas de razón, ofrecían algunos sacrificios torpísimos a algunos de sus dioses, los cuales tenían vergüenza y empacho de ofrecer en público; porque la natural vergüenza (en ser tan sucios, como los que se les ofrecían al dios Baco y Priapo) les ponía empacho y contradecía, para que se hiciesen públicamente. Y de aquí vinieron los hombres a buscar lugares secretos y ocultos, altos y montuosos, cercados de arboledas y plantas, para que cubiertos con sus espesuras y sombras, no se viesen sus torpes sacrificios. De aquí nació también que alrededor y circuito de los templos plantasen, los antiguos, arboledas y bosques en los montes y collados, los cuales llamaban lucos, que según etimología de San Isidoro,[2] luco es lugar cercado de árboles muy espesos que impiden al sol sus rayos y por esta causa está obscuro y sombrío. Y si estos sacrificios sucios y abominables se hacían en las ciudades, tenían cuevas y lugares soterráneos donde los hacían; los cuales lugares los sembraban de muy espesas arboledas y bosques hechos a mano, como se verá y en otro lugar se dice, tratando de la madre de Asa. Y éstos son los altos lucos y excelsas arboledas espesas y obscuras que Dios mandaba destruir en la tierra de promisión y en otros muchos lugares.

Este modo de sentar templos, levantar altares y construir aras, en lugares altos y eminentes, fue de todo el paganismo[3] y gentilidad, en común, como de gente regida por una misma voluntad que es la del demonio; y lo mismo que apetecía en unos, quería en otros; y así, no solamente fue ésta invención usada por los muy antiguos gentiles,[4] que fueron como padres e inventores de la idolatría, sino de los más modernos que en ella los fueron siguiendo; y así vemos que si de los antiguos hubo lugares altos y montuosos, donde falsa y detestablemente adoraron y reverenciaron a sus dioses, como parece por aquel coloquio entre Cristo y la samaritana, que cuenta San Juan,[5] cuando le dijo: nuestros padres dicen que Dios ha de ser adorado en el monte, y los judíos que no, sino en el templo, concluyó la verdad que en esto había de haber y lo que se había de seguir. Otros modernos tuvieron el mismo estilo, entre los cuales fueron las gentes de este nuevo mundo américo, así de estos reinos de la Nueva España, como los del Pirú. Esta

[1] Herod. lib. 1. Biblioth. cap. 31.
[2] Div. Isidor. lib. 14. Ethymol. cap. 8.
[3] Num. 33.
[4] Herod. lib. 1. cap. 31. Strab. Geograph. lib. 15.
[5] Ioan. 4.

invención del demonio nació de aquella inclinación que tiene, de quererse asimilar y hacer semejante a Dios en todas las cosas, como en toda esta historia vamos probando; porque como los padres antiguos del Viejo Testamento sacrificaron a Dios en lugares altos, así el demonio subió su culto y sacrificios a las sierras y tierras montuosas. Esta prueba de que los padres antiguos hiciesen sus oraciones y sacrificios en semejantes lugares, aunque de los primeros del mundo no lo sepamos de cierto por la Sagrada Escritura, sabémoslo, al menos, de los segundos y terceros, después del Diluvio; y probándolo en unos, se hace manifiesta la prueba por los otros, pues unos aprendían de otros, y por tradición los hijos hacían lo que los padres les enseñaban y les veían hacer, que no todas las cosas hechas en el mundo, así del culto divino como de otras, están escritas, como lo dice Lira,[6] hablando de la asistencia de Delbora, ama de Jacob, con él; habiendo quedado con su madre Rebeca, cuando fue a Mesopotamia, que dice que la envió su madre con los criados que habían ido a llamarle; y que esto es así, aunque la Escritura no lo dice, porque no todas las cosas están en ella escritas. De manera que según la sentencia de este doctísimo varón, es probable que los padres antiguos fueron aprendiendo unos de otros en el modo de sacrificar; y así se dice de Abrahám, en el mismo *Génesis,*[7] que levantó altar y sacrificó a Dios en un monte, el cual tenía al occidente a Bethel y al oriente a Hay; y que edificó en aquel lugar altar a Dios, en el cual invocó su divino favor y ayuda, luego que salió de su tierra, por mandamiento suyo; del cual lugar pasó a Egipto por una hambre que sobrevino; pero pasada, dice la Escritura,[8] que se volvió al monte, donde primero había hecho su tabernáculo y construido altar, y allí invocó el nombre del señor en hacimiento de gracias, de haberle guardado con su mujer y familia.

De Jacob, su nieto, se dice,[9] que yendo huyendo de la cólera de su hermano Esaú, llegó a cierto lugar, a puesta de sol, donde determinó dormir la noche y descansar del cansancio del camino y día, donde vido en sueños aquella escala que la una extremidad tocaba en los cielos y la otra en la tierra y que subían y bajaban ángeles por ella. Despertó del sueño y admirado de la visión puso nombre al lugar Bethel, el cual se llamaba antes Luza. Y hemos de notar que aquel lugar donde se acostó Jacob y durmió estaba fuera del pueblo, aunque después se incluyó en él; y por eso llamó a aquella ciudad, fundada en aquella halda del monte, Bethel, que quiere decir casa de Dios; y tomando una de las piedras que había puesto a su cabecera, la levantó en altar y dijo: ésta será llamada casa de Dios. Y para que mejor se entienda esto hemos de notar, según lo declaran todos los doctores, que este lugar donde durmió Jacob fue el monte Moria, donde después fue edificado el templo. Y esta ciudad, que llamó Bethel, es la que después fue llamada Jerusalén, que tuvo muchos nombres, es a saber, Soli-

[6] Lira super. cap. 35. Genes.
[7] Genes, 12..
[8] Genes. 13.
[9] Genes. 28.

ma, Luza, Bethel, Hierosolima, Hiebus, Helia, Ciudad Sagrada, Salem y Jerusalén. La causa de esto fue que Melquisedech fue el primer fundador de ella, a la cual llamó Salem, que quiere decir pacífica, por haber sido el rey pacífico y de paz, como parece en el *Génesis*.[10] Después la habitaron los jebuseos y por esta razón se llamó Hiebus, como se lee en el *Libro de los iueces*.[11] Luego de dos nombres, es a saber, de Hiebus y Salem, se hizo un nombre, Jerusalén, convertida la *b* en *r*, y aunque esto se tiene por cosa cierta, no quieren pasar los hebreos por ello y dan otra razón, diciendo que su primer nombre fue Salem, tomado de Melquisedech (como se ha dicho); después fue llamada Hiere, que quiere decir Vera, porque Abrahám, habiendo querido sacrificar a Isaac en aquel monte, en cuyo lugar se hizo el sacrificio del carnero, púsole nombre el Señor lo ve, como se dice en el capítulo veinte y dos del *Génesis*, de donde se sigue que hasta agora es dicho, en el monte Dios lo verá. Y de estos nombres se compuso Jerusalén, convertida la *e* en *u*. Llamóse también Luza,[12] que quiere decir almendro, porque abundaba aquel sitio de ellos. Luego se llamó Bethel, por el mismo Jacob. Después, en tiempo de Salomón, el cual la amplió, ensanchó y fortaleció, fue llamada Solima, como Salomonia, disminuida; y luego llamada Hierosolima; pero después de la pasión de Cristo y destruición por Tito y Vespasiano, la reedificó Helio Adriano, y en esta reedificación se metió dentro de los muros aquella parte de suelo donde Jacob durmió y erigió altar para sus sacrificios y los lugares también donde Cristo padeció, como lo dice San Juan,[13] y toda aquella parte y suerte donde el templo fue edificado; y éste la llamó Helia, de su nombre. De manera que este monte, llamado Bethel fue Moria, y en él sacrificó Abraham. Santo Thomás[14] dice lo mismo, que fue en el monte Moria, donde subió a sacrificar, y esto por inspiración de Dios; y Jacob, como se ve en el capítulo 35 del *Génesis*, donde le dice Dios, sube a Bethel y haz allí tu morada y levanta un altar a Dios en aquel monte. De donde se sigue que los padres antiguos sacrificaron en montes y en collados; y no sólo los referidos, pero otros muchos con ellos, y fue costumbre antigua.

Después de estos patriarcas sabemos que el tabernáculo y altar de el sacrificio fue puesto en Silo, donde permaneció por muchos años. Sabemos también que cuando los hijos de Israel llegaron a la tierra de promisión, alabaron y bendijeron a Dios en el monte Garicin, como se cuenta en el *Deuteronomio*,[15] y que antes habían hecho su morada cerca de este lugar Jacob y sus hijos. De donde infiere Lira que es creíble que en él sacrificaron, porque antes de la edificación del templo sacrificaban y hacían sus oraciones los judíos en los montes (como hemos visto). Y del rey Salomón se dice,[16] que sacrificó en los montes, como los demás hebreos, hasta que

[10] Genes. 14.
[11] Iud. 19.
[12] Lev. 52. Sup. Genes. 22, Nicol. de Lira, verb. Appellavit, etc.
[13] Ioan. 19.
[14] Div. Thom. 1, 2. q. 101. art. 3. ad. 2.
[15] Deut. 27.
[16] 3. Reg. 3.

edificó el templo y colocó el Arca de el testamento en él, y fue en aquel lugar el de la adoración y sacrificios.

Siendo esto así y sabiendo que el demonio, como siempre probamos, es amigo de imitar a Dios en todo lo que le es posible, ha trazado con su gente idólatra, cómo no sólo le sacrifiquen en los montes y collados, sino que allí le hayan levantado casas y construido templos donde ser adorado. Uno de éstos fue el de los samaritanos en el monte Garicin, cuyo fundamento fue el siguiente: Volviendo de la cautividad de Babilonia los hijos de Israel, y queriendo reedificar el templo que antes había hecho Salomón, el cual lo había destruido y asolado Salmanasar, rey de los Asirios, quisieron entrar a la parte en esta reedificación los samaritanos, gente convecina, como se lee en el libro de *Esdras*,[17] a los cuales no admitieron los judíos y los echaron de parte; por lo cual ellos desechados y despedidos de la ayuda que prometían, dieron orden cómo edificar aquel templo idolátrico en aquel monte y lugar alto, como muchos dicen. Pero Josefo en el libro undécimo de las *Antigüedades* da otra razón, diciendo que cierto judío noble, llamado Manasés casó con una dama, hija de un príncipe de los samaritanos, y deseando el summo sacerdocio, por ser entre los judíos de muy grande estimación y no pudiendo alcanzar esta dignidad y honra entre ellos, rogó a su suegro le edificase templo donde ejercitar el oficio sacerdotal y summo, que tanto apetecía y que por satisfacerse el deseo edificó el templo que los samaritanos tenían en el monte Garicin, a contemplación y petición de su yerno.

Este templo no fue fundado en esta sierra o monte de voluntad de Dios, sino por la absoluta de los samaritanos, por razón de verse despreciados de los hebreos, como ya se ha dicho, y con deseo de tener casa donde sacrificasen y ejercitasen sus ceremonias, que aunque eran idólatras, eran también medio judíos por haber recebido el *Pentateuco* de Moysén, que son los cinco libros de la *Creación y ley;* aunque mezclaban las cosas santas de ellos con las profanas de sus locuras idolátricas; y por esto llamaban padres a Abraham, Isaac y Jacob, con todos los demás patriarcas del testamento viejo. Y de aquí nació aquella contienda entre judíos y samaritanos, altercando sobre cuál lugar era más decente para adorar y alabar a Dios, el monte Garicin o el templo de Jerusalén; y fundábanse estos ciegos gentiles en las adoraciones y sacrificios que en aquel monte habían hecho Abraham y Jacob y otros, como hemos visto, y por esto lo tenían por más apto y a propósito para ellos; y los judíos decían que en Jerusalén, y acertaban; porque así lo mandaba Dios después que se edificó, que antes permitido eran los sacrificios, y no sólo permitidos sino lícitos y meritorios en todo lugar, aunque no fuese en presencia de el Arca del testamento; pero mucho mejor era sacrificar y hacer oración donde estaba juntamente con el tabernáculo, que por mandamiento de Dios edificó y construyó Moisés, como se lee en el primero del *Paralipómenon*,[18] el cual, después de poseer la tierra, situaron en Silo; y así vemos haberlo hecho David, del cual no se lee haber

[17] 1 Esd. 14.
[18] 1. Paral. 21.

orado en otra parte, sino con particular licencia y permiso de Dios, como se lee en el segundo *De los reyes*. De manera que este templo era del demonio y estaba situado en el monte Garicin, por incitación del mismo demonio, como en competencia del que Dios tenía en el monte Moria, en Jerusalén, apeteciendo casa en monte y alto, como Dios la tenía.

De por acá sabemos haber habido un templo y altar en la provincia totonaca, que le cae a Mexico casi al norte y oriente, que fue en su gentilidad grandísima y copiosísima de gente (como en otro lugar se dice),[19] el cual estaba situado en una sierra muy alta cercado de grandísimas arboledas y frutales, de muchas rosas y flores, todas puestas a mano y con grandísimo concierto; estaba el sitio muy limpio y aseado. En este templo adoraban una diosa, que llamaban mujer del sol, la cual tenía por nombre Tzinteutl, que quiere decir diosa original; o Centeutl, que quiere decir, diosa rodeada de deidad. Llamábanla también Tonacayohua, que quiere decir, la que tiene el cuidado de las mieses, panes y mantenimientos. El ídolo que representaba esta diosa, dicen que hablaba muy de ordinario a sus cuacuiles, que eran sus ministros, monjes o religiosos de su falsa religión; y era aquel oráculo tan creído que jamás descreían lo que de él oían. Dicen que tenían en grandísima veneración a esta diosa, por razón de que no quería que le sacrificasen hombres, antes lo aborrecía y prohibía; y de los sacrificios que ella más gustaba y los que les pedía, eran tórtolas, codornices y otras aves semejantes, las cuales hay muy en abundancia en aquellos montes, y conejos, todo lo cual le degollaban allí delante y se agradaba de este sacrificio. Teníanla por abogada ante el gran dios, porque les decía que le hablaba y rogaba por ellos. Tenían gran esperanza en ella y que por su intercesión les había de enviar el sol, a quien reverenciaban por summo Dios, a su hijo, para librarlos de aquella dura y penosa servidumbre en que los otros dioses les tenían, pidiéndoles les sacrificasen hombres, lo cual tenían por grandísimo tormento; y si les obedecían y sacrificaban hombres, era por el temor horrendo que les tenían, y espanto que les causaban cuando faltaban en el dicho sacrificio y muertes de hombres, por las muchas amenazas que les hacían y daños que de ellos recibían.

Otro hubo en los reinos del Pirú, en la ciudad de Vilcas, hecho y edificado por un rey inga; el cual estaba situado en lo alto de una sierra, en una muy gran mesa y llanada, que la sierra en su cumbre hacía; todo el edificio era de piedra muy labrada, sobrepuesta a manera de sillería. Tenía este templo dos muy grandes portadas y para subir al templo y entrar por ellas había dos escaleras de piedra y cada una de treinta gradas. Dentro de el templo había muy buenos aposentos para los sacerdotes, cosa muy usada en todas estas tierras de las Indias, siguiendo el parecer del Filósofo arriba citado y para todos los otros ministros, para las mujeres que estaban dedicadas para el servicio del dicho templo y gente que lo guardaba.

Había en este templo una figura de el sol, hecha de oro de mucho valor y precio. Tenía este templo cuarenta porteros. A una parte de él, hacia

[19] Lib. 15. cap. ult.
[20] Supra cap. 2.

donde nace el sol, había un oratorio donde adoraban los reyes, cuando allí se hallaban; era hecho de piedra y cercado con una muralla no muy grande; de aquella muralla salía un terrado de seis pies de ancho, con otra cerca fundada sobre él y, en el de ella estaba el asiento donde el rey hacía su oración. Este asiento era hecho de una sola piedra de once pies de largo y siete de ancho; y en ella había dos asientos (que por ventura era el segundo para la reina, que era la más principal de sus mujeres); solía estar toda aquella piedra muy adornada de muchas y ricas joyas de oro y piedras de mucho valor y precio. En este terrado y otros hallaron los españoles después mucha cantidad de oro. A las espaldas de este templo estaban los palacios de estos reyes y otros edificios y aposentos grandes y depósitos llenos de armas y ropa fina y otras cosas preciosas, y allí también se guardaban los tributos que daban los vecinos de aquella comarca de Vilcas, que era una población muy grande y cabeza de aquella provincia. En la plaza que estaba allí había otro asiento en medio de ella, de donde miraban los reyes las fiestas y juegos que se solían hacer; pasaba por ella una acequia muy hermosa; tenía unos baños muy bien hechos, donde los señores y señoras se bañaban. Dícese que para servicio de este templo había determinados cuarenta mil hombres, personas que por sus tiempos y veces tenían de todas las cosas necesarias cargo.

CAPÍTULO VI. *En el cual se prueba, con lugares de escritura, el intento pasado; y cómo estos indios, sobre todas las naciones del mundo, tuvieron este uso de edificar templos y levantar altares en las sierras y cumbres altas*



E DONDE YO TOMO MOTIVO para afirmar que fue costumbre muy antigua y frecuentemente usada en el paganismo y gentilidad levantar altares y edificar templos en las cumbres de las sierras y lugares altos. Cuando las historias antiguas y modernas de hombres sabios y fidedignos no nos lo afirmaran, lo deduzgo e infiero de inmensos lugares proféticos, que se refieren en la Sagrada Escritura; de los cuales es uno el de Oseas,[1] donde quejándose Dios de su pueblo, viendo su ingratitud y lo mal que le pagaban obras tan a manos llenas comunicadas, y que en pago y agradecimiento de tan soberanos beneficios le volvían el rostro y lo daban al demonio, como corrido y afrentado de tan grande ingratitud, les dice: Una maldad no puedo callar de mi desagradecido pueblo, y es que en las cumbres de los montes y en los cabezos de las sierras se atreven a sacrificar al demonio, con ofensa y ultraje mío, debajo de la encina del olmo y terebinto.

Dos cosas se ofrecen que notar aquí, la una como para sacrificar al demonio se iban a los lugares altos y encumbrados y en ellos hacían sus altares y templos al demonio, que es lo que vamos probando. Y lo segundo, que

[1] Os. 4.

donde nace el sol, había un oratorio donde adoraban los reyes, cuando allí se hallaban; era hecho de piedra y cercado con una muralla no muy grande; de aquella muralla salía un terrado de seis pies de ancho, con otra cerca fundada sobre él y, en el de ella estaba el asiento donde el rey hacía su oración. Este asiento era hecho de una sola piedra de once pies de largo y siete de ancho; y en ella había dos asientos (que por ventura era el segundo para la reina, que era la más principal de sus mujeres); solía estar toda aquella piedra muy adornada de muchas y ricas joyas de oro y piedras de mucho valor y precio. En este terrado y otros hallaron los españoles después mucha cantidad de oro. A las espaldas de este templo estaban los palacios de estos reyes y otros edificios y aposentos grandes y depósitos llenos de armas y ropa fina y otras cosas preciosas, y allí también se guardaban los tributos que daban los vecinos de aquella comarca de Vilcas, que era una población muy grande y cabeza de aquella provincia. En la plaza que estaba allí había otro asiento en medio de ella, de donde miraban los reyes las fiestas y juegos que se solían hacer; pasaba por ella una acequia muy hermosa; tenía unos baños muy bien hechos, donde los señores y señoras se bañaban. Dícese que para servicio de este templo había determinados cuarenta mil hombres, personas que por sus tiempos y veces tenían de todas las cosas necesarias cargo.

CAPÍTULO VI. *En el cual se prueba, con lugares de escritura, el intento pasado; y cómo estos indios, sobre todas las naciones del mundo, tuvieron este uso de edificar templos y levantar altares en las sierras y cumbres altas*



E DONDE YO TOMO MOTIVO para afirmar que fue costumbre muy antigua y frecuentemente usada en el paganismo y gentilidad levantar altares y edificar templos en las cumbres de las sierras y lugares altos. Cuando las historias antiguas y modernas de hombres sabios y fidedignos no nos lo afirmaran, lo deduzgo e infiero de inmensos lugares proféticos, que se refieren en la Sagrada Escritura; de los cuales es uno el de Oseas,[1] donde quejándose Dios de su pueblo, viendo su ingratitud y lo mal que le pagaban obras tan a manos llenas comunicadas, y que en pago y agradecimiento de tan soberanos beneficios le volvían el rostro y lo daban al demonio, como corrido y afrentado de tan grande ingratitud, les dice: Una maldad no puedo callar de mi desagradecido pueblo, y es que en las cumbres de los montes y en los cabezos de las sierras se atreven a sacrificar al demonio, con ofensa y ultraje mío, debajo de la encina del olmo y terebinto.

Dos cosas se ofrecen que notar aquí, la una como para sacrificar al demonio se iban a los lugares altos y encumbrados y en ellos hacían sus altares y templos al demonio, que es lo que vamos probando. Y lo segundo, que

[1] Os. 4.

no sólo se contentaban con darle casa y sitio en aquellos lugares, sino que añadían, por más honra, enramarle las casas y sembrar los sitios de arboledas, entre los cuales era uno la encina. La cual en aquellos tiempos era suerte de los vencedores y se aplicaba a ellos. Y así San Isidoro en sus *Ethimologías*[2] dice, que daban en ella respuestas los demonios y de ellas hablaban a los hombres y así era árbol consagrado a Júpiter, como dicen algunos; y la razón debe ser porque como este árbol es muy durable y permaneciente por muchos siglos, como el mismo San Isidoro lo dice, en el mismo libro y capítulo citado de la encina, debajo de la cual hizo su habitación Abraham, por lo cual llamaron aquel lugar el Valle de las Encinas, que duró desde aquel tiempo hasta el del emperador Constancio, que fue muchísimos años después del santísimo patriarca Abraham. Y la deidad que atribuían, aunque falsamente a Júpiter, la consideraban eterna, atribuíanla al que más se le parecía, que es la encina. Y como dice Estrabón,[3] tenían los antiguos por mal agüero que cayendo granizo o rayo hiriese las encinas, como parece muy claro en una égloga de Virgilio,[4] tratando de un mal suceso y acaecimiento, donde dijo que lo había pronosticado una encina herida de un rayo por ordenación del cielo.

El segundo árbol era el olmo, aunque no lo aplicaban a los lugares altos, por razón de que dice San Isidoro, que no se da tan vicioso y fresco en los lugares altos y encumbrados; mas al fin los sembraban y ofrecían al servicio de sus dioses en los lugares húmedos adonde ellos se acopan, extienden y lozanean y quedaban por ofrenda del demonio, de el cual daba sus respuestas como la recibió Thyaneo, según dice Filostrato,[5] y lo nota Genebrardo.

El tercero es el terebinto, el cual es agradable y apacible, que se viene a la vista como dice Plinio, y se refiere en el primero libro *De los reyes*,[6] llamándole en un lugar el Valle de los Terebintos. De manera que no sólo se saca en limpio de este lugar que sacrificaban a los demonios los hebreos, a imitación de gentiles idólatras, en los montes y sierras,[7] sino que también adornaban los lugares con arboledas y florestas, con lucos y bosques, que es lo que arriba dijimos y dejamos probado. También dice San Gerónimo sobre San Matheo y lo refiere el Incógnito, que tenían los judíos al pie del monte Moria un ídolo llamado Baal, en un valle de muchas aguas y montuoso, muy agradable y apacible, lleno de mucha recreación en el cual antes los gentiles le adoraban. La misma prueba tenemos en el profeta Isaías,[8] donde quejándose Dios de su desagradecido pueblo toma metáfora de una mujer casada, que faltándole la fe que a su esposo debe, no sólo se desvergüenza a pecar en lugares obscuros y secretos, sino que puesta en público comete públicamente adulterio. Y así dice Dios: Es ésta mi república y pueblo, que no sólo peca en ofensa mía en los lugares ocultos y secretos,

[2] Div. Isidor. lib. 17. Ethymol. cap. 7.
[3] Strabon. lib. 8.
[4] Virg. Eglog. 1.
[5] Lib. 1. Chron.
[6] Plin. lib. 13. cap. 6.–1 Reg. 17.
[7] Ier. 7, 31.
[8] Isai. 65.

como son los rincones de sus casas y lugares llanos, sino en los altos y eminentes, donde de todas las partes son vistos, imitando a los ciegos hombres que con obstinada ceguera adoran a los demonios por dioses. En el cual libro *De los reyes*,[9] se hace mención de estos atrevimientos y desacatos cometidos contra la alta majestad de Dios, tratando del impío y pésimo rey Achaz, del cual dice que siguiendo la maldad de otros sus antecesores, sacrificaba y ofrecía incienso al demonio, en los montes altos y en los collados, entre árboles y bosques coposos y frescos. Y en el capítulo siguiente dice,[10] que corrió tanto esta maldad que no quedó ciudad, villa, ni castillo, en todo el reino, en que ya públicamente no levantasen altares y construyesen templos en los collados y alturas de las sierras, para honrar y venerar en ellos al demonio, imitando las antiguas gentes idólatras. Y allí va expresando los pecados graves que cometieron, los dioses que adoraron, los ídolos que fundieron, los altares que levantaron y lugares altos donde los constituyeron y los lucos y bosques que sembraron, todo a fin de adorar al demonio a imitación de los gentiles, de cuyas malas costumbres aprendieron éstas.

Por lo dicho parece claro cómo este modo de adoración, en lugares altos, en montes y collados, fue muy usado entre las gentes antiguas, de donde también tomaron los del pueblo de Dios costumbre de hacer lo dicho y otras cosas malas, apartándose de su divino culto y entregándose al del demonio, haciendo lo mismo y levantando los altares excelsos, aras y templos en los mismos sitios y lugares que los gentiles.[11] Y aunque por lo referido en éste y otros capítulos antes de éste, se conoce haber sido los gentiles de aquellas antiguas naciones muy cultores de sus dioses, buscándoles lugares altos y vistosos para adorarlos y servirlos. Estos de este nuevo mundo fueron tan dados a este modo de adoración y levantar altares, y templos, que en esto parece haber excedido a todos los del mundo;[12] porque ha sido tan usado entre ellos que apenas se hallará sierra, ni lugar alto, donde no haya señal de algún templo o altar, mostrando sus ruinas haberlo habido allí en algún tiempo.

CAPÍTULO VII. *De diversos lugares donde los antiguos gentiles edificaban templos a sus dioses y los intentos que para ello tenían y las formas y hechuras de ellos*



LAS COSAS QUE NO ACASO, sino a consejo se hacen, siempre tienen un intento y fin, porque de lo contrario se seguiría no seguirse los hombres por razón, sino por solo un instinto natural que los otros animales irracionales tienen. Por lo cual digo que si vieron los pasados la general idolatría de los hombres y los presentes leemos lo que ellos nos dejaron escrito de ella, hallamos por cosa averiguada haber adorado al demonio,

[9] 4. Reg. 16.
[10] 4. Reg. 17 y 23, 5.
[11] Maximo Tyrio disertat. 38. Herodoto lib. 1. cap. 131.
[12] Acosta lib. 5 de Procur. Salute iun. cap. 5.

como son los rincones de sus casas y lugares llanos, sino en los altos y eminentes, donde de todas las partes son vistos, imitando a los ciegos hombres que con obstinada ceguera adoran a los demonios por dioses. En el cual libro *De los reyes,*[9] se hace mención de estos atrevimientos y desacatos cometidos contra la alta majestad de Dios, tratando del impío y pésimo rey Achaz, del cual dice que siguiendo la maldad de otros sus antecesores, sacrificaba y ofrecía incienso al demonio, en los montes altos y en los collados, entre árboles y bosques coposos y frescos. Y en el capítulo siguiente dice,[10] que corrió tanto esta maldad que no quedó ciudad, villa, ni castillo, en todo el reino, en que ya públicamente no levantasen altares y construyesen templos en los collados y alturas de las sierras, para honrar y venerar en ellos al demonio, imitando las antiguas gentes idólatras. Y allí va expresando los pecados graves que cometieron, los dioses que adoraron, los ídolos que fundieron, los altares que levantaron y lugares altos donde los constituyeron y los lucos y bosques que sembraron, todo a fin de adorar al demonio a imitación de los gentiles, de cuyas malas costumbres aprendieron éstas.

Por lo dicho parece claro cómo este modo de adoración, en lugares altos, en montes y collados, fue muy usado entre las gentes antiguas, de donde también tomaron los del pueblo de Dios costumbre de hacer lo dicho y otras cosas malas, apartándose de su divino culto y entregándose al del demonio, haciendo lo mismo y levantando los altares excelsos, aras y templos en los mismos sitios y lugares que los gentiles.[11] Y aunque por lo referido en éste y otros capítulos antes de éste, se conoce haber sido los gentiles de aquellas antiguas naciones muy cultores de sus dioses, buscándoles lugares altos y vistosos para adorarlos y servirlos. Estos de este nuevo mundo fueron tan dados a este modo de adoración y levantar altares, y templos, que en esto parece haber excedido a todos los del mundo;[12] porque ha sido tan usado entre ellos que apenas se hallará sierra, ni lugar alto, donde no haya señal de algún templo o altar, mostrando sus ruinas haberlo habido allí en algún tiempo.

CAPÍTULO VII. *De diversos lugares donde los antiguos gentiles edificaban templos a sus dioses y los intentos que para ello tenían y las formas y hechuras de ellos*



LAS COSAS QUE NO ACASO, sino a consejo se hacen, siempre tienen un intento y fin, porque de lo contrario se seguiría no seguirse los hombres por razón, sino por solo un instinto natural que los otros animales irracionales tienen. Por lo cual digo que si vieron los pasados la general idolatría de los hombres y los presentes leemos lo que ellos nos dejaron escrito de ella, hallamos por cosa averiguada haber adorado al demonio,

[9] 4. Reg. 16.
[10] 4. Reg. 17 y 23, 5.
[11] Maximo Tyrio disertat. 38. Herodoto lib. 1. cap. 131.
[12] Acosta lib. 5 de Procur. Salute iun. cap. 5.

aunque caminando a un fin por diversos modos. Y como su falsa religión no era acerca de un solo Dios (como en realidad de verdad lo es, uno en esencia y trino en personas) sino creyendo que la infinita deidad se comunicaba a muchos dioses, así les aplicaban y atribuían diversas operaciones, haciendo a unos dioses de uno, y a otros de otro; y por esta misma razón, atribuyéndoles diversos y varios efectos, unos diferentes de otros, les daban lugares y hacían templos, que en su hechura, forma y sitio donde se sentaban, declarasen y manifestasen los oficios y efectos que se les atribuían y daban.

En lo que toca a la forma y hechura la daban al templo del sol redonda; y la razón era porque así como el sol anda a la redonda, haciendo vuelta circular de oriente a poniente, con la cual vuelta y círculo alumbra todo el mundo y lo vivifica con sus rayos y calor, así su templo fuese redondo y en forma circular que demostrase este efecto.

El de Baco era también redondo, porque como a dios del vino, el cual revuelve a los hombres todos los humores cuando se entregan a él y los priva del juicio bebiendo mucho, le daban la misma forma, como queriendo dar a entender en esta hechura su mucha y demasiada fuerza, así como la línea circular lo parece por no hallársele principio, ni cabo, de la cual dicen los filósofos que es infinita por esta misma razón.

Estos indios de esta Nueva España formaban y hacían el templo del dios aire también redondo; y la razón que daban era decir que así como el aire lo anda y rodea todo, así se le había de dar casa que en su hechura manifestase sus efectos.

El templo de Júpiter le hacían por cima de su cubierta horadado, porque decían los antiguos que los principios y semillas de todas las cosas, por ocultas que fuesen, las manifestaba este dios.

También el de la diosa Vesta era redondo y hecho a forma de pelota. Y aunque otros muchos tenían otras muchas y diversas formas, no los refiero aquí, porque sería necesario hinchir grandes libros de sólo esto; y si de lo dicho he hecho memoria, no ha sido sino para comprobar con ello el intento que propuse acerca de la formación de los templos.

Habiendo, pues, tratado de la forma y hechura de estos templos, resta decir de los sitios y asientos donde los formaban y edificaban, según los efectos que en su hechura representaban y propiedades que les atribuían. Y así a Júpiter, porque le atribuían los relámpagos y rayos, le edificaban su templo en el campo, como deseando tener fuera y apartado de sus casas un dios que tanto los espantaba y podía hacer mal con ellos. Al sol y a la luna les edificaban sus casas también en el campo, por razón de que los efectos de estos dos planetas eran manifiestos y públicos.

Lo que sabré afirmar en esto es que estos indios de esta Nueva España tenían dos templos de grandísima altura y grandeza, edificados seis leguas de esta ciudad, junto a San Juan Teotihuacan, que le cae a esta dicha ciudad a la parte del norte y dedicados al sol y a la luna, los cuales estaban apartados de poblado y lo están ahora, aunque no en mucha distancia, y alderredor de ellos hay otros asientos de otros que pasan de más de dos

mil; por lo cual se llama aquel lugar Teotihuacan, que quiere decir, lugar de dioses. Qué fundamento hayan tenido los antiguos en haberlos edificado allí, no lo sé; pero es fácil de creer que pues el intento de otros idólatras era fundar templos y casas al sol y a la luna en los campos y fuera de poblado, por ser sus efectos tan claros y conocidos, que el mismo sería el de estas gentes, pues la fuerza de su poder no se les abscondía, y como a poderosos les respetaban y daban nombre de dioses. Y entre los egipcios (según Diodoro dice)[1] el lugar que el templo del sol tenía era en las riberas del mar o de el río Nilo.

A Mercurio le daban templo en medio de las plazas, porque ahí se reside y se negocia en los mercados, por tenerle por el dios de los negocios, los cuales siempre se tratan en las plazas y lugares públicos.

Al dios Marte, en el campo, porque entre los ciudadanos no hubiese disensiones, mas antes fuesen en aquellos lugares defendidos de los enemigos; y porque también en los campos y lugares apartados de poblado se dan las batallas. Algún dios de estos guerreros debían de tener los antiguos moradores de Quauhquechola, en el valle de Atrisco, al cual en el mismo lugar donde salían a sus guerras le tenían levantado altar y templo, cuyas ruinas hoy se manifiestan en sus términos y linderos. Y lo mismo que se dice de Marte, se dice de la diosa Belona, a quien llamaban diosa de las batallas.

A Esculapio, que es dios de la medicina, constituyeron templo en una isleta de el río Tíber, dando a entender en esto que es muy necesaria el agua para muchas cosas a los enfermos.

El templo de Venus se edificaba fuera de las ciudades, para que los actos venéreos y pasiones lascivas estuviesen lejos y apartados de las gentes mozas, como si por esta razón no hiciesen guerra a los hombres en cualquiera lugar que sea. De donde se colige la ceguera grande de los hijos de Adán, que por haberse apartado del verdadero conocimiento de Dios, dieron de ojos en tantos errores y locuras notorias y manifiestas.

El templo de Neptuno, a quien daban cargo de las aguas, le edificaban en las riberas y playas de el mar, como para tenerle propicio y cerca en sus peligros y rogaciones. De otros muchos dioses se hacían templos fuera de poblado y en lugares muy remotos y apartados, dando a entender en esto la estimación en que debían ser tenidos y que no fácilmente habían de ser hallados, porque con la poca frecuencia que tenían en sus casas, más los estimasen, siendo cosa averiguada y cierta que de la mucha conversación, se causa el menosprecio; y les parecía a estos locos desatinados que si fueran dioses de veras (como lo eran de burlas) que no había lejos ni cerca para ellos, pues todo lugar y sitio está lleno de Dios verdadero, y hinchéndolo todo está fuera de él y apartado; y por la razón dicha los apartaban del común concurso de las gentes, para que no fuesen a ellos, sino con sola ocasión de sacrificar y ofrecerles sus ofrendas y llevasen la devoción y contrición que semejantes actos pide.

A la diosa Vesta, a Júpiter, a Juno y a Minerva, que según Platón eran

[1] Diod. lib. 5. cap. 5.

dioses tutores y guardadores de las ciudades, les edificaban sus templos en medio de ellas, en los más altos y eminentes y fuertes lugares de ellas, de donde se divisasen mejor y más claramente sus muros y cercas y se gozase de sus edificios y hermosura, según lo dice Vitruvio.[2]

A este modo fueron caminando los indios de esta Nueva España, edificando templos y altares, así en poblado, como fuera de él, a las veras y orillas de las aguas, y en las sementeras y caminos, en lugares altos y escabrosos como se ha visto, y en los poblados, según el oficio que le daban y cosas que les atribuían. Y así a Huitzilupuchtli, que fue el gran dios que trajeron estos mexicanos, le tenían en esta ciudad de Mexico edificado un templo el más sumptuoso que en esta tierra se ha conocido; y estaba fundado en medio de la ciudad (como en su lugar se dirá). A este dios tenían por tutor y defensa suya, y como a dios de su amparo lo traían en medio de sus casas; pues es cierto que más ayuda el amigo de cerca que de lejos, cuando es necesaria su presencia, aunque si fuera verdadero dios, su lejos fuera su cerca. Otros muchos dioses tenían, a la misma manera y usanza que toda la otra gentilidad, porque a los que llamaban dioses de paz, de limpieza y virtudes, les daban casa en poblado. Y a otros, que los hacían dioses de guerras, de disensiones, de deleites e incendios, echábanlos fuera de los pueblos, como recelando y huyendo su daño y peligro. En el Pirú había dos suertes de hombres que eran más religiosos que los otros, que eran los serranos y los que vivían en las costas de la mar. Los serranos por sus sementeras, por razón de que unas veces se les helaban y otras se secaban, así edificaban sus templos en los picos de las sierras altísimas y asperísimas; y los de las playas, en la mar, en algunas isletas.

CAPÍTULO VIII. *De los templos que había en la Isla Española; y de cómo, por razón de no ser muy dados los de aquellas islas a la idolatría, no usaban de templos sumptuosos*



OS ISLEÑOS MORADORES de la Isla Española, que se llama de Santo Domingo, y de otras islas comarcanas y convecinos a ésta, no usaron de templos formados; y la razón de esto debió de ser que como ellos no eran muy dados a la idolatría, ni culto de sus falsos dioses, así tampoco no se les daba mucho por hacerles moradas grandes y sumptuosas, como se han preciado las otras naciones, que de ellos han hecho más caso y estimación. Y así no se les conoció por nuestros antiguos y primeros españoles lugar particular y señalado para sus bárbaros e idolátricos ritos. Pero hallóse entre aquella gente idólatra, según dijo un hombre llamado fray Ramón, que andaba en la misma isla en hábito de ermitaño, una manera de templo, que era una casa algo apartada de las otras del pueblo; pero lo más cierto (según lo afirman otros que con curiosidad lo notaron) es que

[2] Vitruv. Arch. lib. 4.

dioses tutores y guardadores de las ciudades, les edificaban sus templos en medio de ellas, en los más altos y eminentes y fuertes lugares de ellas, de donde se divisasen mejor y más claramente sus muros y cercas y se gozase de sus edificios y hermosura, según lo dice Vitruvio.[2]

A este modo fueron caminando los indios de esta Nueva España, edificando templos y altares, así en poblado, como fuera de él, a las veras y orillas de las aguas, y en las sementeras y caminos, en lugares altos y escabrosos como se ha visto, y en los poblados, según el oficio que le daban y cosas que les atribuían. Y así a Huitzilupuchtli, que fue el gran dios que trajeron estos mexicanos, le tenían en esta ciudad de Mexico edificado un templo el más sumptuoso que en esta tierra se ha conocido; y estaba fundado en medio de la ciudad (como en su lugar se dirá). A este dios tenían por tutor y defensa suya, y como a dios de su amparo lo traían en medio de sus casas; pues es cierto que más ayuda el amigo de cerca que de lejos, cuando es necesaria su presencia, aunque si fuera verdadero dios, su lejos fuera su cerca. Otros muchos dioses tenían, a la misma manera y usanza que toda la otra gentilidad, porque a los que llamaban dioses de paz, de limpieza y virtudes, les daban casa en poblado. Y a otros, que los hacían dioses de guerras, de disensiones, de deleites e incendios, echábanlos fuera de los pueblos, como recelando y huyendo su daño y peligro. En el Pirú había dos suertes de hombres que eran más religiosos que los otros, que eran los serranos y los que vivían en las costas de la mar. Los serranos por sus sementeras, por razón de que unas veces se les helaban y otras se secaban, así edificaban sus templos en los picos de las sierras altísimas y asperísimas; y los de las playas, en la mar, en algunas isletas.

CAPÍTULO VIII. *De los templos que había en la Isla Española; y de cómo, por razón de no ser muy dados los de aquellas islas a la idolatría, no usaban de templos sumptuosos*



OS ISLEÑOS MORADORES de la Isla Española, que se llama de Santo Domingo, y de otras islas comarcanas y convecinos a ésta, no usaron de templos formados; y la razón de esto debió de ser que como ellos no eran muy dados a la idolatría, ni culto de sus falsos dioses, así tampoco no se les daba mucho por hacerles moradas grandes y sumptuosas, como se han preciado las otras naciones, que de ellos han hecho más caso y estimación. Y así no se les conoció por nuestros antiguos y primeros españoles lugar particular y señalado para sus bárbaros e idolátricos ritos. Pero hallóse entre aquella gente idólatra, según dijo un hombre llamado fray Ramón, que andaba en la misma isla en hábito de ermitaño, una manera de templo, que era una casa algo apartada de las otras del pueblo; pero lo más cierto (según lo afirman otros que con curiosidad lo notaron) es que

[2] Vitruv. Arch. lib. 4.

no eran templos (si en algo a la falsa religión o superstición se enderezaban) sino las mismas casas de los caciques y señores, que eran mayores que las de los demás de la gente común. Estas casas llamaban cancies, que quiere decir casas de los señores principales; y en estas dichas casas hacían sus cohobas, que eran sus sacrificios (si algunos hacían), y aquí en estos lugares celebraban los actos de su religión y falso culto.

De esto o algo más se ha hallado en la tierra firme, hacia las provincias de Popayan; conviene a saber que en las casas de los reyes o señores había un apartado más aderezado y compuesto que todo lo demás restante al servicio y cumplimiento de la casa, donde había muchos incensarios de barro; todo el aposento o oratorio estaba muy limpio y barrido y muy cubierto de esteras muy artificiosamente labradas a su modo y usanza. De aquí se presume ser aquel aposento y recámara, templo o lugar de templo, donde concurrían a sus engañadas oraciones, ofreciendo al demonio, con humildes suplicaciones, sus necesidades, con ánimo de ser favorecidos y librados de ellos. Y esto referido corría por muchísimas leguas, hasta cuasi los inmensos reinos del Pirú, por una y otra parte de los mares del Norte y Sur, en cual más cual menos, de todas aquellas tierras.

CAPÍTULO IX. *De los muchos y sumptuosos templos que había en la Nueva España y de la forma con que se edificaban*



SI BIEN SE MIRA EL BAJO y poco curioso modo con que estos isleños trataban a sus falsos dioses, hallarse ha que, aun esto poco era más de lo que el demonio merece, pues es indigno de todo servicio y honra que se le haga, y cualquiera que tenga es usurpada de Dios, a quien como a verdadero señor, toda le es debida. Pero como esta poca curiosidad no nacía de menosprecio, sino de no ser muy dados a la idolatría, no lo tenemos por alabanza en ellos sino por cosa acerca de la cual no alcanzaron más, ni la entendieron. Y así, dejándolos como a merecedores de poco nombre, es muy justo que nos pasemos y vengamos a los antiguos moradores de esta Nueva España, los cuales tuvieron sus dioses y templos para ellos en tan crecido número, que hay bien que hacer en decir alguna parte de todos; porque no sé si sería posible encarecer la grandeza y número de los templos grandes y sumptuosos que había en contorno de cuatrocientas leguas en esta tierra que llamamos Nueva España.

La forma común de los edificios de estos templos en esta tierra era ésta: lo primero (como en otra parte tiene amonestado el Filósofo), se escogía el lugar más eminente y honroso de todo el pueblo, ora fuese chico ora grande; luego hacían una gran plaza o suelo cuadrado; este patio, plaza o suelo, cercábanlo de pared de un estado o dos en alto; en el cual patio dejaban cuatro puertas, que cada una correspondía a las cuatro partes del cielo: oriente, poniente, norte y mediodía. A estas cuatro puertas de este patio y suelo correspondían las cuatro más principales calles del pueblo y cami-

no eran templos (si en algo a la falsa religión o superstición se enderezaban) sino las mismas casas de los caciques y señores, que eran mayores que las de los demás de la gente común. Estas casas llamaban cancies, que quiere decir casas de los señores principales; y en estas dichas casas hacían sus cohobas, que eran sus sacrificios (si algunos hacían), y aquí en estos lugares celebraban los actos de su religión y falso culto.

De esto o algo más se ha hallado en la tierra firme, hacia las provincias de Popayan; conviene a saber que en las casas de los reyes o señores había un apartado más aderezado y compuesto que todo lo demás restante al servicio y cumplimiento de la casa, donde había muchos incensarios de barro; todo el aposento o oratorio estaba muy limpio y barrido y muy cubierto de esteras muy artificiosamente labradas a su modo y usanza. De aquí se presume ser aquel aposento y recámara, templo o lugar de templo, donde concurrían a sus engañadas oraciones, ofreciendo al demonio, con humildes suplicaciones, sus necesidades, con ánimo de ser favorecidos y librados de ellos. Y esto referido corría por muchísimas leguas, hasta cuasi los inmensos reinos del Pirú, por una y otra parte de los mares del Norte y Sur, en cual más cual menos, de todas aquellas tierras.

CAPÍTULO IX. *De los muchos y sumptuosos templos que había en la Nueva España y de la forma con que se edificaban*



SI BIEN SE MIRA EL BAJO y poco curioso modo con que estos isleños trataban a sus falsos dioses, hallarse ha que, aun esto poco era más de lo que el demonio merece, pues es indigno de todo servicio y honra que se le haga, y cualquiera que tenga es usurpada de Dios, a quien como a verdadero señor, toda le es debida. Pero como esta poca curiosidad no nacía de menosprecio, sino de no ser muy dados a la idolatría, no lo tenemos por alabanza en ellos sino por cosa acerca de la cual no alcanzaron más, ni la entendieron. Y así, dejándolos como a merecedores de poco nombre, es muy justo que nos pasemos y vengamos a los antiguos moradores de esta Nueva España, los cuales tuvieron sus dioses y templos para ellos en tan crecido número, que hay bien que hacer en decir alguna parte de todos; porque no sé si sería posible encarecer la grandeza y número de los templos grandes y sumptuosos que había en contorno de cuatrocientas leguas en esta tierra que llamamos Nueva España.

La forma común de los edificios de estos templos en esta tierra era ésta: lo primero (como en otra parte tiene amonestado el Filósofo), se escogía el lugar más eminente y honroso de todo el pueblo, ora fuese chico ora grande; luego hacían una gran plaza o suelo cuadrado; este patio, plaza o suelo, cercábanlo de pared de un estado o dos en alto; en el cual patio dejaban cuatro puertas, que cada una correspondía a las cuatro partes del cielo: oriente, poniente, norte y mediodía. A estas cuatro puertas de este patio y suelo correspondían las cuatro más principales calles del pueblo y cami-

nos que al dicho pueblo venían de otros comarcanos. Y de tal manera y tan nivelado concierto corrían estas calles, que venían derechas al patio sin torcer poco ni mucho, porque para que no tuviesen semejante defecto las sacaban con cordel y muy ajustada medida; y lo mismo los caminos, por más de una legua y dos; de manera que calles y caminos venían muy derechos a dar al templo que se edificaba. Y esto era por fin que todos los que viniesen al pueblo de otros, cualesquiera que fuesen, no pasasen sin hacer acatamiento y reverencia al templo, ni dejasen de sacrificar o ofrecer algo al ídolo o ídolos que allí estaban colocados por los moradores del pueblo. No eran en proporción estos templos iguales, aunque en hechura y forma sí; porque si el pueblo era grande, edificaban su templo o templos muy grandes y de grande majestad, como se verá tratando del de Mexico; y si era chico, acomodaban el edificio al número de los vecinos y moradores de él.

Dentro de aquel patio, que cercaban con paredes quebradas, fundaban una cepa maciza y torre, al mismo modo cuadrado que el patio, de cincuenta y cien brazas (más o menos, conforme era el pueblo, según hemos dicho), y cuanto más esta obra se levantaba y subía en alto, se iba más estrechando y embebiendo, haciendo unos relejes desde fuera. El primero era grande, el segundo no tanto y el tercero menos; y de esta manera iba subiendo, a manera de pirámide, esta torre muy alta; y remataba en su final altura en un suelo llano, a manera de placeta, de obra de setenta pies de ancho. Y en lo que este edificio se diferenciaba de la pirámide, es en que la pirámide va seguida hasta rematar en punta (como dice San Isidoro,[1] y se verá en otro lugar), y este templo tenía relejes que consumían parte del edificio; y aunque no fenecían en la anchura que comenzaban, al fin quedábales placeta encima. Por la parte de este edificio, que tenía por frente o delantera, no tenía relejes sino gradas, desde el suelo hasta lo alto arriba, muchas o pocas, conforme era el edificio. Sobre todo este edificio, que parecía una torre, sentaban dos altares hacia el oriente, de manera que por la mayor parte miraban al poniente, no dejando detrás de ellos más suelo de cuanto para andar por detrás bastaba. Uno de estos altares estaba a la mano derecha y el otro a la izquierda. Éstos estaban dentro de sus capillas y casas cubiertas. El haber dos altares, no era sino en los templos grandes y principales; pero en los menores no había más de un altar y sobre estos altares había tres altos o sobrados, uno sobre otro, de mucha altura y cada uno se andaba a la redonda. Delante de estas capillas, hacia un suelo muy ancho y espacioso, donde se hacían los sacrificios y solo el altar del templo hasta el suelo o placeta, que hacia arriba donde remataba y estaban los altares y capillas, era como una gran torre. Sin los tres sobrados que cubrían y subían sobre los altares; y de estas ruinas hay infinidad en esta Nueva España, con sus gradas y altura, que parece cosa increíble haberlos los hombres edificado y hecho a mano.

En los mismos patios de los templos principales había otros templos me-

[1] Div. Isidor. Originum, lib. 3. cap. 12.

nores, de otros particulares dioses, que hacían muy hermosa obra los unos con los otros; porque eran unos más altos que otros y remataban muy curiosamente, y con la variedad de sus remates hermoseaban el montón del edificio. No estaban sentados estos templos de una misma manera, porque aunque en los templos mayores y principales se guardaba el haber de tener las espaldas al oriente y las gradas y puertas de las capillas al poniente, en los demás no se guardaba este orden; y así, unos miraban al norte, otros al mediodía y otros al oriente. De manera que estando encontrados y puestos unos contra otros, hacían una vista muy agradable y gustosa. En todos estos que se llamaban templos menores y adjuntos, no había más de un altar y una capilla.

Para el servicio de estos templos había en los patios salas y aposentos donde vivían los sacerdotes y ministros de ellos, así para su culto y limpieza como para el servicio de leña y otras cosas semejantes, con que de continuo eran servidos. Delante de los altares, en estos templos, había unos braseros hechos de piedra y cal, de tres cuartas en alto, de figura circular o redonda y otros cuadrados, donde de día y de noche ardía continuo fuego (como en otro lugar diremos);[2] tenían sus fogones y braseros todas las salas de los dichos templos, donde encendían fuego para calentarse los señores, cuando iban a ellos, y para los sacerdotes y gente de servicio.

Todos aquellos templos y salas, y todas sus paredes que los cercaban, estaban muy bien encaladas, blancas y bruñidas, que verlas de cerca o lejos causaba gran contento mirarlas; los patios y suelos eran teñidos de almagre bruñido y incorporado con la misma cal, y tan limpios y lucidos estaban, que no parecía que manos de hombres los hubiesen hecho, ni que pies humanos los pisasen. Y es tanta verdad esto que sin que parezca encarecimiento puede ser creído, porque demás de ser verdad que otros nos la han certificado, hemos visto de presente algunas ruinas que verifican lo dicho. Había en estos templos árboles, flores y huertos y jardines de mucha fragancia y recreación, para el servicio y adorno del dicho templo.

No sólo había en un pueblo templo principal y otros menores, dentro de él, pero en cada barrio o parroquia, y fuera del pueblo un cuarto de legua, tenían otros patios pequeños donde había a tres y a cuatro, hasta seis templos pequeños y lo mismo hacían en las sierras y tierras altas (como ya en otro lugar hemos dicho); y también los había por los caminos (como nosotros los cristianos tenemos ahora cruces y humilladeros) que les servían de recordación de sus dioses a los que por ellos pasaban; y lo mismo edificaban en sus sementeras y sembrados que eran como ermitas y estaciones. Eran muy solícitos estos idólatras en tenerlos siempre muy encalados y blancos; y en desollándose o deslustrándose alguna pared o parte del edificio, luego lo volvían a encalar y enlucir los oficiales que para esto estaban diputados; los cuales no acudían a otra cosa, ni servían en otro ministerio más que en éste; y así andaban solícitos y cuidadosos cada día visitando los templos y altares, para reparar lo que hallasen desollado o caído. El

[2] Infra cap. 11.

ornato, autoridad y hermosura que los pueblos cobraban con los edificios de los templos, era cosa muy de ver, mayormente los pueblos y ciudades grandes y populosas; porque mientras más gentío, más templos había entre los barrios, que saliendo por cima de las casas de los vecinos, en tan grande exceso, hacían labor muy de notar. Dentro de estos templos había cosas tan de cuenta, que ponía cuidado y deseo de volver a verlos a los que una vez los veían.

CAPÍTULO X. *Que trata del intento que el demonio pudo tener para dar orden cómo entre estos indios occidentales hubiese esta manera de templos, no habiéndose usado entre ningunas naciones del mundo*



OMO SIEMPRE EL DEMONIO ha sido tan amigo de honra y por esta razón había tenido por fin apetecer la igualdad de Dios, como lo dijo el profeta;[1] y a que por esta causa tan reprehensible y execranda fue desterrado de la altura y excelsidad de los cielos; y no habiendo podido salir con su depravado y soberbio intento, en aquellas alturas soberanas, ha querido en la tierra llevar a debida ejecución su altivo y desatinado propósito; y como para salir con esta su diabólica empresa no podía por sí solo, sin el comercio y multitud de los hombres, hízose a una con ellos. Y ésta fue una entre otras causas, de engañarlos y de ponerles en corazón, que olvidándose del verdadero y poderoso Dios y señor de todo lo criado, a él, como a propio y verdadero (siendo falso y fementido), le reconociesen con particulares servicios y adorasen. Y como la naturaleza angelical no fue criada de Dios para cosas rateras y bajas y la inclinación suya sea apetecer las supremas y altas, ya que no puede llegar a la cumbre y alteza que pretendió, que es la igualdad de Dios, la cual excede a toda cumbre y alteza en las más encumbradas moradas celestiales, procura en la tierra lugares que levantándose de ella por las regiones de los aires, den a entender las cosas altas a que se inclina, sustentándose siempre en lo más supremo y alto de su soberbia. Por este modo ha movido e incitado los voltarios corazones de los hombres, para que siendo él obedecido (como en otra parte se dice) sea Dios defraudado en todo el bien que en nosotros pretende. Y les ha hecho hacer cosas en su servicio tales, que a no estar ciegos y privados de la verdadera razón, conocieran la poca del demonio y dejando de seguirle, mofaran y se rieran de él. Pero como dejados de la mano de Dios y entregados a las tinieblas de sus infernales apetitos, han hecho su voluntad en las cosas que al maligno engañador le ha parecido ser necesarias y convenientes para engrandecer y eternizar el nombre de Dios, que falsa y criminosamente se ha usurpado.

Una de estas cosas en que más se ha pretendido aventajar ha sido tener

[1] Isai. 14.

ornato, autoridad y hermosura que los pueblos cobraban con los edificios de los templos, era cosa muy de ver, mayormente los pueblos y ciudades grandes y populosas; porque mientras más gentío, más templos había entre los barrios, que saliendo por cima de las casas de los vecinos, en tan grande exceso, hacían labor muy de notar. Dentro de estos templos había cosas tan de cuenta, que ponía cuidado y deseo de volver a verlos a los que una vez los veían.

CAPÍTULO X. *Que trata del intento que el demonio pudo tener para dar orden cómo entre estos indios occidentales hubiese esta manera de templos, no habiéndose usado entre ningunas naciones del mundo*



OMO SIEMPRE EL DEMONIO ha sido tan amigo de honra y por esta razón había tenido por fin apetecer la igualdad de Dios, como lo dijo el profeta;[1] y a que por esta causa tan reprehensible y execranda fue desterrado de la altura y excelsidad de los cielos; y no habiendo podido salir con su depravado y soberbio intento, en aquellas alturas soberanas, ha querido en la tierra llevar a debida ejecución su altivo y desatinado propósito; y como para salir con esta su diabólica empresa no podía por sí solo, sin el comercio y multitud de los hombres, hízose a una con ellos. Y ésta fue una entre otras causas, de engañarlos y de ponerles en corazón, que olvidándose del verdadero y poderoso Dios y señor de todo lo criado, a él, como a propio y verdadero (siendo falso y fementido), le reconociesen con particulares servicios y adorasen. Y como la naturaleza angelical no fue criada de Dios para cosas rateras y bajas y la inclinación suya sea apetecer las supremas y altas, ya que no puede llegar a la cumbre y alteza que pretendió, que es la igualdad de Dios, la cual excede a toda cumbre y alteza en las más encumbradas moradas celestiales, procura en la tierra lugares que levantándose de ella por las regiones de los aires, den a entender las cosas altas a que se inclina, sustentándose siempre en lo más supremo y alto de su soberbia. Por este modo ha movido e incitado los voltarios corazones de los hombres, para que siendo él obedecido (como en otra parte se dice) sea Dios defraudado en todo el bien que en nosotros pretende. Y les ha hecho hacer cosas en su servicio tales, que a no estar ciegos y privados de la verdadera razón, conocieran la poca del demonio y dejando de seguirle, mofaran y se rieran de él. Pero como dejados de la mano de Dios y entregados a las tinieblas de sus infernales apetitos, han hecho su voluntad en las cosas que al maligno engañador le ha parecido ser necesarias y convenientes para engrandecer y eternizar el nombre de Dios, que falsa y criminosamente se ha usurpado.

Una de estas cosas en que más se ha pretendido aventajar ha sido tener

[1] Isai. 14.

silla, como Dios, en la tierra; porque habiendo visto que le fue quitada la suya en el cielo; y lo que más es, que no le dejaron alcanzar la que de la igualdad de Dios pretendía. Y viendo también que en la tierra la tenía en la estimación de los hombres, a los cuales había criado para su servicio y adoración, y que esta silla estaba en el poder y manos de los mismos hombres; y considerando juntamente que eran muy fáciles de engañar y persuadir que le metiesen a la parte y aun pasar adelante, haciendo con ellos que quitándosela a Dios absolutamente, a él se la dedicasen y diesen, hizo cuanto pudo y puso la mayor fuerza que alcanzó para salir con su mal intento, haciendo a los hombres que reconociéndole por Dios, no sólo le adorasen y ofreciesen sacrificios varios y abominables, a sólo el verdadero Dios debidos, pero que esto fuese en aras, altares y templos, donde fuese reverenciado con el culto que a Dios se debe, con que ha sido conocido, honrado, adorado y engrandecido su nombre santísimo en el verdadero conocimiento de los hombres.

De aquí es que le nacieron bríos al demonio para que no sólo se le dedicasen altares y templos, como en los capítulos pasado se ha visto, a manera de casas en que los hombres habitan y hacen sus moradas, así en las tierras llanas como en lo más encumbrado de las sierras, sino que quiso y dio orden para que levantándolos de la tierra los subiesen muy en el aire; y que en la excelsidad, alteza y majestad del edificio se echase de ver lo mucho que apetece la alteza de donde cayó y le derribó su soberbia. Y este modo e invención de templos son los que se han hallado en esta Nueva España, particularizándose con ellos como aquellos que en servirle y honrarle con tanto derramamiento de sangre humana y de hombres, que por solo este fin fueron muertos y atormentados; mas se aventajaron de cuantos entre las naciones del mundo se conocen.

Este modo y manera de templos y altares tan subidos de obra maciza por la región del aire, no se lee en la Sagrada Escritura haberse usado entre ninguna de las naciones del mundo, ni tampoco hay historias humanas que lo afirmen; aunque de aquellas dos tribus y media que no pasaron el Jordán y se quedaron de la otra parte cuando entraron los hijos de Israel en la tierra de promisión, nos dice la Sagrada Escritura, en el *Libro de Josué*,[2] que habiendo acompañado a los otros que pasaron y vencido a los enemigos que se les opusieron en la posesión que tomaron de ella, se volvieron a sus casas y junto al mismo Jordán levantaron un altar, *infinitae magnitudinis,* de infinita grandeza y altura, dando a entender en estas palabras que la altura de aquel edificio había sido en exceso y demasía. Por manera, que para honra de el demonio no sabemos ni se sabe que hubiesen usado en el mundo de semejante edificio ni altar tan levantado, si no es en esta Nueva España, donde sobre lo macizo de esta obra tan subida estaban sentados sus altares y formadas sus capillas. Bien es verdad que en el *Éxodo*,[3] mandando Dios que el altar de los sacrificios no llevase ningún adorno ni pulicía; dice luego: ni sea levantado tanto de tierra que sean necesarias gra-

[2] Ios. 22.
[3] Exod. 20.

das para subir a él a la expedición de las ofrendas; y, según esto, altares había entre los gentiles, a los cuales se subía por gradas y escalones; pues según dicen algunos y lo refieren Santo Thomás y Lira,[4] este mandamiento era en detestación de la idolatría, para la cual usaban no sólo de altares muy labrados y esculpidos, de varias y diferentes tallas, sino también levantados de el suelo, en distancia suficiente para que fuesen vistos de todos y alabada su obra y artificio y considerado el acto que en él se ejercitaba. Por manera que usaban los gentiles de esta diabólica invención para tener más atento y devoto al pueblo; pero que llegase ninguno a tanta altura y elevación, que fuese menester subir a él por ciento y más gradas, no se dice, ni yo lo sé, ni se han visto, sino en esta Nueva España. También entiendo que es muy diferente el intento que estos indios gentiles tuvieron en hacer estos altares tan levantados y con tantas gradas del que tuvieron los antiguos idólatras en los que las tenían; porque uno de sus abusos (y aun locura muy confirmada) fue hacer fiesta al dios Priapo, en cuyo día los gentiles (como en otra parte hemos dicho) descubrían con desvergüenza las partes que deberían ser y son vergonzosas; y esto en un muy alto y eminente altar donde el sacerdote, que regocijaba la fiesta, se subía para ser visto de todo el concurso del pueblo. Éste, según parece, era uno de los más altos y subidos lugares de la gentilidad para esta locura y desatino constituido; donde sacrificando a su dios, le daban ofrenda el sacrificio que causa vergüenza decirlo. Y por desviar Dios a su pueblo de esta memoria, le manda que no tenga gradas ni escalones su altar, sino que carezca de ellas. Pero aunque las tenían, y en tanto número los de estos indios, no se hacían en ellos actos tan desvergonzados y deshonestos, aunque otros había y, aun casi todos, que eran crueles y bestiales y propios de hombres sin Dios y poseídos de el demonio; y de estos altares y templos hemos visto en el capítulo pasado y se dirá en el siguiente.

CAPÍTULO XI. *Del sumptuoso y magnífico templo que en esta ciudad de Mexico había dedicado al dios Huitzilupuchtli, y de otros menores que en su contorno había*



NO DE LOS MÁS CÉLEBRES y sumptuosos templos que hubo en estas occidentales partes y tierras de la Nueva España fue el templo mayor que había en la ciudad de Mexico, al tiempo que los españoles entraron en ella, el cual fue edificado y fundado por los señores mexicanos; quien haya sido su fundador en la vida y gobierno de los reyes se dijo;[1] sólo digo que fue fundado dos veces, la primera de las cuales no fue con aquella majestad que la segunda, porque como iba creciendo el pueblo y nombre mexicano, así se fue mostrando en sus edificios; de manera que aunque

[4] Div. Thom. 1. 2. q. 102. art. 4. ad. 7 Lira, super hunc locum.

[1] Tomo I. lib. 2. cap. 28. 42. y 46.

das para subir a él a la expedición de las ofrendas; y, según esto, altares había entre los gentiles, a los cuales se subía por gradas y escalones; pues según dicen algunos y lo refieren Santo Thomás y Lira,[4] este mandamiento era en detestación de la idolatría, para la cual usaban no sólo de altares muy labrados y esculpidos, de varias y diferentes tallas, sino también levantados de el suelo, en distancia suficiente para que fuesen vistos de todos y alabada su obra y artificio y considerado el acto que en él se ejercitaba. Por manera que usaban los gentiles de esta diabólica invención para tener más atento y devoto al pueblo; pero que llegase ninguno a tanta altura y elevación, que fuese menester subir a él por ciento y más gradas, no se dice, ni yo lo sé, ni se han visto, sino en esta Nueva España. También entiendo que es muy diferente el intento que estos indios gentiles tuvieron en hacer estos altares tan levantados y con tantas gradas del que tuvieron los antiguos idólatras en los que las tenían; porque uno de sus abusos (y aun locura muy confirmada) fue hacer fiesta al dios Priapo, en cuyo día los gentiles (como en otra parte hemos dicho) descubrían con desvergüenza las partes que deberían ser y son vergonzosas; y esto en un muy alto y eminente altar donde el sacerdote, que regocijaba la fiesta, se subía para ser visto de todo el concurso del pueblo. Éste, según parece, era uno de los más altos y subidos lugares de la gentilidad para esta locura y desatino constituido; donde sacrificando a su dios, le daban ofrenda el sacrificio que causa vergüenza decirlo. Y por desviar Dios a su pueblo de esta memoria, le manda que no tenga gradas ni escalones su altar, sino que carezca de ellas. Pero aunque las tenían, y en tanto número los de estos indios, no se hacían en ellos actos tan desvergonzados y deshonestos, aunque otros había y, aun casi todos, que eran crueles y bestiales y propios de hombres sin Dios y poseídos de el demonio; y de estos altares y templos hemos visto en el capítulo pasado y se dirá en el siguiente.

CAPÍTULO XI. *Del sumptuoso y magnífico templo que en esta ciudad de Mexico había dedicado al dios Huitzilupuchtli, y de otros menores que en su contorno había*



NO DE LOS MÁS CÉLEBRES y sumptuosos templos que hubo en estas occidentales partes y tierras de la Nueva España fue el templo mayor que había en la ciudad de Mexico, al tiempo que los españoles entraron en ella, el cual fue edificado y fundado por los señores mexicanos; quien haya sido su fundador en la vida y gobierno de los reyes se dijo;[1] sólo digo que fue fundado dos veces, la primera de las cuales no fue con aquella majestad que la segunda, porque como iba creciendo el pueblo y nombre mexicano, así se fue mostrando en sus edificios; de manera que aunque

[4] Div. Thom. 1. 2. q. 102. art. 4. ad. 7 Lira, super hunc locum.

[1] Tomo I. lib. 2. cap. 28. 42. y 46.

uno de los reyes que gobernaron esta nombradísima república, hizo en los tiempos que iba creciendo un templo, el cual dedicó a su falso dios Huitzilupuçhtli, no fue tan grande que pudiese cobrar nombre. Pero como después fuese tanta la pujanza de su poderío, llegó la soberbia a tanto que, teniendo por cosa poca el templo dicho y a su mentiroso dios por digno de mayor casa, ordenaron de hacer un templo que después de acabado se diese a entender en la sumptuosidad del edificio las fuerzas y poderío del que lo había hecho; y con esto quedasen en mayor admiración los hombres.

Fue pues este templo reedificado y añadido segunda vez; y era tan grande y tan excesivo el circuito, que tenía en cuadra más de un tiro de ballesta. Era todo cercado de piedra de mampostería (como hemos dicho que se cercaban los templos), muy bien labrado. Había en el cuadro cuatro puertas que salían a las cuatro calles principales, las tres que vienen de la tierra firme por las tres calzadas por donde se entraba en la dicha ciudad; y otra que le caía a las espaldas, que correspondía a la entrada de la dicha ciudad, por la parte de el oriente que iba a dar a la laguna, por donde se entra por agua.

En medio de este grandísimo cuadro estaba el templo, que era a manera de torre cuadrada (como ya hemos dicho) hecha de mampostería y todo macizo y ancho. Tenía este templo (dejado aparte el cuadro dentro del cual estaba fundado) trescientos y sesenta pies de esquina a esquina; y era de forma y hechura piramidal (como en otro lugar decimos), porque cuanto más subía, tanto más se iba estrechando el edificio, haciendo a trechos sus relejes que lo hermoseaban. En lo alto de él, que era un suelo y placeta poco más de setenta pies de ancho, estaban hechos dos altares muy grandes, apartados el uno de el otro y casi pegados a la orilla o canto de la torre, a la parte del oriente, y solamente quedaba espacio y suelo suficiente para poder andar un hombre sin riesgo ni peligro de caer del edificio abajo. Estos altares tenían de alto cinco palmos y con sus paredes pintadas de piedra, pintadas todas de figuras al antojo y gusto del que lo mandaba pintar.

Encima de estos altares tenían sus capillas cubiertas de madera muy bien labrada y entallada. Cada capilla de estas dos tenía tres altos, uno encima de otro; y cada alto o sobrado de éstos tenía grandísima altura que, cada uno de ellos plantado (no en aquella torre sino en el suelo bajo donde comenzaba el edificio), pudiera hacer un muy alto y sumptuoso edificio; y por esta razón era toda esta máquina de templo tan alta que ponía admiración su altura. Era ver la ciudad desde lo alto de este templo y alderredores, con toda la laguna, pueblos y ciudades que en ella y sus orillas estaban edificadas, cosa de grande recreación y contento.

Por la parte donde se pone el sol no llevaba relejes este edificio sino gradas, por las cuales subían a lo alto de las capillas, y tenían de peralte las dichas gradas una tercia y más. Eran estas gradas o escalones, en este celebérrimo templo, ciento y trece, y todas de piedra muy bien labrada. Desde la última grada con que remataba este templo hasta los altares y entradas de capillas había un buen espacio de suelo para que los sacerdotes y mi-

nistros de los ídolos pudiesen ejercitar sus oficios desenfadada y cumplidamente. En cada altar de aquellos dos estaba un ídolo de bulto muy grande, que cada uno representaba el mayor dios que ellos tenían, que era Huitzilupuchtli, o Mexitli por otro nombre.

Alderredor y circuito de este templo mayor había otros más de cuarenta menores, y en cada uno de ellos dedicado y levantado un dios; y su torre y forma iba enangostando hasta el suelo, donde comenzaba a formar la capilla y altar; y no era tan grande como el mayor, ni le llegaba a igualar con mucho; y todos estos templos y torres menores acompañaban mucho al templo y torre mayor que en la dicha ciudad había.

La diferencia que hacía el templo mayor a los menores no era en su forma y hechura, porque todos eran unos; pero diferenciábanse en el asiento y postura, porque el templo mayor tenía las espaldas al oriente, que es la forma que deben guardar los templos principales, según hemos visto que lo dicen los antiguos; y sus gradas y entrada a él al poniente, como usamos ahora en nuestra cristiandad sentar muchas de nuestras iglesias, y así adoraban hacia el sol cuando nace; y los templos menores miraban por el contrario al oriente y a las otras partes del cielo, norte y sur.

Uno de estos templos que acompañaban a este grande era dedicado al dios aire, y éste era, en su hechura y forma (como ya en otra parte hemos visto),[2] redondo; y la razón de esto queda dicha en el mismo lugar. La entrada de este templo tenía la forma y hechura de boca de sierpe feroz y grande, y pintada a la manera que nuestros pintores pintan una boca de infierno, con sus ojos, dientes y colmillos horrendos y espantosos. Hubo de los nuestros muchos que, a los principios, entraron a lo interior de este infernal y caliginoso templo por aquella horrenda y espantosa entrada y testificaron que era el miedo y asombro que les causaba tanto, que temblaban y temían como azogados. Y no es maravilla, pues era lugar cierto del demonio, y donde como a enemigos de su ley y ritos los recibía y hospedaba.

La cubierta y techo de este famosísimo templo, y los otros que en su contorno tenía, era de diversas y varias formas que, aunque eran unas de madera y otras de paja, como de centeno, eran muy primamente labradas; unas coberturas piramidales y cuadradas, y otras redondas y de otras formas diferentes; y hacían tanta y tan vistosa labor que no parecían de la materia dicha sino de muy primo y delicado pincel. Había de estas torres, grandes y chicas, trescientas y sesenta (según la más cierta cuenta que he hallado), igualando en este tan excesivo número a los días del año. Al pie del templo mayor, junto a las escaleras por donde se subía arriba, había dos altares de fuego donde ardía siempre de noche y de día; de manera que era fuego perpetuo, queriendo el demonio imitar a Dios, que mandó que ardiese fuego continuo en el altar de su templo, el cual cebasen sus sacerdotes de ordinario, como nos lo dice la Sagrada Escritura y, como en este de Dios se ofrecía incienso todas las mañanas, ordenó el envidioso engañador que no sólo fuese un altar, sino dos;[3] y que el incienso no fuese sólo a la mañana

[2] Supra cap. 7. hoc lib.
[3] Lev. 12.

quemado, pero todo el día; y así estaban humeando los dos altares todos los días de la mañana a la noche.

Eran todos los altares y braseros de incienso, que había en este templo y contorno de su patio y templos menores que le acompañaban, seiscientos y más; y tan altos cuasi como la estatura de un hombre, cuya figura y forma era de la hechura de un cáliz con que se dice misa; y verlos de noche, cuando todos ardían, parecía que era día muy resplandeciente y claro. Y para que los que estas cosas leyeren no quieran pensar que hablo de gracia y sin límite en los números, quiero poner aquí las palabras de el padre fray Bernardino de Sahagún, fraile de mi orden y uno de los que entraron muy a los principios de este descubrimiento de la Nueva España, que fue año de veinte y nueve, el cual vido éste y los demás templos y vivió en la conversión de estos indios, enseñándoles, doctrinándoles y predicándoles más de sesenta años, y supo sus antiguallas muy por menudo, y escribió muchísimas cosas en su lengua, el cual hablando de la hermosura, grandeza y sumptuosidad de este celebérrimo templo (aunque malo, por ser del demonio) dice estas palabras: Era este templo cercado por todas partes con paredes de piedra, de altura de estado y medio, todas almenadas y blanqueadas. El suelo de este templo era todo enlosado con losas de piedras muy lisas (no labradas, sino naturales), tan lisas y resbaladizas como el hielo. Había mucho que ver en los edificios de este templo; la pintura de él tenía mucho que ver y yo le hice pintar en esta ciudad de Mexico, y lleváronmele a España por cosa muy digna de ver y no lo he podido más haber, ni tornar a pintar; y aunque en la pintura parecía tan lindo, lo era mucho más y más vistoso el edificio. El principal o capilla, que en él había, era dedicado al dios Huitzilupuchtli y a otro su compañero que llamaban Tlacahuepancuexcotzin y a otro, menor que los dos, que llamaban Paynalton. Éstas son palabras formales de este bendito viejo y grave varón, por las cuales se echa bien de ver la excelencia y grandeza de este memorabilísimo templo; y añade más, diciendo que cogía tanto circuito su cuadro, que incluía y recibía dentro de su hueco todo el suelo en que ahora está edificada la iglesia mayor, casas del marqués del Valle, casas reales y casas arzobispales, con mucha parte de lo que ahora es plaza, que parece cosa increíble, por ser mucho el circuito dicho y distancia de suelo; y yo me acuerdo haber visto ahora, treinta y cinco años, parte de estos edificios en la plaza, a la parte de la iglesia mayor, que me parecían cerrillos de piedra y tierra, los cuales fueron consumiendo en los cimientos del edificio de Dios y de su iglesia nueva; la cual se va haciendo ahora muy sumptuosa, que quiso su majestad santísima hacer al demonio y ministros suyos que le pusiesen en aquel lugar parte de los materiales con que se había de cimentar su templo, permitiendo que antes por algunos años se gloriase en los maleficios que en él se hacían, para que después de su total caída y ruina conociese que sólo Dios es el verdadero señor de todo lo criado; y que él, como su criatura, aunque no quisiese, le había de reconocer con vasallaje, desterrándose de los montones de piedra que para conservarse en fingida y vana gloria con estos pobres ciegos y engañados indios había juntado.

Junto a este templo mayor había ciertas salas, muy bien labradas, que servían como de sacristía, donde se guardaban los ornamentos y alhajas que eran necesarias para su detestable y falso culto, de las cuales usaban para el servicio de estos falsos, mentirosos y fementidos dioses. Otras salas y cuartos había junto a estos templos, así el mayor como los demás menores, para los sacerdotes y ministros de los mismos templos y servicio del altar (como se dirá en otro capítulo),[4] lo cual es muy conforme a lo dicho y determinado por el Filósofo. Y a cada parte y puerta de las cuatro, por donde a este dicho patio y templo se entraba, había una muy gran sala, y pegados con ella muchos aposentos y retretes, así altos como bajos, los cuales servían de casas de armas, donde las guardaban con toda su munición; porque como tenían los templos por lo más seguro y fuerte y era el lugar donde se recogían, cuando por alguna razón eran guerreados, guardaban en ellos, como en fortaleza, todas las armas y cosas necesarias de su defensa.

Sin estas salas ya dichas había otras tres con sus azoteas, encaladas y pintadas, con otros muchos aposentos y divisiones para los ídolos; los cuales eran sin número, así de piedra como de madera y de otros varios y diversos géneros y metales. Estos aposentos o retretes tenían las puertas muy pequeñas y bajas, que apenas podía entrar un hombre estrechamente por ellas; y por esta razón estaban aquellos lugares obscurísimos y muy propios de los demonios, cuyos vivos espíritus aquellas muertas estatuas representaban.

CAPÍTULO XII. *Donde se dicen los nombres de los dioses que en los templos y capillas menores se reverenciaban, y se particularizan sus asientos y lugares, y los días en que ellos celebraban fiesta; y algunas casas y salas particulares de habitación y penitencia*



UNTO AL TEMPLO MAYOR, uno de los menores que más conjunto de él estaba, era el de los dioses tlaloques (dioses del agua), llamábase Epcoatl y aquí en su capilla estaban sus imágenes; el día que hacían fiesta en esta capilla y templo a estos dioses tlaloques, era por el mes sexto, que llamaban etzalqualiztli, que en nuestra cuenta corresponde al mes de junio; este día lababan todas las albercas y presas de agua, y jugaban con cañas de maíz verde y hacían baile, que llamaban etzalmacehualoya, en todo el pueblo; y mataban en este lugar, en honra de estos demonios tlaloques, algunos cautivos y ayunaban uno de sus ayunos.

Otro templo y capilla había luego seguido a éste, que se llamaba Macuilcalli o Macuilquiahuitl. En este cu y templo de este dios mataban a las espías que venían a espiar y explorar la tierra de los reinos y provincias circunvecinas, para saber y certificarse de las cosas que pasaban en la ciu-

[4] Supra hoc lib. cap. 2.

Junto a este templo mayor había ciertas salas, muy bien labradas, que servían como de sacristía, donde se guardaban los ornamentos y alhajas que eran necesarias para su detestable y falso culto, de las cuales usaban para el servicio de estos falsos, mentirosos y fementidos dioses. Otras salas y cuartos había junto a estos templos, así el mayor como los demás menores, para los sacerdotes y ministros de los mismos templos y servicio del altar (como se dirá en otro capítulo),[4] lo cual es muy conforme a lo dicho y determinado por el Filósofo. Y a cada parte y puerta de las cuatro, por donde a este dicho patio y templo se entraba, había una muy gran sala, y pegados con ella muchos aposentos y retretes, así altos como bajos, los cuales servían de casas de armas, donde las guardaban con toda su munición; porque como tenían los templos por lo más seguro y fuerte y era el lugar donde se recogían, cuando por alguna razón eran guerreados, guardaban en ellos, como en fortaleza, todas las armas y cosas necesarias de su defensa.

Sin estas salas ya dichas había otras tres con sus azoteas, encaladas y pintadas, con otros muchos aposentos y divisiones para los ídolos; los cuales eran sin número, así de piedra como de madera y de otros varios y diversos géneros y metales. Estos aposentos o retretes tenían las puertas muy pequeñas y bajas, que apenas podía entrar un hombre estrechamente por ellas; y por esta razón estaban aquellos lugares obscurísimos y muy propios de los demonios, cuyos vivos espíritus aquellas muertas estatuas representaban.

CAPÍTULO XII. *Donde se dicen los nombres de los dioses que en los templos y capillas menores se reverenciaban, y se particularizan sus asientos y lugares, y los días en que ellos celebraban fiesta; y algunas casas y salas particulares de habitación y penitencia*



UNTO AL TEMPLO MAYOR, uno de los menores que más conjunto de él estaba, era el de los dioses tlaloques (dioses del agua), llamábase Epcoatl y aquí en su capilla estaban sus imágenes; el día que hacían fiesta en esta capilla y templo a estos dioses tlaloques, era por el mes sexto, que llamaban etzalqualiztli, que en nuestra cuenta corresponde al mes de junio; este día lababan todas las albercas y presas de agua, y jugaban con cañas de maíz verde y hacían baile, que llamaban etzalmacehualoya, en todo el pueblo; y mataban en este lugar, en honra de estos demonios tlaloques, algunos cautivos y ayunaban uno de sus ayunos.

Otro templo y capilla había luego seguido a éste, que se llamaba Macuilcalli o Macuilquiahuitl. En este cu y templo de este dios mataban a las espías que venían a espiar y explorar la tierra de los reinos y provincias circunvecinas, para saber y certificarse de las cosas que pasaban en la ciu-

[4] Supra hoc lib. cap. 2.

dad; en lo cual había mucho aviso y cuidado, mirando de pies a cabeza todos los forasteros o extranjeros que en la dicha ciudad entraban, examinando muy de propósito a los negocios que venían, en especial de Tlaxcalla, Huexotzinco y Cholulla, a los cuales tenían por continuos y mortales enemigos.

Había otro templo o capilla que se llamaba Teccizcalli, toda hecha de caracoles mariscos, muy ricamente labrada, donde el señor o emperador de esta Nueva España se recogía algunos tiempos del año para cumplir los ayunos y penitencias que tenían de costumbre antes de llegar a celebrar las grandes fiestas. Estaban en este lugar algunos días, que eran como novenas, donde se abstenían de los manjares y agresos de las mujeres y ofrecían sus ofrendas en el mismo día de esta fiesta; y allí, particularmente, mataban por ofrenda de el dicho emperador o señor algunos cautivos.

Había asimismo otras capillas, salas y aposentos que se llamaban poyouhtlan, donde los sumos sacerdotes o sátrapas (que eran dos) siempre se recogían en los tiempos de los ayunos principales y hacían ofrendas particulares por sí mismos y mataban cautivos.

Había otra capilla y templo, donde, como en percha, tenían las cabezas de los cautivos que mataban ensartadas y pasadas por unas varas, a manera de astas de lanzas, por las sienes; y tenían vueltas las caras hacia los ídolos, como mirando aquellas figuras en cuyo nombre ellos fueron muertos y sacrificados; y estaban estas perchas como lanceras, unas altas y otras bajas, puestas por muy buen orden. Para cuya inteligencia es de saber que estas cabezas que aquí ponían eran desolladas; y si eran de señores y capitanes de cuenta, las desollaban con sus cabellos y barbas y secábanlas. De éstas, había muchas al principio, cuando nuestros españoles entraron en la tierra; y si no fuera porque tenían algunas barbas no se creyera ser rostros de hombres, porque se habían revenido y arrugado tanto que parecían de niños y causábalo el haberse enjugado y secado mucho. De estas cabezas había sartas, unas de a quinientas, otras de a mil y muchas de a más, y eran muchas las perchas y sartales. Y si por el largo tiempo que estaban en aquellas perchas se caían algunas, ponían otras en su lugar, porque valían baratos y a muy poco precio los muertos; y parecíales que en tener sus templos tan adornados de estas cabezas se mostraban famosos y grandes guerreros, muy valerosos en armas y muy servidores y cultores de sus dioses.

Había también otro templo, dentro de este cuadro, dedicado al dios del infierno, al cual llamaban Mictlantecuctli, que quiere decir: señor y principal del infierno; y el templo se llamaba Tlalxicco, que quiere decir: en el ombligo de la tierra, y con mucha razón, porque aunque es verdad que aquél es infierno donde Dios nuestro señor es servido de dar las penas; y sabemos de los demonios que están en los aires, padeciéndolas, y en la tierra; es cosa averiguada, según doctrina católica que el infierno está en las entrañas de la tierra y que allí diputó Dios lugar para los condenados; y así me parece que a ninguno otro pueden dar, ni poner mejor, ni más propiamente nombre, que a éste, por serle tan propio y conocido; y de aquí vino llamarle ombligo de la tierra, porque así como en el hombre está en

medio de el cuerpo, así lo está él, en el corazón y medio de la tierra y abismos. Celebraban fiesta en este templo y lugar cada año, en el mes tititl, que corresponde en nuestra cuenta al mes de diciembre. En el mismo lugar mataban un cautivo, que decían que era la imagen y semejanza de Mictlantecuctli, aderezado y vestido con los ornamentos y vestiduras del dicho dios o demonio. Y en este mismo lugar administraba un particular sacerdote, que se llamaba Tlillantlenamacac, el cual se teñía todo de negro para asistir al sacrificio, que en su talle y figura bien parecía, cuyo ministro era; al cual, no bastándole la obscuridad de la noche para parecer negro y obscuro, añadía más negregura con la tinta con que se embijaba. Y todas las ofrendas que en este templo se ofrecían y sacrificios que se sacrificaban, todos se hacían de noche y no de día; porque como dice Cristo nuestro señor,[1] el que hace mal, ama las tinieblas y aborrece la luz; y de aquí quedará más claro, que ella, como aquel culto y servicios, eran usurpados a Dios verdadero, pues tan a lo callado y en medio de las obscuranas de la noche se hacían; las cuales son horas propias de ladrones, que más atienden a hurtar que a vivir con rostro descubierto en lo claro y lustroso del día.

Había otra capilla y templo, llamada Hueyquauhxiccalco; en este lugar se recogía el señor y rey de Mexico a hacer penitencia y ayunar, cuando venía un ayuno que se hacía en honra del sol; y en acabando este ayuno mataban cuatro cautivos de los que se llamaban chachame, que quiere decir tontos; y mataban también la imagen del sol y de la luna, que eran dos hombres aderezados con los ornamentos de estos dioses; y mataban otros muchos cautivos, después de los ya dichos, todo en orden del ayuno y penitencia del rey o señor que ayunaba; y no trato de la grandeza y majestad de los palacios dichos, por parecerme que en decir que eran de rey basta, y no hay más que decir.

Había otro templo muy lindo y bien aderezado, dedicado a un dios, llamado Tochinco; y en él se le hacía fiesta por el mes de tepeilhuitl, que corresponde a nuestro octubre; mataban y sacrificaban en este lugar un hombre que representaba su imagen y figura, vestido con sus insignias y vestidos.

Otro templo también, llamado Teotlalpan, dedicado al dios Mixcohuatl, al cual venían los señores mexicanos a asistir a un sacrificio grande y procesión que se hacía; la cual acabada se partía el rey con los principales y plebeyos mexicanos a una caza general que hacían a un monte, llamado Zacatepec, que dista de esta ciudad de Mexico cuatro leguas, a la parte de el austro o mediodía; la cual caza hacían tendiendo todos sus redes por gran distancia de tierra y monte, y hechos muela todos, venían ojeando y espantando la caza hasta recogerla en el dicho circuito y término, donde estaban tendidas las redes, y de los muchos y diferentes animales, así venados, conejos y otros bravos y furiosos que venían, cogían los que se les antojaban y al rey le parecía, y los demás dejábanlos ir por las montañas y riscos, para otra vez o veces que le pareciese salir a caza. Y hecha la

[1] Ioan. 3, 20 y cap. 24. Consuluit de Offic. et Potest. Iudic. Delegat. ubi Glos. lib. I.

caza, sacrificaba al dicho dios Mixcohuatl parte de ella, por ser el dios de los otomíes y a quien tenían dedicado el arco y flechas de la caza. Y hecho el sacrificio, que era infinito y casi sin número, despedía sus gentes, volvíase el dicho rey a su casa a la celebración de sus ritos.

Había en este dicho templo, en memoria de este dios, en cuyo nombre se hacía este sacrificio y caza, una alberca o estanque de agua negra, el cual se llamaba tlilpan, que quiere decir lo mismo. En esta alberca o estanque se lavaban todos los sacerdotes y ministros del templo, a media noche todos los días, lavándose y limpiándose de la tinta de que andaban teñidos e embijados; y en acabándose de lavar iban a incensar al ídolo de este diabólico templo a un oratorio o capilla, que se llamaba Mixcohuapan, y de allí se iban a la casa, que se llamaba Calmecac, donde se criaban los niños (como después diremos). Había en este mismo templo un monasterio de sacerdotes o sátrapas, que eran aplicados al servicio de una diosa que llamaban Cihuacohuatl y por otro nombre Quilaztli. Ésta, dicen que fue la que primero parió; y según esto y según el primer nombre suyo, parece atinar a que sea Eva, que quiere decir, la mujer de la culebra.

CAPÍTULO XIII. *De otros edificios y templos que había dentro de este cuadro y templo principal de Mexico, y se va continuando la materia de el pasado*



NO QUEDA SATISFECHA LA GRANDEZA y magnificencia de este lugar y templo dicho con sólo haber contado los templos menores, salas grandes y casas de recogimiento y penitencia dichas y referidas en el capítulo pasado, sino que es fuerza pasar adelante, contanto otras muchas que este grande y espacioso cuadro tenía. Una de las cuales era una pieza hecha a manera de jaula, toda de red, donde tenían encerrados todos los ídolos que habían traído de las provincias que habían conquistado y reducido a su señorío los mexicanos. Era este lugar como a manera de cárcel, en la cual parece que los tenían presos como a dioses vencidos y de poco poder; porque es cosa cierta que a tenerle, supieran defenderse y no dejarse rendir de hombres mortales, los que eran tenidos y estimados por inmortales y divinos.

Había otra sala que se llamaba Quauhxicalco, casa de calaveras, porque en aquel lugar echaban todas las cabezas de los que sacrificaban después de secas; y era como osario particular, en el cual, como en lugar escogido de hombres sacrificados al demonio, se oía una bocina algunas veces y a deshoras; y era opinión entre todos que la tañía el dios Titlacahua, y no era siempre a un tiempo, sino unas veces de día y otras de noche; y luego que se oía el sonido de la bocina, entraba dentro el sacerdote dedicado al servicio y culto de aquel lugar que se llamaba Yopoch, y poniendo ncienso en el brasero lo incensaba; y según esto debía de ser entre estos indios

caza, sacrificaba al dicho dios Mixcohuatl parte de ella, por ser el dios de los otomíes y a quien tenían dedicado el arco y flechas de la caza. Y hecho el sacrificio, que era infinito y casi sin número, despedía sus gentes, volvíase el dicho rey a su casa a la celebración de sus ritos.

Había en este dicho templo, en memoria de este dios, en cuyo nombre se hacía este sacrificio y caza, una alberca o estanque de agua negra, el cual se llamaba tlilpan, que quiere decir lo mismo. En esta alberca o estanque se lavaban todos los sacerdotes y ministros del templo, a media noche todos los días, lavándose y limpiándose de la tinta de que andaban teñidos e embijados; y en acabándose de lavar iban a incensar al ídolo de este diabólico templo a un oratorio o capilla, que se llamaba Mixcohuapan, y de allí se iban a la casa, que se llamaba Calmecac, donde se criaban los niños (como después diremos). Había en este mismo templo un monasterio de sacerdotes o sátrapas, que eran aplicados al servicio de una diosa que llamaban Cihuacohuatl y por otro nombre Quilaztli. Ésta, dicen que fue la que primero parió; y según esto y según el primer nombre suyo, parece atinar a que sea Eva, que quiere decir, la mujer de la culebra.

CAPÍTULO XIII. *De otros edificios y templos que había dentro de este cuadro y templo principal de Mexico, y se va continuando la materia de el pasado*



O QUEDA SATISFECHA LA GRANDEZA y magnificencia de este lugar y templo dicho con sólo haber contado los templos menores, salas grandes y casas de recogimiento y penitencia dichas y referidas en el capítulo pasado, sino que es fuerza pasar adelante, contanto otras muchas que este grande y espacioso cuadro tenía. Una de las cuales era una pieza hecha a manera de jaula, toda de red, donde tenían encerrados todos los ídolos que habían traído de las provincias que habían conquistado y reducido a su señorío los mexicanos. Era este lugar como a manera de cárcel, en la cual parece que los tenían presos como a dioses vencidos y de poco poder; porque es cosa cierta que a tenerle, supieran defenderse y no dejarse rendir de hombres mortales, los que eran tenidos y estimados por inmortales y divinos.

Había otra sala que se llamaba Quauhxicalco, casa de calaveras, porque en aquel lugar echaban todas las cabezas de los que sacrificaban después de secas; y era como osario particular, en el cual, como en lugar escogido de hombres sacrificados al demonio, se oía una bocina algunas veces y a deshoras; y era opinión entre todos que la tañía el dios Titlacahua, y no era siempre a un tiempo, sino unas veces de día y otras de noche; y luego que se oía el sonido de la bocina, entraba dentro el sacerdote dedicado al servicio y culto de aquel lugar que se llamaba Yopoch, y poniendo ncienso en el brasero lo incensaba; y según esto debía de ser entre estos indios

mexicanos aquel lugar y capilla osario sacro, como entre nosotros los de los mártires; aunque con esta diferencia, que los nuestros son ofrecidos al Dios verdadero y muertos por su fe y ley, y esotros a los demonios, por cuyo gusto se sacrificaban y en cuya falsa creencia decendían sus almas con ellos a los infiernos.

Otro edificio o templo había junto a ésta que se llamaba también Quauhxicalco, o ya por estar conjunto al dicho, y ser una misma cosa, o por ser lugar también de calaveras (que no lo he podido averiguar). En este templo o capilla salía un sacerdote o sátrapa de los dedicados a aquel lugar, vestido con un pellejo de ardilla parda, y bailaba con aquel traje en el mismo lugar; y estaba allí el árbol volador, y en el mes de xocotlhuetzi volaban en él; la significación de esto y del árbol está en otro lugar.

Otra sala había muy grande y espaciosa, que se llamaba Tzumpantli, donde tenían todas las cabezas de los que eran sacrificados en el templo mayor. Y de aquí se podrá inferir qué tan grande era la sala, pues bastaba a recibir tanto número de cabezas de tantos como en aquel lugar se le ofrecían al demonio.

Otro templo o capilla había dedicada a los dioses Centzonhuitznahuac, que se llamaba Huitznahuacteuhcalli, en la cual sacrificaban un cautivo en honra de estos cuatrocientos falsos dioses; el cual para el sacrificio salía vestido de las vestiduras de estos dioses y, en el mes que se llamaba panquetzaliztli, les hacían también fiesta en el mismo lugar, sacrificándoles muchos cautivos.

Otra capilla había que se llamaba Tezcacalli, casa de espejos, porque era toda ella hecha de ellos y tan vistosa y reluciente que daba mucho en que entender su vista. En este lugar no eran los sacrificios que se hacían continuados por el tiempo del año, sino en años diferentes e interpolados. Y parece que estos sacrificios eran en honra de Tezcatlipuca, que era uno de sus mayores dioses, cuyo nombre quiere decir, espejo muy pulido y resplandeciente.

Había otra sala o edificio junto a éste, que se llamaba Tlacochcalcoacatlyacapan. Aquí se guardaban grandísima cantidad de saetas, que cada año se hacían y estaban depositadas para cuando fuesen menester. Y en este mismo lugar se sacrificaban algunos cautivos luego que se quería comenzar o comenzaba alguna guerra; por razón que el dios a cuyo favor tenían ofrecidas aquellas saetas que se llamaba Huitzilupuchtli, les fuese favorable y benévolo en el gastarlas y despenderlas contra sus enemigos. De donde se infiere que aquella sala era capilla o templo como los demás, pues en ella había sacrificios.

Había otra sala y edificio, que se llamaba Huitztepehualco, en la cual ponían y echaban todas las puntas de maguey ensangrentadas, con que se habían sacado sangre de diversas y varias partes de sus cuerpos los penitentes que por penitencia o por honra de los demonios la habían derramado y unas yerbas o ramas de un arbolillo llamado acxoyatl, sobre las cuales la sangre se derramaba y caía. Este cuidado de poner estas púas en aquel lugar era de los sacerdotes dedicados a aquel ministerio o de los mismos

penitentes o gente que hacía aquella ofrenda; aunque primero que allí las echasen, las presentaban al dios, en cuyo servicio se hacía o ofrendaba.

Aquí había una casa de recogimiento y habitación de los sacerdotes y ministros de este lugar, la cual se llamaba Huitznahuaccalmecac, que quiere decir casa junto a la de las espinas y púas. Éstos servían en el templo llamado Huitznahuac y tenían perpetuo y continuo cuidado de incensar en aquel lugar todos los días, por sus horas y tiempos señalados. Tenían también cargo de traer de otros aposentos leña y lo necesario para el fuego y servicio de aquel altar en el cual ardía perpetuamente.

Había otro templo, llamado Tecucizcalco, que quiere decir casa de caracoles mariscos, y debía de ser dedicado a la luna porque los antiguos mexicanos la llamaban Tecucciztecatl. En este lugar se hacían muchos sacrificios por tiempos interpolados del año; y tenía junto de sí otro lugar, donde se echaban las púas de maguey con que se habían picado y punzado los penitentes a honra de aquel ídolo.

Otra capilla había, llamada Umacatl, que es un signo de sus adivinaciones, en cuya memoria se sacrificaba en ella a un ídolo que representaba este signo. Y otro templo, también dedicado a otro signo, llamado Macuilcipactli, en cuya honra, en un día del año, mataban muchos cautivos en aquellos lugares y capilla.

Otra casa o aposentos había en el mismo patio o cuadro, adonde residían algunos sacerdotes y ministros del dicho templo; y donde también, por algún tiempo limitado, como son días o años, se recogía alguna gente que entraba al dicho templo a hacer penitencia, como a llorar sus culpas o pedir perdón de sus pecados, o a otras deprecaciones que con varios y diversos intentos se recogen diversos y varios hombres.

Otro templo o capilla había dedicado al dios Iztaccinteutl, que quiere decir dios blanco de las mieses. Aquí le sacrificaban muchos leprosos y gente inficionada de males contagiosos; cuyas carnes, como las de otros sacrificados, no las comían sino que los enterraban; y mataban a estos desventurados en el tiempo que hacían cuaresma al sol.

Había otra capilla y cu que se llamaba Tetlanma, donde se reverenciaba un dios que se llamaba Cabeza de lobo, Chantico, el cual no tenía día señalado para sus sacrificios; pero hacíanse cuando se señalaba por los principales y señores, según su devoción; lo cual acaecía cuando reinaba el carácter o signo, llamado cexuchitl; y otro a otro signo, llamado chicomeacatlyteopan. Tampoco tenían día señalado, sino sólo aquel en el cual caía el dicho signo; hacíanse de noche los sacrificios en este lugar, donde morían algunos desventurados hombres.

Junto a este lugar había una alberca o estanque, donde se lavaban o bañaban los que hacían penitencia, después que la habían hecho; llamábase Tezcaapan, que quiere decir agua espejada, como dando a entender, por la limpieza y hermosura del nombre, la que sacan los que verdaderamente hacen penitencia. Y que así como un paño sucio sale del agua, después de golpeado y estregado con jabón, limpio y blanco, así sale el pecador de la aflicción y golpes de la penitencia; y lo comparaban bien estos desventu-

rados y ciegos indios, si con saber el bien que la penitencia hace y los efectos buenos que produce, supieran juntamente conocer al verdadero Dios, por cuyo amor la debían hacer, sintiendo entrañablemente las ofensas que contra él (que es la misma limpieza y hermosura) habían cometido, con que se ensuciaban y maculaban las almas; pero como ciegos en esto no sabían más de que la penitencia era buena, sin saber a qué misericordia atribuirla.

CAPÍTULO XIV. *Donde se prosigue la cuenta de las muchas mansiones, templos y capillas que en el gran cuadro de este célebre templo mexicano había*



TRO TEMPLO HABÍA QUE SE LLAMABA Tezcatlachco, que quiere decir juego de pelota. Sacrificaban en este lugar, al dios Huitznahuac, pero no tenía día señalado en el año, sino en el que caía el signo llamado umacatl; y según la significación del nombre jugaban en él a la pelota los señores y principales el mismo día de los sacrificios.

Junto a éste había otro templo o capilla, llamada Tzumpantli, dedicada a los dioses llamados umacatzitzin, donde se hacían sacrificios muy solemnes; y eran los sacrificados doscientos y más cada vez, el cual sacrificio duraba por término de tres días.

Había otro templo o cu, llamado Tlamatzinco, edificado a honra del dios Tlamatzincatl, en cuya fiesta sacrificaban en este lugar muchos esclavos, los cuales, para haberlos de sacrificar, primero los engordaban como puestos a cebo. Y llegada la fiesta y hecho el sacrificio, comían la carne de los sacrificados todos los señores, así caballeros como hidalgos y gente que tenía algún oficio público en la república. Este dios era el de los matlatzincas, que viven en este valle de Toluca (donde al presente escribo este capítulo), al cual llevaron los mexicanos a su templo mayor donde le dieron casa, por ventura para tenerlo propicio y grato para que les ayudase y favoreciese como a los matlatzincas, que le tenían y reverenciaban por dios. Junto de este templo había un monasterio y casa, llamado Tlamatzincocalmecac, donde vivían y tenían su asistencia los sacerdotes y ministros de este dicho templo. En el mismo lugar había otro edificio y casa, llamada Quauhxicalco, donde decían que venían y decendían los niños que habían sido muertos y sacrificados a honra de los dioses tlaloques, a los cuales niños llamaban teteuhpoalti y tenían creído que estaban vivos y vivían con los dioses tlaloques, en suma gloria y celestial alegría, y que decendían a esta casa cada año en la fiesta de los tlamatzincas, que hacían a honra de Mixcohuatl; y que venía tras ellos, como en guarda, una culebra que se llamaba xiuhcoatl, pintada de diversas y varios colores.

Tenían otro templo o cu dedicado a este dios Mixcoatl (que también lo era de los matlatzincas de este dicho valle) y por ventura edificado con el

rados y ciegos indios, si con saber el bien que la penitencia hace y los efectos buenos que produce, supieran juntamente conocer al verdadero Dios, por cuyo amor la debían hacer, sintiendo entrañablemente las ofensas que contra él (que es la misma limpieza y hermosura) habían cometido, con que se ensuciaban y maculaban las almas; pero como ciegos en esto no sabían más de que la penitencia era buena, sin saber a qué misericordia atribuirla.

CAPÍTULO XIV. *Donde se prosigue la cuenta de las muchas mansiones, templos y capillas que en el gran cuadro de este célebre templo mexicano había*



TRO TEMPLO HABÍA QUE SE LLAMABA Tezcatlachco, que quiere decir juego de pelota. Sacrificaban en este lugar, al dios Huitznahuac, pero no tenía día señalado en el año, sino en el que caía el signo llamado umacatl; y según la significación del nombre jugaban en él a la pelota los señores y principales el mismo día de los sacrificios.

Junto a éste había otro templo o capilla, llamada Tzumpantli, dedicada a los dioses llamados umacatzitzin, donde se hacían sacrificios muy solemnes; y eran los sacrificados doscientos y más cada vez, el cual sacrificio duraba por término de tres días.

Había otro templo o cu, llamado Tlamatzinco, edificado a honra del dios Tlamatzincatl, en cuya fiesta sacrificaban en este lugar muchos esclavos, los cuales, para haberlos de sacrificar, primero los engordaban como puestos a cebo. Y llegada la fiesta y hecho el sacrificio, comían la carne de los sacrificados todos los señores, así caballeros como hidalgos y gente que tenía algún oficio público en la república. Este dios era el de los matlatzincas, que viven en este valle de Toluca (donde al presente escribo este capítulo), al cual llevaron los mexicanos a su templo mayor donde le dieron casa, por ventura para tenerlo propicio y grato para que les ayudase y favoreciese como a los matlatzincas, que le tenían y reverenciaban por dios. Junto de este templo había un monasterio y casa, llamado Tlamatzincocalmecac, donde vivían y tenían su asistencia los sacerdotes y ministros de este dicho templo. En el mismo lugar había otro edificio y casa, llamada Quauhxicalco, donde decían que venían y decendían los niños que habían sido muertos y sacrificados a honra de los dioses tlaloques, a los cuales niños llamaban teteuhpoalti y tenían creído que estaban vivos y vivían con los dioses tlaloques, en suma gloria y celestial alegría, y que decendían a esta casa cada año en la fiesta de los tlamatzincas, que hacían a honra de Mixcohuatl; y que venía tras ellos, como en guarda, una culebra que se llamaba xiuhcoatl, pintada de diversas y varios colores.

Tenían otro templo o cu dedicado a este dios Mixcoatl (que también lo era de los matlatzincas de este dicho valle) y por ventura edificado con el

mismo intento que el pasado, el cual se llamaba Mixcoatlyteopan; y en la fiesta de este dios se hacían grandes sacrificios de hombres, los cuales subían al altar atados de pies y manos, en dos palos, vueltos los ojos al cielo, a los cuales sacaban los corazones y echaban a rodar por las gradas abajo. Y tras este sacrificio mataban al que representaba su imagen que estaba vestido con sus vestidos y ornamentos.

Había otro edificio, llamado Netlatiloyan, que quiere decir, donde se asconden. Era lugar de leprosos y su dios se llamaba Nanahuatl (buba). A éstos les sacrificaban algunos heridos de esta enfermedad; y aquí había otro dios también llamado Xuchcua, que quiere decir come brasa o come flores.

Otro templo había, llamado Teutlachco, que es juego de pelota de los dioses; sacrificaban en esta capilla cautivos, llamados amapaneque. El sacrificio o sacrificios que se hacían en este templo eran de día y muy de mañana, a diferencia de los que hacían de noche en otros templos.

Había otro cu y capilla que se llamaba Ilhuicatitlan, que quiere decir junto al cielo o entre los cielos, donde se mataban muchos cautivos la vez primera que en el cielo se descubría la estrella que llamamos Venus, que en esta tierra es por el mes de febrero. Otro edificio había con su cu y capilla, dedicado a este mismo intento, llamado Hueitzumpantli, que quiere decir percha grande.

Había otra casa y lugar junto a éste, que era como escuela, adonde aprendían a tañer diversos géneros de instrumentos músicos, en especial trompetas y flautas, de los cuales géneros usaban mucho en sus bailes y areitos y llamábase esta casa Mecatlan (en el cordel o soga).

Otro cu y templo había, que se llamaba Cinteupan, que quiere decir templo de la mazorca del maíz, dedicado a la diosa Chicomecohuatl, donde le sacrificaban hombres en especial una mujer vestida y adornada de sus ornamentos y ropaje. Hacíase este sacrificio en las tinieblas y obscurana de la noche; y luego la desollaban, cuyo pellejo y cuero se vestía un sacerdote o sátrapa de aquel templo, al cual llevaban en procesión con mucho acompañamiento el día de su fiesta.

Había otro templo dedicado al dios Centzuntotochti, que quiere decir cuatrocientos conejos. Éste era como el dios Baco, dios de los borrachos, y sacrificábanle esclavos, uno tepeztecatl y otro totoltecatl y otro papaztac, de Papaztla; y este sacrificio se hacía de día, en el mes u fiesta de Tepeylhuitl. El sacrificarle más de estos tres pueblos que de otros debía de ser por ser éstos más dados a este vicio que otros; aunque en su gentilidad (como en otro lugar se dice) no eran viciosos en común en esto.

Había un patio particular, muy grande y bien obrado, en este espacioso cuadro, donde sacaban a bailar a los esclavos gordos y regalados, para haberlos de sacrificar y comer; el cual sacrificio se hacía a media noche, enviando a los infiernos las almas, cuyas carnes entonces se comían. Era en el mes atlcoalo.

Otra capilla y templo había, dedicado al dios Cinteutl, llamada Cinteupan; era dios de las mieses y panes, en cuya fiesta se hacían sacrificios.

Había junto a ésta otra capilla donde se hacían sacrificios de muchos

esclavos, regalados y gordos, los cuales eran muertos por mano de los señores principales, y este sacrificio y servicio tan honroso era hecho a este mismo dios, que debía de ser como en la otra gentilidad Ceres. Había aquí una alberca o estanque, llamado Coapan, donde se lavaban los sacerdotes que se llamaban Coatlan, a los cuales era dado el cargo de aquella fuente, y ninguno otro sino éstos tenían licencia ni autoridad de lavarse en ella; y tenían cargo de los sacrificios que en este lugar se hacían.

Había otra capilla y templo, dedicado al dios Huitzilinquatecque, llamada Atlauhco; y en él había un monasterio y casa de sacerdotes y sátrapas, los cuales tenían cuidado de los sacrificios que en el dicho templo cada día se hacían.

Otra capilla o templo había, llamado Yopico, en el cual se sacrificaban muchos cautivos a honra del dios llamado Tequiztlimayehuel; este sacrificio se hacía en este lugar de día y en el mes llamado tlacaxipehualiztli. Junto a este templo había otro monasterio, llamado Yopicocalmecac, donde habitaban y se criaban los muchachos y mancebos; en el cual se hacían muchos sacrificios de esclavos, los cuales mataban de noche. Había una percha donde ensartaban las cabezas de los sacrificados en este lugar, en el dicho mes tlacaxipehualiztli, los cuales morían, unos sacados los corazones vivos y otros abrasados en montones de brasas y cortadas las cabezas. No había más que tres o cuatro cabezas en cada sarta, de donde se colige la anchura y espacio del lugar, pues a tan poco número tenía perchas de tantas cabezas.

Había otro cu, que se llamaba Xiacateuhtliyteopan, dedicado al mismo dios Xiacateuhtli, abogado de los mercaderes. En este lugar sacrificaban la imagen suya, vestida y arreada de sus atavíos y ornamentos; hacíase este sacrificio de día y en el mes de tititl, cada año. Estaba este templo junto al ya nombrado y luego, pegado a éste, otro Tzumpantli o casa de perchas, a la manera de la ya referida en el templo pasado.

Otra capilla o cu había, dedicado a los dioses llamados, uno Macuilmalinali, el otro Topantlacaqui, en el cual cantaban y bailaban con un grande aireto el día de su fiesta que era el mes xuchiilhuitl; había aquí un estanque donde hacían fiesta a siete dioses en el signo Chicomecoatl; llamábase Aticpac y había aquí junto una cueva donde depositaban los pellejos de las mujeres que mataban y desollaban en la fiesta y mes de ochpaniztli.

Había otro cu o capilla, llamada Tzunmulco, dedicada al dios Xiuchtecuhtli, dios del fuego, en cuya fiesta y día se hacía en este lugar un gran sacrificio; y entre los que morían era una mujer dedicada a este dios. Después de haberse hecho este sacrificio incensaba al ídolo el señor o rey, haciendo oficio de sacerdote, para lo cual se sacaba en el mismo templo fuego nuevo, con el cual hacía el rey su turificación (cosa prohibida de Dios en la ley escrita, en cuyo testimonio se lee,[1] que yendo el rey Ozías a incensar, usurpando el oficio al sacerdote, fue castigado y cubierto de lepra. Pero allí se ha de decir que Dios verdadero no quiere mezclados los oficios y que

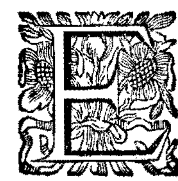
[1] 2. Paral. 26.

quiso dar a entender que es muy diferente lo secular de lo eclesiástico;[2] que si por algún tiempo lo quiso, después lo dividió, dando al rey la justicia y al sacerdote el sacrificio; pero aquí se ha de responder que como el demonio es padre de confusión, así confunde las cosas y el ministro de justicia quiere que sea de incienso y el de incienso de justicia; porque quien vive sin razón, usurpando lo ajeno, no cura de buscar orden ni concierto en las cosas hurtadas de que se adorna y arrea; y como el demonio no tiene otro oficio, sino buscar modos con que honrarse, toma la honra de todos los que quieren dársela).

Tras la sacada de el fuego, y habiendo acabado el acto de la turificación, había un gran baile en aquel lugar, sacando en hombros la estatua e ídolo de aquel dios, en cuyo servicio el mismo rey bailaba, yendo guiando la danza y baile, como otro David, cuando bailó en presencia del Arca;[3] aunque con esta diferencia, que ésta era dedicada a Dios y así era lícita y muy acepta aquella alegría, y estotra al ídolo detestable del demonio; y así era tan infernal y reprehensible como el mismo demonio lo es.

Había otra capilla, que se llamaba de Nappatecutli, edificada a honra de un dios de el mismo nombre, en cuya fiesta le mataban aquí un cautivo vestido de sus ornamentos, el cual sacrificio se hacía de noche en el mes y fiesta tepeilhuitl.

CAPÍTULO XV. *De otros edificios particulares de este templo mexicano, y de una piedra que en el patio de él había, en la cual ataban y peleaban cautivos, que era el sacrificio gladiatorio, que es muy de notar*



NTRE LAS COSAS MEMORALES de este edificio, y aun una de las que más memoria piden, eran una gran piedra, que se llamaba Temalacatl, que quiere decir piedra redonda, de la misma hechura que muela de molino agujereada por medio, aunque más alta y grande, porque tenía más de una vara de medir de alto; era lisa y llana por la parte y superficie superior, pero muy labrada y entallada de mucho follaje y brutesco por toda a la redonda. Esta piedra tan grande y artificiosamente labrada estaba en lo más escombrado y ancho de el patio, en manera que estaba patente y descubierta a todos; y la causa de tenerla asentada en lugar tan público, era por razón de un espantoso y grandioso espectáculo que en ella se hacía, al cual concurría no sólo la gente inmensa de el pueblo, sino casi toda la de la comarca. El espectáculo y crueldad que en esta piedra se hacía era éste: de los cautivos que habían de ser sacrificados escogían algunos de los que más valientes y valerosos parecían, y a uno de éstos subíanle en esta piedra y atábanle una soga por medio del cuerpo, y luego

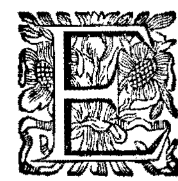
[2] Exod. 3, 10.
[3] 2. Reg. 6.

quiso dar a entender que es muy diferente lo secular de lo eclesiástico;[2] que si por algún tiempo lo quiso, después lo dividió, dando al rey la justicia y al sacerdote el sacrificio; pero aquí se ha de responder que como el demonio es padre de confusión, así confunde las cosas y el ministro de justicia quiere que sea de incienso y el de incienso de justicia; porque quien vive sin razón, usurpando lo ajeno, no cura de buscar orden ni concierto en las cosas hurtadas de que se adorna y arrea; y como el demonio no tiene otro oficio, sino buscar modos con que honrarse, toma la honra de todos los que quieren dársela).

Tras la sacada de el fuego, y habiendo acabado el acto de la turificación, había un gran baile en aquel lugar, sacando en hombros la estatua e ídolo de aquel dios, en cuyo servicio el mismo rey bailaba, yendo guiando la danza y baile, como otro David, cuando bailó en presencia del Arca;[3] aunque con esta diferencia, que ésta era dedicada a Dios y así era lícita y muy acepta aquella alegría, y estotra al ídolo detestable del demonio; y así era tan infernal y reprehensible como el mismo demonio lo es.

Había otra capilla, que se llamaba de Nappatecutli, edificada a honra de un dios de el mismo nombre, en cuya fiesta le mataban aquí un cautivo vestido de sus ornamentos, el cual sacrificio se hacía de noche en el mes y fiesta tepeilhuitl.

CAPÍTULO XV. *De otros edificios particulares de este templo mexicano, y de una piedra que en el patio de él había, en la cual ataban y peleaban cautivos, que era el sacrificio gladiatorio, que es muy de notar*



NTRE LAS COSAS MEMORALES de este edificio, y aun una de las que más memoria piden, eran una gran piedra, que se llamaba Temalacatl, que quiere decir piedra redonda, de la misma hechura que muela de molino agujereada por medio, aunque más alta y grande, porque tenía más de una vara de medir de alto; era lisa y llana por la parte y superficie superior, pero muy labrada y entallada de mucho follaje y brutesco por toda a la redonda. Esta piedra tan grande y artificiosamente labrada estaba en lo más escombrado y ancho de el patio, en manera que estaba patente y descubierta a todos; y la causa de tenerla asentada en lugar tan público, era por razón de un espantoso y grandioso espectáculo que en ella se hacía, al cual concurría no sólo la gente inmensa de el pueblo, sino casi toda la de la comarca. El espectáculo y crueldad que en esta piedra se hacía era éste: de los cautivos que habían de ser sacrificados escogían algunos de los que más valientes y valerosos parecían, y a uno de éstos subíanle en esta piedra y atábanle una soga por medio del cuerpo, y luego

[2] Exod. 3, 10.
[3] 2. Reg. 6.

pasaban el cabo de ella por el agujero que tenía enmedio la piedra, y dábanle tanta soga al mísero cautivo cuanta le bastaba para poder andar por ella y no más. Luego le ponían en la mano izquierda un pedazo de pino, a manera de guijarro o piedra, para tirar con él y arrojarlo al contrario con quien había de combatir; y en la derecha le ponían una espada de las que ellos usaban, sin pedernales. Salía luego contra él un soldado, armado a su usanza antigua, y combatíale un rato; era cosa muy de ver las astucias y cautelas con que los dos se herían; y eran los acometimientos de el soldado con mucho aviso, porque como el cautivo sabía que no había de bajar de la piedra con vida, daba los golpes con ánimo de vengar su muerte y dejar memoria de sí, aunque muriese, si acaso mataba a su enemigo. El soldado, por el contrario, como se veía en presencia de tanto pueblo y sabía la honra que de matarle se le seguía o la infamia de verse vencido de un cautivo atado, hacía su poder por dar fin a su peligrosa empresa. Y finalmente, como el atado no tenía la libertad de el suelto, ni podía dar los saltos iguales y usar de sus mañas y astucias con soltura y libertad, vencíalo el libre, y al primer golpe con que lo aturdía o derribaba de la piedra, lo dejaba y se apartaba con grande gloria que de aquel vencimiento se le seguía. Luego acudía un sacerdote que se llamaba Chalchiuhtepehua, vestido con la piel de un oso y desataba al cautivo, ora estuviese vivo, ora muerto, y llevábalo de aquel lugar arrastrando y sacábale el corazón por medio del pecho y haciendo otras ceremonias acababa su sacrificio. Luego ponían otro y, sucediendo con él lo mismo, subía otro, hasta que se acababan los cautivos o el día los dividía y apartaba. Este juego, o por mejor decir caso lamentable, se celebraba el mes de tlacaxipehualiztli, que corresponde a nuestro marzo. Una de estas piedras, al menos la última, que se halló en este gran templo, cuando nuestros españoles entraron en la ciudad y se apoderaron de ella, está el día de hoy en la entrada de la Plaza Mayor y la de el Marqués, sentada junto al cementerio de la iglesia mayor y junto de la Puerta del perdón; la cual está a vista de todos y aun muchos se juntan en aquel lugar a sus conversaciones, y junto a ella han sucedido algunas desgracias; y no ha mucho tiempo que dieron una cuchillada, por la cara, a un hombre honrado, y dicen que a traición. Pero lo que yo quiero notar es que también se acordará de esta piedra el que la recibió, pues junto a ella, ya que no encima, como el cautivo, sintió lo áspero y dolorido de los filos de la espada.

Había en el patio de este templo una casa de muchos cumplimientos, en la cual por mandamiento del rey eran recibidos y aposentados muchos forasteros que venían de lejas tierras a sólo ver la ciudad y este solemnísimo templo; a los cuales el rey los trataba muy bien, haciéndoles muy amigable hospedaje, dándoles dones y preseas, así de mantas y maxtles, ricos y curiosamente labrados, como de piedras preciosas y joyas de oro, con que mostraba su grandeza y los huéspedes iban alabando y engrandeciendo su magnificencia y cortesía.

Había una fuente en este templo, de muy buena y sabrosa agua, que llamaban Toxpalatl, de la cual bebían todas las gentes que al dicho templo

venían en las fiestas grandes y principales y no otro día ninguno, y teníanla por agua santa y de mucha veneración. Esta fuente y manantial se cegó y cubrió con tierra cuando se asoló este templo, con todos los demas estanque y albercas que había. Pero el año de 1582, al principio de él, se descubrió cavando, en la plazuela del Marqués, para cierta obra que se hacía junto a los portales nuevos; y estuvo descubierta hasta el año de 1587, el cual año se cubrió. No sé que fin movió, siendo buena agua, al que mandó cubrirla; si ya no es que por ser reliquias de las idolatrías pasadas no quiso la ciudad que sirviese.

Junto a esta fuente había un templo que se llamaba Tlacochcalcoquauhquiahuac, al cual la dicha fuente estaba dedicada; y el templo era dedicado al dios Macuiltotec, a cuya honra en su día y mes mataban cautivos.

Otra capilla había, que era del dios Neppatecutli, en cuya fiesta sacrificaban en este lugar un cautivo, adornado y vestido con sus vestiduras, cuyo sacrificio se hacía de noche.

Había otro templo, que se llamaba Coatla, dedicado al dios Centzunhuitznahuac, en el cual había sacrificios de esclavos, y cierto día del año sacaban fuego nuevo en él.

Otra capilla o templo había que se llamaba Xiuhcalco, dedicado al dios Cinteutl, en cuya fiesta sacrificaban dos varones esclavos y una mujer; a los cuales ponían el nombre de su dios. Al uno llamaban Iztaccinteutl, dios de las mieses blancas; y al segundo Tlatlauhquicinteutl, dios de las mieses encendidas o coloradas; y a la mujer Atlantona, que quiere decir que resplandece en el agua, a la cual desollaban, cuyo pellejo y cuero se vestía un sacerdote, luego que acababa el sacrificio, que era de noche; y a la mañana se hacía procesión, llevando con un muy solemne baile al que iba vestido de la piel. Hacíase aquí fiesta en el mes llamado uchpaniztli, cada año.

CAPÍTULO XVI. *De otras capillas y cúes que en el cuadro de este templo había, con otras cosas de notar*



UNQUE DE LAS GRANDEZAS y particularidades que en este sumptuosísimo templo había se pudiera hacer particular libro, no pretendo cansar los ánimos de los que esta historia leyeren con decirlo todo por extenso; y así concluyo y remato su memoria con las que en este capítulo dijere. De las cuales es una la capilla o cu, llamado Tolnahuac, dedicada al signo o carácter, llamado cemiquiztli, que quiere decir una muerte, que aun era signo de agüero; lo reverenciaban por dios, y en este lugar sacrificaban cautivos a honra de este falso y fingido dios, enviados en su nombre al infierno.

Había otra sala donde se amasaba la masa de que se formaba la estatua de su gran dios Huitzilupuchtli, la cual era de semillas de diversas legum-

venían en las fiestas grandes y principales y no otro día ninguno, y teníanla por agua santa y de mucha veneración. Esta fuente y manantial se cegó y cubrió con tierra cuando se asoló este templo, con todos los demas estanque y albercas que había. Pero el año de 1582, al principio de él, se descubrió cavando, en la plazuela del Marqués, para cierta obra que se hacía junto a los portales nuevos; y estuvo descubierta hasta el año de 1587, el cual año se cubrió. No sé que fin movió, siendo buena agua, al que mandó cubrirla; si ya no es que por ser reliquias de las idolatrías pasadas no quiso la ciudad que sirviese.

Junto a esta fuente había un templo que se llamaba Tlacochcalcoquauhquiahuac, al cual la dicha fuente estaba dedicada; y el templo era dedicado al dios Macuiltotec, a cuya honra en su día y mes mataban cautivos.

Otra capilla había, que era del dios Neppatecutli, en cuya fiesta sacrificaban en este lugar un cautivo, adornado y vestido con sus vestiduras, cuyo sacrificio se hacía de noche.

Había otro templo, que se llamaba Coatla, dedicado al dios Centzunhuitznahuac, en el cual había sacrificios de esclavos, y cierto día del año sacaban fuego nuevo en él.

Otra capilla o templo había que se llamaba Xiuhcalco, dedicado al dios Cinteutl, en cuya fiesta sacrificaban dos varones esclavos y una mujer; a los cuales ponían el nombre de su dios. Al uno llamaban Iztaccinteutl, dios de las mieses blancas; y al segundo Tlatlauhquicinteutl, dios de las mieses encendidas o coloradas; y a la mujer Atlantona, que quiere decir que resplandece en el agua, a la cual desollaban, cuyo pellejo y cuero se vestía un sacerdote, luego que acababa el sacrificio, que era de noche; y a la mañana se hacía procesión, llevando con un muy solemne baile al que iba vestido de la piel. Hacíase aquí fiesta en el mes llamado uchpaniztli, cada año.

CAPÍTULO XVI. *De otras capillas y cúes que en el cuadro de este templo había, con otras cosas de notar*



UNQUE DE LAS GRANDEZAS y particularidades que en este sumptuosísimo templo había se pudiera hacer particular libro, no pretendo cansar los ánimos de los que esta historia leyeren con decirlo todo por extenso; y así concluyo y remato su memoria con las que en este capítulo dijere. De las cuales es una la capilla o cu, llamado Tolnahuac, dedicada al signo o carácter, llamado cemiquiztli, que quiere decir una muerte, que aun era signo de agüero; lo reverenciaban por dios, y en este lugar sacrificaban cautivos a honra de este falso y fingido dios, enviados en su nombre al infierno.

Había otra sala donde se amasaba la masa de que se formaba la estatua de su gran dios Huitzilupuchtli, la cual era de semillas de diversas legum-

bres, como en otra parte se dice.[1] Y en esta misma parte estaba un cu, que se llamaba Ytepeyoc, donde amasaban y cocían la masa de que se hacía esta estatua de este falso y mentiroso dios. Había otro edificio y sala, llamado Huitznahuaccalpulli, en la cual se amasaba y hacía la estatua de otro dios, llamado Tlacahuepancuexcoch, que decían ser compañero y hermano del dios referido Huitzilupuchtli.

Otra casa había, llamada Atempan, donde juntaban los niños tiernos y de poca edad que recogían para sacrificar en diversas ocasiones y por casos particulares; los cuales el día de su sacrificio los sacaban en andas y en hombros, todos desnudos y muy rodeados de flores y piedras verdes, que llaman chalchihuitl; y sacábanlos por todas las calles de la ciudad, con muchas danzas y cantares; y después de haberlos paseado por ella, en modo de procesión, los llevaban a sacrificar repartidos; unos a la luna grande, a ser echados en un sumidero o remolino que dicen estar en medio de ella; y otros a un cerro algo apartado de la ciudad llamado Quauhtepec; y en la cumbre de él los sacrificaban sacándoles los corazones y haciendo otras ceremonias diabólicas, como en otra parte hemos dicho.

Había otra capilla con su cu, donde también sacrificaban esclavos cuando llegaba a ser el número de ellos grande, que debía de ser como en hacimiento de gracias al traidor y demonio espíritu, por haberse aumentado y acrecentado el número de los que en su servicio habían de ser muertos. En este lugar y salas tenían mucha cantidad de dardos y saetas, porque servía como de casa de armas.

Había otra capilla con su cu, que se llamaba Acatlyyacapanhueycalpulli, donde juntaban los cautivos que habían de ser sacrificados a honra de los dioses tlaloques, que son los que tenían por dioses de las pluvias, y allí en aquel lugar estaban todos juntos aguardando el día de su miserable y triste fin; a los cuales trataban con mucho cuidado, administrándoles lo necesario muy abundantemente. Y llegado el día del sacrificio matábanlos y hacíanlos muchas partes y pedazos y cocíanlos con flores y tallos de calabazas, los cuales cocidos repartían entre la gente noble y caudillos de guerra, a los cuales solos les era lícito aquel manjar y potaje, y en ninguna manera a los comunes y plebeyos.

Había también otra sala y capilla donde había mucha cantidad de ramas de acxoyatl, que son a manera de mimbres, las cuales tomaban de allí los que entraban a hacer sacrificio para ofrecerlas al demonio, y para solo este efecto estaban guardados; y llamábase esta capilla Techieya.

Y concluyendo con lo mucho que de este cuadro se ha dicho, y muchísimo más que queda por decir, digo que tenía junto a su cerca muchas salillas, a manera de celdas de religiosos, donde se recogían a ayunar la gente noble y los señores y todos los que tenían cargo de justicia y eran señalados en la república. En el cual lugar ayunaban cinco días antes de cada fiesta; y los que hacían este ayuno, por estar más dispuestos y aptos para la celebración de la fiesta, unos comían a medio día; otros, desde me-

[1] Supra. lib. 7. cap. 21.

dio día hasta media noche; otros, desde media noche hasta el medio del siguiente día. Y de este ayuno usaban estas gentes, asistiendo de noche en aquellos aposentillos, o celdas, y de día salían a sus oficios y cuidados. Y en el discurso de estos días no les era lícito tener acceso, aun con su propia mujer.

CAPÍTULO XVII. *Del templo de la diosa Juno en la provincia de Siria y de su aplicación en lo que era semejante al de Mexico; y de cómo ha sido costumbre antigua en los templos, jardines y lugares para animales y aves; y de cómo el demonio quiso imitar en este templo la forma del de Salomón en el* Sancta Sanctorum



NTRE LOS TEMPLOS QUE MÁS SEÑALADOS fueron en el mundo, se cuenta el de la diosa Juno, en la provincia de Siria, del cual no acaba Luciano de referir grandezas, en el diálogo *Siria Dea,* en la ciudad que llama sacra, junto al río Éufrates, el cual va pintando de esta manera. Puesto que en esta provincia hubiese templos muchos y muy antiguos, ninguno, a lo menos mayor ni de más devoción que éste, ni la tierra más sagrada, porque había en él obras preciosas y dones antiguos y muchas cosas milagrosas y estatuas admirables de dioses que daban claras y manifiestas señales de su excelencia; porque muchas veces sudaban sus imágenes y figuras y se movían sin tocarles ni llegar a ellas; y daban respuestas en sus oráculos y se oían clamores, muchas veces, estando las puertas del templo cerradas, y muchos y diversos hombres las han oído. Demás de lo dicho, estaba abastecido y lleno de grandes riquezas, las cuales dice el mismo Luciano que vido, ofrecidas de la gente de Arabia, de los fenicios, babilonios, cibiles, capadocios, asirios y otras muchas gentes y naciones. Vido también en los secretos lugares del templo muchas vestiduras ricas, mucho oro y plata, diputado y constituido para el servicio del templo y gastos de las grandes fiestas que en él se celebraban.

El sitio de este sumptuoso templo era el medio de la ciudad sacra; la cual, según cuenta Valerio Máximo,[1] era Edesa, adonde reinaba Agabaro, que escribió a Cristo nuestro redemptor una carta y mereció haber respuesta de ella. En el cual sitio había un collado o cerro en suficiente distancia, y en él un suelo muy grande, al cual se subía por muchos y bien labrados escalones. Todo el cerro estaba cercado de dos muros muy fuertes y bien obrados, y encima de este cerro y en medio de su suelo estaba sentado el dicho templo, cuya puerta principal miraba al oriente. Tenía delante de sí un rico portal y sus puertas de oro de grande riqueza y admiración. Por la parte interior estaba todo este templo cuajado de oro y tan encendido en color que parecía fuego que ardía. A todos los que querían entrar en

[1] Valer. lib. II. de Sect. Siriae.

dio día hasta media noche; otros, desde media noche hasta el medio del siguiente día. Y de este ayuno usaban estas gentes, asistiendo de noche en aquellos aposentillos, o celdas, y de día salían a sus oficios y cuidados. Y en el discurso de estos días no les era lícito tener acceso, aun con su propia mujer.

CAPÍTULO XVII. *Del templo de la diosa Juno en la provincia de Siria y de su aplicación en lo que era semejante al de Mexico; y de cómo ha sido costumbre antigua en los templos, jardines y lugares para animales y aves; y de cómo el demonio quiso imitar en este templo la forma del de Salomón en el* Sancta Sanctorum



ENTRE LOS TEMPLOS QUE MÁS SEÑALADOS fueron en el mundo, se cuenta el de la diosa Juno, en la provincia de Siria, del cual no acaba Luciano de referir grandezas, en el diálogo *Siria Dea,* en la ciudad que llama sacra, junto al río Éufrates, el cual va pintando de esta manera. Puesto que en esta provincia hubiese templos muchos y muy antiguos, ninguno, a lo menos mayor ni de más devoción que éste, ni la tierra más sagrada, porque había en él obras preciosas y dones antiguos y muchas cosas milagrosas y estatuas admirables de dioses que daban claras y manifiestas señales de su excelencia; porque muchas veces sudaban sus imágenes y figuras y se movían sin tocarles ni llegar a ellas; y daban respuestas en sus oráculos y se oían clamores, muchas veces, estando las puertas del templo cerradas, y muchos y diversos hombres las han oído. Demás de lo dicho, estaba abastecido y lleno de grandes riquezas, las cuales dice el mismo Luciano que vido, ofrecidas de la gente de Arabia, de los fenicios, babilonios, cibiles, capadocios, asirios y otras muchas gentes y naciones. Vido también en los secretos lugares del templo muchas vestiduras ricas, mucho oro y plata, diputado y constituido para el servicio del templo y gastos de las grandes fiestas que en él se celebraban.

El sitio de este sumptuoso templo era el medio de la ciudad sacra; la cual, según cuenta Valerio Máximo,[1] era Edesa, adonde reinaba Agabaro, que escribió a Cristo nuestro redemptor una carta y mereció haber respuesta de ella. En el cual sitio había un collado o cerro en suficiente distancia, y en él un suelo muy grande, al cual se subía por muchos y bien labrados escalones. Todo el cerro estaba cercado de dos muros muy fuertes y bien obrados, y encima de este cerro y en medio de su suelo estaba sentado el dicho templo, cuya puerta principal miraba al oriente. Tenía delante de sí un rico portal y sus puertas de oro de grande riqueza y admiración. Por la parte interior estaba todo este templo cuajado de oro y tan encendido en color que parecía fuego que ardía. A todos los que querían entrar en

[1] Valer. lib. II. de Sect. Siriae.

él les ocurrían y sobrevenían a su entrada olores suavísimos de infinitas especies aromáticas. Y aun antes que los olores se acercasen y llegasen a las narices salía un frescor y aire suavísimo y muy deleitoso, el cual, después de haberse ido y apartado del dicho templo, los que en él habían entrado los seguía e iba tras ellos por gran espacio llevando pegada y asida de las ropas aquella fragancia y olores, y perpetuamente quedaba la memoria de los olores en los que una vez los habían olido.

Tenía este templo en lo interior y final de él un penetral que se dividía del cuerpo mayor, que era como la división del de Salomón, que se llamaba *Sancta Sanctorum;* y era cámara y retraimiento interior, el cual estaba sin puertas, patente, y descubierto a la vista, y dentro estaban dos estatuas de oro macizo; la una de Juno y la otra de Júpiter. La de la diosa Juno estaba formada sobre unos leones ricamente labrados, y la de Júpiter sobre ciertos toros. La figura que representaba a la diosa tenía un cetro en la una mano y en la otra un coladero o vaso, a manera de embudo, y encima de la cabeza unos rayos y una torre y la cinta de Venus, con que ligaba (según la ficción poética) los enamorados. Toda esta estatua estaba cercada y rodeada de oro y de muchas y muy ricas y preciosas piedras, unas blancas, otras de color de cielo y otras de otras colores. Entre las cuales había sardónicas, jacintos y esmeraldas que venían (según dice el mismo Luciano) a ofrecer los egipcios y los de la India, los etíopes y medos, armenios y babilonios. Y lo que más digno parece ser de memoria era una piedra que tenía en la cabeza, que llaman lidonis (que debe de ser la que ahora llamamos carbunco) de la cual salía tanto resplandor que de noche alumbraba todo el templo como si estuviera lleno de hachas encendidas, aunque entre día no era tanta, puesto que tenía especie o parecer de fuego. En medio de las dos estatuas dichas de Juno y Júpiter estaba otro simulacro e ídolo de oro, semejante a los dos, sobre cuya cabeza estaba sentada una paloma de lo mismo; por lo cual se sospechaba ser la figura de la reina Semíramis.

En este templo podían entrar todos sin diferencia, pero en el penetral o mansión interior no les era lícito, porque la tenían por su *Sancta Sanctorum;* y así les era lícito a solos los sacerdotes, aunque no a todos sino a aquellos que entre ellos eran tenidos y estimados por más religiosos y divinos; y al que tenía cuidado particular del gobierno y regimiento del templo, que debía de ser alguno que hacía las veces y oficio de sumo sacerdote. Había a la mano izquierda de su entrada un sitial y asiento real para el sol, aunque no había en él alguna semejanza suya; porque decían que las formas y figuras de todas las estatuas de los otros dioses debían obrarse, por razón de ser ellos invisibles; pero que la del sol no, pues todos la veían y era patente en todo el universo.

Después del solio o sitial del sol estaba la estatua de Apolo y las de Atlante, Mercurio y Lucina. Y fuera del templo estaba una ara o altar muy grande hecha de metal; y después de ellas innumerables figuras de reyes y sacerdotes. Hacia la mano izquierda de este templo y fuera de él estaba una estatua de la reina Semíramis, la mano derecha extendida señalando y mostrando con ella el templo, casi diciendo: no a mí, sino a la

diosa Juno habéis de reverenciar. La causa fue (según dice Luciano que lo oyó afirmar) que como esta altiva y arrogante reina hiciese una ley para que todos los de su reino de Siria la reverenciasen y venerasen, como a diosa y que no curasen de servir a ninguno de los otros dioses, ni a la misma diosa Juno, ellos así lo hicieron y obedecieron. Pero como de esta blasfemia se indignasen los dioses y enviasen sobre su reino muchas enfermedades y muertes y otros varios y diversos trabajos, tornó en sí la dicha reina, ya arrepentida de su soberbia y de la mal considerada ley hecha y pregonada, como quien despierta de una muy gran locura, reconociéndose por mortal e indigna de ser tenida por diosa, tornó a mandar por ley contraria a su gente, que no se convirtiesen a ella sino a Juno, y como a verdadera diosa la adorasen. Y por esta causa estaba aquella estatua fuera del templo, con la mano tendida, mostrando a los que a él venían no ser diosa, ni digna de esta reverencia, sino Juno, en cuyo nombre era edificado y a quien habían de honrar e invocar en él.

Tenía este magnífico templo una muy grande y espaciosa cerca, dentro de la cual pacían muchos bueyes, vacas y novillos consagrados a esta falsa y loca diosa; y muchos caballos, águilas, osos y leones, los cuales animales, con ser algunos de ellos bravos y furiosos, no hacían mal ni daño a ninguno de los hombres que al dicho templo venían; antes como muy mansos corderos pacían sus pastos sin ofenderles ni hacerles daño. Y por ser consagrados y dedicados a Juno, decían que era tan mansos.

Junto al templo había una laguna o lago sacro, en el cual se criaban muchos peces sacros y de diversas especies, muchos de los cuales eran muy grandes y crecidos y cada cual de éstos tenía su nombre, y llamándolos por él se venían a las manos. Y aunque hace esto mucha dificultad al crédito, porque no hay cosa menos capaz de semejantes actos que el pescado, por ser cosa tan poco comunicable y uno de los animales más apartados de los hombres, con todo eso es creíble no tanto porque es cosa natural cuanto porque el demonio, cuyo ídolo en aqueste templo se adoraba, hacía por astucia e invención suya que aquello pasase y sucediese para tener más engañados a los ciegos hombres que por dios le adoraban y honraban su casa. En cuya confirmación dice el mismo Luciano, que vido entre los peces del dicho lago uno que traía en una de las alas con que nadaba una joya de oro colgada, la cual es muy posible habérsela puesto en ella alguno de los hombres que allí fueron a hacer algún sacrificio, habiéndole sucedido haber llamado aquel peje y habérsele venido a las manos, y en confirmación del caso y para prueba de su verdad habérsela puesto.

Era este lugar muy hondo y, según la opinión más común, su hondura era doscientos pasos hasta el suelo profundo donde hacía fin el agua y había en medio de él una ara o altar de piedra, el cual visto de repente e improviso parecía andar nadando por el agua. Pero lo que a Luciano pareció, era que debía de estar sentada sobre alguna coluna o mármol, cuya extremidad debía de nacer y principiar en el plan y suelo del dicho lago y subir hasta lo alto y superficie del agua, en cuya cabeza estaría sentado el dicho altar; el cual estaba de ordinario coronado de flores y guirnaldas y muy

cercado y rodeado de olores, por las perfumes y especies aromáticas que en el dicho altar siempre humeaban, las cuales ponían cada día muchos que por su devoción se iban nadando a este lugar y hacían en él este género de sacrificio o ofrenda.

Dos cosas parece que hacen dificultad en lo que se dice deste altar o ara: la una, mover su asiento de lugar tan hondo y estar fijo, y la otra, andar por el agua, estando fijo en la dicha coluna o mármol; a lo cual respondo con decir lo que yo he visto en esta tierra, en las fuentes que llaman de Nativitas, que es una ermita de nuestra señora, que está aun no media legua de la ciudad de Xuchimilco, que le cae a esta de Mexico cuatro leguas a la parte de mediodía, donde tiene origen y principio, según su mayor parte, la laguna dulce. En el cual lugar nacen dos o tres fuentes de muchas y muy claras aguas; y en la mayor y más honda está una cruz de piedra sentada en el suelo, y es tan linda y tan hermosa que da mucho contento su vista, la cual pusieron los antiguos padres, primeros fundadores de la fe en esta tierra. Y lo que más admira es que sin estar asida en ninguna parte del dicho manantial, se tiene y sustenta sin caerse. La cual no se divisa al natural y como ella es desde la orilla, aunque se ve; y para poderse bien ver, se ha de ver de cuasi encima de ella, que se hace fácilmente en una canoa (que son las barquillas con que se anda por esta laguna), y mirada con atención, parece que se mueve de una parte a otra, siendo la verdad que está fija en una; y lo que le hace parecer que varía sitios y lugares, son las mismas aguas, que como se ondean y mueven, varían con su movimiento los visos, y es mucha parte para este interior movimiento la mucha suma de pescado (que son como pejes grandes de los que suele haber en fuentes de señores en Castilla) que hay en la dicha fuente, los cuales con la moción ordinaria que hacen, atravesando de una parte a otra, parece que la hacen culebrear y hacer hondas como la misma agua las hace. Y lo que más hermosea a esta santa cruz son unos rayos y visos de que está cercada y rodeada, que parece el iris o arco del cielo cuando se le opone a las nubes queriendo llover, haciendo aquellos mismos colores; lo cual todo procede del agua y de los movimientos que hace. Y esto dicho no sólo yo lo he visto, pero muchísimos más y muchos de los señores y príncipes que han regido y gobernado esta tierra, los cuales han ido a las dichas fuentes, por ser lugar de mucha recreación, y los pueblos que tienen en su contorno de mucha gente y muy sembrados y rodeados de árboles frutales; y en tiempo de fruta y cuando los maíces y sementeras comienzan a nacer e ir creciendo, no es el sitio menos que paraíso, por la frescura, amenidad y hermosura que ofrecen y la mucha diversidad de flores con que el tiempo se viste y corona.

Con lo dicho se prueba que aquel movimiento del altar, que Luciano vido, no es natural, ni que tampoco le hace; y que si lo parece es porque las aguas se mueven con el aire que las rodean, y de su movimiento procede parecer que el dicho altar le hace. Y a que no se admita esta razón, digo que el demonio podía embelesar a los hombres de su culto y adoración para que les pareciese que se movía, para atraerlos más a su condenado pro-

pósito y detestable deseo; para que concebido por los mismos hombres que era Dios que hacía milagros, confesasen su poder. O puédese creer que con la sutileza de ingenio que tiene haría mover el sitio de manera que haga el efecto que decimos.

Por lo dicho en este capítulo del asiento de este hermoso templo en lugar tan eminente y alto, se conocerá cómo la gentilidad de los hombres, antiguos moradores del mundo, apartados de la verdadera adoración de Dios, engañados por el demonio, enemigo mortal de el género humano y codicioso de honra y gloria vana, levantaban sus templos y altares en lugares altos[2] para que fuesen más vistos y divisados y el demonio más frecuentemente invocado, con memoria de la continua vista de su infernal casa, haciendo levantarla semejantes lugares enmedio de los pueblos. Lo cual como no pudo ser en esta ciudad de Mexico y otras sus convecinas, por estar sentadas en tierra llana, dio traza con sus moradores para que levantando los suelos tan altos, como ya hemos dicho, sentasen sus diabólicos altares sobre tanta alteza y cumbre de tierra y piedra, en cuya superficie y suelo alto asentaba el dicho templo y ara.

También parece haber sido costumbre antigua entre gentiles tener dentro de los cercados de los templos lugares particulares de florestas, jardines y recreaciones, de cuyas flores se aprovechaban para el ornato y aderezo de los templos, como parece por las que este templo tenía y campos donde se apacentaban ganados; de lo cual también usaron los indios nahuales de esta tierra, en especial entre los mexicanos, en cuyo templo mayor había muchos jardines llenos de flores y otras muchas yerbas y árboles coposos que les debían de servir a los dichos mexicanos de bosques, como a los antiguos gentiles los que hacían y sembraban a mano. Y había también otros lugares donde se criaban varias y diversas aves y animales consagrados al demonio que en el dicho templo se adoraba. Y parece muy semejante el asiento de este templo mexicano a este que Luciano refiere en la cercanía del agua, pues si el otro tenía laguna muy conjunta, la tiene éste tan cerca que por todas partes lo cercaba, y en su contorno y dentro de sus patios tantas fuentes y manantiales que le hacían de grandísima recreación.

También es digna de notar la división de este templo, porque hallamos que tiene penetral o cámara interior, como el de Salomón en Jerusalén, en el cual penetral o cámara no entraban sino los sacerdotes y no todos, sino alguno en particular. De donde se infiere claramente la envidia del demonio, pues viendo el orden del templo de Dios, quiso seguirle y aprovecharse de él como aquel que en todo lo que ha podido ha pretendido imitarle; pero podríasele fácilmente aplicar la significación de la estatua de Semíramis a la puerta de el templo; que así como por algún tiempo se fingió diosa, por la cual fue castigada y luego ella misma confesó y mostró con el dedo no serlo sino mortal, así el demonio se ha fingido dios, por permisión divina y pecados de los hombres por algún tiempo; pero luego se ha visto no serlo sino criatura finita e incapaz de tanta alteza y majestad como

[2] Tit. Liv. lib. 40. dac. 22.

la de Dios; y conocido por tal, él mismo está señalando con el dedo ser debida a Dios solo toda honra y gloria; en cuya significación muchas veces se ven pintadas en retablos a los pies de San Miguel figuras suyas y a los lados de otros santos, como en demonstración de su vencimiento y a manera de confesión que hace; como quien dice: no a mí (aunque algún tiempo me he fingido dios y mi imagen ha sido como de dios adorada) sino a Dios, a quien siempre y en todo lugar se le debe gloria y honra.

CAPÍTULO XVIII. *De la muchedumbre de templos que hubo en esta Nueva España, y de cómo esta nación indiana se aventajó a todas las del mundo en el crecido y aventajado número de ellos*



UNQUE CON PARTICULAR CUIDADO he leído muchos autores antiguos, los cuales se han ocupado en henchir los vacíos de sus obras con alabanzas y sumptuosiades de templos edificados por la ciega y vana gentilidad, no hallo en ellos que su número fuese aventajado, y son tan contados que presumo ser pocos más de los que en este libro van referidos, por ser éstos de los de mayor cuenta y estimación que los otros. Y a esta causa ocurrir de muchas de las provincias apartadas de ellos con sus necesidades a impetrar gracias y favores en sus cuitas y necesidades; y por consiguiente manera ser muy celebrados por diversas provincias de gentes muchas y varias, que a ellos ocurrían por las causas dichas, cuyos más cuidadosos y diligentes cultores de ídolos fueron los de Roma, Tebas, Menfis y Atenas, que fueron ciudades nombradísimas en el mundo y donde más floreció la adoración falsa de los mentirosos dioses. De manera que, se sabe que aun los que más se preciaron de mejores y más cuidadosos adoradores de ídolos, ésos aun no se preciaron de edificarles muchas casas y templos, contentándose con los pocos referidos. Y así digo que aunque fueron cuidadosos de su servicio, no muy diligentes en edificarles casas.

Esto dicho de los antiguos gentiles no se nota en los modernos desta Nueva España; porque demás de ser cuidadosísimos del servicio de el demonio fueron aventajadísimos en hacerles y edificarles casas y templos, y en tan crecido y aventajado número, que pienso pasaron de cuarenta mil, entre chicos y grandes, y lo que con verdad se afirma, por quien lo vido, es que sola la ciudad de Cholulla tenía trescientos, siendo el uno de ellos comenzado y no acabado por la soberbia cepa con que le comenzaron,[1] como en otra parte se ha dicho; y en esta ciudad de Mexico y en la de Tetzcuco pasaban de esta cuenta y número y de increíble grandeza y de maravilloso artificio a su usanza, a cuya hechura y bondad de edificios correspondía una maravillosa y artificiosa curiosidad de pinturas que hacían toda la obra parecer de un muy sutil y delicado pincel.

[1] Tomo III. lib. 15.

la de Dios; y conocido por tal, él mismo está señalando con el dedo ser debida a Dios solo toda honra y gloria; en cuya significación muchas veces se ven pintadas en retablos a los pies de San Miguel figuras suyas y a los lados de otros santos, como en demonstración de su vencimiento y a manera de confesión que hace; como quien dice: no a mí (aunque algún tiempo me he fingido dios y mi imagen ha sido como de dios adorada) sino a Dios, a quien siempre y en todo lugar se le debe gloria y honra.

CAPÍTULO XVIII. *De la muchedumbre de templos que hubo en esta Nueva España, y de cómo esta nación indiana se aventajó a todas las del mundo en el crecido y aventajado número de ellos*



UNQUE CON PARTICULAR CUIDADO he leído muchos autores antiguos, los cuales se han ocupado en henchir los vacíos de sus obras con alabanzas y sumptuosiades de templos edificados por la ciega y vana gentilidad, no hallo en ellos que su número fuese aventajado, y son tan contados que presumo ser pocos más de los que en este libro van referidos, por ser éstos de los de mayor cuenta y estimación que los otros. Y a esta causa ocurrir de muchas de las provincias apartadas de ellos con sus necesidades a impetrar gracias y favores en sus cuitas y necesidades; y por consiguiente manera ser muy celebrados por diversas provincias de gentes muchas y varias, que a ellos ocurrían por las causas dichas, cuyos más cuidadosos y diligentes cultores de ídolos fueron los de Roma, Tebas, Menfis y Atenas, que fueron ciudades nombradísimas en el mundo y donde más floreció la adoración falsa de los mentirosos dioses. De manera que, se sabe que aun los que más se preciaron de mejores y más cuidadosos adoradores de ídolos, ésos aun no se preciaron de edificarles muchas casas y templos, contentándose con los pocos referidos. Y así digo que aunque fueron cuidadosos de su servicio, no muy diligentes en edificarles casas.

Esto dicho de los antiguos gentiles no se nota en los modernos desta Nueva España; porque demás de ser cuidadosísimos del servicio de el demonio fueron aventajadísimos en hacerles y edificarles casas y templos, y en tan crecido y aventajado número, que pienso pasaron de cuarenta mil, entre chicos y grandes, y lo que con verdad se afirma, por quien lo vido, es que sola la ciudad de Cholulla tenía trescientos, siendo el uno de ellos comenzado y no acabado por la soberbia cepa con que le comenzaron,[1] como en otra parte se ha dicho; y en esta ciudad de Mexico y en la de Tetzcuco pasaban de esta cuenta y número y de increíble grandeza y de maravilloso artificio a su usanza, a cuya hechura y bondad de edificios correspondía una maravillosa y artificiosa curiosidad de pinturas que hacían toda la obra parecer de un muy sutil y delicado pincel.

[1] Tomo III. lib. 15.

CAPÍTULO XIX. *Del ornato y riquezas de los templos de esta Nueva España y Pirú*



OR GRANDE MARAVILLA TIENEN los historiadores antiguos que en algunos de sus idolátricos templos haya habido mucha curiosidad, abundancia de oro y plata y otras cosas que hacen admiración por su singularidad y rareza; y así los celebran en sus escritos, tanto que parece que comienzan y no acaban de decir su riqueza, haciendo encarecimientos que más parecen hiperbólicos que verdaderos, en especial tratando del templo de Diana en Éfeso,[1] tenido por uno de los milagros del mundo y de cuyo edificio se cuenta y dice que se tardó en hacerle, toda la gente de la Asia, doscientos y veinte años. Pero si con atento cuidado y ojos desapasionados (y no con los que algunos miran las cosas de las Indias, teniéndolas en poco) queremos mirar la hermosura y curiosidad de los que estos gentiles occidentales tenían, veremos que son no sólo en edificio, pero (lo que más es) en riquezas, de los más aventajados del mundo. Si los queremos notar en cuanto a su grandeza, excedía el de Mexico y Tetzcuco al de Busiris, del cual se dice que bojeaba mil y seiscientos y veinte y ocho pasos y los referidos más de tres mil y de alto más de cincuenta estados, asiento y capillas.

Había en los cimientos y paredes de estos templos tan grandes y espantosas piedras, que sola su grandeza ponía admiración. Y si el que notó,[2] que las colunas del templo efesino de Diana eran de sesenta pies de alto, viera las piedras (no ciento y veinte y siete, como eran las colunas de aquel edificio, sino muchas sin número) con que estaba edificado el templo del sol, que estaba en el valle Yucay, cuatro leguas de la real ciudad del Cuzco, en el Pirú, las cuales tenían veinte pies de largo y doce de ancho y una vara de alto. Y las de Tomebamba, llevadas de los términos del mismo Cuzco, más de doscientas leguas, pasándolas por sierras asperísimas y ríos muy caudales y cuantiosos, pareciendo ambas cosas casi imposibles y aun mentira el afirmarlo, si la misma verdad no estuviera a los ojos de todos los que por allí pasan, que sin querer las ven (por estar patentes a todos) no dejara, como digo, de alabarlas y engrandecer su fama, pues no son menos dignas de ella que las dichas ciento y veinte y siete colunas del templo de Diana. Si tratamos de su riqueza, éstos de esta Nueva España (aunque no estaban guarnecidos de planchas de oro, como el que refiere Tito Livio,[3] del de Júpiter), tenían otros adornos de cosas muy ricas y admirables, así de paños tejidos de infinitas labores, como de otras cosas que lo hacían vistoso y lindo. Pero porque no quede Tito Livio muy ufano con creer que el mejor y más adornado templo es el que tiene referido, digo que los del Pirú (ya que no todos, al menos muchos) no sólo tenían las paredes y cubierta afo-

[1] Vitruv. lib. 10. cap. 7.
[2] Plin. lib. 36 cap. 14. Ioan. Bapt. Casal de Urbis, ac Romani olim, Imperii splendores, cap. 5.
[3] Tit. Liv. Decad. 4. lib. 5 et 7.

rrada en planchas de oro, como el referido de Júpiter, pero el suelo guarnecido de ellas, como el de Dios, en Jerusalén; y lo que más admira es que eran estas planchas de oro macizo y fino, tan gruesas como uno de los dedos de la mano y de más de a tres palmos de largo y ancho de un jeme, a la hechura y manera de los espaldares de que usamos en las sillas de espaldar o imperiales, cuyo peso eran quinientos castellanos; peso bien diferente y mucho más excesivo que el de el templo de Júpiter, cuyas láminas y hojas, con que sus paredes y techo estaba guarnecido y cubierto, eran tan delgadas que apenas pesaban diez castellanos por ser hojas muy débiles y extendidas.

Y porque no parezca que hablo a montón y a carga cerrada y se me quiera atribuir, a modo de encarecimiento, quiero declararme más y, haciendo memoria de algunos, probar esta verdad con ellos; de los cuales el primero que se me ofrece es aquel templo famoso que había, pasada la provincia de Pasto hacia la de Quito, del cual, aun ahora, se ven las señales de las planchas de oro y plata en las paredes, donde también hubo grandísima copia de vasijas de lo mismo para los vinos y las otras cosas de los sacrificios y servicio del mismo templo, las cuales eran nunca vistas ni oídas en el mundo (ni aun en el templo de Dios, en Jerusalén, de las cuales dice la Sagrada Escritura que eran de metal o bronce), y este espanto se podía extender a la muchedumbre, número y cantidad, diversidad, hechura y grandeza, con grande suma de riqueza en su adorno.

El templo de la ciudad de Tacunga, más adelante del Quito, fuera de las planchas de oro referidas en el pasado tenían incorporadas, y como embutidas en sí, muchas ovejas y corderos de oro macizas y hechas de martillo, y otras figuras de bulto hechas de lo mismo.

Es muy de notar aquel templo famosísimo y nunca otro rico jamás imaginado que estaba en la ciudad de Tomebamba, cuyas paredes eran chapadas y cubiertas de oro, y esculpidas en sus chapas no sólo muchas figuras de varias cosas, pero embutidas en ellas muchas ovejas y corderos y aves de diversas especies y muchos manojos de pajas, todo de finísimo oro, y en muchas partes del templo, especialmente en las portadas y otras piezas señaladas, mucho número de esmeraldas y otras piedras de diversos colores y hechuras, puestas y asentadas a trechos, que hacían labor sobre el oro de grandísimo artificio; y fuera de lo dicho, en otros lugares, estaba esmaltado el oro con colores diversos y varios que lo hermoseaban mucho. Tenía muchísimos vasos de lo mismo para el servicio de los ministros. Muchas tinajas de oro con otras cosas de inmenso tesoro; y aunque este templo referido está notado, por tan adornado de oro y plata, lo fue mucho más el de Pachacamá, el cual fue de los más antiguos; y aun es creíble que el más antiguo de todos los de aquellos reinos del Pirú, y con quien mayor y más universal devoción tenían todos los de aquellas provincias; la cual corría, aun antes del gobierno de los reyes ingas, al cual solían concurrir las gentes de trescientas leguas apartadas en romería a ofrecer las cosas que por votos particulares prometían, como a único y particular santuario, donde creían recebir perdón y remisión de sus pecados y salud verdadera para

sus almas, siendo mentira, y lo muy cierto que salían tan sucios y más que entraban.

Este dicho templo (demás de tener la hechura y edificios de oro y plata y vasos riquísimos, con otros muchos más ornatos y tesoros que el pasado) tenía debajo de sí, en unas cuevas soterrañas, grandísimos tesoros, por razón de la infinidad de joyas y preseas que de tantas tierras y gentes cada día se le ofrecían; por lo cual, aunque los ya referidos eran riquísimos, les excedía éste y se les aventajaba; y de aquí tuvo origen y principio la muy grande y extendida fama, que por todos aquellos reinos hubo, de las riquezas juntas que en este admirable templo había; por lo cual principalmente Francisco Pizarro envió a su hermano Hernando Pizarro, luego que entraron en la tierra, para que allí, más que a otra parte, fuese a coger las riquezas que no habían atesorado ni trabajado, como afirmó, por muchos de los nuestros que lo vieron, que aunque el dicho Hernando Pizarro y otros después de él sacaron gran suma de oro y plata, que pasaron de cuatrocientas cargas, fue mucha mayor la que los sacerdotes de el dicho templo y otros señores principales habían sacado y escondido, porque los nuestros no se lo saqueasen y llevasen.

El templo de Vilcas, donde estaba la muy rica figura del sol y los asientos reales en una piedra de once pies de largo y siete de ancho, estaba todo cubierto de oro y de piedras preciosas, para cuya guarda había cuarenta porteros, y cuarenta mil personas para su servicio y el de los palacios reales.

El templo real de la ciudad de el Cuzco, cabeza de aquel reino que tanto quisieron ilustrar, ennoblecer y enriquecer los reyes ingas, era tan famoso, que ninguno lo fue más; al cual dotaron los dichos reyes como a casa suya, hecho y edificado de sus mismos palacios, para más agradar a sus falsos dioses; del cual sacaron los nuestros tantas y tan incomparables riquezas, cuando lo saquearon, hinchendo de sus tesoros una sala que tenía veinte y cinco pies de largo y quince de ancho; y tan alto el montón que ninguno alcanzaba su altura con un palmo. Y este despojo fue el que se ofreció a dar el rey Atabaliba cuando le prendieron los españoles y juntamente diez mil cargas de plata, y que se hiciese un cercado enmedio de la plaza, de ciertos pasos en redondo y que lo hinchiría todo de tinajas, cántaros y otros vasos de oro y plata; todo lo cual cumplió muy ampliamente a fin de que lo soltasen, y todo esto estaba en aquel templo y eran bienes suyos. Y ciertamente que si no fuera tan manifiesta esta verdad y tan conocida y hubiera tantos testigos de ella, que hacía gran dificultad su crédito y a mí me desanimara para contarlo; porque aun de un templo soñado o fingido de la imaginación y fantasía, parece muy demasiado afirmar semejantes cosas y grandezas, las cuales todas eran de aquel soberbio y descomulgado templo, edificado para el servicio de una tan vil y baja criatura, como es el demonio.

El templo del Tambo, en el valle de Yucay, en el mismo reino del Pirú, cuatro leguas o seis de la ciudad del Cuzco (como ya hemos dicho), era opulentísimo y no sé si más que todos los referidos; el cual estaba sentado en un valle muy ameno y fresco, de muy apacible cielo y saludable temple; por cuya causa era muy frecuentado de los reyes de aquel reino, los cuales

tenían sus palacios y casas reales en el dicho valle, de grande riqueza y majestad, adonde los dichos reyes asistían lo más del año por su mucha templazan y amenidad, edificado con aquellas monstruosas y espantables piedras que dijimos, las cuales tenían por mezcla, a vueltas de el betumen, oro derretido; de donde tomaron mucha parte los españoles antes que los indios lo destruyesen. Éste fue riquísimo templo de mucho nombre y fama; y por señales que en sus paredes y edificios quedaron de su grandeza, y algunos rastros de su riqueza y tener los reyes más afición a su morada, se echa muy bien de ver ser el más aventajado de todos; y el discreto lector notará la riqueza de estos diabólicos templos, para inferir de ella la devoción de los idólatras, que con tanto cuidado servían al demonio.

CAPÍTULO XX. *De las rentas y fábrica de los templos de estos indios occidentales*



O MISMO QUE LAS OTRAS NACIONES DE EL MUNDO usaron en sus repúblicas y con sus templos y sacerdotes, vemos muy largamente cumplido en estos nuestros indios occidentales; los cuales como adoraban tantos dioses y tenían tanto número de templos dedicados a su servicio, por consiguiente manera había de ser grande el de sacerdotes y ministros que habían de tener para su ornato y culto (como en realidad de verdad lo era), y así era mucha la suma de rentas que tenían y gozaban, no sólo primiciarios, como luego veremos, sino de proprios y heredades, así para su sustento como para la fábrica y reparación de los dichos sus templos. De los reyes ingas del Pirú cuenta Acosta en su *Historia moral,*[1] que en conquistando alguna tierra luego dividían sus tributos en tres partes. La primera y principal de las cuales señalaban el ornato y servicio de sus templos.

Había en esta Nueva España gran fábrica para los templos de los ídolos; y como en las iglesias catedrales se dice mesa capitular, había ciertas tierras y heredades dedicadas por los reyes y señores que eran proprios de los templos. En estas tierras y heredades había muchos vecinos como vasallos y terrazgueros de los mismos templos, los cuales les tributaban en vestidos y ornamentos, maíz (que es el trigo de las Indias) con vino de maguey, gallinas y otros mantenimientos necesarios que habían menester los sacerdotes y ministros de el demonio. Y para los templos traían tanta cantidad de leña y carbón, cuanta era necesaria para el gasto de todo el año, porque ardía fuego de día y de noche, sin faltar jamás. Y es de notar que se estimaban tanto estos pueblos, así de el reino en general como de ellos en particular y entre sí, que parece que se diferenciaban de los otros, y ellos tenían por honra ser dedicados a aquel ministerio, como llamándose pueblos de la iglesia y consagrados a Dios. Los pueblos del grande templo mexicano hacían en común las sementeras y cogían y guardaban los frutos para el sustento y mantenimiento de los sacerdotes y los demás ministros

[1] Lib. 7. cap. 19.

tenían sus palacios y casas reales en el dicho valle, de grande riqueza y majestad, adonde los dichos reyes asistían lo más del año por su mucha templazan y amenidad, edificado con aquellas monstruosas y espantables piedras que dijimos, las cuales tenían por mezcla, a vueltas de el betumen, oro derretido; de donde tomaron mucha parte los españoles antes que los indios lo destruyesen. Éste fue riquísimo templo de mucho nombre y fama; y por señales que en sus paredes y edificios quedaron de su grandeza, y algunos rastros de su riqueza y tener los reyes más afición a su morada, se echa muy bien de ver ser el más aventajado de todos; y el discreto lector notará la riqueza de estos diabólicos templos, para inferir de ella la devoción de los idólatras, que con tanto cuidado servían al demonio.

CAPÍTULO XX. *De las rentas y fábrica de los templos de estos indios occidentales*



O MISMO QUE LAS OTRAS NACIONES DE EL MUNDO usaron en sus repúblicas y con sus templos y sacerdotes, vemos muy largamente cumplido en estos nuestros indios occidentales; los cuales como adoraban tantos dioses y tenían tanto número de templos dedicados a su servicio, por consiguiente manera había de ser grande el de sacerdotes y ministros que habían de tener para su ornato y culto (como en realidad de verdad lo era), y así era mucha la suma de rentas que tenían y gozaban, no sólo primiciarios, como luego veremos, sino de proprios y heredades, así para su sustento como para la fábrica y reparación de los dichos sus templos. De los reyes ingas del Pirú cuenta Acosta en su *Historia moral*,[1] que en conquistando alguna tierra luego dividían sus tributos en tres partes. La primera y principal de las cuales señalaban el ornato y servicio de sus templos.

Había en esta Nueva España gran fábrica para los templos de los ídolos; y como en las iglesias catedrales se dice mesa capitular, había ciertas tierras y heredades dedicadas por los reyes y señores que eran proprios de los templos. En estas tierras y heredades había muchos vecinos como vasallos y terrazgueros de los mismos templos, los cuales les tributaban en vestidos y ornamentos, maíz (que es el trigo de las Indias) con vino de maguey, gallinas y otros mantenimientos necesarios que habían menester los sacerdotes y ministros de el demonio. Y para los templos traían tanta cantidad de leña y carbón, cuanta era necesaria para el gasto de todo el año, porque ardía fuego de día y de noche, sin faltar jamás. Y es de notar que se estimaban tanto estos pueblos, así de el reino en general como de ellos en particular y entre sí, que parece que se diferenciaban de los otros, y ellos tenían por honra ser dedicados a aquel ministerio, como llamándose pueblos de la iglesia y consagrados a Dios. Los pueblos del grande templo mexicano hacían en común las sementeras y cogían y guardaban los frutos para el sustento y mantenimiento de los sacerdotes y los demás ministros

[1] Lib. 7. cap. 19.

que se ocupaban en su servicio, que ordinariamente eran más de cinco mil personas, las cuales todas habitaban de noche y de día en el dicho templo, a los cuales los dichos templos sustentaban y acudían con pan, frutas, carne, leña e incienso, que ellos llaman copali, que sirve para los sahumerios de los braseros que ordinariamente humeaban ante aquellas diabólicas y detestables estatuas y figuras del demonio. Por manera que aunque todos los templos eran ricos, lo era el mayor mucho más que todos, como el que era dedicado a su mayor dios, llamado Huitzilopuchtli. Y así todos los reyes mexicanos lo iban dotando de muchos proprios y rentas; y en particular Motecuhcuma, porque entre todos fue conocido por más celoso y honrador de sus falsos dioses y, como tal, hizo grandes mercedes y dotó de muchos bienes.

Los pueblos que a los templos de la ciudad de Tetzcuco servían con leña, carbón y corteza de roble eran quince muy grandes cabeceras; las cuales distaban de esta populosísima ciudad en contorno de quince leguas, y otros quince pueblos, unos estaban muy cerca y otros algo más lejos, y servían los otros seis meses del año con lo mismo a las casas reales y templo mayor. Y se dice que era tanta la leña que en palacio se gastaba, que era una hacina de un estado en alto y diez brazas en largo, que entraban en el montón más de cuatrocientas cargas de indios; y era dos veces tanta casi la que gastaban los templos, como lo vi pintado en los caracteres de sus historias muy antiguas. Y no es género de encarecimiento éste, porque supuesto que eran tantos los templos y en cada uno tantos braseros y que el fuego era ordinario, queriendo el demonio ser servido por este modo, de estas ciegas gentes, como Dios verdadero lo era, en otros tiempos, de su pueblo israelítico en su templo, donde de ordinario había fuego encendido, es fuerza que creamos que toda la leña dicha era la necesaria para gasto tan grande y cotidiano. Demás de los tributos dichos y leña con que los templos eran servidos, hacían todos los demás pueblos realengos grandísimas sementeras para lo mismo, porque los dioses y sus ministros fuesen copiosa y espléndidamente servidos.

Había mucho número de mujeres dedicadas al servicio de los templos, las cuales se ocupaban en amasar y cocer el pan y hacer de comer a los que servían en los dichos templos; porque en este ministerio no se ocupasen las mujeres y doncellas, que eran como vírgenes vestales o monjas, de las cuales se dice en otro lugar. Y estas mujeres referidas servían en lo exterior y fuera de la clausura de las otras. Por lo dicho se colige, clara y manifiestamente, cómo el honor y reverencia que a los sacerdotes se hace y los mantenimientos con que se sustentan se les debe de derecho natural, pues las naciones sin lumbre de fe lo han acostumbrado en todo tiempo y edades. De las tierras y heredades dedicadas a los templos y ministros de ellos, en tiempo de la infidelidad de estas gentes, hemos visto, después de recibida la fe, muchas, sobre las cuales entre nuestros españoles ha habido hartos pleitos por haberse metido en ellas unos y querellas otros. De donde se prueba (cuando lo dicho faltara) cómo hubo antiguamente tierras que rentaban a los templos de los demonios y sus ministros.

Iban los sacerdotes algunas veces a ciertos tiempos de el año, según estaba por ley ordenado, a visitar sus vasallos y a ver cómo estaban y si recebían algunos agravios de otros; y si era necesario administrarles justicia o darles algún favor. Y hecha su visita se volvían a su ministerio, dejándolos satisfechos y consolados. Junto a los templos había unas grandes trojes y graneros, donde se recogían el trigo y bastimentos que les pertenecía a ellos y a sus ministros. Y sacado lo necesario para el servicio y administración del año, lo demás que sobraba se repartía entre pobres necesitados, así casados como solteros y enfermos; para lo cual había en los pueblos y ciudades grandes (como Mexico, Tetzcuco, Tlaxcalla, Cholulla y otras) hospitales donde se curaban y acudían los pobres, donde se repartía y distribuía el residuo y sobra dicha.

CAPÍTULO XXI. *De las rentas decimales y primiciarias, y de cómo han sido en todo tiempo usadas y se usaron entre los indios de esta Nueva España, y de presente se acostumbran*


SIGUIENDO EL ORDEN QUE PROMETIMOS en el capítulo pasado de las rentas de los templos, habiendo tratado en él de las que son de pueblos y heredades, resta decir, en este de las anuales, decimales y primiciales; las cuales son y han sido generalmente usadas en todo tiempo y siglos del mundo, como claramente parece por todas las gentes y naciones que hasta agora se han conocido en él; porque viendo con ojos de razón, que los que son dedicados al culto divino, no sólo deben ser honrados y estimados en sus personas, sino que también han de ser favorecidos y ayudados en sus necesidades corporales, ordenaron que tuviesen algún modo para remediarlas; el cual lo constituyeron en las primicias y diezmos de las cosas que los demás de la república gozaban. Y así, dice Tácito, que esto hizo cierta virgen llamada Cornelia, dando y contribuyendo a los sacerdotes los diezmos de sus haciendas. Y Plinio en su *Natural historia,*[1] hablando de los romanos dice: No gustaban frutos nuevos, sin dar primero a los sacerdotes las primicias de ellos. Y Dionisio Halicarnaseo,[2] dice que de los animales que sacrificaban se les daba de sus intestinos las primicias. Y Ovidio en sus *Metamorfoseos,*[3] dice de las matronas romanas, que ofrecían a la diosa Ceres, abogada de las mieses, las primicias de todas las que cogían en espiga. Y Juliano Apóstata mandó que todos ofreciesen a los dioses las primicias de los frutos que cogiesen, como lo refiere Sozomeno.[4] También los diezmos se pagaban, como lo dice Plinio y se entregaban a los sacerdotes antes de poner en precio las cosas. Y Diodoro Sículo y Plutarco, en sus *Problemas,* dicen que a Hércules se le ofrecían las décimas de todas

[1] Lib. 18. cap. 6.
[2] Halicarnas. lib. 6 et 7.
[3] Ovid. Meth. lib. 20.
[4] Sozom. lib. 5. cap. 15. Plin. lib. 19. cap. 14.

Iban los sacerdotes algunas veces a ciertos tiempos de el año, según estaba por ley ordenado, a visitar sus vasallos y a ver cómo estaban y si recebían algunos agravios de otros; y si era necesario administrarles justicia o darles algún favor. Y hecha su visita se volvían a su ministerio, dejándolos satisfechos y consolados. Junto a los templos había unas grandes trojes y graneros, donde se recogían el trigo y bastimentos que les pertenecía a ellos y a sus ministros. Y sacado lo necesario para el servicio y administración del año, lo demás que sobraba se repartía entre pobres necesitados, así casados como solteros y enfermos; para lo cual había en los pueblos y ciudades grandes (como Mexico, Tetzcuco, Tlaxcalla, Cholulla y otras) hospitales donde se curaban y acudían los pobres, donde se repartía y distribuía el residuo y sobra dicha.

CAPÍTULO XXI. *De las rentas decimales y primiciarias, y de cómo han sido en todo tiempo usadas y se usaron entre los indios de esta Nueva España, y de presente se acostumbran*



SIGUIENDO EL ORDEN QUE PROMETIMOS en el capítulo pasado de las rentas de los templos, habiendo tratado en él de las que son de pueblos y heredades, resta decir, en este de las anuales, decimales y primiciales; las cuales son y han sido generalmente usadas en todo tiempo y siglos del mundo, como claramente parece por todas las gentes y naciones que hasta agora se han conocido en él; porque viendo con ojos de razón, que los que son dedicados al culto divino, no sólo deben ser honrados y estimados en sus personas, sino que también han de ser favorecidos y ayudados en sus necesidades corporales, ordenaron que tuviesen algún modo para remediarlas; el cual lo constituyeron en las primicias y diezmos de las cosas que los demás de la república gozaban. Y así, dice Tácito, que esto hizo cierta virgen llamada Cornelia, dando y contribuyendo a los sacerdotes los diezmos de sus haciendas. Y Plinio en su *Natural historia,*[1] hablando de los romanos dice: No gustaban frutos nuevos, sin dar primero a los sacerdotes las primicias de ellos. Y Dionisio Halicarnaseo,[2] dice que de los animales que sacrificaban se les daba de sus intestinos las primicias. Y Ovidio en sus *Metamorfoseos,*[3] dice de las matronas romanas, que ofrecían a la diosa Ceres, abogada de las mieses, las primicias de todas las que cogían en espiga. Y Juliano Apóstata mandó que todos ofreciesen a los dioses las primicias de los frutos que cogiesen, como lo refiere Sozomeno.[4] También los diezmos se pagaban, como lo dice Plinio y se entregaban a los sacerdotes antes de poner en precio las cosas. Y Diodoro Sículo y Plutarco, en sus *Problemas,* dicen que a Hércules se le ofrecían las décimas de todas

[1] Lib. 18. cap. 6.
[2] Halicarnas. lib. 6 et 7.
[3] Ovid. Meth. lib. 20.
[4] Sozom. lib. 5. cap. 15. Plin. lib. 19. cap. 14.

las cosas, y no sólo le daban pero también las prometían, por voto, como lo dice Cicerón.[5] Todo lo dicho se dice y refiere de la gente idólatra y que no adoraba a Dios verdadero sino a dioses falsos y mentirosos; de los cuales dice el real profeta: los dioses de las gentes son demonios y los que los adoran, ciegos e ignorantes. Pero tratando esta materia, desde su principio, sabemos que Abel ofreció sacrificio a Dios de los frutos de la tierra y de los primeros corderillos de sus ganados;[6] pero si se dijere que no fueron diezmos aquéllos, sino primicias, digo que lo concedo; pero sabemos que también en ley natural los ofreció Abraham[7] a Melchifedech, de los despojos que trajo de los reyes que venció, cuando salió en defensa de su sobrino Loth; de quien dice el apóstol, escribiendo a los hebreos:[8] Mirad con ojos de cuidado y consideración quién sea y cuánta sea su grandeza y estimación, al cual Abraham ofreció diezmos de lo más precioso y rico de los despojos. También sabemos de Jacob,[9] que cuando fue a Mesopotamia por orden y mandamiento de su padre Isaac, a casarse y recebir mujer, hizo este voto siguiente: Si Dios fuere conmigo y me guardase en este camino y jornada y me diere pan que coma, y ropa que vista, y volviese de este viaje prósperamente a la casa de mi padre, será el señor mi Dios y esta piedra que constituí y levanté, se llamará casa de Dios; y de todas las cosas que me diere y hiciere merced le ofreceré y daré los diezmos. También Dios mandó a su pueblo que le ofreciese diezmos de todas las cosas, como se dice en el *Éxodo*, por estas palabras: No tardarás en pagar los diezmos que debieres; y en el *Levítico* dice: Todos los diezmos de la tierra, así de los frutos de los árboles como de las mieses y semillas, son del señor y a él se le han de santificar (quiere decir ofrecer) y todos los diezmos de los ganados, así ovejas como vacas, todo se ha de sacrificar al señor.[10]

Porfirio, filósofo antiguo (y lo refiere Eusebio)[11] dice, que los antiguos ofrecían primicias de todos los frutos y ganados, como en hacimiento de gracias, por haberles dado Dios las tales cosas. Y Baco, vencidos los scitas, ofreció al gran Júpiter las primicias, como dicen Festo y Ovidio.[12] Y Ciro, rey de los persas, después que venció a los babilonios mandó dar las primicias a los dioses inmortales, de todas los despojos, según cuenta Xenofonte. Y porque digamos lo que llevamos de intento de nuestros indios occidentales, digo que también fue costumbre suya dar primicias de todas las cosas a los templos y no sólo en el tiempo de su infidelidad, pero en este de su cristianismo las dan de las mieses y semillas y cosas animadas de las que crían; y yo, como testigo de vista, puedo afirmarlo. En este modo de ofrecer primicias parece haber sido muy semejantes la república

[5] Diod. Sic. lib. 5. Plut. Problem. cap. 16. Apuley. lib. 1. Apolog. Herodot. in Clio Cicer. lib. 3 de Divin. et 2 et 3 de Nat. Deorum.
[6] Genes. 4.
[7] Genes. 14.
[8] Ad Heb. 7.
[9] Genes. 28.
[10] Exod. 22. Lev. 27.
[11] Euseb. lib. 1. cap. 6. et lib. 4. cap. 5. de praep. Evang.
[12] Ovid. lib. 3 de Fastis.

de Israel y esta nuestra indiana; porque los que son cursados y leídos en las divinas letras, saben cómo las primicias de los panes y mieses eran ofrecidas a Dios tres veces en el año, una en la Pascua, y esta ofrenda era de espigas verdes, como si dijésemos, aún no maduras, ni sazonadas; otra después de Pentecostés, de los panes nuevos, que eran luego recién cogidos; y la tercera se hacía en la fiesta de los tabernáculos, cuando ya estaban cogidos todos los panes y encerrados. Los indios, que no fueron menos cultores de sus falsos dioses que todos los de el mundo, que más los han servido, hacían esta ofrenda de primicias otras tres veces, por este orden. Luego que nacían los panes y crecían las cañas un poco, cogían de ellas las más verdes y crecidas y las traían a los templos y ponían junto de los altares, como en hacimiento de gracia de haber dejado nacer la semilla y puéstose en vía de lograrse. La otra era cuando llegaba a dar fruto y tener elote, que es la mazorca tierna y en leche. La tercera, después de haber cogido y encerrado el maíz o otra cualquier semilla que hubiesen tenido de cosecha; cosa por cierto que admira ver, que en este modo de ofrenda primiciaria hayan sido semejantes estas dos repúblicas; pero no es mucho, pues era el demonio el que los incitaba y movía a ello, el cual, como llevamos probado en todo el discurso de estos libros, quiere remedar a Dios en todo lo que le es posible; y siéndolo esto y tan fácil (por cuanto estos indios son inclinadísimos al culto divino) tuvo poco que hacer con ellos, en obligarles a este género de ofrenda y sacrificio, el cual, como está dicho, hacían todos muy de ordinario y en general sin faltar un punto ni descuidarse en ofrecerla.

De donde se puede claramente afirmar que ha sido muy común en el mundo y ser cosa natural este modo de ofrenda con que se han mostrado los hombres deudores a las cosas divinas. Y no es mi intención poner en cuestión si esto ha sido de ley positiva o natural, porque no importa para la historia, aunque digo con los que mejor han sentido en esta materia, que ha sido de ley divina, movidos con un impulso e inclinación natural, porque, a ser ley positiva, sabemos que no todas las leyes han corrido igualmente por todo el mundo, y vemos, según lo probado, cómo todos han usado este modo de ofrenda, luego con impulso natural. Y el que más quisiere saber de esto lea a Anastasio Germanio,[13] el cual doctamente le satisfará con razones sabias y concluyentes. Y la que da fin a este capítulo es, que han sido tan cuidadosos nuestros indios en ofrecer sus primicias (aunque no diezmos, porque no los usaron) que lo primero que hacían y hacen, es venir con ellas a la iglesia, ofreciéndolas en los altares que más devoción tienen.

[13] Anast. lib. 3 de Sacrorum Immunitatibus.

CAPÍTULO XXII. *De las presagiones y dedicaciones de los templos*



NTRE LAS COSAS QUE LA DEVOCIÓN ANTIGUA de los hombres usó para conservar con puridad su inmunidad, fue dedicar a los dioses los templos y casas que les edificaban. Para lo cual primero levantaban sus figuras, echaban sus suertes, buscaban agüeros (que son adivinanzas supersticiosas) que favoreciesen su devoción e intento. Así lo leemos en Gelio, de sentencia de Varrón, haberlo hecho los romanos; y también Tito Livio, en sus *Décadas,*[1] lo dice de el rey Tarquino de Roma, para que con más seguridad se conservasen los dichos templos. Esto mismo sabemos haber hecho estos indios occidentales, cuando los que se llamaron mexicanos se apartaron de los culhuas, un poco apartados del sitio que ahora tienen, levantando un altar de papel a su dios Huitzilupuchtli, que les sirvió por entonces también de templo, para cuya erección y dedicación pidieron a sus vecinos los culhuas dichos, alguna cosa de agüero que poner en el dicho altar, para mayor certificación de su próspero suceso, como lo vimos más fundamentalmente en el libro de su historia.

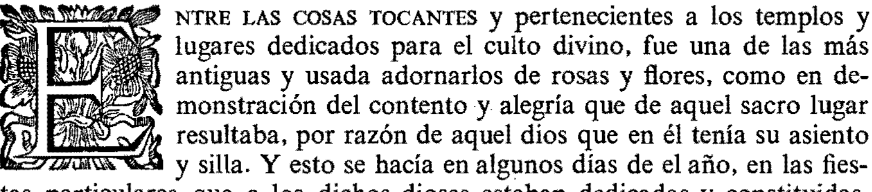
Siendo pues agorado el lugar y construido el templo lo dedicaban diciendo ciertas palabras por la misma persona del pontífice y teniendo con sus manos las puertas del templo que consagraba y dedicaba, haciendo las casas particulares de los dioses, a los cuales las dedicaban para que no pudiesen ser profanadas de los seculares y gente lega. Y así dijo Quintiliano, en las *Declamaciones,*[2] ser la dedicación cosa que inducía a Dios y lo sentaba en su casa como en silla propia. Y Cicerón,[3] en una de sus oraciones dice esto y otras muchas cosas concernientes y tocantes a las dichas, y otros muchos. Adornaban juntamente esta consagración y dedicación de templos con muchos sacrificios que hacían de diversos y varios animales. Y aunque la prueba de esto, para los que fueron de gentiles, están los libros de todos los historiadores antiguos muy llenos, para el de Dios la Sagrada Escritura[4] nos lo dice y afirma, particularizando la mucha suma de ello que aquel día de su dedicación fueron muertos. Donde murieron veinte y dos mil vacas y novillos; ciento y veinte mil ovejas y carneros. Y cuando traían el Arca del Testamento venían haciendo sacrificios de estos animales sin número. Luego que pusieron el Arca en su lugar, dentro del *Sancta Sanctorum,* dice la Sagrada Escritura que se hinchió el templo de una niebla tan espesa que no veían los sacerdotes, para poder ocuparse en el sacrificio y ministerio de su oficio. Luego hizo Salomón oración a Dios y tuvo respuesta de él. Bendijo al pueblo con unas muy santas y paternales palabras. Y esto sólo sabemos que hubo en aquella fiesta, que duró por ocho días,

[1] Aul. Gel. lib. 2. cap. 10. Tit. Liv. Dec. 1. lib. 1. cap. 7 et 18.
[2] Quint. Declam. 323.
[3] Cicer. Declam. Pro domo sua ad pontificem.
[4] 3. Reg. 8.

los cuales pasados despidió el rey a toda la gente, la cual se fue por familias a sus ciudades y pueblos. Y de esta manera quedó consagrado y dedicado a Dios aquel templo, sin saber que hubiese otra cosa que se añadiese a esta dedicación.

Siendo pues éste el común uso antiguo de todas las gentes, en la dedicación de sus templos, no se contentó el demonio en las que estos desventurados indios occidentales hacían, de los que le dedicaban, con que muriesen los animales referidos; los cuales no leemos ni sabemos que por entonces los hubiese, aunque de otras especies muchas sí, de los cuales es creíble que sería la suma immensa y sin número. Pero añadió el enemigo de la vida y descanso del hombre, que en los que se dedicaron en esta Nueva España fuesen las fiestas celebradas con animales racionales y capaces de razón, de los cuales en semejantes días morían muchos. En especial se dice, que cuando se dedicó el templo mayor de Mexico y fue en él puesta la estatua de Huitzilupuchtli, murieron aquel día más de sesenta mil cautivos, celebrando con sangre humana las fiestas infernales y apagando con ella la sed de el demonio, que por ella bebe de ordinario los vientos. Dedicación de templo es ofrecerlo a Dios y estrenarlo en su servicio; y estos indios le dicen Teychaliliztli; y esto se hacía el primer día que se estrenaba con aquel intento y devoción de el pueblo y gastos de sacrificios y ofrendas. Y de allí adelante quedaba consagrado para no poder usar de él profanamente, guardándole respeto como a casa de Dios y palacio suyo, donde venía a dar sus oráculos y respuestas.

CAPÍTULO XXIII. *De los adornos y enramamientos de los templos*



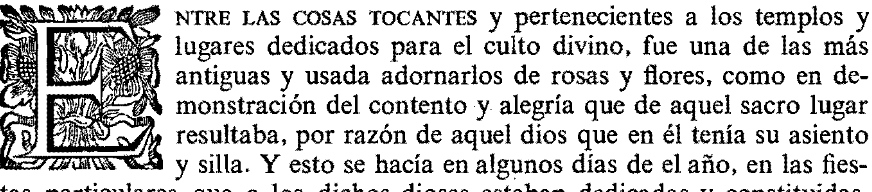
ENTRE LAS COSAS TOCANTES y pertenecientes a los templos y lugares dedicados para el culto divino, fue una de las más antiguas y usada adornarlos de rosas y flores, como en demonstración del contento y alegría que de aquel sacro lugar resultaba, por razón de aquel dios que en él tenía su asiento y silla. Y esto se hacía en algunos días de el año, en las fiestas particulares que a los dichos dioses estaban dedicadas y constituidas. Enramaban los altares, coronábanse los sacerdotes, y cantaban y bailaban, comían y bebían larga y abundantemente, como Tertuliano lo refiere. Y el elocuentísimo Paulino dice,[1] que tenían grandísimo cuidado los idólatras de barrer y limpiar sus templos (cual era razón que los cristianos lo tuviesen de hermosear sus conciencias, pues son templo de Dios vivo, como dice San Pablo).[2] Dice también que era muy de ver los quicios y umbrales dorados, cercados y rodeados de rosas y flores, esmaltado el suelo con sus varios y diversos colores, las puertas, colunas, chapiteles y torres tan cua-

[1] Tertul. lib. de Corona Militis. Paulin. in Natalis primo de Munditiae, et 3. de Sertis, atque lucernis intra templum, et ad ianuas accensis.
[2] 2. Ad Cor. 6.

los cuales pasados despidió el rey a toda la gente, la cual se fue por familias a sus ciudades y pueblos. Y de esta manera quedó consagrado y dedicado a Dios aquel templo, sin saber que hubiese otra cosa que se añadiese a esta dedicación.

Siendo pues éste el común uso antiguo de todas las gentes, en la dedicación de sus templos, no se contentó el demonio en las que estos desventurados indios occidentales hacían, de los que le dedicaban, con que muriesen los animales referidos; los cuales no leemos ni sabemos que por entonces los hubiese, aunque de otras especies muchas sí, de los cuales es creíble que sería la suma immensa y sin número. Pero añadió el enemigo de la vida y descanso del hombre, que en los que se dedicaron en esta Nueva España fuesen las fiestas celebradas con animales racionales y capaces de razón, de los cuales en semejantes días morían muchos. En especial se dice, que cuando se dedicó el templo mayor de Mexico y fue en él puesta la estatua de Huitzilupuchtli, murieron aquel día más de sesenta mil cautivos, celebrando con sangre humana las fiestas infernales y apagando con ella la sed de el demonio, que por ella bebe de ordinario los vientos. Dedicación de templo es ofrecerlo a Dios y estrenarlo en su servicio; y estos indios le dicen Teychaliliztli; y esto se hacía el primer día que se estrenaba con aquel intento y devoción de el pueblo y gastos de sacrificios y ofrendas. Y de allí adelante quedaba consagrado para no poder usar de él profanamente, guardándole respeto como a casa de Dios y palacio suyo, donde venía a dar sus oráculos y respuestas.

CAPÍTULO XXIII. *De los adornos y enramamientos de los templos*



NTRE LAS COSAS TOCANTES y pertenecientes a los templos y lugares dedicados para el culto divino, fue una de las más antiguas y usada adornarlos de rosas y flores, como en demonstración del contento y alegría que de aquel sacro lugar resultaba, por razón de aquel dios que en él tenía su asiento y silla. Y esto se hacía en algunos días de el año, en las fiestas particulares que a los dichos dioses estaban dedicadas y constituidas. Enramaban los altares, coronábanse los sacerdotes, y cantaban y bailaban, comían y bebían larga y abundantemente, como Tertuliano lo refiere. Y el elocuentísimo Paulino dice,[1] que tenían grandísimo cuidado los idólatras de barrer y limpiar sus templos (cual era razón que los cristianos lo tuviesen de hermosear sus conciencias, pues son templo de Dios vivo, como dice San Pablo).[2] Dice también que era muy de ver los quicios y umbrales dorados, cercados y rodeados de rosas y flores, esmaltado el suelo con sus varios y diversos colores, las puertas, colunas, chapiteles y torres tan cua-

[1] Tertul. lib. de Corona Militis. Paulin. in Natalis primo de Munditiae, et 3. de Sertis, atque lucernis intra templum, et ad ianuas accensis.
[2] 2. Ad Cor. 6.

jadas de lo mismo, que más parecía jardín muy deleitoso de plantas y yerbas frescas y odoríferas, que paredes y obra de cal y canto.

Ninguna cosa hubo en el mundo en que más conviniesen los gentiles de estas indianas tierras con los antiguos de las otras regiones, conocidas y sabidas de muy atrás y de siglos más antiguos, que en esta de adornar los templos y casas de sus dioses. Porque aunque en servirlos pusieron mucho cuidado, fue muy más singular el que tuvieron de enramarlos y adornarlos con flores y ramos, haciendo muchas labores de sus diferentes hojas; y aunque en esto pusieron mucho cuidado en tiempo de su gentilidad, mucho mayor ha sido el de su cristianismo y conversión a la fe. Y es tanto de ver el adorno que hacen a los templos e iglesias, que obliga a más admiración ver una iglesia de los indios, el día de fiesta particular que la enraman, que todos los templos e iglesias de españoles, no sólo de las Indias, pero de los de España. Y porque tratando de la celebración de las fiestas se dice más larga y extendidamente de esta materia y lo mucho que de ella hay que decir. Concluyo este capítulo con decir que el demonio que traía ciegas a las gentes idólatras les hacía en todo tiempo que le sirviesen con todo género de flores y que éstas se las ofreciesen en los quicios de sus templos y en otras partes de lo interior y exterior de ellos. Y puede ser que deba entenderse de estos mismo días festivos aquello de Juvenal,[3] que se adornaban y componían las puertas de ramos y flores, en señal de alegría, aunque él habla allí de las bodas y casamientos; pero esto es cierto, que en las festividades que se celebraban usaban de este adorno y hoy lo usan los indios, y no sólo en las fiestas principales (donde se aventajan mucho), pero los domingos y fiestas comunes se usa echar juncia y trébol, como yo lo he visto y veo cada día, en especial en este convento de Santiago Tlatelulco, que es parte de esta ciudad de Mexico, donde escribo esto.

[3] Iuv. Sat. 9.



LIBRO NONO

DE LOS VEINTE Y UN RITUALES Y MONARQUÍA INDIANA

Compuesta por fray Juan de Torquemada
de la Provincia de el Santo Evangelio, en Nuéva España

ARGUMENTO DE EL LIBRO NONO

Trátase en este libro de los sacerdotes, desde su principio y origen, y los que estos indios tenían. Las dignidades de sus oficios. Los oficiales mayores y menores. Las mujeres que servían a los templos. Los colegios de mancebos y niños dedicados a la falsa adoración de los dioses. De unos prodigiosos capellanes perpetuos que tenían. Dase razón de los cánticos e himnos que cantaban y cómo los cantaban. La utilidad de los cantares honestos. De los instrumentos músicos de que se usaba y usa en los oficios de su religión. Agorar fue perteneciente a estos falsos sacerdotes. La estimación en que siempre ha sido tenido el sacerdocio, y cómo anduvo junto con el reino en algún tiempo. Que es oficio sacerdotal el sacrificio. Del oficio divino y preparación que se hacía para ofrecerle. Dícense las penitencias que algunas veces hacía el sumo sacerdote, y la limpieza que el estado sacerdotal pide. Del adorno de los sacerdotes. De las pláticas que se hacían a los mancebos que entraban en servicio de los templos. Y del tañer de las campanas

PRÓLOGO

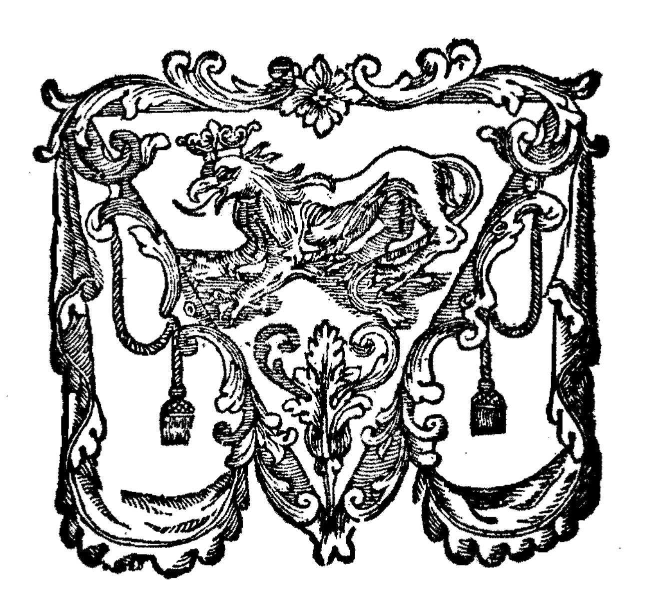
AL LIBRO NONO



A DISTRIBUCION MÁS PROPIA que parece llevar esta historia es el orden con que van seguidos estos libros; porque habiendo cosas que han de ser ofrecidas en el culto divino (ora sea falso, ora verdadero) y lugar donde han de ser hechas y ejercitadas, fuerza es que haya ministros por cuyas manos pasen y se hagan. Éstos son los ministros eclesiásticos que se llaman sacerdotes, por ser dedicados a cosas sagradas. De estos hombres segregados del común de las gentes tuvo Dios en el principio del mundo sus ministros. Y envidioso de esto el demonio también los procuró y se hizo señor de muchos. De este estado sacerdotal y ministerio eclesiástico trata este libro; y en él verás (cristiano lector) el origen que tuvo en el mundo y cómo ha ido discurriendo por naciones y edades. Y fueron en tanto número estos hombres, dedicados a este falso servicio de Satanás, que hacen exceso a muchas naciones del mundo. Y no sé si excedieron en otro mucho mayor a los del templo antiguo de Dios; porque aunque allí en aquel su pueblo fueron muchos, como por las Sagradas Escrituras se sabe, como no fue más que para el servicio de un solo templo el gentío y sacerdotes que hubo, bastaron los que por los reyes y jueces y otras personas de aquella república fueron nombrados, que fueron muchísimos en número; pero como los de estos indios estaban derramados y distribuidos en el servicio de tantos delubros o templos y cada uno tenía tantos de su servicio; y los delubros o casas infernales eran tantas, fue casi sin número el gentío que estaba dedicado a este pésimo cuidado. De todos los cuales no se hace memoria particular, porque fuera cansar a los lectores; solos van nombrados los que por razón de sus oficios y ministerios son forzosos en la narración de esta historia que son muchos.

Dícese también todo lo tocante a este ministerio sacerdotal, así como se usó entre ellos, contando como siempre ha sido común a hombres y a mujeres ocuparse en este oficio y ministerio eclesiástico. De las alabanzas que los semejantes ministros acostumbran, así de las que se hacen a nuestro Dios verdadero, como las que atribuyeron las gentes ciegas del mundo, falsa y mentirosamente a los demonios. Pónense otras cosas concernientes a éstas, en todo lo cual se hallarán muchas cosas que hasta ahora no se han tratado tan de propósito en capítulos propios y tan notados. La autoridad del sacerdocio y preparación que hacían estos falsos ministros para la celebración de sus fiestas. Para que por estas cosas se colija la dignidad grande

de este oficio, y cómo todas las naciones del mundo la conocieron, y la reverencia en que todos la han tenido. Y se junta a todo lo dicho el cuidado que estas gentes indianas tuvieron en criar sus hijos y doctrinarlos, y los lugares que para esto tenían en los templos y colegios. Que todo (como en este libro se prueba) es perteneciente al oficio sacerdotal.



CAPÍTULO I. *Donde se declara la etimología del nombre de sacerdote; y se dice ser necesarios los sacerdotes para el culto divino, y en quién tuvo origen y principio este oficio, y cómo fue corriendo por todas las naciones y edades del mundo*



N LOS LIBROS PASADOS hemos dicho haber adoración y reconocimiento de Dios, por ser cosa cierta que el que por algún modo conoce haber Dios, ha de ofrecerle acto interior o exterior con que reconocerle por supremo, lo cual confesamos. En este libro tratamos de los ministros y oficiales, de los cuales es administrado y servido. Éstos son hombres apartados y segregados del común del pueblo, haciendo entre sí república distinta de la temporal y profana. Éstos se llaman sacerdotes, que es tanto como decir cosa sagrada, que la da y recibe; porque *sacer,* que es el nombre de donde se deriva, quiere decir cosa sagrada; y según etimología de San Isidoro,[1] es nombre compuesto de griego y latino, que quiere decir, el que da lo sagrado. Y así como este nombre rey se toma de regir, así este nombre sacerdote, se toma de ejercitar cosas sagradas y sacrificios. Y aunque en estado evangélico y ley de gracia, solos aquéllos son sacerdotes que son ordenados por los obispos y hacen vida continente y casta. En los tiempos de la ley natural y escrita lo fueron, conforme en aquellos mismos tiempos se usaba; y así como Dios los tuvo que ofrecieron pan y vino y otros sacrificios, los tuvo también el demonio, para el servicio de su falso altar y templo. El haber sacerdotes y ministros de los templos es cosa forzosa,[2] porque habiendo dioses que adorar y templos donde han de ser adorados y servidos, ha de haber ministros que los sirvan y traten las cosas divinas (como dicen el Filósofo y Tulio)[3] que sean también enseñadores de la doctrina que enseña el dios que adoran, como también lo dice Platón en el diálogo *Civilis,*[4] expresando que del oficio de los sacerdotes es entender y señalar los dones y sacrificios que se han de ofrecer a los dioses y la manera y ritos de ellos, y cómo y por qué causa los hombres deben hacer sus votos y qué dones y mercedes se han de pedir a Dios; y de aquí es que son intérpretes de los secretos y cosas divinas para con los hombres.

Siendo pues esto así, es fuerza (como hemos dicho) tratar de los sacerdotes y ministros de los templos, diciendo primero de los que han sido del verdadero Dios y luego de los que lo han sido del demonio. Abel fue el primer sacerdote que hubo en el mundo, de quien hace mención la Sagrada

[1] Div. Isidor. lib. 7. Ethymol. cap. 12.
[2] Arist. 6. Polit. cap. 8. Et lib. 7. cap. 8. Cicer. Orat. in Verrem.
[3] Plat. Civil. seu de regn.
[4] Supra lib. 7. cap. 1. hoc. vol.

Escritura, aunque antes lo había sido su padre Adán, ofreciendo sacrificio (como dejamos probado),[5] del cual recibió Dios el sacrificio muy bien, mostrando serle grato con enviar fuego del cielo que lo quemase, abrasase y consumiese, como dice Genebrardo,[6] que es dicho de los hebreos; y aun añade que en medio de las llamas se apareció una imagen y semejanza de un león, que fue como una figura y sombra de aquel león que había de nacer de el tribu de Judá, para redimir el mundo, haciéndose sacerdote y sacrificio para el bien de el hombre. Melchisedech fue también sacerdote y ministro de Dios que ofreció pan y vino y fue ministro de este sacrificio, y de otros muchos lo sería que no se incluyeron los que pudo hacer en aquel solo que la Escritura[7] nos dice; mayormente siendo cabeza de la Iglesia y sacerdote quinientos años, desde el Diluvio, hasta el tiempo de Jacob, como lo dice Genebrardo en el *Chronicón* y lo nota San Gerónimo, escribiendo a Evagrio;[8] y en la ciudad que edificó, dice el mismo Genebrardo que edificó altar en que sacrificó. Después que creció aquel pueblo escogido de Dios y le sacó de Egipto y mandó tener tabernáculo y casa donde fuese buscado, luego eligió ministros de ella y un sumo sacerdote con quien tratase y tuviese cuidado de su servicio y culto, casa y templo, que fue Aarón, sumo sacerdote, y dándole por acompañados y sacerdotes menores a sus hijos, como se nota en la Sagrada Escritura.[9] A Heli, en la tierra de promisión; y otros muchos instituyó David, rey de Israel, ministros y oficiales de su servicio, en orden del culto divino y sacrificios; y Salomón, su hijo, los aumentó cuando edificó y hizo casa a Dios, ordenando sacerdotes mayores y menores, levitas y cantores, que de ordinario asistiesen a las celebraciones de las solemnidades y sacrificios, por manos se hacían todos.

CAPÍTULO II. *De las dignidades y órdenes de sacerdotes y ministros que hay en el estado evangélico*



UNQUE HEMOS DICHO EN COMÚN, en el capítulo pasado, ser necesario los sacerdotes y ministros de los templos para el servicio de ellos y culto de él que en ellos se adora y haberlos habido en todas las edades del mundo, no basta aquella noticia, por ser confusa, para mi intento; y así me ha parecido en el capítulo presente dar más razón este ministerio, para que se vea que no es yerro, ni poco saber del que lo escribe, nombrar a los ministros del demonio con los mismos nombres que son nombrados los de Dios verdadero; porque en realidad de verdad son una misma cosa, en cuanto al significado, aunque muy diferentes en lo tocante a la verdad de la religión que siguen; porque ya se ve que los que lo son del

[5] Geneb. lib. 1. Chron.
[6] Genes. 14. Ad Heb. 7.
[7] Geneb. ubi supra. Div. Hier. ad Evag.
[8] Exod. 31.

Escritura, aunque antes lo había sido su padre Adán, ofreciendo sacrificio (como dejamos probado),[5] del cual recibió Dios el sacrificio muy bien, mostrando serle grato con enviar fuego del cielo que lo quemase, abrasase y consumiese, como dice Genebrardo,[6] que es dicho de los hebreos; y aun añade que en medio de las llamas se apareció una imagen y semejanza de un león, que fue como una figura y sombra de aquel león que había de nacer de el tribu de Judá, para redimir el mundo, haciéndose sacerdote y sacrificio para el bien de el hombre. Melchisedech fue también sacerdote y ministro de Dios que ofreció pan y vino y fue ministro de este sacrificio, y de otros muchos lo sería que no se incluyeron los que pudo hacer en aquel solo que la Escritura[7] nos dice; mayormente siendo cabeza de la Iglesia y sacerdote quinientos años, desde el Diluvio, hasta el tiempo de Jacob, como lo dice Genebrardo en el *Chronicón* y lo nota San Gerónimo, escribiendo a Evagrio;[8] y en la ciudad que edificó, dice el mismo Genebrardo que edificó altar en que sacrificó. Después que creció aquel pueblo escogido de Dios y le sacó de Egipto y mandó tener tabernáculo y casa donde fuese buscado, luego eligió ministros de ella y un sumo sacerdote con quien tratase y tuviese cuidado de su servicio y culto, casa y templo, que fue Aarón, sumo sacerdote, y dándole por acompañados y sacerdotes menores a sus hijos, como se nota en la Sagrada Escritura.[9] A Heli, en la tierra de promisión; y otros muchos instituyó David, rey de Israel, ministros y oficiales de su servicio, en orden del culto divino y sacrificios; y Salomón, su hijo, los aumentó cuando edificó y hizo casa a Dios, ordenando sacerdotes mayores y menores, levitas y cantores, que de ordinario asistiesen a las celebraciones de las solemnidades y sacrificios, por manos se hacían todos.

CAPÍTULO II. *De las dignidades y órdenes de sacerdotes y ministros que hay en el estado evangélico*



UNQUE HEMOS DICHO EN COMÚN, en el capítulo pasado, ser necesario los sacerdotes y ministros de los templos para el servicio de ellos y culto de él que en ellos se adora y haberlos habido en todas las edades del mundo, no basta aquella noticia, por ser confusa, para mi intento; y así me ha parecido en el capítulo presente dar más razón este ministerio, para que se vea que no es yerro, ni poco saber del que lo escribe, nombrar a los ministros del demonio con los mismos nombres que son nombrados los de Dios verdadero; porque en realidad de verdad son una misma cosa, en cuanto al significado, aunque muy diferentes en lo tocante a la verdad de la religión que siguen; porque ya se ve que los que lo son del

[5] Geneb. lib. 1. Chron.
[6] Genes. 14. Ad Heb. 7.
[7] Geneb. ubi supra. Div. Hier. ad Evag.
[8] Exod. 31.

demonio van errados y que usurpan vana y mentirosamente este excelentísimo nombre de sacerdote y ministerio sacro, siendo debido de razón y de justicia a solos aquellos que lo son de Dios verdadero; pero como el nombre significa una misma cosa, es fuerza que se conceda a todos, así a los de Dios verdadero, como a los del demonio que se finge falsamente Dios. El que desto nos da más clara y larga noticia es el glorioso San Isidoro,[1] el cual, poniendo los grados de los ministros eclesiásticos en este estado evangélico, comienza por el oficio que es común a todos, que es de ser ministros; y así dice en el libro séptimo de sus *Etimologías,* que el primer grado que comprehende a esta suerte de gente es el de clérigos; en el cual se comprehenden y encierran todos los pertenecientes a este estado eclesiástico; porque el vocablo griego *cleros,* significa suerte o heredad y por esto se llaman clérigos, como decir de la suerte o heredad de Dios; y créese haberse llamado así por haber entrado en este número de ministros eclesiásticos San Matías, por este modo de elección, echando suertes entre él y el otro discípulo, llamado por sobre nombre el Justo; y por esta razón son llamados clérigos, generalmente, todos aquellos que se ocupan en el ministerio de la iglesia en el servicio de Cristo nuestro señor; entre los cuales son nombrados los primeros los hostiarios, que son los porteros, los psalmistas, los lectores, exorcistas y acólitos, subdiáconos, diáconos, presbíteros y obispos. Estas palabras son de San Isidoro y las pone formalmente el derecho en la distinción veinte[2] y una, aprovechándose para todo aquel capítulo de las razones deste glorioso santo. Luego, prosigue San Isidoro, recebido en el derecho, que el último y supremo grado de la dignidad eclesiástica, llamado en término común y general, obispo, se divide en cuatro grados: el primero, el de los patriarcas; el segundo, de los arzobispos; el tercero, de los metropolitanos; y el cuarto, de los obispos, que es la inferior dignidad destas cuatro, aunque igual en la consagración y segregación del demás clero.

El motivo que hubo para nombrar estas dignidades y constituirlas en la Iglesia católica, se dice por expresas palabras en el mismo derecho en la distinción ochenta,[3] diciendo que San Pedro, primer vicario del summo sacerdote y pontífice Jesucristo nuestro señor, usando de la costumbre antigua de los gentiles, ordenó que en los pueblos donde había primiflamines (como luego declararemos) se constituyesen los patriarcas, que quiere decir padre de los padres o príncipe supremo entre los padres; y en lugar de los archiflamines fuesen constituidos los arzobispos, que según San Isidoro quiere decir el mayor de los obispos o el summo entre todos ellos. Metropolitano se nombra de la jurisdicción y distrito que cada uno tiene en su beneficio y encomienda. Obispo quiere decir especulador y vela, por cuanto siempre ha de estar especulando y velando sobre las ovejas que tiene encomendadas, según aquello de San Pablo cuando dijo:[4] Ellos velan como

[1] Div. Isidor. lib. 7. Ethymol. cap. 12.
[2] Dist. 21.
[3] 80 Dist. cap. 1. et 2.
[4] 1. Ad Cor. 13.

aquellos que están obligados a dar cuenta de su aprovechamiento y medra, o de su perdición y daño; porque según el mismo santo *scopin* en griego, quiere decir *intendere* en latín, que es cuidar y solicitar las cosas de su ministerio.

El sumo pontífice dice que es príncipe de todos los sacerdotes, en el cual estado y dignidad se comprehenden no sólo los simples sacerdotes, que no llegan a mayor dignidad que a ser sacerdotes, pero todos los patriarcas, arzobispos y obispos consagrados en ellas; porque sumo sacerdote es pontífice máximo, ordena sacerdotes y levitas, que son diáconos y dispone todas las cosas eclesiásticas como cabeza suprema que es en la Iglesia, y él comunica esta su autoridad a los demás inferiores, y en todo lo que estos inferiores pueden y tienen autoridad, puede él, pero no al contrario que puedan estos inferiores todo lo que el pontífice máximo y supremo puede. Levita es llamado el diácono, que quiere decir ministro, por serlo en la administración de las cosas sagradas, de los cuales fueron San Esteban y San Lorenzo; subdiáconos, ministros de los diáconos, llamados en el hebreo, *nathinnei*. Los lectores son llamados así, porque leen; psalmistas, porque cantan pasalmos e himnos; cantores, porque cantan; acólitos, porque llevan los ciriales en los oficios que celebra la iglesia; los exorcistas, que son los conjuradores y constriñidores para conjurar los demonios y otras cosas según tiene ordenados sus conjuros nuestra madre la Iglesia; porteros, los que abren y cierran las puertas, los cuales eran elegidos y nombrados en el testamento viejo para guardar el templo y que mirasen por su ornato y limpieza.

Éste es el oficio que les da a los tales la Iglesia nuestra madre, y así en el derecho, en la distinción veinte y cinco,[5] se dicen estas formales palabras: A los porteros les pertenecen por oficio las llaves de las iglesias para que cierren y abran el templo de Dios y tengan cuidado de todas las cosas que están dentro y las guarden, reciban dentro a los fieles y expelan a los excomulgados e infieles. Ya que entre estos indios no había esta diferencia de gente, por ser todos de un mismo culto y adoración, para lo cual no había que elegir y nombrar porteros, eran (a lo menos) nombrados y elegidos para la limpieza de los templos y guarda de las cosas muchas que en ellos había. Éstos son, pues, los grados de ministros eclesiásticos y sagrados que hay en la Iglesia, los cuales se nombran de diferentes nombres, por los diferentes oficios en que se ejercitan y diferentes grados de dignidad en que son constituidos y puestos. Y no refiero otras muchas cosas a esto tocantes, por no hacer a mi propósito, habiendo citado las dichas para declarar las que pretendo decir de las naciones gentílicas que a la Iglesia católica han contradicho y han corrido por modo idolátrico antes de la venida de Cristo nuestro señor, en carne al mundo, y de las que con falsa opinión han ido y van corriendo, con las que se incluyen en este estado de gracia y evangélico.

[5] Dist. 25. cap. Prolectis.

CAPÍTULO III. *De los ministros de el demonio que servían en sus casas y templos entre los idólatras*



L DEMONIO, EN LOS TEMPLOS que por el mundo ha tenido y tiene, ha tenido ministros en mucho número, con los cuales no sólo se ha pretendido servir sino también engañar las gentes (como luego veremos) para que, fiados de su dicho y parecer, no hiciesen más averiguación para buscar mejor señor y dueño que el de aquellos falsos y abominables ministros de Satanás; y que asidos de sus yerros bajasen al infierno con ellos. Los primeros que en el presente capítulo se me ofrecen para tratar dellos son los de estas indianas y occidentales gentes, los cuales referidos y divididos en órdenes y clases harán más fácil la inteligencia de los que fueron más antiguos en Egipto, Grecia, Roma y otras partes, pues el demonio que los engañaba a todos buscaba modos en aquéllos para ilustrarse y hacerse famoso en éstos. Éstos tenían muchas órdenes y grados diversos y nombres, según los oficios que ejercitaban y ministerios a que acudían; porque había summo pontífice o summo sacerdote; había pontífice menor, inferior al sumo pontífice, y a este menor eran inferiores los comunes sacerdotes.

No sólo no se cortaban el cabello estos sacerdotes dichos, pero dejábanlo crecer todo lo posible y había muchos que les llegaba a las corvas y más, a manera de los nazareos de el testamento viejo. Era negro como azabache, tranzábanlo algunas veces todo junto, haciendo una madeja de él tan gruesa como el brazo. Tenían (como hemos dicho) el cabello muy sucio y feo, porque jamás lo lavaban ni peinaban; añadía a su fealdad que ellos mismos se tiznaban y cubrían con unas mantas negras, de dos varas en cuadro, que con semejante aderezo y postura, bien dijera el que los viera, de los que conocen a Dios y saben la limpieza que en sus ministros pide, cuán de veras eran ministros de el demonio y sacerdotes sucios, detestables y feos, de aquel padre de mentira que los engañaba y traía ciegos, para que no vieran por aquella suciedad exterior la interior de sus conciencias y almas. Diferenciábase el sumo pontífice o sacerdote de los otros en traer colgada y asida de el pecho una borla de algodón, como en señal de preeminencia y mayoría. Llamábase teotecuhtli, que es como decir el supremo sobre todos los consagrados y dedicados a Dios, y que tiene jurisdicción y poderío sobre todos ellos. Al pontífice menor nombraban hueiteupixqui, que quiere decir grande oficial de Dios o grande guarda de las cosas de Dios. Y los sacerdotes comunes se llamaban teupizque, que quiere decir oficiales o guardas de dios, de teutl, que es dios y pixqui, que es guarda u oficial, a cuyo cargo está la cosa.



CAPÍTULO IV. *De cómo estos indios occidentales fueron semejantes a los antiguos idólatras en las elecciones y distinciones de ministros superiores e inferiores, y se declara el nombre de pontífice*



O DISCORDARON MUCHO ESTOS INFIELES en los grados, órdenes y oficios que los antiguos tuvieron para el servicio y culto que llamaban, falsamente, divino, con que era honrado y servido de ellos el demonio. Y probándolo con las costumbres romanas vemos, que el segundo rey de aquella república, llamado Numa Pompilio, gran republicano y muy dado a las cosas de la religión, como dice Dionisio Halicarnaseo,[1] en los libros de las *Antigüedades romanas,* el cual sucedió inmediatamente a Rómulo, estableció ocho órdenes de sacerdotes, para los cuales (por razón de que supiesen todo lo perteneciente a su oficio) hizo ocho libros, en los cuales declaró todas las cosas que eran de el servicio de la religión, y lo que a cada género de sacerdotes pertenecía y era proprio de su ministerio y oficio, el uno de los cuales eran los flamines. Éstos eran de gran dignidad, según el glorioso padre San Agustín,[2] y tan supremos que no había en Roma más que tres de estos sacerdotes, dedicados a tres señalados dioses; el uno, a Júpiter y éste se decía dialis; el segundo, al dios Marte y se llamaba martialis; el tercero, a Rómulo, que después que lo deificaron llamaron Quirino, y este su sacerdote se llamaba quirinalis. Marco Varrón afirma que Rómulo instituyó los dos primeros, y su sucesor Numa instituyó el tercero en honra de Quirino. Después de este mismo rey eligió a cada dios falso un sacerdote flamine, y así tenían los nombres conforme el dios que servían. De manera que al sacerdote de Vulcano, que era de esta suprema orden, llamaban flamen vulcanalis; y al de la diosa Furina, que lo era del furor, flamen furinalis y de esta manera discurría el nombre por los demás; pero sobre todos los sacerdotes flamines era por mandamiento real, de Numa, el mayor, el dialis, que era de Júpiter. A éste concedió, según Aulo Gelio,[3] veinte y dos privilegios y ceremonias, que a él solo pertenecían y no a otro de los de su misma especie. Hubo otros que llamaron pontífices, y aunque al principio fueron cuatro, después con el tiempo creció el número hasta llegar a ocho; pero entre éstos había uno que se llamaba sumo y era el supremo y mayor, así en nombre como en autoridad; y éste tenía guardado por escrito el orden de los sacrificios y los días cuando se habían de ofrecer, en qué templos y a qué dioses y todo lo demás que pertenecía al culto idolátrico que tenían por divino y sagrado.

Ya por lo dicho en el capítulo pasado hemos visto cómo entre los indios había un pontífice supremo, al cual todos los demás eran inferiores. El cual era como el pontífice gentil romano, que excedía en dignidad a todos los

[1] Dion. Hal. lib. 2.
[2] Div. Aug. lib. 2. de Civit. Dei, cap. 15.
[3] Aul. Gel. lib. 10. cap. 15.

otros y había hueyteupixques y teupixques; los cuales los romanos llamaron por otro nombre primiflamines y archiflamines, los cuales eran supremos en dignidad a los comunes que se llamaban flamines. Y, según parece por lo dicho en el capítulo segundo, los primiflamines eran como son ahora los patriarcas en nuestra iglesia evangélica; y los archiflamines como arzobispos; y los flamines como obispos, porque el sumo sacerdote San Pedro, vicario de el primero y eterno sumo pontífice y universal de el mundo Jesucristo nuestro señor, dando orden en el gobierno de su iglesia, después que la tuvo a su cargo, por entrega que Jesucristo nuestro señor le hizo de ella, ordenó que en lugar de los sacerdotes primiflamines sucediesen en su iglesia los patriarcas; y en su lugar de los archiflamines los arzobispos; en el de los flamines los obispos, como todo esto se prueba en los decretos veinte y uno y ochenta, tomando la iglesia esta distinción de los grados de los prelados de la orden que tenían los gentiles, como dice San Isidoro y el maestro de las sentencias,[4] en el cuarto de sus libros. De manera que así los unos, como los otros idólatras (digo los gentiles antiguos, como estos modernos de quienes ahora hablamos), tuvieron unos mismos ministros, diferenciados sólo en los nombres, según la lengua de cada uno. Porque si bien queremos ver el significado de pontífice, no es otra cosa sino querer decir que hacen puente de buenas costumbres que sigan los otros hombres, o que las cosas espirituales y de religión, en las cuales ellos presiden, llevan a los hombres a estado en que sean felices, como pasando por puente fuerte y segura para el descanso perpetuo. Y si esto lo entendieran estos gentiles de el culto del verdadero Dios y de su ley y ministros, fueran acertados y dijeran muy bien, por cuanto la ley de Dios es camino para el cielo, como lo dijo Isaías,[5] de el evangelio de Cristo, y estado de gracia, por estas palabras: Ésta es vía, andad por ella y os llevará al cielo; y a su gracia le llama agua, a la cual convida el mismo profeta diciendo: Venid todos los sedientos a beber de ella. Y el pontífice es puente por donde este río de gracia se pasa, que es la cabeza a cuyo cargo está enseñar el modo de adquirir y alcanzar estas aguas y camino de el cielo; por cuanto es su obligación mayor que la de los demás sacerdotes, los cuales están obligados a saber todas las cosas que son de su oficio, en especial la ley y doctrina de Dios, como él mismo lo dice por Malachías,[6] por estas palabras: Los labios de el sacerdote guardan la sabiduría y ciencia; y la ley ha de ser buscada de su boca, porque es ángel de el señor (no en naturaleza, sino en el oficio puro y limpio que ejercita) en cuya boca ha de estar pura y perfectamente la explicación de la ley de Dios, como el que está obligado a saberla pura y perfectamente, para enseñarla al pueblo rudo e ignorante; lo cual se declara por lo que dice en otra parte. Pregunta la ley a los sacerdotes; como quien dice los sacerdotes están obligados a saber la ley y por esto puedes llegar con seguridad a oírla de su boca como cosa importante y pertene-

[4] Dist. 21. cap. Cleros, et 80. cap. 1. et 2. Div. Isidor. lib. 7. Ethymol. cap. 12. Mag. Sent. in 4. d. 24. circa fin.
[5] Isai. 30.
[6] Mal. 2.

ciente a su remedio, y llega con confianza de que te enseñará y sacará de duda en lo que se te ofreciere, por cuanto lo tiene por oficio y es fuerza que lo sepa para bien ejercitarlo. Ésta es, pues, la obligación del sacerdote; y si se entiende de todos los sacerdotes en común, mucho más en particular debe entenderse de el sumo sacerdote y pontífice supremo, el cual, como cabeza que es universal, está más obligado a tener conocimiento de ella por entero, por cuanto cualquier defecto que el pueblo cometiere en la ley de Dios por ignorancia del sacerdote, es culpa a él atribuida y queda obligado a la pena. Por esta razón mandaba Dios en la ley antigua, que en la consagración del sumo sacerdote se ofreciese un becerro y dos carneros y fuesen sacrificados, para dar a entender (como nota el Tostado)[7] que así como más obligado a más perfección y mayor sabiduría, era mayor su culpa en cometerla; y por consiguiente manera la pena mayor y quedaba a mayor satisfacción obligado. Y siendo esto así, con mucha propriedad se llama puente; pues es paso por donde todos pasan y deben pasar en este estado eclesiástico a las cosas forzosas y necesarias de la salvación. Y esto que se entiende del pontífice sumo y supremo, que es vicario de Jesucristo, usaban los gentiles con los que en su ley falsa elegían y criaban, teniendo autoridad suprema y fingiendo en ello que falsamente le aplicaban, llamándole máximo y estos indios hueyteupixqui, que es lo mismo. Este nombre de pontífice es latino, tomado en nuestra iglesia de los gentiles latinos, porque en la ley escrita, dada a los hebreos, no se llamaba sino gran sacerdote; y así hablaron estos indios conforme lo usaron en el pueblo de Dios, llamando a su pontífice hueyteupixqui, que quiere decir gran sacerdote.

CAPÍTULO V. *De otros sacerdotes que había en esta Nueva España, y su elección*

ICEN ALGUNOS QUE LOS SEÑORES que fallecían dejaban al mayor de sus hijos por heredero, el cual sucedía en el señorío y reino, y el segundo entraba en el sumo pontificado. Pero dado caso que esto se entienda del reino de Tetzcuco y del de Tlacupa y otros, porque en ellos iban sucediendo hijos a padres, no se debe entender de el de Mexico (donde principalmente lo ponen éstos que afirman esto), porque los reyes no heredaban sino que eran elegidos y, como vimos en el libro de los reyes, cuando el rey moría, si tenía hermano entraba heredando; y, muerto éste, otro, si lo había; y cuando faltaba le sucedía el sobrino, hijo de su hermano mayor, a quien por su muerte había sucedido; y luego el hermano de éste y así discurrían por los demás. De manera que según lo dicho no es muy conforme a verdad afirmarlo, aunque creeré muy fácilmente que los electos en pontífices y sacerdotes sumos, serían de los más nobles y descendientes de la casa real, por ser oficio tan supremo y digno de persona tal y que lo

[7] Abul. q. 1. in cap. 29. Exod.

ciente a su remedio, y llega con confianza de que te enseñará y sacará de duda en lo que se te ofreciere, por cuanto lo tiene por oficio y es fuerza que lo sepa para bien ejercitarlo. Ésta es, pues, la obligación del sacerdote; y si se entiende de todos los sacerdotes en común, mucho más en particular debe entenderse de el sumo sacerdote y pontífice supremo, el cual, como cabeza que es universal, está más obligado a tener conocimiento de ella por entero, por cuanto cualquier defecto que el pueblo cometiere en la ley de Dios por ignorancia del sacerdote, es culpa a él atribuida y queda obligado a la pena. Por esta razón mandaba Dios en la ley antigua, que en la consagración del sumo sacerdote se ofreciese un becerro y dos carneros y fuesen sacrificados, para dar a entender (como nota el Tostado)[7] que así como más obligado a más perfección y mayor sabiduría, era mayor su culpa en cometerla; y por consiguiente manera la pena mayor y quedaba a mayor satisfacción obligado. Y siendo esto así, con mucha propriedad se llama puente; pues es paso por donde todos pasan y deben pasar en este estado eclesiástico a las cosas forzosas y necesarias de la salvación. Y esto que se entiende del pontífice sumo y supremo, que es vicario de Jesucristo, usaban los gentiles con los que en su ley falsa elegían y criaban, teniendo autoridad suprema y fingiendo en ello que falsamente le aplicaban, llamándole máximo y estos indios hueyteupixqui, que es lo mismo. Este nombre de pontífice es latino, tomado en nuestra iglesia de los gentiles latinos, porque en la ley escrita, dada a los hebreos, no se llamaba sino gran sacerdote; y así hablaron estos indios conforme lo usaron en el pueblo de Dios, llamando a su pontífice hueyteupixqui, que quiere decir gran sacerdote.

CAPÍTULO V. *De otros sacerdotes que había en esta Nueva España, y su elección*



ICEN ALGUNOS QUE LOS SEÑORES que fallecían dejaban al mayor de sus hijos por heredero, el cual sucedía en el señorío y reino, y el segundo entraba en el sumo pontificado. Pero dado caso que esto se entienda del reino de Tetzcuco y del de Tlacupa y otros, porque en ellos iban sucediendo hijos a padres, no se debe entender de el de Mexico (donde principalmente lo ponen éstos que afirman esto), porque los reyes no heredaban sino que eran elegidos y, como vimos en el libro de los reyes, cuando el rey moría, si tenía hermano entraba heredando; y, muerto éste, otro, si lo había; y cuando faltaba le sucedía el sobrino, hijo de su hermano mayor, a quien por su muerte había sucedido; y luego el hermano de éste y así discurrían por los demás. De manera que según lo dicho no es muy conforme a verdad afirmarlo, aunque creeré muy fácilmente que los electos en pontífices y sacerdotes sumos, serían de los más nobles y descendientes de la casa real, por ser oficio tan supremo y digno de persona tal y que lo

[7] Abul. q. 1. in cap. 29. Exod.

mereciese. Y a esto se inclinarían muchos, tomándolo por suprema honra (como en realidad de verdad lo era), pues en lo espiritual excedían a todos y no tenían igual. Y del emperador Motecuhzuma se dice que estaba barriendo el templo cuando vinieron por él para darle la obediencia; de manera que debía de ser sacerdote. Lo que de cierto se sabe es que había sumo pontífice y que éste era supremo a los demás sacerdotes que tenían veces de obispos, y los otros se llamaban comunes. En algunas provincias de esta Nueva España había seis principales sacerdotes y el sumo pontífice, sobre todos, a quien como a cabeza reconocían y obedecían. Éstos eran en gran manera honestos y castos; y cuando veían alguna mujer bajaban los ojos al suelo; nunca bebían vino ni cosa que emborrachase, a manera de los nazareos, que les era prohibido por la ley; mostraban mucha mortificación, gravedad, mesura y majestad en los rostros; por lo cual los tenían todos por buenos y perfectos en su falsa creencia y doctrina y dábaseles gran crédito a lo que afirmaban; y, finalmente, en todo tenían grande autoridad; por ellos se gobernaba mediatamente toda la tierra, por las respuestas que de los oráculos recebían, las cuales decían y manifestaban a los señores y reyes, por manera que si se había de dar guerra o hacer otra cosa para el bien y utilidad de la república los consultaban y aquello que mandaban hacían; y así se acostumbraban en los reinos de Guatemala, y si no me he olvidado de las averiguaciones que acerca de esto tengo hechas, en éstos de Mexico también.

En parte parece convenir este orden de sacerdotes con aquel que Numa constituyó, que llamaron feciales, tomando el nombre de la fe o fidelidad pública que guardaban. La autoridad y potestad de éstos era tener gran cuidado que el pueblo romano a ninguna ciudad, que con él estuviese confederada, hiciese injusta guerra. Y si en algo se descomponía alguna provincia, éstos iban a desafiarla si por bien no se reducía; y vueltos a Roma daban noticia de ello al senado, y por su palabra se movía a hacer guerra a la dicha provincia o pueblo. Véase Servio, en el noveno y décimo libro de las *Eneidas,* que trata largamente esto, con otras cosas que a mí no me importan, sino sólo decir que llegó el sacerdocio a punto que sin parecer de sacerdotes y sin justificar ellos la causa, nunca daban guerra los reyes y capitanes.

CAPÍTULO VI. *De otras dignidades y ministros que tuvieron estas gentes idólatras*



NTRE LAS COSAS DE CUENTA y dignas de saberse que hubo entre estas indianas gentes fue una la distribución de los oficios, así supremos como inferiores; de los cuales fueron los primeros los sacerdotes repartidos en sumos y menores, conviene a saber, pontífice máximo y menores y sacerdotes simples. Pero como es fuerza, para el buen gobierno del culto divino, haber otros oficiales que se ocupen en su ministerio, así los

mereciese. Y a esto se inclinarían muchos, tomándolo por suprema honra (como en realidad de verdad lo era), pues en lo espiritual excedían a todos y no tenían igual. Y del emperador Motecuhzuma se dice que estaba barriendo el templo cuando vinieron por él para darle la obediencia; de manera que debía de ser sacerdote. Lo que de cierto se sabe es que había sumo pontífice y que éste era supremo a los demás sacerdotes que tenían veces de obispos, y los otros se llamaban comunes. En algunas provincias de esta Nueva España había seis principales sacerdotes y el sumo pontífice, sobre todos, a quien como a cabeza reconocían y obedecían. Éstos eran en gran manera honestos y castos; y cuando veían alguna mujer bajaban los ojos al suelo; nunca bebían vino ni cosa que emborrachase, a manera de los nazareos, que les era prohibido por la ley; mostraban mucha mortificación, gravedad, mesura y majestad en los rostros; por lo cual los tenían todos por buenos y perfectos en su falsa creencia y doctrina y dábaseles gran crédito a lo que afirmaban; y, finalmente, en todo tenían grande autoridad; por ellos se gobernaba mediatamente toda la tierra, por las respuestas que de los oráculos recebían, las cuales decían y manifestaban a los señores y reyes, por manera que si se había de dar guerra o hacer otra cosa para el bien y utilidad de la república los consultaban y aquello que mandaban hacían; y así se acostumbraban en los reinos de Guatemala, y si no me he olvidado de las averiguaciones que acerca de esto tengo hechas, en éstos de Mexico también.

En parte parece convenir este orden de sacerdotes con aquel que Numa constituyó, que llamaron feciales, tomando el nombre de la fe o fidelidad pública que guardaban. La autoridad y potestad de éstos era tener gran cuidado que el pueblo romano a ninguna ciudad, que con él estuviese confederada, hiciese injusta guerra. Y si en algo se descomponía alguna provincia, éstos iban a desafiarla si por bien no se reducía; y vueltos a Roma daban noticia de ello al senado, y por su palabra se movía a hacer guerra a la dicha provincia o pueblo. Véase Servio, en el noveno y décimo libro de las *Eneidas,* que trata largamente esto, con otras cosas que a mí no me importan, sino sólo decir que llegó el sacerdocio a punto que sin parecer de sacerdotes y sin justificar ellos la causa, nunca daban guerra los reyes y capitanes.

CAPÍTULO VI. *De otras dignidades y ministros que tuvieron estas gentes idólatras*



ENTRE LAS COSAS DE CUENTA y dignas de saberse que hubo entre estas indianas gentes fue una la distribución de los oficios, así supremos como inferiores; de los cuales fueron los primeros los sacerdotes repartidos en sumos y menores, conviene a saber, pontífice máximo y menores y sacerdotes simples. Pero como es fuerza, para el buen gobierno del culto divino, haber otros oficiales que se ocupen en su ministerio, así los

tenían estas gentes. Éstos eran como las dignidades de las iglesias catedrales en el pueblo cristiano, conviene a saber: tesorero, maestrescuela, sacristán y mozos de coro. Al tesorero llamaban tlaquimiloltecuchtli, como decir oficial de la hacienda de los templos y casa de dios o de los dioses, que es proprio de los tesoreros de las catedrales; a los cuales pertenece la guarda de los vasos sagrados y vestimentos y de todo el tesoro de la iglesia, y proveer de todo lo que incumbe al altar y que esté compuesto y proveída la lámpara de aceite, con otras cosas a éstas semejantes; las cuales todas tenía a cargo este tlaquimiloltecuchtli o tesorero; y a ellas acudía con suma diligencia y puntualidad en la casa del demonio.

Tenían sacristán mayor a cuyo cargo estaba la guarda de los ornamentos, el cual se llamaba tlillancalcatl. Había mozos de coro y servicio de templo (como luego veremos), los cuales se llamaban teotlamacazque, como decir: mozos de la casa de Dios. Había chantre, a cuyo cargo estaba lo que se había de cantar en los templos, por ser oficio de esta dignidad proveer en esto, al cual en algunas iglesias nuestras llaman cantor o primicerio y en otras capiscol y en lo mexicano tlapixcatzin. Residía de ordinario en los templos y casa del demonio, por estar a su cargo comenzar los cantares e himnos, como a nuestros chantres los salmos y otras cosas que en las iglesias se cantan; y deben instruir a los que cantan, según lo que se colige de San Isidoro en una carta que escribió a Ludo, obispo de Córdoba; y así este nuestro chantre o cantor comenzaba y entonaba primero los cantares que todos los días se cantaban a los ídolos y llevaba el compás en el teponaztli que se tañía; y de esto no había de faltar jamás, si no era por muy grande y legítima causa. Había sochantre, que era el que entonaba todo lo que se cantaba en ausencia del chantre, llamábase tzapotlateohuatzin.

Había maestrescuela, que se llamaba tlamacazcateutl, casi maestro o oficial de los mozos dedicados a dios, cuyo oficio, entre otras cosas, es enmendar a los que yerran en el coro; y en la iglesia de Salamanca y la de Toledo y otras, tener cuidado con los que han de ser promovidos en los estudios y recibir grados; y en otras partes leer y enseñar. Por lo cual en el Concilio Tridentino,[1] se proveyó que no se diesen las dignidades o oficios de maestrescuelas, si no fuese a doctores, maestros o licenciados en teología o derecho canónico, por razón de que debe enseñar o poner quien en su lugar enseñe. Este oficio ejercitaba este tlamacazcateutl, y debían de ser constituidos en esta dignidad en Roma dos sacerdotes que el rey Tarquino Soberbio eligió, los cuales tenían cargo de ver y leer los sacros libros de las sibilas y los versos y significaciones que en ellos había, y se les concedió el cuidado de corregir y enmendar los fastos, que eran los libros en que estaba escrita la memoria de los tiempos; y entre ellos las cosas sagradas y fiestas (según algunos) de donde se intituló el libro que Ovidio hizo *De fastis*.

Había una dignidad en lo eclesiástico de esta ciudad de Mexico, que se llamaba mexicatlteohuatzin, el cual tenía las veces que en las iglesias cate-

[1] Sess. 23. cap. 18.

drales nuestras el arcediano, que según algunos concilios (en especial el Tridentino,[2] refiriendo la constitución de Alexandro Tercero, en el lateranense) se llaman ojos de los obispos y vicarios suyos; el cual era como vicario general que presidía en todos los monasterios y colegios que había en esta ciudad, donde se criaban los hijos de los principales, y era uno de los sacerdotes mayores del templo o delubro del demonio; era como padre y prelado de todas las casas de congregación y de los que en ellas residían y estaban; era su comisión universal sobre todos los que en las dichas casas y monasterios presidían, los cuales todos tenían sus prelados a quienes, los que dentro estaban o se criaban, reconocían por mayor y le obedecían. Por el orden de este dicho teohuatzin se hacían los nombramientos para cualquier oficio de la república o eclesiástico que se había de encomendar a los que en las dichas congregaciones se criaban y asistían, según la noticia que de ellos tenía y daba y las informaciones que hacía cuando en los dichos colegios entraba y los visitaba.

Tenía grandísima cuenta y vigilancia con que los mancebos se criasen en mucha disciplina y doctrina del servicio de los dioses. Tenía también jurisdición sobre todos los que eran como curas y beneficiados de las parroquias de la ciudad, mandándoles en las cosas convenientes y castigándoles sus excesos. Éste tenía otro coadjutor, llamado huitznahuacteohuatzin, el cual era inferior al teohuatzin, pero suplía sus veces en el gobierno cuando por legítimas causas era impedido, o cuando por orden suyo se lo mandaba. Otro sátrapa o sacerdote había de muy grande autoridad, llamado Ometochtli, el cual presidía a cuatrocientos sacerdotes que se llamaban centzontotochtin; y eran del servicio y templo del dios del pulque, que se llamaba Tezcatzoncatl (como decir el dios Baco) no eran más los sacerdotes de Baal, a los cuales mató el profeta Elías por falsos y mentirosos; porque jamás deja el demonio de tener ministros en cantidad y abundancia, que le sirvan, como aquel que fácilmente los engaña con incitaciones que les hace y casos de libertad que les disimula.

[2] Sess. 24. cap. 12.

CAPÍTULO VII. *De los sacerdotes y pontífice que se elegía en la provincia y señorío de los totonacas; y del modo de su elección y preeminencia y de su manera de consagración, casi semejante en la confección del olio a la de el sacerdote sumo de la ley antigua, que fue engaño muy notable de el demonio*



OS SACERDOTES QUE HABÍA en la provincia de los totonacas eran hechos por elección, así como antiguamente los pueblos elegían a los obispos y también al sumo pontífice el pueblo romano; y esto parece por muchos decretos y en las historias de los santos, como de San Silvestre, San Gregorio, San Nicolás y San Ambrosio. Elegidos seis, en aquella provincia, era de esta manera que el uno de ellos era el pontífice máximo y cabeza de los demás, los cuales se iban excediendo y aventajando en dignidad y autoridad por este orden: que el primero electo (como más antiguo) era supremo al segundo y el segundo al tercero y así iba discurriendo hasta el más moderno o últimamente electo, aunque lo hubiesen sido todos en un día y hora valiendo en aquella elección la antigüedad del nombramiento. Cuando este pontífice y sacerdote sumo moría, celebradas sus obsequias (como en otra parte se dice), sucedía en el sumo pontificado aquel sacerdote que después de él era primero y más conjunto a él por elección, al cual los otros sacerdotes, con gran fiesta que hacían, lo ungían y consagraban con un ungüento hecho de un licor que se llama ulli, confeccionado con sangre de los niños que sacrificaban. Este ungüento y confección de licor se ponía en la cabeza, y con esta unción y ceremonia se introducían en la dignidad y oficio de pontífice y sumo sacerdote. Hecha la ceremonia y unción, luego todo el pueblo le hacía grandísima reverencia y acatamiento, y con grandes cortesías y aplauso le daban gracias, porque se encargaba de aquella dignidad y recibía aquel estado casi como agradeciéndole que tomase la carga y el cuidado de su regimiento y gobierno espiritual; y dándole todos la obediencia se acababa la fiesta y confirmación de pontífice y sacerdote sumo.

Este acto y ceremonia de ungir los sacerdotes mandó Dios verdadero a Moysén, que hiciese en Aarón y sus cuatro hijos, después de haber edificado el tabernáculo, como parece en el *Levítico;* y en el *Éxodo,* se declara la confección de este ungüento con que se hacía la unción y consagración del sumo sacerdote y la de los otros que eran menores. Pero lo que aquí quiero notar (dejando otras muchas cosas) no es más que la mezcla y confección que se hacía para la unción, la cual era de diversas especies y cosas aromáticas, desleídas en aceite, de cuya incorporación se espesaba el ungüento con que se hacía la consagración y unción dicha. Todo lo cual se juntaba con sangre de un becerro y dos carneros que en esta ocasión y

[1] Lev. 8. Exod. 29.

para este efecto eran sacrificados, como parece por el texto sagrado, y con toda esta mezcla se ungía la cabeza del sacerdote y se derramaba por las vestiduras sacerdotales. Lo segundo que se nota es la astucia del demonio, que viendo esta confección para la unción y consagración dicha, la usurpó del pueblo y casa de Dios para la suya, y ordenó que sus ministros fuesen ungidos con esta goma, llamada ulli, y con sangre; y no se contentó con que la sangre fuese de animales irracionales, como en el pueblo de Dios se acostumbró, sino que fuese de animales racionales y niños tiernos, como aquel que en la destruición y ruina del linaje humano se deleita, inficionada la unción con sangre humana, como sucio y puerco que es, a diferencia de Dios que es limpio y puro en todas sus acciones.

CAPÍTULO VIII. *De los sacerdotes que se elegían a la diosa Cinteutl, que eran como monjes segregados y apartados de los demás, de su dignidad y vida*



N ESTA PROVINCIA DE LOS TOTONACAS había una diosa cuyo nombre era Cinteutl, a la cual (como en otra parte hemos dicho)[1] estimaban y honraban todos los de esta Nueva España y tenían en mucho, para cuyo servicio, aunque es verdad que tenía muchos ministros, en particular se le elegían sacerdotes dignos a su parecer del crédito que debían tener hombres que a tan gran diosa servían. Éstos eran castísimos y de vida irreprehensible y loable entre ellos (y aun entre nosotros lo pudieran ser, sacada la infidelidad e idolatría con que estaban ciegos). Era tan virtuosa su vida que todas las gentes los venían a visitar, como gente particular y virtuosa en las virtudes morales, y a encomendarse a ellos para que rogasen a la diosa y a los otros dioses por ellos, por razón de no ser otro su ejercicio, sino rogar por la prosperidad de los pueblos y comunidades y de los que a ellos se encomendaban. A estos monjes iban a consultar los summos pontífices y los consultaban sobre las cosas secretas y negocios arduos; y con ellos se aconsejaban y tomaban su consejo eficazmente, creyendo ser sano y saludable. Estos dichos monjes no podían hablar con otras personas, si no era con las ya dichas de los pontífices, salvo con aquellos que los iban a visitar como segregados de la vida común y apartados de los vicios ordinarios y a pedirles consejo como a maestros y padres. Y en semejantes ocasiones poníanse en cuclillas y los ojos en el suelo, oían las aflicciones de los que las llevaban y razones y palabras de los que preguntaban; y habiendo escuchado con mucha atención, humildad y mortificación, respondían a las dudas y dificultades, lo necesario, excusando multiplicación de palabras, y despedíanlos con brevedad y consuelo.

Su vestido eran pellejos de zorros, coyotes o adives, traían el cabello muy largo y tranzado, jamás comían carne; y allí en aquella estrecheza y morti-

[1] Supra lib. 6. cap. 25.

para este efecto eran sacrificados, como parece por el texto sagrado, y con toda esta mezcla se ungía la cabeza del sacerdote y se derramaba por las vestiduras sacerdotales. Lo segundo que se nota es la astucia del demonio, que viendo esta confección para la unción y consagración dicha, la usurpó del pueblo y casa de Dios para la suya, y ordenó que sus ministros fuesen ungidos con esta goma, llamada ulli, y con sangre; y no se contentó con que la sangre fuese de animales irracionales, como en el pueblo de Dios se acostumbró, sino que fuese de animales racionales y niños tiernos, como aquel que en la destruición y ruina del linaje humano se deleita, inficionada la unción con sangre humana, como sucio y puerco que es, a diferencia de Dios que es limpio y puro en todas sus acciones.

CAPÍTULO VIII. *De los sacerdotes que se elegían a la diosa Cinteutl, que eran como monjes segregados y apartados de los demás, de su dignidad y vida*



EN ESTA PROVINCIA DE LOS TOTONACAS había una diosa cuyo nombre era Cinteutl, a la cual (como en otra parte hemos dicho)[1] estimaban y honraban todos los de esta Nueva España y tenían en mucho, para cuyo servicio, aunque es verdad que tenía muchos ministros, en particular se le elegían sacerdotes dignos a su parecer del crédito que debían tener hombres que a tan gran diosa servían. Éstos eran castísimos y de vida irreprehensible y loable entre ellos (y aun entre nosotros lo pudieran ser, sacada la infidelidad e idolatría con que estaban ciegos). Era tan virtuosa su vida que todas las gentes los venían a visitar, como gente particular y virtuosa en las virtudes morales, y a encomendarse a ellos para que rogasen a la diosa y a los otros dioses por ellos, por razón de no ser otro su ejercicio, sino rogar por la prosperidad de los pueblos y comunidades y de los que a ellos se encomendaban. A estos monjes iban a consultar los summos pontífices y los consultaban sobre las cosas secretas y negocios arduos; y con ellos se aconsejaban y tomaban su consejo eficazmente, creyendo ser sano y saludable. Estos dichos monjes no podían hablar con otras personas, si no era con las ya dichas de los pontífices, salvo con aquellos que los iban a visitar como segregados de la vida común y apartados de los vicios ordinarios y a pedirles consejo como a maestros y padres. Y en semejantes ocasiones poníanse en cuclillas y los ojos en el suelo, oían las aflicciones de los que las llevaban y razones y palabras de los que preguntaban; y habiendo escuchado con mucha atención, humildad y mortificación, respondían a las dudas y dificultades, lo necesario, excusando multiplicación de palabras, y despedíanlos con brevedad y consuelo.

Su vestido eran pellejos de zorros, coyotes o adives, traían el cabello muy largo y tranzado, jamás comían carne; y allí en aquella estrecheza y morti-

[1] Supra lib. 6. cap. 25.

ficación de vida vivían y morían, sin salir de los límites de aquella áspera mortificación. Cuando alguno de éstos moría elegíase otro en su lugar y no cualquiera, sino aquel que era tenido y estimado por de buena y honesta vida, que representaba más y mejor ejemplo, y nunca se hacía esta elección en mozos, aunque los hubiese con las calidades dichas, sino en hombres ancianos y viejos, que pasaban de sesenta años, el cual había de haber sido casado y entonces viudo y libre del matrimonio. El ejercicio de estos hombres singulares y recogidos era escribir por figuras muchas historias, las cuales puestas en estilo y bien concertadas las daban a los sumos sacerdotes, los cuales las referían después en sus pláticas y sermones a las repúblicas y pueblos.

CAPÍTULO IX. *De los capellanes perpetuos que los de la provincia de Teohuacan tenían en los templos, y de su modo de religión y vida*



N LA PROVINCIA DE TEOHUACAN, que cae a esta de Mexico cuarenta leguas al oriente, entre otros ministros que tenían dedicados a sus dioses, eran unos que servían de capellanes perpetuos, los cuales se ocupaban ordinariamente en velar, ayunar, orar y hacer los sacrificios cuotidianos. Estos capellanes no eran en número más de cuatro, los cuales entraban a servir en el templo por espacio de cuatro años, los cuales pasados, se iban y entraban otros en su lugar; de manera que las capellanías eran perpetuas, aunque los ministros de ellas eran cuadrieños o ministros trocados de cuatro en cuatro años; en cuyo ministerio corría la perpetuidad de la capellanía y oficio de los dichos ministros y capellanes; porque aunque había variación en ellos, por razón de su trueque, no la había en el ministerio, en que se ocupaban, por ser siempre uno mismo invariable y fijo. Llamábanse estos capellanes monauhxiuhcauhque, que quiere decir hombres dedicados al ayuno y abstinencia de cuatro años. Éstos entraban en el templo de la manera que nuestros sacerdotes entran en treintenario cerrado,[1] a cada uno de los cuales daban una manta sola de algodón, delgada y un maxtlatl que sirve de pañetes, con que se cubren las partes verendas; no tenían más ropa con que cubrir su cuerpo de noche ni de día, ni en verano ni invierno, ni en ningún tiempo de el año. Su cama era la tierra y los petates o esteras, para su reposo el suelo desnudo y una piedra o canto por cabecera. Ayunaban todos éstos cuatro años, con continuación, si no era los días de fiesta, las cuales celebraban de veinte en veinte días. Su comida era una vez al día, y está cuando el sol iba más alto y, a veces, cuando declinaba. No comían carne ni pescado, ni sal ni chile, y contentábanse con una tortilla que debía de tener de peso dos onzas de pan y tras ella les daban una escudilla de atole (que es lo que los castella-

[1] Sinod. Pacis Augustana sub D. Alphons Manrique.

ficación de vida vivían y morían, sin salir de los límites de aquella áspera mortificación. Cuando alguno de éstos moría elegíase otro en su lugar y no cualquiera, sino aquel que era tenido y estimado por de buena y honesta vida, que representaba más y mejor ejemplo, y nunca se hacía esta elección en mozos, aunque los hubiese con las calidades dichas, sino en hombres ancianos y viejos, que pasaban de sesenta años, el cual había de haber sido casado y entonces viudo y libre del matrimonio. El ejercicio de estos hombres singulares y recogidos era escribir por figuras muchas historias, las cuales puestas en estilo y bien concertadas las daban a los sumos sacerdotes, los cuales las referían después en sus pláticas y sermones a las repúblicas y pueblos.

CAPÍTULO IX. *De los capellanes perpetuos que los de la provincia de Teohuacan tenían en los templos, y de su modo de religión y vida*

N LA PROVINCIA DE TEOHUACAN, que cae a esta de Mexico cuarenta leguas al oriente, entre otros ministros que tenían dedicados a sus dioses, eran unos que servían de capellanes perpetuos, los cuales se ocupaban ordinariamente en velar, ayunar, orar y hacer los sacrificios cuotidianos. Estos capellanes no eran en número más de cuatro, los cuales entraban a servir en el templo por espacio de cuatro años, los cuales pasados, se iban y entraban otros en su lugar; de manera que las capellanías eran perpetuas, aunque los ministros de ellas eran cuadrieños o ministros trocados de cuatro en cuatro años; en cuyo ministerio corría la perpetuidad de la capellanía y oficio de los dichos ministros y capellanes; porque aunque había variación en ellos, por razón de su trueque, no la había en el ministerio, en que se ocupaban, por ser siempre uno mismo invariable y fijo. Llamábanse estos capellanes monauhxiuhcauhque, que quiere decir hombres dedicados al ayuno y abstinencia de cuatro años. Éstos entraban en el templo de la manera que nuestros sacerdotes entran en treintenario cerrado,[1] a cada uno de los cuales daban una manta sola de algodón, delgada y un maxtlatl que sirve de pañetes, con que se cubren las partes verendas; no tenían más ropa con que cubrir su cuerpo de noche ni de día, ni en verano ni invierno, ni en ningún tiempo de el año. Su cama era la tierra y los petates o esteras, para su reposo el suelo desnudo y una piedra o canto por cabecera. Ayunaban todos éstos cuatro años, con continuación, si no era los días de fiesta, las cuales celebraban de veinte en veinte días. Su comida era una vez al día, y está cuando el sol iba más alto y, a veces, cuando declinaba. No comían carne ni pescado, ni sal ni chile, y contentábanse con una tortilla que debía de tener de peso dos onzas de pan y tras ella les daban una escudilla de atole (que es lo que los castella-

[1] Sinod. Pacis Augustana sub D. Alphons Manrique.

nos llamamos gachas o poleadas, hechas de maíz, que es su trigo); otra cosa no comían, ni fruta, ni miel, ni cosa dulce; pero en las festividades dichas les era lícito de todo cuanto podían haber y les era administrado; y en aquellas ocasiones podían desquitar lo que habían ayunado, aunque tengo por caso dificultoso creer que se demasiaban entonces, pues es cierto que un estómago flaco y debilitado y hecho a poco sustento, que cualquier demasía le estraga y ofende, por lo cual pienso que irían muy considerados en el desmandarse, pues de los excesos salen las enfermedades y muertes.

En cada año de los cuatro que servían la vez de la capellanía les daban una manta y unos pañetes de algodón, como se ha dicho, y con este vestido pasaban y corrían muy constantemente con su ayuno y penitencia. Su ocupación y ejercicio era velar de noche en el templo y cantar himnos y alabanzas a sus dioses, en el discurso de las cuales hacían memoria de sus proezas y hazañas; queriendo el demonio que como Dios tuvo un Moysén y una Délbora, y otros siervos, que le cantaban cánticos de alabanzas,[2] en los cuales referían sus hechos y sus grandes maravillas en sacarlos con mano fuerte del poder de Faraón y opresión de Egipto, y haberlos llevado por el desierto, sustentados con las viandas de su divina providencia, y hécholos señores de la tierra de promisión contra la voluntad de los que la poseían y haberlos librado de sus rabias e iras y sustentándolos como a hijos escogidos y queridos, así el envidioso de esto quería oír de las bocas de sus ministros casos semejantes que por ventura habría hecho por permisión de Dios y secretos juicios suyos, las cuales cosas (como digo) le cantaban estos sus cuidadosos ministros; pero quiero que se sepa que no todos cuatro juntos velaban, sino que se repartían pareados, de suerte que una noche eran de vela dos y otra los otros dos, en la cual no dormían sueño; lo uno, porque no les era permitido ni lícito; y lo otro, porque como ellos servían de voluntad y con amor, no se les hacía penoso (que es una de las condiciones del amor facilitar lo dificultoso y hacer ligero lo pesado y grave); ofrecían incienso y copal cuatro veces en la noche a los dioses, cuyo era el templo donde estaban y, de ciertas en ciertas horas, era el sacrificio que hacían de sí mismos, sacándose sangre de algunas partes de su cuerpo y derramándola entre las brasas de los incensarios, cuyo humo subía con el del incienso.

De veinte en veinte días se sacrificaban en esta manera: hacían un agujero en lo alto de las orejas y por él pasaban sesenta cañas, unas delgadas al principio de la herida y otras más gruesas en el discurso del horrendo sacrificio, a imitación del grosor de los dedos de las manos, y largas como el tamaño de un brazo y otras de a braza, y las últimas mayores y más largas, y todas ensangrentadas hacíanlas un montón; y acabado el tiempo de los cuatro años, las quemaban todas delante del altar del ídolo, a quien se habían consagrado, y eran en número (si no me engaño) de cuatrocientas. Éstos eran dignos por estos ayunos, vigilias y penitencia que hacían y vida estrecha en que vivían, que les apareciese el demonio y les hablase, cuyas

[2] Exod. 15.

razones referían y manifestaban después al pueblo, diciéndoles que así se lo habían mandado los dioses; y lo que afirmaban ver ordinariamente era una cabeza con largos y extendidos cabellos. Algunos de los nuestros, sabiendo de estos indios que de ordinario veían semejantes visiones y apariciones, atribuyéndolo a su maldad, por hacer escarnio de ellos, decían y han dicho ser gente perversa y mala y no poder ser buenos los que tanta comunicación han tenido con el demonio; y como los que esto han dicho y dicen son los populares y gente simple e indocta, quiero que sepan ser este uso muy acostumbrado del demonio, con todas o las más naciones del mundo, a las cuales ha tenido debajo de su poderío y mando, apareciéndoseles de ordinario y a cada paso en los templos; y éstos eran los oráculos (como en otra parte diremos), porque por esta vía e industria los tenía más de cierto por suyos y muy más atraillados. Y, volviendo a nuestro propósito, digo que de la vida, ejercicios, ayunos, penitencia y devoción de estos capellanes y de las visiones que tenían y de todo lo demás que hacían, se daba entera noticia y cuenta a los reyes, en especial a los de Mexico, cuando se hicieron señores de la tierra, de lo cual todos se holgaban mucho; porque juzgaban ser todas aquellas cosas muy en servicio de sus dioses y crédito de su religión y creían venirles de ellas muchos cómodos y provechos.

Si en alguno de estos capellanes se hallaba que en aquellos cuatro años que lo había sido, se hubiese descompuesto en algún acto carnal, juntábanse muchos sacerdotes y otra mucha gente popular con ellos y averiguaban la causa; y si por ventura hallaban ser así, sentenciábanlo a muerte, cuyo cumplimiento ejecutaban de noche y no de día, haciéndole la cabeza pedazos a palos; luego lo quemaban y sus polvos y cenizas las esparcían al aire, porque no quedasen en la tierra cenizas y polvos de tan mal hombre; porque juzgaban la culpa cometida, en semejante ayuno, por inexpiable, y sacrílego, descomulgado y anatema al que la cometía. Y si por ventura alguno de los dichos cuatro capellanes moría de muerte natural dentro del término de los dichos cuatro años que servía al templo, supliase luego otro en su lugar; y tenían su muerte por señal cierta de algún infortunio y grande infelicidad para el pueblo, y por pronóstico de alguna próxima y breve mortandad, especialmente de príncipes y señores; y por esta causa vivían todos con grandes temores y recelos todo aquel año, con sospechas de su muerte, lo cual algunas veces sucedía.



CAPÍTULO X. *De otras dignidades a cuyo cargo estaban las cosas de el servicio de los templos*



E LAS PERSONAS DICHAS y muchedumbre de sacerdotes que esta gente tenía para el servicio de sus ídolos, había otros muchos más que ocupados en oficios particulares hacían insigne y grandioso el estado sacerdotal. De los cuales era uno, que llamaban epqualiztli, que tenía cargo de mandar proveer todo lo que era menester en las fiestas que se celebraban en el templo grande de la ciudad, que eran infinitas y sin número, en especial en la que hacían de el año nuevo. Otro había que se llamaba meloncoteohua, a cuyo cargo estaban las cosas del servicio del dicho templo, de las cuales usaban los sacerdotes o sátrapas, así como de papel, incienso y una goma que se llama ulli, y de tinta con que se embarnizaban y entintaban los sátrapas o sacerdotes, llamados chiconnahuacatl y de las demás cosas que se gastaban en los sacrificios, en el dicho templo, que eran en número inmenso. Otra dignidad había, a cuya obediencia estaban todos los sacerdotes que servían en el templo de la diosa Xilonen (llamábase Cinteutzin) y a cuyo cargo también estaba el cuidar y proveer todo lo necesario para el servicio del dicho templo.

Otro sátrapa había, llamado Atempanteohuatzin, que presidía a todos los sacerdotes que servían en el templo de la diosa Toci, madre de todos los dioses,[1] y tenía cargo de las cosas necesarias del servicio del templo, en especial para el día de su fiesta, plumas de águila de las más delicadas y blancas, que están debajo de las otras, que se manifiestan y descubren a los ojos y vista, y picos de las mismas águilas, con que había de salir compuesta la dicha diosa, que la representaba una mujer, la cual salía vestida con sus ornamentos y emplumada con aquellas plumas y en la cara un pico de águila. Tenía también cuidado este Atempanteohuatzin de que los mozos que servían al dicho templo hiciesen cierto ayuno en ciertos días para él señalados; y a los que eran negligentes y perezosos en cumplirlo los compelía con rigurosos castigos y penas. Otro sacerdote había que era vicario y rector de los sátrapas y sacerdotes, que tenían a cargo el templo del fuego; llamábase Tecanmanteohua y estaba también a su cargo todo lo tocante al servicio y gasto del templo, especialmente de que hubiese abundancia de bermellón y tinta para los embijes de los sacerdotes y de los cacles o cotaras blancas y sobrepellices y otras cosas para esto necesarias.

Otro había que cuidaba del templo del dios del vino, llamado Tezcatzoncatlometochtli, y mandaba a sus sacerdotes, y disponía las cosas necesarias para su fiesta, en especial unos caracoles pequeños, blancos, de que iba sembrada la ropa de la persona que representaba su figura, y sandalias blancas y unos plumeros de garzotas blancas. Este dicho, tenía otro vicario que se llamaba Ometochtliyyauhqueme, que tenía el mismo cuidado. Ha-

[1] Infra lib. 10. cap. 22.

bía otra dignidad, llamada Ometochtlitomiauh, que servía al dios de el mismo nombre y a su templo y ministros. Otro, al templo de Acalometochtli, de su nombre. Otro, al dios Quatlapanqui, llamado Quatlapanquiometochtli. Otro, al templo de Tlihua, llamado Tlilhuaometochtli. Otro, al dios Nappatecuhtli, llamado Ometochtlinappatecuhtli. Todos los cuales tenían inferiores otros sacerdotes, a los cuales presidían y tenían cuidado de las cosas de el servicio de los templos que tenían a su cargo, en especial los días de sus fiestas. Había en los templos otros oficiales, entre los cuales era uno que tenía cargo de hacer traer la leña que era necesaria para quemar en los braseros del templo, en los cuales ardía de día y de noche, sin cesar ni apagarse el fuego; y eran en número más de trescientos, con los cuales iba al monte por ella. Otro oficial tenía cargo de mirar que nadie se orinase en lo interior del patio y de que ordinariamente estuviese barrido y limpio; y si cogía a alguno que se hubiese orinado o en algo ensuciado, lo castigaba gravemente por ello.

CAPÍTULO XI. *De otros muchos ministros que había en los templos de los mexicanos que servían como sacristanes*



ABÍA OTROS MINISTROS en los templos idolátricos de estas gentes de la Nueva España, los cuales eran dedicados para cosas de su servicio, a manera de sacristanes, los cuales eran en número treinta, cuarenta o cincuenta, según la grandeza o pequeñez del pueblo y templo donde asistían (aunque en este mexicano era este número aventajado y grande). Estos mozos eran hijos de señores y gente principal de la república, a cuya compañía y administración no se admitían hombres comunes, aunque más ricos fuesen; porque para este oficio no valía la plata, ni el oro, sino sólo la nobleza y limpieza de la sangre. Éstos tenían cargo de servir en lo interior del templo en los servicios más propincuos a los dioses, como era barrer y regar el templo y tener cuidado de que estuviesen muy limpias y aseadas todas las cosas tocantes al culto de ellos, aparejaban los vasos e instrumentos para los sacrificios con toda diligencia, sin intervención de descuido o falta, y eran estos mozos en todo tan solícitos y diligentes, que por maravilla cometían culpa en el oficio, ni se hallaba (casi) en que enmendarlos. Tenían entre sí, estos mancebos, grados de preeminencia, y de cinco en cinco años subían a ellos conforme más o menos se habían aventajado en su ministerio, que era subir de un oficio menor a otro mayor. Demás de los mancebos dichos, que eran ordinarios en el servicio del demonio, que eran los precisos del número determinado que para su ministerio había de haber, se ofrecían y dedicaban otros muchos mancebos nobles, hijos de señores y senadores y gente principal, los cuales servían en aquel ministerio como porcionistas, en compañía de los ordinarios, que eran como colegiales perpetuos hasta que se les llegaba el tiempo de tomar estado, para

bía otra dignidad, llamada Ometochtlitomiauh, que servía al dios de el mismo nombre y a su templo y ministros. Otro, al templo de Acalometochtli, de su nombre. Otro, al dios Quatlapanqui, llamado Quatlapanquiometochtli. Otro, al templo de Tlihua, llamado Tlilhuaometochtli. Otro, al dios Nappatecuhtli, llamado Ometochtlinappatecuhtli. Todos los cuales tenían inferiores otros sacerdotes, a los cuales presidían y tenían cuidado de las cosas de el servicio de los templos que tenían a su cargo, en especial los días de sus fiestas. Había en los templos otros oficiales, entre los cuales era uno que tenía cargo de hacer traer la leña que era necesaria para quemar en los braseros del templo, en los cuales ardía de día y de noche, sin cesar ni apagarse el fuego; y eran en número más de trescientos, con los cuales iba al monte por ella. Otro oficial tenía cargo de mirar que nadie se orinase en lo interior del patio y de que ordinariamente estuviese barrido y limpio; y si cogía a alguno que se hubiese orinado o en algo ensuciado, lo castigaba gravemente por ello.

CAPÍTULO XI. *De otros muchos ministros que había en los templos de los mexicanos que servían como sacristanes*



ABÍA OTROS MINISTROS en los templos idolátricos de estas gentes de la Nueva España, los cuales eran dedicados para cosas de su servicio, a manera de sacristanes, los cuales eran en número treinta, cuarenta o cincuenta, según la grandeza o pequeñez del pueblo y templo donde asistían (aunque en este mexicano era este número aventajado y grande). Estos mozos eran hijos de señores y gente principal de la república, a cuya compañía y administración no se admitían hombres comunes, aunque más ricos fuesen; porque para este oficio no valía la plata, ni el oro, sino sólo la nobleza y limpieza de la sangre. Éstos tenían cargo de servir en lo interior del templo en los servicios más propincuos a los dioses, como era barrer y regar el templo y tener cuidado de que estuviesen muy limpias y aseadas todas las cosas tocantes al culto de ellos, aparejaban los vasos e instrumentos para los sacrificios con toda diligencia, sin intervención de descuido o falta, y eran estos mozos en todo tan solícitos y diligentes, que por maravilla cometían culpa en el oficio, ni se hallaba (casi) en que enmendarlos. Tenían entre sí, estos mancebos, grados de preeminencia, y de cinco en cinco años subían a ellos conforme más o menos se habían aventajado en su ministerio, que era subir de un oficio menor a otro mayor. Demás de los mancebos dichos, que eran ordinarios en el servicio del demonio, que eran los precisos del número determinado que para su ministerio había de haber, se ofrecían y dedicaban otros muchos mancebos nobles, hijos de señores y senadores y gente principal, los cuales servían en aquel ministerio como porcionistas, en compañía de los ordinarios, que eran como colegiales perpetuos hasta que se les llegaba el tiempo de tomar estado, para

el cual salían, según las leyes y costumbres del templo; mientras estaban en aquel servicio y recogimiento se llamaban Teotlamacazque, que quiere decir mancebos o mozos divinos o mancebos donceles de dios.

Todos estos mozos, que se ocupaban en este ministerio dicho, eran doctrinados y enseñados por el que tenía oficio de maestrescuela en las ceremonias del culto de estos dioses y en las leyes temporales del pueblo, como aquellos que las habían de saber para usar de ellas después que saliesen a regir y gobernar las repúblicas y en las virtudes para que huyesen los vicios contrarios a ellas, según la estimación que ellos podían tener de la virtud, por la lumbre de la razón natural, conviene a saber, que no enojasen ni hiciesen agravio ni daño a ninguno, y otras cosas semejantes que enseña y dicta la razón y ley natural. De esto se prueba haber oficio de maestrescuela entre estos indios, al cual pertenece (como hemos dicho en otro capítulo) leer y enseñar en su república sacerdotal. Eran también en los actos exteriores muy honestos, y en viendo mujeres bajaban los ojos al suelo, porque no se notarse alguna liviandad, y todos eran obligados por ley a ser castísimos hasta que se casasen.

CAPÍTULO XII. *De otros ministros de los templos que servían en otros oficios exteriores, y de cómo éstos eran doctrinados*

TRA SUERTE Y PARCIALIDAD de mancebos había en estas repúblicas indianas, que estaban dedicados al servicio de los templos; éstos eran de los ciudadanos (aunque no de los comunes y más bajos de el pueblo, sino de aquellos que tenían grado medio entre los nobles y gente muy común, como suele haber en las ciudades), así como mercaderes y otros que no se ejercitan en oficios viles y tienen un medio honesto de vida en la república o ciudad donde viven. Estos mancebos dichos servían a los templos en las cosas exteriores y de mayor trabajo, como era en traer leña para los braseros y sustentar perpetuo fuego, que era el continuo sacrificio (como veremos). Tenían a cargo la fábrica y repartición de los templos, y, finalmente, todas las otras cosas exteriores que pertenecían al servicio y ministerio de los dichos templos. Éstos tenían sus colegios y casas cerca de los mismos templos y tenían un rector que los regía y gobernaba, que se llamaba Telpochtlato, que quiere decir guarda o caudillo de los mancebos; el cual Telpochtlato tenía gran cuidado de doctrinarles y enseñarles en buenas costumbres y en todas aquellas cosas que eran de su ministerio, corrigiéndolos y castigándolos en las culpas y defectos que cometían. Tenían sus tierras y heredades para su sustento (que debían de ser de las dedicadas al uso y gasto de los templos); en ellas sembraban y cogían pan para su sustento. Guardaban allí su manera de orden y religión, porque tenían sus ayunos, hacían sus sacrificios, ofrecían sus ofrendas y derramaban su sangre, según costumbre y leyes a que en aquellos colegios eran obligados.

el cual salían, según las leyes y costumbres del templo; mientras estaban en aquel servicio y recogimiento se llamaban Teotlamacazque, que quiere decir mancebos o mozos divinos o mancebos donceles de dios.

Todos estos mozos, que se ocupaban en este ministerio dicho, eran doctrinados y enseñados por el que tenía oficio de maestrescuela en las ceremonias del culto de estos dioses y en las leyes temporales del pueblo, como aquellos que las habían de saber para usar de ellas después que saliesen a regir y gobernar las repúblicas y en las virtudes para que huyesen los vicios contrarios a ellas, según la estimación que ellos podían tener de la virtud, por la lumbre de la razón natural, conviene a saber, que no enojasen ni hiciesen agravio ni daño a ninguno, y otras cosas semejantes que enseña y dicta la razón y ley natural. De esto se prueba haber oficio de maestrescuela entre estos indios, al cual pertenece (como hemos dicho en otro capítulo) leer y enseñar en su república sacerdotal. Eran también en los actos exteriores muy honestos, y en viendo mujeres bajaban los ojos al suelo, porque no se notarse alguna liviandad, y todos eran obligados por ley a ser castísimos hasta que se casasen.

CAPÍTULO XII. *De otros ministros de los templos que servían en otros oficios exteriores, y de cómo éstos eran doctrinados*



TRA SUERTE Y PARCIALIDAD de mancebos había en estas repúblicas indianas, que estaban dedicados al servicio de los templos; éstos eran de los ciudadanos (aunque no de los comunes y más bajos de el pueblo, sino de aquellos que tenían grado medio entre los nobles y gente muy común, como suele haber en las ciudades), así como mercaderes y otros que no se ejercitan en oficios viles y tienen un medio honesto de vida en la república o ciudad donde viven. Estos mancebos dichos servían a los templos en las cosas exteriores y de mayor trabajo, como era en traer leña para los braseros y sustentar perpetuo fuego, que era el continuo sacrificio (como veremos). Tenían a cargo la fábrica y repartición de los templos, y, finalmente, todas las otras cosas exteriores que pertenecían al servicio y ministerio de los dichos templos. Éstos tenían sus colegios y casas cerca de los mismos templos y tenían un rector que los regía y gobernaba, que se llamaba Telpochtlato, que quiere decir guarda o caudillo de los mancebos; el cual Telpochtlato tenía gran cuidado de doctrinarles y enseñarles en buenas costumbres y en todas aquellas cosas que eran de su ministerio, corrigiéndolos y castigándolos en las culpas y defectos que cometían. Tenían sus tierras y heredades para su sustento (que debían de ser de las dedicadas al uso y gasto de los templos); en ellas sembraban y cogían pan para su sustento. Guardaban allí su manera de orden y religión, porque tenían sus ayunos, hacían sus sacrificios, ofrecían sus ofrendas y derramaban su sangre, según costumbre y leyes a que en aquellos colegios eran obligados.

Eran tan bien mandados y tan obedientes a sus mayores y tan prestos en todas las cosas que se les mandaba y encomendaba que, sin excusa ninguna, las hacían a cualquier hora que fuese, sin reparar en el tiempo ni hora, fuese de soles o de aguas, de día o de noche, invierno o verano. En este ministerio y ocupaciones se ejercitaban estos mancebos todo el tiempo que en aquellos colegios y gimnasios estaban, hasta llegar el determinado de haber de tomar estado y casarse, que era el de los veinte o veinte y dos años. Cuando eran de esta edad pedían licencia a sus rectores y superiores para buscar mujer, el cual luego se la daba; pero dicen que en otras partes les mandaba el sumo sacerdote que se casasen y si no se querían casar quedaban obligados de allí adelante a ser continentes toda su vida; y el que así no vivía era pregonado por malo e infame, de tal manera que ninguno después quería darle su hija, ni recebirle por yerno. En la provincia de Tlaxcalla se acostumbraba que si se pasaba el tiempo de casarse y alguno lo disimulaba, o se descuidaba o no quería casarse, lo tresquilaban en castigo y pena de su delito (que no era pequeño entre estas gentes de esta Nueva España, ni lo es agora, cuando alguno es tresquilado, en especial mujeres, que lo reciben por grandísima afrenta, si en este género de castigo pagan alguna culpa grave que cometen), y con esta afrenta y confusión echábanlo de la compañía de los demás mancebos; y si los castigaban a los semejantes, no era por la continencia que prometían guardar después, sino porque era caso raro que en muy pocos acaecía y teníanlo por mal agüero, porque lo ordinario y cotidiano era casarse todos, sin repugnancia; antes, para ello, pedían licencia y se la daban; pero por el contrario, si alguno se casaba sin la dicha licencia, teníanle por atrevido y desvergonzado y era notado de loco y de poco seso, y por ello muy rigurosamente castigado.

Cuando se despedían de aquellos gimnasios o escuelas donde se habían criado, el maestro o rector que los había gobernado y doctrinado hacía un prolijo razonamiento, en el cual los amonestaba que mirasen muy bien y no se olvidasen de lo mucho bueno que en aquella congregación y compañía habían visto y aprendido, y que fuesen muy solícitos servidores de los dioses; y que pues tomaban mujer y casa, trabajasen por ser hombres honrados y muy cuidadosos de sustentarla y de proveer su familia; que no fuesen descuidados y perezosos y que supiesen criar y doctrinar los hijos que tuviesen como ellos habían sido criados y doctrinados; y que para cuando hubiese guerras fuesen animosos, valientes y esforzados hombres y que con estas calidades y condiciones los dioses les ayudarían y harían ricos y bienaventurados, haciendo en ellas el deber a buenos y honrados hombres. Éstos y otros avisos les daban con que los despedían, y ellos se iban a buscar mujer y casarse; la cual hallaba luego y aun le rogaban con ella, por saber los que le pretendían por yerno la disciplina regular y vida honesta en que se había criado.

CAPÍTULO XIII. *De cómo se ofrecían los niños a los templos y a las escuelas y gimmasios que estaban junto a ellos, y de lo que les enseñaban; y se refutan los vicios antiguos que en semejantes congregaciones se usaban en repúblicas antiguas*



LA MANERA DE OFRECERSE y dedicarse los mancebos que servían y se criaban en lo interior de los templos y los dichos y referidos en el capítulo pasado era que, cuando eran niños, poco después que se soltaban del pecho de las madres y que sabían andar, los traían sus padres a ellos y ofrecíanselos a los sacerdotes y ministros de aquellas congregaciones, con una muy elegante oración y plática que hacían, a los cuales el ministro respondía las palabras ordinarias que tenía de costumbre; y luego recebía el niño y lo entregaba a los maestros que los criaban, hasta que fuesen de edad para casar (como se ha dicho); y en teniéndola para ejercitarse en los ministerios en que había de servirle, ocupábanlos en ellos. Si eran de los de el servicio interior del templo, enseñábanles (como se ha dicho) cómo habían de barrer y con qué reverencia habían de tratar el fuego de los braseros ordinarios y las velas de la noche y tañer los caracoles o cornetas y los atabales y trompetas y a mecer la tinta, con que se teñían todos los sacerdotes y ministros del templo, la cual mecían en una grande artesa, donde se teñían cada mañana todos, de pies a cabeza. Si eran de los colegios, industriábanlos en las cosas de su oficio, en especial cómo habían de traer leña y la que había de ser para el gasto y servicio del templo, enseñábanles a cortar las espinas y puntas de maguey y traer ramos de acxoyatl para los sacrificios y otras cosas de honestidad y provechosas para la vida, moralmente buena. Estos referidos entraban en esta tierna edad dicha para el servicio del templo y permanecían en él hasta casarse; pero demás de éstos (que eran muchos) todos los padres, en general, tenían cuidado (según se dice) de enviar a sus hijos a estas escuelas o generales, desde la edad de seis años hasta la de nueve; y eran obligados a ello, en los cuales oían su doctrina y eran enseñados en buena crianza y costumbres y en las cosas de su religión, según a su edad y años convenía.

Alguna más señal de virtud y aun de seguir mejor el dictamen de la razón natural y gente de más político regimiento era ésta, que no la de los griegos, donde tanta sabiduría mundana se sabe haber habido y tanto en aquella república resplandeció de ejercicio de las artes liberales, donde los padres enviaban a los hijos a las escuelas y generales, no sólo a aprender ciencias y documentos de virtud, sino donde también había dioses de amores y vilezas y les ofrecían sacrificios de sus mismas personas, exponiéndose a cuantos querían usar mal de ellos, usando sucia y nefandamente de sus cuerpos, como Lactancio[1] lo refiere por estas palabras: Caso lamentable y de llorar es que, gente tan sabia y docta viviese tan ciega y torpemente,

[1] Lact. lib. de Div. inst. cap. 20. n.

que a sus hijos hiciesen pacientes de los dioses, desnudando sus cuerpos y entregándoles a vicios nefandos; y qué maravilla que de esta gente manasen tantas maldades como cometieron, pues adoraron los vicios y los tuvieron por dioses. Éstas son palabras de Lactancio, hablando de las abominaciones de los griegos y de cómo, por servir a los sucios dioses, ofrecían a sus hijos en aquellos gimnasios o lugares públicos de escuelas, donde fuesen suciamente tratados de todos los que quisiesen.

De esta costumbre nefanda, que fue dilatada y extendida por muchas naciones del mundo gentílicas, hace mención la Sagrada Escritura en el libro segundo *De los Macabeos*, donde se dice que Jasón, después que alcanzó el pontificado y se introdujo en él por simonía, fue osado a edificar junto al templo de Jerusalén un gimnasio, que es escuela donde se aprendían las ceremonias de los ídolos gentílicos y efebia, que era lugar público y mancebía de mozos para el vicio nefando. Éstas son palabras de la Sagrada Escritura, donde dice que lo uno puso con lo otro y así debía de ser entre los griegos; y ya que no fuese en unos mismos aposentos, sería en diversos, aunque continuados unos con otros, con puertas diferentes, pero en una misma casa y debajo de un mismo tejado y techo. Parece también que las efebias, que aquí nombra, eran los lupanares, que se llaman en común lenguaje casas públicas; y viene este nombre efebia de una diosa llamada Hebe; y dice Pausanias, en su libro segundo, que las llamaban pincerna, que quiere decir copera, que sirve la copa a los dioses, y de allí viene *ephebus*, por mancebo; y la etimología suya es de esta letra *E*, y de esta dicción *Phebus*, que es el sol, y quiere decir mozo muy lucido, hermoso y sin barbas, de lo cual trata Lucano.[2] Mas lo que yo quiero decir, por lo dicho, es que nuestros indios occidentales tenían escuelas y generales junto a los templos, para enseñar a los niños y mancebos honestas y buenas costumbres y no maldades y abominaciones, como las hubo entre los antiguos gentiles.

CAPÍTULO XIV. *De las mujeres que servían en los templos, que eran a manera de vírgines vestales antiguas, y de lo que hacían y cosas en que se ocupaban*



EL DEMONIO, QUE SIEMPRE ha pretendido engañar al mundo, no sólo ha querido servirse de hombres en sus templos y sacrificios, sino también de mujeres, como queriendo significar en esto ser señor de todas las voluntades, de ambos sexos, y mostrar autoridad, así entre los hombres, como entre las mujeres, para cuyo fin ordenó tener no sólo hombres sacerdotes y ministros de su detestable y abominable idolatría, sino también mujeres que con el mismo cuidado le sirviesen; y ha sido tan ordinario, que casi no se ha pasado siglo en que no lo haya pretendido y puesto en ejecución, y así se sirve de ellas. Tuvo

[2] Lucan. lib. 3.

que a sus hijos hiciesen pacientes de los dioses, desnudando sus cuerpos y entregándoles a vicios nefandos; y qué maravilla que de esta gente manasen tantas maldades como cometieron, pues adoraron los vicios y los tuvieron por dioses. Éstas son palabras de Lactancio, hablando de las abominaciones de los griegos y de cómo, por servir a los sucios dioses, ofrecían a sus hijos en aquellos gimnasios o lugares públicos de escuelas, donde fuesen suciamente tratados de todos los que quisiesen.

De esta costumbre nefanda, que fue dilatada y extendida por muchas naciones del mundo gentílicas, hace mención la Sagrada Escritura en el libro segundo *De los Macabeos*, donde se dice que Jasón, después que alcanzó el pontificado y se introdujo en él por simonía, fue osado a edificar junto al templo de Jerusalén un gimnasio, que es escuela donde se aprendían las ceremonias de los ídolos gentílicos y efebia, que era lugar público y mancebía de mozos para el vicio nefando. Éstas son palabras de la Sagrada Escritura, donde dice que lo uno puso con lo otro y así debía de ser entre los griegos; y ya que no fuese en unos mismos aposentos, sería en diversos, aunque continuados unos con otros, con puertas diferentes, pero en una misma casa y debajo de un mismo tejado y techo. Parece también que las efebias, que aquí nombra, eran los lupanares, que se llaman en común lenguaje casas públicas; y viene este nombre efebia de una diosa llamada Hebe; y dice Pausanias, en su libro segundo, que las llamaban pincerna, que quiere decir copera, que sirve la copa a los dioses, y de allí viene *ephebus*, por mancebo; y la etimología suya es de esta letra *E*, y de esta dicción *Phebus*, que es el sol, y quiere decir mozo muy lucido, hermoso y sin barbas, de lo cual trata Lucano.[2] Mas lo que yo quiero decir, por lo dicho, es que nuestros indios occidentales tenían escuelas y generales junto a los templos, para enseñar a los niños y mancebos honestas y buenas costumbres y no maldades y abominaciones, como las hubo entre los antiguos gentiles.

CAPÍTULO XIV. *De las mujeres que servían en los templos, que eran a manera de vírgines vestales antiguas, y de lo que hacían y cosas en que se ocupaban*



EL DEMONIO, QUE SIEMPRE ha pretendido engañar al mundo, no sólo ha querido servirse de hombres en sus templos y sacrificios, sino también de mujeres, como queriendo significar en esto ser señor de todas las voluntades, de ambos sexos, y mostrar autoridad, así entre los hombres, como entre las mujeres, para cuyo fin ordenó tener no sólo hombres sacerdotes y ministros de su detestable y abominable idolatría, sino también mujeres que con el mismo cuidado le sirviesen; y ha sido tan ordinario, que casi no se ha pasado siglo en que no lo haya pretendido y puesto en ejecución, y así se sirve de ellas. Tuvo

[2] Lucan. lib. 3.

principio este ministerio en las vírgines vestales, que fueron dedicadas a la diosa Vesta, para que tuviesen ordinario cuidado de atizar el fuego que en el templo ardía a honra de esta diosa, que según San Agustín y Ovidio,[1] era el mismo fuego al cual como los romanos no podían figurarle con ninguna figura, y por semejante razón no podían tener imagen de esta diosa, entre las demás de los otros, puestas en el capitolio, ordenaron que hubiese fuego perpetuo que la representase y ministros ordinarios que lo atizasen y conservasen sin apagarse. Éstas constituyó Numa Pompilio, en el quinto número de los sacerdotes, como hombre tan dado al culto y religión de sus falsos dioses, como lo dice Dionisio Halicarnasio en el libro segundo de las *Historias romanas;* y de éstas dice Tulio,[2] que guardaban en la ciudad el fuego en el hogar público; y Tito Livio en el libro octavo de la Tercera década y en el primero de la Primera. El modo de su elección era escoger veinte doncellas, por el sumo sacerdote, con muchas ceremonias y condiciones. Como Aulo Gelio,[3] en el libro primero de sus *Noches átticas,* lo dice, no habían de ser menores de seis años ni mayores de diez, para ser electas y consagradas en este ministerio, no habiendo de tener mácula ninguna, así en su cuerpo como en los sentidos. Luego que por el sumo sacerdote era recebida y dedicada al oficio vestal, le cortaban el cabello (ceremonia que se usa entre nuestras monjas, que significa cortar y cercenar las costumbres del mundo y entrar a nueva vida, sin dependencia de cosas humanas). Los primeros diez años se ocupaban en aprender las ceremonias de que en el templo usaban y los ritos de las cosas sagradas; y los siguientes diez años las ejercitaban y otros diez después enseñaban a las que de nuevo entraban a ser novicias. Y si pasado todo este tiempo alguna de éstas quería casarse, podía libremente y, si no, quedábase en aquel monasterio guardando perpetua virginidad.

A manera de estas vírgines vestales había en esta Nueva España doncellas y otras mujeres que se dedicaban y consagraban al servicio de los ídolos que por dioses adoraban, las cuales tenían sus salas y casas a las espaldas de los templos no cerradas, porque nunca los indios usaron puertas (a lo menos en muchas partes de estas Indias y Nueva España); todas éstas eran vírgines, puesto que entre ellas había algunas otras que por su devoción servían en el templo. El modo de la dedicación y consagración de estas monjas o sacerdotisas era que luego que nacían las ofrecían sus padres a los dioses y templos, y daba noticia de este ofrecimiento a los sátrapas o curas de las parroquias y aquel vicario general que tenía cargo de los monasterios para que supiesen que estaban dedicadas y ofrecidas aquel ministerio. Y siendo de cuarenta días las llevaban los padres a los templos en brazos y poníanles en las manos un manojuelo de yerba, a manera de escoba, en señal y demostración de que habían de barrer en el templo, en llegando a edad suficiente para ello; llevaban juntamente un incensario de barro y un poco de incienso o copal en él, significando en aquella ofrenda

[1] Div. Aug. lib. 2. de Civit. Dei, cap. 29. Ovid. de Fastis lib. 6.
[2] Cicer lib. 2. de Leg.
[3] Aul. Gel. lib. 1. cap. 12. Noct. Atic.

que la había de ejercitar en el dicho templo. Habiendo presentado a la niña de esta manera y con esta ofrenda, volvíase su madre a su casa con ella, dejando al ministro el incienso, incensario y escoba; y encargaba el ministro a la madre que cuidase mucho de su hija y también de llevar la ofrenda de veinte en veinte días, que era una escoba para barrer e incienso para incensar y ofrecer a los dioses, y cortezas de árboles para quemar en los braseros o altares del fuego que ardían delante del templo. A esto quedaba obligada la madre desde que hacía el voto y ofrecimiento de su hija para el servicio del templo, lo cual cumplía con mucho cuidado. Y cuando la niña tenía edad para andar, ella misma llevaba su ofrenda y alguna manta al dios, a cuyo servicio estaba dedicada; y en llegando a edad que se requería para servir, iba al templo y quedábase en él, en compañía de las otras que en él servían.

Otras había que no eran ordinarias y perpetuas sino por razón de votos que hacían, o devoción con que se ofrecían. De éstas, unas prometían estar un año, otras dos, otras más, según a lo que cada una se atrevía y tenía devoción. Estos votos hacían por diversas causas o porque estaban enfermas y por recebir salud de mano de los dioses, o porque les diesen buen marido o hijos y otras cosas semejantes; y por la mayor parte todas éstas eran vírgines y llamábanse cihuatlamacazque, que quiere decir sacerdotistas, o cihuaquaquilli, que quiere decir lo mismo. Estas monjas o mozas recogidas tenían viejas que las regían y guardaban, que eran como abadesas o prioras de aquellos calpules y salas donde vivían, las cuales las regían, gobernaban, doctrinaban y corregían en sus negligencias, tomándoles cuenta a ciertos tiempos, como cuando en un convento tiene capítulo a sus monjas una abadesa. Eran muy estimadas estas mujeres de todos, y reverenciadas por estar en aquel recogimiento, en servicio de los dioses, y por la religiosa y honesta vida que hacían. Luego que entraban en aquella casa les cortaban el cabello como a las vírgines vestales, y a nuestras monjas, en señal de que profesaban nueva vida, y dormían siempre vestidas por mayor honestidad y por hallarse más prestas para levantarse a las horas del sacrificio, a las cuales acudían, como las vírgines vestales las horas señaladas de la noche. Su dormitorio era una sala donde todas dormían en común, que se veían unas a otras, como se acostumbra en los conventos y dormitorio de monjas.

El ejercicio que tenían (después que se desocupaban de los sacrificios y servicio del templo) era hilar y tejer mantas de labores y otras de colores, rica y delicadamente labradas, para el servicio de los templos y dioses en ellos adorados. Vivían muy honesta y religiosamente y en gran silencio, modestia y recogimiento; los ojos en tierra, mostrando siempre gran ejemplo y apariencia de religión. Sus ocupaciones espirituales eran levantarse a las diez de la noche, a media noche y a la madrugada, para ir a poner incienso en los braseros, donde siempre se ofrecían a los dioses; las cuales iban con su madre o abadesa, en renglera o procesión, puestas a una parte, como haciendo ala de un coro; y se ponían los sacerdotes de otra, y así en dos alas y coros hacían sus ofrendas y atizaban los fuegos y quemaban

sus inciensos, y en todo este camino, que iban juntos sacerdotes y sacerdotisas con todos los otros ministros, para esto señalados, a ida ni vuelta, no se hablaban los unos a los otros, guardando mucho silencio y religión, llevando los ojos fijos en el suelo, iban las guardas, viejos y viejas, con grande vigilancia y cuidado, porque no hubiese cosa en aquel acto que fuese de descomposición y soltura. Después de concluido esto, se volvían por el camino que habían ido, con la misma mesura y composición, cada cual a su sala. Tenían cuidado cada mañana de llevar comida caliente de pan, y de ave guisada o otras cosas, y presentarlo a los ídolos, ofreciéndoles aquel calor o vaho, porque tenían creído que lo recebían muy de gana los dioses y que en ello se les hacía gran servicio y gusto; después se quedaba toda aquella comida para los sacerdotes. Ayunaban todo el tiempo que allí estaban, comiendo una vez al día y no antes de medio día, y luego a la noche su moderada colación. Las fiestas les era permitido comer carne, porque no ayunaban, de donde parece abstenerse en sus ayunos de comer carne como nosotros en los nuestros. Tenían cargo de barrer todas las piezas bajas de los templos (porque las altas tenían a cargo los mozos sacristanes, que eran los hijos de señores, como se ha dicho);[4] cuando iban barriendo siempre iban hacia atrás, por no volver a los dioses las espaldas. En algunos días festivos también bailaban y regocijaban la fiesta de sus dioses, especialmente en la de aquel a cuyo servicio y templo estaban dedicadas.

Si alguna de éstas cometía pecado alguno secreto, en violación y quebrantamiento de la castidad, temía que sus carnes habían de podrirse; por lo cual hacían grande penitencia con intención de que los dioses la encubriesen su pecado y no fuese disfamada por él; pero si era sabido o llegaba a ser público, no menos pena tenía que las vestales romanas, de las cuales se dice que, cometiendo estrupo, la enterraban viva junto a la puerta quirinal, que se llamaba collina, por donde salían al collado quirinal, en una cueva honda, a la cual se decendía por escalera, adonde las metían; y cuando las llevaban iban todos sus parientes con luto llorándola, como ya muerta.[5] Detrás de todos seguían los pontífices y sacerdotes, con gran silencio, mostrando mucha tristeza; y porque no pareciese que las mataban de hambre poníanles algún pan y leche y agua y una candela encendida. Quitaban la escalera y cerraban bien la cueva y volvíase todo aquel acompañamiento con el cumplimiento que había venido. Era aquel día de esta justicia, día de lloro y luto público en todo el pueblo romano, de muy gran temor que a todos comprehendía, temiendo ser señal e indicio de algún grande infortunio que a toda Roma vendría. Plutarco en sus *Problemas* parece decir, que una de las razones porque los romanos le daban así esta muerte, era porque no osaban poner las manos en el cuerpo sacro dedicado y consagrado a tan altos y poderosos dioses, pensando que cometían un grandísimo sacrilegio matándolas de otra manera. De esta pena y castigo de estas vírgines trata largo Servio en el undécimo de las *Eneidas*. Ésta era la muerte de la estrupada, pero la del estrupador era sacarle a la

[4] Supra cap. 13. lib. 1.
[5] Halic. lib. 2. Antiq. Rom.

plaza y públicamente azotarle, hasta que rendía el alma. Esta ley tomó Numa (según Dionisio, Plutarco, Livio y otros muchos y lo refiere Estéphano Minando[6] en los *Annales romanos)* de los albanos, que acostumbraban matar a azotes a la virgen vestal violada y al violador, conmutando Numa la muerte de ella, en la manera dicha. Esta misma pena o otra semejante daban a las doncellas dichas de esta Nueva España, temiendo que por aquella culpa los dioses estaban muy airados y que habían de descargar sobre la república su ira, y por esto morían ambos extraña y rigurosa muerte.

Cuando llegaban estas mozas o doncellas a los años y edad determinada para casarse, estando en aquel recogimiento la pedían, y en concertándose el casamiento entre los parientes y principales del barrio, parroquia o collación, luego compraban codornices e incienso blanco y flores, cañas de humo (que se llaman poquietes) e incensario, que es un brasero a manera de sahumador, y aparejaban una buena comida, y componían y aderezaban a la moza de nuevos y buenos vestidos, e iban con ella todas las parientas, y llevaban toda aquella ofrenda que habían aparejado y ofrecíanla al cura o vicario del templo, a cuyo servicio estaba dedicada; y ella lo ponía delante del ídolo, con grande reverencia y mucho número de ceremonias. Una de las primeras era tender una manta grande delante del altar de el ídolo mayor y encima de ella ponían todas las cosas que llevaban en unos platos de madera pintados y embarnizados, muy hermosos a los ojos, y en uno de ellos ponían tres tamales o bollos de masa de maíz y en otro cinco, y luego escudillas de barro de tres pies (que llaman molcaxetes) llenos de chilmolli y ave cocida o carne de patos y, todo muy bien puesto y ordenado, lo dejaban y ofrecían; y hecha esta ceremonia se despedía la moza del monasterio y servicio del templo y se iba a casar. Los parientes hacían sus razonamientos al tequacuilli o vicario del monasterio y parroquia, y respondía al propósito, dando licencia para que la llevasen a casar libremente. Esto es lo que se ha entendido de la religión de estas mujeres, ministras o sacerdotisas de los templos, y de los otros ministros y sacerdotes que había en esta Nueva España; y según tengo colegido lo mismo fue de las provincias de Quatimala, Nicaragua y Honduras, y de otras muchas, por más de ochocientas leguas, puesto que algo más algo menos, en ministros, ceremonias y sacrificios, haya habido alguna diversidad y diferencia. Y esto mismo podemos juzgar de todas las naciones deste orbe, porque no todos podemos saber las diferencias o variedad que tenían en su religión, mayormente que esto es lo más esencial y toda otra cosa fuera superflua e impertinente.

[6] Plutarc. Tit. Liv. Dionisius. Stephan, in Annal. Romanor.

CAPÍTULO XV. *De dos diferencias de mujeres que asistían en el templo y tabernáculo de Dios en su pueblo de Israel, y de cómo fue corriendo esta costumbre hasta la venida de Cristo nuestro señor; y se concluye haber usurpado el demonio esta manera de religión para la falsa suya, así entre los gentiles antiguos como entre estos modernos occidentales*


ESDE LOS PRINCIPIOS que Dios comenzó a tener casa particular y conocida en la tierra, ordenó su majestad santísima (o ya por señales conocidas y claras, o ya por inspiraciones internas hechas a los moradores de su pueblo) que así como había hombres que se ofrecían a su santo y particular servicio, segregados del común de la gente, hubiese mujeres que con particular devoción siguiesen este camino y le diesen el alma, con actos particulares de devoción y gusto, para que con perpetua asistencia le alabasen en su templo y le honrasen y confesasen por el Dios conocido de Israel y por el mayor de todos los dioses, siendo él solo el que lo es y los demás falsos y mentirosos, inventados al albedrío de los hombres y canonizados por el seso de los locos, que sin tener deidad se la atribuían. Que esto haya sido verdad colígese de muchos lugares de la Sagrada Escritura: uno de los cuales es del *Éxodo*,[1] diciendo de Moysén, que hizo una pila de bronce de los espejos de las mujeres que velaban en la puerta del tabernáculo y, según esto, había mujeres consagradas a Dios, que se ocupaban en velar en su santa casa, estando en ella en oración por toda la noche. Y según rabí Salomón, y lo refiere Nicolao de Lira,[2] eran estas mujeres devotas que, apartadas de las mansiones y tiendas del real, hacían su habitación a las espaldas y costados de el tabernáculo, para hacer ofrendas y sacrificios. Y en el primero *Libro de los reyes*[3] se dice, que los hijos de el sacerdote Heli pecaban con las mujeres que guardaban en la puerta del tabernáculo (aunque Nicolao dice, que estas mujeres eran las que después de sus partos venían a purificarse y hacer las ceremonias acostumbradas, según la ley; otros consienten con el primer sentido, conviene a saber, que eran de las que continuaban las devociones del templo), por lo cual era mayor el pecado de estos mozos atrevidos, por cuanto depravaban las intenciones devotas de las que a Dios se ofrecían con algún particular acto de devoción. En el segundo libro *De los Macabeos*[4] se dice, que cuando Heliodoro entró en Jerusalén, a dar saco a los tesoros del templo, en la comoción y conturbación que recibió todo el pueblo, así de parte de los sacerdotes como de los demás populares, entraron a la parte las vírgines que estaban encerradas; que según parecer de algunos, eran doncellas nobles y principales, que hacían su morada en lugares recogidos del templo

[1] Exod. 28.
[2] Lira in hunc locum.
[3] 1. Reg. 2.
[4] 2. Mach.

hasta que tuviesen edad para casarse. Que esto se entienda así, y que hubiese mujeres que continuaban la asistencia del templo, está claro y es cosa muy cierta; porque de Ana, hija de Fanuel, del tribu de Aser, se dice que estaba en el templo en oración, los días y las noches, sin apartarse jamás de este ejercicio.[5]

Esta costumbre se guardó todo el tiempo que duró el estado de los judíos, desde que fueron sacados por la omnipotente mano de Dios de las crueles y tiránicas del rey Faraón, hasta la venida del mismo Dios en carne. Y que esto sea así está probado, por lo que tenemos referido del *Éxodo*, de las mujeres que se alojaban a los costados y espaldas del tabernáculo; porque fue en tiempo de Moysén, el cual le edificó; y dice que de los despojos que estas devotas mujeres le dieron y ofrecieron, hizo el labro o pila en que se lababan, que quiere decir, según algunos, que con estos espejos lo compuso y adornó. La continuación de esta santa costumbre se conoce por lo que se dice que pasó en tiempo de Heli, que sus hijos solicitaban las voluntades de las que dormían junto de la puerta del tabernáculo y que fuese corriendo hasta el fin y acabamiento del pueblo judaico, se manifiesta por lo que se ha dicho de Anna profetisa.

La prueba de todo lo dicho se hace más averiguada y clara por lo que muchos doctores dicen, tratando del recogimiento de la siempre virgen y sin par María luego a pocos años después de su nacimiento, porque dice San Ambrosio,[6] que había en el templo de Jerusalén lugar acomodado y decente en que vivían las vírgines consagradas. Y Josefo,[7] dice que había muchas celdas y aposentos apartados que podían servir de este menester; y en este lugar pasó esta soberana virgen todo el tiempo de su niñez, hasta que la sacaron para esposa de Joseph, habiendo estado trece años en aquel recogimiento, con grandísimo espanto de los sacerdotes que la veían y doncellas que en aquel mismo lugar la acompañaban. En este lugar de recogimiento, que tan de atrás había en el templo, vivían las doncellas hasta que llegaban a edad de poder casarse, que eran los catorce años de su nacimiento; luego venía el sacerdote sumo (o otro por orden suyo) y notificaba a las dichas doncellas la ley y costumbre de el templo, como lo cuenta Ludulfo de Saxonia, cartujano,[8] a cuyo mandamiento acudían todas con muy prompta obediencia, y las que llegaban a los catorce años salían e íbanse a casa de sus padres y ordenaban de darles maridos. En lo que se ocupaban en aquel santo lugar y morada, era en rezar mental o vocalmente, en labrar sedas varias y diferentes para las cosas del servicio del templo y vestiduras de sus ministros. Cuidaban de día y velaban de noche en las cosas de virtud y oración, y cantaban himnos y psalmos al señor.

Bien parece por lo dicho la costumbre tan antigua y santa que hubo en el pueblo de Dios, de que en su santo templo hubiese mujeres recogidas, que de ordinario le alabasen y engrandeciesen, ocupándose en sus continuas

[5] Luc. 2.
[6] Div. Ambr. lib. 2. de Virgin.
[7] Ioseph. de Belle Iudaico. lib. 6. cap. 6.
[8] Ludulf de Saxon. in Vita Christ. cap. 5.

alabanzas. Y de aquí infiero, que como el demonio quiere, en cuanto puede y se le da permiso, imitar a Dios, hizo su colegio de vírgines vestales para que así recogidas y encerradas guardasen virginidad y le sirviesen en la administración del fuego. Y está muy claro haber usurpado esto del santo templo de Dios; pues tantos años fue antes su principio que el que dio Numa Pompilio al de estas vírgines, las cuales constituyó entre los ocho grados de sacerdotes que ordenó para los sacrificios (como en otra parte y capítulo hemos visto), las cuales, demás de atizar el fuego de su encomienda, hilaban y tejían y hacían otras cosas en que se ocupaban y entretenían y cantaban cánticos en alabanzas de sus falsos dioses. San Isidoro,[9] en su *Chronica,* dice haber reinado en Roma Numa Pompilio y haber instituido los pontífices y vírgines vestales, reinando en Jerusalén el rey Manases, de donde se colige lo dicho y ser primero las de el pueblo de Dios que las del culto de el demonio. También vino discurriendo esta costumbre hasta el tiempo de estos indios, en cuyos templos (como queda visto por el capítulo pasado) las había en tanta abundancia y en tantas cosas ocupadas, algunas de las cuales son muy parecidas a las que obraban, las que a nuestro verdadero Dios servían en aquellos tiempos de su antigua ley; y por aquí se verá la envidia del demonio y sus astucias y trazas, aunque ninguna le vale para conservarse, dado caso que se tolere por algún tiempo.

De estas mujeres que hemos dicho del pueblo de Dios, unas eran casadas, otras viudas y otras doncellas consagradas a Dios por diversas cosas, aunque la principal y ordinaria era para ofrecerle divinas alabanzas, y las doncellas, para conservarse en su virginidad y pureza, hasta que de allí salían para recibir esposo. Esto pasó en aquella ley antigua y casa del pueblo de Israel, en la cual hubo gente del estado de las mujeres, que de ordianrio alababan en ella a Dios. Pero esto se purificó y engrandeció más en la venida de su hijo, en carne, en este estado evangélico y de gracia, no sólo habiendo mujeres particulares, que en sus santos templos le alabasen de día y de noche, pero congregaciones de santas vírgines que con particular voto y consagración perpetua se sacrificaron a la guarda de su virginidad y a las continuas alabanzas de la majestad santísima de Dios, de las cuales, como dice Filón, judío (y lo refiere Eusebio Cesariense[10] en su *Historia eclesiástica)*, hubo en los principios de la primitiva Iglesia, por los montes de Palestina y desiertos de Egipto, grandes congregaciones de mujeres, en lugares y casas apartadas de los monasterios de los hombres, donde guardando perpetua castidad servían a Dios en continua penitencia, abstinencia y maceración de sus cuerpos, cantándole himnos y psalmos, con voces muy dulces y acordadas, dándose al estudio de las Sagradas Escrituras, asistiendo a los oficios divinos con grandísima devoción y atención.

De la primera que sabemos haber comenzado esta vida monástica y recogida con voto de virginidad perpetua, es la sacrosanta virgen María, como lo afirman todos los doctores sagrados, con ánimo constante y firme de servir a Dios en recogimiento perpetuo. Y que este voto le haya hecho

[9] Div. Isidor. Quarta aetate seculi.
[10] Euseb. lib. 2. Hist. Eccles. cap. 16.

en el templo y casa donde estaba, consta, porque es sentencia común de los theólogos, que le hizo antes de sus desposorios y así lo afirma Escoto;[11] y se sigue claramente, de lo que se sabe, que sus padres la llevaron al templo de edad de tres años y no salió de él hasta que se le dio por esposo al benditísimo Joseph; de donde se sigue conclusivamente haber sido el dicho voto en aquel recogimiento. Y aún después de desposada y preñada del salvador del mundo, dice Orígenes,[12] que pasaba lo más del tiempo en aquel recogimiento donde se había criado desde niña; y reprehendiendo esto algunos sacerdotes y queriéndolo estorbar (por ser cosa prohibida estar las casadas en el lugar consagrado para solas las doncellas) fue defendida de Zacarías, padre de San Juan Bautista, a quien por espíritu divino fue revelada su pureza virginal y la preñez y parto sin mancilla. De manera que haber mujeres consagradas a Dios ha sido siempre, pero más en particular en este estado dicho de la ley de gracia, cuya patrona es la santísima virgen María, que con particular voto ofreció a Dios su virginidad y vivir recogidamente, para servirle con las demás doncellas en continuas alabanzas, si su voluntad santísima no hubiera sido de que se desposara con Joseph, para lo que tenía determinado de la redempción del mundo. Y a imitación de esta gloriosísima doncella se consagraron las que hemos dicho, de los primeros tiempos de la Iglesia; y se consagran de presente las que con título y nombre de monjas viven vida religiosa, santa y bien regida, sirviendo a Dios en castidad perpetua y cantándole himnos y psalmos, como lo hacían las sacerdotisas antiguas, que el demonio quiso tener, fingiéndose Dios falsa y mentirosamente. Este modo de vivir y conservar castidad y pureza de vida es mucho más perfecto que el pasado, por cuanto aquello era por tiempo limitado (conviene a saber) hasta que las dichas recogidas tuviesen edad para casarse, como parece por lo que pasaba en el templo de Jerusalén, y en las vírgines vestales de la ciega gentilidad, que pasados tantos años tenían licencia (si querían) de trocar vida, y en las doncellas de las casas del demonio de esta Nueva España y Pirú, las cuales sacaban para tomar marido y se le daban; teniendo lo contrario, por caso no convenible ni hacedero.

Pero porque hemos dicho que en la ley antigua no hubo quien por voto se consagrase a perpetua virginidad, quiero, para los que no lo saben, referir lo que hombres doctos y sabios habrán leído en la exposición de Nicolao de Lira,[13] hablando del sacrificio que el príncipe Jepte quiso hacer de una sola hija que tenía, adonde prueba haberse consagrado a virginidad perpetua, y que de esta manera cumplió el voto que había hecho su padre, como parece en su glosa, por muchas razones sabias y doctas que allí pone, que lo que yo pretendo no es más de decir que aunque sea verdad que le haya hecho y se hubiese consagrado a Dios, por virginidad perpetua; y María, hermana de Moysén, fuese virgen, como lo afirma San Am-

[11] Scotus. lib. 4. Sent.
[12] Orig. tr. 26. in Math.
[13] Iud. 9.

brosio y Gregorio Niceno,[14] lo procura probar de la Sagrada Escritura y hubiese habido estas vírgines vestales, recogidas entre la gentilidad y las doncellas, entre estos indios; y en la ley antigua, estas dichas y otras no llegan todas éstas a igualar con el voto de esta sacratísima virgen, ni con su cuidado en alabar y bendecir a Dios. De las unas (que son del pueblo de Dios) clara está la prueba, pues está en opinión, si fue o no fue así lo que se dice de ellas que hicieron; porque aunque estos santos dicen de María, la hermana de Moysén, que fue virgen, dice Josefo,[15] haber tenido por marido a un hombre llamado Hur y de él un hijo, llamado Besebel; y de la hija de Jepte, es parecer de hombres muy sabios que su padre la sacrificó, quitándole la vida, porque tenía prometido que la primera cosa que viesen sus ojos, volviendo de la guerra victorioso, la sacrificaría a Dios; y lo primero que vio fue a su hija, que lo salió a recibir con otras amigas suyas, tañendo y cantando.[16] Y Cayetano,[17] en el lugar de los jueces, no solamente cree que la mató, sino que la ofreció en holocausto; lo cual decía el Abulense,[18] que después de haberla muerto la quemó y hecha ceniza la ofreció al señor.

De las segundas, que son las mujeres gentiles y de las congregaciones del demonio, no hay comparación; lo uno, por ser en servicio del demonio lo que hacían, lo cual no sólo no era de alabanza, ni honra, pero de oprobio y menosprecio del mismo demonio, a cuyo servicio se hacía; porque usurparse uno la gloria que no tiene, bien se hecha de ver que antes es ofensa y agravio que se hace, que honra que recibe. Lo otro, porque dado caso que esto fuera en orden de virtud (lo cual se ha negado y niega) no era con perpetuidad, sino a cierto y determinado tiempo; y saliendo de aquel recogimiento y trocando estado, se olvidaban del pasado y se ocupaban en la crianza de sus hijos y servicio de sus maridos. De manera que lo santo y bueno (no negando lo que pasó en la ley antigua del pueblo de Dios) es esto que pasa en este estado de gracia, en el voto de la virginidad y castidad perpetuo y en el recogimiento de estas benditas mujeres, ofrecidas a Dios para que le canten sus continuas alabanzas, conforme está ordenado por nuestra madre, la santa y católica Iglesia romana.

[14] Div. Ambr. de Virgin. Div. Gregor. Nis. lib. de Virgin. cap. 7.
[15] Ioseph. lib. 3. cap. 2. et 6.
[16] Iud. 11, 37.
[17] Cayet. in hunc loc.
[18] Tost. in hunc locum, q. 3.

CAPÍTULO XVI. *De lo que se ha podido colegir y hallar del modo del sacerdocio de los reinos de el Pirú y sus ministros*



EL SACERDOCIO Y MINISTROS de los templos y dioses del Pirú no se ha podido colegir el orden cierto que en su guarda hubo, ni el número y distinción de sus sacerdotes; y lo que más se puede con verdad afirmar, es decir que tenían sumo sacerdote, que en su lengua se llamaba Vilaoma, el cual tenía otros sacerdotes sujetos, que eran sus inferiores, y de esto aún no se sabe afirmar muy en particular. Los sacerdotes que había, se dice que no eran casados. Y la razón de no poderse dar tan cierta noticia de las cosas de aquellos reinos, acerca de su religión, como la vamos dando de éstos, fue que como las riquezas que había en ellos fueron las mayores que juntas se han hallado en todo el mundo, las cuales casi todas las poseían los templos, y en ellos las guardaban y conservaban los sacerdotes, como los nuestros entraron tan de repente y todo su principal intento no fue sino de recogerlo y arrebañarlo todo, los sacerdotes, a cuyo cargo estaba, con miedo de que no los atormentasen por ello, lo desaparecieron y trasportaron, y con este desaparecimiento, desapareció también la memoria de sus escritos y cosas que pudieran dar noticia de lo que el capítulo trata; y así por este modo casi se enterró este nombre de sacerdote. Sucedio tras el huirse los más, la eversión, deshacimiento y aniquilación repentina y acelerada de toda su república, ayudando a esto los nuestros con las guerras civiles que entre sí tuvieron. Y por esta causa, como tan en breve desapareció el sacerdocio, faltó la memoria de sus particularidades. Podrá también haber concurrido alguna inadvertencia de los religiosos que después supieron las lenguas, los cuales, como preguntaron y supieron otras muchas cosas de la religión, no advirtieron a preguntar esto, que era tocante a su sacerdocio. Solamente no se ha podido ignorar, por ser cosa más que otra, señalada y muy notoria, la orden que había de las monjas en los templos.[1] Éstas eran muchas en cada monasterio, entre las cuales había mucho orden, concierto y distinción y sobre todo, mucha religión. El dios a que eran consagradas, era el sol, las cuales hacían oficio de sacerdotes, pues que ofrecían sacrificios de muchas cosas que por sus manos obraban, para el culto divino y servicio particular del sol. Todo su ejercicio de estas mujeres era tejer y labrar ropa de lana finísima, teñida de muy finas y diversas tintas y colores. Hacían vino muy delicado y puro para los sacrificios. Servían de noche y de día en los templos del sol, con grande cuidado y solicitud; y de creer es que las devociones y ceremonias que ejercitaban debían de ser muchas y muy devotas. Pues tan cuidadosos y religiosos fueron los reyes ingas, cerca del culto divino y en especial del sol, a quien tanto reverenciaron, mayormente diciéndose de ellos que en cosas de buen gobierno

[1] E tenebris eruta ommia hæc dilucide extat in Garsia Laso Inca: com. Regior. lib I, cap. 8. 9. Et 10. Et lib. 6. cap. 20. Et sq. ac aliis plurib. loc. t. I.

excedieron no sólo a sus pasados, pero a muchos príncipes y monarcas del mundo; y así no puede ser, sino que fueron muchas y muy notables las ocupaciones que, para el ejercicio espiritual que en los templos se había de obrar, estos reyes ordenaron. Porque tanto número de vírgenes y doncellas, hijas de señores (que pasaban muchas veces de doscientas), y ayuntadas allí para el culto divino no habían de estar ociosas, ni ocupadas profana y desaprovechadamente.

Estas vírgenes se renovaban de tres en tres años, de esta manera: Si por ventura el rey estaba presente o en su ausencia su gobernador o su lugarteniente, hacíalas presentar ante sí; y, de las que ya estaban en edad de casarse, escogía tres o cuatro o cinco, las más hermosas y de mayor dignidad. Escogidas ya y dedicadas al sol, apartaba otras tres o cuatro, las de mayor hermosura, para sí mismo el rey, y en su ausencia el gobernador, y las demás, casábalas con los hijos de los señores presentes, que al acto se hallaban, y otras daba a otros grandes señores sus vasallos, aunque tuviesen otras mujeres; lo cual ellos tenían por muy grande favor y merced. A las que eran menos nobles, dábales licencia el rey para que sus padres las casasen. Casadas todas éstas mandaba luego el rey a los oficiales a cuyo cargo estaban que hinchesen el número de las vírgenes, que faltaban, de diez años arriba, que fuesen hijas de señores, para que se criasen en el templo, como las pasadas, y sirviesen en los oficios en que las otras se habían ejercitado. Mientras estaban estas mamaconas (que así se llamaban) en aquellos monasterios guardaban, a lo menos exteriormente, tanta castidad que se cree no haber habido personas en alguna parte del mundo más castas, ni que puedan de esta virtud ser loadas entre infieles. Algún religioso afirmó haber bautizado a una de éstas (la cual vido ya muy vieja, que había sido escogida para mujer del rey Guaynacapa, padre de los reyes Guascar y Atabaliba, que por morir el rey presto, no llegó a su tálamo, que viviendo ella después muchos años, jamás quiso casarse y así permaneció en su virginidad, cuya muerte, llorándola un señor, hermano suyo, entre otras cosas de que la loaba (o que le causaban lástima), decía: Hermana mía, que mueres virgen al cabo de tantos años. De estas monjas o mamaconas aún quedaron reliquias en el tiempo del cristianismo (después de haber destruido los nuestros el templo del sol a quien estaban consagradas), y no en número pequeño, sino muy grande y crecido, que después de ser cristianas, permanecieron en casta y recogida vida, a la manera que nuestras beatas, con hábito particular y religioso.



CAPÍTULO XVII. *De cómo el agorar y adivinar era de el oficio sacerdotal y muy estimado en todos, así antiguos como modernos gentiles de esta Nueva España*



NTRE LAS COSAS DE ESTIMACIÓN que los gentiles han tenido y guardado ha sido el agorar y mirar señales que pronostiquen cosas buenas o malas, así presentes como por venir. Y este modo de saberlas ha sido oficio y dignidad sacerdotal entre ellos. Así lo dice Tito Livio, en la *Década tercera,* y Valerio Máximo.[1] Y estos que usaban de este modo de decirlas eran, entre estos gentiles, como profetas tenidos en grande autoridad y honra y estimación, porque creían ser fiadores de los dioses (como dice Tulio en el libro segundo *De la naturaleza de los dioses*).[2] Eran también estimados como gente que parecía tener semejanza divina o que se acercaban en parecerse en el poder a Dios siendo mortales, y por razón de adivinar y anunciar los daños y peligros antes que viniesen; y según el mismo Tulio, en el principio de los libros *De divinatione,* eran remedio y salud de la república; y así lo dicen Tito Livio y Plinio.[3] Y había colegio o monasterio muy solemne y autorizado en Roma de estos sacerdotes adivinos, como lo dicen los dichos autores referidos y Flavio;[4] y añade, que una de las glorias de Cicerón (según de ello él mismo se preciaba) era, que fue por Quinto Hortensio, varón claro y señalado, contado en el número de los sacerdotes adivinos, y constituido en su colegio, no porque tuviesen congregación y casa particular, haciendo vida monástica estos sacerdotes adivinos, sino por razón del número sagrado;[5] como decimos ahora el Colegio de los Cardenales, aunque no vivan en monasterios encerrados; y eran éstos tan privilegiados, que por ningún delito que cometiesen jamás eran por él privados de el oficio de sacerdote adivino que tenían. Lo cual no se dice de los otros sacerdotes y ministros de los demonios, según dice en sus *Problemas* Plutarco.[6] Este colegio y orden de sacerdotes adivinos y profetas falsos y necios fue constituido por Numa Pompilio, segundo rey de Roma, como oficio para bien de la república e importantísimo.[7] De éstos se dice haber sido Epiménides, grande filósofo, agorero y adivino, según Platón,[8] en los libros de *Leyes,* donde se llama varón divino; lo cual debió de ser porque los gentiles de su tiempo le pusieron y contaron en el número de los dioses, aunque había sido hombre mortal y pasible; de quien se dicen dos cosas grandiosas, que por serlo tanto las pondré aquí. Una fue, que siendo enviado por su padre Agesarcho al campo, a guardar su ganado,

[1] Tit. Liv. Dec. 1. lib. 6. cap. 41. Dec. 3. lib. 7. cap. 18. Val. Max. lib. 1. cap. 1.
[2] Cicer. lib. 2. de Nat. Deorum. Et 2. de Leg. cap. 18.
[3] Cicer. lib. 1. de Divinat. Dec. 1. lib. 4. Et. lib. 10. Plin. lib. 8. cap. 28.
[4] Flav. lib. 1. de Roma Triumph.
[5] Cicer. ad Cecin. 6. fam. 21. Et 6. 18.
[6] Plutarc. in Problem.
[7] Cicer. de Divin. lib. 1. cap. 3.
[8] Plat. lib. 1. et. 3. de Legibus.

diole gana de dormir; y no pudiendo reprimir, ni vencer el sueño, entróse en una cueva donde durmió setenta y cinco años, los cuales pasados despertó y fuese a su casa; y como todo lo hallase trocado y mudado y ya no le conociesen, dando noticia de quién era y a lo que al campo había salido cuando en la cueva se quedó, fue conocido por un hermano suyo que había quedado niño o muchacho, y, oído el caso y el largo sueño, túvose por cosa rara y prodigiosa y fue divulgado por la ciudad y reino, y de aquí por toda la Grecia de que era de Dios muy amado.[9] Y como se diese después a la filosofía y ciencias naturales, salió muy sabio y docto; el cual vivió ciento y cincuenta y dos años, aunque otros dicen que más; y por aquel sueño tan largo fue tenido después por dios, porque veáis el juicio de los griegos y en qué cosas ponían la deidad. Otra causa fue, que estando los atenienses afligidos con grandes pestilencias y mortandades, consultaron el oráculo de Apolo, el cual respondió: Conviene que la ciudad y los campos se cubran con sacrificios, no señalando a qué dios, ni con cuáles sacrificios se habían de expiar y purgar; y enviando por Epiménides le preguntaron que ¿qué harían en aquella duda? Y respondió, que echasen ovejas blancas y negras por los campos y que los sacerdotes fuesen tras ellas, y que donde parasen ofreciesen sus sacrificios al dios Ignoto. Hecho esto cesó la pestilencia y mortandad, y desde aquel tiempo le hicieron altares al dios no conocido que adoraban los atenienses; cuyo altar fue el motivo de la predicación de San Pablo en aquella ciudad, y el principio de la conversión de San Dionisio Areopagita.[10] Esto de el altar al dios no conocido, lo dice Diógenes Laercio en las *Vidas de los filósofos,* hablando de Epiménides; por esto fue sacerdote de grandísima estimación y consultado con mucha reverencia y acatamiento y tenido en mucho. De manera que este género o suerte de agorar fue muy estimado y dedicado al oficio sacerdotal; para cuyo efecto constituyó Numa ocho sacerdotes, los cuales andaban solícitos y cuidadosos y velaban mucho en mirar y considerar las señasle del cielo y de las personas particulares, para que se supiese lo que en los negocios se había de hacer; y habían de adivinar por sus agüeros si las guerras eran justas o no. Y no fue maravilla que los instituyese, pues dicen que su reinado fue por agüeros y así los estimó en tanto.

Otros sacerdotes había que se llamaban ticiisodales,[11] que vivían fuera de la ciudad en chozas, cuyo oficio era tratar de cierto género de agüero de ciertas aves, de donde les vino el nombre, según dice Marco Varrón.[12] A éstos constituía el sumo pontífice para aquel ministerio de adivinar y agorar las cosas por aquel modo, y de ellos hace mención Lucano. Y, antes que los romanos, hicieron mucho caso de este oficio y manera de sacerdocio otras bárbaras naciones, entre las cuales se nombran antes de los griegos, los pisidas, cilices y etruscos; y antes los caldeos, como lo refiere Lilio Giraldo.[13] Este oficio contenía en sí ver volar las aves, oír los bramidos de los

[9] Diog. Laert, in Vita Epimenid. lib. 1.
[10] Ac. Apost. 17.
[11] Girald. ubi sup. f. 461.
[12] Varron. Lucan. a Girald. relat.
[13] Lil. Girald. Syntagma 17. f. 459. t. 1.

animales feroces, de los movimientos que las bestias hacían, abriendo algunos, mirando sus carnes y entrañas o venas interiores y otras cosas. Esto (dice Séneca)[14] haber hecho Edipo, rey de los tebanos, en una grande pestilencia que sobrevino en su reino; y que los mismos romanos hicieron lo mismo acerca del suceso que esperaban en la guerra civil que hubo entre César y Pompeyo, como lo dice Lucano en su primer libro.[15] Todo esto era hecho por los sacerdotes agoreros que lo tenían por oficio. Y era tanta la potestad de estos falsos profetas, según muchos autores, que podían suspender los comicios, que son las cortes y actos de elecciones, y cualquiera otra junta o congregación consular que hubiese en la república, si por ocasión de algún mal agüero no convenía. Daban y quitaban magistrados, autorizaban unos, desautorizaban otros, según el antojo de sus agüeros y falsas profecías; y así era ley romana, que todos los magistrados y dictados fuesen habidos, con esta calidad auguraria. De éstos escribe Festo Pompeyo,[16] que guardaban cinco maneras de señales. La primera, de los aspectos de los cielos; la segunda, de los graznidos de las aves y de sus vuelos; la tercera, de los animales que andan en dos pies; la cuarta, de los que andan sobre pies y manos; y, la quinta, de cosas crueles y horrendas que se les ofrecían. No había autoridad humana que pudiese privar de este oficio sacerdotal a estos sacerdotes agoreros por ningún crimen que cometiesen; lo cual no se guardaba con ninguno otro sacerdote.[17] Y la razón que daban para no degradarlos, ni desautorizarlos, era decir que el agüero sacerdotal no era oficio de honra y dignidad; que la república daba, ni concedía, sino que era oficio de ciencia y sabiduría y arte, lo cual no se alcanzaba por favores humanos, sino por particular don divino; y que esto no se separaba de la persona pecante, aunque se le quitase la autoridad públicamente de ello; y que pues era inseparable lo fuese también el sacerdocio, y daban un ejemplo con que comprobaban su loco parecer, diciendo, que al médico, aunque le priven de poder curar, no le privan a lo menos de la ciencia que tiene de su medicina; y al músico, de poder cantar, pues le queda saber las consonancias de la música, por esto eran estos sacerdotes estimadísimos y muy honrados y no sujetos a ninguna pena, antes se daban mayores, o las muy grandes se disminuían, o de todo punto se relajaban por orden y parecer suyo.

Los sacerdotes de esta Nueva España tenían también sus agüeros y miraban mucho en ellos y los notaban, en especial cuando oían al búho (que llaman tecolotl), y lo mismo notaban en los mochuelos o lechuzas y otros semejantes, de los cuales auguraban, que si se sentasen sobre alguna casa, decían ser señal de que había de morir presto alguno de ella; y de encontrar alguna culebra o en el modo de ir o pararse, lo tomaban por agüero y según levantaban sus figuras lo notaban por bueno o malo. Finalmente, de éstas y otras cosas tomaban ocasión, estos sacerdotes y ministros del demo-

[14] Senec. Fragm. Oedipo.
[15] Lucan. lib. 1. Fars.
[16] Fest. Pomp. in. Flau. de Roma Triumphan.
[17] Ex Plutarc. Girald. Sintagma 17. fol. 460.

nio, de decir las cosas que les parecía significar la cosa que les ponía el agüero. Los indios isleños de Santo Domingo y Cuba y otras islas tenían un modo de decir cosas futuras peregrino y raro. Éste era que tomaban ciertos polvos, y echados en un cañuto como una pequeña flauta, poníanlos en las ventanas de las narices y sorbiéndolos recebían aquella cantidad que convenía para el acto que representaban y conforme era el negocio que pretendían. Con estos polvos quedaban privados (aunque no del todo) del sentido y, como borrachos, luego hablaban un lenguaje confuso y sordo, como diciendo algunas deprecaciones, y con esto se hacían dignos de que unas estatuas que tenían presentes les hablasen y recibiesen respuesta de ellas de lo que pretendían; y por esta manera se les descubrían los secretos y ellos adivinaban; y de allí oían, si les estaba por venir algún bien o mal o alguna adversidad o daño, porque por orden del demonio, que se metía en la estatua, les era dicho aquello que pretendían. Éste era oficio sacerdotal, aunque las más veces salían falsas y mentirosas las cosas que estos ministros de Satanás decían y eran más sueños fingidos que verdades ciertas, como parece en muchos ejemplos que pone San Agustín.[18] Pero como estaban engañados de los demonios, permitiéndolo Dios por sus pecados, no caían en el engaño y así permanecían en aquella creencia de aquellas cosas, pareciéndoles como que fuesen dichas por deidad suprema y persona que no podía errar en nada; siendo su mayor certidumbre no tenerla y su mayor verdad mentira.

A este modo de saber cosas futuras eran también los judíos muy inclinados, así como todas las otras naciones erradas del mundo;[19] y por esto aquel rey Manasés hizo multiplicar en todo su reino de estos falsos profetas, para que en todas las partes de él los hubiese, para que diesen respuestas en los casos graves y de importancia que ocurriesen, echasen juicios y diesen aviso de las cosas por venir. Y como era idólatra y muy dado al culto de los ídolos, no creía él, ni los del pueblo, que estaban a su obediencia poder cumplir perfectamente con el servicio y culto de los dioses que en estatuas adoraban, si no tenían muchos de aquellos sacerdotes adivinos y agoreros. Y por la misma causa la maldita reina Jezabel, que servía y adoraba a Baal, tenía cuatrocientos y cincuenta de éstos, como se lee en el tercero *De los reyes*.[20] La inclinación, que decimos haber tenido los judíos, a este modo de agüeros y supersticiones, les nació de la comunicación y trato que tuvieron con los gentiles, entre los cuales eran muy estimados estos sacerdotes, porque el oficio que tenían de agorar, lo tenían por sobrenatural y divino; y habiendo de seguir sus ritos y ceremonias y profesar la idolatría que ellos profesaban, habían también de recebir esta superstición, tan común entre ellos, por tenerlos por profetas, pero en realidad de verdad eran falsos. También los usaron, porque como los hombres son amigos naturalmente de saber las cosas futuras, las cuales no es posible que sepan, por ser atributo a sólo Dios verdadero perteneciente, que se

[18] De Civit. Dei, lib. 3. et. 4.
[19] 4. Reg. 31, 6.
[20] 3. Reg. 18.

incluye en el de su saber infinito, por esto trabajan cuanto pueden para rastrear algo de esto que tanto desean; de donde nació que de muy atrás los engañase el demonio, porque como tenían apetito de saber cosas futuras y por venir y no podían por sí mismos, salió de través el demonio y enseñóles otras muchas artes supersticiosas, para que por ellas algunas veces, a vueltas de muchas mentiras, atinasen con alguna verdad y ésta, mezclada con algún grande error, como dice el Abulense.[21] Y por estas artes mágicas y supersticiosas comenzaron a honrar al demonio, porque de tal manera las instituyeron y enseñaron, que de su ejercicio no podía ser menos que recebir honra su inventor. Y como los judíos se inclinaban (como las otras naciones del mundo) a querer saber cosas futuras, y éstas se sabían por estos ministros diabólicos, era fuerza tenerlos y constituirlos como hizo el mal rey Manasés. De aquí es que Dios dio a su pueblo tanta suma de profetas que los pudieron enseñar y dar razón de las cosas ocultas y por venir, y en ellas hablaban con toda verdad, a diferencia de estos agoreros y adivinos que no la decían; y cuando atinaban con alguna, era con máscara y rebozo de mucha incertidumbre y duda. También respondían los sacerdotes a las dudas del pueblo y república y negocios arduos y graves de los reyes, vestidos del racional y efod. Y porque estas respuestas eran más ciertas en los profetas y sacerdotes de Dios verdadero que las de los falsos ministros de los ídolos, por esto eran muy estimados en el pueblo de Israel;[22] y por consiguiente sus moradores se apartaban de las falsedadades de los adivinos y pitones, como se dice en *Los números*,[23] cuando dice el sagrado texto: No hay ídolo en Jacob, ni divinación en Israel, y en sus tiempos se dirá a Jacob y a Israel lo que el señor había de hacer y obrar; quiere decir: Aunque los israelitas no tengan ídolos ni artes adivinatorias ni se rijan por agüeros, con todo eso en las ocasiones necesarias, y cuando sea menester, tendrán respuestas de Dios con toda verdad y certidumbre; y esto por sus profetas y sacerdotes santos, vestidos con los ornamentos necesarios para merecer recebir las divinas respuestas del oráculo soberano y celestial. Pero como estos israelitas se apartaban de Dios, por la idolatría, aplicábanse a las costumbres de los idólatras, y tenían, como ellos, sus sacerdotes agoreros para que por sus diabólicas artes les dijesen lo que deseaban, aunque mintiesen en ello. De éstos son los que multiplicó, en su tiempo, Manasés y tenía antes Jezabel en servicio de su falso y mentiroso dios Baal.

Tampoco estuvo libre nuestra España de este error y ceguera gentílica, aunque ahora, por la misericordia de Dios, tiene muy arraigada la fe cristiana; de la cual cuenta Estrabón,[24] que los vecinos de la ribera del río Duero eran bien dados a los sacrificios, y miraban con atención las asaduras de los animales y ninguna cosa de ellas cortaban; y consideraban mucho las venas de los lados y, revolviéndolas y tocándolas, conjeturaban por ellas

[21] Tostatus in praedict. loc. Reg.
[22] R. Kimchi. ad cap. 20. Iud. Ioseph. Antiq. lib. 3. cap. 9. Exod. 28. 1. Reg. 23. et 30.
[23] Núm. 34.
[24] Strab. lib. 3. Geograph.

las cosas por venir y futuras; y de las tripas de los cautivos que mataban sacaban sus adivinaciones, las cuales cubrían con unas mantas de sayal o jergas gruesas, y conforme hallaban ser heridas pronosticaban los bienes o males que esperaban. Por aquí se verá cómo todos los hombres son unos en maldad, cuando son desamparados de la gracias y doctrina de Cristo, la cual es la que da lumbre del verdadero Dios, y por consiguiente libra las ánimas en quien se infunden los errores y ceguedad de la idolatría y limpia las horruras y supersticiones y otras abominaciones que la idolatría trae consigo; de cuyos ministros se aprovecha el demonio para engañar a los hombres. Todas las gentes del mundo, antes del advenimiento de Cristo, experimentaron lo dicho y las de estos reinos de la América (cuarta parte del mundo) hasta los siglos presentes, adonde entrando la fe pocos años ha lo extirpó y asoló todo y dejó el verdadero culto a Dios verdadero debido.

CAPÍTULO XVIII. *De la autoridad, estimación y crédito de el sacerdocio, y la opinión en que los sacerdotes han estado entre todas las naciones del mundo, entre los cuales se nombran estos de esta Nueva España*



NO SÓLO LA DIGNIDAD SACERDOTAL fue estimada y tenida en mucho entre las gentes idólatras y gentiles, pero gozó de grande poder y autoridad. Por lo cual dijo Plutarco,[1] que en algunos lugares de Grecia tuvo igual autoridad el sacerdote con el rey, entendiéndolo de los atenienses y lacedemonios, que según Cicerón[2] eran llamados los sacerdotes mantes a los negocios públicos para que con las justicias los difiniesen y sentenciasen; y daban los lacedemonios a su rey por coadjutor de las causas un sacerdote adivino. Entre los egipcios fue de tanta estimación que, como cuenta Eliano,[3] eran los sacerdotes jueces de causas y tenían la mayor honra y dignidad, después de los reyes. Esto se puede colegir de la Sagrada Escritura, como se dice en el *Génesis*,[4] cuando, habiendo dado Faraón a Joseph el gobierno de su reino y héchole su segunda persona, sin reservarle más que la corona que traía sobre su cabeza, remató las mercedes comenzadas con darle por mujer la hija de Putifar, sacerdote que a no ser suma dignidad no se la diera tras de tantos favores. Y en el capítulo 47 se dice que el rey había dado tierras a los sacerdotes y que de toda la comunidad se les daban los mantenimientos necesarios y que sus tierras siempre permanecieron libres de toda pensión y tributo real. Diodoro[5] da más en particular las razones de la dignidad de aquellos sacerdotes, de las cuales es la una por el oficio y cuidado que tenían de honrar los dioses; y la otra,

[1] Plut. quaest. Rom. ult.
[2] Cicer. lib. 1. de Divin.
[3] Aelian. lib. 14. de Va. Hist. cap. 34.
[4] Genes. 41, 41. et 42.
[5] Diod. lib. 7. cap. 3.

las cosas por venir y futuras; y de las tripas de los cautivos que mataban sacaban sus adivinaciones, las cuales cubrían con unas mantas de sayal o jergas gruesas, y conforme hallaban ser heridas pronosticaban los bienes o males que esperaban. Por aquí se verá cómo todos los hombres son unos en maldad, cuando son desamparados de la gracias y doctrina de Cristo, la cual es la que da lumbre del verdadero Dios, y por consiguiente libra las ánimas en quien se infunden los errores y ceguedad de la idolatría y limpia las horruras y supersticiones y otras abominaciones que la idolatría trae consigo; de cuyos ministros se aprovecha el demonio para engañar a los hombres. Todas las gentes del mundo, antes del advenimiento de Cristo, experimentaron lo dicho y las de estos reinos de la América (cuarta parte del mundo) hasta los siglos presentes, adonde entrando la fe pocos años ha lo extirpó y asoló todo y dejó el verdadero culto a Dios verdadero debido.

CAPÍTULO XVIII. *De la autoridad, estimación y crédito de el sacerdocio, y la opinión en que los sacerdotes han estado entre todas las naciones del mundo, entre los cuales se nombran estos de esta Nueva España*



O SÓLO LA DIGNIDAD SACERDOTAL fue estimada y tenida en mucho entre las gentes idólatras y gentiles, pero gozó de grande poder y autoridad. Por lo cual dijo Plutarco,[1] que en algunos lugares de Grecia tuvo igual autoridad el sacerdote con el rey, entendiéndolo de los atenienses y lacedemonios, que según Cicerón[2] eran llamados los sacerdotes mantes a los negocios públicos para que con las justicias los difiniesen y sentenciasen; y daban los lacedemonios a su rey por coadjutor de las causas un sacerdote adivino. Entre los egipcios fue de tanta estimación que, como cuenta Eliano,[3] eran los sacerdotes jueces de causas y tenían la mayor honra y dignidad, después de los reyes. Esto se puede colegir de la Sagrada Escritura, como se dice en el *Génesis*,[4] cuando, habiendo dado Faraón a Joseph el gobierno de su reino y héchole su segunda persona, sin reservarle más que la corona que traía sobre su cabeza, remató las mercedes comenzadas con darle por mujer la hija de Putifar, sacerdote que a no ser suma dignidad no se la diera tras de tantos favores. Y en el capítulo 47 se dice que el rey había dado tierras a los sacerdotes y que de toda la comunidad se les daban los mantenimientos necesarios y que sus tierras siempre permanecieron libres de toda pensión y tributo real. Diodoro[5] da más en particular las razones de la dignidad de aquellos sacerdotes, de las cuales es la una por el oficio y cuidado que tenían de honrar los dioses; y la otra,

[1] Plut. quaest. Rom. ult.
[2] Cicer. lib. 1. de Divin.
[3] Aelian. lib. 14. de Va. Hist. cap. 34.
[4] Genes. 41, 41. et 42.
[5] Diod. lib. 7. cap. 3.

por la doctrina que daban al pueblo. De aquí era que todas las rentas de aquel reino se partían en tres partes; la primera y principal era de los sacerdotes, la cual gastaban en los sacrificios y culto divino y en su sustento. Pensaban estas gentes que no convenía que hubiese falta para las cosas del culto de los dioses, ni que sus ministros dejasen de tener lo necesario y forzoso para sustentar la autoridad que debían representar, por ser ministros de ellos. Eran del consejo de los reyes, y las cosas de importancia y arduas no se determinaban sin ellos; y por ser de tanta estimación eran tan privilegiados. Que este oficio haya sido de mucha estimación se comprueba con decir Aulo Gelio que una hija que tuvo Numa Pompilio, rey de Roma y gran cultor de sus falsos dioses, llamada Pomponia, se la dio por mujer al sacerdote Máximo, recibiéndole por yerno; lo cual no hiciera si la dignidad sacerdotal no fuera tan estimada.

Cuenta Estrabón,[6] en su *Geografía*, que en la isla de Meroe, en otro tiempo muy nombrada, en el río Nilo, tenían los sacerdotes la primera orden de dignidad, y por esto tanta jurisdicción y autoridad sobre los reyes, que algunas veces enviaban gente que los matasen; y muerto aquél, constituían otro. Sucedió que un rey fue con gente armada y entró en el templo, donde estaban, y los mató y pasó a cuchillo a todos; y quedando él seguro de aquel daño, cesó aquella costumbre y autoridad. La misma dice Estrabón que había entre los de Etiopía, donde no sólo los reyes lo padecían, mas también sus familias y criados; y por este peligro tenían consigo gran guarda los reyes. Cuenta Diodoro,[7] que hay tres islas muy notables de el océano, que caen a la parte de oriente, de la otra parte de Arabia la feliz; de una de ellas cuenta y dice maravillas, y añade que tenía repartida la gente de su república en tres partes de pulicía, de las cuales el primer lugar tenían los sacerdotes, el segundo, los labradores y el tercero, los hombres de guerra (que según esto los tenían por más comunes y bajos, como acostumbran los chinos, que jamás llevan a la guerra, ni es soldado, sino los castigados por delitos). Estos sacerdotes eran gobernadores de aquellas gentes y a ellos acudían con todas sus causas. Ninguno de los vecinos tenía cosa propria, sino sola su casa y un huerto. Los sacerdotes mandaban sembrar los campos, y sus frutos y rentas venían a sus manos y todo lo distribuían después, según veían las necesidades de cada uno; y ellos tomaban para su sustento los frutos doblados. Vivían con grande señorío y gravedad, mostrándose en su vida limpios y castos. También cuenta Estrabón[8] más adelante, en su *Geografía*, que eran los sacerdotes, entre los albanos, de grande autoridad y majestad, y que un sacerdote sumo presidía sobre los esclavos sacros y sacra religión, y era de mayor dignidad que todos, después del rey. Tenían un templo dedicado al sol y a Júpiter en la provincia de Iberia; los siervos eran en grandísimo número, así de hombres como de mujeres, los cuales todos eran consagrados al dios, cuyo era el templo. Lo mismo se dice del sacerdote de Capadocia, que era segundo

[6] Strab. lib. 17. Geograph.
[7] Diod. lib. 6. cap. 10.
[8] Strab. lib. 11. Geograph.

después del rey. Y esto es verdad que antiguamente solían ser los sacerdotes y reyes de un mismo linaje y estirpe. El gran sacerdote de la ciudad de Zela y sus sacerdotes menores tenían la misma autoridad y poder que los de Capadocia, en la cual presidía a los siervos sacros, que eran en grandísimo número, a quien también eran sujetas grandes comarcas que incluían muchas provincias. Todo esto cuenta y refiere Estrabón en los lugares citados. Tanta era la fe y confianza que los reyes de Etiopía tenían con sus sacerdotes, que cada y cuando que por alguno de ellos les era dicho que convenía morir por su república, o por caso otro alguno (diciéndoles que así lo determinaban los dioses con muchas razones con que les persuadían), tenían de vieja y antigua costumbre recebir la muerte voluntariamente, sin contradecirla ni repugnarla, como dice Diodoro;[9] aunque no dice ni declara, si él se mataba o le daban la muerte otros; pero en cualquiera de las dos cosas es de notar y admirar su fe y creencia y estimación que tenían al sacerdocio.

Por las mismas razones dichas, eran los sacerdotes de esta Nueva España muy estimados y en grande reverencia tenidos no sólo de la gente común, pero de los reyes y señores, y no hacían cosa grave o ardua que primero con ellos no se comunicase, por razón de su dignidad y oficio. Declaraban al pueblo y a los señores la voluntad de los dioses; en las necesidades que las repúblicas padecían y en los negocios de guerra eran consultados; y si ellos lo contradecían, no osaban ponerlo en ejecución; y si lo mandaban acometíanlo con esfuerzo varonil. Eran sustentados con rentas particulares, que para este efecto había en las repúblicas. Tenían pueblos sujetos (como en el libro de los templos dijimos)[10] para su servicio, a los cuales el sacerdote salía a visitar, como hombre a cuyo cargo estaba su gobierno; donde parece la mucha estimación en que estos indios tenían en su república a los sacerdotes, pues los hacían supremos en pueblos de ella. Otra dignidad concurría en estos dichos sacerdotes que los autorizaba mucho y a sólo ellos era dada, la cual era, que en las fiestas que se celebraban de sus dioses, uno de estos sus sacerdotes representaba al dios cuya fiesta se hacía y le sacaban en hombros y procesión, a la cual asistía y seguía el rey, con toda la corte y pueblo, y hacían gran fiesta por lo cual era en gran manera honrado y estimado.

Y no es mucho que estuviesen tenidos en esta estimación los sacerdotes, pues por razón del ministerio en que se ocupan son dignos de ella; porque la diferencia que hacen las cosas divinas a las humanas, es razón que hagan los ministros de las unas a los de las otras, lo cual considerado por los gentiles lo pusieron en ejecución. Y así Ovidio de Ponto dice que al ministro de Dios, por razón de serlo, se le debe el más honrado lugar, porque aquella honra (dice) no se le hace a él, sino a Dios, cuyo ministro es y por quien la recibe. ¿Y si esta honra y respeto pensaban los gentiles serle debido a los sacerdotes de sus dioses falsos, cuánto con más razones es justo que se dé y guarde a los del verdadero Dios, que en este estado evangélico se

[9] Diod. lib. 4. cap. 1.
[10] Supra. lib. 8. cap. 20.

ocupan en su servicio? Lo cual guardó el excelentísimo emperador Constantino, que tuvo en tanto a los sacerdotes, que hablando de ellos dijo: Verdaderamente que si con mis proprios ojos viese a un sacerdote de Dios pecar, o a otro cualquiera de los que viven vida monástica y clerical, me quitaría la capa y lo cubriría, porque otra ninguna persona lo viese. Esto se dice de este excelentísimo príncipe en sus *Historias* y se refiere en el derecho, por caso particular y devoto. A lo cual añade Marulo,[11] en su Tercero: Que asistiendo en el Concilio Calcedonense, se sentó el último de todos los sacerdotes; y que habiéndole sido presentadas algunas causas, con que los mismos sacerdotes se picaban y acusaban unos a otros, tomó todos los escritos y papeles en que las dichas querellas y acusaciones venían y los metió en el seno, y sin leerlas las echó después en el fuego y las quemó, diciendo: Los sacerdotes son elegidos para regir y gobernar las almas y son jueces de los hombres, y así no quiera Dios que sean de hombres juzgados, júzguelos él, pues son sus ministros. Palabras, cierto, de príncipe cristianísimo y dignas de ser muy celebradas y de los príncipes leídas y sabidas. Y dice Fulgoso Egnacio,[12] que estableció por ley, serle debida más honra al hombre constituido en el estado de sacerdote que al señor temporal en el de la corona y reino; porque decía, que en el sacerdote se honraba Cristo, por razón de tener sus veces en la tierra; y que el rey sólo mandaba la tierra. Diciendo más, que a solos los apóstoles (en cuyo lugar entraron los sacerdotes y obispos) dijo Cristo: El que a vosotros os recibe me recibe a mí; y el que a mí me recibe, recibe aquel que me envió; dando a entender en estas palabras que la honra que al sacerdote se hace, ésa recibe Dios por suya; por ser cosa sabida que la honra que a un embajador se hace, la recibe el rey que le envió; y por el contrario cualquier agravio, como sucedió a los mensajeros de David en la corte del rey Hanón, que los envió a dar el pésame de la muerte de su padre, y el necio rey, concibiendo maliciosamente alguna traición, los envió afrentados, de que David se corrió y trató de la venganza.[13]

Esto dicho leemos de este príncipe cristiano, pero siéndolo no es maravilla que semejantes cosas hiciese; pues, del conocimiento de la honra que a Dios verdadero se debe, le nacía el de la estimación de sus sacerdotes. Pero lo que admira y espanta es que los gentiles y paganos hayan tenido este conocimiento y respetado esta dignidad, como suprema en la tierra. Para cuya confirmación dice el maestro de las *Historias*,[14] que prosiguiendo el Grande Alejandro sus conquistas, llegó a Judea con ánimo y voluntad de destruirla y arruinar a la ciudad de Jerusalén y pasar a cuchillo sus moradores, quemar el templo, ultrajar los sacerdotes. Siguiendo pues este intento le fue mandado una noche en visión, que al sumo sacerdote, llamado Joiada, le estimase en mucho y le reconociese por mayor que él; y por su supremo monarca y como a tal, le honrase y reverenciase. Hecha esta

[11] Dist. q. 6. cap.. Inscript.
[12] Lib. 1. cap. 1.
[13] 2. Reg. 10. et 11.
[14] Petr. Comes. in Histor.

prevención del cielo fue también revelado al dicho sacerdote sumo, le saliese al encuentro, vestido de pontificial y acompañado de sacerdotes; y le pusiese a los ojos la gravedad y autoridad del oficio. Hízolo así y encontrándose la vista de el soberbio Alejandro con la majestad del sacerdote, y, viendo en su frente la lámina en que iba escrito el nombre inefable de Dios, apeóse con gran presteza del caballo y haciendo grande reverencia al pontífice, adoró devotamente el nombre de Dios escrito y cincelado en la lámina. Fue caso éste que espantó a los príncipes y capitanes que le acompañaban; pareciéndoles caso nuevo y muy ajeno de lo que acostumbraba, preguntáronle el motivo, y respondióles que aquella reverencia no la había hecho a él, sino a Dios, cuyo principado representaba y cuyas veces tenía; y que el día antes había visto a Dios en aquel traje, entre sueños. Entró en Jerusalén y fuese al templo, llevando a su lado al pontífice, y trocando la furia que contra los judíos llevaba en caricia y mansedumbre, dotóle de muchos bienes y reservó de tributo a todos. Otro semejante caso se lee de Atila, rey de los vándalos, el cual, viniendo contra la iglesia, en tiempo del papa León, cerca de los años de Cristo de 452, le salió el dicho pontífice al encuentro, armado de espíritu de Dios y revestido de su favor y ayuda, al cual recibió el rey con grande reverencia y lo trató con todo el acatamiento posible, apeándose de su caballo, haciendo demonstración de serle inferior, lo cual le había sido mandado en visión; y, persuadido de sus razones, dejó de perseguir la tierra y lo despidió de Italia.[15]

Esto es, pues, lo que acerca de la reverencia del sacerdocio he querido referir, ocurriéndome en este lugar estos príncipes paganos, los cuales irán puestos por ejemplo a los cristianos, para que, como en espejo, vean la obligación en que están puestos, de tenerlos en grande estimación, pues de los contrarios ellos mismos son testigos de su castigo. En cuya prueba y confirmación viene aquel infeliz Pompeyo que, por sus hazañas y proezas, tuvo renombre de grande;[16] del cual se dice que el principio de toda su infelicidad fue haber venido a Jerusalén y ultratajado el templo de Dios y sus sacerdotes y haber hecho establo para sus bestias sus portales. Y aquel que había tenido tanta ventura y gozado de grandísima gloria humana, nombrándose emperador, sujetando reinos y venciendo reyes, ya desde ahora da principio a sus desdichas y no paran hasta darle muerte desastrada. Todo porque tuvo en poco a Dios y a sus ministros. Y este castigo, con otros que ha hecho, son dichos para que vean los que Dios hará y la venganza que tomará de los seglares, que no sólo no tienen en mucha veneración a los sacerdotes, sino que se atreven a ultrajarlos y tenerlos en poco, tratándoles en el menosprecio, como si fueran iguales, leyendo causas y fulminándolas contra ellos, sin autoridad ni poder. Y el mismo Espíritu Santo, por boca de Salomón, dice en el *Eclesiástico:*[17] Honra a Dios con toda tu ánima y ten en grande precio y estimación a los sacerdotes. De manera que después de la honra de Dios pone la de sus ministros; y es la

[15] Chacon vitae et Gestu Pontif. in Leon. 1. f. 125.
[16] Plin. lib. 7. cap. 27.
[17] Eccles. 7.

razón porque son su lugartenientes; y como el rey temporal quiere que sus virreyes sean estimados como imagen suya, así también quiere Dios, que es rey soberano y supremo, que lo sean los suyos. Y fácil cosa es saber la estimación del sacerdote, lo cual se deduce del nombre con que la iglesia le nombra, llamándole presbítero, el cual nombre representa vejez y ancianidad en la palabra griega. Y declarándolo San Isidoro,[18] dice, que no se llama el sacerdote viejo por la edad sino por la honra y dignidad en que está subido. Que sea nombre de dignidad en el derecho se dice; y así se llaman los sacerdotes viejos porque deben participar de la honra y estimación que a los ancianos se debe. De los cuales dice el Espíritu Santo: Entre los presbíteros no seas verboso, ni hables demasiadamente.[19] Y luego en el capítulo siguiente añade: No ultrajes ni menosprecies las palabras de los presbíteros sabios; antes te aconsejo que notes con cuidado su doctrina, porque en los antiguos está la sabiduría (como dice en otro lugar)[20] y la prudencia en el mucho tiempo. Y de ellos (prosigue luego en este lugar)[21] aprenderás la sabiduría. De donde se colige el precio y estimación en que quiere Dios que sean tenidos; y para que así se conozca, les da la iglesia este nombre de presbítero, que no sólo quiere decir viejo, sino más viejo; como quien dice: este sacerdote y ministro de Dios ha de ser honrado y reverenciado, no sólo como viejo, sino como el más viejo en estimación.

CAPÍTULO XIX. *Cómo la dignidad real y el sacerdocio anduvieron juntos en otros tiempos y naciones del mundo, y se halló en los primeros mexicanos*



UE TAN ESTIMADO EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS el sacerdocio, que andaba junto e incorporado en la dignidad real.[1] Y tanto se preciaba uno de ser sacerdote como de ser rey; y no menos se gloriaba de lo uno que de lo otro. Y así vemos haber andado estas dos dignidades juntas, de lo cual tenemos diversos ejemplos que lo comprueban. De Melchisedech dice la Sagrada Escritura,[2] que era rey de Salén y sacerdote del altísimo, que ofreció a Dios pan y vino, como ministro suyo. De Abraham, dice San Crisóstomo,[3] haber sido sacerdote; lo cual prueba por aquellas palabras del *Génesis*,[4] donde dice, haberle mandado Dios partir una vaca y ofrecérsela. Y si por razón de este sacrificio, hecho en esta ocasión, de esta vaca y otros animales que allí ofreció, ha de ser llamado sacerdote, mucho con más razón, o a lo menos, no debe carecer de este nombre por

[18] Dist. 21. cap. Cleros.
[19] Eccles. 7, 15.
[20] Eccles. 8, 9.
[21] Eccles. 8, 10.

[1] Exod. 19, 6.
[2] Genes. 14.
[3] Div. Christ. in Math.
[4] Genes. 15.

razón porque son su lugartenientes; y como el rey temporal quiere que sus virreyes sean estimados como imagen suya, así también quiere Dios, que es rey soberano y supremo, que lo sean los suyos. Y fácil cosa es saber la estimación del sacerdote, lo cual se deduce del nombre con que la iglesia le nombra, llamándole presbítero, el cual nombre representa vejez y ancianidad en la palabra griega. Y declarándolo San Isidoro,[18] dice, que no se llama el sacerdote viejo por la edad sino por la honra y dignidad en que está subido. Que sea nombre de dignidad en el derecho se dice; y así se llaman los sacerdotes viejos porque deben participar de la honra y estimación que a los ancianos se debe. De los cuales dice el Espíritu Santo: Entre los presbíteros no seas verboso, ni hables demasiadamente.[19] Y luego en el capítulo siguiente añade: No ultrajes ni menosprecies las palabras de los presbíteros sabios; antes te aconsejo que notes con cuidado su doctrina, porque en los antiguos está la sabiduría (como dice en otro lugar)[20] y la prudencia en el mucho tiempo. Y de ellos (prosigue luego en este lugar)[21] aprenderás la sabiduría. De donde se colige el precio y estimación en que quiere Dios que sean tenidos; y para que así se conozca, les da la iglesia este nombre de presbítero, que no sólo quiere decir viejo, sino más viejo; como quien dice: este sacerdote y ministro de Dios ha de ser honrado y reverenciado, no sólo como viejo, sino como el más viejo en estimación.

CAPÍTULO XIX. *Cómo la dignidad real y el sacerdocio anduvieron juntos en otros tiempos y naciones del mundo, y se halló en los primeros mexicanos*



UE TAN ESTIMADO EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS el sacerdocio, que andaba junto e incorporado en la dignidad real.[1] Y tanto se preciaba uno de ser sacerdote como de ser rey; y no menos se gloriaba de lo uno que de lo otro. Y así vemos haber andado estas dos dignidades juntas, de lo cual tenemos diversos ejemplos que lo comprueban. De Melchisedech dice la Sagrada Escritura,[2] que era rey de Salén y sacerdote del altísimo, que ofreció a Dios pan y vino, como ministro suyo. De Abraham, dice San Crisóstomo,[3] haber sido sacerdote; lo cual prueba por aquellas palabras del *Génesis*,[4] donde dice, haberle mandado Dios partir una vaca y ofrecérsela. Y si por razón de este sacrificio, hecho en esta ocasión, de esta vaca y otros animales que allí ofreció, ha de ser llamado sacerdote, mucho con más razón, o a lo menos, no debe carecer de este nombre por

[18] Dist. 21. cap. Cleros.
[19] Eccles. 7, 15.
[20] Eccles. 8, 9.
[21] Eccles. 8, 10.

[1] Exod. 19, 6.
[2] Genes. 14.
[3] Div. Christ. in Math.
[4] Genes. 15.

muchos altares que edificó y sacrificios que a Dios ofreció, como parece en el capítulo 12 del *Génesis*, apareciéndole Dios hablando con él y ofreciéndole muchas ofrendas. También fue rey, según Josefo, diciendo de él estas palabras: Abraham reinó en Damasco y hasta hoy se conserva su nombre en la ciudad damascena y se manifiesta el lugar de su morada, de donde parece haber sido rey; y no sé si será demasía pensar que aquella hazaña grande que hizo, de salir contra cuatro reyes y vencerlos, fue hecho de rey y más que rey mostrando ánimo y fortaleza en el acometimiento (siendo tanta y tan grande la disparidad y desigualdad de la gente, por ser sin número comparativo la de los contrarios, respecto de Abraham), y a este hombre tan valeroso, a quien Dios hizo tan valiente, quiso darle nombre de sacerdote. Y dado caso que en la persona no lo fuese (como lo quiere probar el Tostado)[5] a lo menos fuelo en los actos que ejercitó, altares que levantó y sacrificios que ofreció. Noé (dice Álvaro Pelagio)[6] hizo oficio de sacerdote en la vaca que ofreció a Dios en sacrificio, después de el Diluvio y cesasión de las aguas, como se ve claro en el octavo capítulo del *Génesis*, y no sólo ofreció vaca, pero en el altar que levantó hizo un solemne sacrificio de muchas aves y animales que para él mató, cuya intención y obra recibió Dios. También fue rey rigiendo sus familias, como mayor y más preeminente de todas, y esto por espacio de trescientos años que vivió después de el Diluvio, cuya vida toda fueron novecientos años. Gobernó a los hombres de su tiempo, ordenó ciudades, estableció leyes, premió buenos y castigó malos, todo lo cual es oficio de rey, aunque por aquellas edades no se conoció este nombre. Con lo dicho parece quedar probado ser el oficio de sacerdote muy estimado en el mundo y haber sido incorporado con el de rey, pues los que hacían oficio de reyes usaban el de sacerdotes. Y de Samuel sabemos que, demás de ser profeta, hizo oficio de sacerdote, ordenando sacrificios y ofreciéndolos por Saúl y en otras ocasiones. Y fue rey, aunque no nombrado por este nombre, y rigió muchos años el pueblo de Israel; y por ser tan estimado hubo algunos reyes que habiendo cesado esta licencia, de ser sacerdote, juntamente quisieron usurpar este oficio e inciensar el altar, pero fueron castigados en su atrevimiento; en especial se lee este castigo en el rey Azarías o Osías, como parece en el cuarto *De los reyes*[7] aunque la causa de su castigo se declara en el segundo *De el Paralipómenon*,[8] que fue haber querido inciensar el altar, usurpando el oficio a los sacerdotes; y en pena de su atrevimiento fue lleno de lepra y echado del templo con confusión y apartado de la comunicación de los hombres hasta que miserablemente murió.

Estas dos dignidades (conviene a saber), de sacerdote y rey, se halla haber concurrido en naciones gentiles y paganas, no teniéndose por estimados si no ejercitaban estos dos oficios; de los cuales vienen a cuento los sacerdotes de los reinos de Francia, como cuenta Julio César en sus *Comenta-*

[5] Abulens. in cap. 21. lib. 4. Reg.
[6] Fr. Alvar. de Plantat. Eccles. lib. 1. cap. 13.
[7] 4. Reg. 15, 5.
[8] 2. Paral. 26, 17. et 19.

rios,[9] los cuales, dice que fueron muy estimados por haber sido muy dados al culto y servicio de los dioses. Éstos tenían autoridad de juzgar cualquiera negocio que se ofrecía, ora fuese público o secreto; cualquier delito o culpa que en la república se cometía castigaban como jueces ordinarios, por ser auditores de todas las cosas que se trataban; cualquier pleito o litigio, así de heredades y tierras como de otras posesiones y casas que ante ellos pasaba, lo sentenciaban y concluían con satisfación de partes; y daban castigo o premio por las cosas que a su tribunal ocurrían; criaban magistrados, instituían señoríos como gente absoluta y que no tenían superior a quien dar cuenta de nada. De donde parece que estos sacerdotes hacían oficio de reyes, siendo el proprio sacerdotal. De los primeros mexicanos que vinieron a esta tierra sabemos que no trajeron rey, ni otro caudillo particular (contra los que tienen o afirman lo contrario),[10] sino que venían regidos de los sacerdotes y ministros del demonio, sobre cuyos hombros venía la imagen del dios Huitzilupuchtli, y a los consejos y determinaciones de estos ministros eran obedientes. De manera que los más supremos en aquella república, y que tenían veces de príncipe y servían de rey a los sacerdotes y ministros del demonio, obedecían como a supremos y que no reconocían dependencia de nadie.

CAPÍTULO XX. *De cómo ha sido costumbre del demonio constituir ministros para mejor introducir sus errores y engaños, tomando motivo de lo que Dios ha hecho en las edades y tiempos antiguos*



OSTUMBRE HA SIDO DE DIOS, desde los primeros tiempos del mundo, darse a conocer a los hombres por sus ministros, apareciéndose a unos y por estos mismos hablando y manifestándose a otros. Con Adán habló y a él le puso precepto y por él hablo a Eva, cuyo mandamiento no guardó. A Moysén tomó por su caudillo para la elección de su pueblo y por boca suya le dio la ley y lo industrió.[1] Después también, corriendo el tiempo, les fue hablando por sus profetas, como en todos es manifiesto y nos lo dice San Pablo;[2] y de ello se precia el mismo Dios, diciendo que no ha hecho cosa en su pueblo que primero no la hubiese comunicado con sus profetas. Y últimamente el mismo Dios, tomando carne humana, se hizo pregonero de su misericordia, hablando por boca de su hijo (como el mismo Apóstol[3] nos enseña y la verdad católica nos lo publica). Ésta ha sido costumbre de Dios (como digo) desde la creación del mundo y formación del hombre; y no sin gran razón ha usado de este modo particular de

[9] Caesar in Comentar. de Bello Gallico.
[10] Tomo I. lib. 2. cap. 1.

[1] Genes. 2, 16. Genes. 6. Exod. 19. et 20.
[2] Ad Ephes. 3, 6.
[3] Ad Ephes. 2, 17. et 4, 22.

rios,[9] los cuales, dice que fueron muy estimados por haber sido muy dados al culto y servicio de los dioses. Éstos tenían autoridad de juzgar cualquiera negocio que se ofrecía, ora fuese público o secreto; cualquier delito o culpa que en la república se cometía castigaban como jueces ordinarios, por ser auditores de todas las cosas que se trataban; cualquier pleito o litigio, así de heredades y tierras como de otras posesiones y casas que ante ellos pasaba, lo sentenciaban y concluían con satisfación de partes; y daban castigo o premio por las cosas que a su tribunal ocurrían; criaban magistrados, instituían señoríos como gente absoluta y que no tenían superior a quien dar cuenta de nada. De donde parece que estos sacerdotes hacían oficio de reyes, siendo el proprio sacerdotal. De los primeros mexicanos que vinieron a esta tierra sabemos que no trajeron rey, ni otro caudillo particular (contra los que tienen o afirman lo contrario),[10] sino que venían regidos de los sacerdotes y ministros del demonio, sobre cuyos hombros venía la imagen del dios Huitzilupuchtli, y a los consejos y determinaciones de estos ministros eran obedientes. De manera que los más supremos en aquella república, y que tenían veces de príncipe y servían de rey a los sacerdotes y ministros del demonio, obedecían como a supremos y que no reconocían dependencia de nadie.

CAPÍTULO XX. *De cómo ha sido costumbre del demonio constituir ministros para mejor introducir sus errores y engaños, tomando motivo de lo que Dios ha hecho en las edades y tiempos antiguos*


OSTUMBRE HA SIDO DE DIOS, desde los primeros tiempos del mundo, darse a conocer a los hombres por sus ministros, apareciéndose a unos y por estos mismos hablando y manifestándose a otros. Con Adán habló y a él le puso precepto y por él hablo a Eva, cuyo mandamiento no guardó. A Moysén tomó por su caudillo para la elección de su pueblo y por boca suya le dio la ley y lo industrió.[1] Después también, corriendo el tiempo, les fue hablando por sus profetas, como en todos es manifiesto y nos lo dice San Pablo;[2] y de ello se precia el mismo Dios, diciendo que no ha hecho cosa en su pueblo que primero no la hubiese comunicado con sus profetas. Y últimamente el mismo Dios, tomando carne humana, se hizo pregonero de su misericordia, hablando por boca de su hijo (como el mismo Apóstol[3] nos enseña y la verdad católica nos lo publica). Ésta ha sido costumbre de Dios (como digo) desde la creación del mundo y formación del hombre; y no sin gran razón ha usado de este modo particular de

[9] Caesar in Comentar. de Bello Gallico.
[10] Tomo I. lib. 2. cap. 1.
[1] Genes. 2, 16. Genes. 6. Exod. 19. et 20.
[2] Ad Ephes. 3, 6.
[3] Ad Ephes. 2, 17. et 4, 22.

comunicarse y manifestarse a los hombres, dándoles a entender su voluntad; porque mientras menos se comunica y trata una cosa, es cosa cierta que se tiene en más estimación, lo cual al contrario acaece, que de la mucha conversación (como dice el *Proverbio*) nace el menosprecio. De este modo de comunicación vemos que aun los mismos hombres han usado, y reinos y reyes ha habido que no han hablado ni hablan sino por faraute, y la voz tan sumisa y baja que apenas se oye;[4] todo esto en orden de mostrar su grandeza y a fin de ser de todos respetados. Esto se prueba en los reyes de esta Nueva España, en especial se dice de aquel gran monarca Motecuhzuma, que no oía razón ni la decía que no fuese por faraute, a quien hablaba con voz muy baja y grave, que apenas parecía que movía los labios; y éste lo refería con voz más alta a los presentes o ausentes, y lo mismo se dice de los reyes chinos.

Pues siendo ésta condición humana y cualidad que se halla en príncipes y reyes terrenos, no es mucho que en el supremo y criador de todas las cosas corra esta propriedad en mayor y más aventajado estilo y grado; y que si el hombre se quiere representar dios para con el hombre, como dice el *Proverbio,* para sólo que le estime, acate, respete y reverencie, que Dios (a quien todo esto es debido de deuda propia y natural) se manifieste en modo conveniente y necesario para ser conocido de los hombres por Dios. De este intento nace haber tenido por Dios hombres en el mundo que han sido ministros de su voluntad, los cuales la han dado a entender a la demás gente del pueblo; de éstos son los patriarcas, los profetas, sacerdotes, así del Viejo, como del Nuevo Testamento, como ya hemos visto en los capítulos pasados; y ellos dicen quién es Dios (en la manera que según la capacidad humana a ella es comunicable), ellos manifiestan su voluntad y declaran su palabra, y por ellos han sido y son enseñadas las gentes y conservadas en el servicio de Dios. Y otros, que se habían apartado y alejado de esta verdad y necesario y forzoso conocimiento, han sido, por ellos, reducidos a él y lo serán en lo por venir; y para estos fines los ha escogido Dios y segregado y apartado del común de la gente, como a suerte particular y propia suya, para que se muestren ministros de Dios en la diferente comunicación y oficio de los seculares, que no atienden a más que a vivir la vida y buscar los medios más útiles y deleitosos para conservarla. De cuyo intento resulta el descuido y olvido de Dios; y consiguientemente, el desconocimiento de su voluntad y ley, porque con el cuidado de lo primero viene el descuido de esto postrero.

Éstos, pues, son entre los gentiles y naciones que ignoraron y vivieron sin el conocimiento del verdadero Dios los sacerdotes a quien primero se muestra y hace algunos particulares regalos, o descubre o avisa de algunas verdades necesarias, de las que naturalmente se pueden saber para que le den crédito; porque con éstas engaña a todos los demás. Así hacía en estas tierras apartadísimas del verdadero culto de Dios y muy ejercitadas y diestras en el del demonio. A estos sacerdotes o sátrapas engañosos tenía el

[4] Tomo I. lib. 2. cap. 74.

universal y primer engañador del mundo por sus profetas y por sus predicadores; y así como Dios se aprovechaba de los suyos verdaderos, para darse a entender a los hombres y aclararles la luz del entendimiento, para imprimir en ellos la razón que hay para obedecerle, así él con los falsos suyos trabajaba (y de presente trabaja) obscurecerles y ofuscarles en la verdad, para que ciegos desconozcan el camino del cielo y vayan a pasos contados por el de el infierno al despeñadero en que su malicia lo derribó y tiene aherrojado para siempre; y nazca de este intento que ya que con verdad no puede ser estimado, lo sea sin verdad; y que de la manera que Dios se sirve de sus profetas, sacerdotes y ministros, así él se aproveche para su falsa idolatría de estos desatinados ministros.

CAPÍTULO XXI. *Que prosigue la materia del pasado; del intento que el demonio ha tenido en tener sacerdotes y ministros, por los cuales más fácilmente ha traído a sí las gentes y las ha engañado, para servirse de ellas; y se prueba este su engañoso intento en los indios de esta Nueva España e islas convecinas*



OMO EL DEMONIO TIENE POR FIN engañar a los hombres y tenerlos debajo de su yugo para servirse de ellos, como ya hemos dicho, lo primero que hace para conseguir este dicho fin es constituir ministros, imitando a Dios y engañando las personas que más dispuestas y aparejadas halla para ello, que sean maliciosas y resabidas. Éstos han sido siempre entre gentiles y naciones que han ignorado al verdadero Dios, los que se llaman sacerdotes y ministros sacros (como hemos visto) a quienes primero se ha mostrado y hecho algunos particulares regalos, y ha descubierto o avisado de algunas necesidades verdaderas, para que saliendo verdades le den crédito en todo lo demás que miente; y teniéndole de él, estos sacerdotes y todo el demás pueblo y gente le sigan y vayan tras él errados. Esto hizo siempre en el mundo, en todos los oráculos que por él ha habido derramados, donde entre una verdad decía cien mil mentiras. Y muy en particular tuvo esta astucia y usó desta diabólica maña con los indios de las islas de Santo Domingo y Cuba,[1] que era gente simplicísima y ruda, donde no había muy abiertamente ni del todo entrado ni introducido la fuerza de su idolatría; y por ventura había pocos años que los había comenzado a engañar, porque no súbitamente corrompió con ceguedad de sus maldades a todo el linaje humano, ni les desposeyó ligeramente de las cosas divinas, sino poco a poco obscureciendo la lumbre natural y el entendimiento que muestra lo bueno e inclina a buscar al verdadero Dios. Y Dios justo y bueno no luego desampara a los hombres y priva de su gracia, sino que primero espera que lo desmerezcan, por sus maldades y pecados (como

[1] Tomo 3. lib. 18. cap. 6 y 7.

universal y primer engañador del mundo por sus profetas y por sus predicadores; y así como Dios se aprovechaba de los suyos verdaderos, para darse a entender a los hombres y aclararles la luz del entendimiento, para imprimir en ellos la razón que hay para obedecerle, así él con los falsos suyos trabajaba (y de presente trabaja) obscurecerles y ofuscarles en la verdad, para que ciegos desconozcan el camino del cielo y vayan a pasos contados por el de el infierno al despeñadero en que su malicia lo derribó y tiene aherrojado para siempre; y nazca de este intento que ya que con verdad no puede ser estimado, lo sea sin verdad; y que de la manera que Dios se sirve de sus profetas, sacerdotes y ministros, así él se aproveche para su falsa idolatría de estos desatinados ministros.

CAPÍTULO XXI. *Que prosigue la materia del pasado; del intento que el demonio ha tenido en tener sacerdotes y ministros, por los cuales más fácilmente ha traído a sí las gentes y las ha engañado, para servirse de ellas; y se prueba este su engañoso intento en los indios de esta Nueva España e islas convecinas*



OMO EL DEMONIO TIENE POR FIN engañar a los hombres y tenerlos debajo de su yugo para servirse de ellos, como ya hemos dicho, lo primero que hace para conseguir este dicho fin es constituir ministros, imitando a Dios y engañando las personas que más dispuestas y aparejadas halla para ello, que sean maliciosas y resabidas. Éstos han sido siempre entre gentiles y naciones que han ignorado al verdadero Dios, los que se llaman sacerdotes y ministros sacros (como hemos visto) a quienes primero se ha mostrado y hecho algunos particulares regalos, y ha descubierto o avisado de algunas necesidades verdaderas, para que saliendo verdades le den crédito en todo lo demás que miente; y teniéndole de él, estos sacerdotes y todo el demás pueblo y gente le sigan y vayan tras él errados. Esto hizo siempre en el mundo, en todos los oráculos que por él ha habido derramados, donde entre una verdad decía cien mil mentiras. Y muy en particular tuvo esta astucia y usó desta diabólica maña con los indios de las islas de Santo Domingo y Cuba,[1] que era gente simplicísima y ruda, donde no había muy abiertamente ni del todo entrado ni introducido la fuerza de su idolatría; y por ventura había pocos años que los había comenzado a engañar, porque no súbitamente corrompió con ceguedad de sus maldades a todo el linaje humano, ni les desposeyó ligeramente de las cosas divinas, sino poco a poco obscureciendo la lumbre natural y el entendimiento que muestra lo bueno e inclina a buscar al verdadero Dios. Y Dios justo y bueno no luego desampara a los hombres y priva de su gracia, sino que primero espera que lo desmerezcan, por sus maldades y pecados (como

[1] Tomo 3. líb. 18. cap. 6 y 7.

ya en otra parte se ha dicho).[2] Así que primero el demonio gana y ha ganado sacerdotes y ministros, los cuales ha constituido en este estado sacerdotal y sagrado para darles las partes requisitas y necesarias para el dicho oficio, imitando a Dios que ha tenido desde el principio del mundo sus ministros y sacerdotes, comenzando de Abel que fue el primero del mundo; y lo había sido Adán, por haber hecho a Dios sacrificio (como ya dejamos dicho) y continuándolo en otros que después en los siglos que corrían, fueron. De lo cual servían los primogénitos de los patriarcas y gente escogida de Dios. Lo cual, envidiando el demonio le usurpó, como aquel que también le tenía usurpada su gloria y aplicádosela vana y suciamente. De aquí pudo ser que a los principios este engañador tomase ocasión para engañar a algunos que le parecieron ser proprios para ayudarle en este intento, como en realidad de verdad lo fueron, y los mayores enemigos que la ley evangélica tuvo para introducirse y plantarse. Porque fueron los que más contradición hicieron y más tercos y pertinaces se mostraron. Y en secreto inducían a todos que se dejasen de aquella nueva ley que nuestros frailes y religiosos les enseñaban; y así para más fortificarlos en su propósito les hablaba ordinariamente, o ya en árboles o ya en piedras o en figuras o semejanza de hombres o de otros animales, como veía que más eficacia causaba.

CAPÍTULO XXII. *De cómo la institución de los sacerdotes ha sido para que se ocupen en sacrificar a Dios, ora sea falso ora verdadero, conforme vivían desengañados o engañados los hombres; y de la primera parte deste oficio, que es hacerle de animales y otras cosas*



L OFICIO SACERDOTAL (tomado en su común manera y uso de ejercitarle) tiene dos partes, o se divide en dos partes: la una es la obra de manos con que ejercitan aquel ministerio que es el sacrificio que ofrecen; y la otra, vocal y de palabras con que a Dios alaban, cuyas dos partes es fuerza que tratemos. Y dejando para el capítulo que se sigue esta segunda manera de sacrificio, conviene a saber la de el sacrificio vocal, digo de la primera, ser muy necesarios hombres que como ministros de este acto lo ejerciten, porque, como llevamos probado en el libro de la verdadera y falsa religión,[1] habiendo Dios a quien adorar y servir, y cosas que le han de ser ofrecidas, con que ha de ser servido, es fuerza que haya hombres por cuyas manos vayan ofrecidas y dadas, los cuales son como hemos dicho los sacerdotes que sirven de maestresalas, como en las mesas de los señores y reyes, que con particular acto le están sirviendo la comida y manjares que por otros son traídos a su mesa.

[2] Supra lib. 6. cap. 9. y 10.
[1] Supra lib. 7. cap. 1.

ya en otra parte se ha dicho).[2] Así que primero el demonio gana y ha ganado sacerdotes y ministros, los cuales ha constituido en este estado sacerdotal y sagrado para darles las partes requisitas y necesarias para el dicho oficio, imitando a Dios que ha tenido desde el principio del mundo sus ministros y sacerdotes, comenzando de Abel que fue el primero del mundo; y lo había sido Adán, por haber hecho a Dios sacrificio (como ya dejamos dicho) y continuándolo en otros que después en los siglos que corrían, fueron. De lo cual servían los primogénitos de los patriarcas y gente escogida de Dios. Lo cual, envidiando el demonio le usurpó, como aquel que también le tenía usurpada su gloria y aplicádosela vana y suciamente. De aquí pudo ser que a los principios este engañador tomase ocasión para engañar a algunos que le parecieron ser proprios para ayudarle en este intento, como en realidad de verdad lo fueron, y los mayores enemigos que la ley evangélica tuvo para introducirse y plantarse. Porque fueron los que más contradición hicieron y más tercos y pertinaces se mostraron. Y en secreto inducían a todos que se dejasen de aquella nueva ley que nuestros frailes y religiosos les enseñaban; y así para más fortificarlos en su propósito les hablaba ordinariamente, o ya en árboles o ya en piedras o en figuras o semejanza de hombres o de otros animales, como veía que más eficacia causaba.

CAPÍTULO XXII. *De cómo la institución de los sacerdotes ha sido para que se ocupen en sacrificar a Dios, ora sea falso ora verdadero, conforme vivían desengañados o engañados los hombres; y de la primera parte deste oficio, que es hacerle de animales y otras cosas*



L OFICIO SACERDOTAL (tomado en su común manera y uso de ejercitarle) tiene dos partes, o se divide en dos partes: la una es la obra de manos con que ejercitan aquel ministerio que es el sacrificio que ofrecen; y la otra, vocal y de palabras con que a Dios alaban, cuyas dos partes es fuerza que tratemos. Y dejando para el capítulo que se sigue esta segunda manera de sacrificio, conviene a saber la de el sacrificio vocal, digo de la primera, ser muy necesarios hombres que como ministros de este acto lo ejerciten, porque, como llevamos probado en el libro de la verdadera y falsa religión,[1] habiendo Dios a quien adorar y servir, y cosas que le han de ser ofrecidas, con que ha de ser servido, es fuerza que haya hombres por cuyas manos vayan ofrecidas y dadas, los cuales son como hemos dicho los sacerdotes que sirven de maestresalas, como en las mesas de los señores y reyes, que con particular acto le están sirviendo la comida y manjares que por otros son traídos a su mesa.

[2] Supra lib. 6. cap. 9. y 10.
[1] Supra lib. 7. cap. 1.

Aristóteles en los libros de sus *Políticos*,[2] pone entre las cosas principales de la república los sacerdotes para que ofrezcan a los dioses sacrificios, y hace mención de la costumbre antigua de ofrecer sacrificios por manos de sacerdotes, después de haber cogido los panes y trigos. Platón, en sus *Leyes*,[3] trata que se debe tener cuidado en la república de diputar y constituir sacerdotes que sacrificasen a los dioses; y pone también el tiempo en que se han de ofrecer los sacrificios. Y en otro libro, dice que en los sacerdotes han de concurrir muchas buenas partes, porque tratan grandes cosas, y ésta es la razón porque son y deben ser privilegiados. Y lo muestra la Sagrada Escritura (como ya hemos visto) tratando de los sacerdotes de la provincia y reino de Egipto. De nuestro Dios verdadero sabemos haberlos tenido en todo tiempo y edades, y en la ley antigua en grandísimo número, que acudían con gran puntualidad a este oficio de sacrificar animales como parte esencial y requisita de su ministerio, como por diversos lugares de la Escritura[4] parece. Y éste se usó en la natural por muchas y varias veces y en esta de gracia le ofrecen en sacrificio único y singular de su cuerpo y sangre que vale más, sin comparación, que todos los otros sacrificios ofrecidos en cualquiera de las otras dos leyes; y es el verdadero y cierto, en cuya figura fueron todos los demás ordenados, como lo dice el Apóstol.[5]

De lo dicho se sigue cómo todas las naciones de el mundo, por muy engañadas que hayan vivido en el conocimiento de Dios verdadero, han tenido cuidado de ofrecer a sus dioses sacrificios, para los cuales han elegido sacerdotes y ministros, por cuyas manos pasen y se hagan, entre los cuales, de los que más se aventajaron, fueron estos gentiles idólatras de esta Nueva España, para cuyo efecto había muchos (como ya hemos dicho), los cuales hacían los sacrificios que se ofrecían con la mayor devoción y cuidado que se puede decir, ni encarecer. Y así como los sacerdotes de el verdadero Dios mataban los animales, los cocían y asaban, los quemaban y consumían en la ley antigua, así también, los de los ídolos trataban estas cosas como ministros de ellas, matando no sólo animales irracionales (los cuales eran en grandísimo número), sino lo que más y peor es, los racionales, los cuales eran llevados al sacrificio como corderos que no rehúsan la muerte; porque morían por aquel que pensaban ser dios verdadero, aunque era falso y engañoso. Éste, pues, era el oficio de los sacerdotes y en lo que en los templos se ejercitaban y una de las dos partes dichas que al sacerdote pertenecían y las que ordinariamente trataban, así de día como de noche, ofreciendo incienso, flores, carnes, hombres y, a ratos, sangre propia de su mismo cuerpo derramada por los suelos, con el mismo gusto y contento que pudiera tener si cerniera y esparciera flores cogidas de algún oloroso huerto o jardín florido.

[2] Lib. 6. Polit. cap. 7. lib. 7. cap. 8.
[3] Plat. Dialog. 8 de Legibus. lib. 18. de Regno.
[4] Exod. 17. Lev. 24. Ez. 46.
[5] 1. Ad Cor. 10. et 11. Et Ad Col. 2.

CAPÍTULO XXIII. *Donde se trata de cómo aunque el oficio de los sacerdotes y de los otros ministros eclesiásticos antiguamente fue tener cuidado de los sacrificios que en los templos se hacían, era también su oficio ordinario cantar loores y alabanzas al Dios que adoraban y conocían*



UNQUE LOS SACRIFICIOS DE ANIMALES y otras cosas han sido usados en el mundo, así de aquellos que siguieron el verdadero conocimiento de Dios, como de los que errando han honrado con ellos al demonio, con todo digo que el especial y más continuo, que los unos y los otros han tenido, ha sido el de cantar himnos y psalmos y otras alabanzas; en la cual manera de sacrificio Dios ha sido de los suyos muy servido y el demonio muy honrado de aquellos desatinados hombres que le han seguido. Pero porque sigamos con distinción el orden que traemos, y lo que siempre ha sido y es mi intención dar a entender cuánto ha procurado el demonio imitar a Dios en todo lo que le ha sido posible, trataré primero, en este capítulo, de la verdadera alabanza y cuán grata y acepta ha sido a Dios; y luego de cómo también la ha pretendido tener el demonio, como si por derecho propio y natural le viniese.

Comenzando, pues, de los primeros padres del mundo, no es de creer que Adán dejó de alabar a Dios, como en realidad de verdad le alabó,[1] y esto por muchas razones que en sus obligaciones concurrían; y discurriendo por ellas, sea la primera ver que Dios es quien es, sin tener su semejante, de poder immenso y naturaleza infinita; y que supo haber sido formado de las manos de su omnipotencia, sin ser engendrado de padre, ni haber nacido de madre, sino inmediatamente por él. Otra fue, que lo hizo y formó limpio de pecado (porque las cosas que salen hechas de las manos de Dios, no le sacan, ni hasta entonces se conocía en el mundo, aunque los ángeles ya sabían de él), si él no se ensuciara y tiznara después con él. Otra era, que porque no estuviese solo (siendo la condición humana amiga de compañía) le dio por compañera a Eva, formada de su costilla, sacada de entre sus huesos. Otra fue, haberle hecho padre de todos los del mundo, sin ser hijo de ninguno de ellos. Otra, que fue el primer príncipe y monarca de todas las cosas criadas en esta máquina visible y que no le ha habido después acá su semejante, pues ninguno que sea puro hombre ha sido señor de las aves del aire, peces del mar y animales de la tierra, como Adán lo fue. Otra, haberle dado suma y plenaria autoridad de poner nombre a todas las cosas y el que les puso conservaron. Otra, y la mayor, que habiendo restado con todas estas obligaciones, pecando (por cuya culpa fue despojado de su amistad y gracia) le volvió a admitir y reducir a ella, con un *peccavi,* que le dijo, doliéndose de haber pecado y de haberle perdido por su necedad y culpa, haciéndole misericordia y digno de su salvación,

[1] Genes. 2.

como se colige del capítulo décimo del libro de *La sabiduría*. Y, si como dice San Gregorio, cuando se multiplican los beneficios y mercedes, crecen juntamente las obligaciones, habiendo recebido tantas Adán y, por consiguiente manera, hallándose tan obligado de creer es (como dijimos) que las sabría reconocer y darle gracias por ellas y alabar su misericordia y nombre santo.

Pues de Abel cosa muy sabida es que murió por el sacrificio, como colegimos de las divinas y sagradas letras; y sería el mayor y más verdadero el de las palabras y oraciones con que le ofrecería, pues no pudo haber allí ofrenda sin intención, y la intención iría acompañada, tanto de devoción y humildad, cuanto de oración amorosa y tierna, con júbilos de placer y confesión de alabanzas, en especial cuando vido ser su sacrificio acepto de Dios y recebido. Pues de Enós, dice la Sagrada Escritura,[2] que comenzó a invocar públicamente el nombre del señor, ordenando maneras públicas de alabanzas con que fuese alabado y glorificado de todos. Y dejados estos primeros padres del mundo con otros patriarcas y profetas, digamos lo mucho que Dios se agrada con este modo de sacrificio (conviene a saber) de que se le canten himnos y psalmos de alabanzas y loores, con que es honrado y conocido, que sea éste el más principal (dejado aparte el que en esta ley de gracia se ofrece en el altar, en el cuerpo y sangre de Jesucristo nuestro señor, que es, sobre todos y más que todos, como hemos dicho). Vese claro, tratando de aquellos primeros tiempos y leyes, escrita y natural, para lo cual es bien que notemos cómo andando los hijos de Israel por el desierto, mandando Dios a Moysén que le hiciese aquel tabernáculo (que fue su primera casa en el desierto), mandó también que los levitas, entre otros ministerios, se ocupasen en uno, que era ofrecerle sacrificio de alabanza; con el cual se muestra más contento y gustoso que con los otros sacrificios de animales.[3] Y para esto fueron nombrados los cantores que nombró David y se multiplicaron en crecido número; y el mismo santo rey David, no sólo se contentaba de alabar a Dios con psalmos,[4] para cuyo efecto compuso muchos, sino que también instituyó sacerdotes y levitas para que los cantasen y ofreciesen a Dios, como grandioso y admirable género de sacrificio. Y declarando el mismo santo rey,[5] cómo este modo de sacrificio es mayor y mejor, y que se contenta Dios más con él que con el sacrificio de bueyes, becerros y cabrones, concluye con decir en el psalmo que con el sacrificio de alabanzas se honra. Y así dice Tertuliano,[6] que la mayor y mejor hostia y sacrificio es la oración que sale de puro y limpio corazón. Lo cual conocido por el mismo santo rey, después de haber contado en uno de sus psalmos[7] que se sentía obligado a Dios por muchas causas, dice luego: a ti, señor, sacrificaré hostia de alabanza; como si dijera: señor, muchos beneficios me has hecho y así te quiero sa-

[2] Genes. 4.
[3] Exod. 25. Et seq.
[4] 3. Reg. 22.
[5] Psal. 49.
[6] Tertul. in Apol. cap. 30.
[7] Psal. 115.

crificar un sacrificio, que sé, que te será muy grato y apacible, que es loarte y darte gracias con alabanzas y oraciones vocales.

En el estado del Nuevo Testamento, conociendo aquel gran predicador de las gentes, San Pablo,[8] cuán grato es a Dios este sacrificio, en la carta a los de Éfeso amonesta a los feligreses y oyentes, diciendo: No os hartéis de vino, en el cual está la lujuria encerrada; pero henchíos de espíritu santo, hablando con vosotros mismos en himnos, salmos y alabanzas y cantos espirituales, cantando y tañendo a Dios esta música en vuestros corazones y boca. Y, escribiendo a los hebreos,[9] nos convida a esto mismo, diciendo: Ofrezcamos a Dios siempre hostia de alabanza, que es fruta de los labios; al cual llamó el profeta Oseas,[10] *Vitulos labiorum nostrorum,* becerros de nuestros labios, que es lo mismo que decir: sacrificio que se hace a Dios con palabras, alabándole con ellas; el cual le agrada mucho más que el de los terneros y becerros; lo cual, entendiendo el real profeta, compuso a este fin psalmos y cantares para alabar con ellos a Dios y ofrecerle el sacrificio de que más se paga; y fue el primero (después de Moysén) que usó de esta divina invención, según San Isidoro.[11] Y para esto ordenó los cantores y levitas, que fueron más de cuatro mil en número, como ya hemos visto, para que cuando los sacerdotes estuviesen ofreciendo sus sacrificios, los cantores y demás ministros los ayudasen, cantando a mañana y tarde, variando los cantares conforme los días, horas y fiestas se celebraban.

Este mismo modo, que han guardado los cantores y ministros de Dios, ha sido el de los sacerdotes y ministros del demonio en sus casas y templos, cantando alabanzas y loores y haciéndole gracias por los bienes que entendían venirles de sus manos; y así, en tiempo de paz, como de guerra, guardaban esta costumbre. Y entendiendo este gran cuidado gentílico San Clemente[12] dice, que se deben confundir mucho los cristianos, considerando que los gentiles, cada día, en despertando del sueño, van a los templos de sus ídolos para hacerles honras; y, antes que comiencen a ejercitarse en algún ejercicio corporal, les hacen sus suplicaciones y ponen todo cuidado en celebrar sus fiestas. Y aunque de todos los gentiles en general se entiende lo dicho, estos de esta Nueva España tenían sus cantares y alabanzas idolátricas, las cuales cantaban de día y de noche, en los templos, diferenciando las horas, porque unos servían para los días y otros para las noches y, otros, para días que nosotros llamamos feriados y de entre semana, y otros para los pascuales y festivos, a los cuales cantos asistían los sacerdotes y ministros, juntos en coro y congregación, y los cantaban tañendo y bailando al derredor del atambor y teponaztle (que es el instrumento que en otra parte dijimos), variando los sones y bailes para mayor consonancia, armonía y devoción. Y éste era sacrificio de alabanza que jamás había de faltar en el templo, como queriendo el demonio remedar a Dios que, en sus iglesias, es por este modo continuamente alabado.

[8] Ad Ephes. 2.
[9] Ad Heb. 13.
[10] Os. 14.
[11] Div. Isidor. lib. 1. de Eccles. Offic. cap. 5.
[12] Div. Clem. lib. 2. Const. Apost. cap. 33.

CAPÍTULO XXIV. *De la diligencia que ponían los sacerdotes gentiles, así antiguos como modernos de esta Nueva España, en ofrecer los sacrificios a sus dioses*



PINIÓN VULGAR Y CELEBRADA de todos los antiguos gentiles fue que la observancia y buen servicio de el culto y religión de los dioses, y reverencia con que los sacrificios se ofrecían, era causa de que los reinos y repúblicas del mundo se conservasen y gozasen de prosperidad y otras cosas a éstas concernientes y necesarias, para su dilatada y larga conservación. Y por el contrario, sentían que el descuido y negligencia, que acerca destas cosas se tenía (mayormente los sacerdotes), era causa de su total ruina y de los desastres e infortunios que en las dichas repúblicas sucedían. Esto muestra Tulio,[1] con palabras de mucho encarecimiento; y lo mismo afirma Tito Livio,[2] en el fin del libro quinto, refiriendo la oración de Camilo, dictador, hecha en el senado, donde quiere probar, por las prosperidades y adversidades que Roma tuvo, que la diligencia o negligencia en la religión y culto divino fueron la causa del bien o mal que la república romana tuvo. Pero Valerio Máximo,[3] trata (como suele) cumplida y elegantemente esta materia, diciendo y mostrando cuán prósperos y dichosos fueron los romanos y otras gentes que fueron solícitos y cuidadosos en el servicio y culto dicho; y lo comprueba con muchísimos ejemplos en el capítulo segundo de *Neglecta religione*.

Siendo esto así, decimos destos gentiles indios ser tan solícitos, en este diabólico ministerio, que se puede afirmar, y tener por sin duda, haber excedido a casi todas las naciones del mundo; porque no sólo hacían sus sacrificios (así ordinarios como extraordinarios) con temor y reverencia de sus diabólicos dioses, sino que añadían suma diligencia y solicitud en la ejecución dellos, estando muy prestos y vigilantes en sus celebraciones sin que fuesen notados de ninguna negligencia o pereza, para cuyo buen expediente no sólo los sátrapas o sacerdotes aprendían bien las ceremonias necesarias y disponían las cosas pertenecientes a este idolátrico acto, sino que enseñaban a los mancebos y muchachos, diputados para este ministerio, el modo que habían de tener para coger y cortar las yerbas en los campos y las ramas del acxoyatl, sobre que hacían los sacrificios, y las puntas del maguey y la leña necesaria para el fuego perpetuo; porque en nada hubiese falta y en todo sobrase el buen despidiente y despacho y el demonio fuese mejor servido, a quien entendían ofender gravemente con cualquier descuido que en semejantes ocasiones cometiesen. Los que eran hallados negligentes y defectuosos en el ofrecer de los sacrificios, eran rigurosamente castigados; porque tenían aquella negligencia por mal agüero y pronóstico, con-

[1] Cicer. libr. 2. de Leg.
[2] Tit. Liv. Decad. 1. lib. 5.
[3] Valer. lib. 1. cap. 1.

trario a la mención que tenían, por la cual el sacrificio se hacía; demás de que muchas veces no eran menos que del demonio castigados, por particulares castigos que en ellos hacía. Este cuidado que ponían en sus sacrificios les hacía estar muy diestros en su oficio, y así daban la muerte a los sacrificados muy diligente y desenfadadamente, abriéndolos por los pechos con los pedernales que tenían para ello y sacándoles el corazón para arrojar a los pies del ídolo, al cual aquel sacrificio se ofrecía.

De los capellanes que había en los templos de la provincia de Tehuacan ya hemos visto la diligencia y cuidado que ponían para los sacrificios y conservación del fuego, de sus muchas vigilias y velas, su continuo rezar y ofrecer las cosas, que llamaban divinas, a los ídolos y demonios, y cómo eran castigados, con penas inauditas, por las culpas que en el tiempo de su capellanía cometían, si por su desgracia pecaban. Y aunque no ponemos casos que en particular hubiesen sucedido, con que estos indios se manifestasen, podráse creer por otros de otras gentes idólatras, que con el mismo cuidado que ellos sirvieron al demonio; y aun si digo más no sé si me alargaré, por ser casi increíble el que pusieron en estimarle y servirle. Y es fuerza creer que los que ponían el bien o el mal de su ventura en los sacrificios que los sacerdotes y ministros de los templos hacían, que no disimularían culpa cometida por descuido o negligencia suya; porque dado caso que no fuese por la reverencia que al culto se debía, lo había de ser por el interés que en no ser el sacrificio bien obrado se perdía; y ésta era la razón porque era sumo el cuidado que los ministros ponían en sacrificar, y también la que ponían los mayores y prelados en castigar cualquier culpa que en el sacrificio se cometiese, sin disimular ninguna, por pequeña que fuese; y pruébase porque en el mes sexto, que llamaban etzalqualiztli, en el cual hacían fiesta a los dioses de el agua, llamados tlaloques, llevaban los mexicanos a todos los ministros que habían cometido defectos, en el discurso de su servicio, a la laguna, y allí en el agua los castigaban rigurosamente; y tanto, que los dejaban por muertos, y venían sus padres y deudos y se los llevaban a sus casas a curar y dar vida si podían.

Cuenta Valerio Máximo,[4] en el lugar citado, que tres flamines sacerdotes fueron privados del oficio y sacerdocio porque pusieron, con poca curiosidad y diligencia, las asaduras de ciertos animales que sacrificaron en el altar de los dioses. Y de Sulpicio, sacerdote, dice que porque estando sacrificando dejó caer el apex de la cabeza (que era una cinta de lana con que se ceñía la tiara o mitra) fue privado del sacerdocio; y otros dos, porque estando ofreciendo sus sacrificios se pararon a oír el ruido que un muy pequeño ratón hacía al un lado del altar donde sacrificaban. Buen documento pudiera ser éste para todos aquellos que ofrecen al verdadero Dios sacrificio, así de oraciones, como del verdadero y más estimado, que es el del altar, en el cuerpo y sangre de Jesucristo, para la atención que deben tener; pues que el demonio, con hurtar a Dios esta gloria y siendo ladrón público, quiere y ha querido en sus ministros este sumo cuidado.

[4] Valer. lib. 1. cap. 1.

Y no es mucho (sino muy poco) que nosotros los cristianos guardemos esta reverencia a Dios, que por tantas vías y maneras nos tiene tan obligados, procurando que en las ofrendas que le hiciéremos no haya cosa indecente ni que estorbe a la atención y devoción del que ofrece y le hace este servicio; y confúndannos estos ejemplos gentílicos, por culpas tan leves cometidas contra un dios que no lo es por naturaleza, sino por estimación de el pueblo y engaño de los hombres, y sólo tiene de deidad la que finge, y Dios quiere que tenga por sus particulares y secretos juicios; y démosle, juntamente con los actos exteriores de el cuerpo, los interiores de el alma, para que enteramente sea hecho el sacrificio y Dios en él agradado.

CAPÍTULO XXV. *De las penitencias y ayunos que alguna vez hacía el sumo sacerdote y por qué causas*



N ALGUNAS PARTES DE ESTAS INDIAS hacía el sumo sacerdote un solemnísimo ayuno, el cual le duraba espacio de nueve o diez meses y a las veces un año, y esto era lo más ordinario y general. Para este ayuno se salía de poblado a un monte, donde salía a ver el mayor número y concurso de sus ídolos o dioses, en el cual lugar le hacían una ramada o choza de ramas verdes, las cuales secas la volvían a renovar, porque siempre estuviesen verdes. El secreto de esto no he podido alcanzar, aunque es fácil de creer que le tenían debajo de ramas verdes para darle a entender que así como lo verde conserva el jugo y frescor, el tiempo que lo está, así él, en aquel tiempo de su ayuno, había de conservar el jugo de la devoción, renovando cada día el espíritu con mayor fervor y refrescando los actos penitenciales, como el que tan obligado estaba a ello y como persona de quien colgaban las esperanzas y necesidades de la república para con los dioses. Todo el tiempo que duraba este ayuno no comía cosa guisada ni cocida al fuego; pero su sustento ordinario eran granos de maíz, los cuales comían crudos y secos como estaban. Hacía tan áspera penitencia que era espanto verla. No conversaba con nadie, ni nadie le venía a ver, porque en soledad tratase con los dioses mejor la causa porque ayunaba. Todo el tiempo que duraba su ayuno y penitencia hacía muchos sacrificios de todas las cosas, así animadas como inanimadas (excepto hombres). Ponía delante de los ídolos copal, incienso y otros perfumes y derramaba cantidad de sangre de su cuerpo, el cual sacrificio estaba repartido por las horas del día y miembros de su cuerpo. Éste era el ayuno del sumo sacerdote y penitencia que hacía en aquella soledad y aspereza de vida que pasaba.

Las causas solían ser muy graves (porque tanto rigor no pide liviana causa); las ordinarias eran pedir favor a los dioses para saber regir y gobernar la república en lo espiritual, como tenía obligación, según el peso de la carga, y como tomando por aquella penitencia en sí, los pecados y cul-

Y no es mucho (sino muy poco) que nosotros los cristianos guardemos esta reverencia a Dios, que por tantas vías y maneras nos tiene tan obligados, procurando que en las ofrendas que le hiciéremos no haya cosa indecente ni que estorbe a la atención y devoción del que ofrece y le hace este servicio; y confúndannos estos ejemplos gentílicos, por culpas tan leves cometidas contra un dios que no lo es por naturaleza, sino por estimación de el pueblo y engaño de los hombres, y sólo tiene de deidad la que finge, y Dios quiere que tenga por sus particulares y secretos juicios; y démosle, juntamente con los actos exteriores de el cuerpo, los interiores de el alma, para que enteramente sea hecho el sacrificio y Dios en él agradado.

CAPÍTULO XXV. *De las penitencias y ayunos que alguna vez hacía el sumo sacerdote y por qué causas*



N ALGUNAS PARTES DE ESTAS INDIAS hacía el sumo sacerdote un solemnísimo ayuno, el cual le duraba espacio de nueve o diez meses y a las veces un año, y esto era lo más ordinario y general. Para este ayuno se salía de poblado a un monte, donde salía a ver el mayor número y concurso de sus ídolos o dioses, en el cual lugar le hacían una ramada o choza de ramas verdes, las cuales secas la volvían a renovar, porque siempre estuviesen verdes. El secreto de esto no he podido alcanzar, aunque es fácil de creer que le tenían debajo de ramas verdes para darle a entender que así como lo verde conserva el jugo y frescor, el tiempo que lo está, así él, en aquel tiempo de su ayuno, había de conservar el jugo de la devoción, renovando cada día el espíritu con mayor fervor y refrescando los actos penitenciales, como el que tan obligado estaba a ello y como persona de quien colgaban las esperanzas y necesidades de la república para con los dioses. Todo el tiempo que duraba este ayuno no comía cosa guisada ni cocida al fuego; pero su sustento ordinario eran granos de maíz, los cuales comían crudos y secos como estaban. Hacía tan áspera penitencia que era espanto verla. No conversaba con nadie, ni nadie le venía a ver, porque en soledad tratase con los dioses mejor la causa porque ayunaba. Todo el tiempo que duraba su ayuno y penitencia hacía muchos sacrificios de todas las cosas, así animadas como inanimadas (excepto hombres). Ponía delante de los ídolos copal, incienso y otros perfumes y derramaba cantidad de sangre de su cuerpo, el cual sacrificio estaba repartido por las horas del día y miembros de su cuerpo. Éste era el ayuno del sumo sacerdote y penitencia que hacía en aquella soledad y aspereza de vida que pasaba.

Las causas solían ser muy graves (porque tanto rigor no pide liviana causa); las ordinarias eran pedir favor a los dioses para saber regir y gobernar la república en lo espiritual, como tenía obligación, según el peso de la carga, y como tomando por aquella penitencia en sí, los pecados y cul-

pas del pueblo, para que descargando a sus súbditos se descargase él de ellas y hiciese penitencia por todos, orando, como otro Moysén, por el favor y necesidades del pueblo.[1] Si la oración de este idólatra fuera hecha a Dios tan cierto y verdadero como es el que oía las de Moysén (que por serlo hacía ciertos y verdaderos favores al que la ofrecía), y si se hiciera en servicio de nuestro Dios verdadero, bueno era todo; pero el mísero indio se atormentaba y el demonio se reía o cuidaba poco de su tormento. Y hemos de advertir que este ayuno no era más que una vez en la vida; y el que una vez le hacía, no le hacía otra, y no a todos los sumos sacerdotes acontecía, o porque no era necesario tanto rigor, o por flaqueza o enfermedad que tuviese, pero en pocos acontecía esto.

CAPÍTULO XXVI. *De la mucha limpieza y castidad que el estado sacerdotal incluye en sí, y de cómo en todas las naciones gentílicas se preciaron los sacerdotes de castos, y es una de las condiciones necesarias para ofrecer los sacrificios*



UANTA HAYA SIDO LA CASTIDAD Y LIMPIEZA, y cuanto el cuidado que los sacerdotes de los gentiles hayan tenido para ser limpios y castos, está muy conocido, y los immensos escritos que de esto hay lo manifiestan; y consta haber sido muy estimada esta virtud en los gentiles sacerdotes de aquel verso de Virgilio,[1] que dice: *Los sacerdotes permanecían castos todo el tiempo de su vida*. Y Ovidio[2] también dice, ser estimada en ellos esta condición y virtud, como el fresco ramo cortado de un árbol muy precioso y puro. De las vírgines vestales hemos ya visto lo que las estimaban los romanos, y el castigo y muerte que les daban por el pecado que cometían, queriendo que se conservasen en perpetua virginidad.[3] De los sacerdotes de la madre de los dioses, se dice que se castraban y cortaban todas las partes verendas y miembro genital, por vivir en perpetua castidad, para mejor ejercitar su ministerio y ofrecer a la diosa más dignamente los sacrificios. Los hierofantes entre los de Atenas, luego que se constituían y ofrecían al sacerdocio, también se castraban. De los sacerdotes de Egipto, dice Plutarco, que guardaban perpetua castidad y que se abstenían de comer sal, porque su calor y sequedad no les provocase a los actos venéreos; y lo mismo afirma de ellos Porfirio.[4] Y al sacerdote de Júpiter llama Ovidio[5] casto. También afirma Plutarco, en sus *Problemas de los romanos*, que los sacerdotes no sólo no comían carnes de cabra, pero que ni la nombraban, siéndoles aborrecible su nombre por su mala propriedad, y ser tan

[1] Exod. 23.
[1] Virg. lib. 6. Aen.
[2] Ovid. lib. 2. Fast.
[3] Sap. 14. et 15.
[4] Plut. lib. de Iside et Osiride, dec. 5. cap. 10. Porph. lib. 4. de Abstin. ab essu carn.
[5] Ovid. lib. 1. Fast.

pas del pueblo, para que descargando a sus súbditos se descargase él de ellas y hiciese penitencia por todos, orando, como otro Moysén, por el favor y necesidades del pueblo.[1] Si la oración de este idólatra fuera hecha a Dios tan cierto y verdadero como es el que oía las de Moysén (que por serlo hacía ciertos y verdaderos favores al que la ofrecía), y si se hiciera en servicio de nuestro Dios verdadero, bueno era todo; pero el mísero indio se atormentaba y el demonio se reía o cuidaba poco de su tormento. Y hemos de advertir que este ayuno no era más que una vez en la vida; y el que una vez le hacía, no le hacía otra, y no a todos los sumos sacerdotes acontecía, o porque no era necesario tanto rigor, o por flaqueza o enfermedad que tuviese, pero en pocos acontecía esto.

CAPÍTULO XXVI. *De la mucha limpieza y castidad que el estado sacerdotal incluye en sí, y de cómo en todas las naciones gentílicas se preciaron los sacerdotes de castos, y es una de las condiciones necesarias para ofrecer los sacrificios*



UANTA HAYA SIDO LA CASTIDAD Y LIMPIEZA, y cuanto el cuidado que los sacerdotes de los gentiles hayan tenido para ser limpios y castos, está muy conocido, y los immensos escritos que de esto hay lo manifiestan; y consta haber sido muy estimada esta virtud en los gentiles sacerdotes de aquel verso de Virgilio,[1] que dice: *Los sacerdotes permanecían castos todo el tiempo de su vida.* Y Ovidio[2] también dice, ser estimada en ellos esta condición y virtud, como el fresco ramo cortado de un árbol muy precioso y puro. De las vírgines vestales hemos ya visto lo que las estimaban los romanos, y el castigo y muerte que les daban por el pecado que cometían, queriendo que se conservasen en perpetua virginidad.[3] De los sacerdotes de la madre de los dioses, se dice que se castraban y cortaban todas las partes verendas y miembro genital, por vivir en perpetua castidad, para mejor ejercitar su ministerio y ofrecer a la diosa más dignamente los sacrificios. Los hierofantes entre los de Atenas, luego que se constituían y ofrecían al sacerdocio, también se castraban. De los sacerdotes de Egipto, dice Plutarco, que guardaban perpetua castidad y que se abstenían de comer sal, porque su calor y sequedad no les provocase a los actos venéreos; y lo mismo afirma de ellos Porfirio.[4] Y al sacerdote de Júpiter llama Ovidio[5] casto. También afirma Plutarco, en sus *Problemas de los romanos,* que los sacerdotes no sólo no comían carnes de cabra, pero que ni la nombraban, siéndoles aborrecible su nombre por su mala propriedad, y ser tan

[1] Exod. 23.

[1] Virg. lib. 6. Aen.
[2] Ovid. lib. 2. Fast.
[3] Sap. 14. et 15.
[4] Plut. lib. de Iside et Osiride, dec. 5. cap. 10. Porph. lib. 4. de Abstin. ab essu carn.
[5] Ovid. lib. 1. Fast.

dados estos animales a la lujuria. Y de aquí entiendo yo lo que se dice del sacerdote Dial, romano, que le era prohibido de comer habas, por ser provocativas a estos deshonestos actos y sucios movimientos. Y por esta razón aquel gran filósofo Pitágoras aconsejaba a los de su tiempo que no las comiesen, como lo afirman el mismo Plutarco y Plinio.[6] Y lo que más admira es que no sólo se les prohibían algunas cosas para comer a estos sacerdotes, en razón de la castidad y limpieza, sino que al sacerdote Dial (dice Festo Pomponio) no sólo no le era lícito tocar con la mano la yedra, pero ni nombrarla; dando a entender por esto la antigua gentilidad cuánta puridad y limpieza debía de ser la del sacerdote; porque dicen los naturales ser la yedra una planta lasciva y lujuriosa, cuyo abrazo todo lo vicia. En los enredos con que se abraza y enreda con las otras plantas, significaban los antiguos la lujuria y actos deshonestos; y de ella cantan mucho de esto los poetas. Y dice Plutarco[7] estas palabras: ¿A qué no mueve y obliga el Amor? No es menos que la yedra que atrae a sí y aun la convierte en su substancia la cosa a que se junta y llega. Pero leemos en algunos autores griegos que, así como les era prohibido lo dicho a los sacerdotes, les era concedido comer la ruda y beber el zumo de ella, por cuanto es contraria al vicio de la lujuria, de cuya propriedad se dice desecar (bebida o comida) la materia de que se forma el semen; así lo dicen Dioscórides, Plinio y Plutarco.[8] Y así Ovidio,[9] en el libro que compuso de *Remedio Amoris*, dice que el mejor consejo que da para no ser uno incitado a estos sucios actos, es beber la bebida de la ruda, porque deseca y disminuye el humor venéreo y carnal.

De los sacerdotes de Etiopía, dice San Agustín[10] (tratando de la peregrinación que hizo por aquellas regiones, en uno de los sermones a los monjes del Yermo) estas formales palabras: Ya era obispo hiponense y fuime, con algunos siervos de Jesucristo, a Etiopía a predicarles su santa ley y evangelio; y vimos allí muchos hombres y mujeres que no tenían cabeza, sino los ojos en los pechos, entre los cuales vimos que los sacerdotes eran casados, pero de tanta abstinencia que jamás, si no era una vez en el año, conversaban con sus mujeres, el cual día se abstenían de poner las manos en ningún sacrificio. Vimos más (dice luego) en las partes más bajas de esta región, otros hombres que no tenían más de un ojo en la frente, cuyos sacerdotes huían toda conversación de hombres y se abstenían de todos los malos deseos y apetitos de la carne; y, tan abstinentes, que la semana que les cabía de sacrificar y servir sus templos no comían, contentándose sólo con beber, una vez al día, una metreta de agua. Y más adelante añade: ¡Oh miseria grande de los cristianos!, veis aquí que los paganos se hacen doctores y maestros de los fieles, y los pecadores y las mujeres rameras les

[6] Plut. lib. 1. cap. 95. Problematum. Symposiac. lib. 3. q. 2. Plin. lib. 18. Hist. Nat. cap. 18. Et cap. 12. Festus.
[7] Plut. de Audit. Offic.
[8] Plin. lib. 20. cap. 13. Plut. Symposiac. lib. 3. q. 1. Dioscor. lib. 3. cap. 50.
[9] Ovid. de Remedio Amoris.
[10] Div. Aug. ser. 39. ad Monac.

preceden en el reino de Dios. Éstas son palabras de este excelentísimo doctor.

Esta limpieza que en sus sucios ministros quería que hubiese el demonio, es la que Dios ha querido y quiere que tengan sus ministros y sacerdotes y la que en la ley antigua pedía a los que eran de su casa y templo; y así dijo, en el *Levítico*[11] (hablando del sacerdote) que fuese virgen la que había de tomar por esposa, no viuda o pública ramera o repudiada. Pero ¿qué pretende en esto Dios? No más (según dice Innocencio papa,[12] primero de este nombre) sino que se entienda que le permitía aquello sólo, sin lo cual no podía pasar para dejar heredero en su oficio sacerdotal, y que era con aquella limitación para dar a entender, que si pudiera seguirse de otra manera, aun aquello no le concediera, por la limpieza que pretende en sus ministros. Y cuando los sacerdotes habían de ocuparse en el ministerio de su semana se abstenían de todo acto carnal lícito: y para esto había casas y aposentos donde los dichos ministros asistían el tiempo dicho de su administración. Y para que se entienda lo mucho que quería que sus sacerdotes fuesen castos y limpios, se debe notar aquella gravísima y rigurosísima ley, que estaba divulgada, contra las hijas de los sacerdotes, la cual era: si la hija de algún sacerdote fuere hallada haber perdido secretamente su pureza y virginidad, y hubiese manchado con esta mácula la casa de su padre, sea quemada en llamas de fuego. De donde es fuerza colegir la grande limpieza y castidad que quería que tuviesen sus sacerdotes; porque si la hija incasta y flaca mandaba quemar, porque pecó, ¿cuánto con mayor rigor y castigo debía de ser castigado el padre que siendo ministro de Dios y sacerdote, para ofrecerle sus sacrificios, pecaba?

No salían de esta obligación los sacerdotes indios de esta Nueva España, los cuales quería el demonio que fuesen castos; y así digo que eran tan continentes como hemos visto y dicho de ellos en muchos lugares, en especial de los sumos sacerdotes y pontífices mayores y los dos sacerdotes o monjes, constituidos a la diosa Cinteutl; los cuales habían de haber sido casados, pero no cuando servían el oficio de sacerdote, porque en aquel tiempo habían de guardar castidad perpetua e inviolable. De los ministros y capellanes de los templos de Tehuacan sabemos que si cometían este pecado (como se supiese) era por él muerto a palos y entregado a la gente popular de noche, para que en él la ejecutasen. Y de las mujeres que servían en los templos hemos dicho ser continentísimas, las cuales guardaban perpetua castidad y virginidad, sin manchar en nada su pureza. Y era tanto lo que temían caer en esta culpa, que entendían, si la cometían, haber de ser rigurosamente por los dioses castigadas, mayormente si se sabía moría por ella. De este rigor se puede colegir el cuidado con que vivían los sacerdotes y lo mucho que cuidaban de vivir castamente, por tener entendido ser aquella la voluntad de sus falsos dioses y creer que se ofendían gravemente con lo contrario. Y de aquí queda sabido cómo el demonio, no por ser limpio, sino por imitar en alguna manera a Dios, en su limpieza, ha querido que

[11] Lev. 12. R. Maimon. Halach Isaribia, cap. 17.
[12] Innocent. 1.

sus ministros lo sean y se abstengan de semejantes actos en las cosas posibles, queriendo el demonio que los de su falsa ley y seta hiciesen esta inferencia. La castidad es buena, y nuestro Dios nos la enseña y manda que seamos castos, luego bueno es él; y no advertían estos desventurados ciegos que no porque él es bueno mandaba un acto de virtud tan heroico, sino que por ser el hecho en sí bueno, es apetecible; y que la razón natural inclina al hombre a apetecer aquello que es más conforme a la rectitud de la naturaleza; y así, no porque el demonio fuese bueno (que no lo es) era bueno el acto, sino por ser bueno el acto y hecho, parecía bueno el que lo mandaba.

CAPÍTULO XXVII. *De los sacerdotes epulones (u de los convites que entre estas gentes indianas había) que fueron muy celebrados entre los romanos*



NVENTÓ LA GENTILIDAD MODERNA de esta tierra indiana unos sacerdotes, cuyo oficio era incitar a las gentes de ellas a las fiestas de algunos dioses, en las cuales el fin era comer y beber y pasar la vida con más regalo que en otras fiestas acostumbraban. Una de éstas era honra de todos los dioses, los cuales fingían haberse ido a otras partes, o ya por tenerlos enojados, o ya porque fueron a visitar otras tierras, gentes y pueblos, a cuya vuelta los festejaban de esta manera. Veinte días antes de su fiesta (que se llamaba Teutleco) ataban a todos los niños unos hilos flojos de algodón a las muñecas de los brazos, y otros a las gargantas y cuellos, y hacíanles unos guacalejos pequeños, o carguillas de poco peso, en las cuales ponían unos panecillos y un jarrillo también pequeño con aguas, las cuales carguillas traían muchos ratos del día los niños, a cuestas, hasta que se llegaba el día de la fiesta. La significación de esto era decir que aquellos niños, como inocentes, aplacaban a los dioses, saliéndolos a recibir con aquel refresco y ofreciéndoles aquellos panes y agua, pareciéndoles, como solemos decir los castellanos, que dádivas quebrantan peñas; y vemos haber usado Jacob de esta astucia cuando supo que su hermano Esaú le venía al encuentro, volviendo de Mesopotamia. Finalmente, con la intención dicha, hacían esta preparación todos los de la república, los cuales pasados y llegado el día principal y festivo descargaban a los niños y desatábanles los hilos, fingiendo haber ya llegado los dichos dioses y venirles propicios y favorables; y llamaban a esta ceremonia neylpiliztli, cuyo fin y remate eran muy grandes convites y muchas bodas, de las cuales no eran los menos aventajados los sacerdotes, a cuyo cargo estaban las dichas fiestas y celebraciones.

No va muy lejos esta costumbre de la que los romanos tuvieron en la elección de los sacerdotes epulones, los cuales (como dice Tulio)[1] constitu-

[1] Cicer. lib. 3. de Orat.

sus ministros lo sean y se abstengan de semejantes actos en las cosas posibles, queriendo el demonio que los de su falsa ley y seta hiciesen esta inferencia. La castidad es buena, y nuestro Dios nos la enseña y manda que seamos castos, luego bueno es él; y no advertían estos desventurados ciegos que no porque él es bueno mandaba un acto de virtud tan heroico, sino que por ser el hecho en sí bueno, es apetecible; y que la razón natural inclina al hombre a apetecer aquello que es más conforme a la rectitud de la naturaleza; y así, no porque el demonio fuese bueno (que no lo es) era bueno el acto, sino por ser bueno el acto y hecho, parecía bueno el que lo mandaba.

CAPÍTULO XXVII. *De los sacerdotes epulones (u de los convites que entre estas gentes indianas había) que fueron muy celebrados entre los romanos*



NVENTÓ LA GENTILIDAD MODERNA de esta tierra indiana unos sacerdotes, cuyo oficio era incitar a las gentes de ellas a las fiestas de algunos dioses, en las cuales el fin era comer y beber y pasar la vida con más regalo que en otras fiestas acostumbraban. Una de éstas era honra de todos los dioses, los cuales fingían haberse ido a otras partes, o ya por tenerlos enojados, o ya porque fueron a visitar otras tierras, gentes y pueblos, a cuya vuelta los festejaban de esta manera. Veinte días antes de su fiesta (que se llamaba Teutleco) ataban a todos los niños unos hilos flojos de algodón a las muñecas de los brazos, y otros a las gargantas y cuellos, y hacíanles unos guacalejos pequeños, o carguillas de poco peso, en las cuales ponían unos panecillos y un jarrillo también pequeño con aguas, las cuales carguillas traían muchos ratos del día los niños, a cuestas, hasta que se llegaba el día de la fiesta. La significación de esto era decir que aquellos niños, como inocentes, aplacaban a los dioses, saliéndolos a recibir con aquel refresco y ofreciéndoles aquellos panes y agua, pareciéndoles, como solemos decir los castellanos, que dádivas quebrantan peñas; y vemos haber usado Jacob de esta astucia cuando supo que su hermano Esaú le venía al encuentro, volviendo de Mesopotamia. Finalmente, con la intención dicha, hacían esta preparación todos los de la república, los cuales pasados y llegado el día principal y festivo descargaban a los niños y desatábanles los hilos, fingiendo haber ya llegado los dichos dioses y venirles propicios y favorables; y llamaban a esta ceremonia neylpiliztli, cuyo fin y remate eran muy grandes convites y muchas bodas, de las cuales no eran los menos aventajados los sacerdotes, a cuyo cargo estaban las dichas fiestas y celebraciones.

No va muy lejos esta costumbre de la que los romanos tuvieron en la elección de los sacerdotes epulones, los cuales (como dice Tulio)[1] constitu-

[1] Cicer. lib. 3. de Orat.

yeron los pontífices sumos para que tuviesen oficio y poder de señalar los convites y cenas que hacían a Júpiter y a los otros dioses, las cuales llamaban *Epulare sacrificium,* sacrificio de convites y mesas sacras; y de aquí cobraron ellos el nombre de epulones, que es como decir comilones o tragones, que así los llama San Agustín,[2] en el libro tercero de la *Ciudad de Dios;* y aun en el sexto los llama grandes borrachos. El origen y fundamento que tuvieron los romanos para elegir estos sacerdotes fue éste (según Tito Livio):[3] que como sobreviniese una gran pestilencia en Roma, en la cual no quedaban hombres, ni mujeres, ni animales, ni otras cosas vivientes que no muriesen en grandísimo número, como no supiesen la causa ni hallasen el fin de ella, acudió el senado a los sacerdotes que tenían cargo de leer los libros sagrados, entre los cuales hallaron, en uno de las Sibilas, que se debían convidar a los dioses a cenar, principalmente a Apolo, Latona, Júpiter y otros semejantes. Aparejaban una rica cena y camas muy ricamente aderezadas, donde se acostasen los dioses, y dejábanlos así, como fingiendo que luego venían y lo cenaban; y lo cierto es que los sacerdotes se la cenaban y comían cuanto podían y bebían hasta caer, como dice San Agustín,[4] a los cuales llama epulones, aparejados y dispuestos para comer.

Prosiguiendo, pues, la borrachera qué escribe Tito Livio acerca del origen que tuvo, hicieron los romanos, en nombre de toda la ciudad a estos dioses, ocho días de convites y cenas, con los cuales se aplacaron y cesó la mortandad y pestilencia. Y demás de los convites, que el senado ordenó a los dioses, hizo cada vecino en su casa el suyo a puerta abierta y sacando a las calles cuanto tenían en sus casas, haciendolo franco todo, a yentes y vinientes, a conocidos y extraños, ciudadanos o forasteros, a amigos o enemigos, porque entonces a todos se admitían y muy benigna y amigablemente unos con otros comunicaban; y por aquellos días soltaban todos los presos de las prisiones. De aquí parece cuanto fueron engañados y burlados y muy poseídos de los demonios los romanos y estas gentes de esta Nueva España, por la falta que hubo en ellos del verdadero conocimiento de Dios; pues cada y cuando que los demonios querían (aunque no sin permisión de Dios y particular juicio suyo) para más fortalecerlos en su culto idolátrico, les enviaban pestilencias y muertes con otros infortunios, haciéndoles entender a los unos tan ciega falsedad, como era pensar que la condición de Dios se aplaca con convites; y a los otros, que se iban mudando lugar (cosa ajena de la deidad y esencia divina, pues todo lo hinche y que jamás se muda) y que con que los niños y niñas saliesen a recibirlos con su comidilla, quedaban pagados y aplacado su furor, siendo tan ajeno y apartado de Dios todo manjar y bebida. Aunque no hay que maravillar, que quien inventaba tan falsos dioses, los convidase con semejantes borracheras, de las cuales gozaban y se hartaban los sacerdotes epulones, así entre los romanos como entre estos indios.

No ofrece pequeña consideración aquel acto que los gentiles hicieron en

[2] Div. Augt. lib. 3. de Civit. Dei. cap. 20. et lib. 6. cap. 6. et 7.
[3] Tit. Liv. Dec. 1. lib. 5.
[4] Div. Aug. lib. 6. de Civit. Dei. cap. 7.

aquellos días de los convites, para aplacar la ira de sus dioses, en aquella necesidad de mostrarse liberales con todos, perdonándose unos a otros y comiendo y bebiendo juntos, como gente enseñada por la razón natural que enseña que, para agradar a Dios, se requiere mostrar amor al prójimo y ser piadoso con él, aplacándole en su enojo y reconciliándose con él en sus iras. De donde podemos bien colegir un cristiano documento y es, que no os pide Dios nuestro señor y salvador cosa nueva, ni fuera de razón, sino lo que la razón y lumbre natural nos enseña y dicta, cuando nos manda que antes que ofrezcamos el sacrificio a Dios, nos reconciliemos con nuestros hermanos, y amemos y hagamos bien a nuestros enemigos, y que seamos con todos misericordiosos, que si diéremos, nos darán, y que si perdonáremos, seremos perdonados, y otros preceptos caritativos y semejantes.[5]

CAPÍTULO XXVIII. *Del adorno y vestiduras de los sacerdotes de que ordinariamente andaban vestidos, y de los particulares aderezos con que se engalanaban los días festivos y de Pascua; y se dicen las causas por qué conservaban el cabello y la tizne*



I BIEN SE NOTAN MUCHAS NACIONES de las pasadas, y se consideran las presentes de esta Nueva España, se verá que fueron muy semejantes las unas a las otras. Y aunque en los capítulos de atrás hemos comparado sus sacerdotes en muchas cosas, no lo fueron menos en el vestido, porque de los sacerdotes de Egipto, dice Herodoto[1] que andaban vestidos de unas vestiduras de lino delgadas, y no podían vestir de otra cosa. De estos de esta Nueva España se dice que vestían de algodón unas mantas largas y sencillas, sin poder usar otra ropa. Aquéllos también traían calzados unos zapatos o suelas, a manera de alpargate, de cierto junco que había en Egipto; y éstos, con unas sandalias (que en su lengua se llaman cacles) sin tener otro género de calzado. También se bañaban y lababan sus cuerpos, porque no hubiese alguna suciedad e inmundicia en ellos, para ofrecer los sacrificios; los de Egipto, en el río Nilo; y estos mexicanos, o nahuales, en fuentes y albercas que tenían en los patios interiores de los templos. Sobre estas vestiduras dichas vestían los días de fiesta y particulares otras, a manera de sobrepellices o roquetes, en especial el sacerdote mayor, con la cual vestidura (como vestido de pontifical) entraba a la expedición de los sacrificios. No sé si el andar vestidos éstos con estos ornamentos curiosos fue remedo que el demonio quiso que hiciesen sus ministros a los de Dios, mandando que su sacerdote mayor (dejados otros arreos) vistiese una túnica de lino, con que saliese galán a la celebración del incien-

[5] Math. 5. Luc. 6. Ad Rom. 5.
[1] Herod. lib. 2. cap. 37.

aquellos días de los convites, para aplacar la ira de sus dioses, en aquella necesidad de mostrarse liberales con todos, perdonándose unos a otros y comiendo y bebiendo juntos, como gente enseñada por la razón natural que enseña que, para agradar a Dios, se requiere mostrar amor al prójimo y ser piadoso con él, aplacándole en su enojo y reconciliándose con él en sus iras. De donde podemos bien colegir un cristiano documento y es, que no os pide Dios nuestro señor y salvador cosa nueva, ni fuera de razón, sino lo que la razón y lumbre natural nos enseña y dicta, cuando nos manda que antes que ofrezcamos el sacrificio a Dios, nos reconciliemos con nuestros hermanos, y amemos y hagamos bien a nuestros enemigos, y que seamos con todos misericordiosos, que si diéremos, nos darán, y que si perdonáremos, seremos perdonados, y otros preceptos caritativos y semejantes.[5]

CAPÍTULO XXVIII. *Del adorno y vestiduras de los sacerdotes de que ordinariamente andaban vestidos, y de los particulares aderezos con que se engalanaban los días festivos y de Pascua; y se dicen las causas por qué conservaban el cabello y la tizne*



I BIEN SE NOTAN MUCHAS NACIONES de las pasadas, y se consideran las presentes de esta Nueva España, se verá que fueron muy semejantes las unas a las otras. Y aunque en los capítulos de atrás hemos comparado sus sacerdotes en muchas cosas, no lo fueron menos en el vestido, porque de los sacerdotes de Egipto, dice Herodoto[1] que andaban vestidos de unas vestiduras de lino delgadas, y no podían vestir de otra cosa. De estos de esta Nueva España se dice que vestían de algodón unas mantas largas y sencillas, sin poder usar otra ropa. Aquéllos también traían calzados unos zapatos o suelas, a manera de alpargate, de cierto junco que había en Egipto; y éstos, con unas sandalias (que en su lengua se llaman cacles) sin tener otro género de calzado. También se bañaban y lababan sus cuerpos, porque no hubiese alguna suciedad e inmundicia en ellos, para ofrecer los sacrificios; los de Egipto, en el río Nilo; y estos mexicanos, o nahuales, en fuentes y albercas que tenían en los patios interiores de los templos. Sobre estas vestiduras dichas vestían los días de fiesta y particulares otras, a manera de sobrepellices o roquetes, en especial el sacerdote mayor, con la cual vestidura (como vestido de pontifical) entraba a la expedición de los sacrificios. No sé si el andar vestidos éstos con estos ornamentos curiosos fue remedo que el demonio quiso que hiciesen sus ministros a los de Dios, mandando que su sacerdote mayor (dejados otros arreos) vistiese una túnica de lino, con que saliese galán a la celebración del incien-

[5] Math. 5. Luc. 6. Ad Rom. 5.
[1] Herod. lib. 2. cap. 37.

so y sacrificio, como se lee en el *Éxodo*;[2] pero, sea lo que se fuere, su vestido era éste y su calzado una suela y cuerdas que asían en los dedos de los pies y ceñían por cima de los tobillos en la garganta en un talón que la suela tenía, y ricamente labrada.

El sumo sacerdote que había en el reino y provincias mixtecas se vestía para celebrar sus fiestas de pontifical, de esta manera. Unas mantas muy variadas de colores, matizadas y pintadas de historias acaecidas a algunos de sus dioses. Poníase unas como camisas o roquetes sin mangas (a diferencia de los mexicanos) que llegaban más abajo de la rodilla, y en las piernas unas como antiparas que le cubrían la pantorrilla; y era esto casi común a todos los sacerdotes sumos, y calzado con que adornaban las estatuas de los dioses; y en el brazo izquierdo un pedazo de manta labrada, a manera de listón, como suelen atarse algunos al brazo cuando salen a fiestas, o cañas, con una borla asida de ella, que parecía manípulo. Vestía encima de todo una capa, como la nuestra de coro, con una borla colgando a las espaldas y una gran mitra en la cabeza, hecha de plumas verdes con mucho artificio y toda sembrada y labrada de los más principales dioses que tenían. Cuando bailaban, en otras ocasiones y patios de los templos (que era el modo ordinario de cantar sus horas y rezar su oficio), se vestían de ropa blanca pintada y unas ropetas como camisetas de galeote.

Estos sacerdotes indios tenían de costumbre, luego por la mañana, de embijarse y untarse todo el cuerpo con una tinta negra que para ello hacían; y de matizarse con otros colores, en especial de ocre y almagre, como se dijo en el capítulo de los colegiales;[3] y de esta manera pasaban lo más del día, aunque después (como se ha dicho) se bañaban y lababan, no careciendo lo uno y lo otro de particular propósito e intención. Aunque el padre Acosta, en la *Historia moral de las Indias*,[4] dice que nunca se lababan los sacerdotes, por lo cual andaban sucios, feos y puercos, y pegado el cabello como clin de caballo. Pero como de estas cosas supo poco por experiencia, por no haberlas escudriñado, sino seguido papeles ajenos y mal averiguados, no es maravilla que yerre. La verdad del caso es, que aunque se ungían y untaban, se lavaban los de Mexico en sus albercas, de las cuales una se llama copan, donde se bañaban los sacerdotes llamados coatlan, que tenían cargo de ella y de sus sacrificios; y no les era lícito a éstos lavarse con aquellas aguas; y los de otras provincias, en ríos y otras aguas, como yo lo he averiguado con personas científicas, en el discurso de diez y seis años que ha que ando haciendo memoriales para escribir con verdad aquesta obra.

Y siendo el uso de criar el cabello introducido en el mundo, y siéndolo también de afrenta el criarlo, no quiso el demonio que sus ministros indianos entrasen en el número de los raídos y atusados, sino que criasen el cabello y lo conservasen para mayor autoridad. Aunque yo pienso, ser invención suya, para que con aquella fiereza y horrenda vista espantasen y

[2] Exod. 38.
[3] Supra cap. 12.
[4] Acosta lib. 5. cap. 26.

atemorizasen los corazones y ánimos de los idólatras, para tenerles más sujetos a los ritos idolátricos.

CAPÍTULO XXIX. *De la diferencia que los sacerdotes de esta Nueva España hicieron a los antiguos de otras naciones, y cuánto más castos y honestos fueron éstos que aquéllos, siendo todos ministros de el demonio, a un mismo culto dedicados*



UNQUE EL DEMONIO HA TENIDO en su servicio ministros y gente diputada para su falsa adoración, no todos han seguido unas mismas leyes, ni costumbres, sino que variándolas se echa muy bien de ver cuán diviso anda su reino; y cómo no es posible conservarse, aunque por secretos y particulares juicios de Dios, por algún tiempo prevalezca entre infieles y moros. Entre estos ministros de su idolátrico pueblo ha habido unos más castos y limpios que otros (de la limpieza digo que nace de una virtud moral, seguida por solo el conocimiento de la lumbre natural, que inclina al hombre a conocer que aquello es bueno y lo contrario vicio y torpeza), y trataban diferente la castidad los unos que los otros. Y comenzando de los antiguos, dice Ovidio que predicaban aquellos sucios sacerdotes, al pueblo, que los dioses amaban mucho a las doncellas hermosas; y que los padres que se las ofreciesen de noche merecerían ante su acatamiento mucha gracia; y creyendo la gente engañada y ciega ser así verdad, como el sacerdote lo predicaba, traían sus hijas al templo y en él las dejaban de noche; donde luego salía un mal ministro de Satanás y usaba mal de ella, aprovechándose de su virginidad, fingiendo ser aquel dios a quién más la simple mozuela quería y estimaba. Y no solamente usaban de esta traición contra la república y se aprovechaban ellos de las que querían, cumpliendo en ellas su torpe y bestial antojo, sino que también tomaban por capa esta falsa religión, para satisfacer el deseo y sucio amor de otro algún amigo o persona que se lo rogaba. Con este embuste y astucia hacían muchas insolencias y maculaban doncellas muy honestas, y casaban a media carta, y de matrimonio prestado, mujeres casadas y virtuosas moralmente que no les llegaba al pensamiento cometer culpa semejante contra la obligación de su legítimo matrimonio, las cuales perdieran antes la vida que dejarse amancillar, si no fuera con la capa y color dicho.

En prosecución de lo cual cuenta Josefo,[1] que estaba en Roma una matrona ilustre llamada Paulina, no menos adornada de riquezas que de hermosura y, sobre todo, de mucha vergüenza y honestidad; esta señora era casada con un caballero romano, llamado Saturnino, en quien concurrían no menos calidades y gracias que en ella, para merecerla por esposa. A esta señora se le aficionó un mancebo romano, de muy noble e ilustre sangre y tan rico como noble, llamado Mundo, el cual la solicitó por todos

[1] Ioseph. lib. 18. de Antiq. cap. 7.

atemorizasen los corazones y ánimos de los idólatras, para tenerles más sujetos a los ritos idolátricos.

CAPÍTULO XXIX. *De la diferencia que los sacerdotes de esta Nueva España hicieron a los antiguos de otras naciones, y cuánto más castos y honestos fueron éstos que aquéllos, siendo todos ministros de el demonio, a un mismo culto dedicados*



UNQUE EL DEMONIO HA TENIDO en su servicio ministros y gente diputada para su falsa adoración, no todos han seguido unas mismas leyes, ni costumbres, sino que variándolas se echa muy bien de ver cuán diviso anda su reino; y cómo no es posible conservarse, aunque por secretos y particulares juicios de Dios, por algún tiempo prevalezca entre infieles y moros. Entre estos ministros de su idolátrico pueblo ha habido unos más castos y limpios que otros (de la limpieza digo que nace de una virtud moral, seguida por solo el conocimiento de la lumbre natural, que inclina al hombre a conocer que aquello es bueno y lo contrario vicio y torpeza), y trataban diferente la castidad los unos que los otros. Y comenzando de los antiguos, dice Ovidio que predicaban aquellos sucios sacerdotes, al pueblo, que los dioses amaban mucho a las doncellas hermosas; y que los padres que se las ofreciesen de noche merecerían ante su acatamiento mucha gracia; y creyendo la gente engañada y ciega ser así verdad, como el sacerdote lo predicaba, traían sus hijas al templo y en él las dejaban de noche; donde luego salía un mal ministro de Satanás y usaba mal de ella, aprovechándose de su virginidad, fingiendo ser aquel dios a quién más la simple mozuela quería y estimaba. Y no solamente usaban de esta traición contra la república y se aprovechaban ellos de las que querían, cumpliendo en ellas su torpe y bestial antojo, sino que también tomaban por capa esta falsa religión, para satisfacer el deseo y sucio amor de otro algún amigo o persona que se lo rogaba. Con este embuste y astucia hacían muchas insolencias y maculaban doncellas muy honestas, y casaban a media carta, y de matrimonio prestado, mujeres casadas y virtuosas moralmente que no les llegaba al pensamiento cometer culpa semejante contra la obligación de su legítimo matrimonio, las cuales perdieran antes la vida que dejarse amancillar, si no fuera con la capa y color dicho.

En prosecución de lo cual cuenta Josefo,[1] que estaba en Roma una matrona ilustre llamada Paulina, no menos adornada de riquezas que de hermosura y, sobre todo, de mucha vergüenza y honestidad; esta señora era casada con un caballero romano, llamado Saturnino, en quien concurrían no menos calidades y gracias que en ella, para merecerla por esposa. A esta señora se le aficionó un mancebo romano, de muy noble e ilustre sangre y tan rico como noble, llamado Mundo, el cual la solicitó por todos

[1] Ioseph. lib. 18. de Antiq. cap. 7.

los modos que le parecieron necesarios para conseguir su intento, pero jamás le valieron, aunque por muchas maneras le manifestó su cuidado a la honesta Paulina; y como los pechos donde este penoso fuego de amor labra no pueden encubrir su fuego, diolo a entender el mancebo Mundo a una criada, que entre las otras había en la casa de su padre, llamada Ida, sabia y discreta y no menos cavilosa y mañosa para sacar de cuidado y cuita a su aficionado amo. La cual, como le vido pasar la vida que los semejantes pasan cuando quieren y no son queridos, diole esperanzas (aunque largas) de llegar a colmo su deseo; para lo cual le pidió cantidad de moneda, con la cual comenzó a solicitar la codicia y corazón de Paulina; y viendo que el oro ni la plata la incitaban, guiólo por vía de devoción (que muchas veces es moción del demonio, para conseguir algunas cosas imposibles); supo esta mala hembra (que para mal no hay quien no sepa) que Paulina era muy devota y aficionada de la diosa Iside y que se ocupaba mucho en sus sacrificios y ofrendas, por cuya causa frecuentaba mucho el templo que en Roma tenía. Fuese allá y a los sacerdotes de él los juramentó muy fuertemente para que callasen y no descubriesen a nadie lo que les pidiese. Juráronlo así, dioles suma de oro, que para esto no lo recateaba el enamorado Mundo, antes lo daba, con larga mano, como aquel que no estimaba sino el cumplimiento de sus deseos; y, como no hay dificultad que el oro no venza, ni corazón codicioso que no derribe, dio con los de estos sacerdotes en tierra, en la cual derribados y con el dinero en las manos, la dijeron que les dijese lo que quería, que para nada hallaría en su voluntad estorbo ni dificultad. Ida, que halló puerta para entrar a su negocio, les dijo el cuidado y pena de su señor y les pidió le buscasen el remedio. Los malos ministros vendieron la honra de su diosa por lo que Ida les había dado, estimando más el oro que la deidad que creían haber en ella; prometiéronle de poner diligencia para que Mundo saliese con su intento y consiguiese su pretensión.

Puesto el caso en este punto, fuese el mayor y más venerable de ellos a Paulina, y dijo que venía de Egipto y que era sacerdote de el dios Anube, que era el mayor de aquella provincia; y que no era otra su venida sino a decirla de parte de su dios, cómo la quería ver a solas una noche, porque sabiendo su mucha castidad, virtud y recogimiento, estaba de ella muy pagado; y que así, que quería cenar con ella y regalarse un rato en su regazo (mirad qué dioses adoraban estos gentiles, pues que en las cosas viles y soeces de la tierra tenían el contento; y qué ministros tan honrados éstos, pues su mayor ministerio era servir de alcahuetes y terceros). Paulina, que oyó el mensaje del dios Anube, recibiólo con gran consuelo, porque no puso los ojos en el fin sino en lo presente de verse hablar con un embajador de un dios que le anunciaba su comunicación y presencia; por lo cual se alegró mucho, y decía ser muy grande el favor que el dios Anube la hacía, de comunicarla; y como gloriándose y preciándose de esta merced, que entendía que el fingido dios le hacía, daba parte de ella a las matronas romanas, sus amigas; y para que la locura llegase a colmo la comunicó también con su marido Saturnino. El cual pareciéndole ser forzoso (y caso escan-

daloso lo contrario) diola licencia para ir a hacer la visita, y él mismo ordenó la cena, que para que se entienda cuál sería, basta saber que era administrada de un muy ilustre caballero y para un dios que visitaba a su mujer.

Llegóse el día y aparejóse la cena que había de ser en el templo de Iside, y Saturnino envió a su mujer, quedando muy satisfecho en su virtud y castidad y creyendo ser verdadera la visitación de Anube, el dios de Egipto. Siendo ya hora de recoger cerraron los sacerdotes las puertas del templo y Paulina púsose a esperar la venida de su dios, a cuya sazón salió el mancebo Mundo de un lugar secreto, donde el mal ministro le tenía escondido, y vínose a Paulina, la cual creyendo ser Anube, el dios que esperaba, recibióle con toda cortesía y modestia, los cuales se estuvieron juntos todo lo más de la noche, al cual Paulina no conocía por estar a obscuras. Pasado el tiempo dicho despidióse de ella Mundo, con grande contento de haberla gozado; y ella no lo quedó menos, por parecerle que su Anube la había visitado. Fuese a su casa y cuenta a su marido su buena fortuna y la merced que Anube le hacía y prometía para adelante; lo mismo contaba a sus amigas y refería algunas palabras de las que le había dicho; unas lo creían y otras no, aunque conociendo todos la honestidad de Paulina, pocos lo dudaban; y, así, lo atribuían a favor particular y extraño. Pasáronse tres días y en ellos Paulina con su engaño, al cabo de los cuales el mancebo Mundo (que creyó por ventura, que diciendo la que había tenido, continuara en ella) hízosele encontradizo, que debía de ir Paulina a alguna de sus romerías y devociones, y díjole: Paulina, dísteme a ganar las diez mil dragmas que te daba, con que pudieras hacer ricos a algunos de tus criados; y, al fin, no faltaste a cosa ninguna de las que de ti deseaba. En el templo estuviste toda la noche, con Mundo, tu aficionado, fingiéndose dios de Egipto; y, habiendo alcanzado lo que quise, no importa que sea más con nombre de Anube que de Mundo, porque no está en el nombre el gusto de conseguirse lo que por mucho tiempo y días se ha deseado. Coligió Paulina de estas palabras la traición; pero cómo quedaría, cada cual lo sienta. Vase a su casa, cuenta el caso a su marido y pídele que vengue su afrenta y deshonra. Vase Saturnino a Tiberio, emperador romano, y dícele lo sucedido y pide justicia; hace la averiguación el César y concluida, manda crucificar a los sacerdotes y a Ida, la criada de Mundo; mandó derribar el templo de Iside y echar su imagen en el Tíber; y al mancebo Mundo, aunque inmundo y desvergonzado, por haber cometido culpa de amores, mandóle desterrar. Y con esto concluyó el caso, y yo, con decir la maldad de estos sacerdotes y su deshonestidad, siendo condición del sacerdocio la limpieza y castidad, y que les hicieron ventaja a éstos los indios, pues siempre fueron castos, sin saber que se les consintiese acto contrario a la virtud de la castidad; y cuando en algo de esto eran comprehendidos, eran con pena de muerte castigados; y no sólo la guardaban en el acto sino en la composición de su persona y la tenían de continuo en sus ojos, guardando la vista de mirar el rostro a las mujeres.

CAPÍTULO XXX. *Donde se trata de cierta manera de religión con que el dios Tezcatlipuca era servido por gente consagrada a él, y de la manera que eran ofrecidos de sus padres los mancebos o doncellas que le consagraban*



ABÍA ENTRE ESTOS NATURALES, en tiempos pasados, una manera de religión llamada telpochtiliztli, consagrada al dios Tezcatlipuca. Y llamábase telpochtiliztli, que quiere decir juvenado, por cuanto a este dios llamaban Telpuchtli, que quiere decir joven o mancebo; y la causa era porque las veces que se manifestaba y hacía visible, aparecía en forma hermosa de mancebo, con el cabello cortado sobre las orejas, a manera de coleta, aunque los que le correspondían a las espaldas traía largos, y en las orejas sus zarcillos, y bezote en su boca, y muy galana y curiosamente vestido. De aquí es que los que se dedicaban y consagraban a este curioso y pulido dios, fuesen mancebos o doncellas, se aderezaban y vestían de la misma manera, a imitación del dios a quien servían, cortando su cabello por la frente hasta las orejas, usando de orejeras y bezote y vestidos muy labrados y ricos; y las mujeres con sus camisas y naguas muy galanas, las cuales traían de ordinario el cabello largo, suelto y tendido, preciándose de imitar a su dios cumplidamente.

La manera de la religión de estos ministros de Tezcatlipuca, o gente a su nombre dedicada, era suelta, porque no vivían en congregación y recogimiento; cada cual estaba en casa de sus padres, parientes o deudos, pero tenían una casa en cada barrio donde se juntaban cada día, así mancebos como doncellas, en la cual, luego que se ponía el sol, comenzaban sus ceremonias y ejercicios, tañendo, cantando y bailando asidos de las manos mozos y mozas, hasta la media noche, y todo en loor y alabanza del fingido y falso dios Tezcatlipuca. Tenían un maestro principal y de lo más noble de la república, que presidía en sus juntas y congregaciones, a quien respetaban y obedecían en todo, el cual los enseñaba muy religiosa y sabiamente en aquel ministerio y ejercicio. Había una ley muy rigurosa entre ellos, que no se habían de decir palabras libertadas a las doncellas, ni había de haber locuras ni liviandades en sus corros. Y si por ventura (porque en el mayor concierto a las veces falta) alguno de éstos se demasiaba y por razón de la mucha conversación y frecuencia de tomarse las manos se cegaban y pecaban, cometiendo algún hierro, morían ambos por ello sin excusa ni redempción.

Cuando estos mozos o muchachos se ofrecían al estado de telpochtiliztli, convidaban al principal que tenía a cargo esta religión y a los otros que en aquella vida se criaban; y después de haber comido, presentaban el niño, el cual le tomaba en los brazos y, como haciendose cargo de él, le levantaba del suelo, y levantando los ojos al cielo decía estas palabras: Señor dios invisible, a ti ofrezco este niño; suplícote le recibas en compañía de

los tuyos y que le hagas de buena vida en el mundo. Pero si era niña, tomábanla en los brazos unas mujeres que se llamaban ychpochtlatoque, que eran sus maestras, que también en aquellos ejercicios cuidaban de ellas, y solicitaban su recato y honestidad, y hacían la misma oración, como del ministro se ha referido. Y estos principales poseían al niño o niña hasta que se casaban, ocupándolos en sólo lo dicho a las horas acostumbradas y se volvían a sus casas.

CAPÍTULO XXXI. *De otra más estrecha manera de religión con que el dios Quetzalcohuatl era servido de mancebos y doncellas, y de cómo se las consagraban*



ENÍAN ESTOS NATURALES OTRO DIOS (del cual ya hemos dicho en otro lugar) llamado Quetzalcohuatl, el cual tenía sus ministros particulares, así de mancebos como de doncellas que a su devoción y contemplación se dedicaban a su servicio. Éstos vivían vida más estrecha que los pasados, la cual se llamaba tlamacazcayotl, que quiere decir vida de penitencia, por ser en honra de Quetzalcohuatl, que dicen haberla hecho muy grande y haberla enseñado a sus discípulos. Éstos vivían en congregación, como los sacerdotes y colegiales, y las doncellas, en recogimiento, como las sacerdotisas. Traían los unos y los otros el cabello largo, eran muy honestos y castos. Éstos andaban más honesta y religiosamente vestidos que los ministros dichos en el capítulo pasado. Bañábanse a media noche, sin faltar jamás en esta ceremonia; velaban hasta las dos de la mañana, orando y cantando a su dios cantos y alabanzas; derramaban sangre de su cuerpo, al punto de la media noche, de diversas partes y miembros donde se punzaban con las puntas del maguey. Aunque estaban en aquel recogimiento, tenían licencia de salir a los montes, bosques y fuentes a cualquier hora de la noche, a derramar sangre y hacer sacrificios al dios que más le inclinaba a su devoción, como entre nosotros suele ser concedido a los monjes y religiosos salir a los bosques y montañas a estaciones particulares, por el crédito que tienen de su buena vida y santidad. Y lo que se dice de estos mancebos, se dice también de las doncellas, que en su recogimiento no eran menos devotas y honestas que ellos.

Tenían un rector en su convento, que se llamaba del nombre de su dios, Quetzalcohuatl, el cual velaba mucho sobre su guarda y doctrina, reformando lo relajado y conservando las virtudes y loables costumbres. Estos mancebos y doncellas, en llegando a edad de cuatro años, dejaban a sus padres y deudos y se iban a estas casas de recogimiento, donde habían de permanecer hasta que se les llegase el tiempo de casarse y tomar estado. Tenían sementeras en que trabajaban y se ocupaban, que eran de la propiedad de los templos; pero para su sustento ordinario tenían los padres cuidado de enviarles la comida. No usaban estos mozos de bezote, ni ore-

los tuyos y que le hagas de buena vida en el mundo. Pero si era niña, tomábanla en los brazos unas mujeres que se llamaban ychpochtlatoque, que eran sus maestras, que también en aquellos ejercicios cuidaban de ellas, y solicitaban su recato y honestidad, y hacían la misma oración, como del ministro se ha referido. Y estos principales poseían al niño o niña hasta que se casaban, ocupándolos en sólo lo dicho a las horas acostumbradas y se volvían a sus casas.

CAPÍTULO XXXI. *De otra más estrecha manera de religión con que el dios Quetzalcohuatl era servido de mancebos y doncellas, y de cómo se las consagraban*



TENÍAN ESTOS NATURALES OTRO DIOS (del cual ya hemos dicho en otro lugar) llamado Quetzalcohuatl, el cual tenía sus ministros particulares, así de mancebos como de doncellas que a su devoción y contemplación se dedicaban a su servicio. Éstos vivían vida más estrecha que los pasados, la cual se llamaba tlamacazcayotl, que quiere decir vida de penitencia, por ser en honra de Quetzalcohuatl, que dicen haberla hecho muy grande y haberla enseñado a sus discípulos. Éstos vivían en congregación, como los sacerdotes y colegiales, y las doncellas, en recogimiento, como las sacerdotisas. Traían los unos y los otros el cabello largo, eran muy honestos y castos. Éstos andaban más honesta y religiosamente vestidos que los ministros dichos en el capítulo pasado. Bañábanse a media noche, sin faltar jamás en esta ceremonia; velaban hasta las dos de la mañana, orando y cantando a su dios cantos y alabanzas; derramaban sangre de su cuerpo, al punto de la media noche, de diversas partes y miembros donde se punzaban con las puntas del maguey. Aunque estaban en aquel recogimiento, tenían licencia de salir a los montes, bosques y fuentes a cualquier hora de la noche, a derramar sangre y hacer sacrificios al dios que más le inclinaba a su devoción, como entre nosotros suele ser concedido a los monjes y religiosos salir a los bosques y montañas a estaciones particulares, por el crédito que tienen de su buena vida y santidad. Y lo que se dice de estos mancebos, se dice también de las doncellas, que en su recogimiento no eran menos devotas y honestas que ellos.

Tenían un rector en su convento, que se llamaba del nombre de su dios, Quetzalcohuatl, el cual velaba mucho sobre su guarda y doctrina, reformando lo relajado y conservando las virtudes y loables costumbres. Estos mancebos y doncellas, en llegando a edad de cuatro años, dejaban a sus padres y deudos y se iban a estas casas de recogimiento, donde habían de permanecer hasta que se les llegase el tiempo de casarse y tomar estado. Tenían sementeras en que trabajaban y se ocupaban, que eran de la propiedad de los templos; pero para su sustento ordinario tenían los padres cuidado de enviarles la comida. No usaban estos mozos de bezote, ni ore-

jeras, ni otra cosa que significase liviandad; eran muy honestos en vestirse y templados en el comer y beber, hablaban poco y eran muy diciplinados.

Para haber de dedicar alguno de éstos a este dios Quetzalcohuatl, hacían sus padres y deudos un muy gran convite y daban la voz a Quetzalcohuatl, rector destos colegios, así de mancebos como de doncellas, el cual no iba al convite, ni asistía a la presentación del niño, por ser persona de mucha autoridad y que no visitaba a nadie, ni entraba en otra casa más que en la real a ver al rey las veces que se ofrecía; pero enviaba persona que en su nombre recibiese al niño y lo trajese a su presencia, el cual tomaba en sus manos y ofreciéndoselo a su dios Quetzalcohuatl le decía: Señor y dios invisible, defensor y amparador de todos, el padre y la madre de esta criatura te vienen a ofrecer este niño, porque es tu hechura y obra de tus manos, para que viva y sirva en este templo y convento de penitencia y diciplina; suplícote, señor, lo recibas, en compañía de los tuyos bien diciplinados y penitentes, y le favorezcas para que sea de buena vida y alcance alguna dignidad y algún bien en ella; y acababan con decir: maymmuchihua, que quiere decir hágase así, que es como decir amén. Si por ventura era el niño o niña de dos años, tomaba posesión de él este sátrapa, haciéndole una herida ligera y sutil en el pecho, con una navaja, en señal que era del culto y servicio del dios Quetzalcohuatl; pero si era de menos edad, dábanle un collar que llamaban yannali, el cual traía puesto al cuello hasta que llegaba a la edad conveniente, para ser admitido en aquella congregación y monasterio de Quetzalcohuatl, y llegados a ella, el muchacho se iba a su monasterio y la muchacha al suyo.

CAPÍTULO XXXII. *De la plática y exhortación que a estos mancebos y doncellas hacían deudos y parientes más ancianos y viejos, para inclinarlos al cumplimiento de el voto con que sus padres los ofrecían a estos falsos dioses*



AL QUINTO O SEXTO AÑO del nacimiento del niño o niña, que era la edad en que habían de ser entregados a sus monasterios, juntábanse los parientes más ancianos y viejos y llamando al muchacho dábanle noticia del voto que sus padres habían hecho y del lugar donde lo habían prometido y de la vida que había de tener, diciendo: Muy amado y precioso hijo, hacémoste saber que dios invisible, criador de todas las cosas, llamado Quetzalcohuatl, te crió, por cuya voluntad naciste en el mundo, y será bien que adviertas que el mayor padre que tienes es el maestro que enseña y cría en diciplina y doctrina sana, acompañada con buenas costumbres; por esta causa tus padres, luego en tu nacimiento y niñez, te prometieron a la religión de Quetzalcohuatl para que estés y vivas en el convento de los tlamacazques, sirviendo a dios, criador de todas las cosas, pidiéndole continuamente te dé de sus bienes y comunique de sus bondades y haga de buena

jeras, ni otra cosa que significase liviandad; eran muy honestos en vestirse y templados en el comer y beber, hablaban poco y eran muy diciplinados.

Para haber de dedicar alguno de éstos a este dios Quetzalcohuatl, hacían sus padres y deudos un muy gran convite y daban la voz a Quetzalcohuatl, rector destos colegios, así de mancebos como de doncellas, el cual no iba al convite, ni asistía a la presentación del niño, por ser persona de mucha autoridad y que no visitaba a nadie, ni entraba en otra casa más que en la real a ver al rey las veces que se ofrecía; pero enviaba persona que en su nombre recibiese al niño y lo trajese a su presencia, el cual tomaba en sus manos y ofreciéndoselo a su dios Quetzalcohuatl le decía: Señor y dios invisible, defensor y amparador de todos, el padre y la madre de esta criatura te vienen a ofrecer este niño, porque es tu hechura y obra de tus manos, para que viva y sirva en este templo y convento de penitencia y diciplina; suplícote, señor, lo recibas, en compañía de los tuyos bien diciplinados y penitentes, y le favorezcas para que sea de buena vida y alcance alguna dignidad y algún bien en ella; y acababan con decir: maymmuchihua, que quiere decir hágase así, que es como decir amén. Si por ventura era el niño o niña de dos años, tomaba posesión de él este sátrapa, haciéndole una herida ligera y sutil en el pecho, con una navaja, en señal que era del culto y servicio del dios Quetzalcohuatl; pero si era de menos edad, dábanle un collar que llamaban yannali, el cual traía puesto al cuello hasta que llegaba a la edad conveniente, para ser admitido en aquella congregación y monasterio de Quetzalcohuatl, y llegados a ella, el muchacho se iba a su monasterio y la muchacha al suyo.

CAPÍTULO XXXII. *De la plática y exhortación que a estos mancebos y doncellas hacían deudos y parientes más ancianos y viejos, para inclinarlos al cumplimiento de el voto con que sus padres los ofrecían a estos falsos dioses*



AL QUINTO O SEXTO AÑO del nacimiento del niño o niña, que era la edad en que habían de ser entregados a sus monasterios, juntábanse los parientes más ancianos y viejos y llamando al muchacho dábanle noticia del voto que sus padres habían hecho y del lugar donde lo habían prometido y de la vida que había de tener, diciendo: Muy amado y precioso hijo, hacémoste saber que dios invisible, criador de todas las cosas, llamado Quetzalcohuatl, te crió, por cuya voluntad naciste en el mundo, y será bien que adviertas que el mayor padre que tienes es el maestro que enseña y cría en diciplina y doctrina sana, acompañada con buenas costumbres; por esta causa tus padres, luego en tu nacimiento y niñez, te prometieron a la religión de Quetzalcohuatl para que estés y vivas en el convento de los tlamacazques, sirviendo a dios, criador de todas las cosas, pidiéndole continuamente te dé de sus bienes y comunique de sus bondades y haga de buena

vida, donde harás penitencia, por ti y por todos los demás de tu linaje, que andan enmarañados y enfrascados en las cosas necesarias y forzosas de la vida, y por toda la república, necesitada de favores de el cielo. Hijo, advierte que estás obligado a cumplir este voto, por ser muy justo que obedezcas a tus padres que te criaron con gran trabajo, administrándote tu madre la sangre de sus pechos; ve, hijo, y métete en el convento para cumplir el voto prometido, que allí hallarás hijos de principales y nobles, que antes que tú fueron a acreditar esta religiosa y honesta vida, y de donde los sacan y escogen para señores de el pueblo, jueces y gobernadores de la república y capitanes generales de los ejércitos.

Estando en el convento, olvidarte has de tu casa y hacienda y de los regalos de tu niñez y de los que te han hecho (parece cierto tener estos gentiles en su boca aquellas palabras del salmo:[1] Oye, hija, inclina con atención tus oídos y olvida tu pueblo y la casa de tus padres), y proseguían, diciendo: Has de barrer el templo y las casas de religión y las calles y patios por donde suele pasar dios invisible; velarás mucho, desechando el sueño y la pereza; obedecerás a todos con diligencia y sin réplica de palabras. Advierte más, que no vas a la casa de penitencia a ser honrado y preferido, ni a que en ella mandes, sino a obedecer y ser mandado y sujeto a todos. Y cuando llegares a la edad mayor, donde la carne comienza a mostrar y tener sus sentimientos, serás muy casto, venciendo sus movimientos y deseos, como soldado valeroso; no darás consentimiento a ningún mal pensamiento, porque en teniendo voluntad para pecar habrás pecado, y será causa de que Dios te prive de sus dones y de tu buena fortuna, ni alcanzarás dignidad ni nombre en la república, sino que te castigará el señor rigurosamente. Esto dicho harás con toda voluntad, por ser mandamiento del señor, como lo hacen los otros ministros que sirven en el templo, que se llaman tlamacazquez, porque a eso vas a su compañía y eres obligado a hacer el bien que vieres hacer. Otro aviso es, que en todo seas templado y abraces muy de corazón la abstinencia y ayuno, porque los que ayunan, pocas veces son tentados (a lo menos derribados) de la carne. No sé cómo dijeron estos indios esta doctrina, que es lenguaje de San Pablo,[2] cuando dijo que huyesen la demasía del beber, en el cual está la lujuria; y de la maceración en sí mismo, dijo, que cuando más templado y flaco en el cuerpo, se hallaba más fuerte y valiente en el espíritu. Harás muy alegremente los ayunos que te mandare hacer tu mayor y prelado, porque no incurras en pena de desobediente y cometas en ello pecado; y por remate te decimos que aprendas con cuidado lo que te enseñaren los sabios.

Si era niña la que había de entrar en aquella religión, demás de lo dicho le hablaban unas venerables viejas de esta manera: Muy amada hija, ya habéis oído lo que os han dicho los muy honrados viejos, lo que os rogamos es que lo tengáis siempre en la memoria, por ser antorcha encendida que os da luz y alumbra, para acertar en vuestras obligaciones; y sobre lo dicho añado esto poco (hablando una sola). Hija mía, en tu niñez te pro-

[1] Psal. 44.
[2] Ad Ephes. 5.

metieron tu padre y madre de meter en el convento de la religión de Quetzalcohuatl, donde están y viven las doncellas que se dicen hermanas de dios; estando con éstas serás compañera de la vírgines que sirven y loan a dios de día y de noche; pues hija mía, ya tienes edad de discreción y usas de razón, justo es que vayas al convento para cumplir el voto que tus padres prometieron. Y hágote saber que aquel convento de doncellas es honesto y es lugar de penitencia y de buena crianza y meritorio; por eso es menester que hagas la voluntad de la persona que te mandare, porque el que viviere allí bien y fuere obediente y se humillare y enviare suspiros al cielo, con lágrimas, y se encomendare a dios, ganará su amistad; y el que lo contrario, incurrirá en su ira y maldición para siempre. Ve, hija mía, con toda tu voluntad, a servir a dios, y estarás y vivirás con las doncellas castas y penitentes; y lo que más te encomiendo es que seas casta en cuerpo y alma, porque las vírgines de corazón y cuerpo son más allegadas a dios. Barrerás todos los patios del convento y templo y con solicitud y cuidado guisarás la comida que cada mañana se ofrece en el altar. Obedecerás a todos, porque la obediencia representa la buena crianza y nobleza. Serás honesta y recogida, no desvergonzada y liviana; y si por estar vestida de carne las otras doncellas, que allí están, algunas lo fueren, huye de su compañía, porque cada cual gana la merced de sus obras; y en una casa de recogimiento se ha de tomar de unas lo bueno que se viere hacer y huir de lo malo que otras cometieren. Con estas palabras y pláticas despedían a estos muchachos, y cierto no sé qué más se pudiera decir en nuestro cristianismo, si no fueran errados en los votos; y pienso que son pláticas que debían ser muy encomendadas a la memoria, pues no importa ser de gentiles, cuando las razones son católicas; y como dice San Agustín, lo bueno que ellos dicen lo hemos de tomar y reducir a las cosas de nuestra ley, como de aquellos que nos las tenían usurpadas; ni son malos documentos para los religiosos que vienen a tomar el hábito, sin propósito de ser más que otro, para que siempre vivan consolados y no pretendan más en la religión.

CAPÍTULO XXXIII. *De la pena y castigo con que los sacerdotes gentiles castigaban a los inobedientes a los mandamientos eclesiásticos la cual es muy semejante a la que, en este estado de gracia, usa la iglesia, que se llama excomunión*



NTRE LAS PENAS ECLESIÁSTICAS (y que más debe temerse) es la descomunión, porque priva y enajena al hombre de la comunicación de los sacramentos y consuelos espirituales, inclusos en la iglesia de Jesucristo. Este modo de pena (o otro càsi semejante) fingió el demonio en su gentílico pueblo; y no debió de ser con menos intención que en todas las demás cosas con que ha querido imitar a Dios, en sus divinas y justas leyes; si ya lo hiciera en orden de algún bien y servicio suyo, pero ha sido

metieron tu padre y madre de meter en el convento de la religión de Quetzalcohuatl, donde están y viven las doncellas que se dicen hermanas de dios; estando con éstas serás compañera de la vírgines que sirven y loan a dios de día y de noche; pues hija mía, ya tienes edad de discreción y usas de razón, justo es que vayas al convento para cumplir el voto que tus padres prometieron. Y hágote saber que aquel convento de doncellas es honesto y es lugar de penitencia y de buena crianza y meritorio; por eso es menester que hagas la voluntad de la persona que te mandare, porque el que viviere allí bien y fuere obediente y se humillare y enviare suspiros al cielo, con lágrimas, y se encomendare a dios, ganará su amistad; y el que lo contrario, incurrirá en su ira y maldición para siempre. Ve, hija mía, con toda tu voluntad, a servir a dios, y estarás y vivirás con las doncellas castas y penitentes; y lo que más te encomiendo es que seas casta en cuerpo y alma, porque las vírgines de corazón y cuerpo son más allegadas a dios. Barrerás todos los patios del convento y templo y con solicitud y cuidado guisarás la comida que cada mañana se ofrece en el altar. Obedecerás a todos, porque la obediencia representa la buena crianza y nobleza. Serás honesta y recogida, no desvergonzada y liviana; y si por estar vestida de carne las otras doncellas, que allí están, algunas lo fueren, huye de su compañía, porque cada cual gana la merced de sus obras; y en una casa de recogimiento se ha de tomar de unas lo bueno que se viere hacer y huir de lo malo que otras cometieren. Con estas palabras y pláticas despedían a estos muchachos, y cierto no sé qué más se pudiera decir en nuestro cristianismo, si no fueran errados en los votos; y pienso que son pláticas que debían ser muy encomendadas a la memoria, pues no importa ser de gentiles, cuando las razones son católicas; y como dice San Agustín, lo bueno que ellos dicen lo hemos de tomar y reducir a las cosas de nuestra ley, como de aquellos que nos las tenían usurpadas; ni son malos documentos para los religiosos que vienen a tomar el hábito, sin propósito de ser más que otro, para que siempre vivan consolados y no pretendan más en la religión.

CAPÍTULO XXXIII. *De la pena y castigo con que los sacerdotes gentiles castigaban a los inobedientes a los mandamientos eclesiásticos la cual es muy semejante a la que, en este estado de gracia, usa la iglesia, que se llama excomunión*



NTRE LAS PENAS ECLESIÁSTICAS (y que más debe temerse) es la descomunión, porque priva y enajena al hombre de la comunicación de los sacramentos y consuelos espirituales, inclusos en la iglesia de Jesucristo. Este modo de pena (o otro càsi semejante) fingió el demonio en su gentílico pueblo; y no debió de ser con menos intención que en todas las demás cosas con que ha querido imitar a Dios, en sus divinas y justas leyes; si ya lo hiciera en orden de algún bien y servicio suyo, pero ha sido

por sólo introducir en los corazones de los hombres, para que pareciendo bueno por este modo, introdujese juntamente los muchos y detestables errores que con ellos ha pretendido, para más engañarlos. Este modo de execración usaron muchas naciones gentílicas, de las cuales los atenienses (de quien los romanos se aprovecharon y tomaron las leyes de las doce tablas, según Anastasio Germonio)[1] tuvieron antiguamente ciertas maldiciones o execraciones contra los transgresores, en preceptos particulares, como lo tiene Cicerón, y parece decir lo mismo Hesychio,[2] sobre el *Levítico*, diciendo que en Atenas había un templo de execración y detestación, del cual también hace memoria Aristófanes,[3] y Eurípides dice, ha habido una manera o figura de descomunión entre los argivos, usada también de los atenienses. También Platón[4] la puso diciendo, por ejemplo, las condiciones y circunstancias con que se había de ejecutar. También de los sacerdotes de Francia dice Julio César,[5] que entre las cosas que tenían de su mucho poder y autoridad, era una esta manera de descomunión. Porque si alguna persona pública, o particular, o pueblo, o ciudad no estaba por lo que ellos mandaban y determinaban, según su juicio y parecer, luego lo descomulgaban, apartándole y segregándole de la comunión y participación de los sacrificios; y esta pena se tenía, en toda Francia, por gravísima, porque aquellos así descomulgados eran tenidos por hombres malos, impíos y perversos. Por esta causa huían todos los demás de ellos, quitándoles la habla y pasando por el que encontraban sin saludarle, y tenían por muy mala su conversación y compañía; temían (si hacían lo contrario) incurrir en la dicha maldición contagiosa y en el mismo daño que los descomulgados habían incurrido. Eran infames y privados de los actos legítimos e incapaces para recebir oficios públicos y para parecer en juicio; por lo cual, aunque pedían justicia, no les era administrada. Todo lo dicho es de Julio César; y plugiese a Dios que nosotros los cristianos temiésemos la verdadera descomunión que la iglesia fulmina, como aquellos temían la mentirosa y falsa.

Bien se echa de ver, por lo dicho, la manera de pena y privación de comunicación que los antiguos tuvieron; pero qué motivo hubiese sido el suyo para inventarla, no se sabe. Anastasio Germonio[6] prueba que la descomunión de la iglesia fue instituida por el mismo Cristo, y lo comprueba con lugares de la Sagrada Escritura y muchas autoridades de santos doctores. Pero aunque esto es así verdad, como se puede ver en los lugares citados, de la que nuestra iglesia usa, de la de los gentiles decimos, con el mismo Germonio,[7] que será posible y caso muy creíble que la tomaron de los hebreos, de cuya ley se aprovecharon en otras muchas cosas, usurpando las del servicio del verdadero Dios y aplicándolas al culto idolátrico del demonio. Y que los hebreos hayan tenido descomunión lo dice Eliezer

[1] Germ. lib. 1. cap. 12. de Sacror. Immun.
[2] Cicer. lib. 3. de Offic. Hesych. in Lev.
[3] Aristoph. in Horest. Eurip.
[4] Plat. in lib. 9. de Legibus.
[5] Caesar de Bello Gallico. lib. 3. cap. 10.
[6] Anast. Ger. lib. 3. de Sacror. Immun. cap. 14.
[7] Germ. ubi supr.

Rabbi, anotando el capítulo 38 del *Génesis,* donde dice que los hermanos de Joseph mandaron, con pena de anatema, que nadie dijese ni revelase a Jacob, su padre, la venta de Joseph. Y dice luego: ¿Queréis ver la fuerza y eficacia de la descomunión? Pues vedlo en el capítulo séptimo de el libro de *Josue* y en el primero *De los reyes* y en el cuarto. En el de *Josue* se dice la muerte de Achan, porque hizo un hurto de anatema. Y San Juan,[8] parece decir lo mismo (conviene a saber), que usaban los judíos de ella diciendo: Que se conspiraron los judíos para que si alguno nombrase el nombre benditísimo de JESÚS, lo echasen fuera de la sinagoga; que es como decir: privarle de la comunicación y compañía de los fieles. Y en el capítulo doce dice: Que muchos de los principales del pueblo creyeron en Cristo, pero que por el temor que tenían a los fariseos no lo confesaban en público, temiendo que los echasen fuera de la sinagoga, que es lo mismo que antes dijo. De manera que por lo dicho queda probado haber tenido y usado el pueblo de Israel, desde sus principios, esta pena; por lo cual, y por haber sido más antigua república que la de los griegos y otras, es muy cierto que de ella tomarían este modo de castigo las gentes que lo usaron, por ser amigo el demonio de hacerse algo, no siendo nada, y de que sus ministros gozasen de privilegios que los de Dios han tenido, como aquel que en todo lo que ha podido imitarle no lo ha dejado de intentar.

Por lo que en este capítulo se ha dicho, se echa muy bien de ver la autoridad del sacerdote, que tiene poder espiritual para ligar almas, y la que los antiguos gentiles tuvieron, aunque no para ligar como liga en el pueblo de Dios entre sus ministros, pero usaban de ella, aunque impertinentemente, pues no ligaban en el alma, pero eran por ello temidos y reverenciados. De donde se puede colegir, de cuánta más excelencia es (y por consiguiente cuán digno de mayor veneración y reverencia) el sacerdote cristiano; pues el que lo introdujo en su iglesia fue el summo sacerdote Jesucristo, según la orden de Melchisedech; por el cual son los hombres guiados a la futura y cierta bienaventuranza. De aquí tomó Santo Thomás motivo en el último capítulo del libro primero *De Regimine Principum,* para decir que Dios con su soberana y divina sabiduría había permitido a los romanos y otras erradas gentes, que a sus sacerdotes y ministros de sus dioses tuviesen la suma reverencia que tuvieron para que se conociese cuanto más obligación tiene el pueblo cristiano de honrar y obedecer al sacerdote católico, que ordenó y puso en su iglesia el summo sacerdote Jesucristo. Y así son obligados los reyes y monarcas a reverenciar y honrar y obedecer al sumo pontífice, de la misma manera y con la misma obligación que al mismo hijo de Dios, cuyo teniente, y vicario, es en la tierra, como dice San Cirilo.[9] Y no es esto mucha maravilla, pues según dice Valerio Máximo,[10] siempre la ciudad romana y los mismos emperadores tuvieron por deuda debida reverenciar y obedecer a los sacerdotes y pontífices; teniendo por cierto que mientras lo hiciesen servían a la divina potencia y que su principado temporal sería

[8] Ioan. 9.
[9] Div. Cyrillus Dialog. de Trinitat. lib. 6.
[10] Val. Max. lib. 1. cap. 1.

próspero y crecería con aumento de gloria y felicidad humana. De estos indios no sabemos haber tenido anatematización, pero otros castigos muchos sí. De donde colijo que, como todo se incluía en pena de muerte, no se les daba nada de las espirituales; queriendo el demonio en ellos, que al que pecase, no le dilatasen el enviárselo al infierno, con pena espiritual que no podían ligarle con ella, sino que muriendo fuesen cuerpo y alma juntos, acompañados de la maldición de Dios y castigo merecido de su idolatría e infidelidad, por la cual eran expelidos de la comunicación de los ángeles y entregados a la compañía de los demonios, que es el efecto que la excomunión hace, la cual deben temer los cristianos, y reverenciar al que con semejante pena puede ponerle entredicho en la participación de los sacramentos.

CAPÍTULO XXXIV. *Del tañer de las campanas y de los veladores que había en los templos y barrios para llamar a las horas ordinarias de la administración de los oficios*



UÁNDO SE HAYAN INTRODUCIDO LAS CAMPANAS, dice Baronio[1] que no se sabe, pero que su origen le tuvieron de las naciones gentílicas; y que después de tratar las cosas de la religión cristiana públicamente, se usaron y fueron haciendo mayores, para mayor autoridad y grandeza. Llamábanse tintinábulos, pero después tomaron nombre de campanas del lugar donde se hicieron. Pero los hebreos, como dice Josefo,[2] usaban llamar las gentes a sus solemnidades con trompetas; subíase un sacerdote en una de las más altas y eminentes torres del templo, allí tañía una trompeta a mañana y tarde, dos veces al día. Los gentiles usaron llamar con tintinábulo o campana a los baños y otras obras. Y así lo dicen el poeta Marcial y Juvenal;[3] y en los ejércitos acostumbraban las guardas y veladores andar con campanas en las manos, al tiempo de la vela y centinela. Esto afirma Suidas. Y de este Suidas, dice San Agustín, de sentencia de Suetonio Tranquilo,[4] que las campanas o tintinábulos, que se acostumbraron poner en uno de los lugares más altos y eminentes del templo de Júpiter Capitolino, fue éste el que puso la primera. Los syros acostumbraron celebrar sus fiestas con sonido de tintinábulos o campanas. Así lo dice Luciano;[5] y él mismo afirma, no usarse tañer a todas ocasiones, ni sin causa, pero que las tañían para hacer señal a los esclavos y gente de trabajo y para otras cosas que se hacían. Y así como con ellas eran incitados y despertados al trabajo, con ellas mismas eran otra vez llamados a descansar y recoger. De manera que el uso de las campanas fue gentílico; y que

[1] Baron. t. 1. f. 562. Ann. 104. verb. Caete. D. lit.
[2] Lib. 5. de Bello Iudai. cap. 19.
[3] Mar. lib. 14. Iuv. Sat. 6.
[4] Sueton. in Oct. cap. 91.
[5] Luc. de iis. qui mercede conducti in Div. fam. vivunt.

próspero y crecería con aumento de gloria y felicidad humana. De estos indios no sabemos haber tenido anatematización, pero otros castigos muchos sí. De donde colijo que, como todo se incluía en pena de muerte, no se les daba nada de las espirituales; queriendo el demonio en ellos, que al que pecase, no le dilatasen el enviárselo al infierno, con pena espiritual que no podían ligarle con ella, sino que muriendo fuesen cuerpo y alma juntos, acompañados de la maldición de Dios y castigo merecido de su idolatría e infidelidad, por la cual eran expelidos de la comunicación de los ángeles y entregados a la compañía de los demonios, que es el efecto que la excomunión hace, la cual deben temer los cristianos, y reverenciar al que con semejante pena puede ponerle entredicho en la participación de los sacramentos.

CAPÍTULO XXXIV. *Del tañer de las campanas y de los veladores que había en los templos y barrios para llamar a las horas ordinarias de la administración de los oficios*



UÁNDO SE HAYAN INTRODUCIDO LAS CAMPANAS, dice Baronio[1] que no se sabe, pero que su origen le tuvieron de las naciones gentílicas; y que después de tratar las cosas de la religión cristiana públicamente, se usaron y fueron haciendo mayores, para mayor autoridad y grandeza. Llamábanse tintinábulos, pero después tomaron nombre de campanas del lugar donde se hicieron. Pero los hebreos, como dice Josefo,[2] usaban llamar las gentes a sus solemnidades con trompetas; subíase un sacerdote en una de las más altas y eminentes torres del templo, allí tañía una trompeta a mañana y tarde, dos veces al día. Los gentiles usaron llamar con tintinábulo o campana a los baños y otras obras. Y así lo dicen el poeta Marcial y Juvenal;[3] y en los ejércitos acostumbraban las guardas y veladores andar con campanas en las manos, al tiempo de la vela y centinela. Esto afirma Suidas. Y de este Suidas, dice San Agustín, de sentencia de Suetonio Tranquilo,[4] que las campanas o tintinábulos, que se acostumbraron poner en uno de los lugares más altos y eminentes del templo de Júpiter Capitolino, fue éste el que puso la primera. Los syros acostumbraron celebrar sus fiestas con sonido de tintinábulos o campanas. Así lo dice Luciano;[5] y él mismo afirma, no usarse tañer a todas ocasiones, ni sin causa, pero que las tañían para hacer señal a los esclavos y gente de trabajo y para otras cosas que se hacían. Y así como con ellas eran incitados y despertados al trabajo, con ellas mismas eran otra vez llamados a descansar y recoger. De manera que el uso de las campanas fue gentílico; y que

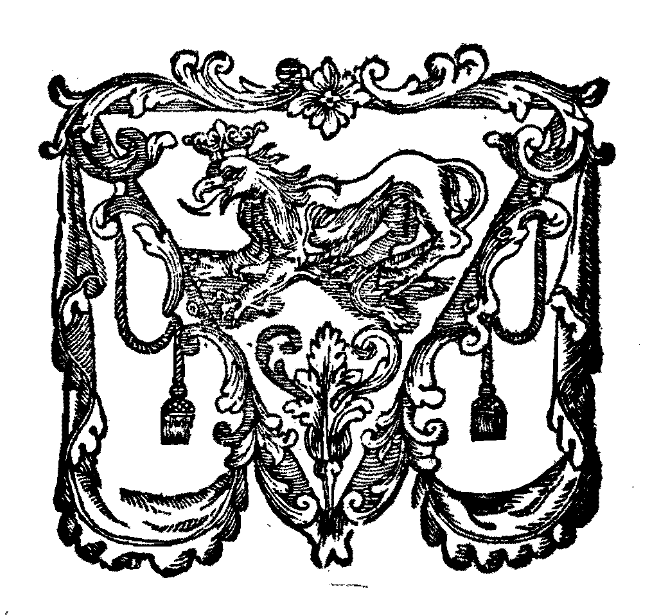
[1] Baron. t. 1. f. 562. Ann. 104. verb. Caete. D. lit.
[2] Lib. 5. de Bello Iudai. cap. 19.
[3] Mar. lib. 14. Iuv. Sat. 6.
[4] Sueton. in Oct. cap. 91.
[5] Luc. de iis. qui mercede conducti in Div. fam. vivunt.

hayan sido grandes se ve claro, pues hacían sonido para regir las gentes al trabajo y volverlos a sus casas. Pero la iglesia lo redujo a sí, y lo aplicó a su uso, convirtiendo el uso profano en costumbre sacra y divina, en orden de congregar los fieles a los oficios sagrados. Y aunque de los tiempos antiguos y pasados no sabemos que en la casa y templo de Dios hubiese campanas, para tañer y llamar con ellas a las gentes a la celebración de las fiestas y otras ocasiones que se ofrecían, como agora en esta ley de gracia se usa en las iglesias, sabemos, empero, que había instrumentos músicos de vigüelas, cítaras, arpas, órganos y címbalos y de otros géneros immensos con que se celebraban, de los cuales estos gentiles modernos también usaron a sus tiempos y horas.

De los instrumentos que sabemos haber más usado, fueron unas flautas, a manera de cornetas y de unos caracoles que sonaban como bocina. Con éstos llamaban para las horas que se cantaban en el templo de día y de noche, como si dijésemos a maitines, a prima, a vísperas y las demás horas a que acudían los sacerdotes y ministros a sus sacrificios y loores del demonio. Hacían con esta solemnidad de instrumentos y atabales, cada mañana fiesta al sol cuando salía con armonía y estruendo singular, y saludábanle de palabra, como ofreciéndole en aquella hora sacrificio de alabanza; y tras esto sangre de codornices, que para este fin mataban entonces, arrancándoles las cabezas con violencia y fuerza y mostrándolas al sol ensangrentadas y descabezadas. Esta ceremonia de tanto ruido y estruendo hacían todos los sacerdotes juntos, teniendo cada cual una codorniz en sus manos. La cual ceremonia acabada, se guisaban las codornices y se las comían estos dichos sátrapas, que a no ser el acto idolátrico, pudieran apetecer muchos esta ceremonia, pues en ella tenían seguro y cierto el almuerzo, y no malo. Hecha esta ceremonia, ofreciéndole incienso luego con la misma armonía y música de cuernos y atables. Los cuales, como está dicho, se tañían a todas las horas que de día o de noche se entraba a la ofrenda del incienso y sacrificio, y a los loores y alabanzas del demonio. Haciendo en esto una manera de imitación al tañer de las campanas a las horas canónicas, con que en nuestras iglesias cristianas se llama a los ministros y otras gentes, para que se congreguen a los oficios divinos y festividades con que se celebran.

Tañían de noche estos instrumentos o campanas otra vez, fuera de las que eran para despertar a las horas de su rezado, y esto hacían a honra de la noche, a la cual llamaban Yohualtecuhtli, que quiere decir señor de la noche, que si bien se nota es el demonio, padre de las tinieblas y obscuridades; y aunque diferenciaban la intención, todo era a un mismo fin, pues era en servicio del demonio con actos y ceremonias idolátricas. Éstas eran sus campanas, y de éstas usaban en todas las fiestas y solemnidades que hacían, y cada día (como esta dicho) para las horas de sus sacrificios. Había veladores que velaban las vigilias de la noche, unos en los templos y otros en las encrucijadas de las calles y caminos. Éstos velaban por sus cuartos y horas, mudándose acabado el tiempo de su vigilia y vela. Unos velaban desde prima noche hasta las diez, otros hasta media noche, y trocados

éstos, entraban en la vela otros hasta las tres de la mañana, y a éstos seguían otros hasta el alba. Su oficio era despertar a los sacerdotes y ministros, los que velaban en los templos, para que acudiesen a los sacrificios y horas nocturnas. Los de las encrucijadas, a los de la república, para lo mismo, conforme estaban obligados. Tenían también cuidado estas velas de atizar el fuego de los braseros, para que siempre ardiese y nunca se apagase. Y a esta vela llamaban iztozoaliztli, que quiere decir vela.





LIBRO DÉCIMO

DE LOS VEINTE Y UN RITUALES Y MONARQUÍA INDIANA

Compuesto por fray Juan de Torquemada
de la Provincia de el Santo Evangelio en Nueva España

ARGUMENTO DE EL LIBRO DÉCIMO

Declárase qué cosa es fiesta, y se dicen las que hay y ha habido en el mundo, y cómo en ellas se hacían convites y los desconciertos que de ellos nacen, y cómo estos convites eran cenas, y las fiestas del calendario mexicano, repartidas por meses; y la gran fiesta de su fuego nuevo, y comunión falsa que tenían

PRÓLOGO

AL LIBRO DÉCIMO



ODAS LAS COSAS (dice el *Eclesiastés* en el tercero capítulo de este libro) tienen tiempo; y aunque lo entiende y dice el sabio de la determinación de todas las cosas que llegan a tener fin y paradero, digo que en el discurso de la permanencia y duración de el mundo, hay tiempo (o debe haberlo) para el ejercicio y trato de ellas, porque a no ser así habría más confusión en ellas que orden ni concierto. Y de las que primeramente debe tratar el hombre, y tener más cuidado, son aquellas que pertenecen a las cosas espirituales y servicio divino; porque primero debe buscarse el reino de Dios (como dice Cristo), y después todo lo demás, como por añadidura. De aquí es que habiendo de tener todas las cosas tiempo en que se hagan y ejerciten, que lo tuvieron los sacrificios que se ofrecieron a Dios en ley natural y escrita. Y este tiempo estuvo repartido en días, en los cuales fueron hechos. Porque presupuesto que los hubo, y lugar donde fueron hechos y ministros por cuyas manos pasaron, había de haber tiempo en que se hiciesen. Y éstos fueron los días dedicados que los antiguos tuvieron; y aquí comenzaron las festividades, como en el presente libro decimos. Y como el demonio es un envidioso remedador de Dios (como siempre vamos probando en estos libros) usurpó de su santo servicio y culto esta manera de días y los introdujo en su idolátrico pueblo, para que en ellos hiciesen memoria de él sus falsos y engañados cultores.

Ésta es, pues (cristiano lector), la materia de que trata este libro, diciendo el origen y principio que los días festivos tuvieron en el mundo, y cuál pudo ser el primero, y cómo se fueron introduciendo y multiplicando, así entre los fieles del pueblo de Dios, como entre los infieles del servicio del demonio. Y entre éstos, con tanto cuidado y solicitud, que parece exceso y demasía, porque (hablando especialmente de estos indios occidentales), casi todo el año lo tenían por festivo, según que parece en su calendario; y en el discurso de él eran sin número las ofensas que a Dios verdadero hacían en las abominaciones de sacrificios que ofrecían al demonio, con que se le mostraban muy rendidos a su falsa adoración. Y pongo por extenso y con particularidad todas las fiestas de su calendario, no por hacer memoria de sus abominaciones, sino porque se vean las locuras y desvaríos de los hombres dejados de la mano de Dios y entregados a los disparates de el demonio. Y porque también se vea que estas gentes (como las demás

[1] **Edades. 3.**

del mundo) tuvieron orden y concierto en la distribución de su año, el cual repartieron en meses y semanas, con que se entendían y regían en cosas de cuenta y razón, para parecer racionales, como los demás hombres, que lo son. Otras fiestas extravagantes verás (discreto lector) en este libro, que seguían número mayor de años y son más disparatadas que las de los meses, porque así se lo había enseñado y persuadido el demonio, como padre de mentira y enemigo de verdad, queriendo imitar falsamente algunas fiestas semejantes (aunque con otros mejores medios tratadas) que los cultores de Dios verdadero en otro tiempo tuvieron. Y también verás otras locuras y desatinos, no pequeños, que este falso engañador y mentiroso introdujo en este su pueblo ciego y desatinado; para que alabes a Dios que nos libró, a los que somos de su grey y casa cristiana, de tantos errores y desvaríos, y nos dio luz clara de la verdad, contenida en su santa ley y evangelio, a quien sean dadas las gracias por todo. Amén.



CAPÍTULO I. *En el cual se declara este nombre fiesta y el tiempo de su antigüedad; y cómo los días festivos fueron introducidos en el mundo*



UPUESTO QUE HAY DIOS, a quien se debe servicio y cosas que le son ofrecidas y ministros que se las ofrecen (como dejamos probado en los libros precedentes), resta decir de los días aplicados a este fin y ministerio. Esto conviene ser así por razón de que se entienda con claridad el tiempo que las naciones y familias escogieron para servir a sus dioses y dar solaz a sus espíritus, aunque de los idólatras más cierto es decir que solazaban sus cuerpos, pues de sus fiestas redundaban sus largas comidas y banquetes excesivos. Pues para llevar el orden claro, que en todo pide la historia, hemos de comenzar por el nombre de fiesta, declarando qué quiere decir. El cual, según San Isidoro,[1] en los libros de sus *Ethimologías,*[2] se entiende por un día en el cual no se hace otra cosa más que las que son del servicio de Dios. Y, así, dice que festividad tanto quiere decir como festideidad, día deificado u día dedicado a la consideración de la deidad y cosas divinas. Este día festivo también se llama solemnidad que es, según el mismo santo, en el lugar citado, por la solemnidad y firmeza que tiene para que jamás sea mudado, sino continuado y seguido. Otros dicen ser fiesta cadañera o anual, que viene de *solus* y *annus,* como se dice aniversario, que cada año debe ser celebrado, como declaran aquellos tres doctísimos varones que coligieron la polianthea.[3] Estos días festivos se llamaron ferias *(a ferendis epulis)* porque en ellos se hacían convites y repartían manjares de los réditos y rentas que se juntaban de todos los frutos de la tierra y de la procreación y aumento de los puercos.[4] Y de aquí pienso que tuvo fundamento prohibir Dios a los de su pueblo el comer estas carnes, porque demás de ser sucias e inmundas, eran también ofrecidas en sacrificio al demonio. Y estos tales días eran festivos y de guarda, en los cuales no se trabajaba.[5]

Estos días feriados o festivos fueron entre los antiguos en diversas maneras, y cuatro públicos entre los romanos; unos que se llamaron estativos, comunes a todo el pueblo; los cuales se celebraban en ciertos y determinados días,[6] entre los cuales eran de mayor celebración los agonalios, carmentalios, lupercalios y conceptivos y otros tenían varios y diversos, que callo por excusar prolijidad. Estos días agonales tuvieron principio en un

[1] Div. Isidor lib. 6. Ethymol. cap. 13.
[2] Nanus, Amandus, et Tortius, in Polianth. verb. Feria, et verb. Anni.
[3] Lev. 11.
[4] Deut. 14.
[5] Polianth. ubi supra.
[6] Macrob. lib. 1. cap. 21. Saturnal.

sacrificio que se hacía al dios Jano, a los nueve días de el mes de enero, y llamábanse agonales, porque se hacían y celebraban en los montes altos, donde el dicho Jano era servido de los romanos, como lo dice Macrobio.[7] Otros días de fiesta hubo entre los romanos, que se llamaron ferias latinas, los cuales tuvieron este principio. Tarquino, rey de los romanos, habiendo hecho confederación con cuarenta y siete pueblos de los latinos, para más perpetuarla y confirmarla, ordenó en un monte alto, junto de la ciuadd de Alva y en medio de aquellas provincias, se juntasen todos aquellos pueblos cada año a hacer ferias o mercados generales (que llamaron ferias latinas) y, mientras durasen, sacrificasen a Júpiter el sacrificio común por todos, y comiesen juntos, haciendo grandes y sumptuosos convites y banquetes, poniendo cada pueblo (rata por cantidad) la costa de las comidas y convites, y conforme era el gasto que cada pueblo hacía, así era mayor o menor la parte de el sacrificio que les cabía y llevaban. Para estos convites traían unos, cabritos; otros, corderos, quesos, leche y otras cosas semejantes. Todo el tiempo que duraban las ferias o fiestas había generales treguas y todos podían venir seguros a ellas. Lo cual se guardaba inviolablemente, por razón de la reverencia en que aquellos días festivos eran tenidos. El sacrificio que se hacía al dios Júpiter, en aquella grande festividad, era de un toro, el cual le mataban por la utilidad y salud de todos en común; pero el principado y presidencia de la celebración de el dicho sacrificio y actos sagrados, pertenecía a los romanos; porque por ventura así estaba determinado en las capitulaciones que entre los romanos y latinos fueron hechas. Y las entrañas de el toro se repartían, dándolas por partes competentes a los dichos pueblos; y así se volvían muy ricos y consolados todos a sus casas, con aquella parte que cada cual llevaba, como por reliquia, y se acababan estas fiestas, cuyo origen (como lo tenemos referido) dice Dionisio Halicarnaseo,[8] Macrobio[9] y Marco Varrón,[10] y para esta prueba bastan los dichos.

Los persas inventaron sus fiestas honrando los días de su nacimiento cada uno. De manera que el aniversario de su nacimiento celebraban con mucha fiesta y regocijo. Éste era el más célebre y solemne que tenían y el que con mayor devoción y ceremonias guardaban. Hacían en ellos muy grandes convites y el que más podía aventajarle no lo rehusaba. Y también se ha de creer que sería aquel día de mayor sacrificio que los otros, por cuanto en él se hacía memoria de la merced mayor hecha por los dioses al semejante, en haberle traído al ser de hombre y al conocimiento y posesión de la vida, aunque mentían en esto, como en creerlos por dioses. Los que eran ricos ponían en sus mesas (entre otros muchos manjares) bueyes, camellos, caballos y asnos enteros y tostados en horno. Pero los pobres y que no eran de tanto posible hacían la celebración de esta fiesta con menos ruido y aparato, contentándose con servir a la mesa otros animales menos costosos, como lo cuenta Herodoto en su primer libro.[11]

[7] Dion. lib. 4.
[8] Macrob. lib. 1. cap. 21. Saturnal.
[9] Marc. Var. lib. 5. de Lingua Latin.
[10] Herodot. lib. 1.
[11] Julius Capitolin. In Hist. Imp.

Los griegos inventaron una solemnísima fiesta, que llamaron hecatombea, en la cual hacían sacrificio de las cosas, en centenario número, de esta manera: ponían cien altares de céspedes u de barro, en los cuales se mataban cien puercos y cien ovejas; y si el sacrificio era hecho por el rey o emperador, se sacrificaban cien leones y cien águilas; y de esotros animales, otros ciento. Este sacrificio y festividad tuvo su origen de una grande pestilencia y mortandad que les sobrevino a los griegos. Y después la celebraron los latinos y romanos. El cual sacrificio y fiesta festejaron muchos emperadores, como dice Julio Capitolino.[12] De manera que se nombraron estas fiestas centenarias, por el número de ciento que en ellas eran las cosas ofrecidas. Aunque otros dicen que no por las cosas que en ellas se sacrificaban sino porque cien ciudades de Peloponeseo las hacían, como dice Servio[12], en el sexto libro de los *Aeneidos*. En la India tuvieron de costumbre guardar por día feriado y festivo en el que el rey se lavaba la cabeza; que no deja de ser grande locura y vanidad. De otras festividades particulares y de sus principios, diremos en los días de los meses, que se tratará de sus particulares y sólo baste en este capítulo lo dicho; por lo cual se ve cómo el demonio introdujo su culto y servicio entre los antiguos gentiles, dando larga y suelta a los hombres de aquellos tiempos, a sus demasías para derribarlos con el cebo de los deleites y comeres y beberes en el barranco de su sucio servicio y detestable y adoración falsa.

CAPÍTULO II. *Del origen y principio que tuvieron en el pueblo de Dios las festividades y solemnidades que los hebreos celebraron. Y se nota ser el sábado el primer día festivo del mundo*



IOS (que todas las cosas dispone suavemente) habiendo dispuesto y tratado las de su pueblo de Israel con eterno saber y juicio, habiéndoles dado ley para que corporal y espiritualmente se rigiesen y gobernasen, dioles días particulares en los cuales con particulares memorias le reconociesen y con mayor fervor le llamasen e invocasen reverenciasen.[1] Estos días eran festivos y solemnes y de grande autoridad, en cuyo culto y ceremonias salían de el ordinario y cotidiano servicio. Estas fiestas judaicas (según Santo Thomás,[2] colegido de los capítulos veinte y ocho y veinte y nueve de los números) eran ocho. Las siete temporales o embebidas en el tiempo, conviene a saber, distribuidas y repartidas por los días de la semana, meses y año; y la octava era continua. Esta fiesta continua era el sacrificio que se hacía cada día del

[12] Serv. in 6. Aen.

[1] Sap. 8.

[2] Div. Thom. 1. 2. q. 1. 102. ad 10. argum.

Los griegos inventaron una solemnísima fiesta, que llamaron hecatombea, en la cual hacían sacrificio de las cosas, en centenario número, de esta manera: ponían cien altares de céspedes u de barro, en los cuales se mataban cien puercos y cien ovejas; y si el sacrificio era hecho por el rey o emperador, se sacrificaban cien leones y cien águilas; y de esotros animales, otros ciento. Este sacrificio y festividad tuvo su origen de una grande pestilencia y mortandad que les sobrevino a los griegos. Y después la celebraron los latinos y romanos. El cual sacrificio y fiesta festejaron muchos emperadores, como dice Julio Capitolino.[12] De manera que se nombraron estas fiestas centenarias, por el número de ciento que en ellas eran las cosas ofrecidas. Aunque otros dicen que no por las cosas que en ellas se sacrificaban sino porque cien ciudades de Peloponeseo las hacían, como dice Servio[12], en el sexto libro de los *Aeneidos*. En la India tuvieron de costumbre guardar por día feriado y festivo en el que el rey se lavaba la cabeza; que no deja de ser grande locura y vanidad. De otras festividades particulares y de sus principios, diremos en los días de los meses, que se tratará de sus particulares y sólo baste en este capítulo lo dicho; por lo cual se ve cómo el demonio introdujo su culto y servicio entre los antiguos gentiles, dando larga y suelta a los hombres de aquellos tiempos, a sus demasías para derribarlos con el cebo de los deleites y comeres y beberes en el barranco de su sucio servicio y detestable y adoración falsa.

CAPÍTULO II. *Del origen y principio que tuvieron en el pueblo de Dios las festividades y solemnidades que los hebreos celebraron. Y se nota ser el sábado el primer día festivo del mundo*



IOS (que todas las cosas dispone suavemente) habiendo dispuesto y tratado las de su pueblo de Israel con eterno saber y juicio, habiéndoles dado ley para que corporal y espiritualmente se rigiesen y gobernasen, dioles días particulares en los cuales con particulares memorias le reconociesen y con mayor fervor le llamasen e invocasen reverenciasen.[1] Estos días eran festivos y solemnes y de grande autoridad, en cuyo culto y ceremonias salían de el ordinario y cotidiano servicio. Estas fiestas judaicas (según Santo Thomás,[2] colegido de los capítulos veinte y ocho y veinte y nueve de los números) eran ocho. Las siete temporales o embebidas en el tiempo, conviene a saber, distribuidas y repartidas por los días de la semana, meses y año; y la octava era continua. Esta fiesta continua era el sacrificio que se hacía cada día del

[12] Serv. in 6. Aen.

[1] Sap. 8.

[2] Div. Thom. 1. 2. q. 1. 102. ad 10. argum.

cordero a mañana y tarde, por el cual se significaba y representaba la perpetuidad de la deidad de Dios verdadero. Hase de notar que este sacrificio, aunque le llama festividad Santo Thomás, no era de las solemnidades y fiestas de guarda; porque a serlo, todos los días lo fueran, por cuanto era continuo y ningún día faltaba. Y si todos los días se hubieran de guardar por precepto, faltara el trato humano y comunicación social, pues no había tiempo para ejercitarse y tratar las cosas de la vida y a la república tocantes y necesarias; pero era fiesta en cuanto era sacrificio y cosa ofrecida a Dios.

De las otras siete solemnidades o fiestas era la más común y ordinaria el sábado, el cual día se guardaba inviolablemente; y ésta se hacía en memoria de la creación de todas las cosas, porque aquel día fue, en el cual dice la Sagrada Escritura, que cesó Dios de criarlas. Este día pienso y tengo para mí (salvo mejor razón o texto sagrado[3] que lo contradiga) que fue el primero que hubo festivo en el mundo, y que los antiguos padres lo celebraron con mucha devoción y reverencia, por haber recibido en él tal y tan alto beneficio, como fue el de la creación de todas las cosas aplicadas al servicio de el hombre, en cuyo fin y remate fue criado para gozarlas; y aunque no haya escritura que lo diga, no hace dificultad creerlo, pues no contradice a la fe católica; antes sabemos que fue Dios servido y honrado de los antiguos padres de la ley natural, con actos explícitos y expresos, así de oraciones como de sacrificios. Y pues los hubo, también tendrían días determinados para celebrarlos, en los cuales se desocuparían de toda obra servil e impeditiva para los semejantes actos, en especial en este día de el sábado, por ser lleno y rodeado de tantas maravillas y misterios.

Lo dicho pretendo probar con este discurso. Santo Thomás, hablando de el tercero mandamiento de el *Decálogo,* que es el de santificar las fiestas, dice: Que así como le es natural al hombre tener tiempo determinado para la expedición y ejecución de las necesidades naturales, como es para el comer y dormir y otras cosas semejantes, sin las cuales cosas no puede pasar naturalmente, de esta misma manera lo tiene para las espirituales y divinas. Porque una de las calidades y condiciones necesarias de la religión es el culto y honra hecha a Dios; y así como en la Sagrada Escritura se nos da un culto y servicio interior, debajo de algunas semejanzas de cosas temporales, de esta misma manera se debe a Dios el culto exterior por algún signo sensible. Este servicio y culto (como concluye luego el santo doctor) nos es presentado en un común beneficio, que es el de la creación del mundo, del cual dice la Sagrada Escritura que descansó o cesó en el séptimo día. En memoria de lo cual mandó santificar el seteno día. Quiere decir que fue señalado y escogido para vacar a Dios y servirle con este acto de cesar de todas las cosas impeditivas, para poder guardar entera y cumplidamente el día de de la fiesta. Y así en el *Éxodo,*[6] habiendo mandado la santificación de el sábado, da luego la razón de mandarlo diciendo: Porque en los seis días

[3] Genes. 2.
[4] Div. Thom. 1. 2. q. 1. 22. art. 4
[5] Genes. 2, 2.
[6] Exod. 20.

primeros crió Dios el cielo y la tierra y al séptimo descansó o cesó. De donde infiero que este mandato que hizo en la ley escrita, lo revelaría en la natural a alguno de sus amigos para que así lo guardase. Y no se le hará cosa nueva al hombre docto creerlo, pues sabe también que algunas cosas se mandaron en la ley escrita, que antes de ella se usaban, como fue el sacrificio que fue muy frecuente a los de la valía y parcialidad de Dios, y la circuncisión le dio a Abraham para diferenciarle a él y a los suyos de las demás gentes, y muchas otras cosas que después fueron dadas por ley expresa, como fue recibir el hermano segundo la mujer del primero difunto para la propagación y prosecución de la generación humana, como leemos haberle acaecido a Onán, hermano de Her, casado con Thamar.[7] Y el sacerdocio andaba con la primogenitura. Y todas estas cosas que en la ley natural se usaron, comprehendió y dio por precepto y mandamiento expreso en la ley escrita;[8] y así digo que sería de la santificación del sábado, porque si había sacerdote y ministro de Dios, para algún acto era; y este acto en algún tiempo se había de poner por obra y ejercitar, y este ejercicio en algún día señalado u determinado, y éste sería aquel en el cual concurría mayor celebración de divinos misterios, el cual fue el sábado, porque en él dio Dios fin a su obra perfectamente, diciendo la Sagrada Escritura que al sexto día vido Dios todo lo que había hecho y que era todo bonísimo, quiere decir:[9] muy bueno, muy perfecto y muy acabado y sin defecto alguno, ni falta. Porque el primero día, aunque crió todas las cosas, como dice una opinión, fue en masa confusa, que era el caos, lo cual todo fue perfeccionado por el discurso de los otros cinco días; pero el sexto, que todo quedó acabado y en ser perfecto, descansó Dios y cesó al seteno, gozando de la obra hecha y acabada. A la manera que el artífice se goza el día, que ve acabada una obra comenzada, y aquel día es el de su júbilo y placer.

Este intento parece favorecer lo que dice la Sagrada Escritura, que hacía Job[10] en la celebración de los convites de sus siete hijos; porque dice, que el último día del círculo de los convites les enviaba un ministro que los santificaba. Estos días circulares, como nota Lira,[11] son los de la semana, que comenzaban el domingo y acababan en el sábado; y este día último enviaba a santificarlos. Esta santificación, según el doctísimo Titelmano,[12] era que les enviaría un hombre bueno, sabio y discreto, honesto y devoto, que en nombre de su santo padre les amonestase y trajese a la memoria lo mucho que a Dios debemos, y los daños que de semejantes banquetes y convites suelen resultar, y cómo estaban obligados a evitar toda relajación y demasía; y que de tal manera se amasen y quisiesen, que no les faltase el amor y estimación de Dios. Pero no contento con esta santa diligencia se levantaba aquel séptimo día, muy de mañana, y haciendo oficio

[7] Deut. 25, 5.
[8] Genes. 38.
[9] Genes. 7, 31.
[10] Job. 1.
[11] Lira in pref. loc.
[12] Franc. Titelm. in. cap. 1. Job.

de sacerdote ofrecía sacrificio a Dios por cada uno; y esto por todos los días en que se acababa la rueda y círculo de los convites, que era el sábado.

San Antonino[13] dice en su *Suma,* que este día era el del domingo, porque era en el principio de la hebdómada. Pero (salva su autoridad y reverencia) mejor dicho me parece que está decir que al fin de ella y antes de entrar en esotra, porque aquel sacrificio que dice la Sagrada Escritura que hacía el padre por ellos, notan los doctores (en especial Titelmano,[14] sobre el primer capítulo de Job) que le hacía el padre pasada la tanda y rueda de los convites, pidiendo a Dios los conservase y guardase de caer en culpas mortales y por los defectos que en los dichos días y convites pudiesen haber cometido, no sólo de hecho y palabra, sino también de pensamiento. Y Lira[15] añade, que era este sacrificio antes de entrar en la otra rueda y círculo de los días de los convites, que de fuerza había de ser en el último de la circunferencia pasada y este día había de ser el fin de la semana, el cual es el sábado, por cuanto el primero de ella es el domingo. Y si creemos que el sábado era festivo para los antiguos de la ley natural (como piadosamente podemos creerlo) en él haría este sacrificio Job, pues hacía oficio de sacerdote, el cual ejercitaban en días particulares y festivos, como en días particulares y dedicados a Dios.

Esto parece probar Escoto[16] en el tercero de las *Sentencias,* donde tratando de la adoración que a Dios se debe, declara él cómo y cuándo ha de ser Dios reconocido, dándosele tiempo determinado para su culto y servicio. Y dice haber precepto y mandamiento afirmativo, que obliga al hombre a esto dicho. Y da la razón, diciendo que es muy justo y conforme a ella, que toda criatura intelectual, entre las cuales se cuenta el hombre, esté obligada a reconocer y reverenciar y amar a Dios en algún tiempo determinado; el cual precepto obliga siempre, como los demás mandamientos, aunque no en acto continuo. Y esta obligación pertenece al primero mandamiento de la primera tabla, conviene a saber:[17] No tendrás dioses ajenos el cual mandamiento no sólo prohíbe y veda la adoración de los dioses falsos y mentirosos, pero también se manda por él, expresamente, el reconocimiento de un solo y verdadero Dios. Lo cual se prueba con lo que dice el *Deuteronomio,*[18] capítulo sexto, por estas palabras: A tu Dios y señor temerás y a él sólo y no a otro, servirás. Lo cual el mismo Dios humanado, Jesucristo nuestro señor, declaró por San Lucas[20] y San Marcos,[21] diciendo: A tu Dios y señor adorarás y a él sólo servirás, que es lo mismo, según declara Lira.[22] De donde parece claro poner el mandamiento afirmativo de la adoración y reverencia de un solo Dios con la negación y prohi-

[13] Div. Anton, in Summa.
[14] Titelm. in. cap. 1. Job.
[15] Lira supra.
[16] Scotus in 3. Sent.
[17] Exod. 20. et 22.
[18] Deut. 6.
[19] Deut. 6.
[20] Luc. 4.
[21] Marc. 1.
[22] Lira in cap. 6. Deut.

bición de muchos dioses. Esto declara el real profeta David, en el psalmo[23] ochenta, diciendo: Israel, si me oyeres, no tendrás dios nuevo, ni adorarás dioses ajenos. Y luego dice: Yo soy tu Dios y señor, que te saqué de la servidumbre del rey Faraón; y siéndolo debes adorarme y servirme y no a otro, porque en lo contrario me ofendes, como me ofendiste en el desierto, cuando en la adoración del becerro dijiste: éstos son tus dioses oh Israel, en lo cual mentiste, como ni más ni menos mientes todas las veces que adoras dioses falsos y me niegas a mí.

Este reconocimiento de un solo Dios,[24] aunque es verdad que obliga siempre, no a lo menos para siempre, conviene a saber, en acto continuo, sino en las ocasiones forzosas y necesarias; para lo cual es también necesario tiempo, porque no es posible que este tan preciso y necesario conocimiento de un solo Dios, y la honra y servicio que se le debe, se impida y niegue de tal manera que no se haga memoria de él, ni que sea reducido a acto, como cosa necesaria, como también lo es el que obliga a honrar a los padres; pero con esta diferencia, que en el de honrar los padres puede suceder no ofrecerse ocasión jamás de manifestarse, ni ponerse en ejecución, si la ocasión de ser manifestado nunca se ofrece; y así puede permanecer este precepto y mandamiento siempre inviolable; lo cual no se verifica del de amar y honrar a Dios, si no es que en algunas ocasiones se manifiesta. Por lo cual concluye Escoto,[25] que le es cosa muy necesaria a cualquiera persona adulta y crecida tener algún acto de este conocimiento y hacer alguna demonstración de él en alguna ocasión y tiempo. Esto se prueba, con lo que dice Dios en el mismo capítulo sexto del *Deuteronomio,*[26] por estas palabras (que son dichas antes de las citadas): Oye Israel, vuestro Dios es uno, amarás a tu Dios y señor de todo tu corazón, de toda tu ánima y con todas tus fuerzas; lo cual se entiende de todos los sentidos, así interiores como exteriores. Siendo pues esto así, que pide Dios amor, no sólo lo pide en potencia sino en acto; y esto no sólo sintiéndolo cada uno en sí, sino comunicándolo a otros y amonestándolos a lo mismo, como se ve claro por estas palabras, que luego prosigue: Serán estas razones (que agora te mando) en tu corazón, y contarlas has y predicarlas has a tus hijos, lo cual todo meditarás y considerarás sentado en tu casa o yendo camino. De donde parece clara y manifiestamente que Dios pide tiempo, en el cual esta su adoración sea hecha y él servido con actos particulares.

Y aunque todo tiempo es bueno, no en todo tiempo quiso obligar a este su particular servicio, sino como aquel que todo lo dispone y ordena suavemente, lo redujo y señaló en un particular día, el cual fue el del sábado en la ley antigua de Moysén, diciendo:[27] Santificarás el sábado, como quien dice, por palabras y términos más claros y manifiestos. Cesarás de toda obra servil y manual y vacarás a Dios y a las cosas divinas, con quietud espiritual, dándole tu corazón y alma y todos tus sentidos, así interiores

23 Psal. 8.
24 Exod. 32.
25 Scotus in 3. Sent.
26 Deut. 6.
27 Exod. 20, 8.

como exteriores enteramente, que esto quiere decir (como ya hemos dicho) de todas tus fuerzas. Luego dice Escoto,[28] sabiamente, que este mismo fue mandato en la ley natural, conviene a saber, la santificación de el sábado, no porque haya texto sagrado que lo diga y afirme, sino porque es razón grande que así se crea, pues como hemos dicho, muchas cosas se mandaron en la ley que ya se usaban y acostumbraban en el mundo antes de su data; lo cual probamos por lo que ya llevamos concluido de Escoto, ser necesario y muy necesario a cualquier persona tener algún acto explícito y manifiesto de este servicio que a Dios se debe, el cual ha de ser ejercitado en algún tiempo; y éste fue reducido al sábado con quietud interior y cesación de las cosas serviles y oficios en que se ocupan los hombres en las repúblicas, para que desocupados de ellos solamente se ocupen en el servicio y honra que a su Dios se debe.

Este día del sábado, que en la ley antigua, por mandamiento expreso se guardaba; y en la natural (según creemos por lo dicho) se pasó al domingo en esta de gracia, no como si fuese mandamiento nuevo de cosa nueva, porque (como en otra parte hemos dicho de sentencia de Santo Thomás y otros hombres doctos y graves) es moral y en cuanto moral es perpetuo, si no en cuanto ceremonial; que por esta razón pudo transferirse, lo cual se hizo en esta ley de gracia al domingo, en el cual día se manda la santificación de él, como en la antigua de la del sábado. De manera que ésta fue la determinación de la iglesia y el acto que en él se determinó, que había de ser de adoración y reconocimiento de Dios y de su servicio, fue el sacrificio de la misa. De donde se infiere ser necesario (y no como quiera, sino absolutamente necesario) que el hombre tenga tiempo y día señalado en el cual reconozca a su Dios y señor, en razón de criatura y siervo, con actos de particulares rogativas y particular servicio y culto. Esto se hacía en la ley antigua en el Sacrificio del Cordero, y en esta de gracia en el sacrificio del cuerpo y sangre del verdadero cordero Jesucristo nuestro señor (como hemos dicho) que aquel día, entre otros, ofrece el sacerdote en el sacrificio de la misa, por sí y por todo el pueblo, como lo dice San Pablo;[29] en la cual ofrenda y oblación ofrece y sacrifica también el pueblo espiritualmente, conviene a saber, todos aquellos que tienen obligación de oír misa entera en el día del domingo, como se determina en los sagrados cánones. Y si por alguna legítima causa alguno de los dichos estuviere excusado de asistir a este sacrificio,[30] como la iglesia lo manda, a lo menos no lo está, sino muy obligado, como cosa que le conviene y le es muy necesaria recompensarlo con algún otro acto equivalente, conviene a saber, que en aquel día determinado para esta cesación y vacación a Dios y a sus divinos misterios y alabanzas, ofrezca a Dios el hombre algún acto exterior, ofreciéndoselo por esta intención, reconociéndole con él por Dios y señor.

Concluye luego el segundo artículo, el sutil Escoto,[31] preguntando: ¿Si tie-

[28] Scotus ubi. supra.
[29] Ad Heb. 9.
[30] De cons. d. 1 c. Miss.
[31] Scotus. d. loc. art. 2.

ne obligación el hombre de poner en acto y ejecución este precepto y mandamiento, conviene a saber, si está obligado a mostrar algún acto exterior y forzoso, en otro tiempo fuera de este día dicho y determinado de Dios, en las edades pasadas, conviene a saber, el día de el sábado y de la iglesia, en la presente de gracia y evangélica, el del domingo? Y responde, que está dudoso, pero que esto es cierto, que en estos días dichos (cuando menos) es necesaria esta dicha adoración y reconocimiento. Y de aquí queda manifiestamente probado ser el sábado el primero día festivo del mundo, en el cual se alaba a Dios con actos particulares de adoración y reconocimiento.

Demás de que la noticia de el día del domingo entonces no era de tanta estimación, porque a los de aquel tiempo les era oculta su grandeza y lo mucho en que había de ser tenido en esta ley de gracia, por haber resucitado Dios en él. Demás, también, que las fiestas de esta ley evangélica no son de derecho natural, ni divino, como dice Navarro en su *Suma*,[32] y lo siente Juan de Torquemada;[33] y más claro el Arcediano,[34] y Santo Thomás,[35] y San Antonino,[36] y otros muchos; aunque Silvestro y otros tienen lo contrario, diciendo que es de derecho divino; pero la primera opinión es más verdadera. Porque aunque de derecho natural y divino estamos obligados a servir y honrar a un solo Dios; pero no está determinado el tiempo en que estos actos hayan de ser ejercitados, y así el derecho humano tan solamente determinó que fuese en éste o en esotro en los cuales cesasen los hombres de las cosas serviles para que vacasen a Dios, desembarazados de estas cosas que pudieran serles de impedimento. Y el que más quisiere ver de esto, lea a Navarro[37] en el lugar citado; que lo que yo infiero es que el día de el sábado fue de el que tuvieron noticia los antiguos y por muy festivo, por razón de haber cesado Dios de todas sus obras y hecho al mundo este sumo y crecido beneficio.

Y si por razón de haber cesado Dios de todas sus obras es festivo el sábado, mucha más festividad añade por ser el día del verdadero descanso de Dios hombre en esta ley evangélica; porque en todos los de su vida no tuvo Cristo nuestro señor descanso ni sosiego, que todo se le fue en tratar las causas de su padre y el negocio de la redempción; y el Viernes Santo, que fue el último de su vida, fue cuando más trabajó, por razón de que en él murió, y se le juntaron todos los dolores y trabajos, y el del domingo fue cuando resucitó. De manera que sólo el sábado es en el cual el cuerpo sacrosanto de Cristo nuestro señor descansó real y verdaderamente, acompañado de la divinidad, aunque destituido del alma. Y tuvo en el sepulcro quietud, dejado ya de la muerte, que fue el un extremo y aun no asido de la vida, que fue el otro, para pasar del un estado mortal al otro inmortal y soberano; y así digo que este día fue festivo y muy solemne; y por esto y

[32] Summ. cap. 3. Praec.
[33] Joann. de Turrecr. in Cons. d. 3.
[34] Archiad. in. c. Ieiu. cad. d. 5.
[35] Div. Thom. 2.2 q. 122. art. 4.
[36] Div. Anton. 2 p. tit. 9. cap. 7. in princ.
[37] Navar. ubi proxim.

otras cosas, que concurrían en él, sería muy conocido de los antiguos y estimado de los santos padres. Y no por esto contradigo la excelencia del domingo, porque en él se transfirió la del sábado. Y después que el domingo se celebra, por ordenación de la iglesia, es de más estimación que el sábado, por cuanto ya cesó y se pasó su solemnidad al domingo, en el cual (según la celebración) concurren los misterios del sábado y se añaden otros que se notan del día festivo del domingo.

CAPÍTULO III. *De las razones porque se inventaron las fiestas, así entre los gentiles como entre los del pueblo de Dios, en la ley escrita y esta de gracia y evangélica*

AUNQUE TODO TIEMPO ES PROPRIO para vacar a Dios y debe el hombre invocarle y llamarle, por cuanto somos deudores por perpetuos a la majestad divina y mientras no falta esta sujeción (que nos dura por toda la vida) no cesa la obligación de reconocerle por señor nuestro; con todo hay y debe haber días en los cuales con particulares acciones y oraciones nos lleguemos más a él y le ofrezcamos el tributo de nuestras obras, con particular devoción y hacimiento de gracias, que éste es el manjar del alma y con el que se sustenta en la vida espiritual, así como el cuerpo con los manjares y sueño que son cosas naturales sin las cuales no puede pasar, ni sustentarse, las cuales cosas tienen tiempo determinado en el cual se hacen y ejercitan. Por lo cual fue muy conforme a razón que si el cuerpo tenía tiempo y horas diputadas para su refección y descanso, no careciese el alma de este beneficio; antes fuese en él muy más aventajada, así como lo es en naturaleza, excediéndole en nobleza en grandísima distancia, pues no se hizo el cuerpo sino en orden del ánima, en el cual vive como en una funda y caja, de la cual se manifiesta por todos los sentidos del cuerpo y él, sin ella, no vale nada. De manera que tener días determinados para este fin de vacar a Dios y ofrecerle particulares horas de descanso espiritual, fue muy necesario; y así vemos haberle ordenado Dios en su pueblo, provocándole con ellas a su mayor servicio y devoción. Y por esta causa los juntaba en su templo y casa; en el cual lugar más devotamente se solemnizasen sus fiestas, para cuyo intento fue ordenada y edificada, y esto vemos ser natural en todas las cosas. Porque si las aves de una misma especie se juntan y congregan es para mejor conservarse y vivir más seguras y vacar a su ministerio, más alegre y pacíficamente. Los animales se confortan y animan estando juntos, siendo de una misma especie, y procrean y crían sus hijuelos con más ardimiento. La ciudad, que es congregación de hombres, es para vivir mejor, porque es para mayor seguridad de las vidas y comercio y trato de las personas y socorro y ayuda de las necesidades en muchas cosas, por cuanto el hombre está necesitado del vestir, calzar y comer y otras cosas infinitas de que carece; y en congregación se facilitan

otras cosas, que concurrían en él, sería muy conocido de los antiguos y estimado de los santos padres. Y no por esto contradigo la excelencia del domingo, porque en él se transfirió la del sábado. Y después que el domingo se celebra, por ordenación de la iglesia, es de más estimación que el sábado, por cuanto ya cesó y se pasó su solemnidad al domingo, en el cual (según la celebración) concurren los misterios del sábado y se añaden otros que se notan del día festivo del domingo.

CAPÍTULO III. *De las razones porque se inventaron las fiestas, así entre los gentiles como entre los del pueblo de Dios, en la ley escrita y esta de gracia y evangélica*

AUNQUE TODO TIEMPO ES PROPRIO para vacar a Dios y debe el hombre invocarle y llamarle, por cuanto somos deudores por perpetuos a la majestad divina y mientras no falta esta sujeción (que nos dura por toda la vida) no cesa la obligación de reconocerle por señor nuestro; con todo hay y debe haber días en los cuales con particulares acciones y oraciones nos lleguemos más a él y le ofrezcamos el tributo de nuestras obras, con particular devoción y hacimiento de gracias, que éste es el manjar del alma y con el que se sustenta en la vida espiritual, así como el cuerpo con los manjares y sueño que son cosas naturales sin las cuales no puede pasar, ni sustentarse, las cuales cosas tienen tiempo determinado en el cual se hacen y ejercitan. Por lo cual fue muy conforme a razón que si el cuerpo tenía tiempo y horas diputadas para su refección y descanso, no careciese el alma de este beneficio; antes fuese en él muy más aventajada, así como lo es en naturaleza, excediéndole en nobleza en grandísima distancia, pues no se hizo el cuerpo sino en orden del ánima, en el cual vive como en una funda y caja, de la cual se manifiesta por todos los sentidos del cuerpo y él, sin ella, no vale nada. De manera que tener días determinados para este fin de vacar a Dios y ofrecerle particulares horas de descanso espiritual, fue muy necesario; y así vemos haberle ordenado Dios en su pueblo, provocándole con ellas a su mayor servicio y devoción. Y por esta causa los juntaba en su templo y casa; en el cual lugar más devotamente se solemnizasen sus fiestas, para cuyo intento fue ordenada y edificada, y esto vemos ser natural en todas las cosas. Porque si las aves de una misma especie se juntan y congregan es para mejor conservarse y vivir más seguras y vacar a su ministerio, más alegre y pacíficamente. Los animales se confortan y animan estando juntos, siendo de una misma especie, y procrean y crían sus hijuelos con más ardimiento. La ciudad, que es congregación de hombres, es para vivir mejor, porque es para mayor seguridad de las vidas y comercio y trato de las personas y socorro y ayuda de las necesidades en muchas cosas, por cuanto el hombre está necesitado del vestir, calzar y comer y otras cosas infinitas de que carece; y en congregación se facilitan

y hallan todas. De esta misma manera sucede en lo espiritual, que en las còngregaciones y ayuntamientos, para vacar a Dios, parece que se acrecienta la devoción y la fiesta es más solemne y allí los ánimos se fortifican unos con otros. Y porque estos ayuntamientos se hacen en las dichas fiestas y solemnidades con más frecuencia, por eso se ordenaron.

Santo Thomás,[1] en el *Tratado de los diez preceptos,* y referido por San Antonino en su *Suma,* da cuatro razones por las cuales dice que fueron instituidas las fiestas y solemnidades, de las cuales es una, para destruir el error de los filósofos que dijeron que el mundo era eterno y sin principio, para cuya destrucción ordenó el Espíritu Santo la fiesta del sábado,[2] que era en hacimiento de gracias por el beneficio de la creación del mundo y todas las demás cosas en él contenidas; en la cual celebración se confuta y detesta tal error; y concluye contra los semejantes, manifestándose su yerro y locura, pues dice la Sagrada Escritura, que obró estas cosas Dios en los seis días primeros y que al seteno descansó y cesó de ellas. La segunda, para instruir y enseñar la fe de el redemptor, el cual en el sábado descansó su cuerpo en el sepulcro, después de su muerte corporal, de la cual al tercero día resucitó triunfante y glorioso. Y esto figuraba el descanso y cesación de las cosas en la fiesta y solemnidad del sábado, porque descansó en aquel día su sacrosanto cuerpo, sin corrupción alguna, como lo dijo el psalmista:[3] No darás a tu santo que vea corrupción. Y así como los sacrificios de la ley figuraban la muerte y pasión de Cristo nuestro señor, así la fiesta del sábado, su descanso y resurrección. La tercera, para inflamar los corazones de los hombres a mayor devoción y amor del criador, porque el cuerpo terreno naturalmente apetece y ansiosamente desea las cosas terrenas y caducas, y fuerza al hombre a que las apetezca y quiera, en el cual defecto cae el hombre, si con fuerza y violencia de la voluntad y razón no le vence y sujeta. Para lo cual convino haber lugar y tiempo cierto y determinado; en el cual, cesando de las obras y servicio de las cosas de la vida común y ordinaria, se diese a las divinas y espirituales, y vacando a ellas elevase con devoción el espíritu a Dios. La cuarta, para fortalecer y corroborar la promesa verdadera hecha a los hombres, que hay descanso en el sábado de la bienaventuranza y gloria, diciendo Isaías:[4] Será entonces el mes de el mes y el sábado de el sábado. Que da a entender dos condiciones que concurrían en el mes: Una el primer día y otra la festividad que en él se celebraba, y lo mismo en el sábado; lo cual quiere decir (hablando más claramente) que en la gloria habrá perpetua solemnidad y sabatismo, como declara Adamo,[5] que es perpetua y segura gloria y bienaventuranza para los que se gozan con Dios y su corte soberana. Aunque es verdad que para los que se dan de veras a Dios, es su vida una perpetua fiesta y solemnidad, porque de ordinario están contemplando su bondad, misericordia y clemencia y están acordándose de él y ofreciéndole el alma y corazón en sacrificio.

[1] Div. Thom. de Decem. Precept.
[2] Div. Anton. in Summa. d. cap. 7.
[3] Psal. 15.
[4] Isai. 66.
[5] Fr. Adam. Sasbout in Isaiam.

No es esta vida de todos los hombres en común, sino de los perfectos. Y los eclesiásticos también entran en este número, por cuanto continuamente le están alabando con himnos y psalmos y oraciones, repartidos por las horas canónicas de los días; pero el demás pueblo carece de este ordinario ejercicio, y así para los unos como para los otros fueron ordenadas las fiestas. A cuyo propósito dice San Isidoro,[6] que todas las festividades de los mártires[7] y otras fueron ordenadas por los prudentes varones y padres que las instituyeron para recoger el pueblo en sus días en los templos, para que no sucediese que por el poco concurso del pueblo faltase la fe y devoción de Dios y de Jesucristo su hijo. Por lo cual (dice luego) fueron ordenados días particulares, para que todos conviniesen en uno y la fe creciese y la devoción y alegría se aumentase. No careció de este intento el demonio en las solemnidades y fiestas que por sus gentiles idólatras le fueron ordenadas, porque quiso, por este modo, darse a conocer a los suyos y que fuese de ellos más honrado y estimado y reverenciado, como en sus particulares fiestas veremos.

CAPÍTULO IV. *De cómo se usaban convites y banquetes en las festividades que celebraban los antiguos, así entre los gentiles idólatras como entre los del pueblo de Dios y ley escrita*



EN LAS FIESTAS QUE ANTIGUAMENTE celebraban los gentiles, no sólo acostumbraban hacer oración al dios a quien honraban, sino que con esta devoción mezclaban comidas y bebidas[1] para mayor ornato y adorno de la fiesta. Esta invención de fiestas convivales[2] tuvo principio de los sacrificios que se ofrecían, de los cuales tomaban parte y se la comían;[3] y era este convite tan ordinario, que ninguna fiesta ni solemnidad se hacía sin él;[4] al cual sacrificio y comida seguían luego muchas danzas y bailes, cantares y músicas, al son de concertados instrumentos.[5] Siguiendo esta costumbre los del pueblo de Dios, estando en el desierto y levantando dioses falsos a los cuales adoraron, dice la Sagrada Escritura[6] que se asentaron a comer (y como declara Lira,[7] de las cosas ofrecidas en sacrificio al ídolo) y después de haber comido y banqueteado, danzaron, tañeron y cantaron con grande aplauso y regocijo. De manera que fueron y han sido los convites en los sacrificios y fiestas muy ordinarios, y no era fiesta la que no se

[6] Div. Isidor. lib. 1.
[7] De Offic. Eccles. 35.

[1] Varr. de Re Rust. lib. 3. cap. 6.
[2] Val. Max. lib. 2. cap. 7 et lib. 4. cap. 2.
[3] Aul Gel. lib. 12. cap. 8.
[4] Plin. lib. 29. cap. 20 et 41.
[5] Horat. lib. 2. Od. 14.
[6] Exod. 32. et ibi Lira.
[7] Alex. ab Alex. lib. 2. cap. 22.

No es esta vida de todos los hombres en común, sino de los perfectos. Y los eclesiásticos también entran en este número, por cuanto continuamente le están alabando con himnos y psalmos y oraciones, repartidos por las horas canónicas de los días; pero el demás pueblo carece de este ordinario ejercicio, y así para los unos como para los otros fueron ordenadas las fiestas. A cuyo propósito dice San Isidoro,[6] que todas las festividades de los mártires[7] y otras fueron ordenadas por los prudentes varones y padres que las instituyeron para recoger el pueblo en sus días en los templos, para que no sucediese que por el poco concurso del pueblo faltase la fe y devoción de Dios y de Jesucristo su hijo. Por lo cual (dice luego) fueron ordenados días particulares, para que todos conviniesen en uno y la fe creciese y la devoción y alegría se aumentase. No careció de este intento el demonio en las solemnidades y fiestas que por sus gentiles idólatras le fueron ordenadas, porque quiso, por este modo, darse a conocer a los suyos y que fuese de ellos más honrado y estimado y reverenciado, como en sus particulares fiestas veremos.

CAPÍTULO IV. *De cómo se usaban convites y banquetes en las festividades que celebraban los antiguos, así entre los gentiles idólatras como entre los del pueblo de Dios y ley escrita*



N LAS FIESTAS QUE ANTIGUAMENTE celebraban los gentiles, no sólo acostumbraban hacer oración al dios a quien honraban, sino que con esta devoción mezclaban comidas y bebidas[1] para mayor ornato y adorno de la fiesta. Esta invención de fiestas convivales[2] tuvo principio de los sacrificios que se ofrecían, de los cuales tomaban parte y se la comían;[3] y era este convite tan ordinario, que ninguna fiesta ni solemnidad se hacía sin él;[4] al cual sacrificio y comida seguían luego muchas danzas y bailes, cantares y músicas, al son de concertados instrumentos.[5] Siguiendo esta costumbre los del pueblo de Dios, estando en el desierto y levantando dioses falsos a los cuales adoraron, dice la Sagrada Escritura[6] que se asentaron a comer (y como declara Lira,[7] de las cosas ofrecidas en sacrificio al ídolo) y después de haber comido y banqueteado, danzaron, tañeron y cantaron con grande aplauso y regocijo. De manera que fueron y han sido los convites en los sacrificios y fiestas muy ordinarios, y no era fiesta la que no se

[6] Div. Isidor. lib. 1.
[7] De Offic. Eccles. 35.

[1] Varr. de Re Rust. lib. 3. cap. 6.
[2] Val. Max. lib. 2. cap. 7 et lib. 4. cap. 2.
[3] Aul Gel. lib. 12. cap. 8.
[4] Plin. lib. 29. cap. 20 et 41.
[5] Horat. lib. 2. Od. 14.
[6] Exod. 32. et ibi Lira.
[7] Alex. ab Alex. lib. 2. cap. 22.

mezclaba con ellos; en cuya confirmación dice Alexandro, que en ciertas fiestas (que después declararemos) acostumbraban los romanos comer los señores con los siervos y amos con esclavos en señal de benevolencia y caricia; y así se hacían los convites y banquetes revueltos y mezclados los unos con los otros; en los cuales juegos saturnales, que se celebraban en honor de Saturno por el mes de septiembre, había costumbre de hacerse grandes y sumptuosas cenas, entre amigos y parientes, las cuales se llamaban *Proforete,* enviándose los unos a los otros y dándose muchos presentes y dádivas, como a manera de estrenas, que nosotros llamamos aguinaldo. Y aún no sé si se usa agora, que no ha mucho que se usaba, desde los días de Navidad, hasta la Epiphanía. Aparejaban en los templos las camas o lechos que llamaban lectistenia, donde se convidaban a cenar los dioses, como cuenta Valerio Máximo.[8] En estos convites grandes y solemnes, y cerca del fin de ellos, bebían o se mojaban la boca como en hacimiento de gracias a Júpiter, del cual creían ser el hospedero y que todo (más que otro dios) lo proveía.

De este mal uso, que en sus templos y fiestas tuvieron los gentiles, les había quedado un mal resabio a algunos en la primitiva iglesia; entre los cuales se cuentan los de Corintho,[9] a los cuales reprehende el apóstol en su primera carta, diciéndoles, que sentía muy mal de gentes que viniendo a comulgar y a recibir el cuerpo de Jesucristo, comían y bebían antes, y que los ricos y prósperos hacían grandes convites y banquetes en las iglesias, como si no tuvieran casas proprias y profanas adonde comer y beber; profanando, ensuciando y amancillando la casa consagrada de Dios con tan mal abuso. De este mal uso usaron los hebreos en sus fiestas, porque aunque es verdad que les fue permitida y concedida en la ley alguna parte de las ofrendas de algunas cosas para comer, no fue con licencia general de banquetear y descomponerse y relajarse, sino con condición que usasen de aquellas cosas con sobriedad y recato. Y por esto, reprehendiendo San Agustín[10] a los semejantes, dice de las fiestas que en los principios de cada mes se celebraban, mejor le estuviera a la mujer hebrea cardar lana el día de la fiesta, que bailar deshonestamente todo el día en las neomenias; lo cual se hacía después de haber comido. Estos indios tenían aquesta costumbre y uso, haciendo grandes convites, así de pan como de carnes de diferentes animales y en especial de carne humana, como ya hemos dicho y se verá en los días de las fiestas, según los meses de su calendario. De manera que esta costumbre ha permanecido en todas las naciones gentílicas, incitando el demonio a este mal uso por hacer más malos a sus cultores y esclavos. Porque no sólo pecaban en la mala intención y obra de el sacrificio, sino también en la demasía de el comer y de el beber. Porque bebían los más hasta emborracharse y caer.

[8] Val. Max. lib. 2. cap. 5.
[9] I. Ad Cor. 11.
[10] Div. Aug. lib. de Decem. cordis.

CAPÍTULO V. *Donde se declara cómo estos convites antiguos fueron cenas; y cómo los gentiles, así de otras naciones como los de estas Indias, tenían presentes en ellos a sus dioses, a los cuales sacrificaban en estos actos o antes o después*



ARA MAYOR INTELIGENCIA de la materia presupuesta en este título de este capítulo, hemos de advertir que convite (según Cicerón)[1] es una junta y congregación de gentes y personas sentadas a la mesa, donde les son administradas viandas y manjares diversos, al cual convite llamaron los griegos cena (como el mismo Cicerón dice, aunque después lo reprueba), y si mi parecer valiese diría que dijeron bien los griegos, por cuanto antiguamente los hombres de aquellos pasados siglos hacían estos convites no por la mañana, ni a medio día, sino a la declinación del sol o ya cerrada la noche. Lo cual podemos probar, con evidencia, en aquel convite que el rey Balthasar hizo a los grandes de su corte, que cuenta Daniel[2] profeta, que fue de noche. Porque dice que los dedos que aparecieron en la pared se mostraron a la parte contraria del candelero, en el cual había luces encendidas que daban claridad a la sala donde estaban puestas las mesas; y si no fuera de noche y hiciera obscuro, no había necesidad de luces ni candelas. De manera que era de noche y le llama la escritura convite, al cual nosotros llamamos cena. Esto se declara, porque dicen Herodoto[3] y Xenofonte[4] que aquel día, que fue destruida la ciudad de Babilonia y muerto el rey Balthasar, celebraban los babilonios fiesta con públicos convites, danzas, bailes y cantares, y que habían pasado toda aquella noche en grandes regocijos. Por lo cual (dice luego el mismo Xenofonte) que escogió el rey Ciro aquel día festivo y de tanta solemnidad para darles asalto y entrarles la ciudad, porque, por razón de su grande fiesta, estaban todos sus moradores ocupados en sus convites, así públicos como particulares, hartos de comer y beber, faltos de sueño y muy cansados de sus danzas y bailes, y por esto muy descuidados de su total destruición, ruina y daño. También el profeta Isaías[5] dijo, profetizando este asalto doscientos años antes que sucediese, viendo con ojos proféticos a los moradores de Babilonia envueltos y revueltos en estos convites; lo cual dijo por estas palabras: Mi querida Babilonia, tengo por ejemplo y milagro. Pon la mesa, contempla en la atalaya, comiendo y bebiendo; levantaos príncipes y tomad con ímpetu y coraje los escudos. Todo esto quiere decir esta ruina y destruición en este día de fiesta, estando envueltos y ocupados en la celebración de ella y en los convites y cenas de la noche.

[1] Cicer. de Senect. in lib. 9. epist. 24. ad Famil.
[2] Dan. 5.
[3] Herodot. lib. 1.
[4] Xenoph. lib. 7. de Ciri. institut.
[5] Isai. 21.

También se prueba, por lo que dice Josefo,[6] en los libros de las *Antigüedades judaicas,* en el capítulo sexto, hablando de la reina Ester, que convidó al rey Asuero su marido, a un convite, al cual convite llama cena; y luego dice que fueron eunucos de la reina a llamar a Amán, para la cena, el cual era convidado a ella; y en otra parte la llama cena. De manera que los convites antiguos eran cenas. Y esto todo se puede más claramente probar por lo que dice luego, que llevando Amán a Mardocheo, con aquella majestad y autoridad que el rey le había mandado, llevándole de rienda el caballo en que iba a dar el paseo, dio vuelta a la ciudad por todas partes; después de lo cual fue el convite. Y no es de creer que yendo con pompa y majestad sería el acto breve, sino muy celebrado en las más horas del día; mayormente que era la ciudad grandísima y no era posible darle vuelta en breve tiempo. Ni tampoco bastará decir que andarían todas las calles ordinarias y acostumbradas, que son las que tienen nombradas las justicias para los paseos de los ajusticiados, que por ser hecho real, en que el rey quería mostrar el agradecimiento que creía debérsele a Mardocheo y por ser el caso particular, sería con particular paseo, para que viniese a noticia de todos la grande honra que se le hacía, por su mucha fidelilidad, para que otros se animasen a ser fieles y los traidores se acobardasen y temiesen, con ver que son las traiciones descubiertas, los traidores muertos y con rigor castigados y los descubridores (que en ellas no tienen parte alguna) honrados, estimados y galardonados. Esto se confirma con decir luego Josefo, que habiendo dado vuelta a toda la ciudad, entró Mardocheo a la presencia del rey; y Amán se fue a su casa y que estando triste y melancólico tratando con su mujer y amigos el caso, llegaron pajes del palacio a llamarle, que le llamaba la reina para la cena y convite.

Y si pareciere contradecir a este dicho de Josefo, decir la Sagrada Escritura, en el *Libro de Ester,*[7] que Amán hizo aquel acto de honrar a Mardocheo en la plaza, digo que allí se comenzó, como todos los actos de justicia, entre nuestra nación española se acostumbran, por ser el lugar más público de la república; pero que de allí darían vuelta a toda la ciudad, como Josefo ha dicho, entrando por unas calles y saliendo por otras, en lo cual gastarían lo más del día; y en irse Amán a su casa y volver al convite, se llegaría la noche y tiempo de la cena a que fue convidado. Y no hace pequeña fuerza para esta prueba, saber que hecha la petición por la reina Ester contra Amán, después del convite se entró el rey en un jardín o huerto, confuso y pensativo, donde paseando el caso, rumiaba el hecho; y en este ínterin se fue la reina a la cama (que debió de ser para dormir) y Amán trás ella, pidiendo el favor y seguro en aquel paso de muerte; donde lo halló el rey y creyó que ahogaba a la reina. De donde se concluye que este convite fue cena y que las cenas eran convites antiguamente. También se prueba, por aquel convite, que Cristo nuestro señor hizo a sus sagrados discípulos la noche de su pasión, al cual llama el evangelista San Juan

[6] Ioseph. de Antiq. lib. 1. cap. 6.
[7] Esther 1. et 7.

cena;[8] y sabemos que fue sobre tarde y a la caída del sol. De manera que estas cenas fueron muy usadas entre los antiguos a la celebración de sus fiestas. Y usando de este término Cristo nuestro redemptor, tratando de la bienaventuranza, dijo en una de sus parábolas que cierto hombre hizo una gran cena, que fue convite, para el cual convidó a muchas gentes.[9] De manera que estos convites fueron cenas y así se usaron antiguamente. Esto se confirma, con decir San Isidoro,[10] en el libro veinte de sus *Etimologías,* que los antiguos no acostumbraban a comer en todo el día, sino a la tarde; y así llamaban a las comidas, cenas, por ser manjar de sobre tarde.[11] Y San Gregorio[12] toca lo mismo, sobre la misma parábola de Cristo nuestro señor, de este hombre poderoso que hizo esta cena.

En estos convites y cenas, que los antiguos tuvieron de costumbre, jamás les faltaba la presencia de sus dioses. Lo cual parece claro por lo que se dice, en el mismo Daniel,[13] de este convite que el rey Balthasar hizo a los príncipes de su corte, porque dice que alababa a sus dioses, hechos de oro y plata, palo y piedra y de otras diversas materias; y esto se entiende que los tenía presentes y a los ojos en aquel acto, como lo dice Ateneo[14] de los antiguos, ser muy usada costumbre tener presentes a los dioses que más querían y estimaban en semejantes ocasiones y solemnidades. Ésta parece haber sido costumbre de estos indios occidentales, los cuales tenían un dios, llamado Omacatl, que era de los convites y bodas, el cual tenían siempre presente en ellos, yendo por él a su templo, y lo traían con mucha veneración y solemnidad, y con la misma lo festejaban todo el tiempo que los convites duraban y juntamente le ofrecían sacrificios y ofrendas de copal o incienso, de papel y otras cosas ordenadas en aquel sacrificio. De donde parece ser general esta costumbre y haber corrido por todas las naciones y gentes, entregadas al poder y engaños del demonio.

Y no dejo de pensar y creer (deducido de lo dicho) que la cena y convite hecha por el rey Baltasar fue en algún acto de sacrificio particular; porque dicen algunos, como hemos visto, que se celebraba entonces en la ciudad una gran fiesta, a la cual se habían juntado los mayores y más principales del reino. En cuya comprobación, dice Ateneo[15] en el lugar citado, que antes de estos convites acostumbraban hacer sacrificios a los dioses; y si lo acostumbrababan, luego así se hizo; y si se hizo, luego en alguna solemnidad y fiesta.

Que fuese en solemnidad y fiesta de sacrificio se prueba con lo que dice Daniel[16] en el libro de sus visiones y *Profecías,* que festejaban y alababan a sus dioses. Y por ser por la ocasión que era, se ha de creer que era después de algún acto de sacrificio; porque la causa de este convite, según los

[8] Ioan. 1.
[9] Luc. 14, 16.
[10] Div. Isidor. lib. 20. Ethymol. 2.
[11] Esther 2.
[12] Div. Gregor. Homil. 36. f. 137.
[13] Dan. 5, 4.
[14] Athen. lib. 8. Dipnosophistarú. cap. 13.
[15] Athen. ubi supra.
[16] Dani 5, 4 et 5.

hebreos y lo refiere Lira,[17] exponiendo el capítulo veinte y uno de Isaías, fue parecerle a Baltasar que lo que había profetizado el profeta Jeremías,[18] de la destruición de su reino, pasados los setenta años del cautiverio del pueblo de Dios, hecho por Nabucodonosor, su abuelo, era falso y no verdadero; y que eran ya pasados los años y no cumplida su profecía; y teniéndola por vana y de risa (aunque fue certísima y verdadera) ordenó aquel convite, donde sacó los vasos sagrados que habían sido del templo y servicio de Dios y bebió en ellos, él y sus mancebas, en menosprecio y ultraje suyo y alabanzas de sus falsos dioses. Y es de creer que el que hacía este tan grande convite por esta intención, que haría sacrificio y sacrificios a los dioses que entendía que le eran propicios y amparadores de su estado real, mayormente teniéndolos presentes, como ha dicho el texto sagrado; y creyendo que el profeta de Dios verdadero se había engañado y que aquellos falsos dioses que adoraban eran los ciertos y a los que debía tener gratos para toda su defensa y necesidad; y con todo lo dicho parece quedar bien probado el intento.

CAPÍTULO VI. *De los desconciertos que nacen de estos convites en las solemnidades y fiestas*



A GRANDEZA DEL CONVITE REFERIDO en el capítulo pasado, hecho por el rey Baltasar de Babilonia, nos dice la grande majestad y autoridad del que lo ordenó y hizo, en especial considerando la muchedumbre de los convidados, que fueron mil, el concierto con que se sentaba a la mesa, precediendo los viejos a los mozos, y los de más calidades a los no tan calificados y otras circunstancias que cuenta el profeta Daniel,[1] que dejo para que el curioso lector lea en su texto sagrado. Pero aunque denota la majestad dicha, también nos declara los grandes yerros y desconciertos que en él hubo. Uno de los cuales fue que los vasos de el templo, que su abuelo Nabucodonosor había traído de la ciudad de Jerusalén, fueron en aquella mesa y cena profanados, Dios menospreciado, su santo profeta Jeremías no creído y tenido por profeta falso, los falsos y detestables dioses honrados y adorados, en cuya fiesta y sacrificio eran servidos; fueron llamados encantadores y magos (cosa en razón prohibida) para que declarasen el misterio de la aparición de los dedos y razones escritas en la pared, siendo obra de el señor a sólo su siervo Daniel reservada. De manera que todos estos males nacieron de este real y festival convite. El rey fue tomado del vino, por lo cual, él y todos los convidados, perdieron el reino y la ciudad, y anocheciendo en ella fueron a amanecer en el infierno; diciendo San Gerónimo,[2] que fue muy merecido castigo de sus pecados, porque cantaban

[17] Lira in cap. 21. Isai.
[18] Ier. 19.
[1] Dan. 5.
[2] Div. Hierom. in d. cap. 5. Dan.

hebreos y lo refiere Lira,[17] exponiendo el capítulo veinte y uno de Isaías, fue parecerle a Baltasar que lo que había profetizado el profeta Jeremías,[18] de la destruición de su reino, pasados los setenta años del cautiverio del pueblo de Dios, hecho por Nabucodonosor, su abuelo, era falso y no verdadero; y que eran ya pasados los años y no cumplida su profecía; y teniéndola por vana y de risa (aunque fue certísima y verdadera) ordenó aquel convite, donde sacó los vasos sagrados que habían sido del templo y servicio de Dios y bebió en ellos, él y sus mancebas, en menosprecio y ultraje suyo y alabanzas de sus falsos dioses. Y es de creer que el que hacía este tan grande convite por esta intención, que haría sacrificio y sacrificios a los dioses que entendía que le eran propicios y amparadores de su estado real, mayormente teniéndolos presentes, como ha dicho el texto sagrado; y creyendo que el profeta de Dios verdadero se había engañado y que aquellos falsos dioses que adoraban eran los ciertos y a los que debía tener gratos para toda su defensa y necesidad; y con todo lo dicho parece quedar bien probado el intento.

CAPÍTULO VI. *De los desconciertos que nacen de estos convites en las solemnidades y fiestas*



LA GRANDEZA DEL CONVITE REFERIDO en el capítulo pasado, hecho por el rey Baltasar de Babilonia, nos dice la grande majestad y autoridad del que lo ordenó y hizo, en especial considerando la muchedumbre de los convidados, que fueron mil, el concierto con que se sentaba a la mesa, precediendo los viejos a los mozos, y los de más calidades a los no tan calificados y otras circunstancias que cuenta el profeta Daniel,[1] que dejo para que el curioso lector lea en su texto sagrado. Pero aunque denota la majestad dicha, también nos declara los grandes yerros y desconciertos que en él hubo. Uno de los cuales fue que los vasos de el templo, que su abuelo Nabucodonosor había traído de la ciudad de Jerusalén, fueron en aquella mesa y cena profanados, Dios menospreciado, su santo profeta Jeremías no creído y tenido por profeta falso, los falsos y detestables dioses honrados y adorados, en cuya fiesta y sacrificio eran servidos; fueron llamados encantadores y magos (cosa en razón prohibida) para que declarasen el misterio de la aparición de los dedos y razones escritas en la pared, siendo obra de el señor a sólo su siervo Daniel reservada. De manera que todos estos males nacieron de este real y festival convite. El rey fue tomado del vino, por lo cual, él y todos los convidados, perdieron el reino y la ciudad, y anocheciendo en ella fueron a amanecer en el infierno; diciendo San Gerónimo,[2] que fue muy merecido castigo de sus pecados, porque cantaban

[17] Lira in cap. 21. Isai.
[18] Ier. 19.
[1] Dan. 5.
[2] Div. Hierom. in d. cap. 5. Dan.

himnos a sus dioses, mezclando en ellos blasfemias de nuestro Dios verdadero. De donde sacamos en limpio los males que de estos convites redundan; y, también, lo que llevamos probado, que después de las comidas y cenas acostumbraban los antiguos cantar y bailar en coros a los dioses falsos.[3] Y este hecho notamos en los hijos de Israel, cantando y bailando en el desierto, en la presencia del becerro, a imitación de los gentiles; y debemos notar a qué punto llegó su desconcierto y locura en este banquete, con que solemnizaron esta fiesta, que adoraron por dios un poco de oro en forma y figura de toro, y negaron a Dios vivo y verdadero, de cuyas manos poderosas habían recibido tantos y tan soberanos bienes, como en el discurso de las Sagradas Escrituras son claros y manifiestos. Este abuso vino corriendo de gente en gente y fue derramado por las edades del mundo; y de él nacido aquella grande desvergüenza que tuvieron los de Corintio,[4] como se la refiere el apóstol San Pablo en la primera carta que les escribe, de banquetear y comer larga y espléndidamente en las iglesias y casas sagradas. Y no sólo paró en esto (que aunque era de mucha reprehensión, ya se pasara) sino que por comer y beber en los templos cometían un muy grande pecado y desacato contra la pureza del santísimo sacramento, que lo recibían después de muy hartos de manjares y vino, no guardando el debido respeto a la santa y limpia comunión; aprendiendo este desacato de los gentiles, que en semejantes lugares profanaban el día festivo, teniendo por su mayor fiesta comer abundante y copiosamente.[5] Esto es lo que les reprehende el apóstol, diciendo: ya no conviene que recibáis la cena de el señor; y da la razón diciendo: porque cada uno presume de cenar su cena; cuyas palabras se refieren en el derecho.[6]

Siguiendo pues lo que dice Ateneo,[7] en el lugar citado, de la presencia de los dioses, añade luego que era para que en los convites fuesen modestos y sobrios los convidados y no se descompusiesen en comer ni beber, obligados por el respeto de las imágenes y simulacros que tenían presentes. Y según esto, en aquel convite que hizo el rey Afuero, que dice la Sagrada Escritura, que duró por tiempo de ciento y ochenta días, los debían de tener presentes; porque nota allí el texto sagrado,[8] que mandó el rey que en el comer, ni beber, a ninguno se hiciese fuerza, ni que sus convidados se descompusiesen, ni demasiasen en esto, al modo y costumbre de muchas naciones bárbaras, que forzaban a los que se sentaban a sus mesas a comer y beber demasiadamente; el cual abuso, como nota Lira,[9] se acostumbraba en Normandía, parte de Francia, que fue habitada de ciertos hombres incultos y bárbaros hacia el Polo Ártico. Esto confirma San Isidoro,[10] diciendo de las cenas antiguas, que fueron una comunicación de comedores[11]

[3] Exod. 32.
[4] 1. Ad Cor. 11.
[5] 1. Ad Cor. 11.
[6] Relatus in cap. Quando. 2. dist. 44. cap. in opponet in fine de consecr. dist. 3.
[7] Athen. ubi supra.
[8] Esther 1.
[9] Lira super hunc locum.
[10] Div. Isidor lib. 20. Ethymol. cap. 2.
[11] Cicer. d. lib. 9. epist. 24. ad Fam.

porque concurrían muchos a aquel acto de comer; y dice más, que estas yantaciones o cenas comunes se hacían públicamente y no en secreto, por excusar todo acto ilícito y deshonesto, y que no se comía a solas, sino en compañía, que debía de ser como ahora usamos los religiosos en los refectorios, donde a campana tañida y hora señalada nos juntamos y con lección y silencio se nos administra la refección del cuerpo. Todo lo cual era hecho a fin de que en las comidas hubiera mucha composición y mesura, y para que fuesen excusados todos los tropiezos que en el comer y beber suelen ofrecerse para caer en pecado y desconcierto de la vida. Y éstas que a los principios del mundo fueron comidas ordinarias en todos, por casas y familias, como se puede creer de lo dicho por el glorioso padre San Isidoro y lo que se acostumbra en las casas de los que tenían familias, comiendo a una hora y concurriendo todos a la comida, cesó en general, no saliendo a lugares públicos a comer o cenar; y en lugar de estas comidas o cenas ordinarias quedaron los convites públicos, hechos a la hora de la cena, para demostrar en ello tener vida social, amistad y concordia unos con otros. De manera que decimos que aunque el origen de los convites fue inventado para conservar la paz y recrearse los hombres y otras causas que fueron lícitas, en sus principios (aunque en razón de convites y cenas ordenadas en servicio del demonio, siempre fueron malas, por cuanto el fundamento siempre fue malo), después los hombres los convirtieron en mal, y en ellos se desmandaban y comían y bebían con exceso y demasía; y aun se conoce esta demasía en este mismo rey,[12] que deseando y mandando que a su mesa no asistiese quien comiese ni bebiese con descomposición, fue uno de los que excedieron, bebiendo hasta alegrarse y calentarse, como lo dice el sagrado texto;[13] y es fuerza que así sea, porque puesto el hombre en la ocasión, y dejado de la mano de Dios, no es maravilla que peque, antes lo será y muy grande no pecar.

Estos indios de esta Nueva España usaron este vicio de convites y cenas con mucho exceso en las solemnidades y fiestas que celebraban a sus falsos dioses, comiendo y bebiendo los más de ellos hasta caer, cantando y bailando, en estos banquetes, con grandes contentos y alegrías, como se verá, en la particularidad de cada fiesta; porque ninguna hacían que no rematase en esto. Y pienso que deben antes llamarse cenas estos convites de estos indios, que comidas de medio día u almuerzos. Y puédese probar porque en cierto día, que hacían fiesta a su mayor dios (como veremos), hacían una procesión, en la cual andaban cuatro o cinco leguas, comenzándola luego que amanecía; y para andarla, necesario era tiempo, mayormente que en procesiones y actos públicos, donde hay concurso de gente, no se anda aprisa, sino muy de espacio; y cuando menos, serían necesarias seis horas, por manera que volverían a medio día y más tarde. Luego comenzaban los oficios y el acto del sacrificio, que no duraría poco tiempo. De allí se llevaba el sacrificado a cocer y guisar, también había de haber espacio para guisarse; y del guisado se hacía la mayor fiesta y solemnidad

[12] Esther 1.
[13] Ad Ephes. 5.

del convite. Por manera, que el remate de todas estas cosas sería con la puesta del sol, poco antes o poco después, y así es más cena que comida.

Estas fiestas y convites, cuando no fueran de suyo reprobados, por ser en servicio de el demonio, aunque fueran entre católicos y fieles, llevando estas circunstancias demasiadas y excesivas, eran reprobados y malos; y no sé si carecen los cristianos de algo de esto; porque vemos que en las grandes solemnidades no lo son para ellos si no se mezclan y revuelven grandes comidas y banquetes, en los cuales comen y beben con demasía; y cuando no sea hasta caer, es, a lo menos, hasta quedar hartos y repletos y dispuestos para muchas ofensas de Dios, que están inclusas en ellos, según el apóstol, escribiendo a los de Éfeso,[14] diciendo: No os hartéis de vino, en el cual está inclusa y solapada toda lujuria. Y así dice San Gerónimo,[15] que el vientre lleno de vino, luego se desmanda a cosas deshonestas. Y en este nombre de vino se entiende toda gula y demasía en el comer, del cual nacen muchos desconciertos. Porque mientras más harto el cuerpo, más hambrienta está el ánima y a pique de caer en la miseria del pecado. Y abominando esto los santos padres, se dice en el derecho que no piensan que celebran dignamente las fiestas, si en ellas no comen y beben abundantemente.[16]

CAPÍTULO VII. *De cómo se convirtieron las fiestas de la ley antigua en las de esta que gozamos ahora de gracia*



EN LAS COSAS NATURALES es dicho muy trillado del Filósofo,[1] que procedemos de lo imperfecto a lo perfecto. Así como en la generación del hombre, que primero hay decisión de semen, luego forma de el embrión, luego compaginación y trabazón de miembros, repartidos en pies, manos, cabeza y todos los otros necesarios para que quede el cuerpo entero y dispuesto para la introducción de el alma, también en las cosas miradas de lejos no las conocemos con la claridad y distinción que ellas son, por cuanto las especies de la vista no las percibe luego, con acto distinto y claro, y así las juzgamos con conocimiento obscuro y confuso; y mientras más se acercan a nosotros, más las vamos conociendo, y afirmando lo que ellas son, hasta darles su entero conocimiento y ser en lo que alcanzamos a saber de ellas. Esto que acaece y es proposición averiguada en lo natural, sucede en lo sobrenatural y mercedes que Dios ha hecho y comunicado al hombre desde su principio, en las cuales se le ha dado a conocer; el cual en su república y pueblo ordenó sacrificios, ceremonias, fiestas y días en que se celebrasen; en todo lo cual procedió como con noticia confusa y no clara (aunque no en cuanto a Dios, sino en cuanto a los hombres) de

[14] Div. Hierom. in epist. ad Ocaean.
[15] Dist. 44. cap. Cum autem.
[16] Dist. 44. cap. Cum autem.
[1] Arist. lib. I. de Coelo.

del convite. Por manera, que el remate de todas estas cosas sería con la puesta del sol, poco antes o poco después, y así es más cena que comida.

Estas fiestas y convites, cuando no fueran de suyo reprobados, por ser en servicio de el demonio, aunque fueran entre católicos y fieles, llevando estas circunstancias demasiadas y excesivas, eran reprobados y malos; y no sé si carecen los cristianos de algo de esto; porque vemos que en las grandes solemnidades no lo son para ellos si no se mezclan y revuelven grandes comidas y banquetes, en los cuales comen y beben con demasía; y cuando no sea hasta caer, es, a lo menos, hasta quedar hartos y repletos y dispuestos para muchas ofensas de Dios, que están inclusas en ellos, según el apóstol, escribiendo a los de Éfeso,[14] diciendo: No os hartéis de vino, en el cual está inclusa y solapada toda lujuria. Y así dice San Gerónimo,[15] que el vientre lleno de vino, luego se desmanda a cosas deshonestas. Y en este nombre de vino se entiende toda gula y demasía en el comer, del cual nacen muchos desconciertos. Porque mientras más harto el cuerpo, más hambrienta está el ánima y a pique de caer en la miseria del pecado. Y abominando esto los santos padres, se dice en el derecho que no piensan que celebran dignamente las fiestas, si en ellas no comen y beben abundantemente.[16]

CAPÍTULO VII. *De cómo se convirtieron las fiestas de la ley antigua en las de esta que gozamos ahora de gracia*



N LAS COSAS NATURALES es dicho muy trillado del Filósofo,[1] que procedemos de lo imperfecto a lo perfecto. Así como en la generación del hombre, que primero hay decisión de semen, luego forma de el embrión, luego compaginación y trabazón de miembros, repartidos en pies, manos, cabeza y todos los otros necesarios para que quede el cuerpo entero y dispuesto para la introducción de el alma, también en las cosas miradas de lejos no las conocemos con la claridad y distinción que ellas son, por cuanto las especies de la vista no las percibe luego, con acto distinto y claro, y así las juzgamos con conocimiento obscuro y confuso; y mientras más se acercan a nosotros, más las vamos conociendo, y afirmando lo que ellas son, hasta darles su entero conocimiento y ser en lo que alcanzamos a saber de ellas. Esto que acaece y es proposición averiguada en lo natural, sucede en lo sobrenatural y mercedes que Dios ha hecho y comunicado al hombre desde su principio, en las cuales se le ha dado a conocer; el cual en su república y pueblo ordenó sacrificios, ceremonias, fiestas y días en que se celebrasen; en todo lo cual procedió como con noticia confusa y no clara (aunque no en cuanto a Dios, sino en cuanto a los hombres) de

[14] Div. Hierom. in epist. ad Ocaean.
[15] Dist. 44. cap. Cum autem.
[16] Dist. 44. cap. Cum autem.
[1] Arist. lib. I. de Coelo.

un bulto que aparece de lejos, como lo dijo San Pablo[2] por estas palabras todas. Las cosas que les comunicó (a los de su pueblo, que de ellos va hablando en aquel lugar) fueron figura de otras cosas, diciendo que todos fueron debajo de la nube, y todos pasaron el mar, y todos fueron bautizados en Moysén, pasando el mar y estando a la sombra de la nube, que se ha de entender figurativamente, todos comieron de un manjar (que fue el manná, figura del sacramento del altar) y juntamente con esto tuvieron fiestas repartidas por los días y meses del año; todo lo cual era figurativo y representativo de otras cosas, las cuales se descubrieron y manifestaron en la ley de gracia, corriendo Dios aquel velo y cortina de la figura y manifestando la verdad de aquello en lo figurado, como el mismo apóstol lo dice a los colosenses[3] por estas palabras: Nadie os juzgue en el manjar, o en la bebida, o en la parte del día de la fiesta, o de la neomenia, o de los sábados (que todas estas cosas fueron sombra de las por venir y futuras del cuerpo de Cristo), quiere decir: cosas cuya manifestación y declaración fue reservada para el tiempo de la ley de gracia y venida de Crsito nuestro señor en carne humana; porque es el mismo que ordenó las de aquella ley y las de ésta; con esta diferencia que allí las comunicó por Moysén y otros ministros y aquí por su propia persona. Esto es lo que dijo el mismo San Pablo a los hebreos:[4] Cristo Jesús fue ayer y hoy; quiere decir: En el tiempo del Viejo Testamento y en este del Nuevo y ley evangélica; porque entonces era según la divinidad escondida, según la cual ordenaba las cosas figurativamente; y ahora, según la divinidad y humanidad juntamente, apareciendo humano entre los hombres y sacando a luz y a clara manifestación las cosas figuradas; entre ellas fueron las fiestas del testamento viejo, que con su venida así como cesaron los sacrificios, así se trocaron y mudaron los días de las celebraciones; porque en lugar del sábado, que era el día festivo de cada semana en aquella ley, entró el domingo en esta de gracia. Y esto no es de inconveniente, porque si era mandamiento moral, el cual de todo punto no puede faltar, era en parte también ceremonial, como dice Santo Thomás;[5] y en cuanto ceremonial pudo ser transferido. Y si el sábado representaba la cesación de las cosas criadas, en el principio del mundo, el domingo representa la cesación de la recreación del hombre en la resurrección de Cristo nuestro señor, en el cual resucitó triunfante y glorioso, dando fin y descanso a su naturaleza humana y al hombre muy ciertas esperanzas de su remedio, al cual libertó en su muerte y pasión; y en memoria de este soberano beneficio entró la fiesta tan dignamente introducida y mandada guardar de la iglesia nuestra madre en todos los fines de la semana, como día en que Dios dio fin a todas las desventuras y miserias del hombre y principio a los días festivos de la bienaventuranza. Y si allí crió Dios de nuevo un mundo, con su mano poderosa, aquí lo volvió a criar o recriar con la misma mano poderosa y misericordiosa; en el cual

[2] 1. Ad Cor. 10.
[3] Ad Col. 2.
[4] Ad Heb. 28.
[5] Div. Tho. m. 2. q. 12. art. 3.

mundo nuevo habían de ser todas las cosas nuevas. Esto vido con ojos proféticos Isaías,[6] diciendo: cielos nuevos y tierra nueva. Cielos nuevos fueron los apóstoles, como lo dijo David, que anunciaron la gloria de Dios y un nuevo pueblo que le cante cantares e himnos nuevos. Y luego prosigue el profeta Isaías, diciendo:[7] Y vendrán todas las gentes que adoren ante mi cara. De donde parece muy claro y manifiesto haber de ser instituidas nuevas fiestas y nuevos días, en la ley de gracia, para el servicio y culto divino; y así como cuando nace el sol muere la sombra, así también viniendo Cristo al mundo, con nueva ley, era razón que muriese la sombra y se trocase el día.

El santísimo Isidoro,[8] hablando de la veneración que al día del domingo se debe, le da por excelencias las siguientes. El día del domingo (dice), que es el octavo que sucedió a la primera fiesta del sábado, aun por las mismas Sagradas Escrituras está notado por muy solemne. Él es el primer día de los siglos; en él fueron formados los elementos del mundo; en él fueron criados los ángeles; en él resucitó Cristo de los muertos; en él bajó el Espíritu Santo del cielo sobre los apóstoles; y, finalmente, fue dado en él el manná a su pueblo, cuya prueba dejo por no alargarme, y baste lo dicho para saber parte de la grandeza y excelencias de este día. Otra fiesta era la neomenia, que era a la mutación de la luna a los principios de los meses; de manera que por el movimiento y variación de la luna las podemos llamar movibles; a éstas corresponden las fiestas movibles de nuestra ley evangélica y las demás que no tienen mes en el año señalado.

Alphase o palach,[9] que significa tránsito o salto, donde hacían la solemne celebración del Cordero Pascual[10] en memoria del beneficio recibido en orden de su libertad, corresponde la Pascua de Resurrección, en la cual fue sacrificado el Cordero sin mancilla, hijo de Dios Jesucristo nuestro señor.[11] A la de Pentecostés, que fue en memoria de la data de la ley en el monte Sinaí, la cual se dio con ruidos y truenos, corresponde la venida de el Espíritu Santo[12] sobre los apóstoles, en lenguas de fuego, en el monte de Sión, también con ruidos y solemnidad, como el texto sagrado[13] nos lo dice. A los cincuenta días después del sacrificio y resurrección de aquel Cordero Pascual,[14] Jesucristo, así como acullá se dio la ley a los cincuenta días pasados de la celebración y sacrificio del Cordero en Egipto.[15] Y éstas basten para entender que los días festivos, que entonces mandó guardar Dios, no los prohibió absolutamente, sino que los transfirió y convirtió en otros, estampando en ellos la figura en lo figurado, como cuando se pinta una imagen, que el borrón y rasguño que está hecho de carbón, se hinche des-

[6] Isai 6. Psal. 1.
[7] Psal. 95.
[8] Div Isidor lib. 1. de Offic. Eccles.
[9] Exod. 12.
[10] Núm. 19. 2. Paral. 30.
[11] Lev. 24.
[12] Div. Isidor. lib. 6. Ethymol. cap. 18. Apost.
[13] Ac. Apost. 2.
[14] Lev. 23.
[15] Deut. 16.

pués de colores y se cubre el carbón, mudando la figura o imagen en la perfección y hermosura que pide; de manera que la confusión del rasguño se distingue con colores, quedando el carbón incorporado y embebido en ellas. De esta misma manera aquel rasguño de la ley antigua y ceremonias se incorporó y embebió en esta imagen de la ley de gracia, convirtiendo aquellos obscuros misterios en estos claros que agora gozamos. Al modo que el pincel de la sabiduría eterna quiso y pudo rasguñarlo y luego henchirle de colores y matices soberanos que gozásemos agora los dichosos hijos de la iglesia.

En esta Nueva España tenían estos indios gentiles tres lugares, en los cuales honraban a tres dioses diversos, y les celebraban fiestas; el uno de los cuales está situado en las faldas de la sierra grande, que se llama de Tlaxcalla, y los antiguos le llamaron (y los presentes la llaman) Matlacueye. En este lugar hacían fiesta a la diosa llamada Toci, que quiere decir nuestra abuela. Otro lugar está de éste, a la parte del medio día, seis leguas, poco más o menos, que se llama Tianquizmanalco, que quiere decir lugar llano, o hecho a mano, de los mercados y ferias. En este lugar hacían fiesta a un dios que le llamaban Telpuchtli, que quiere decir mancebo. Y en otro, que está una legua de esta ciudad de Mexico, a la parte del norte, hacían fiesta a otra diosa, llamada Tonan, que quiere decir nuestra madre, cuya devoción de dioses prevalecía cuando nuestros frailes vinieron a esta tierra y a cuyas festividades concurrían grandísimos gentíos de muchas leguas a la redonda, en especial al de Tianquizmanalco, que venían a él en romería de Guatemala, que son trescientas leguas, y de partes más lejos a ofrecer dones y presentes.

Pues queriendo remediar este gran daño nuestros primeros religiosos, que fueron los que primero que otros entraron a vendimiar esta viña inculta y a podarla, para que sus renuevos y pámpanos echasen fruto para Dios, determinaron de poner iglesia y templo en la falda de la dicha sierra de Tlaxcallan, en el pueblo que se llama Chiauhtempa, que quiere decir a la orilla de la tierra húmeda o de la ciénaga, por serlo el sitio, y en ella constituyeron a la gloriosísima Santa Ana, abuela de nuestro señor, porque viniese con la festividad antigua, en lo que toca a la gloriosa santa y celebración de su día, aunque no en el abuso e intención idolátrica. En Tianhuizmanalco constituyeron casa a San Juan Bautista; y en Tonantzin, junto a Mexico, a la virgen sacratísima, que es nuestra señora y madre; y en estos tres lugares se celebran estas tres festividades, a las cuales concurren las gentes, en especial a la de San Juan; y hay muy grandes ofrendas, aunque la mayor devoción ha faltado; y debe de ser por haber más cerca de sus pueblos y tierras otras devociones, o por haber faltado la multitud de la gente que antiguamente había, o porque los que hay, están oprimidos y cansados con tantos trabajos y cosas con que los afligen. Pero sea lo que se fuere, éstas son las fiestas y ésta la intención de haberlas instituido y con la que de presente las celebran, aunque no todos lo saben.

CAPÍTULO VIII. *De las diversidades de fiestas que en las repúblicas se celebran, y en qué manera se instituyeron*



A HEMOS VISTO QUE FUERON INTRODUCIDAS las fiestas en el mundo, y que día festivo quiere decir solemnidad. Agora resta decir la diversidad que hay de ellas y de qué manera o en qué grado obligan a los del pueblo, donde quiera que se celebran o mandan celebrar. Las fiestas (según San Antonino)[1] son en dos maneras; unas que se llaman repentinas y otras solemnes. Las solemnes son aquellas festivas y de guarda de que hemos tratado y las que en este estado de gracia son instituidas por la iglesia. Las repentinas son las que los emperadores, reyes y señores mandan celebrar en las repúblicas por algunas particulares razones y causas, conviene a saber, por alguna victoria que ha tenido de sus enemigos o por haberse casado o haberle nacido algún hijo heredero de su corona, cuyo nacimiento manda festejar y solemnizar en sus señoríos y reinos, y llámanse estas fiestas repentinas, porque se ordenan repentinamente y no son del número de las que cada año, por el círculo de él, se celebran como las ordinarias,[2] las cuales fiestas súbitas y repentinas no puede nadie celebrar, sino sólo aquel que tiene autoridad de príncipe, como lo determinan las leyes.[3]

De este género de fiestas son las que agora se celebran en esta Nueva España por el nacimiento de el príncipe Felipe Cuarto, nuestro señor, que viva por muchos años y siglos. En especial se han comenzado estas fiestas en esta ciudad de Mexico con grandísimo ruido y estruendo, y para que fuesen más alegres y regocijadas, mandó el virrey don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montes Claros, que todos los lutos cesasen por dos meses, y se guardó inviolablemente. El día que llegó la nueva, que fue el jueves pasado, que se contaron 21 de septiembre de este presente año de 1605, hubo una encamisada a la cual salió personalmente, acompañado de toda la nobleza de la ciudad, que la corrió toda con suma majestad y grandeza. Las casas reales estuvieron cuajadas de luminarias y lo mismo las de cabildo y plaza, con muchas invenciones de pólvora y fuego. Las casas arzobispales y las de el Santo Oficio, los conventos de los religiosos, la iglesia mayor y parroquias, y muchos estandartes y banderas puestas a trechos y por orden en las azoteas. Toda la ciudad estaba tan cuajada de luces que mirada de fuera parecía un cielo muy estrellado. Estaba determinada una procesión, que iba de la iglesia mayor a San Francisco el domingo siguiente que llegó la nueva del dicho nacimiento, donde concurría todo el clero y religiones en hacimiento de gracias por habernos dado Dios príncipe y señor. Y han sido tantas las aguas y lo que ha llovido, que no pudo conseguirse el intento; y así se ha diferido, aunque las fiestas temporales no han cesado y se van continuando, que son muchas y con gran concurso de gen-

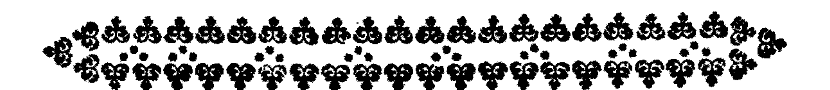
[1] Div. Anton. in Summa.
[2] Cap. de Feriis. l. Nullo ex quibus causis maiores. leg. 26. cap. 7.
[3] Macr. lib. I. Saturnal. cap. 15.

te. Hízose la procesión a los quince días siguientes, tan acompañada de lo eclesiástico y secular que puso admiración. Y porque contar sus particularidades fuera salir de el intento, lo dejo para el que le tomare en escribir sus grandezas y majestad.

No es de pasar en silencio la razón grande que hay de celebrarse estas fiestas, por cuanto son en orden de tener ya heredero el reino, que no es uno de los menores cuidados de los reyes; porque como sea verdad que los reinos se heredan, no pueden los ánimos de los reyes quietarse, sino en la certidumbre del sucesor. Y aunque ya teníamos infanta (por la misericordia de Dios) es muy grande la diferencia del un parto al otro; porque la mujer mete yerno en casa y no sabe el padre quién es y cuál será, y las pesadumbres que puede causarle, y si pretenderá ser rey y señor de su casa antes de tiempo, ni qué rey hará, ni cómo tratará a sus vasallos por cuanto es diferente el trato que hace el rey proprio a los suyos, que el ajeno y extraño; y teniendo hijo no tiene que temer, pues cuando llegue la hora (que es ordinaria a todos los hombres) muriendo el padre queda el hijo; y si muere rey, queda rey. De manera que el dictado no perece, aunque falta la persona, y de una se pasa a otra, y el reino queda pacífico y quieto. Por todo lo cual es mucha razón que se celebre su feliz y dichoso nacimiento, el cual crezca y viva por muchos años, para escudo y amparo de la iglesia cristiana y católica, como lo han sido sus antecesores y pasados.

Volviendo al propósito, digo que la diferencia que hay, de las unas fiestas y solemnidades a las otras, es que las eclesiásticas y divinas son festivas y de guardar; y las repentinas o temporales no, por cuanto falta la jurisdicción eclesiástica para que los príncipes temporales puedan obligar al pueblo a su guarda; por cuanto no pueden obligar en el fuero interior. Pero si mandan que en semejantes días no se trabaje, ni hagan obras serviles debajo de penas temporales, quedarán obligados a ellas, y los transgresores y culpados condenados en su transgresión y quebrantamiento, pero no cometerán culpa, ni pecado en el fuero interior, que a esto sólo obliga la jurisdición eclesiástica.

Pero hemos de notar que no todas las celebraciones son festivas y de guarda, porque aunque hace fiesta la iglesia a muchos santos y a otros propósitos, no todas las manda guardar, aunque reza de todas, porque hay diferencia del rezado a la guarda de los días. Y si todas se guardaran, fuera posible que no quedaran para poder trabajar y usar de las cosas de la vida, con la cual las gentes se sustentan y viven; y así vemos que pasan días festivos y en ellos se trabaja por la dicha razón, y otras que ha tenido y tiene la iglesia nuestra madre por principal motivo para ello; de lo cual no es mi intento tratar, dejándolo para los que profesan estas cosas por particulares leyes y facultad.



CAPÍTULO IX. *Donde se trata de las primeras fiestas que en los primeros días de los meses celebraban estos mexicanos y otras naciones del mundo*



N EL PUEBLO DE DIOS HABÍA en todos los principios de los meses solemnidades y fiestas con que Dios era alabado con particulares ofrendas y sacrificios; y lo mismo acostumbró el pueblo gentílico; y bien se deja entender que el demonio, por imitar las de Dios, las ordenaría en su ciego pueblo, como aquel que con envidia ordinaria pretende este desvariado desatino; pero es con esta diferencia, que las de el pueblo de Dios fueron instituidas con ceremonias santas y en orden de verdadera religión; pero las del demonio con actos sucios, ceremonias infames y ritos supersticiosos, de todo lo cual están llenos los libros que cuentan éstas y otras semejantes suciedades y abominaciones; dejando aparte, que los indios hacían sacrificios ordinarios en todos los días del año, a mañana y tarde (como en el templo de Dios acostumbraban los de aquella ley antigua), usando de muchas y varias ceremonias, según se las tenía enseñadas el demonio. Asimismo acostumbraban hacer estos sacrificios en los principios de sus meses, que eran de veinte días, en el primero o segundo día de él, porque en todos ellos hacían muy solemnes y regocijadas fiestas; esto era como en hacimiento de gracias, por haber pasado con vida del un mes al otro y pidiéndola para el que comenzaba.

Si bien se considera, esta costumbre parece hurtada de la de los hebreos; de los cuales dice Santo Thomás,[1] que ordenaron las neomenias en todos los principios de los meses, en memoria de la conservación y gobernación de todas las cosas; la cual conservación es la que nuestros indios pedían en las suyas, en todos los principios de sus meses, con esta diferencia, que los meses de los hebreos eran lunares y los de estos indios veintenarios, conviene a saber, de solos veinte días, que no llegaban al acabamiento de la luna; pero diría yo a esto, que les enseñaría el demonio esta cuenta corta y breve, porque su sacrificio llegase más aína que el de Dios llegaba en aquel tiempo a su pueblo, por verse honrado falsamente primero del suyo como si la verdad del sacrificio consistiera en ser primero o postrero y no en ser falsa o verdaderamente hecho. Pero finalmente, él, como malo y envidioso, los aceleraba y menudeaba, como aquel que no se harta de comer corazones de hombres y beber sangre humana, de la cual se derramaba y vertía harta aquellos días.

No se sabe, ni yo he entendido (por mucho que lo he procurado), que estos sacrificios se mezclasen, estos días festivos, con cosas deshonestas, porque en ellos no las usaron los indios; pero no es posible que podamos excusar de ellas a los antiguos, los cuales también usaron de esta supersticiosa costumbre, como aquellos a los cuales había tomado el demonio por

[1] Div. Thom. 1. 2. q. 102. art. 3. ad 10.

medio para destruir el mundo y engañar a sus moradores. Que haya sido usanza antigua entre naciones del mundo la celebración de las kalendas y principio de los meses, dícelo San Isidoro;[2] porque dice que este nombre, kalendas, viene de *colendo*, que quiere decir: honrar y festejar; porque los antiguos tenían todos los principios de los meses por solemnes y festivos, en cuya comprobación decimos, que unas de las fiestas hechas en los primeros días de los meses eran las bacanalias, ordenadas en servicio de Baco, las cuales no sólo eran viles e infames en sí, pero excedían en ser infames y sucias a todas las cosas sucias y enormes del mundo. Estas deshonestas fiestas tuvieron principio en ciertos pueblos cerca de la ciudad de Corintio, que por esto, según Ovidio,[3] se llamaron bachiades; y Tito Livio[4] dice que fueron llevadas de Grecia a la provincia de Etruria. Pero como las cosas deshonestas siempre corren de mal en peor, aunque era mucha la deshonestidad con que celebraban estas fiestas estos bachiades, fue mucho mayor la de los romanos, a cuya noticia vinieron, y así se celebraban en Roma con tanta deshonestidad y desvergüenza, que tener vergüenza en ellas, tenían por circunstancia sagrada y divina, como dice el mismo Livio,[5] siendo sucias, malas e indignas de este tan limpio y puro nombre Y para que no se viera su fealdad, brutalidad y torpeza, se celebraban y festejaban de noche, porque las torpezas y maldades que en ellas los hombres cometían, no fuesen vistas con la luz del día, sino cubiertas y tapadas con las tinieblas y obscuridades de la noche. En ellas se mezclaban hombres y mujeres, y así se revolvían los unos con los otros, como si por mandamiento expreso tuvieran aquella porquería y deshonestidad; de la cual resultaban los estrupos, los adulterios y fornicaciones en deshonor y desprecio de la virtud de la castidad; de las cuales desvergüenzas diremos cuando se tratare de las que en honor de este bestial dios se hacían.

Estas fiestas y supersticiones se condenan en el derecho. Y de el gran Tamorlan dicen los que escriben su historia, que el primero día del año hacía sacar su nombre escrito en una pequeña tabla de oro y que un sacerdote lo pronunciase y dijese delante de todos los de su corte; el cual oído de todos, lo reverenciaban con una muy profunda inclinación y reverencia;[6] y no menos este mismo día fue célebre entre los romanos, el cual instituyó Numa Pompilio, en el cual se creaban los cónsules para el gobierno de todo el año, y paseábanlos con grande majestad y pompa; así lo dice Ovidio.[7] Llamóse Ianuario, o porque es *Anni ianua*, puerta de el año, como lo enseña San Gerónimo, o porque este día se le ofrecían sacrificios muy solemnes al dios Jano,[8] y se le ofrecían ofrendas y dones proprios, que eran de mucha dulzura y suavidad, como lo dice San Pedro Crisólogo,[9] como

[2] Div. Isidor. lib. de Nat. rer. cap. 4.
[3] Ovid. in Fastis.
[4] Tit. Liv. lib. 9. dec. 4.
[5] Tit. Liv. lib. 9. dec. 4.
[6] Cap. Si quis Kalend. 26. 9. 2.
[7] Ovid. in Fastis. lib. I.
[8] Div. Hier. lib. 2. 2. in Zachariam cap. 8.
[9] Div. Petr. Chorys. fer. 155.

es miel, dátiles o palmas, para que les concediese el año fértil, dulce y sabroso.

Nosotros los cristianos, que vituperando esta vana y falsa religión de los ídolos, seguimos la verdadera de la fe cristiana y conocemos un solo Dios verdadero, criador y hacedor de todas las cosas, confesándole por único señor nuestro y que después de cumplido el tiempo que dice el apóstol,[10] de su venida, entró en el mundo hecho hombre, le consagramos este primer día, como a sol verdadero de justicia que alumbra cielo y tierra, el cual salió del padre por eterna generación y vino al mundo por asumpción de naturaleza humana; y otra vez, dejando el mundo por muerte corporal y resucitando de la muerte corporal por propria virtud en cuerpo y alma, volvió al padre, como dice San Juan; pero quedándose siempre con nosotros hasta la consumación y acabamiento del mundo, como él mismo lo promete en el evangelio de San Marcos,[11] con cuyos resplandores y gracias hermosea y da ser a su santa iglesia.

Otras fiestas celebraban los antiguos, a honra de los dioses lares, en los principios y kalendas de los meses. Estas fiestas, aunque eran malas por ser en servicio del demonio, no eran sucias ni deshonestas, antes seguían el orden de los sacrificios honestos que en las demás festividades acostumbraban. Ofrecíanles a estos lares una corona hecha de masa de cebada y cocida en el rescoldo, como el pan subcinericio, y juntamente con ella unas puches o poleadas, hechas de la misma masa y vino, con otras cosas comestibles; todo acompañado con incienso y humos dedicados al culto divino y ceremonias sagradas,[12] como lo dice Alejandro.[13] Y por su honra se ponían ciertas muñecas, hechas de lana, que tenían figura de niños o niñas, a la manera que son las muñecas con que suelen jugar las niñas y de poca edad en nuestra nación española.[14] Estas figurillas colgaban en las encrucijadas de las calles; y a este día llamaban fiesta de los dioses infernales; y eran tantas las muñecas (según Servio[15] Gramático) cuantos eran los hombres libres y esclavos que había en cada casa; la cual ceremonia hacían porque estos dichos dioses no hiciesen mal a los hombres que en aquel tiempo vivían; teniéndose por satisfechos de aquel sacrificio y memoria. En estos días eran como libres los esclavos y no había diferencia de ellos a sus señores y amos; y todos juntos, así los libres como siervos y esclavos, ofrecían sacrificios en las encrucijadas de las calles y comían todos a una mesa, y en aquel convite se sentaban sin diferencia los unos de los otros, sin reparar que el criado o siervo prefiriese a su señor y amo, y podían beber cuan largamente quisiesen en estos convites y fiestas. Todo esto era hecho a fin de que entre los esclavos y amos no hubiese mala ni discorde voluntad, ni pasiones y enojos, como lo son muy ordinarios entre semejantes; y para que de allí adelante los dichos esclavos sirviesen con diligencia y cui-

[10] Ad Gal. 4.
[11] Marc. 28.
[12] Dion. Hal. Hist. Rom. lib. 1.
[13] Alex. ab Alex. lib. 2. cap. 22.
[14] Supra lib. 6. cap. 34.
[15] Serv. rel. d. cap. 34.

dado a sus señores y los amasen como a sí proprios, por ser con ellos tan píos y humanos, haciendo protestación en aquella fiesta de olvidarse de cualquier enojo o rencor que tuviesen.

Ya que no en cada principio de mes (como acostumbraron los antiguos) a lo menos en el signo que celebraban fiesta estos indios al dios Tezcatlipoca, nadie maltrataba a sus esclavos; y así, un día antes que comenzase la fiesta del signo de este dios, les quitaban las colleras y prisiones en que estaban presos y les lavaban y enjabonaban las cabezas y bañaban, trataban y regalaban como si fueran hijos muy queridos del dios Tezcatlipoca o Titlacahua, y mandaban con gran rigor los dueños de los esclavos a todos los de su casa que no diesen pena, ni riñesen a ninguno de ellos, y que en lo contrario era deservido este falso dios. Esta ceremonia alude a las pasadas, aunque no en el día; pero débese notar la caricia que los esclavos recebían, por respeto de los dioses que festejaban; y la que en el estado evangélico se les debe hacer a los que lo son, de los amos que los poseen por amor de Dios, que es el que de veras juzga los agravios que los pobres reciben y las crueldades que con ellos usan, pareciendo en ellas más tiranos gentiles que amos cristianos; como si los míseros esclavos fuesen de otra naturaleza y masa y no de la propria que su señor, para que se le niegue la compasión humana y cristiana misericordia. No sé si son estos lares o dioses infernales los que estos indios tenían en los patios de sus casas, en los montes y sierras, collados y puertos o subidas de cerros altos y cerca de las fuentes y en todos los caminos y encrucijadas de las calles que les servían como de humilladeros, donde se inclinaban, a la manera que nosotros los cristianos honramos y veneremos la cruz santa de Jesucristo; y véngome a persuadir y creer que son los mismos, porque también les hacían muñecas de masa de maíz y bledos estos indios, como los antiguos de lana, y se las ofrecían y sacrificaban, pidiéndoles la conservación de la salud y hacienda; mayormente que los lares antiguos eran unos dioses, según la opinión gentílica, que eran como ministros de los dioses y guardadores de los hombres; y así fingían haber lares que guardaban las casas, otros los caminos, otros las ciudades y otros los campos y otras cosas; lo cual vemos probado en estos dioses dichos de estos indios, a los cuales eran atribuidas las cosas referidas. Pero si bien consideramos los atributos y oficios de estos dioses lares, a los cuales estos gentiles atribuían divinidad y deidad, veremos que son los ángeles, a los cuales ha dado Dios el ministerio y guarda de estas cosas inferiores, los cuales miran por ellas con el cuidado que cada uno debe a la cosa encomendada; y que esto sea así es de fe y no hay quien lo contradiga; y sabemos tener los reinos guarda angelical, las ciudades, las casas y los hombres, en particular. De manera que la honra que nosotros hacemos a los ángeles, en cuanto espíritus supremos y criaturas de Dios, a título de ministros suyos, hacían los gentiles atribuyéndoles deidad, siendo falsa y fingida; y pruebo ser los ángeles, por cuanto decían los antiguos ser ministros de los otros dioses supremos; de los cuales dice San Pablo,[16] que son espíritus administradores; y en lo que yerran estos idóla-

[16] Heb. 2.

tras, es decir que administran muchos dioses, siendo la deidad una y no partible en esencia, aunque es comunicada en personas, que son el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, a las cuales tres personas en unidad de esencia están sometidos y sujetos los ángeles.

CAPÍTULO X. *En el cual se da principio a las celebraciones de las fiestas que estos gentiles indianos celebraban cada mes de su calendario; y se trata de las del primer mes de su año*



L PRIMER MES CON QUE ESTOS MEXICANOS comenzaban su año, así para la cuenta de todas las cosas como para la celebración de sus fiestas, llamaban atlacahualco o quahuitlehua, el cual corresponde al nuestro de febrero y comenzaba en el primer día de él. En este mes hacían fiesta a los dioses del agua, llamados Tlaloc o Tlalocatecuhtli y en plural Tlaloque. Al segundo día de este mes se juntaba todo el pueblo a la celebración de su fiesta, en la cual hacían muchas y varias ceremonias y las acompañaban con diversidad de sacrificios; y por razón de tenerlos por dioses de las pluvias y aguas ocupábanse este día, y todos los demás de el dicho mes, en comprar niños tiernecitos, que aun estaban a los pechos de sus madres, para sacrificarlos en los montes, de donde imaginaban que el agua les venía y les parecía que las nubes se engendraban, en las cuales tenían creído que los dichos Tlaloques estaban y presidían. De estos niños comprados hacían luego sacrificio, gastando en él parte de éstos, pero no todos; y los que restaban iban sacrificando por espacio y tiempo de tres meses, que según esto era esta matanza y sacrificio en los otros dos meses suyos, que corresponden al nuestro de marzo y parte de abril, que es el tiempo cuando ya las aguas, en esta tierra y reino, comienzan con alguna frecuencia, para sustentar los sembrados y sementeras. Mientras alguno de estos niños no se sacrificaba no se le quitaba a la madre, y le criaba hasta que llegaba el día de su ofrenda y muerte.

Dos cosas son aquí mucho de notar. La una, que los padres de estos niños lo vendiesen y diesen voluntariamente para que muriesen; y la otra, que esta venta fuese en este mes de febrero, para mover y obligar al dios o dioses de las aguas a que se condoliesen de los sembrados y les enviasen aguas, por intercesión de aquella sangre inocente derramada en aquella tan tierna y delicada edad. La primera de estas dos cosas toca al sentimiento natural, que en razón de carne es uno de los más tiernos de la vida, en especial en mujeres que, como más flacas y débiles en el ánimo, lo sienten con dolor interno, como parece en las madres de los niños de Ramá,[1] que a su muerte clamaban y daban voces y ofrecían sus vidas, tras de las de sus hijos, haciendo y mostrando amorosos y tiernos sentimientos; y si estos mismos hacían estas gentes (como lo

[1] Ierem. cap. 31, v. 15.

tras, es decir que administran muchos dioses, siendo la deidad una y no partible en esencia, aunque es comunicada en personas, que son el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, a las cuales tres personas en unidad de esencia están sometidos y sujetos los ángeles.

CAPÍTULO X. *En el cual se da principio a las celebraciones de las fiestas que estos gentiles indianos celebraban cada mes de su calendario; y se trata de las del primer mes de su año*



L PRIMER MES CON QUE ESTOS MEXICANOS comenzaban su año, así para la cuenta de todas las cosas como para la celebración de sus fiestas, llamaban atlacahualco o quahuitlehua, el cual corresponde al nuestro de febrero y comenzaba en el primer día de él. En este mes hacían fiesta a los dioses del agua, llamados Tlaloc o Tlalocatecuhtli y en plural Tlaloque. Al segundo día de este mes se juntaba todo el pueblo a la celebración de su fiesta, en la cual hacían muchas y varias ceremonias y las acompañaban con diversidad de sacrificios; y por razón de tenerlos por dioses de las pluvias y aguas ocupábanse este día, y todos los demás de el dicho mes, en comprar niños tiernecitos, que aun estaban a los pechos de sus madres, para sacrificarlos en los montes, de donde imaginaban que el agua les venía y les parecía que las nubes se engendraban, en las cuales tenían creído que los dichos Tlaloques estaban y presidían. De estos niños comprados hacían luego sacrificio, gastando en él parte de éstos, pero no todos; y los que restaban iban sacrificando por espacio y tiempo de tres meses, que según esto era esta matanza y sacrificio en los otros dos meses suyos, que corresponden al nuestro de marzo y parte de abril, que es el tiempo cuando ya las aguas, en esta tierra y reino, comienzan con alguna frecuencia, para sustentar los sembrados y sementeras. Mientras alguno de estos niños no se sacrificaba no se le quitaba a la madre, y le criaba hasta que llegaba el día de su ofrenda y muerte.

Dos cosas son aquí mucho de notar. La una, que los padres de estos niños lo vendiesen y diesen voluntariamente para que muriesen; y la otra, que esta venta fuese en este mes de febrero, para mover y obligar al dios o dioses de las aguas a que se condoliesen de los sembrados y les enviasen aguas, por intercesión de aquella sangre inocente derramada en aquella tan tierna y delicada edad. La primera de estas dos cosas toca al sentimiento natural, que en razón de carne es uno de los más tiernos de la vida, en especial en mujeres que, como más flacas y débiles en el ánimo, lo sienten con dolor interno, como parece en las madres de los niños de Ramá,[1] que a su muerte clamaban y daban voces y ofrecían sus vidas, tras de las de sus hijos, haciendo y mostrando amorosos y tiernos sentimientos; y si estos mismos hacían estas gentes (como lo

[1] Ierem. cap. 31, v. 15.

entiendo, por ser de las que más aman y quieren a sus hijos de todas las del mundo) es de mucho mayor encarecimiento este acto y mucho mayor la devoción, pues por dar en sacrificio a su hijuelo tierno, se privaba del contento de gozarle; y de aquí le nacía al demonio mayor contento (si los tormentos en que vive le dieran lugar a que le tenga) a lo menos le pudiera nacer mayor estimación y devoción, pues obligaba a que cada uno creyese ser poderoso; pues les parecía que lo era en hacer una obra tan hazañosa, de que las madres diesen voluntariamente a sus hijos para ser muertos en su servicio, repugnando a una de las mayores y más fuertes razones de las cosas naturales, que es ofrecer al propio hijo a la muerte, siendo lo ordinario desearles vida para gozarlos.

La segunda es que esta venta sea hecha al segundo día de este mes, en el cual nosotros los cristianos celebramos fiesta de la presentación de la virgen, sin mancilla, en el templo de Jerusalén, llevando a su niño, benditísimo hijo de Dios, en sus brazos, cuya vida fue vendida por la culpa de la primera madre del mundo; y lo lleva a presentar y hacer ofrenda de él, como manifestando a Dios aquel sacrificio que después había de ser ejecutado en el árbol de la cruz.

Donde debemos notar la envidia grande del demonio y cuanto procura imitar a Dios en todo lo que puede y tiene de permiso de ese mismo Dios y señor nuestro, pues cuando en su iglesia se celebra fiesta de su presentación y ofrenda de tórtolas y palominos, que su madre hace por él, ordena él otra en su ley falsa, en la cual no se contenta que mueran tórtolas ni palomas, sino niños, en condición tiernos como tortolitas, y en su simplicidad e inocencia más que palomas; y esta sangre inocente hace que se derrame a imitación de la derramada en el sacrificio de las tortolillas; pero hay aquí una diferencia, que estos niños gentiles son vendidos y presentados y no redimidos sino muertos, para denotar que su venta y muerte no era de redempción, por cuanto el demonio no podía hacerla, por ser demonio y espíritu malo, engañador y mentiroso; y que aquella muerte es de condenación eterna y privación y carencia de la vista y presencia de Dios; pero Cristo es presentado y redimido por aquel género de redempción para denotar que es la redempción de el género humano, y que con brazo poderoso y mano fuerte había de destruir al fuerte armado del demonio, que con malicia y tiranía estaba apoderado de él y gozaba de falsa y fingida gloria.

Había en los templos de estos idólatras las imágenes e ídolos en aquellos dioses de las aguas, ante los cuales ofrecían y sacrificaban los dichos niños, cuya sangre y corazones ofrecían a los demonios, representados en las estatuas que estaban en los montes, y sus cuerpos los comían los señores y gente principal, yendo a la parte de estas viandas y manjares los sacerdotes, como queriendo el demonio que sus ministros tuviesen en esta su falsa ley la parte del sacrificio, que en la antigua tenían los de Dios verdadero. Cuando llevaban estos niños al sacrificio, iban en hombros y literas muy enramadas y compuestas de flores y rosas; y de ellos (como en otra parte hemos dicho) echaban en esta ciudad de Mexico en el remolino de la laguna, y los otros llevaban al desierto y monte de Coatepec a hacer

de ellos el ordinario sacrificio. Llevábanlos con mucha música, así de instrumentos musicales como de cantos e himnos hechos y compuestos para aquel propósito. Este mes mataban otros muchos cautivos a honra de los dioses Tlaloques.

El remate de este día festivo era con teatro digladiatorio, que es aquella lucha y contienda, que en otra parte dijimos, que se hacía del esclavo o cautivo en guerra, subido en una piedra agujereada, por donde pasaba una soga con que el mísero cautivo estaba asido por la cinta y con armas para pelear con otro libre y suelto, muriendo en la contienda el que podía menos de los dos, que siempre acontecía morir el atado, por estar menos ágil y ligero para ofender y defenderse. Este teatro digladiatorio era casi continuo en todas las fiestas del año y en muy pocas se dejaba. Este mes, que en los mexicanos era primero, es en los romanos segundo de su año, del cual usamos nosotros los españoles y latinos, en el cual hacían un muy solemne sacrificio y fiesta (como dice Festo)[2] que duraba por doce días; el cual era hecho por las ánimas de los difuntos, como impetrándoles algún descanso (si fuera así que el demonio pudiera darle). De manera que el demonio pedía en estos gentiles modernos que le sacrificasen niños inocentes en el mismo tiempo que en los romanos ordenó el sacrificio ofrecido por los condenados a perpetuas penas, fingiendo en unos, que muriendo entonces, iban a descanso, y que los otros descansarían con semejantes ofrendas. Bien de risa son ambas cosas, considerándolas en cuanto engaño y embuste del demonio, pero muy de llorar y sentir en cuanto son hechas en criaturas de Dios, engañadas por el padre de la mentira.

CAPÍTULO XI. *De las fiestas que estos indios celebraban en el mes segundo de su año, llamado tlacaxipehualitztli, al dios Xipe, por otro nombre Toteo, dios de los plateros*



STOS INDIOS, QUE COMO LOS ANTIGUOS, ignorando la unidad de la esencia de un solo Dios la repartieron en muchos, fueles fuerza darle a cada uno lo que a uno solo le convenía; y así tomaban de ellos lo que más a su propósito hacía. Uno de éstos fue Xipe, al cual los plateros tomaron por su particular dios y le celebraban su fiesta solemnemente el segundo mes de su año, que se llamaba tlacaxipehualiztli, el cual mes comenzaba a los veinte y dos del nuestro febrero; el cual día es en nuestro cristianismo la cátedra de San Pedro, intitulada *De Antioquia,* cuando tomó posesión de aquella iglesia, con autoridad de Cristo, cuyo vicario era. Era, pues, esta fiesta muy solemne y honrábanla mucho los plateros, en la cual tuvieron por opinión, según la falsa doctrina de sus pasados, que se debía celebrar con mucha majestad y autoridad de todo el pueblo, por cuanto los transgresores y quebrantadores de ella eran gravemente castigados de este

[2] Festus de Verb. signif.

de ellos el ordinario sacrificio. Llevábanlos con mucha música, así de instrumentos musicales como de cantos e himnos hechos y compuestos para aquel propósito. Este mes mataban otros muchos cautivos a honra de los dioses Tlaloques.

El remate de este día festivo era con teatro digladiatorio, que es aquella lucha y contienda, que en otra parte dijimos, que se hacía del esclavo o cautivo en guerra, subido en una piedra agujereada, por donde pasaba una soga con que el mísero cautivo estaba asido por la cinta y con armas para pelear con otro libre y suelto, muriendo en la contienda el que podía menos de los dos, que siempre acontecía morir el atado, por estar menos ágil y ligero para ofender y defenderse. Este teatro digladiatorio era casi continuo en todas las fiestas del año y en muy pocas se dejaba. Este mes, que en los mexicanos era primero, es en los romanos segundo de su año, del cual usamos nosotros los españoles y latinos, en el cual hacían un muy solemne sacrificio y fiesta (como dice Festo)[2] que duraba por doce días; el cual era hecho por las ánimas de los difuntos, como impetrándoles algún descanso (si fuera así que el demonio pudiera darle). De manera que el demonio pedía en estos gentiles modernos que le sacrificasen niños inocentes en el mismo tiempo que en los romanos ordenó el sacrificio ofrecido por los condenados a perpetuas penas, fingiendo en unos, que muriendo entonces, iban a descanso, y que los otros descansarían con semejantes ofrendas. Bien de risa son ambas cosas, considerándolas en cuanto engaño y embuste del demonio, pero muy de llorar y sentir en cuanto son hechas en criaturas de Dios, engañadas por el padre de la mentira.

CAPÍTULO XI. *De las fiestas que estos indios celebraban en el mes segundo de su año, llamado tlacaxipehualitztli, al dios Xipe, por otro nombre Toteo, dios de los plateros*



STOS INDIOS, QUE COMO LOS ANTIGUOS, ignorando la unidad de la esencia de un solo Dios la repartieron en muchos, fueles fuerza darle a cada uno lo que a uno solo le convenía; y así tomaban de ellos lo que más a su propósito hacía. Uno de éstos fue Xipe, al cual los plateros tomaron por su particular dios y le celebraban su fiesta solemnemente el segundo mes de su año, que se llamaba tlacaxipehualiztli, el cual mes comenzaba a los veinte y dos del nuestro febrero; el cual día es en nuestro cristianismo la cátedra de San Pedro, intitulada *De Antioquia,* cuando tomó posesión de aquella iglesia, con autoridad de Cristo, cuyo vicario era. Era, pues, esta fiesta muy solemne y honrábanla mucho los plateros, en la cual tuvieron por opinión, según la falsa doctrina de sus pasados, que se debía celebrar con mucha majestad y autoridad de todo el pueblo, por cuanto los transgresores y quebrantadores de ella eran gravemente castigados de este

[2] Festus de Verb. signif.

engañoso dios, en especial con enfermedades de ojos, cabeza, sarna y otras sucias y contagiosas; de cuyo temor movidas estas gentes eran cuidadosos en celebrarla

Morían en ella muchos cautivos, a los cuales desollaban vivos. Los dueños de los cautivos, que en esta fiesta eran sacrificados y desollados, para haber de serlo los llevaban al templo y altar asidos por los cabellos; y como el paso de la muerte es paso de tan terrible trabajo, y los más que, llegan a él son menos en el esfuerzo, muchos de los que venían a ser sacrificados desmayaban llegando al primer escalón; pero sus amos entonces, asiendo de ellos con fuerza, los subían por los cabellos, que no sería de los menores tormentos para el mísero desmayado; y de aquella manera los llevaban al lugar del sacrificio y los mataban. La razón de desollar en este mes a estos sacrificados, dicen que era porque como las cosas de oro y plata siempre son codiciadas, para atemorizar a los que las deseasen, de que no las hurtasen, porque por aquel delito y culpa habían de ser desollados vivos, que es género de gran tormento. En esta fiesta hacían alardes y escaramuzas todos los soldados y hombres de guerra; donde cada cual pretendía aventajarse al otro, y se mostraban muy valientes y esforzados; de donde nacía señalarse muchos y aventurarse a casos muy peligrosos. De manera que ha sido costumbre antigua del demonio este género de sacrificio en estos desventurados indios, por llevarse sus almas al infierno, y en otras, ya que no era poderoso para esto, a lo menos por verse vengado de su saña y rabia y honrado de sus cultores.

CAPÍTULO XII. *De la fiesta que hacían estos indios a los dioses Tlaloques, de las aguas, en el tercero mes de su año, llamado tozoztontli; y se declara el ofrecimiento y primicias de flores que en él se hacían, que fueron las mismas que en la antigua ley, de granos y semillas*



STE MES TERCERO DE LOS MEXICANOS comenzaba a quince de marzo, que era la Pascua solemne de los judíos, la cual les duraba por ocho días, en la cual ofrecían las primicias de los granos comestibles y espigas, y no les era lícito comerlas antes de dar las dichas primicias a los sacerdotes.[1] Esta misma usanza tuvieron estos indios en este tercero mes y Pascua que hacían en honra del dios[2] o dioses de las aguas y pluvias; ya que no de granos y espigas, porque los sembrados aún eran muy pequeños;[3] eran sus ofrendas de flores, que por ser este mes, comienzan con alguna más abundancia que los pasados, por cuanto es el principio de la primavera. Y hasta este día, que los traían a los templos y altares por primicias,

[1] Deut. 26.
[2] R. Maimon. in Biccur. cap. 3. § 7.
[3] Ioseph. de Antiq. lib. 3. cap. 10.

engañoso dios, en especial con enfermedades de ojos, cabeza, sarna y otras sucias y contagiosas; de cuyo temor movidas estas gentes eran cuidadosos en celebrarla

Morían en ella muchos cautivos, a los cuales desollaban vivos. Los dueños de los cautivos, que en esta fiesta eran sacrificados y desollados, para haber de serlo los llevaban al templo y altar asidos por los cabellos; y como el paso de la muerte es paso de tan terrible trabajo, y los más que, llegan a él son menos en el esfuerzo, muchos de los que venían a ser sacrificados desmayaban llegando al primer escalón; pero sus amos entonces, asiendo de ellos con fuerza, los subían por los cabellos, que no sería de los menores tormentos para el mísero desmayado; y de aquella manera los llevaban al lugar del sacrificio y los mataban. La razón de desollar en este mes a estos sacrificados, dicen que era porque como las cosas de oro y plata siempre son codiciadas, para atemorizar a los que las deseasen, de que no las hurtasen, porque por aquel delito y culpa habían de ser desollados vivos, que es género de gran tormento. En esta fiesta hacían alardes y escaramuzas todos los soldados y hombres de guerra; donde cada cual pretendía aventajarse al otro, y se mostraban muy valientes y esforzados; de donde nacía señalarse muchos y aventurarse a casos muy peligrosos. De manera que ha sido costumbre antigua del demonio este género de sacrificio en estos desventurados indios, por llevarse sus almas al infierno, y en otras, ya que no era poderoso para esto, a lo menos por verse vengado de su saña y rabia y honrado de sus cultores.

CAPÍTULO XII. *De la fiesta que hacían estos indios a los dioses Tlaloques, de las aguas, en el tercero mes de su año, llamado tozoztontli; y se declara el ofrecimiento y primicias de flores que en él se hacían, que fueron las mismas que en la antigua ley, de granos y semillas*



STE MES TERCERO DE LOS MEXICANOS comenzaba a quince de marzo, que era la Pascua solemne de los judíos, la cual les duraba por ocho días, en la cual ofrecían las primicias de los granos comestibles y espigas, y no les era lícito comerlas antes de dar las dichas primicias a los sacerdotes.[1] Esta misma usanza tuvieron estos indios en este tercero mes y Pascua que hacían en honra del dios[2] o dioses de las aguas y pluvias; ya que no de granos y espigas, porque los sembrados aún eran muy pequeños;[3] eran sus ofrendas de flores, que por ser este mes, comienzan con alguna más abundancia que los pasados, por cuanto es el principio de la primavera. Y hasta este día, que los traían a los templos y altares por primicias,

[1] Deut. 26.
[2] R. Maimon. in Biccur. cap. 3. § 7.
[3] Ioseph. de Antiq. lib. 3. cap. 10.

nadie se atrevía a olerlas, porque les era vedado, por mandamiento expreso, como a los judíos las espigas, que no es de pequeña risa para el pueblo cristiano ver que quisiese el demonio hacerse dios de primicias e ya que de espigas y granos no pedía por aquel tiempo, por no haberlos nuevos en él, las pedía de flores; no atendiendo a más que a la ofrenda y servicio, sin reparar que fuese en las mismas cosas que Dios pedía a los de su república. Pero ya que en el tiempo de la gentilidad no se usaron por este de marzo las primicias de las espigas entre estos indios, úsase en este de gracia y conocimiento de Dios verdadero en algunas partes de estos reinos, en especial en el valle de Atrisco, en el cual por Pascua florida, o de resurrección, comienzan a tomar color las espigas y panes, de los cuales estos días hay ya algunos hechos; y quiere Dios abaldonar al demonio con estas primicias en estos días, dándole a entender que esta ofrenda, como cosa a él debida, estaba para él solo guardada en este estado evangélico, conocido en estas partes por su sola clemencia y misericordia. Y así se pagan y dan entonces los diezmos y primicias, en aquella parte y otras, por aquel tiempo, lo cual el demonio en el de su mayor pujanza no recibió; y de las flores con que era servido, lo es Dios entonces tanto cuanto se encarece en el capítulo de las procesiones.

Ésta es la segunda fiesta que se le hacía al dios Tlalocatecuhtli en este tercero mes, llamado tozoztontli, que quiere decir vela y vigilia pequeña, en la cual se acababan de sacrificar los niños comprados en el primer mes de su año, que (como ya hemos visto) duraba por tres meses este sacrificio, porque era a fin de pedir agua para los sembrados, la cual comienza por este mes, aunque poca, pero suficiente para sustentar las sementeras. Y ésta era la causa de hacer esta segunda celebración, como en hacimiento de gracias, de haber oído sus oraciones y haberse movido a misericordia, como si la tuviera el padre de la envidia e inventor de toda crueldad. Los oficiales de las flores, que se llaman Xochimanques, hacían fiesta en este mes a su diosa, llamada Cohuatlicue o Cohuatlantona, ofreciéndole grandes presentes y dones y muchas flores y ramilletes, hechos con muchísima curiosidad y variados con diversidad de flores, que aun los que ahora se usan, con no ser tales los oficiales que los hacen, como los pasados, son de mucha admiración. Este sacrificio se hacía en el templo y cu, llamado Yopico; en el cual templo había una cueva en la cual echaban todos los pellejos de los difuntos que fueron muertos y desollados vivos, el mes antes, a honra de Xipe; los cuales habían traído vestidos los sátrapas y ministros de aquel demonio, todos aquellos días. Esta ceremonia y despojamiento de cueros se hacía con grandísimas ceremonias, yendo en muy solemne procesión al dicho templo y cueva; y no será necesario encarecer la hediondez que llevarían estos ministros infernales, cocidos en la sangre de aquellos sacrificados y envueltos en sus sucios y podridos pellejos. Dejados ya en la cueva y lugar dicho, se lavaban los que los habían traído vestidos con muchas ceremonias. Y algunos enfermos hacían voto de hallarse presentes a esta procesión y fiesta, por alcanzar salud de sus enfermedades; y se dice que sanaban, porque serían las enfermedades causadas por el demonio; y qui-

tando el impedimento sanaban, para que le creyesen. Los dueños de los cautivos qué fueron desollados y muertos con todos los de su casa, hacían penitencia por veinte días, y entre las cosas de penitencia que hacían era una, que no se bañaban los cuerpos ni lavaban las cabezas hasta que aquellos pellejos eran puestos con honra en el dicho templo y cueva. Y hecha esta ceremonia, en honra de los dioses Xipe y Tlalocatecuhtli, luego se bañaban y limpiaban y convidaban a todos sus parientes y amigos y hacían un muy gran convite, con muchas y prolijas ceremonias que usaban con los huesos de los cativos desollados y muertos.

Convenían estos indios con los judíos, estos días, en los convites y banquetes y cosas de regocijos temporales y actos y ceremonias profanas que hacían, porque de los ocho días, que a los hebreos les duraban la Pascua, sólo el primero y octavo eran festivos y se les prohibía toda profanidad, por cuanto en ellos se debían dar más al culto divino y vacación de el servicio de Dios, como lo dice San Crisóstomo,[4] y lo refiere el Incógnito sobre aquellas palabras: *Fiat mensa eorum, coram ipsis, in laqueum.* En los otros seis días intermedios se daban a cosas de placer, deleites y convites; y por esto dijo San Agustín:[5] Mejor les fuera a las mujeres hebreas trabajar y hilar lana en todo el día de la fiesta, que bailar y jugar desvergonzada y deshonestamente en la solemnidad de la neomenia o Pascua. Y estando esta Pascua los judíos congregados en Jerusalén, celebrando estos deleites y pasatiempos, sin atender a más que a comer y beber, fueron acometidos de Tito[6] y Vespasiano, en venganza de la muerte de Cristo nuestro señor, y destruidos y muertos en esta ocasión.[7] Y esto es lo que dejó profetizado David, diciendo, séales su mesa, en su presencia, lazo y escándalo, en recompensa (conviene a saber) de la muerte que dieron a Cristo. De manera que desde los quince de este de marzo hasta los veinte que eran los seis días intermedios e infraoctavos de la Pascua, gastaban en profanidades y convites, los cuales días eran los primeros de el mes tozoztontli de los mexicanos; los cuales festejaban a su demonio y dios y comían y bebían hasta caer, como gente entregada a deleites y pasatiempos; porque aunque es verdad que hacían éstas y otras penitencias y ayunos, todos concluían en convites; porque ayunaban las vigilias, para pagarse las fiestas. Y si mucho habían hecho penitencia y ayunado, mucho después se holgaban y comían; y si se pesara lo uno con lo otro, era más la celebración de la fiesta que la preparación de la vigilia; esto se entiende en general.

[4] Div. Chris. in Ioann. c. 7.
[5] Div. Augt. lib. 1. de Decem cordis.
[6] Ioseph. de Bello Iudaico. lib. 5.
[7] Psal. 68, 23.

CAPÍTULO XIII. *De la festividad y celebración que se hacía en el cuarto mes, llamado hueytozoztli, que quiere decir la gran vela y vigilia al dios o diosa, llamada Centeutl, por otro nombre Chicomecohuatl, que los antiguos llamaron Ceres*

N EL CUARTO MES DE ESTOS INDIOS OCCIDENTALES, llamado hueytozoztli, que corresponde a los cinco días de nuestro abril, celebraban fiesta a la diosa de las mieses, llamada Centeutl, por otro nombre Chicomecohuatl, que quiere decir siete culebras; y entre las muchas y varias ceremonias que hacían y cosas que inventaban, para su mayor y más solemne celebración, era una, poner espadañas y juncia a las puertas de las casas ensangrentadas con sangre sacada de las orejas y espinillas, las cuales se punzaban y lastimaban para este sacrificio. Los hombres nobles por linaje y ricos por bienes temporales, demás de lo dicho, enramaban sus puertas y casas con unas ramas de un arbolillo llamado acxoyatl (árbol preciado entre ellos y muy ordinario en los templos para los sacrificios), y con estas dos maneras de ramas y yerbas enramaban y engalanaban las estatuas de los dioses que tenían en sus casas. Iban a las sementeras y cortaban de las cañas del maíz (que aún eran tiernas) y sembrándolas de flores, por todas las hojas y cohollos, las ponían delante de los altares y dioses, en la casa llamada calpulli; y juntamente les ponían manjares y viandas al antojo y parecer de cada uno.

Después de hecho esto, en todos los barrios, iban al templo y altar de la diosa que llamaban Chicomecohuatl, y en su presencia hacían grandes escaramuzas, a manera de pelea, con que entretenían a los que a ver la celebración de la fiesta habían venido. Todas las muchachas llevaban a cuestas, a la manera que ellas se cargan, mazorcas de maíz de la cosecha del año antes; y todas en procesión las llevaban a presentar a la dicha diosa; y después de habérselas presentado con mucha devoción y reverencia, volvíanlas a tomar, y llevábanselas a sus casas como cosa que creían ser bendita, y guardábanlas para semilla de el año venidero y algunas de ellas las ponían en medio de las trojes y graneros donde tenían encerrado el maíz, haciéndolas como corazón de él, para que se conservase y no pudriese. Hemos de advertir que en esta fiesta y en todas las demás, donde no se hiciese mención de particulares sacrificios de hombres, los había, por ser cosa general hacerlos en todas las festividades, y no lo era la que carecía de ello. Verdad sea (como veremos, tratando de esta diosa y de sus calidades y condiciones) que no era amiga de sangre humana y que se contentaba con muerte de otros animales, en especial de codornices, cuyo intento se declara en su lugar.[1] Esta fiesta celebraban por este tiempo estos gentiles en hacimiento de gracias, de ver ya nacido el maíz y en suficiente manera criado,

[1] Supra cap. 1. lib. 6.

de donde les crecía la esperanza de cogerlo; y por tener grata a esta diosa para que se lo conservase, la festejaban.

CAPÍTULO XIV. *Donde se trata de la festividad que tenía el dios Tezcatlipuca, por otro nombre Titlacahua, la cual le celebraban en el mes quinto, llamado toxcatl*



STE MES QUINTO, DE LOS INDIOS NAHUALES, era casi todo festivo, como por este capítulo y el siguiente se verá, y corresponde su primer día a los veinte y cuatro de nuestro abril, y toma de mayo, desde el primero hasta el catorceno que es el último de este mes toxcatl; en los cuales días celebraban fiesta al dios Tezcatlipuca, y era una de cuatro principales que estos gentiles celebraban; y como gran Pascua, y según algunos dicen (en especial el padre Sahagún,[1] en su libro séptimo de el calendario) caía poco antes o después de la nuestra de la resurrección de Cristo nuestro señor. Como que quería el demonio imitarla, en esta celebración, quizá por olvidar y disimular el dolor que su benditísima pasión y muerte le causó y lo mucho que con ella y esta gloriosísima resurrección perdió. Pero séase lo que se fuere, él tenía ordenada por este mes y tiempo esta maldita fiesta y Pascua en su nombre y servicio.

Diez días antes de esta fiesta vestíase uno de sus sátrapas, o sacerdotes, de la librea y vestidos que el ídolo había de sacar en la procesión; y salía del templo con unas flores y rosas en las manos y una flautilla de barro, de un sonido muy agudo; y vuelto a la parte de oriente, la tocaba, y lo mismo hacía vuelto a las otras tres partes de el mundo, conviene a saber, occidente, norte y mediodía, denotando en esto que debían prestar atención todos los hombres del mundo y prepararse para la digna celebración de la fiesta, por la flautilla representada y anunciada. Hecha la señal, con este instrumento, quedábase en silencio; y poniendo el dedo en el suelo tomaba tierra y metíala en la boca y se la comía en señal de humildad y adoración. Lo mismo hacían todos y lloraban fuertemente, postrándose en tierra, invocando a la obscuridad de la noche y al viento (ceremonia propia de gentiles, como leemos haberlo hecho aquella reina de Cartago, en la celebración de su muerte y sacrificio) y rogábanles con ahínco que no los desamparasen ni olvidasen, o que los librasen presto de los trabajos de la vida y los llevasen al lugar del descanso; como si el maldito del demonio pudiera dárselo, siendo verdad que aun para sí no lo tiene.[2] Luego que sonaba esta flautilla todos los ladrones, fornicarios, homicidas y otros delincuentes y pecadores recibían grandísimo temor y tristeza y algunos se alteraban y cortaban de tal manera que no podían disimular su culpa y pecado. Tanto como todo esto podía el demonio con estos míseros y desventurados indios; y así,

[1] Sahagún lib. 7. Calend.
[2] Virg. Aen. lib. 4.

de donde les crecía la esperanza de cogerlo; y por tener grata a esta diosa para que se lo conservase, la festejaban.

CAPÍTULO XIV. *Donde se trata de la festividad que tenía el dios Tezcatlipuca, por otro nombre Titlacahua, la cual le celebraban en el mes quinto, llamado toxcatl*



STE MES QUINTO, DE LOS INDIOS NAHUALES, era casi todo festivo, como por este capítulo y el siguiente se verá, y corresponde su primer día a los veinte y cuatro de nuestro abril, y toma de mayo, desde el primero hasta el catorceno que es el último de este mes toxcatl; en los cuales días celebraban fiesta al dios Tezcatlipuca, y era una de cuatro principales que estos gentiles celebraban; y como gran Pascua, y según algunos dicen (en especial el padre Sahagún,[1] en su libro séptimo de el calendario) caía poco antes o después de la nuestra de la resurrección de Cristo nuestro señor. Como que quería el demonio imitarla, en esta celebración, quizá por olvidar y disimular el dolor que su benditísima pasión y muerte le causó y lo mucho que con ella y esta gloriosísima resurrección perdió. Pero séase lo que se fuere, él tenía ordenada por este mes y tiempo esta maldita fiesta y Pascua en su nombre y servicio.

Diez días antes de esta fiesta vestíase uno de sus sátrapas, o sacerdotes, de la librea y vestidos que el ídolo había de sacar en la procesión; y salía del templo con unas flores y rosas en las manos y una flautilla de barro, de un sonido muy agudo; y vuelto a la parte de oriente, la tocaba, y lo mismo hacía vuelto a las otras tres partes de el mundo, conviene a saber, occidente, norte y mediodía, denotando en esto que debían prestar atención todos los hombres del mundo y prepararse para la digna celebración de la fiesta, por la flautilla representada y anunciada. Hecha la señal, con este instrumento, quedábase en silencio; y poniendo el dedo en el suelo tomaba tierra y metíala en la boca y se la comía en señal de humildad y adoración. Lo mismo hacían todos y lloraban fuertemente, postrándose en tierra, invocando a la obscuridad de la noche y al viento (ceremonia propia de gentiles, como leemos haberlo hecho aquella reina de Cartago, en la celebración de su muerte y sacrificio) y rogábanles con ahínco que no los desamparasen ni olvidasen, o que los librasen presto de los trabajos de la vida y los llevasen al lugar del descanso; como si el maldito del demonio pudiera dárselo, siendo verdad que aun para sí no lo tiene.[2] Luego que sonaba esta flautilla todos los ladrones, fornicarios, homicidas y otros delincuentes y pecadores recibían grandísimo temor y tristeza y algunos se alteraban y cortaban de tal manera que no podían disimular su culpa y pecado. Tanto como todo esto podía el demonio con estos míseros y desventurados indios; y así,

[1] Sahagún lib. 7. Calend.
[2] Virg. Aen. lib. 4.

todos aquellos diez días que duraba esta preparación, no pedían otra cosa a este dios, sino que fuesen sus delitos ocultos de los ojos y sabiduría de los hombres y perdonados de su misericordia y clemencia; en cuya demanda derramaban muchas lágrimas, con grande dolor y arrepentimiento, ofreciendo juntamente gran cantidad de incienso para aplacar la ira soberana que entendían estar en aquel falso dios. Los valientes y valerosos hombres y todos los soldados viejos que actualmente seguían la milicia, en oyendo la voz y sonido de la flautilla, pedían a este dios, con grandes agonías y ansias, fuerzas y valor para contra sus enemigos y vencimientos en las guerras para volver con victoria de ellas y con muchos cautivos para ofrecerle y sacrificarle. Esta ceremonia de tañer la flauta era ordinaria, por estos diez días, para que todos hiciesen la misma adoración, en reverencia y honor de su falso y fingido dios, haciendo oración, alzando los ojos con suspiros y gemidos, como gente que se dolía de sus culpas y pecados, aunque este dolor de ellos no era sino por la pena corporal que les daban y no por la eterna, por no tener creído que en la otra vida hubiese pena tan estrecha como nos la enseña la fe, que a creerlo, no se ofrecieran tantos de su voluntad a la muerte como se ofrecían con temor de los tormentos que habían de pasar perdurablemente. Aunque también se puede responder, que si ellos creían que eran aquéllos verdaderos dioses que adoraban, que los perdonarían por la penitencia que hacían, aunque en lo uno y en lo otro mentían.

La víspera de esta fiesta venían los señores al templo y traían un vestido nuevo, conforme al del ídolo, el cual le ponían los sacerdotes, quitándole las otras ropas y guardándolas en una caja, con tanta reverencia como nosotros tratamos los ornamentos eclesiásticos, en cuyas arcas o cajas había muchos aderezos, atavíos, joyas, preseas, brazaletes y plumas ricas que no servían de más de hacer valor y riqueza, ofrecida a este dios; todo lo cual adoraban como al mismo dios, que no es de pequeño sentimiento que quisiese dar el demonio adoración a sus sucias y viles ropas, como nosotros los cristianos la damos a todos los instrumentos y cruz de la pasión y muerte de Cristo nuestro señor. Demás del vestido con que le adornaban este día, le ponían particulares insignias de plumas, brazaletes, quitasol y otras cosas, para su mayor adorno. Compuesto de esta suerte, corrían la cortina que estaba a la puerta de la capilla para que fuese visto de todos; y en abriéndola, salía una dignidad de las de aquel templo vestido de la misma librea (como se ha dicho) con rosas en las manos, tocando la flauta dicha, por el estilo y orden que los días pasados de la preparación. Llegando el proprio día de la fiesta de este ídolo, juntábase toda la ciudad en el patio del templo para celebrarla, la cual se llamaba como su mes toxcatl, que quiere decir cosa seca; la cual fiesta toda se enderezaba a pedir agua del cielo, para los sembrados, como nosotros hacemos las rogaciones; y así concurría siempre esta fiesta con mayo, que casi cogía la mitad de él y es el tiempo donde hay más necesidad de agua, para que las plantas e yerbas, que van tiernas, lleguen a sazón y cosecha.

Comenzaba la fiesta de esta manera. Sacaban sus sacerdotes unas andas

muy aderezadas con cortinas y cendales de diversas maneras. Tenían estas andas tantos asideros cuantos eran los ministros que las habían de llevar, todos los cuales salían embijados y teñidos de negro, con cabelleras largas trenzadas, por la mitad de ellas con unas cintas blancas y con vestiduras semejantes a las del ídolo (como ya se ha dicho); en ellas ponían su imagen y tomándolas en hombros, poníanlas en público, al pie de las gradas. Salían luego los mozos y mozas recogidas de aquel templo, con una soga gruesa, torcida de sartales de maíz tostado (que llaman izquitl) y rodeaban todas las andas con ella y poníanle una sarta de lo mismo al cuello y una guirnalda en su cabeza; la soga se llamaba toxcatl, denotando la esterilidad y sequía del tiempo. Salían estos mozos a esta ceremonia vestidos con unas mantas de red muy preciadas y con guirnaldas en sus cabezas y sartales a sus cuellos de el mismo maíz tostado. Las mozas salían vestidas de nuevos atavíos y aderezos, con guirnaldas y sartales de lo mismo, emplumados los pies y los brazos, y mejillas teñidas de color. Sacaban asimismo muchos sartales de este maíz tostado y poníanlos a los principales en la cabeza y cuellos y en las manos ramilletes de lo mismo, que son de grande ingenio y curiosidad. Después de lo dicho tenían muchas pencas y púas de maguey por todo el suelo, para que los que quisiesen derramar sangre por su devoción lo hiciesen y se la sacrificasen al ídolo.

Luego comenzaba una solemne procesión por lo interior y circuito del patio, que para este fin estaba muy aderezado y enramado, y el suelo cubierto de juncia y sembrado de varias y diversas flores; a toda la procesión seguían los ministros, con sus andas en hombros. Iban delante de ellas dos sacerdotes con dos incensarios, los cuales iban incensando al ídolo con continuación y sin intervalo; y cada vez que echaban el incienso o copal, alzaban el brazo todo lo más que podían hacia el ídolo y hacia el sol, pidiéndole subiesen sus peticiones al cielo, como subía aquel humo a lo alto, que es lo mismo que tiene ordenado la iglesia cuando se inciensa el altar al sacrificio de la misa, diciendo: este incienso bendito de ti, suba a ti, señor y decienda sobre nosotros tu misericordia; pero es muy grande y distante la diferencia que hay de las unas palabras a las otras, porque las de la iglesia católica romana, nuestra madre, son guiadas a Dios verdadero, de cuyas manos sale toda bendición, y cuyos oídos divinos oyen las necesidades y aflicciones de los hombres, y cuya misericordia las socorre; pero las de estos gentiles son hechas a dioses sordos y mudos, en cuyas semejanzas y figuras se transforma el demonio para engañarlos, y no tiene poder para hacer cosa buena; y si en estos días parecía que las alcanzaban éstos en sus peticiones, no era porque los demonios podían darlas, sino porque Dios tenía determinados aquellos tiempos para el socorro de aquellas necesidades corporales y acudía a favorecerlas, no por ser hechas a gente idólatra, sino a criaturas formadas de sus manos, como cuando sale el sol dice Cristo, que nace para buenos y para malos, porque a su divina providencia conviene la conservación de todas las cosas, y así como le toca este cuidado, así acude a ello y pone los medios de su conservación.[3]

[3] Math. cap. 5.

Todo el tiempo que duraba el dar vuelta la procesión estaba toda la demás gente queda, en el patio, volviéndose en rueda hacia la parte donde iba el ídolo y andas. Todos tenían en sus manos unas sogas de hilo de maguey, nuevas, y de una braza de largo, algo gruesas y con un nudo en su extremidad y cabo, con las cuales se diciplinaban dándose grandes golpes en las espaldas y magullándose las carnes a manera de la procesión que usamos en los jueves o viernes santos.

Numa Pompilio (según Plutarco) ordenó que, cuando adorasen, todos se tornasen al derredor, haciendo algunas vueltas; lo cual hacían estos indios mientras duraba esta procesión y luego se sentaban (como también lo mandó en su pueblo el mismo Numa), y dice luego Plutarco: éstas y otras cosas enseñaba Numa, sin declarar al vulgo lo que denotaban tales ceremonias, por tener sus ánimos más encendidos con opinión de religión y con admiración de cosas no acostumbradas, como si estuvieran llenas de misterios.[4] Pero no sería dificultoso dar muchas y diversas declaraciones a estas obscuras sentencias; y comenzando la declaración de andar los hombres al derredor, en el acto de la adoración (dice), sería posible que fuese por imitar la forma y semejanza del círculo del mundo, de donde cada cual se conoce morador; si ya no queremos afirmar que el que adora de esta manera y anda a la redonda, lo hace, porque el hombre es semejante en su mudanza y postura a las ruedas que usan los egipcios, denotando que así como las ruedas no pueden estar firmes ni estables en un lugar, sino que mientras hallan espacio siempre van rodando y mudando de una parte a otra, sin tener firmezas ni lugar seguro, de esa misma manera, no hay cosa entre los hombres que viven en esta vida mortal, que sea perpetua, inmudable, ni que se sepa tener asiento firme, ni permaneciente, permitiéndolo así la providencia divina y ordenando que nuestra vida esté sujeta a infinitas contrariedades y mudanzas de los tiempos y fortuna, para que por este modo conozcan los hombres su miseria y para que considerando esta mudanza y poca estabilidad de los casos humanos, permanezcan firmes en el uso de la virtud y hagan el corazón ancho, para recibir con ánimo paciente y moderado todo lo que la suprema bondad divina tuviere por bien de enviarles.

Hasta aquí son palabras de Plutarco, el cual (aunque gentil) no dejó de conocer, como muy gran filósofo, ser ésta averiguada y clara verdad; pero será razón que añadamos otra, que parece ser muy propria a la divinidad, y sea ésta: que el andar a la redonda era denotar el círculo de la infinidad de Dios, la cual representaron los antiguos en la hechura y forma de un anillo que no tiene principio ni fin, diciendo el Filósofo[5] que infinito es aquello que lo tiene todo y no le falta nada, lo cual se verifica en Dios, el cual lo encierra en sí todo, por modo infinito circular; y aunque esta condición fue aplicada de los antiguos gentiles a Dios, erraron en la multiplicación de muchos dioses y por esto, aunque la ceremonia era en sí buena, en cuanto esta representación que hacía, era mala, en ir ordenada en servi-

[4] Plut. in vita M. Marcell.
[5] Arist. 3. Phys.

cio de el demonio, al cual no sólo no se debe adoración divina, pero ni aun pensar de él cosa buena, por ser todo lleno de maldad. Y aunque sea verdad que antiguamente quisiese denotar aquesta ceremonia lo dicho, no era lícito, por ser en orden malo y fin errado, aunque muy cierta y propria de Dios, si a él, como a cosa suya, le fuera hecha con conocimiento claro, según el que es necesario y lo ha sido en todas edades y tiempos para conocerlo.

También se puede filosofar, diciendo que ir volviéndose estas gentes hacia la parte que iban las andas e ídolo, era de notar que en las obras de virtud y servicio de Dios no se ha de volver atrás después que una vez se comienzan; y esto dice Cristo nuestro señor, que el que echa mano al arado y mira atrás, no es digno de Dios, ni de sus bienes.[6] Denotaba también la grande estimación que a la deidad se debe; y que quisiese denotar y significar esto, lo pruebo con la ceremonia que usaban, cuando entraban donde el rey estaba o pasaban por su presencia, que jamás le volvían las espaldas, en demostración de grande reverencia; y si esta ceremonia usaban con los reyes temporales, que sabían que eran mortales y perecederos como ellos, con más respeto entenderían deberse al que creían ser el que los criaba y conservaba en el ser de vida que tenían y que era poderoso para remediarles sus necesidades, por razón de creer que era Dios, aunque mentían por no ser sino falso demonio; y por esta causa iban volviéndose el rostro a la parte que iba dando vuelta con el cuerpo, y azotándose para mayor demonstración de aquel acto devoto en que se ocupaba. Acabada la procesión, cesaba la disciplina y subían el ídolo a su lugar, donde le ponían con grande reverencia. Luego salía gran número de gente con ramilletes hechos de mil flores y muy curiosos, y henchían el altar de ellos y toda la pieza y patio, y quedaba todo tan acompañado de estas flores y rosas que parecía un muy compuesto monumento. Estas rosas ponían por sus manos los sacerdotes; y asimismo muchos sartales de este maíz tostado, dando de ellos a los principales y señores y poniéndoselos por guirnaldas en las cabezas, administrándoselas los mancebos que pertenecían al servicio de el mismo templo, y quedábase aquel día descubierto el aposento y cámara, sin echar ni correr el velo y cortina.

Tenían de costumbre estos idólatras (según se lo había enseñado el demonio) que elegían de un año para otro un mancebo que representaba la imagen de este falso dios Tezcatlipoca, al cual llamaban semejanza de Tezcatlipoca. Este mancebo era muy gentil hombre y dispuesto, el más hermoso que hallaban de los cautivos, al cual regalaban y trataban con mucho cuidado por todo el tiempo de el año, y le enseñaban todo primor y suma cortesía en el hablar; tenía los cabellos largos hasta la cinta. Este mancebo andaba por todo el pueblo muy ataviado y galán, con flores y ramilletes en las manos y muy acompañado de personas honradas y gente de la más principal de toda la república. A todos los que topaba saludaba graciosa y cortésmente; y, como todos sabían que era la imagen de Tezcatlipoca, se le postraban y hincaban de rodillas, y le adoraban como si fuera

[6] Luc. 9. sin.

el falso dios que representaba. Veinte días antes que llegase esta fiesta, dábanle a este mozo cuatro doncellas, hermosas y cortesanas, criadas para sólo este efecto, con las cuales tenía todos estos veinte días acceso y comunicación carnal; y aunque por el discurso de el año andaba con los aderezos que representaban al dios que él fingía, mudábalo estos días que trataba con estas mujeres; y cortábanle los cabellos a manera de capitán y dábanle otros atavíos y vestidos más galanos. Cinco días antes que muriese hacíanle fiesta y banquetes en lugares frescos y deleitosos, en los cuales días le acompañaban con más concurso los señores y principales y casi toda la corte, si no era el rey y señor supremo, que éste, guardando su autoridad, no le acompañaba.

Llegado el día de esta fiesta, llevábanlo al templo y cu de este maldito dios Tezcatlipoca, llamado Tlacuchcalco; y antes de llegar al templo, en otro lugar llamado Tlapitzahuayan, se le apartaban las cuatro mujeres, que aquellos días le habían acompañado y tenido por mujeres; y en llegando al lugar donde había de ser sacrificado, él mismo se subía por las gradas arriba, haciendo posa y parada en cada una y quebrando una de las flautas con que aquellos días había tañido y solazado, y puesto ante las andas del ídolo, acompañaba la procesión dicha, la cual concluida le tenían en el templo hasta la hora que era de su sacrificio. Hecha esta procesión, con estas circunstancias y ceremonias, salían todos a ofrecer mantas cendales, joyas, piedras ricas, inciensos, maderos resinosos, manojos de mazorcas de maíz, codornices y, finalmente, otras muchas cosas que en semejantes solemnidades acostumbraban. En las ofrendas de codornices (que eran de los pobres) usaban esta ceremonia, conviene a saber, que se las daban al sacerdote, el cual les arrancaba las cabezas y echaba al pie del altar, donde se desangraban y acababan la vida. Otras ofrendas había de comidas y frutas, según la calidad y posibilidad de cada uno, y estas ofrendas eran de los sacerdotes; y como se suele decir, el pie del altar de que viven y se sustentan, así como en la ley escrita las tenían los del pueblo de Dios y agora en otras limosnas y obvenciones los de este estado evangélico y de gracia; porque tanto como esto los hacía estimar el demonio, para que de su estimación creciese la suya. Estas cosas ofrecidas y dichas alzaban los ministros del templo y se las llevaban como proprias y metían en las salas y calpules que tenían de su asistencia y morada. Hecha toda esta ceremonia, íbase toda la gente a los lugares y aposentos de sus alojamientos y quedaba suspensa la fiesta hasta haber comido. A esta hora salían todas las mozas del templo, vestidas con los atavíos ya referidos, y se ocupaban en servir al ídolo todo lo que le tenían aderezado y guisado para comer. Esta comida guisaban otras mujeres que habían hecho voto de ocuparse aquel día en hacer la comida del dicho ídolo, sirviendo en su ministerio todo aquel día, para lo cual venían todas las que habían hecho voto luego muy de mañana, y ofrecíanse a los mayores y presidentes en aquel acto, y manifestábanles su obligación para que les mandasen lo que habían de hacer y acudían a lo que les era mandado con mucho cuidado y diligencia.

Esta comida, que presentaban al ídolo, la sacaban por este orden. Salía

delante de los ministros (que eran las mozas de su templo, que en este convite servían de pajes) un viejo, que era como maestresala y guarda damas, el cual venía vestido con una sobrepelliz blanca, que le llegaba a media pierna, con unos rapacejos a manera de franjón por orla; sobre la sobrepelliz traía un jubón sin mangas, a manera de Sambenito, de cuero colorado; traía por mangas, unas alas, y de ellas pendían unas cintas anchas, y de ellas colgaba una calabaza mediana, echada a las espaldas, toda agujereada e injerta de flores y rosas y llena de diversas cosas de superstición. Iba este viejo, con este adorno, muy humilde y cabizbajo delante de todo el aparato de la comida y, en llegando al pie de las gradas, que era el puesto donde se ponía toda la comida, hacía una profunda reverencia y apartábase a un lado. Luego llegaban las doncellas y pajes con la comida y, poniéndola por orden, hacían una muy profunda y grave inclinación. Puesta en renglera y orden toda, volvía el viejo a guiarlas, al cual seguían por el camino que habían venido hasta los lugares de su recogimiento. Acabadas ellas de entrar salían los mancebos del servicio y ministerio de aquel templo y quitaban aquella comida de allí y metíanla en los aposentos de los sacerdotes y dignidades, que hasta entonces habían ayunado cinco días antes, comiendo sola una vez al día, habiéndose azotado y hecho otras penitencias, y comían de aquella comida, la cual llamaban divina por ser ofrecida al dios que ellos servían. De estos manjares no era lícito comer a ninguno que no fuese sacerdote y ministro del templo, como algunas cosas que se mandaban en la ley antigua, que eran pertenecientes a los ministros del templo.

Acabada esta comida, así de los sacerdotes como de los populares, tornábase a recoger toda la gente, en el patio del templo, a dar fin y conclusión a la celebración de esta fiesta y sacrificio del mancebo, que era semejanza de Tezcatlipoca, que hasta entonces había estado en el templo representando la majestad de aquel dios, cuya imagen era, el cual salía, y por remate de la fiesta, haciéndole todos reverencia, como a la semejanza de su dios. Salían tras él los cinco ministros del sacrificio, y echándolo sobre la piedra, llegaba el summo sacerdote con grande reverencia y abríale el pecho y sacaba el corazón y hacía con él la ceremonia acostumbrada. El cuerpo de este sacrificado no lo echaban a rodar, como acostumbraban con los demás, antes lo tomaban en los brazos y con mucha sumisión y reverencia lo bajaban, y en la última grada de las del templo le cortaban la cabeza y ensartaban en la percha que llamaban tzompantli, dedicada a este endemoniado y sucio dios, y el cuerpo guisaban y repartían entre los señores y hacían sus convites, teniendo aquella carne por cosa sagrada y divina. Tras este sacrificio (y como regocijando su buena y feliz conclusión, sin haberse mezclado ningún agüero) salían los mancebos dedicados a Tezcatlipoca y bailaban un muy solemne baile, haciéndoles el son y tañéndoles las dignidades y sacerdotes mayores del templo en un lugar particular y consagrado para este propósito; y todos los señores vestidos de las vestiduras y atavíos que salían los mancebos, bailaban y cantaban juntamente con ellos, haciendo la rueda como en todos sus bailes acostumbran.

Este día no moría de ordinario más que este cautivo, pero de cuatro en cuatro años eran más los que morían, por ser año particular, y como entre nosotros decímos, de jubileo. Hartos ya de bailar, cantar y tañer, comer y beber, que era a puesta de sol y algo más tarde, íbanse aquellas mozas a su retraimiento y tomaban unos grandes platos de barro, y llenos de pan amasado con miel y cubiertos con unos fruteros labrados de calaveras y huesos de muertos cruzados, llevábanselo por colación al ídolo y subían con ella hasta el segundo patio, que estaba antes del oratorio y altar sobre lo alto de las gradas, con las cuales iba delante su maestresala, y puesto con mucha reverencia se bajaban por el mismo orden que habían venido. Salían luego los mancebos todos puestos en orden, con sus cañas en las manos, y arremetían a las gradas del templo, procurando cada cual ser el primero que llegase (como en las contiendas antiguas de los primeros que refiere San Pablo), y con priesa y ligereza arremetían a los platos de la colación, porque de esta carrera esperaban honra y premio.[7]

Las dignidades del templo tenían cuenta y miraban al que llegaba primero, y luego el que era segundo, luego el tercero y el cuarto, y no atendían a más, sin hacer caso de los otros; tomaban la colación y estimábanla por grandes reliquias y como tales las repartían. Hecho esto llegaban las dignidades y tomaban enmedio a los cuatro que habían corrido más, y con mucha honra los metían en los aposentos y calpules, bañábanlos y dábanles muy galanos y ricos aderezos; y de allí adelante los respetaban y honraban como a hombres señalados. Acabada la presa de esta colación (celebrada con mucha grita y risa) dábanles libertad a todas aquellas mozas y doncellas que habían servido al templo e ídolo, y a los mozos les daban licencia para que se fuesen, los cuales todos se iban. Al tiempo que salían estas mozas, que se despedían del servicio del ídolo para casarse y no volver más a él, estaban todos los muchachos de los colegios, calpules y escuelas a las puertas del patio; todos con pelotas de juncia e yerbas en las manos, y con ellas las apedreaban, burlando y escarneciendo de ellas, como de gente que se iba del servicio del ídolo y dios a padecer trabajos y desventuras en el estado del matrimonio y vida secular, para lo cual llevaban licencia, y con esto se daba fin a la fiesta y se acababa el día.

[7] Ad Thimt. 2, 2.

CAPÍTULO XV. *Donde se dice ser este sacrificio hecho a Tezcatlipoca muy antiguo y usado en servicio de Júpiter, que es este mismo Tezcatlipoca*



EZCATLIPOCA (que quiere decir espejo resplandeciente, como en el libro de la verdadera y falsa religión vimos)[1] es el mismo que los antiguos llamaron Júpiter; porque como dice San Agustín[2] (y allí lo referimos), le llamaron ánima de el mundo, con otros varios y diversos nombres, los cuales todos atribuyeron estos indios a este falso y mentiroso dios Tezcatlipoca. De manera que siendo uno en la esencia, se diferencian tan solamente en el nombre, por razón de la diferencia de las lenguas con que son nombrados; y así como uno, ordenó sus fiestas todas unas, variándolas en algo, como luego veremos. Este Tezcatlipoca en el tiempo que de otras naciones más antiguas fue llamado Júpiter, fue servido con muchos sacrificios, de los cuales el que más apetecía y de que más se agradaba era del derramamiento de sangre humana; y así los romanos (según Lactancio,[3] y San Atanasio) le sacrificaban hombres en sus fiestas y solemnidades.[4] Y en la isla de Chipre y ciudad de Salamina se le ofreció, por mucho tiempo, sangre humana, hasta que lo prohibió el emperador Adriano, según el mismo Lactancio.[5] También refieren Clemente Alexandrino y Eusebio Cesariense,[6] que Aristómenes, rey de los mesenios, en Peloponeso, hizo un sacrificio a Júpiter de trescientos hombres, y entre ellos a Teopompo, rey de los lacedemonios o espartanos, que fue el sacrificio hecatombeo, que era de ciento; y así hubo tres números centenarios en este sacrificio. De estos dos reyes, en especial de Aristómenes, hace mucha mención Pausanias[7] y Clemente Alexandrino en el lugar citado.

Esto referido era sacrificado a este diabólico Tezcatlipoca y a Júpiter en tiempos antiguos, y no dicen en que mes, pero basta saber que fue celebrándosele fiestas; y para el que le pareciere, que en orden de sacrificio fue más festejado en tiempos antiguos, de los otros gentiles, que en estos modernos de estos indios; digo, que en lo dicho no vemos ni sabemos que este sacrificio fuese ordinario, que a serlo no lo notaran los autores por particular, si no refirieran ser ordinaria ofrenda; pero estos indios, aunque en esta solemnidad y fiesta (referida en el capítulo pasado) no sacrificaban más que al cautivo y esclavo que representaba su imagen, hacíanle de cuatro en cuatro años esta fiesta, con tantas muertes de hombres y derramamiento de sangre humana, que parecerá grande encarecimiento decirlo; y así digo, que no sólo se continuaron en estas naciones los sacrificios antiguos, pero que se multiplicaron y acrecentaron con mucho exceso, y que

[1] Supra cap. 20. lib. 6.
[2] Div. Aug. lib. 4. de Civit. Dci. cap. 11.
[3] Lact. lib. 1. cap. 2 de Falsa Religione.
[4] Div. Athanas. in Epist. Div. Pauli.
[5] Clem. Alex. lib. contra Gent. p. 18.
[6] Euseb. lib. 4. cap. 7. de Praep. Evang.
[7] Paus. lib. 4. Clem. loc. citato.

era este demonio Júpiter indiano muy reverenciado con este género de honra. Verdad sea (según Orígenes)[8] que los persas creían hacer gran sacrificio a Júpiter, subiéndose sobre la cumbre de una muy alta sierra y nombrando desde allí a Júpiter, círculo del cielo. Entonces le quemaban los sacrificios con leña de álamo blanco (como dice Pausanias)[9] y en estas regiones se le ofrecía su incienso en brasas de encina; y en el primero de febrero se le sacrificaba una oveja, y los primeros días del año, cuando los cónsules recebían el oficio de su consulado, le mataban cierta cantidad de novillos no domados, y en los idus de los meses una cordera (según Festo[10] y Ovidio[11]), y en los días de las ferias se le sacrificaban un carnero. Todo esto se le ofrecía a este demonio Júpiter de los gentiles pasados; pero de estos indianos no sólo se contentó con que se le ofreciesen y sacrificasen animales irracionales y aves, como eran codornices y otras de otras especies, pero añadió al sacrificio la sangre humana que se derramaba en ésta y otras fiestas que se le hacían.

CAPÍTULO XVI. *De la fiesta que se celebraba en este mes toxcatl al dios Huitzilupuchtli, llamado de los antiguos Marte*



ARTE, DIOS DE LAS BATALLAS, fue llamado de estos indios Huitzilupuchtli, cuya asimilación queda probada en el libro de la verdadera y falsa religión; y así no pretendo en este capítulo más que decir la fiesta que en este mesmo mes se le hacía por estos gentiles (con que casi todo él era festivo), la cual era de esta manera. Hacían, para comienzo de ella, una estatua de masa de tzohualli (que es una semilla comestible), de la estatura de un hombre, la cual ponían en un templo y altar llamado Huitznahuac, cuya hechura e intento se dirá en el mes quintodécimo, que era en el cual se le celebraba su solemne fiesta.[1] Esta imagen ponían en unas andas o tablado, el cual asentaban sobre cuatro maderos labrados, a manera de culebras, cuyas cabezas salían por las cuatro esquinas del cuadro, contrapuestas las unas a las otras, de tal manera que a todas cuatro partes había colas y cabezas. A la imagen (cuando la formaban) poníanle por huesos unos maderos de mizquitl (que es árbol preciado entre ellos por su fruta) y sobre este fundamento amasaban y fabricaban la estatua. Esto se hacía en el calpul o sala donde se guardaba la verdadera imagen de Marte o Huitzilupuchtli. Acabada de hacer, la componían con todos los atavíos de este guerrero dios, que era una ropilla o saltambarca de tela, labrada toda, y rodeada de semejanzas de huesos humanos, y luego le cubrían con una manta de nequén de tela muy rala; en su cabeza le ponían un sombrero a manera de lebrillo, más ancho de arriba que de abajo (de la forma de las

[8] Origin. lib. 5. contra Celsum.
[9] Paus. lib. 5.
[10] Festus de V.S.
[11] Ovid. de Fastis lib. I.
[1] Supra lib. 6. cap. 21.

era este demonio Júpiter indiano muy reverenciado con este género de honra. Verdad sea (según Orígenes)[8] que los persas creían hacer gran sacrificio a Júpiter, subiéndose sobre la cumbre de una muy alta sierra y nombrando desde allí a Júpiter, círculo del cielo. Entonces le quemaban los sacrificios con leña de álamo blanco (como dice Pausanias)[9] y en estas regiones se le ofrecía su incienso en brasas de encina; y en el primero de febrero se le sacrificaba una oveja, y los primeros días del año, cuando los cónsules recebían el oficio de su consulado, le mataban cierta cantidad de novillos no domados, y en los idus de los meses una cordera (según Festo[10] y Ovidio[11]), y en los días de las ferias se le sacrificaban un carnero. Todo esto se le ofrecía a este demonio Júpiter de los gentiles pasados; pero de estos indianos no sólo se contentó con que se le ofreciesen y sacrificasen animales irracionales y aves, como eran codornices y otras de otras especies, pero añadió al sacrificio la sangre humana que se derramaba en ésta y otras fiestas que se le hacían.

CAPÍTULO XVI. *De la fiesta que se celebraba en este mes toxcatl al dios Huitzilupuchtli, llamado de los antiguos Marte*



MARTE, DIOS DE LAS BATALLAS, fue llamado de estos indios Huitzilupuchtli, cuya asimilación queda probada en el libro de la verdadera y falsa religión; y así no pretendo en este capítulo más que decir la fiesta que en este mesmo mes se le hacía por estos gentiles (con que casi todo él era festivo), la cual era de esta manera. Hacían, para comienzo de ella, una estatua de masa de tzohualli (que es una semilla comestible), de la estatura de un hombre, la cual ponían en un templo y altar llamado Huitznahuac, cuya hechura e intento se dirá en el mes quintodécimo, que era en el cual se le celebraba su solemne fiesta.[1] Esta imagen ponían en unas andas o tablado, el cual asentaban sobre cuatro maderos labrados, a manera de culebras, cuyas cabezas salían por las cuatro esquinas del cuadro, contrapuestas las unas a las otras, de tal manera que a todas cuatro partes había colas y cabezas. A la imagen (cuando la formaban) poníanle por huesos unos maderos de mizquitl (que es árbol preciado entre ellos por su fruta) y sobre este fundamento amasaban y fabricaban la estatua. Esto se hacía en el calpul o sala donde se guardaba la verdadera imagen de Marte o Huitzilupuchtli. Acabada de hacer, la componían con todos los atavíos de este guerrero dios, que era una ropilla o saltambarca de tela, labrada toda, y rodeada de semejanzas de huesos humanos, y luego le cubrían con una manta de nequén de tela muy rala; en su cabeza le ponían un sombrero a manera de lebrillo, más ancho de arriba que de abajo (de la forma de las

[8] Origin. lib. 5. contra Celsum.
[9] Paus. lib. 5.
[10] Festus de V.S.
[11] Ovid. de Fastis lib. I.
[1] Supra lib. 6. cap. 21.

gorras antiguas, aunque alto como bonete de clérigo, de los que ahora se usan), de papel, sobrepuesto de muy rica pluma y muy labrado, sobre el cual ponían un pedernal, a manera de hierro de lanza ensangrentado, e injerto en un cabo hecho de pluma, muy curioso, que representaba su furor para las batallas y contra los enemigos. Poníanle luego otra manta, curiosamente labrada de pluma rica, y por tuson una plancha de oro redonda, hecha de martillo; a los pies le ponían unos huesos fingidos de tzohualli, que ellos llaman teumimilli, que debía de querer representar el poder que tenía sobre la muerte, aunque era falso, pues es criatura como todas las demás que Dios crió; si ya no es que quería decir que él trajo la muerte al mundo y la revistió al hombre, engañado de su astucia y malicia. Estos huesos cubría con la misma manta que estaba cubierto el ídolo, y en ella estaban labrados los huesos y miembros de una persona despedazada. A esta manta llamaban tlacuacuallo. Estas andas, con esta estatua y adorno, tomaban en los hombros los capitanes más valerosos de los ejércitos y las llevaban al cu y altar donde habían de estar, y la subían por las gradas con mucho tiento, con unas cuerdas, por razón de que las dichas andas no se ladeasen, ni fuesen con indecencia, sino firmes y derechas.

Delante de estas andas llevaban una manera de lienzo, hecho de papel, que tenía veinte brazas de largo, una de ancho y un dedo de grueso. Este lienzo, hecho de papel, llevaban muchos mancebos asidos con unas saetas con mucho recato, porque no se quebrase ni lastimase, todo pintado, en cuyas pinturas debían de ir escritas todas las hazañas que en su favor entendían haber hecho, y todos los blasones y epítectos que le daban en recompensa de las victorias que les concedía. Iban cantando delante de este falso dios sus hazañas y proezas, acto a solo dios debido, a quien los de su pueblo cantaron diciendo, dios de venganzas, que obra libremente; y otros (en otra parte), cantemos a Dios, que gloriosamente se ha mostrado, hecho un Marte divino y un castigador de maldades, anegando al rey Faraón y matando toda su caballería.[2] Pero no hay que maravillar, pues vamos probando, en toda esta obra, ser este maldito engañador un remedador de Dios y de todas las cosas a que se le puede asimilar, lo cual el mismo Dios le ha permitido y disimulado por sus ocultos secretos y juicios y por las cosas que su divina majestad se sabe. Llegado a lo alto del templo cogían y arrollaban este papel y, sentadas las andas en su lugar, le ponían así arrodillado a los pies del ídolo y se bajaban todos, quedando solos aquellos sátrapas y sacerdotes que eran de vela y guarda aquella noche hasta la mañana siguiente, que era el día de la fiesta. Esta procesión y baile venía a concluirse con la puesta del sol, y aquella misma hora hacían ofrenda de tamales y otras comidas a la imagen, y lo mismo hacían al amanecer de el día siguiente todos los de el pueblo en sus casas a los ídolos que tenían de este mismo dios Huitzilupuchtli.[3]

Luego que ponían las andas en su lugar hacían un sacrificio muy grande de codornices, el cual comenzaba el señor o rey que se hallaba presente,

[2] Psal. 93.
[3] Isai. 35.

arrancando las cabezas a cuatro codornices y arrojándolas a los pies de el ídolo. Tras el sacrificaban los sacerdotes (que según esto, en esta ocasión hacía el rey oficio sacerdotal), y tras de los sacerdotes sacrificaba todo el pueblo. Los escuderos y criados del rey, con toda la gente de guerra que se hallaba presente, cogían las codornices y asaban o cocían las necesarias para la comida de el rey, sacerdotes y ministros y las demás salaban, porque no se perdiesen, por tenerlas por cosa sagrada, por haber sido ofrenda de su dios. Llevaban todos braseros, y en el mismo cu encendían lumbre y hacían brasa, y echaban mucho copal o incienso, e incensaban con él al ídolo. Los incensarios con que incensaban eran de barro, a manera de cuchara, cuyo remate era hueco, y dentro tenían metidas pelotillas del mismo barro que sonaban como cascabeles a los golpes del incienso, como suenan las cadenas de nuestros incensarios (que hasta en esto quiso el demonio que se asimilasen los suyos con los nuestros, aunque variamos en la hechura, materia y forma). Los sátrapas y sacerdotes incensaban muchas veces al ídolo por intervalos de tiempo, según la ocasión lo demandaba y ellos tenían por ley o ceremonia introducido. Después de los sahumerios e incienso echaban toda aquella brasa, con que habían incensado, en un brasero o hogar redondo, dos palmos levantado de tierra, que estaba en medio del patio del templo, que llamaban tlexictli, que quiere decir ombligo de brasa o fuego.

Todas las doncellas que servían a este dios bailaban en esta fiesta, para cuyo baile se afeitaban las caras, poniéndose color en las mejillas y emplumándose los brazos, hasta los codos, de una pluma colorada muy rica, y sobre sus cabezas guirnaldas de maíz tostado, que llaman mumuchitl, a manera de azahar o flores muy blancas. Bailaban a las vueltas de estas doncellas los sátrapas y sacerdotes de este dios, los cuales llevaban emplumadas las cabezas con unas plumas blancas de garza o de gallina, y en la frente pendiente una rodaja de papel, a manera de rosa, los rostros entintados, y parte de ellos juntamente con los labios enmelados para que relumbrase y hiciese visos sobre la tinta. Cubrían sus partes secretas con unos paños menores de papel de estraza, que ellos llamaban amamaxtli, que son unos paños menores de papel. Llevaban en las manos unos cetros de palma, y en lo alto de él una flor de pluma negra, y en la extremidad inferior una bola de la misma pluma. A este cetro llamaban cuitlacochtli, por razón de la bola con que remataba; y cuando bailaban llegaban la bola de los cetros o bastones al suelo, como demonstrando que hacían fuerza y se sustentaban en ellos. Las mozas llevaban en las manos unas cañas hendidas que llamaban tetehuitl, y pendiente de ellas un papel pintado de negro a manera de banderilla; esto era en la gente común y pobre, pero las hijas de señores y gente rica colgaban de la caña un sendal o toca muy delgada y muy labrada, de los mismos colores que iban los papeles. Dos escuderos estaban sobre aquel hogar o fogón, cuyo pretil o brocal era muy ancho, y guiaban la danza andando alderredor de él, y llevaban a las espaldas unas jaulas hechas de madera de pino o tea, que todo esto tenía su representación, y llamaban a este baile toxcachochola, que quiere decir saltos o baile

de la fiesta seca, por cuanto (como ya vimos) se hacía en orden de pedir agua, por la seca que había en este mes quinto, llamado toxcatl, que corresponde alguna parte de nuestro mayo. Los que tañían el teponaztli o tambor, con que les hacían el son para bailar, no estaban presentes como en los otros bailes comunes y ordinarios acostumbraban, sino en cierto aposento o sala metidos, de donde les tañían. De manera que se oía el son y no se veían las personas, ni instrumentos musicales. Toda la gente de palacio y hombres de guerra, así mozos como viejos, bailaban en otra parte, apartados de éstos, todos trabados de las manos y culebreando a manera de las danzas que los populares, así hombres como mujeres, hacen en Castilla la Vieja. Y eran las guirnaldas que llevaban sobre sus cabezas estas mozas y doncellas como los copillejos de flores que acostumbran llevar por mayo las mozas en tierra de campos. Y aunque iban mezclados hombres y mujeres, y asidos unos a otros de las manos, era todo con mucha honestidad, porque había hombres viejos y ancianos, señalados para estos días y actos, que con grande cuidado y vigilancia miraban a todos, y si se descomponían en algo, y a los que excedían castigaban con grande severidad y rigor. A esta manera de baile llamaban tlanahua, que quiere decir abrazados; y duraban estos bailes y danzas hasta la noche.

Para esta fiesta se elegía un mancebo de los esclavos, como también se elegía para el dios Tezcatlipuca, el cual nombraban el mismo día del año antes, juntamente con el que era consagrado para el otro dios. A éste llamaban Ixteocale, que quiere decir ojos del señor de la casa divina o del señor divino de la casa, y por otro nombre Tlacapehua, que es nombre del otro dios, compañero de este Huitzilupuchtli, cuya imagen era este cautivo, llamado también Teiccauhtzin, que quiere decir hermano menor, por cuanto tenían por mayor a Huitzilupuchtli. Estos dos mancebos (conviene a saber), el dedicado a Tezcatlipuca y este consagrado a Huitzilupuchtli, andaban juntos todo el año de su elección para el sacrificio de este día, pero había mucha diferencia entre los dos; porque al que representaba a Tezcatlipuca o Titlacahua, adoraban y reconocían como a dios, o como a imagen de aquel dios, cuyo principio y origen no conocían ni sabían, por no tenerle por cosa de este mundo visible, ni por mortal, sino por inmortal, criador y hacedor de todas las cosas; y a estotro, llamado Huitzilupuchtli, no adoraban ni miraban con este respeto, aunque le tenían por dios de las batallas y ayudador en sus guerras.

El día del sacrificio y muerte de este esclavo (que era el de esta fiesta) sacábanlo muy aderezado con atavíos muy vistosos, aunque poco costosos. Vestíanlo todo de papeles pintados con unas ruedas negras, y en su cabeza una mitra hecha de plumas de águila, con muchas otras plumas y penachos en el remate y puntas y en medio de todo este adorno un pedernal, a la manera que el de Huitzilupuchtli, cuya imagen era; a las espaldas llevaba un ornamento de un palmo en cuadro, hecho de tela o red, que llamaban ycuechin, atado a los pechos con unas cuerdas de algodón, y encima de el ycuechin llevaba una taleguilla, que llamaban ycpatoxi. Este mancebo, así adornado y vestido, bailaba en los bailes plebeyos este día, con los otros

danzantes, e iba delante de todos guiándolos, como representando que el dios cuya imagen era, les guiaba en todas sus batallas. A este mozo no sacrificaban como al dedicado al dios Titlacahua o Tezcatlipoca, sino de otra manera, la cual es: bailaba en las danzas comunes (como se ha dicho) y después de haber danzado se ofrecía a la muerte él, de su voluntad, sin obligarle nadie a ella, y esto a la hora que quería, tarde o temprano, conforme le parecía o se le antojaba; y muchos no tardaban mucho en ofrecerse y ponerse en las manos de aquellos infernales carniceros, pareciéndoles que lo más que tardaban perdían de gloria y bienaventuranza en la otra vida; porque tanto como esto los tenía engañados el demonio en esto de estimación y fama. Luego que se presentaba para el sacrificio le tomaban en los brazos los ministros diputados para ello, en los cuales le sustentaban sin llegar a la piedra ordinaria, ni a otra cosa alguna; y le partían el pecho y sacaban el corazón y cortaban la cabeza, y con mucha reverencia la ensartaban en el palo o percha donde ya habían puesto la del cautivo sacrificado y muerto a honra de Tezcatlipoca.

A esta fiesta llamaban los indios la fiesta de el incienso de Huitzilopuchtli, porque en ella no sólo incensaban todos los sacerdotes y sátrapas de el templo y todos los señores y gente principal de el pueblo, pero también toda la común y plebeya, así en el templo como en sus casas o en cualquier lugar que se hallaban. El incienso no era del ordinario que llaman copal blanco, ni de el incienso común que usaban, que lo hay en esta tierra mucho y muy bueno, sino de una goma o betún negro, a manera de pez, el cual licor se engendra en la mar, y sus aguas y olas lo echan en algunas partes a sus riberas y orillas, y le llaman chapopotli, el cual echa de sí mal olor para quien no le acostumbra a oler; y es intenso y fuerte. Con este hediondo incienso se incensaban, de cuyo olor se puede inferir su falsa y fingida deidad. Morían este día muchos cautivos por honra y servicio de este sucio dios Huitzilupuchtli. Luego por la mañana, y tras de este sacrificio, comenzaban los sacerdotes su baile que llamaban atepocaxixilihua, y les duraba por todo el día, haciendo suspensiones y pausas para los inciensos y sahumerios con que incensaban. No es de poca consideración advertir que este mismo día los sacerdotes fajaban a todos los niños y niñas en los pechos y estómagos, y a otros en las muñecas y molledos de los brazos, como echándoles el hierro y señal de el demonio, a cuyo servicio se les ofrecían para que fuesen conocidos por suyos; así como Dios manda que los de su rebaño los unjan en los pechos con olio santo, y en las frentes con la cruz benditísima de su pasión y muerte; que con esto acostumbra Dios señalar a los suyos, como en otro tiempo con la circuncisión a los de su antiguo pueblo, y en éste con la cruz y crisma santa. Por lo cual dijo San Juan a los precursores y matadores, que se detuviesen en hacer la matanza, hasta que fuesen señalados los del pueblo de Dios y sus siervos en las frentes; que éste es como a manera de hierro, con que señala a los suyos, como hacen los señores de ganado, almagrando sus ganados con hierro y señal particular.[4]

[4] Apoc. 4.

CAPÍTULO XVII. *De la fiesta que hacían en el sexto mes, llamado etzalqualiztli, a los dioses Tlaloques abogados de la pluvia y agua.*



STE SEXTO MES MEXICANO, llamado etzalqualiztli, que quiere decir cierto género de puchas o poleadas delicadas que ellos comían, caía su primer día a los quince de nuestro mayo, en el cual hacían fiesta a los dioses pluviales, llamados Tlaloques, que era ya ésta la tercera vez que se la celebraban; y la razón porque en este mes volvían a hacer memoria de ellos, era porque como los panes iban algo crecidos y en algunas partes espigados, pedían con este sacrificio su crecimiento, conservación y logro; por cuanto (como vimos en el mes pasado) este de mayo suele ser algo falto de aguas (y mucho) y les es de grande daño a los maíces, por lo cual pedían a estos demonios Tlaloques no les faltasen con aguas, porque el año no fuese estéril. Ésta era la tercera fiesta que hacían en orden de este fin, para la cual ordenaban muchas ceremonias. La primera de las cuales era enramar su altar y templo, en especial en esta ciudad de México; y para esto iban los sátrapas y sacerdotes de estos dioses a Citlaltepec, pueblo situado pocas leguas de esta dicha ciudad, a la parte de el norte, por juncia a una laguna que tiene, donde se hace muy hermosa y crecida, de donde la cortaban y traían. En esta jornada usaban de esta libertad: si encontraban con algún caminante le saqueaban y quitaban cuanto llevaba, hasta dejarle en cueros y desnudo, a lo cual no había de hacer resistencia el mísero paciente. Y no sólo se extendía esta licencia para con los plebeyos y gente común o particular; pero aunque fuesen tributos de el rey y cosas para su casa, las tomaban sin resistencia de los que las llevaban. Y si por ventura algunos se defendían, o no ofrecían graciosamente lo que querían quitarles, los maltrataban, y tanto, que o los mataban o los dejaban por muertos, y no por esto eran castigados estos ministros infernales, guardándoles siempre respeto por ser sacerdotes de estos dioses, a quien tanto ellos estimaban por razón de las lluvias y aguas. De donde se me ofrece considerar, que siendo estos ministros más salteadores que hombres píos, aun no eran reprehendidos en estos agravios por ser sacerdotes de estos falsos dioses, antes eran reverenciados por el nombre de sacerdotes que tenían; ¿cuánto con más razón lo deben de ser los que lo son de Dios verdadero, ya que no por ellos a lo menos, porque son ministros suyos y de su altar y mesa, ocupándose en sus loores y alabanzas y en las cosas de piedad tocantes a su oficio? Por esta causa eran tan temidos de todos, que este dicho día ninguno, de ninguna calidad que fuese, se atrevía a pasar por aquel camino y huían de ellos como de gente enemiga. Traída la juncia, enramaban el templo y lugares sagrados con muchas ceremonias y preparaciones, las cuales habían comenzado cuatro días antes.

Llegada la fiesta de etzalqualiztli hacían todos este género de puchas o

poleadas, llamadas etzalli, de las cuales comían aquel día todos en sus casas y convidaban con ellas a todos los que los visitaban, haciendo en esta fiesta grandísimos regocijos y locuras. Pintaban muchos papeles y llevábanlos al templo y con cierta goma, llamada ulli, que es betún muy correoso y saltador, los untaban y ofrecían a los ídolos, y muchos de ellos untaban las mejillas de su dios con ella. En este mismo mes y fiesta mataban muchos cautivos y esclavos compuestos con los ornamentos y atavíos de estos dioses, como acostumbraban en las festividades de los demás dioses, por cuya honra los mataban y sacrificaban en su mismo altar y cu. Hacían este día otro sacrificio perverso y malo, que era de dos criaturas tiernas, niño y niña, los cuales metían en una canoa o barquilla y llevábanlos al medio de esta laguna, donde está el remolino y sumidero del agua, y allí los sumían con la barca y echaban con ellos los corazones de todos los sacrificados, pareciéndoles este sacrificio muy favorable a su intento y grato a sus fingidos y falsos dioses.

Una ceremonia usaban los romanos por estos días de mayo, la cual era echar en las aguas del río Tíber todas las estatuas de junco que llamaban argeas, según lo dice Plutarco, en sus *Problemas;*[1] y no sé con qué intento usaban de esta ceremonia, si ya no es que era a fin de pedir aguas, remojando en ellas al dios a quien las pedían; y no contento el demonio con aquella ceremonia antigua, la trocó en estas gentes por este sacrificio.

En esta misma festividad castigaban a los ministros de estos ídolos, que por el discurso de el año habían cometido alguna culpa en sus oficios, siendo negligentes en ellos. Este castigo era llevarlos a la playa y ribera de la laguna; y como cuando estropean a uno en la mar, aunque no levantándole en alto, casi le ahogaban con el agua y los dejaban allí como muertos y se iban. Venían entonces sus deudos y parientes y llevábanlos a sus casas y curábanlos; y con esto acababa este día y fiesta diabólica.

CAPÍTULO XVIII. *Del séptimo mes, llamado tecuhilhuitontli, en el cual hacían fiesta a la diosa de la sal Huixtocihuatl*



L PRIMER DÍA DE ESTE SÉPTIMO MES MEXICANO caía a los cuatro de junio (que es el sexto de la cuenta de nuestro año) el cual llamaban tecuhilhuitontli, y en él hacían fiesta a una diosa salinera, que tenía por nombre Huixtocihuatl. Era esta diosa muy celebrada de la gente de esta laguna y sus riberas, por razón de ser todos casi salineros y tenerla por abogada. Entre muchas ceremonias e invenciones que hacían en esta fiesta, era una que la vigilia se juntaban todas las mujeres viejas y mozas y bailaban en corro muy concertado, asidas de unas cuerdas de muchas y varias flores, que llaman xuchimecatl; y en sus cabezas llevaban puestas guirnaldas de ajenjos de esta tierra, que se llaman iztauhyatl, con las cuales

Plut. Problem.

poleadas, llamadas etzalli, de las cuales comían aquel día todos en sus casas y convidaban con ellas a todos los que los visitaban, haciendo en esta fiesta grandísimos regocijos y locuras. Pintaban muchos papeles y llevábanlos al templo y con cierta goma, llamada ulli, que es betún muy correoso y saltador, los untaban y ofrecían a los ídolos, y muchos de ellos untaban las mejillas de su dios con ella. En este mismo mes y fiesta mataban muchos cautivos y esclavos compuestos con los ornamentos y atavíos de estos dioses, como acostumbraban en las festividades de los demás dioses, por cuya honra los mataban y sacrificaban en su mismo altar y cu. Hacían este día otro sacrificio perverso y malo, que era de dos criaturas tiernas, niño y niña, los cuales metían en una canoa o barquilla y llevábanlos al medio de esta laguna, donde está el remolino y sumidero del agua, y allí los sumían con la barca y echaban con ellos los corazones de todos los sacrificados, pareciéndoles este sacrificio muy favorable a su intento y grato a sus fingidos y falsos dioses.

Una ceremonia usaban los romanos por estos días de mayo, la cual era echar en las aguas del río Tíber todas las estatuas de junco que llamaban argeas, según lo dice Plutarco, en sus *Problemas;*[1] y no sé con qué intento usaban de esta ceremonia, si ya no es que era a fin de pedir aguas, remojando en ellas al dios a quien las pedían; y no contento el demonio con aquella ceremonia antigua, la trocó en estas gentes por este sacrificio.

En esta misma festividad castigaban a los ministros de estos ídolos, que por el discurso de el año habían cometido alguna culpa en sus oficios, siendo negligentes en ellos. Este castigo era llevarlos a la playa y ribera de la laguna; y como cuando estropean a uno en la mar, aunque no levantándole en alto, casi le ahogaban con el agua y los dejaban allí como muertos y se iban. Venían entonces sus deudos y parientes y llevábanlos a sus casas y curábanlos; y con esto acababa este día y fiesta diabólica.

CAPÍTULO XVIII. *Del séptimo mes, llamado tecuhilhuitontli, en el cual hacían fiesta a la diosa de la sal Huixtocihuatl*



L PRIMER DÍA DE ESTE SÉPTIMO MES MEXICANO caía a los cuatro de junio (que es el sexto de la cuenta de nuestro año) el cual llamaban tecuhilhuitontli, y en él hacían fiesta a una diosa salinera, que tenía por nombre Huixtocihuatl. Era esta diosa muy celebrada de la gente de esta laguna y sus riberas, por razón de ser todos casi salineros y tenerla por abogada. Entre muchas ceremonias e invenciones que hacían en esta fiesta, era una que la vigilia se juntaban todas las mujeres viejas y mozas y bailaban en corro muy concertado, asidas de unas cuerdas de muchas y varias flores, que llaman xuchimecatl; y en sus cabezas llevaban puestas guirnaldas de ajenjos de esta tierra, que se llaman iztauhyatl, con las cuales

Plut. Problem.

iban muy olorosas y floridas. En esta danza y baile guiaban y regían el canto dos hombres viejos y venerables. En medio de este corro llevaban una mujer que representaba la imagen de esta diosa, vestida y compuesta con sus ornamentos e insignias, y danzaba juntamente con ellas hasta que llegaba la hora de su sacrificio y muerte, la cual moría en honra de esta diabólica diosa salinera. Toda la noche de esta vigilia, hasta que llegaba el día, velaban todas estas mujeres en el templo con esta mujer que representaba a la diosa, danzando y cantando toda la noche. Venida la mañana se aderazaban y vestían todos los sátrapas, ministros y sacerdotes del dicho templo, y hacían un areito y baile muy solemne, llevando en las manos unas rosas amarillas y muy grandes, que llaman cempohualxuchitl. En el discurso de este baile, que duraba por todo el día, llevaban muchos cautivos al cu y altar del dios Tlaloc, donde los iban sacrificando por sus intervalos. Y cuando el día se iba acabando sacrificaban esta mujer, imagen de esta diosa, y luego hacían un grande y general convite, donde todos comían y bebían hasta caer, con que se acababa esta fiesta.

El último de este mes mexicano viene a caer a los veinte y cuatro de nuestro junio, en el cual día celebra la santa iglesia romana, la natividad de el glorioso precursor de Cristo, San Juan Bautista, en cuya solemnidad no será necesario decir los rogocijos que por todo el mundo se hacen esta noche y día, así entre fieles como infieles, enramando los templos y casas, unos con juncia, otros con arrayhan y coronándose con flores y guirnaldas, haciendo infinitas fiestas y regocijos. Sólo lo que quiero notar es que no se olvidó el demonio, con esta su gente indiana, de esta fiesta; y así quiso que por este mismo tiempo hubiese danzas, guirnaldas y coronas noche y día en su servicio.

A los diez y siete de este mes de junio, que es a los catorce del mes indiano, tienen los judíos un ayuno, según su calendario[1] (como lo nota Genebrardo en el suyo), el cual hacen memoria de cuando Moysén, bajando del monte con las tablas de la ley para su pueblo, las quebró porque había idolatrado, y porque también en otro tiempo después faltó el continuo y cotidiano sacrificio;[2] y porque Epistemon abrasó y quemó la ley, colocando y constituyendo un ídolo en el templo, profanando con esta imagen del demonio el lugar sagrado y casa estimada de Dios; no es mal ayuno éste, si se acostumbró cuando la dicha ley antigua valía y el templo no era de Dios repudiado, porque era en orden de sentir el desacato de los hombres y el agravio y ofensa que hacían a Dios, no cesando el demonio, en ningún tiempo, de contradecir las cosas de su servicio, aunque con permisión y juicio divino que le da esta licencia y mano, y era razón que se sintiera (y mucho) que cuando Dios está cuidando del bien de su pueblo, le está menospreciando y ofendiendo y poniendo en su silla y trono la imagen del demonio, que, como indigno de semejante lugar y digno de las penas y tormentos eternos, está padeciendo en ellos para siempre; pero siendo después acá, que la ley vieja no vale y por escritura pública fue rubricada

[1] Geneb. 1. Kalend.
[2] Exod. 32.

con la sangre de Jesucristo, derramada de su sacratísimo cuerpo, en el ara de la cruz y está cancelada aquella que entonces obligaba a los de su pueblo, no sólo no es bueno, pero aun es malo, en cuanto es en orden de la observación y guarda de la dicha ley, la cual, por mandamiento expreso, les es prohibida y vedada. Pero dejada esta controversia aparte, lo que quiero notar es que el demonio hizo entonces, con sus ministros, profanar el templo santo de Dios, y con estos miserables indios, que ordenasen fiestas nuevas para una fingida diosa que le representa con título y nombre de diosa de la sal; como si para el uso o invención de semejante comida tuviéramos necesidad de dios nuevo que nos la criase, siendo uno solo el criador y hacedor de todas las cosas; y algún hombre particular el que atinó a su beneficio, por merced particular de el cielo, como en todas las demás cosas naturales los ha habido y hay, por la misericordia y clemencia de Dios y para el común y mejor uso de la vida (como veremos en otra parte). De manera que esta falsa diosa era festejada en este mes de todos, y muy en particular de los salineros, como abogada y patrona de su invención y arte.

CAPÍTULO XIX. *Del octavo mes de estos indios nahuas, llamado hueytecuhilhuitl, y de la fiesta que hacían en él a la diosa Xilonen, abogada de los jilotes, llamada de los antiguos gentiles Ceres*



L OCTAVO MES INDIANO, llamado hueytecuhilhuitl, que quiere decir la gran fiesta de los caciques y señores, entraba con su primer día a los veinte y cinco de junio y corría su cuenta hasta los catorce de julio, en el cual hacían fiesta a una diosa llamada Xilonen, tomada la denominación de los xilotes, que es cuando el maíz está en la mazorca aún en leche o que comienza a granar; la cual diosa tenían por abogada de los panes, que según esto es la antigua Ceres (como en el libro de los dioses,[1] dijimos), nombrándola allí con nombre de Cinteutl y Chicomecohuatl, porque conforme eran los tiempos y ocasiones le variaban el nombre, como los antiguos a Ceres, según San Isidoro,[2] y lo veremos, tratando de ella. En esta fiesta usaban de muchas ceremonias, sin otras de las que ya hemos referido, y por esto las paso; sólo diré la más particular, en orden de la cual esta fiesta fue introducida e inventada de los antiguos. Lo primero era juntarse en el cu y templo de esta dicha diosa muchos hombres y mujeres, los cuales juntos bailaban, tañían y cantaban por tiempo de ocho días continuos, todos muy bien vestidos y ataviados con ricas vestiduras y joyas; las mujeres traían el cabello suelto y tendido por los hombros y espaldas, y así bailaban en compañía de los hombres. La razón de esto era porque la

[1] Supra lib. 6. cap. 25.
[2] Div. Isidor. Origen. lib. 8.

con la sangre de Jesucristo, derramada de su sacratísimo cuerpo, en el ara de la cruz y está cancelada aquella que entonces obligaba a los de su pueblo, no sólo no es bueno, pero aun es malo, en cuanto es en orden de la observación y guarda de la dicha ley, la cual, por mandamiento expreso, les es prohibida y vedada. Pero dejada esta controversia aparte, lo que quiero notar es que el demonio hizo entonces, con sus ministros, profanar el templo santo de Dios, y con estos miserables indios, que ordenasen fiestas nuevas para una fingida diosa que le representa con título y nombre de diosa de la sal; como si para el uso o invención de semejante comida tuviéramos necesidad de dios nuevo que nos la criase, siendo uno solo el criador y hacedor de todas las cosas; y algún hombre particular el que atinó a su beneficio, por merced particular de el cielo, como en todas las demás cosas naturales los ha habido y hay, por la misericordia y clemencia de Dios y para el común y mejor uso de la vida (como veremos en otra parte). De manera que esta falsa diosa era festejada en este mes de todos, y muy en particular de los salineros, como abogada y patrona de su invención y arte.

CAPÍTULO XIX. *Del octavo mes de estos indios nahuas, llamado hueytecuhilhuitl, y de la fiesta que hacían en él a la diosa Xilonen, abogada de los jilotes, llamada de los antiguos gentiles Ceres*



L OCTAVO MES INDIANO, llamado hueytecuhilhuitl, que quiere decir la gran fiesta de los caciques y señores, entraba con su primer día a los veinte y cinco de junio y corría su cuenta hasta los catorce de julio, en el cual hacían fiesta a una diosa llamada Xilonen, tomada la denominación de los xilotes, que es cuando el maíz está en la mazorca aún en leche o que comienza a granar; la cual diosa tenían por abogada de los panes, que según esto es la antigua Ceres (como en el libro de los dioses,[1] dijimos), nombrándola allí con nombre de Cinteutl y Chicomecohuatl, porque conforme eran los tiempos y ocasiones le variaban el nombre, como los antiguos a Ceres, según San Isidoro,[2] y lo veremos, tratando de ella. En esta fiesta usaban de muchas ceremonias, sin otras de las que ya hemos referido, y por esto las paso; sólo diré la más particular, en orden de la cual esta fiesta fue introducida e inventada de los antiguos. Lo primero era juntarse en el cu y templo de esta dicha diosa muchos hombres y mujeres, los cuales juntos bailaban, tañían y cantaban por tiempo de ocho días continuos, todos muy bien vestidos y ataviados con ricas vestiduras y joyas; las mujeres traían el cabello suelto y tendido por los hombros y espaldas, y así bailaban en compañía de los hombres. La razón de esto era porque la

[1] Supra lib. 6. cap. 25.
[2] Div. Isidor. Origen. lib. 8.

mazorca de el maíz, luego que se forma entre las hojas que la cubren (que son muchas a manera de camisa), cría unas hebras muy delgadas, en cada grano una, las cuales brotan y salen por lo alto de ella y se extendían por cima de las hojas; y, mientras más hebras, más provecho, pues es señal de más granos; por esto se descabellaban y esparcían por los hombros, pechos y espaldas los cabellos, como queriendo decir en esto que, así como el cabello era crecido y largo, así lo fuese el maíz en la mazorca, hasta llegar al colmo deseado, para que el pueblo no padeciese necesidad y hambre. En significación de esto daban de comer a todos, así hombres como mujeres, chicos y grandes, ocho días continuos, administrando estos manjares luego que amanecía, y dábanles a beber una macamorra y bebida que llaman chianpinolli, de la cual bebía cada uno cuanto quería; y al medio día juntaban toda la gente y puesta por orden y en renglera sentados, íbanles poniendo delante las viandas y tamales (que son unos bollos cocidos en olla, hechos de maíz). El que los llevaba dejaba tomar a cada uno lo que podía llevar con una mano; pero si el que tomaba se descomedía o demasiaba tomando dos veces, lo maltrataban y quitándole lo que le habían dado, lo echaban del convite, e íbase muerto de hambre y maltratado.

Estas comidas y convites hacían los reyes y señores por alentar y consolar a los pobres; por cuanto por este mes y tiempo hay falta de mantenimientos, en especial si el año antes no ha sido abundante, porque ha faltado el bastimento pasado y aún no está hecho el que esperan del año presente; por esto llamaban este mes hueytecuhilhuitl, gran fiesta de los señores, porque en ella hacían una obra de tanta largueza y generosidad, abriendo sus trojes y graneros y dando con abundante mano de sus semillas, para el socorro de los pobres y necesitados, sin reparar en si los panes futuros llegarían a sazón y colmo; y que es cordura guardar lo hecho y granado, pues es más seguro que lo que está por hacer, por cuanto está dispuesto al curso y disposición de los tiempos, de los cuales no sabemos lo por venir y es prudencia guardar lo que está en casa. De manera que porque era esta obra tan hazañosa, tomaba el mes el nombre de ella y daban esta gloria a los reyes y señores; la cual la tenían mejor merecida por ella que en los tiempos pasados los que dieron nombre a julio y agosto y otros semejantes meses; pues no pretendieron más de dejar memoria de su principado, y por ventura la tuvieron por adulación vana, queriendo los inventores de estos nombres lisonjear al príncipe (vicio detestable y astucia humana) y no por ninguna obra buena que en semejantes meses obrasen, ni por caso alguno de piedad y misericordia, que del dicho nombre al pueblo y república viniese, como vemos en este mes mexicano, que del socorro que el señor hacía a sus vasallos tomaba el nombre; y aun tiene este hecho una cosa de más alabanza en los reyes y señores indios, que en los Césares y Augustos antiguos; que los pasados aun mostraron más ambición, porque dando nombre al mes le pusieron el proprio suyo, no que fuese común a todos sus pasados o venideros, sino particular a él, para que sola su memoria viviese y se eternizase; pero estos señores no quisieron darle ninguno particular, sino el común y genérico, donde entraban todos, para que así

como la obligación era de todos, también todos llevasen la gloria y alabanza de este hecho; y por esto fue llamado este mes hueytecuhilhuitl, la gran fiesta de los tecuhtles y señores, en la cual el pueblo es en su necesidad y hambre socorrido y la diosa Ceres o Xilonen honrada y servida.[3]

Después de haber comido la gente, que duraba por largas horas, se componían los sátrapas y ministros de este templo para bailar, los cuales salían al baile con toda la demás gente, y lo comenzaban a puesta de sol y le acababan a más de las nueve de la noche. Había a la redonda muchas lumbres, a manera de hachas de cera, hechas de tea que llaman ocotl y muchos braseros y hogueras que ardían en el patio, que daban tanta claridad que parecía no de noche, sino cuando el sol está más claro, en medio del día. En este baile andaban todos trabados de las manos o abrazados, el brazo del uno asido al cuerpo de el otro; y de esta manera seguían, así hombres como mujeres. Con éstos andaba la mujer, que representaba a esta diosa Xilonen; y un día antes que muriese salían todas las que eran dedicadas al servicio de esta diosa y estaban en este templo, que se llamaban cihuatlacamazque, que es como decir sacerdotisas, y bailaban y cantaban juntamente con ella, cantando las alabanzas y obras hazañosas de esta diosa, para animarla a que muriese con ánimo, por ser digna de su muerte a quien la ofrecía, que hasta en esto quiso usurpar gloria el demonio. De esta manera cantando y bailando pasaban toda la noche en vela; la cual pasada y venida la mañana, salían todos los hombres nobles y gente de guerra y comenzaban un muy solemne baile, en el cual metían a esta mujer triste y desventurada (que no sé cuál estaría, según es ya mucho el tiempo y más las horas que había bailado y cansado su mal logrado cuerpo); acompañábanla algunas doncellas vestidas de su misma librea; guiaban los hombres y seguían las mujeres. Llegada la hora daban con ella en el tajón, y muriendo se acababa la fiesta y el día con ella.

CAPÍTULO XX. *Que trata de el nono mes mexicano, llamado tlaxuchimaco, en el cual hacían fiesta al dios de la guerra, llamado Huitzilopuchtli*



ESTE MES NONO INDIANO, llamado tlaxuchimaco, que quiere decir cuando son dadas y repartidas flores, era dedicado a su gran dios Huitzilopuchtli, en el cual le hacían la segunda fiesta (de tres que tenía en el año), y porque en la primera, que se celebraba en el quinto mes, dijimos mucho de las ceremonias con que era servido, y en la tercera que se trata en el mes quinceno, llamado panquetzaliztli, se trata de él muy larga y copiosamente, no diré en éste sino lo particular con que le festejaban el día. La noche antes de esta fiesta se ocupaban todos, así en las casas de los reyes y señores, como de los particulares y comunes, en matar

[3] Cicer. ad Attic. 213.

como la obligación era de todos, también todos llevasen la gloria y alabanza de este hecho; y por esto fue llamado este mes hueytecuhilhuitl, la gran fiesta de los tecuhtles y señores, en la cual el pueblo es en su necesidad y hambre socorrido y la diosa Ceres o Xilonen honrada y servida.[3]

Después de haber comido la gente, que duraba por largas horas, se componían los sátrapas y ministros de este templo para bailar, los cuales salían al baile con toda la demás gente, y lo comenzaban a puesta de sol y le acababan a más de las nueve de la noche. Había a la redonda muchas lumbres, a manera de hachas de cera, hechas de tea que llaman ocotl y muchos braseros y hogueras que ardían en el patio, que daban tanta claridad que parecía no de noche, sino cuando el sol está más claro, en medio del día. En este baile andaban todos trabados de las manos o abrazados, el brazo del uno asido al cuerpo de el otro; y de esta manera seguían, así hombres como mujeres. Con éstos andaba la mujer, que representaba a esta diosa Xilonen; y un día antes que muriese salían todas las que eran dedicadas al servicio de esta diosa y estaban en este templo, que se llamaban cihuatlacamazque, que es como decir sacerdotisas, y bailaban y cantaban juntamente con ella, cantando las alabanzas y obras hazañosas de esta diosa, para animarla a que muriese con ánimo, por ser digna de su muerte a quien la ofrecía, que hasta en esto quiso usurpar gloria el demonio. De esta manera cantando y bailando pasaban toda la noche en vela; la cual pasada y venida la mañana, salían todos los hombres nobles y gente de guerra y comenzaban un muy solemne baile, en el cual metían a esta mujer triste y desventurada (que no sé cuál estaría, según es ya mucho el tiempo y más las horas que había bailado y cansado su mal logrado cuerpo); acompañábanla algunas doncellas vestidas de su misma librea; guiaban los hombres y seguían las mujeres. Llegada la hora daban con ella en el tajón, y muriendo se acababa la fiesta y el día con ella.

CAPÍTULO XX. *Que trata de el nono mes mexicano, llamado tlaxuchimaco, en el cual hacían fiesta al dios de la guerra, llamado Huitzilopuchtli*



ESTE MES NONO INDIANO, llamado tlaxuchimaco, que quiere decir cuando son dadas y repartidas flores, era dedicado a su gran dios Huitzilopuchtli, en el cual le hacían la segunda fiesta (de tres que tenía en el año), y porque en la primera, que se celebraba en el quinto mes, dijimos mucho de las ceremonias con que era servido, y en la tercera que se trata en el mes quinceno, llamado panquetzaliztli, se trata de él muy larga y copiosamente, no diré en éste sino lo particular con que le festejaban el día. La noche antes de esta fiesta se ocupaban todos, así en las casas de los reyes y señores, como de los particulares y comunes, en matar

[3] Cicer. ad Attic. 213.

gallinas y otras aves caseras que habían tenido en cebo, y en hacer tamales de todo esto, y otros potajes y guisados a su modo y usanza para comer el día siguiente; en cuya mañana entre dos luces se levantaban los sátrapas y sacerdotes de este ídolo y componíanlo con muchas flores. Después de compuesto, adornaban las demás de los otros dioses que estaban en el templo con guirnaldas, sartales y collares de las mismas flores, y ni más ni menos se aderezaban y componían todos los ídolos que estaban en los calpules y ermitas. Esto mismo hacían todos los principales y señores y toda la gente común y plebeya con las estatuas y simulacros que tenían en sus casas. Acabada esta ceremonia y composición de ídolos, sacaban las viandas que la noche antes habían prevenido, así en el templo como en las casas particulares, y comían de ellas muy larga y espléndidamente y con todo gusto y sabor; que como en otras muchas partes hemos dicho, todas las vigilias de estas idolátricas fiestas remataban con grandes y sumptuosos convites.

Acabada y reposada la comida comenzaban su baile, no en la manera ordinaria y usada en las otras fiestas, sino de ésta: Salían los hombres nobles y muchas mujeres principales y asíanse de las manos los unos de los otros, mezclados hombres y mujeres muy por orden, y luego se echaban los brazos al cuello y, así abrazados, comenzaban a moverse muy paso a paso al son y compás del instrumento que les tañían y cantaban, sin estar revueltos con ellos, como en los otros bailes, sino apartados los unos de los otros, puestos los tañedores junto de un altar redondo que llamaban momoztli. Este cantar y baile duraba hasta la noche y no sólo en el templo, adonde se hacía muy solemne y vistoso, pero en todas las casas de los principales y macehuales, que no se hallaban en este acto común presentes, y esto con grandes vocerías y gritas. Juntaban a la alegría de la fiesta la del comer y beber, aunque el beber les era concedido a solos los viejos y viejas y en ninguna manera a la gente moza; y si algún mancebo o doncella bebía vino y era convencido de ello, castigábanlo con gran rigor.

Tras esto morían los cautivos y esclavos y se acababa el día y fiesta, esperando otra que luego venía, porque así todo el año le tenían repartido en varias fiestas, unas en días señalados de los meses, como son estas que al presente vamos refiriendo, otras en días signados conforme caían, por orden de su signo, según el arte adivinatorio de que usaban, como adelante veremos. El primero día de este mes caía a los quince de julio y acababa a los tres de agosto, y llamábase este mes tlaxuchimaco, porque en él daban flores a Huitzilopuchtli y a todo el pueblo en general, mostrando en esto el contento que tenían de ser amparados de un tan grande y poderoso dios, que no sólo entendían que los defendía de sus enemigos, sino que se los sujetaba y rendía, trayéndolos a sus pies por la melena.



CAPÍTULO XXI. *De la fiesta que hacían al dios Iyacatecuhtli en este mismo mes, tlaxuchimaco, llamado por otro nombre hueymiccaylhuitl*



TRA FIESTA HACÍAN ESTOS INDIOS MEXICANOS en este mes, llamado tlaxuchimaco y por otro nombre hueymiccaylhuitl, la cual era dedicada al dios Iyacatecuhtli o Iyacacoliuhqui, dios de los mercaderes, la cual era muy solemne y festiva. En ella hacían estos mercaderes grandes sacrificios y ofrendas a su dios, como gente rica y poderosa que era, por ser cosa muy ordinaria que los señores del oro y plata son ellos. La solemnidad de los días de este mes, con las dos fiestas que en él se celebraban (que era la una, al dios Huitzilopuchtli y la otra, a este Iyacatecuhtli de los mercaderes) cuando no la supiéramos por expresas palabras y cosas hechas y sacrificadas en ellos, la manifestaba el mismo nombre de el mes: miccaylhuitl, que quiere decir el gran día o la grande festividad de los muertos. Y no era posible menos, por las circunstancias que en estos dos dioses concurrían. De Huitzilopuchtli sabemos ser dios de sus guerras y batallas; y si el tenerlas las más veces (a lo menos con las gentes convecinas) era en orden de tener ordinario sacrificio, síguese que aquél había de llevar más parte, que parecía más propicio y favorable, y que no sólo creían que los amparaba y defendía de sus enemigos, sino que también era el autor de sus victorias, a quien se debían los despojos de ellas. Por esta razón era grande la suma de cautivos que en este mes morían en servicio de este maldito y descomulgado dios batallador o, por hablar mejor, engañador y burlador en las batallas.

El dios Iyacatecuhtli era el de los mercaderes, al cual tenían por abogado en todos sus caminos y muy favorable en sus ganancias; de aquí es fuerza creer que lo estimarían y tendrían en mucho y la mayor estimación era hacerle grandes y solemnes sacrificios, y los recebía de ellos casi sin cuento; porque como andaban todos los reinos con sus mercancías, traían de todos ellos muchos esclavos, los cuales, si no eran todos, a lo menos los más sacrificaban. Por esta causa entiendo que se llamaba el mes miccaylhuitl, como queriendo decir, éste es el mes más festejado y de mayores sacrificios en todo el año; donde los sacrificados son casi infinitos y que exceden a los ordinarios. Los convites de estos días, celebrados de estos mercaderes, eran de grande exceso; lo uno, por ser en ocasión de festejar a su dios; y lo otro, por ser ricos; que (como todos saben) los mercaderes son los que poseen el dinero y los caballeros y hombres nobles, los que jamás lo alcanzan; porque no ha llegado a su casa, cuando sale para la del mercader, a quien ya se le debe, o para la del oficial que hizo o hace el vestido y el zapato, y si sobra algo, para traer de comer de la plaza, según la calidad de la persona y trato ordinario de mesa. Esto, pues, que sucede entre españoles y otras naciones del mundo, es con mucho mayor exceso en estos indios;

porque los nobles, como no alcanzaban rentas sino unas pobres casas y tierras en que sembrar para comer, y ellos están tan oprimidos, ya casi no las siembran; porque como no tienen criados ni gente de servicio, ellos por sus personas no lo hacen y así son muy pobres, en general; y andan desnudos y muertos de hambre, y para comer no curan de sustentar hidalguía, sino de aprender oficio y vivir de él, teniéndose por más hidalgos y caballeros comiendo por este modo, que ayunándolo por esotro (que es cosa triste la hambre y hace vil y villana la sangre noble, y aun obliga a mil bajezas). Aunque no corría tanto esto en su gentilidad, con todo eran los más ricos los mercaderes, porque gozaban de todo y como tales hacían sus fiestas muy solemnes; y, para que fuesen mayores, les ayudaba una inclinación grande que tienen, de ser muy inclinados al culto y adoración divina, que cuando se junta la inclinación, la ocasión es doblada y mayor la obra que se hace.

Este nombre Iyacacoliuhqui aplicado a este dios, quiere decir, nariz aguileña, que es lo mismo que en latín llamamos *Nasutus*, como decir sagaz y prudente y hombre de viveza y agudeza de ingenio; y es el mismo que los antiguos llamaron Mercurio, que según San Isidoro, es como decir *Mediuscurrens:*[1] el que corre por medio. Y la razón es, porque le aplicaron las palabras, las cuales son el medio por el cual los hombres se entienden y comunican, y mucho más para los tratos y contratos, los cuales actos son proprios de los mercaderes; y así (según el mismo, en el mismo lugar citado), es el dios de los tratantes y mercaderes; y así, dice San Agustín,[2] que antiguamente presidía en los tratos y mercancías, como decimos en otra parte. De manera que por lo dicho y lo que dejamos probado, en el libro de la verdadera y falsa religión,[3] este Iyacacoliuhqui es el antiguo Mercurio, al cual en aquellos tiempos, según Plauto,[4] le fueron celebradas fiestas en los idus o primeros días de mayo y en ellos grandes sacrificios, según cuenta Julio César de los franceses en sus *Comentarios*. Y juntamente con este dios Mercurio adoraban y festejaban al dios Marte, debajo de este nombre Ieutates, en el cual eran entendidos ambos dioses. A Marte, por serlo de las batallas; y a Mercurio, porque decían que había sido el inventor de todas las artes, guiador de los caminos y ayudador en las ganancias y mercancías; que todo quiere decir que por estas condiciones le tenían recebido por dios tratantes y mercaderes. Si bien consideramos estas fiestas antiguas hechas a estos dos dioses, veremos convenir con las que en este mes miccaylhuitl hacían estos indios, pues en él se las celebraban a entrambos; y veremos también cómo introduciéndolas el demonio en esta tierra, sólo mudó el tiempo, porque en lo antiguo eran celebradas por mayo, y, en estos años modernos, por julio, aunque hay muy poca diferencia de el un mes al otro y ninguna en las celebraciones; pues los unos y los

[1] Div. Isidor. lib. 8. Aeth. cap. 11.
[2] Div. Aug. lib. 4. de Civit. Dei cap. 11.
[3] Supra lib. 6. cap. 28.
[4] Plaut. in prin. Amphitrion. 1.
[5] Caesar ib. 6 de Bello Gallico.

otros les hicieron fiestas juntamente y todos les sacrificaron hombres y hacían convites y banquetes muy espléndidos y costosos.

CAPÍTULO XXII. *Que trata del décimo mes de estos indios, llamado xocotlhuetzi, en el cual hacían fiesta al dios del fuego, llamado Xiuhtecuhtli y por otro nombre Ixcozauhqui*



N EL DÉCIMO MES DE ESTOS INDIOS, que llaman xocotlhuetzi, que quiere decir cuando se cae o acaba la fruta, hacían fiesta al dios del fuego, llamado Xiuhtecuhtli, que quiere decir encendido o cosa bermeja; y por otro nombre, Ixcozauhqui, que quiere decir, cara amarilla; al cual, así como le tenían por gran dios, así, ni más ni menos, le solemnizaban muy celebradas fiestas, haciendo en ellas muchas cosas con que daban a entender que era mucho el contento que recibían en tenerle por su dios. Para esta fiesta iban los ministros del templo de el fuego al monte, en los días del mes pasado, tlaxochimaco, y cortaban un muy crecido y grueso árbol, que tenía de largo veinte y cinco brazas, y así, hojoso y con sus ramas, lo bajaban y traían al dicho templo con grande solemnidad arrastrando, y en el patio de él lo limpiaban y escamondaban y levantaban en alto y lo dejaban estar así hasta la vigilia de su fiesta. Llegada la vigilia, volvían a bajar el palo con mucha reverencia y recato, haciendo muchas invenciones y poniéndole muchos pertrechos a la redonda, para que no cayese de golpe y se quebrase, sino despacio y poco a poco. Derribado en el suelo el madero (lo cual hacían con muchas voces y grande gritería), venían luego de mañana muchos carpinteros con sus hachas e instrumentos y limpiábanlo y dejábanlo muy liso. Luego lo componían y aderezaban de muchos papeles muy pintados y atándole muchas sogas fuertes lo volvían a levantar y a fijar fuertemente. Este palo, decían que representaba al dios de el fuego, como materia en que introduce su forma y ejercita su acción de quemar; por esto ponían toda diligencia, porque ni en el bajarle al suelo, ni en el levantarle en el aire hubiese algún desmán, porque lo tuvieran por grandísima desgracia y contrario agüero.

Llegado el día de la festividad hacían una grandísima hoguera de mucha cantidad de leña, la cual estaba de ordinario cebada y atizada para que no faltase la fuerza y viveza del fuego. Todos los que tenían esclavos dedicados para esta fiesta, se componían y aderezaban muy ricamente; porque éste era el día de su mayor honra y estimación, en especial si era capitán o soldado y lo había preso y rendido en la guerra a ley de valiente y esforzado. Teñíanse todo el cuerpo con tinta amarilla (que representaba la color de fuego) y veníanse muy presumptuosos y arrogantes al templo con sus cautivos y esclavos. Verdad es (según dicen los que mejor lo saben) que los más de estos sacrificantes (si no eran todos) venían al templo el día antes con sus cautivos, y asistían en él y velaban con ellos toda la noche

otros les hicieron fiestas juntamente y todos les sacrificaron hombres y hacían convites y banquetes muy espléndidos y costosos.

CAPÍTULO XXII. *Que trata del décimo mes de estos indios, llamado xocotlhuetzi, en el cual hacían fiesta al dios del fuego, llamado Xiuhtecuhtli y por otro nombre Ixcozauhqui*



N EL DÉCIMO MES DE ESTOS INDIOS, que llaman xocotlhuetzi, que quiere decir cuando se cae o acaba la fruta, hacían fiesta al dios del fuego, llamado Xiuhtecuhtli, que quiere decir encendido o cosa bermeja; y por otro nombre, Ixcozauhqui, que quiere decir, cara amarilla; al cual, así como le tenían por gran dios, así, ni más ni menos, le solemnizaban muy celebradas fiestas, haciendo en ellas muchas cosas con que daban a entender que era mucho el contento que recibían en tenerle por su dios. Para esta fiesta iban los ministros del templo de el fuego al monte, en los días del mes pasado, tlaxochimaco, y cortaban un muy crecido y grueso árbol, que tenía de largo veinte y cinco brazas, y así, hojoso y con sus ramas, lo bajaban y traían al dicho templo con grande solemnidad arrastrando, y en el patio de él lo limpiaban y escamondaban y levantaban en alto y lo dejaban estar así hasta la vigilia de su fiesta. Llegada la vigilia, volvían a bajar el palo con mucha reverencia y recato, haciendo muchas invenciones y poniéndole muchos pertrechos a la redonda, para que no cayese de golpe y se quebrase, sino despacio y poco a poco. Derribado en el suelo el madero (lo cual hacían con muchas voces y grande gritería), venían luego de mañana muchos carpinteros con sus hachas e instrumentos y limpiábanlo y dejábanlo muy liso. Luego lo componían y aderezaban de muchos papeles muy pintados y atándole muchas sogas fuertes lo volvían a levantar y a fijar fuertemente. Este palo, decían que representaba al dios de el fuego, como materia en que introduce su forma y ejercita su acción de quemar; por esto ponían toda diligencia, porque ni en el bajarle al suelo, ni en el levantarle en el aire hubiese algún desmán, porque lo tuvieran por grandísima desgracia y contrario agüero.

Llegado el día de la festividad hacían una grandísima hoguera de mucha cantidad de leña, la cual estaba de ordinario cebada y atizada para que no faltase la fuerza y viveza del fuego. Todos los que tenían esclavos dedicados para esta fiesta, se componían y aderezaban muy ricamente; porque éste era el día de su mayor honra y estimación, en especial si era capitán o soldado y lo había preso y rendido en la guerra a ley de valiente y esforzado. Teñíanse todo el cuerpo con tinta amarilla (que representaba la color de fuego) y veníanse muy presumptuosos y arrogantes al templo con sus cautivos y esclavos. Verdad es (según dicen los que mejor lo saben) que los más de estos sacrificantes (si no eran todos) venían al templo el día antes con sus cautivos, y asistían en él y velaban con ellos toda la noche

en sus oraciones y rogativas, como pidiendo al dios fuego recibiese aquel sacrificio con la devoción y voluntad que se le ofrecía. Esta deprecación que hacían era bailando y cantando toda la noche en un solemne baile que hacían. Venida la mañana del día festivo, proseguían con su baile comenzado, y después de haber bailado y hecho aquel día muchas otras supersticiosas ceremonias, ataban a los cautivos de pies y de manos y tomaban ciertos polvos de una semilla llamada yauhtli, y polvoreaban las caras con ellos para que perdiesen el sentido y no sintiesen tanto la muerte cruel que les daban. Hecho esto, cargábanselos a las espaldas o poníanlos sobre sus hombros y comenzaban de nuevo el baile y, dando vueltas al rededor del fuego, iba cada uno echando en él al que llevaba, según le parecía la hora y sazón conveniente, siguiendo unos tras otros con intervalo de tiempo para la mayor solemnidad de la fiesta. El mísero cautivo que estaba enmedio de las llamas y encendidas brasas del fuego, comenzaba a quemarse y a sentir los crueles dolores del tormento, pero sufríalos a más no poder, si acaso tenía sentido para sentirlos y no estaba privado de él, con los polvos y remedio que le habían dado. Y después de estar el miserable algo asado en las llamas o brasas, no aguardaban a que muriese, sino que teniendo el ánima entre las tenazas de la muerte y de la vida, basqueando con el dolor de perderla, le sacaban del fuego con un garabato y, echándolo sobre el tajón, le sacaban del cuerpo el corazón medio asado, con que así palpitando acababa de perderla. Caso inhumano y horrendo.

Este mes décimo caía a los cuatro días de nuestro agosto y fenecía a los veinte y tres de el mismo. Donde es muy justo que notemos esta célebre y sumptuosa fiesta hecha a honra del dios Xiuhtecuhtli, o fuego, que no tuvo principio en estos idólatras, sino muy más lejos en naciones más antiguas. Porque este Xiuhtecuhtli o Izcozauhqui, es aquel mismo que por otros fue llamado Vulcano, dios de el fuego, como largamente vimos en otra parte. Y según San Isidoro,[1] Vulcano tanto es como decir *Volans candor* o resplandor que vuela, que es la llama de el fuego, sustentada de el aire y traída de la una y otra parte, sin tener permanencia ni estabilidad alguna. A este Vulcano hacían grande honra y veneraban los romanos y le celebraban fiestas en este mes de agosto, que llamaban Vulcanarias. Y en el día que las celebraban venía todo el pueblo romano y echaban en el fuego todos los animales que sacrificaban. De donde parece claro y manifiesto ser esta fiesta muy antigua y este modo de quemar cosas a honra de el fuego muy usada; pero con esta diferencia, que en esta gente, como más miserable y más sujeta al gusto de el demonio, ofrecía, en lugar de los animales irracionales que los antiguos ofrecían, hombres vivos, arrojados como bestias al fuego (como ya habemos visto), y con esto agradaban los unos y los otros al demonio, a quien honraban, revestido de la figura y forma de el fuego. Pero los athenienses (como lo refiere doctamente Suidas)[2] en las fiestas que le dedicaron le constituyeron grandes juegos, en los

[1] Ethic. lib. 8. cap. 11.
[2] Suidas. Verbo. Ceramicus.

cuales le ofrecían sacrificios con muchas lámparas encendidas y luminarias.[3] A la cual fiesta llamaron el día de las lumbres o lámparas. Esto hacían con mucha devoción y reverencia, estimando a Vulcano como a dios de mucha estimación: así lo dice Diodoro.[4] Todos los sacrificios que se ofrecían a Vulcano, habían de ser de todo punto quemados y abrasados; y si alguna cosa quedaba sin quemarse y consumirse, era entre ellos la ofrenda y sacrificio impuro y violado. Pero aquello que en aquellas naciones fue defecto, ya en éstas fue admitido y ordenado de el mismo demonio, que no se acabase de quemar, sino que medio quemado se le sacase el corazón, y así caliente y algo asado se le ofreciese y arrojase a sus pies, como en los demás sacrificios ordinarios se hacía.[5]

CAPÍTULO XXIII. *De la fiesta que hacían estos indios en el undécimo mes de su calendario, llamado uchpaniztli, a la diosa Teteuynan, madre de todos los dioses y por otro nombre Tocitzin*



EN EL UNDÉCIMO MES DEL CALENDARIO MEXICANO tenía su día y fiesta la madre de los dioses, llamada Teteuynan; y ésta, pienso que es aquella antigua Berecinta, tan celebrada de los antiguos gentiles con este mismo nombre, como el glorioso Augustino[1] lo dice, aunque no con sacrificios y ofrendas tan lascivas y deshonestas y con profanidad y actos más de confusión que de devoción, como esotros, según parece y es claro y manifiesto en las unas y otras fiestas. Llamaban a este mes uchpaniztli y caía su primer día a los veinte y cuatro de agosto y fenecía a los doce de septiembre. Pero cinco días antes que entrara este mes uchpaniztli cesaban todas las fiestas del pasado y quedaba el tiempo en sosiego y calma, sin fiesta ni celebración alguna. En entrando el primer día bailaban en el templo dicho, sin teponaztli ni canto, sino en muy concertado y mudo silencio, siguiendo sus compases al son de la fantasía, que era con la que los formaban; y habiendo bailado ocho días a este tono y silencio, componían a la mujer que representaba la imagen de esta maldita diosa con sus aderezos y ornamentos, y acompañábanla grande número de mujeres (en especial de médicas y parteras), y la primera vista que daban al pueblo era con un juego, a manera del de cañas, que los nuestros acostumbran en sus regocijos cuando usan de alcancías y no de cañas. Hacían para este juego unas pelotas de una yerba llamada pachtli, otras de espadañas y juncia, y otras con pencas de tunas, y con estas cosas se tiraban las unas a las otras y se ofendían, aunque no de manera que se maltratasen ni lastimasen, ni que

[3] Herodot. lib. 6 et 8. Themistius Oration de Theodosio Humanit.
[4] Arrianus de Exped. Alex. lib. 3.
[5] Lib. 1. cap. I.
[1] Div. Aug. de Civit. Dei. lib. 2. cap. 4 y 5.

cuales le ofrecían sacrificios con muchas lámparas encendidas y luminarias.[3] A la cual fiesta llamaron el día de las lumbres o lámparas. Esto hacían con mucha devoción y reverencia, estimando a Vulcano como a dios de mucha estimación: así lo dice Diodoro.[4] Todos los sacrificios que se ofrecían a Vulcano, habían de ser de todo punto quemados y abrasados; y si alguna cosa quedaba sin quemarse y consumirse, era entre ellos la ofrenda y sacrificio impuro y violado. Pero aquello que en aquellas naciones fue defecto, ya en éstas fue admitido y ordenado de el mismo demonio, que no se acabase de quemar, sino que medio quemado se le sacase el corazón, y así caliente y algo asado se le ofreciese y arrojase a sus pies, como en los demás sacrificios ordinarios se hacía.[5]

CAPÍTULO XXIII. *De la fiesta que hacían estos indios en el undécimo mes de su calendario, llamado uchpaniztli, a la diosa Teteuynan, madre de todos los dioses y por otro nombre Tocitzin*



N EL UNDÉCIMO MES DEL CALENDARIO MEXICANO tenía su día y fiesta la madre de los dioses, llamada Teteuynan; y ésta, pienso que es aquella antigua Berecinta, tan celebrada de los antiguos gentiles con este mismo nombre, como el glorioso Augustino[1] lo dice, aunque no con sacrificios y ofrendas tan lascivas y deshonestas y con profanidad y actos más de confusión que de devoción, como esotros, según parece y es claro y manifiesto en las unas y otras fiestas. Llamaban a este mes uchpaniztli y caía su primer día a los veinte y cuatro de agosto y fenecía a los doce de septiembre. Pero cinco días antes que entrara este mes uchpaniztli cesaban todas las fiestas del pasado y quedaba el tiempo en sosiego y calma, sin fiesta ni celebración alguna. En entrando el primer día bailaban en el templo dicho, sin teponaztli ni canto, sino en muy concertado y mudo silencio, siguiendo sus compases al son de la fantasía, que era con la que los formaban; y habiendo bailado ocho días a este tono y silencio, componían a la mujer que representaba la imagen de esta maldita diosa con sus aderezos y ornamentos, y acompañábanla grande número de mujeres (en especial de médicas y parteras), y la primera vista que daban al pueblo era con un juego, a manera del de cañas, que los nuestros acostumbran en sus regocijos cuando usan de alcancías y no de cañas. Hacían para este juego unas pelotas de una yerba llamada pachtli, otras de espadañas y juncia, y otras con pencas de tunas, y con estas cosas se tiraban las unas a las otras y se ofendían, aunque no de manera que se maltratasen ni lastimasen, ni que

[3] Herodot. lib. 6 et 8. Themistius Oration de Theodosio Humanit.
[4] Arrianus de Exped. Alex. lib. 3.
[5] Lib. 1. cap. I.
[1] Div. Aug. de Civit. Dei. lib. 2. cap. 4 y 5.

les obligasen los golpes a quejarse o a vengarse de los recibidos de sus contrarias; y este juego duraba cuatro días. Todo esto era a fin de que la mujer que representaba a esta diosa, que había de morir en esta fiesta, anduviese alegre, regocijada y risueña; y que no entendiese que tan de próximo había de morir, ni llorase, ni se entristeciese; porque cualquiera cosas de éstas las tuvieran por muy mal agüero y contrario al sacrificio. Llegaba la noche que había de morir, componíanla y aderezábanla muy ricamente y con mucha curiosidad, haciéndola entender que era para que fuese a dormir y pasar algún tiempo y horas con algún gran señor o príncipe; y con este engaño y mucho silencio la llevaban al cu y templo donde había de morir y ser sacrificada. De esta manera la subían arriba de todas las gradas y poníanla en el suelo superior de la entrada de la capilla de la diosa; y luego con no pensada diligencia la cogían y ponían sobre otra mujer, vuelta espaldas con espaldas, de la que la tenía a cuestas y bien asida y agarrada; y de esta manera puesta con gran sutileza, le cortaban la cabeza; y en este modo fenecía su vida, la que pensaba que iba a tener alegre aquella noche y regalada, cuya alma iba a ser sepultada con su diosa, en los infiernos.

Luego que mataban esta mujer, la desollaban (que es sacrificio que se inventó por el demonio,[2] en Culhuacan, en servicio de esta diosa, al principio de esta fiesta) y el pellejo se lo vestía un mancebo robusto; al cual llevaban los sátrapas y sacerdotes de aquel templo, con toda la demás gente de el pueblo, al de Huitzilupuchtli, con mucha pompa y majestad, y allí se lo presentaban y ofrecían, como haciéndole ofrenda de aquel sacrificio por él ordenado en la hija de el rey de Culhuacan (como vimos en el libro de los sacrificios) donde tuvo principio y origen esta diosa Toci. Con este mancebo iban otros muchos cautivos; de los cuales, en llegando al altar de Huitzilupuchtli, el mismo mancebo revestido de este pellejo, mataba por su mano y persona cuatro, y les sacaba los corazones y ofrecía al sucio, detestable y carnicero dios. Todos los demás que eran de el sacrificio, los mataba y ofrecía el sacerdote dedicado para ello. Mucho es de notar que estos idólatras hiciesen estos días fiesta a esta falsa diosa (que no lo fue sino mujer mortal y pasible, como cualquiera de los otros que la adoraban y festejaban por diosa), en los cuales días celebra la Iglesia nuestra madre, la de el martirio y muerte de el gloriosísimo apóstol San Bartholomé. Al cual desollaron vivo los verdugos de justicia y ministros de Satanás; y me parece que quiso remedar este martirio, ordenando la muerte de esta falsa diosa, para que si la Iglesia, en su ley cristiana, celebra esta solemnidad, él, en este su ciego pueblo, falso y mentiroso, tuviese esta fiesta de esta desventurada y engañada mujer, como queriendo remedar falsa y engañosamente la verdad de lo que nuestro cristianismo nos enseña; para que alabemos a Dios en sus santos y le reconozcamos por señor en todas las cosas.

En este dicho mes hacía alarde el señor con toda la gente de guerra, e incorporaba en él todos los mancebos que estaban dedicados para ella, que aún no habían salido a ninguna. Dábanles armas y divisas y asentábanlos

[2] Supra. lib. 7. cap. 8.

en la copia y lista de los soldados, como acá solemos decir: entrar debajo de bandera. Los cuales quedaban obligados a ir de allí adelante a las guerras que se ofreciesen, así en defensa de la patria y república, como en ofensa de otras, para sujetarlas a la corona e imperio. No sé el motivo que esta gente podía tener en hacer alarde este mes, como se ha dicho; pero sería posible que fuese en memoria de la guerra que tuvieron estos mexicanos con los culhuas, donde se mostraron muy valientes cuando mataron la hija del rey y la desollaron. Y por la victoria que su dios Huitzilupuchtli les dio, contra sus enemigos, en cuyo servicio fue hecho este sacrificio.

De esta Teteuynan o madre de los dioses, llamada de los antiguos por otro nombre Berecinthia, hicieron gran caudal y cuenta las más naciones del mundo. Y los que la tenían por diosa de las aguas y pluvias la ordenaron fiestas y regocijos solemnes, a los cuatro días del mes de abril, como lo dice Ovidio[3] en su *Calendario*. Para cuya fiesta se hacía grande convocación y llamamiento de pueblos. Y en Roma, después que los romanos la recibieron en el número de sus dioses, eran llamados por el sacerdote y sacerdotisa que le estaban dedicados, los cuales eran de la provincia de Frigia, por ser aquellas gentes las primeras y que con mayor puntualidad y devoción sirvieron a esta diosa. Éstos convocaban a todas las mujeres y matronas romanas para esta fiesta, la cual comenzaban sacando a la diosa en procesión por toda la ciudad en unas andas, llorando los que asistían y iban con ella y hiriéndose los pechos y cantando al son de flautas, atabales y panderos, como lo dice Fornuto,[4] y llevaban hachas y lámparas encendidas, significando en esto los truenos y relámpagos que suelen preceder a las lluvias. También refiere Herodiano,[5] en la *Historia de el emperador Commodo,* la grande majestad y pompa con que los romanos la celebraron fiestas; y añade que aquel día de su celebración se sacaban todas las mayores y ricas joyas que había y alhajas de valor y precio, no excusándose de este acto, ni aun los emperadores y se llevaban delante de esta falsa y sucia diosa. En esta fiesta tenía cada uno licencia de hacer y contrahacer los juegos que quisiese, donde representaban las personas que les parecía, así de magistrados, como de otras cualquiera dignidades del pueblo.

Una de las ceremonias de esta fiesta era sacar la imagen de esta diosa y lavarla en el río Almone, que entra, un poco antes de llegar a Roma, en el Tíber. Y luego le ofrecían víctimas y sacrificios de animales, en especial abriéndolos y sacándoles los corazones, lo cual tenían por más agradable y mayor servicio que se le hacía. Dando a entender en esto que esta diosa (que la tenían por abogada de las lluvias) era causa de vivificar todas las cosas que se engendran y nacen de la tierra, así como el corazón, según doctrina de el Filósofo,[6] es el primero que tiene vida en el cuerpo y que la da a todo él. Y esta costumbre refiere Fornuto;[7] y San Agustín, en el

[3] Ovid. de Fastis.
[4] Phornu. de Nat. Deor.
[5] Herodian. in Commodo.
[6] Arist. de Somn. y vig. cap. 2 y de Iuv. cap. 2.
[7] Phornut. d. lib. de Nat. Deor.

libro segundo de *La ciudad de Dios* trata de esta diosa y fiestas que se le hacían; y dice ser infames[8] y nefandas e indignas de hombres de razón y pésimamente aplicadas a la que tenían por madre de sus dioses, cuyas palabras y sentimiento grande dejamos referido en el libro de los sacrificios.[9] Hacíanse en ella grandísimas deshonestidades; y por festejarla más, las mujeres la rociaban con sus orines; para que se vea la ignorancia y ceguera de estas brutales gentes, apartadas de Dios verdadero y entregadas a la mentira y fingimiento de una tan falsa diosa. A la cual no según el nombre deífico que la daban, sino por razón de ser infame como era, le venía muy bien aquella rociada. Había sinfoniacos que tañían trompetas y atabales y otros instrumentos de fruslera, a manera de campanas que hacían grandes ruidos, con unos vasos de cobre, hiriendo unos con otros, cuyo ruido parecía más de infierno que de regocijo y no lo podían sufrir como lo dice Ovidio.[10] Estas suciedades, con las otras muchas que dejamos dichas en el libro de los sacrificios, hacían en esta fiesta,[11] en honor de esta sucia diosa, bien diferentes de las que estas gentes le hicieron y ordenaron en su república, como se ha visto en este capítulo, aunque todas fueron malas y pésimas y indignas de hombres racionales y muy propias del juicio del demonio, que como falto de dios y codicioso de su deidad, la busca en estas cosas, como si en cosas tan viles y infames estuviese incorporada.

CAPÍTULO XXIV. *De la fiesta que hacían a todos los dioses estos indios en el mes duodécimo, llamado teutleco, que quiere decir llegada de los dioses*



ESTE MES DOCENO COMENZABA con su primero día a los trece de septiembre y acababa a los dos días del mes de octubre; al cual mes llamaban teutleco, que quiere decir la llegada de todos los dioses. Y no sin causa le daban este nombre, porque creían venir este día todos los dioses a asistir a la fiesta, como suelen los convidados de unas ciudades a otras; y así hacían este mes una muy grande fiesta a honra de todos los dioses, como en hacimiento de gracias de haber querido mostrarse propicios a su república y honrarla con su venida y presencia; como si Dios tuviese necesidad de andar mudando lugares para hallarse presente a todas las cosas; el cual está más cerca y dentro de ellas, que ellas están de sí mismas; así como el ánima racional[1] en el cuerpo humano está toda en todo y toda en cualquiera parte de él; y muy más conjunto Dios en todas las cosas que el ánima en su cuerpo, como habemos dicho. Lo primero que se ordenaba

[8] Div. Augt. lib. 2. de Civit. Dei. cap. 4 y lib. 7. cap. 25.
[9] Arnobius Contr. Gentes, lib. 5.
[10] Ovid. ubi supra.
[11] Supra lib. 7. cap. 6 y 7.
[1] Arist. de Anima. lib. 1.

libro segundo de *La ciudad de Dios* trata de esta diosa y fiestas que se le hacían; y dice ser infames[8] y nefandas e indignas de hombres de razón y pésimamente aplicadas a la que tenían por madre de sus dioses, cuyas palabras y sentimiento grande dejamos referido en el libro de los sacrificios.[9] Hacíanse en ella grandísimas deshonestidades; y por festejarla más, las mujeres la rociaban con sus orines; para que se vea la ignorancia y ceguera de estas brutales gentes, apartadas de Dios verdadero y entregadas a la mentira y fingimiento de una tan falsa diosa. A la cual no según el nombre deífico que la daban, sino por razón de ser infame como era, le venía muy bien aquella rociada. Había sinfoniacos que tañían trompetas y atabales y otros instrumentos de fruslera, a manera de campanas que hacían grandes ruidos, con unos vasos de cobre, hiriendo unos con otros, cuyo ruido parecía más de infierno que de regocijo y no lo podían sufrir como lo dice Ovidio.[10] Estas suciedades, con las otras muchas que dejamos dichas en el libro de los sacrificios, hacían en esta fiesta,[11] en honor de esta sucia diosa, bien diferentes de las que estas gentes le hicieron y ordenaron en su república, como se ha visto en este capítulo, aunque todas fueron malas y pésimas y indignas de hombres racionales y muy propias del juicio del demonio, que como falto de dios y codicioso de su deidad, la busca en estas cosas, como si en cosas tan viles y infames estuviese incorporada.

CAPÍTULO XXIV. *De la fiesta que hacían a todos los dioses estos indios en el mes duodécimo, llamado teutleco, que quiere decir llegada de los dioses*



STE MES DOCENO COMENZABA con su primero día a los trece de septiembre y acababa a los dos días del mes de octubre; al cual mes llamaban teutleco, que quiere decir la llegada de todos los dioses. Y no sin causa le daban este nombre, porque creían venir este día todos los dioses a asistir a la fiesta, como suelen los convidados de unas ciudades a otras; y así hacían este mes una muy grande fiesta a honra de todos los dioses, como en hacimiento de gracias de haber querido mostrarse propicios a su república y honrarla con su venida y presencia; como si Dios tuviese necesidad de andar mudando lugares para hallarse presente a todas las cosas; el cual está más cerca y dentro de ellas, que ellas están de sí mismas; así como el ánima racional[1] en el cuerpo humano está toda en todo y toda en cualquiera parte de él; y muy más conjunto Dios en todas las cosas que el ánima en su cuerpo, como habemos dicho. Lo primero que se ordenaba

[8] Div. Augt. lib. 2. de Civit. Dei. cap. 4 y lib. 7. cap. 25.
[9] Arnobius Contr. Gentes, lib. 5.
[10] Ovid. ubi supra.
[11] Supra lib. 7. cap. 6 y 7.
[1] Arist. de Anima. lib. 1.

para esta fiesta era enramar los templos y calles y encrucijadas donde quiera que había cu o altar. Esto se hacía por todos los muchachos y mancebos de la república, a los quince días pasados del mes. Y por este cuidado que tenían de enramar los templos y calles, les daban maíz en grande y suficiente cantidad para comer aquel día; y otros muchos alargaban más la mano, conforme a su devoción y ánimo, para la fiesta y celebración de sus dioses.

A los diez y ocho días pasados de este dicho mes, decían, que comenzaban a venir los dioses, y que el primero que llegaba era Tezcatlipuca, por ser más mozo que todos los demás, y que nunca se envejecía; y que tras él iban llegando los demás dioses, según las más o menos fuerzas que tenían o como más o menos se cansaban. Esta noche, que creían llegar este dios mancebo, hacían una grande cena y convite, y comían y bebían abundantísima y espléndidamente, en especial los viejos y viejas, los cuales se demasiaban en el beber; y decían que con el vino que bebían, lavaban los pies al dios que llegaba fatigado. Y yo digo que es un gran desatino éste; y que lo cierto era que lavaban sus tripas y las hinchían de licor, que los alegraba, cuyos humos se les subían a la cabeza y los derribaban, con la cual caída no era mucho que cayeran en tan grandes errores y locuras. Dos días después de este deciocheno, que era el veinteno y último día de el mes, decían que llegaban todos los demás, para cuyo recibimiento tañían y cantaban y bailaban toda la noche de la vigilia y comían y bebían como en las demás ocasiones acostumbraban.

Esta fiesta o espera de estos diabólicos dioses era muy solemne y muy creída de estas bárbaras naciones, porque el demonio los tenía persuadidos a ser verdad que entonces venían de otras partes, y que querían descansar allí en aquel día de su gran fiesta. La causa de tenerlo tan creído estos ciegos y desatinados hombres, era porque les daba señal de su llegada, en forma visible, aunque por invisible modo en esta manera. Aquella noche, que era la vigilia de el festival, día en la cual el demonio les tenía persuadido que llegaba el dios mancebo Tezcatlipuca, ponían una estera que llamaban petate en el suelo y entrada de la capilla mayor de su abominable templo, sobre la cual cernían y polvoreaban una poca de harina de maíz, que es su trigo; y esto era al principio de la noche, la cual pasaba el sumo sacerdote en vela, yendo y viniendo muy a menudo a ver la estera, si por ventura hallaba impresa en la harina alguna huella de el dios que aguardaban. Ya las más horas pasadas de la noche (que ordinariamente era de media noche abajo) veía la señal de su llegada, que era una pisada o huella de pie humano estampada y señalada en la harina. Luego que el sátrapa y sacerdote la veía, comenzaba a decir a voces: ya llegó nuestro dios, ya llegó nuestro dios, nuestro gran dios es venido. A esta voz acudía todo el pueblo, que ya lo estaban aguardando, unos en los templos y otros en sus casas velando; y luego sonaban todos los instrumentos músicos y comenzaban grandes regocijos y bailaban y cantaban, muy concertadamente, con mucha solemnidad y contento, celebrando la venida y llegada de su falso y mentiroso dios. Y procedían en su baile hasta el día, en todo el cual

creían que llegaban todos las demás, como ya hemos dicho. Porque fingían ser unos más mozos que otros y tener unos más vigor y fuerzas que otros y por esta razón no ser a una su llegada, sino en diferentes tiempos.

A puesta del sol y fin de este día volvían a lavar los pies a los dioses, comiendo y bebiendo a la manera que al principio habían hecho, que no era menor borrachera que la pasada. Para este día tenían muchos cautivos miserables que sacrificar, los cuales quemaban vivos en grandes fuegos y crecidas hogueras. Al rededor de las cuales andaban bailando ciertos mancebos señalados, disfrazados en forma de monstruos; y como iban bailando iban arrojando en ellas a los míseros cautivos, adonde acababan su vida miserablemente, rindiendo sus almas en el fuego y poniéndolas en la sujeción y cautiverio de los demonios; por los cuales es más cierto decir que habían venido por ser su principal fiesta engañarlos, y hacerse señor de ellas por los modos que más pueden.

CAPÍTULO XXV. *De la fiesta que estas gentes hacían a los dioses de los montes y sierras en el mes treceno llamado tepeilhuitl*



STE TRECENO MES DE ESTOS INDIOS era llamado tepeilhuitl, que quiere decir fiesta de los montes o sierras, tomando la denominación y nombre el mes de la causa porque esta fiesta se ordenaba, que era a honra de los montes y sierras. Para cuya mejor declaración es de saber que los antiguos indios de esta tierra dejaron persuadidos a sus sucesores que en los montes y sierras más altas y empinadas que hay por estos espaciosos y extendidos reinos, moraban unos dioses que herían a los hombres con varias y diversas enfermedades, atribuyéndoles todas las dolencias y enfermedades que proceden de frío y que fácilmente se enojaban con los hombres y los castigaban con ellas. Para cuyo remedio y por aplacar su ira inventaron y ordenaron esta tan célebre fiesta. Para cuya solemnidad lo primero era hacer unas culebras de palo o de raíces de árboles, labrándoles las cabezas lo más pulidamente que sabían. Hacían también de trozuelos pequeños unas figurillas, a manera de las muñecas que acostumbran las niñas en nuestra nación española, las cuales llamaban ecatotonti; y así a las unas figuras, como a las otras, las vestían y embadurnaban con una masa hecha de tzohualli, que es semilla comestible de que hacían sus idolillos pequeños.

De estas imangecillas hacían muchas, unas a honra de los dioses montesinos y campestres, y otras en memoria de algunos difuntos, en especial de los que se habían ahogado en agua, o habían muerto de muerte, que no pudieron ser quemados sus cuerpos o fueron enterrados por alguna causa. Después de hechas estas figuras e imágenes y de ser colocadas y constituidas en sus templos y altares, ofrecíanles incienso como a cosa ya deificada

creían que llegaban todos las demás, como ya hemos dicho. Porque fingían ser unos más mozos que otros y tener unos más vigor y fuerzas que otros y por esta razón no ser a una su llegada, sino en diferentes tiempos.

A puesta del sol y fin de este día volvían a lavar los pies a los dioses, comiendo y bebiendo a la manera que al principio habían hecho, que no era menor borrachera que la pasada. Para este día tenían muchos cautivos miserables que sacrificar, los cuales quemaban vivos en grandes fuegos y crecidas hogueras. Al rededor de las cuales andaban bailando ciertos mancebos señalados, disfrazados en forma de monstruos; y como iban bailando iban arrojando en ellas a los míseros cautivos, adonde acababan su vida miserablemente, rindiendo sus almas en el fuego y poniéndolas en la sujeción y cautiverio de los demonios; por los cuales es más cierto decir que habían venido por ser su principal fiesta engañarlos, y hacerse señor de ellas por los modos que más pueden.

CAPÍTULO XXV. *De la fiesta que estas gentes hacían a los dioses de los montes y sierras en el mes treceno llamado tepeilhuitl*



STE TRECENO MES DE ESTOS INDIOS era llamado tepeilhuitl, que quiere decir fiesta de los montes o sierras, tomando la denominación y nombre el mes de la causa porque esta fiesta se ordenaba, que era a honra de los montes y sierras. Para cuya mejor declaración es de saber que los antiguos indios de esta tierra dejaron persuadidos a sus sucesores que en los montes y sierras más altas y empinadas que hay por estos espaciosos y extendidos reinos, moraban unos dioses que herían a los hombres con varias y diversas enfermedades, atribuyéndoles todas las dolencias y enfermedades que proceden de frío y que fácilmente se enojaban con los hombres y los castigaban con ellas. Para cuyo remedio y por aplacar su ira inventaron y ordenaron esta tan célebre fiesta. Para cuya solemnidad lo primero era hacer unas culebras de palo o de raíces de árboles, labrándoles las cabezas lo más pulidamente que sabían. Hacían también de trozuelos pequeños unas figurillas, a manera de las muñecas que acostumbran las niñas en nuestra nación española, las cuales llamaban ecatotonti; y así a las unas figuras, como a las otras, las vestían y embadurnaban con una masa hecha de tzohualli, que es semilla comestible de que hacían sus idolillos pequeños.

De estas imangecillas hacían muchas, unas a honra de los dioses montesinos y campestres, y otras en memoria de algunos difuntos, en especial de los que se habían ahogado en agua, o habían muerto de muerte, que no pudieron ser quemados sus cuerpos o fueron enterrados por alguna causa. Después de hechas estas figuras e imágenes y de ser colocadas y constituidas en sus templos y altares, ofrecíanles incienso como a cosa ya deificada

y que representaba a su dios, y luego les ponían delante muchísima comida y cantábanles cantares que contenían sus alabanzas, y por remate de esta ceremonia bebían vino todos. Para esta fiesta representaban la muchedumbre de los dioses serranos y montañeses cinco personas, cuatro mujeres y un hombre, la primera de las cuales se llamaba Tepechoch; la segunda, Matlalquae, la tercera, Xuchitecatl, y la cuarta, Mayahuetl, y el hombre, Minahuatl. A este hombre y mujeres que fingían la deidad y personas de estos dioses, vestían y engalanaban con muy ricos paños y los revestían de libreas de papel muy pintado, manchado y salpicado de ulli, que es una goma preciosa entre ellos, para este efecto. Con estos atavíos y adornos sacaban a estas gentes desventuradas en andas y llevaban en procesión, en hombros, muy solemnemente hasta el lugar y cu donde morían y les sacaban los corazones. Muertos estos malaventurados y engañados a la usanza común y ordinaria, bajábanlos muy recatadamente por las gradas abajo del templo y cortábanles las cabezas a todos cinco y ensartábanlas en las perchas de palo, para este efecto puestas en las salas y calpules; y sus cuerpos llevábanlos a guisar a los calpules y repartíanlos entre los señores y principales. Y los papeles que habían sacado, vestidos de librea, colgaban en otra sala en el templo, como en memoria de aquellos dioses y despojos de su grandeza, lo cual todo tenían en gran estima y precio, como cosa de grande deidad.

Este abominable pecado y erección y celebración de dioses falsos montesinos ha sido muy antiguo, como se colige de el capítulo veinte de el tercero *De los reyes*,[1] donde se dice que los soldados de Benadab, rey de Siria, viéndose vencidos de los de el pueblo de Israel, le dijeron: los dioses de los montes son tus dioses y por esto nos vencieron. Esto dijeron (según declara Nicolao de Lira)[2] porque tenían el templo de dios en el monte Moria, en Jerusalén, y el altar que reparó Elías en el monte Carmelo. De manera que como tenían los gentiles repartida y puesta la deidad en dioses diversos y distintos, de los cuales eran unos estos que presidían en las sierras y montes, creían que los que favorecían a los hebreos y pueblo de Israel eran los monteses y serranos, y no Dios verdadero, cuyo poder es universal e indiviso, con el cual preside infinita y poderosamente en todo lugar y tiempo, así en el cielo como en la tierra, en los montes como en los llanos; cosa que los ciegos gentiles no alcanzaron, por haberlos desvanecido y embelesado el demonio con su malicia y hécholes creer lo contrario, que es muy fácil de persuadir a los que están apartados y lejos de Dios por vicios y pecados. De manera que este error viene corriendo de los tiempos muy antiguos y no paró hasta llegar a estas gentes, de las cuales se apoderó, con el rigor y fuerza dicha, y el demonio los cegaban más cada día, para que no sólo así lo creyesen, sino como a tales les acrecentasen su servicio y culto y dándole este crédito le obedeciesen.

[1] 3. Reg. 20.
[2] Nicolaus de Lira in Praef. loc.

CAPÍTULO XXVI. *De la fiesta que estos naturales hacían al dios Mixcohuatl, en el mes catorceno, llamado quecholli en cuyo fin se hacía también fiesta al dios Tlamatzincatl*



STE CATORCENO MES CAÍA a los veinte y tres de octubre y fenecía a los once de noviembre. Al cual llamaban quecholli, nombre de un pájaro de pluma azul y colorada que hay en esta tierra, en especial en unos manantiales y ojos de agua, que hay junto del pueblo de Quecholac, que quiere decir en el agua o lugar de los quecholes. La causa de nombrarse así este mes, se dice en el capítulo de las ethimologías[1] de los meses; y en él se le hacía fiesta al dios Mixcohuatl, que quiere decir: culebra neblinosa o de nube. Este dios era muy tenido y estimado, y en el discurso de la celebración de su fiesta hacían cuatro días continuos dardos y flechas. Y debían de darle el nombre del efecto que hacen estas dos armas, porque arrojadas por los aires parece que suben a las nubes, como dando a entender en esto que en ellas tenían amparo en este dios Mixcohuatl, cuya deidad invocaban cuando las hacían, para que con más cierto tiro hiriesen a los enemigos y venciesen las batallas.

Estos cuatro días que duraba hacer estos dardos y flechas, ayunaban con mucho rigor, así chicos como grandes, viejos y viejas se abstenían de beber vino. Todos estos cuatro días se fajaban y sacaban sangre de las más partes de sus cuerpos, casi en acto continuo, diciendo que hacían penitencia, y con ella se untaban la frente y sienes, en especial de la que hacían salir de las orejas. No dormían maridos con mujeres, sino en esteras y camas apartadas, por mayor devoción y reverencia de este nebuloso y falso dios. Acabado el número de los dardos y saetas que tenían obligación, hacían otras pequeñas, las cuales juntas con unas astillas de tea o ocote las ataban, de cuatro en cuatro y, hechas manojuelos, las ponían sobre los sepulcros de los difuntos. Ponían juntamente dos bollos de masa de maíz, que llaman tamales, lo cual todo estaba sobre la sepultura y sepulcro del difunto un día natural; y la noche siguiente lo quemaban todo.

Tras de esta ceremonia, ayuno y penitencia, a los diez días pasados, iban los mexicanos y tlatelulcas a un cerro, que llaman madre, a cazar animales para el sacrificio. El primero día que llegaban hacían unas chozas o cabañas de heno, que llaman zacate, y en esto se ocupaban aquel día, sin hacer más; el cual pasado y venido el siguiente, luego muy de mañana, salían con mucha diligencia a la caza, poniéndose en ala y ojeándola hacia las partes adonde habían tendido las redes, a las cuales los animales monteses se venían huyendo de la gente que la espantaba y acosaba con voces y en ellas cogían todo cuanto podían recibir, así de venados, conejos, coyotes o adives y otros de otras especies y naturalezas, y traíanlos como en procesión, con grandes regocijos y bailes para ofrecerlos a su dios en sacrificio.

[1] Infra cap. 34.

Al fin de este mes hacían fiesta al dios Tlamatzincatl, dios de los tlamatzincas, que viven en el valle de Tolucan, nueve leguas de esta ciudad de Mexico, a la parte de el poniente. Ya hemos dicho que cuando sujetaban algún reino o provincia estos mexicanos, traían a Mexico (como los romanos traían a Roma) su dios o dioses o ya como vencidos o poco poderosos, que no lo fueron para defender a sus servidores, o ya como dioses de estimación, para honrarles y ofrecerles sacrificio, como a los suyos; y así parece haberlo hecho con este dios, pues le hacían fiesta y ofrecían ofrendas y sacrificios. En esta fiesta y en la pasada había una gran matanza de hombres cautivos que eran sacrificados después de haber estado como puercos en cebo, los cuales comían los señores y sacerdotes muy de gana; y con este sacrificio y muchas danzas y concertados cantos cesaba esta fiesta y acababa el mes, y el demonio era indignamente honrado y venerado de estos ciegos desatinados.

CAPÍTULO XXVII. *De la fiesta que se le hacía al dios de la guerra en el quinto décimo, llamado panquetzaliztli*



TRA FIESTA HACÍAN A HUITZILOPUCHTLI, dios guerrero de estos indios, en este mes quinto décimo, y no menos célebre que las otras dos primeras, para la cual formaban su imagen o estatua de semilla de bledos, del tamaño y estatura de un hombre. Lo mismo hacían de su compañero, llamado Tlacahuepancuexcutzin, en una sala o sacristía que estaba cerca de su templo y altar. Después de hecha y formada, la tomaban en palmas todos sus sátrapas y sacerdotes, y con grandes ruidos y regocijos la subían a su altar y sentaban con mucha reverencia y devoción, y luego hacían lo mismo de la otra estatua de Tlacahuepan, a las cuales hacían escolta y guarda toda la noche sus ministros y sacerdotes. Comenzábase esta fiesta el día segundo de este mes, haciendo grandes bailes y cantando los cantares y alabanzas de su dios Huitzilopuchtli en el patio de su detestable templo. En el baile andaban hombres y mujeres todos juntos; comenzábase sobre tarde, o a la caída del sol y acabábase a las nueve o a las diez de la noche; esto era por veinte días continuos. A los nueve de este mes disponían a los cautivos que habían de ser sacrificados, haciendo para ello grandes y prolijas ceremonias; vestíanlos de varios y diversos papeles y teñíanlos en muchos colores. Estos días elegían dos de estos esclavos para el sacrificio, un hombre y una mujer, los cuales guiaban las danzas y bailes, yendo delante los dos apareados; éstos decían que eran las imágenes de los dioses compañeros. A los diez y seis días de este mes comenzaban un muy penitente y áspero ayuno todos los dueños de los esclavos que en esta fiesta eran sacrificados. Y luego a los diez y nueve del dicho comenzaban un común baile de hombres y mujeres, en el cual bailaban culebreando, haciendo muchos y muy concertados movimientos y diferentes de los otros bailes

Al fin de este mes hacían fiesta al dios Tlamatzincatl, dios de los tlamatzincas, que viven en el valle de Tolucan, nueve leguas de esta ciudad de Mexico, a la parte de el poniente. Ya hemos dicho que cuando sujetaban algún reino o provincia estos mexicanos, traían a Mexico (como los romanos traían a Roma) su dios o dioses o ya como vencidos o poco poderosos, que no lo fueron para defender a sus servidores, o ya como dioses de estimación, para honrarles y ofrecerles sacrificio, como a los suyos; y así parece haberlo hecho con este dios, pues le hacían fiesta y ofrecían ofrendas y sacrificios. En esta fiesta y en la pasada había una gran matanza de hombres cautivos que eran sacrificados después de haber estado como puercos en cebo, los cuales comían los señores y sacerdotes muy de gana; y con este sacrificio y muchas danzas y concertados cantos cesaba esta fiesta y acababa el mes, y el demonio era indignamente honrado y venerado de estos ciegos desatinados.

CAPÍTULO XXVII. *De la fiesta que se le hacía al dios de la guerra en el quinto décimo, llamado panquetzaliztli*



TRA FIESTA HACÍAN A HUITZILOPUCHTLI, dios guerrero de estos indios, en este mes quinto décimo, y no menos célebre que las otras dos primeras, para la cual formaban su imagen o estatua de semilla de bledos, del tamaño y estatura de un hombre. Lo mismo hacían de su compañero, llamado Tlacahuepancuexcutzin, en una sala o sacristía que estaba cerca de su templo y altar. Después de hecha y formada, la tomaban en palmas todos sus sátrapas y sacerdotes, y con grandes ruidos y regocijos la subían a su altar y sentaban con mucha reverencia y devoción, y luego hacían lo mismo de la otra estatua de Tlacahuepan, a las cuales hacían escolta y guarda toda la noche sus ministros y sacerdotes. Comenzábase esta fiesta el día segundo de este mes, haciendo grandes bailes y cantando los cantares y alabanzas de su dios Huitzilopuchtli en el patio de su detestable templo. En el baile andaban hombres y mujeres todos juntos; comenzábase sobre tarde, o a la caída del sol y acabábase a las nueve o a las diez de la noche; esto era por veinte días continuos. A los nueve de este mes disponían a los cautivos que habían de ser sacrificados, haciendo para ello grandes y prolijas ceremonias; vestíanlos de varios y diversos papeles y teñíanlos en muchos colores. Estos días elegían dos de estos esclavos para el sacrificio, un hombre y una mujer, los cuales guiaban las danzas y bailes, yendo delante los dos apareados; éstos decían que eran las imágenes de los dioses compañeros. A los diez y seis días de este mes comenzaban un muy penitente y áspero ayuno todos los dueños de los esclavos que en esta fiesta eran sacrificados. Y luego a los diez y nueve del dicho comenzaban un común baile de hombres y mujeres, en el cual bailaban culebreando, haciendo muchos y muy concertados movimientos y diferentes de los otros bailes

comunes. La mañana siguiente, que era el día último del mes y el de la celebración de la fiesta, sacaban la imagen del dios Paynal, que era como su vicario en las batallas, la cual sacaba un sacerdote que representaba al dios Quetzalcohuatl, vestido con sus insignias y ornamentos y muy rica y curiosamente aderezado y otro con una culebra muy hondeada y retorcida de grande cuerpo y estatura, la cual sacaba delante de la imagen, como solemos acostumbrar los cristianos sacar la santísima cruz en nuestras solemnes procesiones. Puestos en orden estos dos para andar la proceśión, que este día se hacía, sacaban los míseros cautivos sentenciados a muerte y sacrificio, los cuales la acompañaban y seguía toda la gente del pueblo, haciendo grandes ceremonias, incensando los ídolos y cantando cantares que fingían su mucha devoción. Salía la procesión con este acompañamiento y ruido, y la primera mansión y pausa era en un barrio, llamado Teotlachco, adonde se le hacía un gran recibimiento y sacrificio mayor de codornices y otras muchas aves diferentes; y por remate tendían en el tajón dos cautivos en guerra y los mataban y otros muchos esclavos con ellos. Pasaban luego a este Tlatelulco donde la recebían con grande solemnidad y hacían otro mayor sacrificio y ofrenda más aventajada que la pasada. De aquí partían a Popotla y luego de allí a Chapultepec y otros lugares, hasta volver al templo, de donde había salido, que en ida y vuelta andaban cuatro o cinco leguas; y en todos éstos y otros lugares eran recibidos con derramamiento de sangre humana y muerte de infinidad de codornices. Vueltos al templo subían la imagen de Paynalton y la bandera o culebra que había precedido, que se llamaba espanitl, al cu y altar del dios Huitzilopuchtli; y puesta aquí, con toda reverencia, volvían a bajarse todos al patio grande, llevándose la culebra, que era como su pendón o estandarte para sus fiestas.

Ya para este tiempo y hora estaba aparejada la ofrenda que el rey hacía este día, que era de papel y copal, en grandísima cantidad; la cual encendía él, por su misma mano, para que todo ardiese y se consumiese en su presencia en el brasero del incienso, como queriendo remedar el demonio engañador en esto el altar de el incienso, que antiguamente tenía Dios en su templo y tabernáculo y el sacrificio que llamaban hostia; el cual era todo del todo quemado y consumido, según la ley expresa que así lo mandaba, pero el ministro era el sacerdote.[1] Hecha esta ceremonia y sacrificio real, en la presencia de los tres ídolos (conviene a saber) de Huitzilopuchtli, de Tlacahuepan y Paynalton, con otras muchas cosas de valor y precio que ofrecían, bajaban a Paynalton; y tras él los cautivos en guerra y otros muchos esclavos que habían de ser sacrificados y daban todos juntos tres o cuatro vueltas con la imagen al templo y cu, a manera de procesión; y uno de los ministros y sátrapas, de este dios Paynal, sacrificaba cuatro de estos cautivos en el juego de pelota, que llaman Teutlachco, que estaba dentro del compás y cuadro. Hacían los hombres de guerra una muy solemne escaramuza y en las arremetidas y acometimientos con que se careaban y

[1] Lev. 23 et seqq.

hacían rostro, morían algunos de ellos. Luego procedían en el acto del sacrificio y mataban los cautivos en guerra primero y tras ellos los esclavos cebones y, a cada uno que mataban, solemnizaban su muerte con mucha música, procediendo la fiesta con muchos bailes y regocijos. Todo esto se remataba y concluía comiendo y bebiendo abundantísimamente y en este último acto se abscondía y ponía el sol y el día y fiesta se acababa. A la mañana siguiente bajaban las estatuas de los dos dioses dichos, que eran de masa de bledos, y partíanlas en cuatro partes y dábanlas a cuatro parcialidades de gente, las cuales la dividían entre sí y comían, lo cual les servía como de comunión; y no les era lícito comer de ello a las mujeres, sino a solos los varones, aunque fuesen niños pequeños y de cuna. Esto hacían con grandes y supersticiosas ceremonias,[2] como en otra parte se verá.

Aquí se nota esta invención de estos indios, de llevar en esta procesión de su dios guerrero esta culebra por guía, la cual debía de ser el estandarte de este dios y las insignias de los que salían a la guerra; y así se llamaba ezpanitl, que quiere decir, estandarte o bandera de sangre. Y pudo tomar el nombre esta infernal figura de la sangre que se derramaba cuando salía a público. Y no es necesario, para que se llame bandera,[3] que sea de las que nosotros usamos de sedas y otras telas que vayan tremolando por los aires o cogidas en las astas en que están atadas, que no todas las insignias, que todas las naciones han usado en sus ejércitos, han sido de éstas, ni los romanos en su antigüedad las acostumbraron, sino aquella asta y cetro que llamaron lábaro, en cuyo remate iba una águila caudal. Séase lo que se fuere, ello es que así se hacía y les servía de ornato en sus procesiones, como en las nuestras la imagen y semejanza de la cruz en que Cristo, señor nuestro, nos redimió y libró de este falso engañador que en semejante figura de culebra engañó a nuestra madre Eva y la derribó en la culpa y ofensa que contra el precepto y mandamiento de Dios cometió;[4] y de allí quedamos esclavos de esta víbora infernal y ponzoñosa, en cuya memoria debía de querer sacarla entre sus trofeos por estandarte y blasón,[5] aunque fue vencido después por Jesucristo nuestro señor,[6] puesto en el estandarte de la cruz, figurando en aquella culebra de metal[7] levantada en alto en el desierto.

[2] Supra lib. 6. cap. 38. y lib. 7. cap. 8.
[3] Cod. de præpos. barbarorum, lib. 12. Adrian Furneb. Adv. lib. cap. 16. Euseb. lib. 9. Hist. Eccles. y de Vita Constantin. lib. 1. cap. 25 y lib. 2. cap. 7. Ulises Aldrovand. Ornitholog. lib. 2. cap. 2.
[4] Genes. 3.
[5] Num. 21.
[6] 4. Reg. 18.
[7] Ioan. 3.

CAPÍTULO XXVIII. *De la fiesta tercera que les hacían a los dioses de las aguas, llamados tlaloques, en el mes atemuztli, sexto décimo de su año*



E TRES FIESTAS QUE ESTOS INDIOS CELEBRABAN a los dioses de las lluvias, llamados tlaloques, era la última esta que les hacían en este mes sexto décimo, el cual corresponde a nuestro diciembre, cuyo primero día era el segundo de el dicho de diciembre. La razón de ordenarles esta fiesta era haber llegado el sol a lo más alto de su curso y carrera, que (como todos saben) a los veinte y uno de éste hace curso y vuelve a desandar lo andado. Por esta razón y elevarse tanto suele mudar el tiempo, y entonces era con más certidumbre y puntualidad que agora y con la mudanza de él tronaba y hacía demonstración de llover. Y como los ruidos de los truenos, para los que no saben que proceden de causas naturales, son de espanto y les parece cosa sobrenatural, estos ciegos y desventurados idólatras los atribuían a estos dioses falsos y creían ser mensajeros y nuncios de su venida; y, para que no cesasen en el favor comenzado, los invocaban con esta solemnidad y fiesta, suplicándoles que pues tenían a cargo el proveer de aguas a la tierra, acudiesen con las forzosas y necesarias para sembrar y que los sembrados se lograsen. A esta demonstración de lluvia y ruido de truenos acudía luego todo el número de ministros de los ídolos; y lo primero que hacían era hacer grandes penitencias, ofrecían copal y incienso en grandísima cantidad. Esta ofrenda hacían a los dioses tlaloques y a todas las imágenes y figuras que tenían de los montes. Muchos de los populares (si no eran todos) hacían luego voto de hacer las imágenes pequeñas de los montes, llamados tepictoten, las cuales eran dedicadas a los mismos dioses de las lluvias y aguas llovedizas.

A los diez y seis de este mes mexicano comenzaban todos los de el pueblo, así chicos como grandes, a aparejar ofrendas para ofrecer a Tlaloc el día de la fiesta. Todos estos cuatro días restantes hacían todos grandes penitencias y absteníanse de los actos matrimoniales los casados, para estar más limpios y dispuestos para el sacrificio. Llegada la fiesta, que la celebraban el último día de este mes, cortaban muchas tiras de papel y ataban las unas de las otras y, colgadas de unas varas o astas largas, las hincaban en los patios y conservábanlas por algún tiempo. Hacían las imágenes de los montes de masa de semilla de bledos, que llaman tzohualli, cuyos ojos fingían de frijoles negros y dientes de pepitas de calabaza. Formados estos ídolos en la manera ya dicha, ofrecíanles grandes comidas y adorábanlos como a verdaderos dioses. Después de haber hecho esta ceremonia y haberlos velado y guardado toda aquella noche, habiendo también cantado y bailado, abríanlos por los pechos con un tzotzopaztli, que es un palo ancho con que tejen las mujeres, a manera de espada o machete, sacábanles el corazón, que también les habían puesto en lo interior de la masa y cor-

tábanles las cabezas como acostumbraban hacer a los sacrificados y guardábanlas. Lo demás del cuerpo repartían entre sí y se lo comían, como representando en la misma imagen del dios Tlaloc, el sacrificio y ceremonias que se hacían en los hombres que les eran sacrificados; y era en la masa y semilla, para obligarles a que les diesen aguas para sembrar y coger otras semillas el año venidero para aquel mismo efecto. Los otros ornamentos y adornos con que los habían engalanado para que representasen al dios que querían, quitábanselos y quemábanlos en los patios de sus casas, cogían las cenizas y llevábanlas con mucha veneración, juntamente con las vasijas y otras cosas con que los habían servido en el convite, a los oratorios que llamaban ayauhcalcos; luego comenzaban todos a comer y beber y regocijarse; y con este fin se le daban a la fiesta.

CAPÍTULO XXIX. *De la fiesta que se hacía a la diosa Ilamatecuhtli y por otro nombre Cozcamiauh, la cual celebraban en el mes décimo séptimo de su calendario, llamado tititl*



STE MES TITITL ERA EL DÉCIMO SÉPTIMO del año mexicano, el cual caía a los veinte y dos de diciembre y acababa a los once de enero. En él se hacía fiesta a una diosa, llamada Ilamatecuhtli, que quiere decir principala vieja. No he alcanzado a saber el intento de su celebración; pero no porque yo lo ignore dejarían estos idólatras de tenerle.

Este día tercero de su mes y el veinte y cinco de nuestro diciembre era el de la celebración de esta falsa diosa, en la cual hacían muchas invenciones y ceremonias; una de las cuales era elegir una mujer que la representaba vestida con sus vestiduras y proprias insignias. Ésta salía a bailar sola, a la cual le hacían el son y le cantaban unos viejos muy venerables. A esta mujer le era permitido llorar y entristecerse mucho (caso negado en otras que morían otros días) y así se entristecía, suspiraba y lloraba, con la memoria de la muerte que de próximo y cerca esperaba. Esto duraba hasta medio día y, a la declinación del sol, se componían los sátrapas del templo con los ornamentos de todos los dioses y salían al sacrificio; y puestos delante de ella llevábanla a lo alto del templo y sacrificábanla a esta maldita diosa. Sacábanle el corazón y cortábanle la cabeza, la cual cogía por los cabellos un sacerdote que guiaba la danza y comenzaban su muy solemne baile, en el cual bailaban todos aquellos ministros eclesiásticos que iban representando a los dioses.

Este mismo día hacían los sacerdotes y ministros de los templos, por remate de la fiesta, ciertas escaramuzas, saltando y corriendo, subiendo al cu y bajando muchas veces; y juntamente hacían otras varias ceremonias. El día siguiente hacía toda la gente de el pueblo unas talegas, a manera de bolsas y henchíanlas de heno y paja y otras cosas, que no hacen golpe ni tienen peso y colgábanlas de un cordel y traíanlas escondidas debajo de las

tábanles las cabezas como acostumbraban hacer a los sacrificados y guardábanlas. Lo demás del cuerpo repartían entre sí y se lo comían, como representando en la misma imagen del dios Tlaloc, el sacrificio y ceremonias que se hacían en los hombres que les eran sacrificados; y era en la masa y semilla, para obligarles a que les diesen aguas para sembrar y coger otras semillas el año venidero para aquel mismo efecto. Los otros ornamentos y adornos con que los habían engalanado para que representasen al dios que querían, quitábanselos y quemábanlos en los patios de sus casas, cogían las cenizas y llevábanlas con mucha veneración, juntamente con las vasijas y otras cosas con que los habían servido en el convite, a los oratorios que llamaban ayauhcalcos; luego comenzaban todos a comer y beber y regocijarse; y con este fin se le daban a la fiesta.

CAPÍTULO XXIX. *De la fiesta que se hacía a la diosa Ilamatecuhtli y por otro nombre Cozcamiauh, la cual celebraban en el mes décimo séptimo de su calendario, llamado tititl*



STE MES TITITL ERA EL DÉCIMO SÉPTIMO del año mexicano, el cual caía a los veinte y dos de diciembre y acababa a los once de enero. En él se hacía fiesta a una diosa, llamada Ilamatecuhtli, que quiere decir principala vieja. No he alcanzado a saber el intento de su celebración; pero no porque yo lo ignore dejarían estos idólatras de tenerle.

Este día tercero de su mes y el veinte y cinco de nuestro diciembre era el de la celebración de esta falsa diosa, en la cual hacían muchas invenciones y ceremonias; una de las cuales era elegir una mujer que la representaba vestida con sus vestiduras y proprias insignias. Ésta salía a bailar sola, a la cual le hacían el son y le cantaban unos viejos muy venerables. A esta mujer le era permitido llorar y entristecerse mucho (caso negado en otras que morían otros días) y así se entristecía, suspiraba y lloraba, con la memoria de la muerte que de próximo y cerca esperaba. Esto duraba hasta medio día y, a la declinación del sol, se componían los sátrapas del templo con los ornamentos de todos los dioses y salían al sacrificio; y puestos delante de ella llevábanla a lo alto del templo y sacrificábanla a esta maldita diosa. Sacábanle el corazón y cortábanle la cabeza, la cual cogía por los cabellos un sacerdote que guiaba la danza y comenzaban su muy solemne baile, en el cual bailaban todos aquellos ministros eclesiásticos que iban representando a los dioses.

Este mismo día hacían los sacerdotes y ministros de los templos, por remate de la fiesta, ciertas escaramuzas, saltando y corriendo, subiendo al cu y bajando muchas veces; y juntamente hacían otras varias ceremonias. El día siguiente hacía toda la gente de el pueblo unas talegas, a manera de bolsas y henchíanlas de heno y paja y otras cosas, que no hacen golpe ni tienen peso y colgábanlas de un cordel y traíanlas escondidas debajo de las

mantas que les servían de capas; con estas talegas daban de talegazos a todas las mujeres que encontraban por las calles. De aquí tomaban motivo los muchachos hasta hacerlas llorar (que esto suele ser muy ordinario en las burlas y rematar con veras). No sé si quiere oler esto a lo que los nuestros usan pocos días después en las carnestolendas; pero cuando no sea así, a lo menos sabremos por ello que esta invención de talegazos ha sido costumbre muy usada de muchas naciones del mundo y que los indios han entrado a las vueltas, en todas, con todos.

CAPÍTULO XXX. *De la fiesta que estos naturales hacían al dios del fuego llamado Xiuhtecuhtli y por otro nombre Izcozauhqui, en el mes décimo octavo y último de su calendario, llamado izcalli*



STE MES DÉCIMO OCTAVO y último de el calendario de estos indios, llamado izcalli, hacían fiesta al dios de el fuego, que era la segunda con que le honraban por el discurso de el año. El modo de celebrar esta fiesta era diferente de la pasada que le hacían en el mes décimo; porque entonces echaban vivos en el fuego muchos hombres, y en ésta no moría ninguno en los años ordinarios, sino era de cuatro en cuatro, que caía el bisiesto. Lo primero que se ordenaba para esta fiesta era salir a caza, así de animales de tierra como de agua, todos los mancebos de la república. Esto era a los diez días de aqueste mes y duraba esta caza todo el tiempo intermedio hasta el día de la fiesta. A los diez y seis días pasados sacaban fuego nuevo en honra de este dios Xiuhtecuhtli, apagando el común con que guisaban las viandas. Esto hacían a media noche delante de la estatua del fuego. Para este acto y ceremonia componían la imagen con tantas plumas ricas y piedras de valor y resplandecientes, que parecía estar encendida y abrasada con los visos y resplandores que de sí echaba. Llegada la fiesta venían muy de mañana los mozos y muchachos con la caza que habían podido haber y ofrecíanla en las manos de los sacerdotes y ancianos del templo; y era a las veces tanta que no se daban vagar a recibirla. Matábanla toda, o la más, y guisábanla para los señores y principales sacerdotes que entraban a las vueltas de ellos. Venía todo el pueblo y el común de las mujeres y ofrecían unos bollos que llaman tamales, hechos de bledos, que llaman huauhquiltamulli. De éstos daban uno a cada uno de los cazadores que comía y quedaba con esta remuneración y recompensa muy alegre y pagado. Comían de ellos también todos los populares aquel día en honra de la fiesta y bebían muy alegres de su vino.

El sacrificio de los años comunes y ordinarios era el de estos animales que echaban vivos en el fuego y allí morían y se asaban; pero de cuatro en cuatro años que tenían, como nosotros, el bisiesto, era el sacrificio y fiesta muy solemne y morían en ella muchos cautivos y esclavos, juntamente

mantas que les servían de capas; con estas talegas daban de talegazos a todas las mujeres que encontraban por las calles. De aquí tomaban motivo los muchachos hasta hacerlas llorar (que esto suele ser muy ordinario en las burlas y rematar con veras). No sé si quiere oler esto a lo que los nuestros usan pocos días después en las carnestolendas; pero cuando no sea así, a lo menos sabremos por ello que esta invención de talegazos ha sido costumbre muy usada de muchas naciones del mundo y que los indios han entrado a las vueltas, en todas, con todos.

CAPÍTULO XXX. *De la fiesta que estos naturales hacían al dios del fuego llamado Xiuhtecuhtli y por otro nombre Izcozauhqui, en el mes décimo octavo y último de su calendario, llamado izcalli*



STE MES DÉCIMO OCTAVO y último de el calendario de estos indios, llamado izcalli, hacían fiesta al dios de el fuego, que era la segunda con que le honraban por el discurso de el año. El modo de celebrar esta fiesta era diferente de la pasada que le hacían en el mes décimo; porque entonces echaban vivos en el fuego muchos hombres, y en ésta no moría ninguno en los años ordinarios, sino era de cuatro en cuatro, que caía el bisiesto. Lo primero que se ordenaba para esta fiesta era salir a caza, así de animales de tierra como de agua, todos los mancebos de la república. Esto era a los diez días de aqueste mes y duraba esta caza todo el tiempo intermedio hasta el día de la fiesta. A los diez y seis días pasados sacaban fuego nuevo en honra de este dios Xiuhtecuhtli, apagando el común con que guisaban las viandas. Esto hacían a media noche delante de la estatua del fuego. Para este acto y ceremonia componían la imagen con tantas plumas ricas y piedras de valor y resplandecientes, que parecía estar encendida y abrasada con los visos y resplandores que de sí echaba. Llegada la fiesta venían muy de mañana los mozos y muchachos con la caza que habían podido haber y ofrecíanla en las manos de los sacerdotes y ancianos del templo; y era a las veces tanta que no se daban vagar a recibirla. Matábanla toda, o la más, y guisábanla para los señores y principales sacerdotes que entraban a las vueltas de ellos. Venía todo el pueblo y el común de las mujeres y ofrecían unos bollos que llaman tamales, hechos de bledos, que llaman huauhquiltamulli. De éstos daban uno a cada uno de los cazadores que comía y quedaba con esta remuneración y recompensa muy alegre y pagado. Comían de ellos también todos los populares aquel día en honra de la fiesta y bebían muy alegres de su vino.

El sacrificio de los años comunes y ordinarios era el de estos animales que echaban vivos en el fuego y allí morían y se asaban; pero de cuatro en cuatro años que tenían, como nosotros, el bisiesto, era el sacrificio y fiesta muy solemne y morían en ella muchos cautivos y esclavos, juntamente

con el que representaba la imagen y persona de este dios; en el cual año hacían muchas y muy grandes ceremonias, en la muerte de este dios, excediendo en ellas a todas las de los otros dioses. Hecho este sacrificio, salían el rey y todos los señores y gente de cuenta a bailar (que ya estaban vestidos y aderezados para ello muy rica y costosamente) y comenzaban su baile con mucha majestad y gravedad, porque así era muy ordinario cuando el rey bailaba. Llamábase este baile netecuhytotiliztli, que quiere decir baile de los señores y caballeros; este baile era de cuatro en cuatro años tan solamente. Este mismo día (luego en riendo el alba) comenzaban a agujerar las orejas a los niños y los bezos de la boca y echábanles en las cabezas un casco de plumas de papagayo, pegado con ocozotl (que es resina de pino) dando a todos los niños y niñas sus padrinos y madrinas para que los instruyesen y enseñasen; en las ceremonias y servicio de éste y de todos los otros dioses.

En algunas otras partes y pueblos (como era en Tlacupa, Coyuhuacan y Azcaputzalco) levantaban un gran palo rollizo de diez o doce brazas de largo y hacían un ídolo de semillas y, envuelto todo con papeles, ponianlo en lo alto de aquel madero y todo aquel día bailaban en su redonda y contorno (que era el de la vigilia); luego el siguiente de la celebración de su fiesta, por la mañana, llevaban esclavos y cautivos en guerra, los que los tenían atados de pies y manos y echábanlos en un gran fuego, que para esta crueldad tenían aparejado; y no bien acabados de quemar los sacaban de la hoguera y les sacaban los corazones y a la tarde echaban el palo en tierra y cada cual tomaba de la masa de que estaba amasado y compuesto el ídolo y todos procuraban llevar alguna parte de ella, porque creían que el comer algo de ella les había de hacer muy valientes y valerosos.

Mucho más es de espantar lo que en particular se hacía en el pueblo de Quauhtitlan, cuatro leguas de esta ciudad de Mexico. La vigilia de esta diabólica fiesta levantaban seis maderos, a manera de árboles de navío, atados unos escalones en cada uno; y en esta misma vigilia degollaban dos mujeres esclavas en lo alto del altar de los demonios y las desollaban enteramente con su rostro y sacábanles las canillas de los muslos; y el día de la fiesta por la mañana, dos indios principales se vestían estos pellejos, cubiertos los rostros con el cuero de las difuntas y tomaban en las manos las canillas y, muy poco a poco, bajaban por las gradas abajo del altar, bramando como bestias fieras, que ponía temor y espanto el verlos y oírlos; porque estaba en el patio y al derredor del templo muchísimo gentío a ver el espectáculo horrendo y temeroso y la gente, espantada de ver a estos dos ministros del demonio encubertados con las pieles de las indias sacrificadas, decían con temor y asombro, cuando venían bajando las gradas: ya vienen nuestros dioses; las cuales palabras repetían muchas veces. Llegados abajo comenzaban a tañer sus atabales y a estos enmascarados ponianles a las espaldas muchas cortaduras de papel cosidos, como en ala, donde iban más de cuatrocientos pliegos; y colgábanles del labio de la boca una codorniz degollada y sacrificada al demonio; y de esta manera bailaban estos dos, guiando la rueda de la danza o mitote. Delante de estos

dos sacrificaba, toda o la más gente que concurría a la fiesta, muchas codornices y eran tantas que cubrían el suelo por donde iban; y vez hubo (si no era siempre) que pasaron de ocho mil, porque para esta fiesta las buscaba la gente, que a ella venía de más de diez y doce leguas la tierra adentro; y al medio día las cogían todas y se las llevaban a los calpules y se las comían los señores y principales de la república, juntamente con los sacerdotes y ministros del demonio. Éstos, así vestidos con estas pieles humanas, bailaban todo el día con ellas y no se las quitaban hasta que la fiesta se acababa.

Luego seguía otra mayor y nunca oída crueldad, y era que en aquellos seis palos que la vigilia antes habían levantado, ataban aspados seis cautivos o presos en guerra, y estaban debajo a la redonda más de dos mil hombres y muchachos con flechas y arcos en las manos; y estas gentes, luego que bajaban los que los habían subido a atar, disparaban en ellos muchas flechas y así asaeteados y algunos aún no muertos, los dejaban caer de aquella altura y, de el grande golpe que daban en el suelo, se les quebraban los huesos y se machucaban. Sacábanles luego los corazones y llevábanlos arrastrando a otro lugar donde los degollaban y daban las cabezas a los sacerdotes y los cuerpos se llevaban los señores y principales y se los comían; y otro día con aquel nefando convite hacían también fiesta. No nota aquí el piadoso lector, como aquel soberbio ángel, que dijo: Subiré al cielo y encumbraré mi sitial y asiento sobre los astros celestiales y hacerme he semejante a Dios, como lo dice el santo profeta Isaías.[1] ¿Trabajó en esta tierra de levantar en alto sus crueles sacrificios? ¿Y aquel, que como traidor fue derribado de la cumbre de los cielos, trabaja por derribar y echar de lo alto a los hombres y en cuanto puede solicita y trabaja de llevar a los profundos del infierno sus almas y cuerpos? Pues de esta manera y de seis en seis mataban estos bestiales indios todos los que estaban dedicados para esta fiesta que hacían de el fuego, que eran cincuenta y sesenta, unos años más y otros menos, conforme podían haberlos en sus acometimientos y guerras.

No sólo hacían fiesta de cuatro en cuatro años a este dios Ixcozauhqui y cada año (como hemos dicho); pero cada día tenían ofrenda particular en cada casa, y era de esta manera: Cuando llegaba la hora de el comer (que tienen de costumbre comer junto de el hogar, por participar de las tortillas calientes) echaban en el fuego la parte de ella que podía ser el primer bocado y allí se quemaba; lo mismo hacían de la bebida; y esto llamaban tlatlaza, como decir en latín *libatio;* y en castellano, *gustadura.* También ponían flores junto de el hogar o brasero y echaban copal e incienso en las brasas, a ciertas horas del día y de la noche, levantándose a menudo a hacer este sacrificio y ofrenda.

Otros cinco días les sobraban en el año, que nunca acertaron a meterlos en orden, ni reducirlos a cuenta (como veremos), los cuales llamaban nemontemi, que quiere decir días baldíos y desaprovechados; y así los tenían

[1] Isai. 14

por sospechosos y de mal agüero, tanto que decían que todos los que nacían en ellos tenían malos sucesos y eran desgraciados en todas sus obras, eran pobres y míseros; y si era hombre el que en algun día de estos nacía, llamábanle Nemoquchtli, hombre desaprovechado y desgraciado; y si mujer, Nenciduatl, mujer baldía. Por esta razón no osaban hacer nada, ni emprender cosa alguna estos días, por tenerlos por mal afortunados; y en especial se abstenían de reñir, por tener por cierto que los que estos días reñían, se quedaban por aquel año con aquella mala costumbre. Éste es un abuso de que usan mucho nuestros rústicos españoles (y aun los muy avisados lo tienen y platican por gracia), decir en este primer día de enero no ser lícito reñir, ni hacer otras cosas semejantes, porque es entrar con mal pie en el año; y aun huele a ceremonia supersticiosa y gentílica antigua. Porque sabemos de los romanos que tenían en tanta estimación el primer día de enero, que lo tenían por muy festivo y no consentían que en él se trabajase, ni hiciese nada. Y ésta es la razón (para los que no lo saben) porque habiendo en el martirologio de nuestro calendario tantos santos y mártires para cada día del año, no hay ninguno para éste, porque los paganos nunca ejercitaron en él ningún acto de justicia, por la causa y razón dicha. Y con lo dicho queda concluido el calendario indiano, que contiene las fiestas que se llaman estables y fijas. Y aunque tenían otras que no guardaban este orden de fijeza, que se pueden llamar movibles, no las trato aquí, porque tienen lugar particular y libro propio.

CAPÍTULO XXXI. *De otras fiestas que celebraban los tlaxcaltecas en su provincia de Tlaxcalla, Huexotzinco y Cholulla, que es capítulo muy de notar*



SIN ESTAS FIESTAS DICHAS en el calendario mexicano había otras muchas en diversas tierras, provincias y pueblos, en especial en Tlaxcalla, Huexotzinco y Cholulla, que eran señoríos de por sí (aunque después confederados o sujetos de mexicanos). Éstos adoraban un mismo dios, aunque lo nombraban con diferentes nombres. Los tlaxcaltecas y huexotzincas le llamaban Camaxtle; y los de Cholulla, Quetzalcohuatl; y entre otras muchas con que le celebraban en esta gran provincia a este falso dios Camaxtle, era una muy notable en crueldad de homicidios y sangre que se derramaba y ceremonias muy particulares y peregrinas. Esta fiesta se hacía en el principio de marzo; y aunque se le hacía fiesta cada año, era la mayor de cuatro en cuatro años, que era su grande Pascua. Este día de su celebración se llamaba teoxihuitl, que quiere decir año de dios. Llegado, pues, el año de esta gran fiesta, juntábanse en el templo todos los ministros que habían de hacer penitencia y levantábase, en medio de ellos, el más viejo de los tlamacazques (que en estas provincias dichas llamaban achcauhtli) y predicábales y exhortábales a la penitencia y ayuno; y entre

por sospechosos y de mal agüero, tanto que decían que todos los que nacían en ellos tenían malos sucesos y eran desgraciados en todas sus obras, eran pobres y míseros; y si era hombre el que en algun día de estos nacía, llamábanle Nemoquchtli, hombre desaprovechado y desgraciado; y si mujer, Nenciduatl, mujer baldía. Por esta razón no osaban hacer nada, ni emprender cosa alguna estos días, por tenerlos por mal afortunados; y en especial se abstenían de reñir, por tener por cierto que los que estos días reñían, se quedaban por aquel año con aquella mala costumbre. Éste es un abuso de que usan mucho nuestros rústicos españoles (y aun los muy avisados lo tienen y platican por gracia), decir en este primer día de enero no ser lícito reñir, ni hacer otras cosas semejantes, porque es entrar con mal pie en el año; y aun huele a ceremonia supersticiosa y gentílica antigua. Porque sabemos de los romanos que tenían en tanta estimación el primer día de enero, que lo tenían por muy festivo y no consentían que en él se trabajase, ni hiciese nada. Y ésta es la razón (para los que no lo saben) porque habiendo en el martirologio de nuestro calendario tantos santos y mártires para cada día del año, no hay ninguno para éste, porque los paganos nunca ejercitaron en él ningún acto de justicia, por la causa y razón dicha. Y con lo dicho queda concluido el calendario indiano, que contiene las fiestas que se llaman estables y fijas. Y aunque tenían otras que no guardaban este orden de fijeza, que se pueden llamar movibles, no las trato aquí, porque tienen lugar particular y libro propio.

CAPÍTULO XXXI. *De otras fiestas que celebraban los tlaxcaltecas en su provincia de Tlaxcalla, Huexotzinco y Cholulla, que es capítulo muy de notar*



IN ESTAS FIESTAS DICHAS en el calendario mexicano había otras muchas en diversas tierras, provincias y pueblos, en especial en Tlaxcalla, Huexotzinco y Cholulla, que eran señoríos de por sí (aunque después confederados o sujetos de mexicanos). Éstos adoraban un mismo dios, aunque lo nombraban con diferentes nombres. Los tlaxcaltecas y huexotzincas le llamaban Camaxtle; y los de Cholulla, Quetzalcohuatl; y entre otras muchas con que le celebraban en esta gran provincia a este falso dios Camaxtle, era una muy notable en crueldad de homicidios y sangre que se derramaba y ceremonias muy particulares y peregrinas. Esta fiesta se hacía en el principio de marzo; y aunque se le hacía fiesta cada año, era la mayor de cuatro en cuatro años, que era su grande Pascua. Este día de su celebración se llamaba teoxihuitl, que quiere decir año de dios. Llegado, pues, el año de esta gran fiesta, juntábanse en el templo todos los ministros que habían de hacer penitencia y levantábase, en medio de ellos, el más viejo de los tlamacazques (que en estas provincias dichas llamaban achcauhtli) y predicábales y exhortábales a la penitencia y ayuno; y entre

otras cosas les decía: hijos míos, ya es llegado el ayuno de nuestro dios y señor, esforzaos a servirle y a hacer penitencia; y el que se hallare flaco y sin espíritu para este heroico ejercicio, sálgase de esta compañía dentro de cinco días, que tendrá determinado para deliberar y determinarse en lo que quisiere hacer; y si de estos cinco días pasare adelante y llegare a los diez y desmayare y acobardare en la penitencia comenzada, este tal será tenido por indigno de la casa de dios y de la compañía de sus cultores y servidores y juntamente será privado de su hacienda y de todo cuanto en su casa tiene.

Pasado el quinto día, después de haber comenzado su rigurosa penitencia y ayuno, volvía este mismo achcauhtli a juntarlos y decía en alta voz: ¿Están aquí todos los de esta congregación? Y respondían que sí (aunque alguna vez sucedía que alguno de ellos, temiendo el rigor con que se comenzaba se ausentaba y no parecía más en el templo), con esto quedaba confirmada la asistencia de estos penitentes. Luego iban todos juntos a una gran sierra, que está su cumbre de la ciudad cuatro leguas, de gran subida de cuesta; y a la mitad del camino de esta subida se quedaban todos orando; y el principal achcauhtli subía a lo alto de ella, donde estaba un templo de la diosa Matlalcueye[1] (como en otra parte decimos), y ofrecía allí chalchihuites, que son piedras de género de esmeraldas, y plumas verdes grandes que llaman quetzalli y mucho papel e incienso de la tierra, rogando, con aquella ofrenda, a Camaxtle y a Matlacueye, les diese esfuerzo para proseguir aquel ayuno comenzado y acabarlo con salud y fuerzas para hacer penitencia.

Hecho esto y vueltos a la ciudad, luego venían otros servidores o ministros menores de los templos del demonio, que estaban repartidos por la provincia, en otros templos, y traían muchas cargas de palos, como el brazo y tan gruesos como la muñeca, y poníanlos en el principal templo de Camaxtle y venían muchos carpinteros (que habían ayunado y rezado cinco días) y labraban aquellos palos; y acabados de labrar y adelgazar de la manera y forma que convenía, dábanles de comer fuera de los patios (a diferencia de los ministros que los habían traído, que les administraban comida dentro de ellos). Luego venían los maestros que sacan las navajas de pedernal (después de haber también ayunado) y sacaban muchas navajas con que se habían de abrir las lenguas y poníanlas sobre una manta limpia; y si alguna de ellas se quebraba al sacar, que salen muy delgadas (como en otra parte decimos), echaban la culpa, los de los templos, a estos maestros y artífices y decíanles que no habían ayunado bien, ni su oración había sido eficaz para el buen suceso de su ministerio; y las de provecho perfumábanlas con incienso. Y puesto el sol de aquel día, los achcauhtin, que son los mayores y más viejos, cantaban cantares al demonio y tañían sus instrumentos de atabal y teponaztli. Luego callaban los atabales y cantaban otro cantar lúgubre y lloraban. Al cabo de este cantar, estaban todos los achcauhtin aparejados para el sacrificio y los demás mancebos con ellos;

[1] Supra tomo I. lib. 2. cap. 16.

y uno de los maestros, que era muy diestro, les rompía las lenguas de parte a parte, haciéndoles en ellas un grande agujero; y luego aquel principal achcauhtin sacaba por el agujero de su lengua aquel día más de cuatrocientos o quinientos palos de aquellos que unos carpinteros habían labrado; los otros viejos hacían lo mismo; y de los mancebos, los de más fuerte ánimo, los imitaban; pero como el dolor era tan grande y de tanto tiempo, muchos no podían llegar a este tan excesivo número, porque aunque los primeros eran algo delgados, los segundos eran más gruesos y los terceros más, hasta llegar a ser más gruesos que el dedo pulgar de la mano y algunos dos veces más. Esto se hacía esta noche primera que comenzaba su grande ayuno, después de la preparación ya dicha, que era de la gran fiesta o Pascua, que duraba tiempo de ciento y sesenta días, que es tiempo de cuatro meses y diez días; pero de los suyos ocho, que la llamaban teoxihuitl. Acabado este horrendo y espantoso sacrificio cantaba aquel viejo, que era el capitán y caudillo de esta bestialidad, que apenas podía hablar; pero esforzábase mucho a cantar, por no desmayar a los compañeros, para que con ánimo varonil continuasen todos lo comenzado. Tras esto ayunaban ochenta días y de veinte en veinte volvían a renovar este sacrificio y derramamiento de sangre. En fin de estos ochenta días, tomaban un ramo pequeño y poníanlo en el patio del templo en señal que los ochenta días que restaban eran de ayuno general para todos los del pueblo, para la digna celebración de la maldita Pascua de su falso dios Camaxtli. Entonces llevaban todos los palos ensangrentados que habían sacado por las lenguas y ofrecíanlos al ídolo y hincaban diez o doce varas grandes en el suelo, de más de a seis brazas de largo, y de ellos colgaban estos palillos ensangrentados, que eran muchos. Y los ochenta días que quedaban, ayunaban todos, así señores y principales como mazehuales y plebeyos. En este ayuno no comían axí o chile, que es uno de los principales mantenimientos de estas gentes, ni se bañaban, cosa muy común entre ellos. En este tiempo de el ayuno general proseguían aquellos desventurados ministros con su penitencia comenzada y pasaban por la lengua mucha cantidad de palos, aunque éstos no eran tan gruesos como los primeros, ni tan grandes, ni de tanto dolor como el pasado. Y mientras hacían este sacrificio cantaban los más viejos y principales, loores al demonio. Y estos días iba el achcauhtli a la sierra dicha de Matlalcueye y ofrecía al demonio muchos papeles, copalli y codornices, y no le acompañaban más de cuatro ministros de sus compañeros, y todos los otros (que eran más de doscientos) quedaban en los calpules o salas, continuando la falsa adoración de el demonio. Esta ofrenda que este achcauhtli hacía, era de noche, porque no fuese visto de nadie cuando subía al monte; y no descansaban en el camino, sino que en haciendo el sacrificio y oración, se volvían luego a su recogimiento. En este templo de el ayuno salía también este principal achcauhtli a los principales lugares y pueblos de esta provincia a exhortar la preparación de la gran Pascua, y por señal llevaba un ramo verde en la mano (aunque no me parece que era el de oliva, con que volvió la paloma al Arca de Noé,[2] como nos dice la sagrada

[2] Genes 8, 9.

historia, porque aquél fue en señal de paz y de que las aguas del Diluvio cesaban; y aquí era en señal de la guerra continua que el demonio hacía a estas gentes, en tantas cegueras como los traía envueltos), iba a las casas de los señores y principales y ofrecíanle mucha comida y mantas; y dejando la comida, por no quebrantar el ayuno, se traía las mantas para ofrecerlas al ídolo Camaxtle.

Antes de la fiesta, cuatro o cinco días, aderezaban todos los templos y salas de los dioses y encalaban lo desollado y descostrado de éstos; y tres días antes pintábanse los achcauhtin, unos de negro, otros de azul y otros de blanco y cada cual como mejor le parecía; y luego a las espaldas de la casa o templo principal de el demonio bailaban el día entero. Luego vestían la estatua de su dios Camaxtle, que era de tres estados de alto y junto de sí tenía otro ídolo pequeño, que decían haberle traído los primeros pobladores de esta república. Este ídolo ponían siempre a la grande estatua de Camaxtle; y teníanle tanta reverencia y temor, que no le osaban mirar, ni alzar los ojos en su presencia, aunque diversas veces sacrificaban delante de él mucho número de codornices. Vestían este ídolo con las vestiduras del dios Quetzalcohuatl, en esta ocasión, que era el dios de los chololtecas, porque decían estos idólatras que era hijo de Camaxtle; y estas vestiduras traían los mismos chololtecas para esta fiesta, por no estar la una ciudad de la otra más de cuatro leguas; y esto mismo hacían los de Tlaxcalla, cuando festejaban esotros, a su falso dios; eran muchas y se las vestían con grandes ceremonias y cubríanle la mala cara con otra peor y más fea máscara.

En la vigilia comenzaban la ofrenda de la manera siguiente: lo primero, le ponían en el brazo izquierdo una rodela de oro y pluma rica, y en la derecha una muy bien labrada saeta y muy grande, cuyo casquillo era de pedernal, a la manera y grandor de un hierro de lanza. También le ofrecían mucha ropa de mantas y xicoles, que es una vestidura a manera de capa, y un tecucxicolli, que es como un capuz o loba grande de las que usan los que traen luto; era abierta por delante y tenía un ribete muy galanamente labrado de algodón y pelo de conejo hilado y teñido como seda. Luego le ofrecían muchos conejos, codornices, culebras, lagartos y mariposas; muchas flores y rosas y otras infinitas cosas; y esta caza que traían se la ofrecían viva y allí en su presencia la mataban. Luego a la media noche venía un ministro de los que allí servían, vestido con las insignias de el demonio y sacábales lumbre nueva; y esto hecho, sacrificaban uno de los más principales de los cautivos que tenían para el sacrificio de esta fiesta. A esto seguía el sacrificio de los habidos en guerra, a honra de Camaxtle y, juntamente con él, nombraban otros dioses a los cuales hacían sus particulares sacrificios; y de esta manera sacrificaban este día en la cabecera de Ocotelulco, que es la que ahora se llama de Maxixcatzin, más de quinientos; y en la de Tepeticpac, que es media legua más arriba, que se nombra de Tlehuexolotzin, pocos más o menos de ciento; y en otras partes otros, de manera que venían a ser más de mil hombres los sacrificados, cuyas ánimas se llevaba el demonio aquel día al infierno, por la infidelidad en que morían; y con esto remataba esta fiesta infernal y mala.

En este mismo día o Pascua, llamado teoxihuitl, que quiere decir año de dios, morían sacrificados otros muchos en las provincias de Huexotzinco, Cholullan, Tepeyacac, Zacatlan y Zacotlan, en mayor o menor número, según eran más o menos las gentes de las provincias, y todos morían a contemplación de este mal dios Camaxtle, porque todas estas gentes y naciones dichas lo adoraban y casi con las mesmas ceremonias que en Tlaxcallan, aunque en ninguna sacrificaban tantos hombres como en ésta. Lo uno, por ser mayor que esotras; y lo otro, por ser grandemente valientes estos dichos tlaxcaltecas, de cuyos capitanes y mucha otra gente valerosa de sus ejércitos se dice que habían prendido por sus proprias personas, en veces, más de sesenta y setenta y ochenta prisioneros y cautivos, y muchos pasaban a más de ciento. Pasado, pues, aquel tan cruel y nefando día y no harta aquella insaciable bestia, enemiga del humanal linaje, luego el día siguiente tornaban a hacer comemoración del mismo demonio y le sacrificaban otros catorce o quince cautivos, que como aún duraba la fiesta no le parecía al demonio que lo era, si no le ofrecían vidas de hombres y sangre humana.

Asimismo tenían otras muchas fiestas en el año, como los mexicanos, en especial en el fin de los meses que eran de veinte días, donde hacían muchas cosas supersticiosas y sacrificios de hombres muy ordinarios, y mataban por año más niños y niñas que en otra cualquier parte, y a estas inocentes criaturas sacrificaban a los dioses de el agua, como los mexicanos, que eran Tlaloc, Matlalcuye y Xuchiquetzal. También quemaban algunos en otras fiestas; y en otra fiesta levantaban un cautivo en una cruz atado, y allí le asaeteaban, y la cruz era un madero muy levantado y alto; y otro día de fiesta ataban a otro a otra más baja, y con unos palos de encina de una braza lo apaleaban y moría en este tormento. Estas mismas ceremonias y ritos guardaban en todas esotras provincias dichas. Otro día del principio de los meses desollaban dos mujeres; después de sacrificadas vestíanse las pieles de ellas dos mancebos de aquellos achcauhtin ya dichos, de los más ligeros y corredores, y así vestidos, andaban por el patio y pueblo tras los señores y principales que en esta fiesta vestían las mejores ropas y mantas que tenían; y si alcanzaban alguno le quitaban la capa, y se la llevaban: por esto vivían estos señores con cuidado de no encontrarse con ellos, y con esto fenecía esta fiesta.



CAPÍTULO XXXII. *De la fiesta principal que hacían los chololtecas a su mayor dios Quetzalcohuatl; y de un grande ayuno con que se disponían para festejarla*



NTRE OTRAS MUCHAS FIESTAS que los de Cholullan tenían por el discurso del año, casi semejantes a estas referidas, hacían otra de cuatro a cuatro años, como los tlaxcaltecas, aunque en tiempo diferente, que la llamaban año de Quetzalcohuatl. Antes de esta fiesta ayunaban ochenta días, y los primeros cuatro ayunaba el achcauhtli o tlamacaz, que así se llamaba el mayor de ellos, con sola una tortilla muy pequeña que apenas tenía de peso una onza; y tras ella bebía una poca de agua y no la cantidad que el cuerpo le pedía. Y estos cuatro días iba este achcauhtli solo a pedir y demandar la ayuda de los dioses, para poder ayunar y celebrar la fiesta; luego venía y ayunaban, cuyo ayuno era muy diferente de el que hacían los otros ya dichos; porque el día que lo comenzaban se iban todos los sacerdotes y ministros del demonio a las salas de los dioses, que estaban delante de los templos, y a cada uno de ellos daban un incensario de barro de los que usaban y mucho copalli con él, que es su incienso y puntas de maguey, que es el cardón que en otra parte decimos,[1] y tizne para tiznarse. Sentábanse todos por orden, arrimados a la pared, y no se levantaban, si no era a las forzosas necesidades naturales, y allí sentados habían de velar; y en los sesenta días primeros no dormían más de a prima noche, dos horas y, después de salido el sol, otra; y todo el demás tiempo, que eran veinte y tres horas que había de día y noche, velaban y ofrecían incienso, echando brasas en sus incensarios todos juntos y muchas veces cada día. A la media noche todos se bañaban y luego, con la tizne que les habían dado, se tiznaban el cuerpo, que parecían demonios; y todos estos sesenta días se sacaban sangre de las orejas, muy a menudo, con la puntas de maguey que tenían; y muchos de éstos no sólo hacían este inhumano sacrificio, las veces que por ley estaban obligados, sino otras muchas voluntarias creyendo falsamente agradar con este derramamiento de sangre a sus detestables y abominables dioses. Si alguno se dormía o cabeceaba, los otros le despertaban a ginchonazos que le daban con las mismas púas con que se sacrificaban y sacaban sangre; y si era negligente, porque se dejaba vencer del sueño y no lo resistía como valiente, los maestros mayores le picaban las orejas con inhumanidad muy grande, diciéndole: con esto despiertan los ministros de dios y señor nuestro Quetzalcohuatl; y la sangre que les sacaban de las orejas se la derramaban sobre la cabeza y quebrábanle el incensario, en pena de su descuido y pecado; porque lo tenían por grande dormirse y no resistir fuertemente el sueño; y decían ser indigno de ofrecer a dios sacrificio y las mantas se las echaban en el lugar de los excrementos naturales; y decíanle que por haber ayunado mal en el templo le había de suceder mucho mal en las cosas de su casa

[1] Lib. 9. cap. 13.

y que se le había de perder la hacienda o morir alguno de sus hijos (si los tenía). No salía fuera del templo ninguno de estos ayunantes, todo el tiempo que duraba su ayuno. Pasados estos sesenta días de ayuno, con tanto tesón y aspereza, los otros veinte días que restaban para cumplir los ochenta no se sacrificaban tanto y dormían algo más que hasta entonces. Y dice el padre fray Toribio que preguntó a algunos de estos ayunantes, después de cristianos, ¿en qué sentían más tormento? Y le respondieron: que en el resistir el sueño y no dormir acostados, porque algunos parecía que morían con esto. Y el que no lo creyere haga la experiencia y verá lo verificado en sí mismo.

Para la fiesta ataviaban bien su ídolo de Quetzalcohuatl, y engalanábanle con muy ricas joyas y piedras de valor, y ofrecíanle muchas codornices y conejos, y papel y muchos sartales de mazorcas de maíz; sacrificábanle cautivos, según la cantidad que tenían recogida; y venían todos los de la ciudad con mantas nuevas al templo, y los ayunantes iban a sus casas a trocar las de el ayuno y entraban con los demás de nuevo y regocijaban el día, como de grande Pascua. Otras ceremonias hacían, que dejo de decir por excusar prolixidad, notando solamente en este cruel modo de ayunar el quebrantamiento y trabajo que el demonio les daba, especialmente en tenerlos, así sentados, sin tomar la necesidad de el sueño tan necesaria a la vida humana. Y no se tengan por cosas de encarecimiento las dichas en el capítulo pasado y éste, con otras espantosas y horrendas que en otros antes ponemos, que el padre fray Toribio de Motolinía, que vido muchas de ellas, las afirma y otros muchos con él, cuyos dichos son de grande autoridad y crédito, porque lo fueron en su santidad y vida.

CAPÍTULO XXXIII. *De la ceremonia universal de el fuego que estos indios usaban de cincuenta y dos en cincuenta y dos años, que era fiesta muy particular y de grande nota, a manera de jubileo de cincuenta años entre los hebreos*



UBILEO (si bien se considera el vocablo) se toma por remisión y libertad, no porque este nombre jubileo quiera decir esto; porque este nombre viene de *jovel,* dicción hebrea,[1] que significa cuerno o trompeta, según el Tostado; y porque se tañía esta trompeta en el pueblo de Dios algunos días antes de la fiesta de la libertad, por eso se denominó de este instrumento; y es como decir: día o días de la trompeta que se tañe, en apercibimiento de la remisión y libertad que aguardan este día o año los cautivos, y la recuperación o vuelta de lo ajeno, que por ley debía tornarse a su primer dueño: pues todo el tiempo de la venta de los hebreos se dividía por los años del jubileo, como lo dice el mismo Tostado,[2] refi-

[1] Sup. lib. Ios. cap. 6. q. 6.
[2] Tostat. in Lev. cap. 25. q. 6.

y que se le había de perder la hacienda o morir alguno de sus hijos (si los tenía). No salía fuera del templo ninguno de estos ayunantes, todo el tiempo que duraba su ayuno. Pasados estos sesenta días de ayuno, con tanto tesón y aspereza, los otros veinte días que restaban para cumplir los ochenta no se sacrificaban tanto y dormían algo más que hasta entonces. Y dice el padre fray Toribio que preguntó a algunos de estos ayunantes, después de cristianos, ¿en qué sentían más tormento? Y le respondieron: que en el resistir el sueño y no dormir acostados, porque algunos parecía que morían con esto. Y el que no lo creyere haga la experiencia y verá lo verificado en sí mismo.

Para la fiesta ataviaban bien su ídolo de Quetzalcohuatl, y engalanábanle con muy ricas joyas y piedras de valor, y ofrecíanle muchas codornices y conejos, y papel y muchos sartales de mazorcas de maíz; sacrificábanle cautivos, según la cantidad que tenían recogida; y venían todos los de la ciudad con mantas nuevas al templo, y los ayunantes iban a sus casas a trocar las de el ayuno y entraban con los demás de nuevo y regocijaban el día, como de grande Pascua. Otras ceremonias hacían, que dejo de decir por excusar prolixidad, notando solamente en este cruel modo de ayunar el quebrantamiento y trabajo que el demonio les daba, especialmente en tenerlos, así sentados, sin tomar la necesidad de el sueño tan necesaria a la vida humana. Y no se tengan por cosas de encarecimiento las dichas en el capítulo pasado y éste, con otras espantosas y horrendas que en otros antes ponemos, que el padre fray Toribio de Motolinía, que vido muchas de ellas, las afirma y otros muchos con él, cuyos dichos son de grande autoridad y crédito, porque lo fueron en su santidad y vida.

CAPÍTULO XXXIII. *De la ceremonia universal de el fuego que estos indios usaban de cincuenta y dos en cincuenta y dos años, que era fiesta muy particular y de grande nota, a manera de jubileo de cincuenta años entre los hebreos*



UBILEO (si bien se considera el vocablo) se toma por remisión y libertad, no porque este nombre jubileo quiera decir esto; porque este nombre viene de *jovel,* dicción hebrea,[1] que significa cuerno o trompeta, según el Tostado; y porque se tañía esta trompeta en el pueblo de Dios algunos días antes de la fiesta de la libertad, por eso se denominó de este instrumento; y es como decir: día o días de la trompeta que se tañe, en apercibimiento de la remisión y libertad que aguardan este día o año los cautivos, y la recuperación o vuelta de lo ajeno, que por ley debía tornarse a su primer dueño: pues todo el tiempo de la venta de los hebreos se dividía por los años del jubileo, como lo dice el mismo Tostado,[2] refi-

[1] Sup. lib. Ios. cap. 6. q. 6.
[2] Tostat. in Lev. cap. 25. q. 6.

riendo a Eusebio Cesariense, que son cincuenta. Y no sé si envidioso de esto el demonio ordenó entre estas indianas gentes otra fiesta de jubileo, en el cual no sólo había ruido de trompetas, sino también sacrificios y muertes de hombres y una invención de sacar fuego nuevo. Esta fiesta era de cincuenta y dos en cincuenta y dos años, a la cual llamaban Toxiuhmolpilia, que quiere decir, la atadura de nuestros años, que era la continuación o atadura de los años con que el tiempo corre y va haciendo su curso, distribuido en días, semanas y meses. Y acabados de pasar estos años volvían a contar de nuevo otros tantos; y llegando a dos números de éstos hacían uno de ciento y cuatro, que era una edad o siglo, como diremos luego. Este número de años de cincuenta y dos era el que decían de jubileo; porque en él aguardaban (según su falsa creencia) que los dioses les habían de volver a dar libertad por otro tanto tiempo como el pasado. Y en esta fiesta sacaban fuego nuevo con grande solemnidad en un cerro o monte, que está cerca de Culhuacan y pegado al pueblo de Itztapalapan, dos leguas de esta ciudad de Mexico, llamado Huixachtecatl. Esta fiesta hacían porque el demonio, que los engañaba, les tenía persuadidos a que el mundo corría por curso y tiempo de cincuenta y dos años; y pasados éstos, estaba en sola la voluntad de los dioses querer dar otros tantos después. Y persuadidos a este engaño y mentira de este falso engañador, tenían grandísima cuenta con el tiempo y cuando llegaba hacían grandes ceremonias y era como día de jubileo, en el cual renovaban el pacto de servir a sus falsos dioses otros cincuenta y dos años. Renovaban también todas las estatuas de los ídolos y todas las cosas de su servicio; blanqueaban todos los cúes y templos y cada uno en su casa renovaba todos los ídolos que tenía y hacían en común y en particular otras muchas y muy particulares ceremonias; pero la más solemne y de cuenta era la del sacar del fuego en la dicha sierra de Huixachtla, lo cual se hacía de esta manera:

Llegada la vigilia de la fiesta, cerca de la puesta del sol, se aparejaban todos los sacerdotes de los ídolos y se vestían y componían con los ornamentos de sus dioses de Quetzalcohuatl y de Tlaloc y otros de los más principales que tenían, de manera que parecía que los indios vestidos eran los mismos dioses que representaban; y al principio de la noche comenzaban a caminar desde la dicha ciudad de Mexico hasta Huixachtecatl, yendo muy poco a poco y de espacio, con mucha gravedad y silencio. A este paso reposado y grave llamaban teonenemi, que quiere decir van caminando como dioses; acompañaba esta procesión muchísimo gentío, como acto que tenían por de tan grande importancia. De esta manera caminaban e iban tanteando el camino, de manera que llegaban a este lugar casi al punto de media noche y un sacerdote del barrio o colación de Copulco, que tenía a cargo sacar el fuego, llevaba los instrumentos de él en las manos, e iba por el camino ensayándose para que llegando a las veras del acto no se turbase, ni diese motivo de algún mal agüero; llámase este instrumento fletlaxoni, que quiere decir el que arroja o da fuego, que son dos palillos pequeños que puesto uno sobre otro y ludiendo el macho en el que sirve de hembra, va sacando de él una harina muy molida y entre ella el fuego;

iba este dicho sacerdote con grandísimo cuidado como ejercitándose para sacar la lumbre diestramente.

Todos los del reino estaban con grandísimos temores y miedo esperando lo que acontecería, porque tenían creído que si no se sacaba fuego se acabaría el mundo y habría fin el linaje humano, y que aquella noche y aquellas tinieblas serían perpetuas y que el sol no tornaría a nacer, ni parecer en el oriente y que de arriba vendrían y decenderían los tzitzimimes, que eran unos demonios feísimos y muy terribles y que comerían a los hombres; y por esto todos se subían a las azoteas y terrados de las casas y se juntaban los que eran de una casa en lo alto de ella, sin osar quedarse ninguno abajo; y las mujeres preñadas se cubrían sus rostros con unas máscaras de la hoja del maguey y las encerraban sus maridos en las trojes o silleros de el maíz; porque decían que si no se pudiese hacer la lumbre o el fuego, ellas también se volverían fieros animales y que comerían a los hombres y mujeres. Lo mismo hacían acerca de los niños, poniéndoles máscaras como a las preñadas, y no los dejaban dormir sus padres, y ponían muy grande solicitud y cuidado en que no durmiesen, pellizcándoles y dándoles rempujones, porque decían que si los dejaban dormir que se habían de convertir en ratones. De manera que todas las gentes de las provincias convecinas a Mexico estaban asomados sobre los montes y sierras circunstantes, y no entendían en otra cosa sino mirar hacia aquella parte donde se esperaba el fuego nuevo, esperándolo con grandísima vigilancia y congoja de su corazón.

Llegados, pues, al lugar arriba dicho, si no era el punto de media noche, aguardaban a que lo fuese; lo cual conocían en que las pléyadas, que son las que nosotros llamamos cabrillas, estaban encumbradas enmedio del cielo, porque era el tiempo de este jubileo cuando en el año salen estas estrellas con el principio de la noche. Puestos en el lugar y siendo la hora, mataban un cautivo abriéndolo por el pecho y le sacaban el corazón como acostumbraban, y en la misma herida sacaban el fuego. La suspensión de todos, mientras la sacaban, era mucha, la turbación más; y todos, finalmente, chicos y grandes, nobles y plebeyos, estaban con sumo cuidado del suceso, temiendo no fuese entonces el fin de el mundo. Luego que salía el fuego daban todos grandes voces y alaridos de contento y hacían muchos regocijos, como en hacimiento de gracias por aquel tan señalado beneficio que creían hacerles sus falsos y engañosos dioses. Hacían una grande hoguera, donde se quemaba el sacrificado, para que vieran el fuego todos los que por los montes y sierras estaban a la mira, los cuales con voces y alaridos, como los primeros, celebraban el contento que tenían de ver el fuego nuevo; y los que estaban acá de todas las provincias y pueblos que habían venido por fuego nuevo, que eran muy ligeros y grandes corredores, tomaban de él y llevábanlo en unas teas de pino, hechas a manera de hachas o blandones; iban como postas, remudándose de trecho a trecho, y corrían todos a gran priesa y porfía, para llegar en breve a su pueblo, donde con el mismo cuidado que él iba, le estaban aguardando. Los de Mexico, cuando llegaba el fuego a la ciudad, luego lo llevaban al templo de su más que-

rido dios Huitzilopuchtli y poníanlo sobre un altar, hecho de cal y canto, que estaba delante del ídolo, y ponían en él mucho incienso de copal blanco. De aquí llevaban parte al aposento o sala de los sacerdotes, que se llamaban mexica, y después lo distribuían por otros de otros sacerdotes y ministros. Aquí venían todos los vecinos de la ciudad por fuego y era cosa muy de ver aquella multitud de gente que venía por lumbre. Hacían de ella hogueras muy grandes en cada barrio y juntamente muy grandes regocijos. Y esto que en Mexico se hacía, hacían todos los sacerdotes de los otros pueblos; y como era tanto el gentío y muchas las postas que se iban trocando, llegaba el fuego dentro de un día natural a todos los pueblos y provincias, por apartadas y distantes que estuviesen; y era muy de ver la muchedumbre de las candeladas de cada pueblo, porque eran tantas y tan grandes que la noche parecía día muy resplandeciente y claro. Hecha esta ceremonia y pacto nuevo con los falsos dioses, todos, cada cual en su casa, renovaba sus alhajas y se vestían de vestidos nuevos y esteraban la casa con nuevos petates o esteras y (como hemos dicho) todo lo que era necesario para el ornato y cultura de los dioses se renovaba y era nuevo, en señal del año nuevo que se comenzaba. Decían todos con grande placer y regocijo, cincuenta y dos años seguros tenemos, con que el mundo pasa adelante; y echaban en el fuego mucho incienso, sacrificaban muchas codornices y incensaban los patios de las casas echando incienso a todas las cuatro partes del mundo. Comían tzohuali, que es comida hecha de bledos y miel. Mandaban los sacerdotes ayunar a todos y que nadie bebiese agua hasta medio día, y a esta hora de medio día comenzaban a sacrificar cautivos y renovando las hogueras comían. Las mujeres preñadas, que estuvieron encerradas, salían fuera y quitábanles las máscaras, y si acontecía parir aquel día alguna de ellas, poníanle por nombre a la criatura, si era hombre, Molpili, que quiere decir atadura, en memoria de lo que había acontecido en su tiempo, y si era mujer, Xiuhnenetl.

Dícese que el año de mil y quinientos y siete, que fue el seteno del reinado de Motechuzuma, se celebró esta fiesta con grande solemnidad y más aventajadamente que nunca y fue la postrera que estos indios tuvieron, porque trece años después llegaron los españoles, con cuya entrada cesaron estas cosas supersticiosas; para la cual fiesta mandó este poderoso monarca, por todos sus reinos, que trabajasen todos de prender algún enemigo de este nombre que hubiese nacido en semejante día y ocasión; y fue preso un indio de Huexotzinco de gran valor y muy generoso que se llamaba Xiuhtlamin; en el pecho de éste se sacó el fuego nuevo; y por haberlo prendido en la guerra un valiente soldado de este Tlatelulco, que es parte de la ciudad de Mexico, llamado Itzcuin, fue llamado después Xiuhtlaminman, que quiere decir el que prendió el esclavo en cuyo pecho se sacó el fuego nuevo de la grande fiesta de el jubileo. Esta fiesta era (como decimos) la mayor que estas gentes tenían, porque en ella creían ser redimidos de la muerte y ayudados con otro embolismo de cincuenta y dos años. Y así como en el pueblo de Israel celebraban el año del jubileo, que era el de cincuenta, en el cual se redimían las posesiones y heredades y se libertaban

los cautivos y la tenían por la mayor de sus fiestas, como lo dice el Tostado,[3] así estos indios tenían ésta por la mayor, porque en ella pensaban que redimían vida para más tiempo, aunque se engañaban, pues Dios es el que lo da y lo quita; y no sabemos (como dice Cristo) el que el padre celestial tiene determinado, por estar reservado a su solo poder; pero como ciegos estos hombres creían estas locuras con todas las demás, que en estos libros van escritas y otras sin cuento que callo.

CAPÍTULO XXXIV. *De la declaración y etimología de los nombres de los meses de el calendario indiano*



L PRIMER MES DE ESTE CALENDARIO MEXICANO se llamaba atlcahualco, que quiere decir cuando faltan las aguas o en el cesamiento y penuria de las aguas, porque en este tiempo de febrero no las hay, porque comúnmente comienzan por abril, aunque algunas veces hay algunos aguaceros por marzo y son muy necesarios para comenzar a sembrar los panes y los maíces. Llamábanlo también quahuitlehua, que quiere decir, cuando comienzan a retoñecer las plantas, porque como por aquel tiempo se han pasado los fríos y las heladas, comienza la primavera y el retoño de los árboles y plantas; pero los tlaxcaltecas y otros llamaban este mes xilomaniliztli, que quiere decir ofrenda de xilotes, que es la mazorca o espiga del maíz cuando está en leche, no porque entonces la ofrecían como algunos han querido sentir; porque aun entonces no hay sembrados, como todos saben y es muy notorio en toda esta tierra, sino porque en esta provincia de Tlaxcalla se comienza a sembrar en las tierras altas por este mes de febrero, que era el primero de su año; y en hacimiento de gracias de haberles dejado llegar a tiempo de poder sembrar las semillas de su sustento, debían de hacer esta dicha ofrenda del grano del maíz, el cual lo conservaban en mazorca y le llaman (como yo lo he oído muchas veces) xilotzintli; y séase lo uno o lo otro, ellos llamaban a este su primer mes de esta manera dicha.

Al segundo mes llamaban los mexicanos tlacaxipehualiztli, que quiere decir desvelamiento de hombres, porque en él hacían grandes sacrificios de gente humana y los desollaban y vestían sus cueros como bárbaros inhumanos. Los tlaxcaltecas llamaban a este mes coaylhuitl, que quiere decir fiesta general, porque en él se hacían grandes fiestas y bailes, así de los señores y principales, como de la gente común y plebeya; en los templos y plazas públicas hacían muchos juegos y traían grandes divisas de animales y mucha riqueza en sus trajes y disfraces. Había grandes presentes y dádivas entre los señores y principales y grandes comidas de diversas aves y animales guisados de diferentes maneras y traídos de tierras calientes; porque estos señores indios siempre fueron amigos de traer cosas de tierras

[3] Ib. q. 5.

los cautivos y la tenían por la mayor de sus fiestas, como lo dice el Tostado,[3] así estos indios tenían ésta por la mayor, porque en ella pensaban que redimían vida para más tiempo, aunque se engañaban, pues Dios es el que lo da y lo quita; y no sabemos (como dice Cristo) el que el padre celestial tiene determinado, por estar reservado a su solo poder; pero como ciegos estos hombres creían estas locuras con todas las demás, que en estos libros van escritas y otras sin cuento que callo.

CAPÍTULO XXXIV. *De la declaración y etimología de los nombres de los meses de el calendario indiano*



L PRIMER MES DE ESTE CALENDARIO MEXICANO se llamaba atlcahualco, que quiere decir cuando faltan las aguas o en el cesamiento y penuria de las aguas, porque en este tiempo de febrero no las hay, porque comúnmente comienzan por abril, aunque algunas veces hay algunos aguaceros por marzo y son muy necesarios para comenzar a sembrar los panes y los maíces. Llamábanlo también quahuitlehua, que quiere decir, cuando comienzan a retoñecer las plantas, porque como por aquel tiempo se han pasado los fríos y las heladas, comienza la primavera y el retoño de los árboles y plantas; pero los tlaxcaltecas y otros llamaban este mes xilomaniliztli, que quiere decir ofrenda de xilotes, que es la mazorca o espiga del maíz cuando está en leche, no porque entonces la ofrecían como algunos han querido sentir; porque aun entonces no hay sembrados, como todos saben y es muy notorio en toda esta tierra, sino porque en esta provincia de Tlaxcalla se comienza a sembrar en las tierras altas por este mes de febrero, que era el primero de su año; y en hacimiento de gracias de haberles dejado llegar a tiempo de poder sembrar las semillas de su sustento, debían de hacer esta dicha ofrenda del grano del maíz, el cual lo conservaban en mazorca y le llaman (como yo lo he oído muchas veces) xilotzintli; y séase lo uno o lo otro, ellos llamaban a este su primer mes de esta manera dicha.

Al segundo mes llamaban los mexicanos tlacaxipehualiztli, que quiere decir desvelamiento de hombres, porque en él hacían grandes sacrificios de gente humana y los desollaban y vestían sus cueros como bárbaros inhumanos. Los tlaxcaltecas llamaban a este mes coaylhuitl, que quiere decir fiesta general, porque en él se hacían grandes fiestas y bailes, así de los señores y principales, como de la gente común y plebeya; en los templos y plazas públicas hacían muchos juegos y traían grandes divisas de animales y mucha riqueza en sus trajes y disfraces. Había grandes presentes y dádivas entre los señores y principales y grandes comidas de diversas aves y animales guisados de diferentes maneras y traídos de tierras calientes; porque estos señores indios siempre fueron amigos de traer cosas de tierras

[3] Ib. q. 5.

extrañas para su regalo y grandeza, y por mostrar su valor y ánimo grande; porque naturalmente fueron los más de ellos francos y dadivosos y amigos de ser tenidos en esta opinión de generosos, dando y repartiendo sus bienes y haciendas, a fin de la conservación de la paz y quietud, procurando granjear amigos y gratificar los servicios que se les hacían, juntamente con los hechos a las repúblicas en común, teniendo y estimando en mucho a los hombres de valor y esfuerzo y los conservaban en su buena opinión y siempre los favorecían y animaban para no dejarlos caer de su buen estado y nombre. En los bailes de esta fiesta mostraban los señores sus grandezas y trofeos y todas las hazañas que sus antepasados habían hecho y conseguido. Componían versos y cantares que manifestaban y decían estos famosos y hazañosos hechos. Esto (como decimos) se representaba en plazas públicas o en los templos de sus dioses, con mucha solemnidad y cuidado.

Al tercero mes llamaban tozoztontli, que quiere decir, vela o vigilia pequeña. Llamábanla así porque todos estos veinte días que duraba el mes, velaban los servidores de los templos que se llamaban tlamacazque (como en otro lugar tenemos declarado) para la digna celebración de su falsa fiesta. Estos tlamacazque eran los que administraban el incienso y otras cosas a los sacerdotes para su falso y detestable culto; y así se llamaban ministros divinos o criados de los dioses. De donde hasta agora en nuestros tiempos ha durado llamar a los criados de los españoles tlamacazque, como si dijésemos, criados de los dioses; porque a los principios cuando Cortés vino al descubrimiento de estas tierras, a él y a sus compañeros tuvieron por dioses[1] (como dejamos dicho), y así los llamaban dioses advenedizos y a sus criados tlamacazque, que quiere decir ministros de los dioses. Pero volviendo al propósito, digo que ayunaban estos ministros de los dioses esta vigilia pequeña con mucha abstinencia y vela, porque no dormían de noche, sino que la velaban toda, con muchas hogueras de fuego que hacían y bocinas y cuernos que tañían, haciendo grande estruendo y ruido con estos instrumentos en demonstración de la continua vela que tenían, haciendo grandes sacrificios a sus dioses por los buenos temporales que esperaban que les darían; porque ya todos sembraban, casi en general, por este mes, llamado tozoztontli y por el bien del pueblo y salud universal de todos; lo cual todo lo amonestaban estos fingidos sacerdotes a los del pueblo para atraerlos y obligarlos a la falsa devoción de sus mentirosos dioses con otros muchos engaños y torpezas con que el enemigo de el género humano los tenía ciegos y engañados.

El cuarto mes se llamaba hueytozoztli, que quiere decir vigilia mayor o muy grande, porque el ayuno de este mes era mayor y su vigilancia con mucho cuidado y mayores ceremonias; porque no sólo ayunaban y se penitenciaban los sacerdotes y ministros de los templos, sino también todos los del pueblo y república, así señores como plebeyos. Hacíanse mayores sacrificios de hombres, mujeres y niños y cumplían sus promesas y votos

[1] Tomo I. lib. 4. cap. 17.

y salían a cumplir sus romerías y visitaban los templos de sus falsos dioses, según la devoción que cada uno tenía; reconocían sus culpas delante de ellos, y como acusándose de haber pecado con todos los cinco sentidos corporales, se sacaban sangre de las orejas, de los párpados, de los ojos, de las narices, lenguas, de los molledos de los brazos y muslos; y hacían otras cosas más horrendas en que se mostraban hombres bestiales.

Al quinto mes llamaban toxcatl, que quiere decir deslizadero o resbaladero, porque en este tiempo están los panes y todas las mieses en leche y solían helarse y aun agora ha acontecido lo mismo, por causa de que algunos años, por este mes de mayo, ha helado y hiela; y cuando no helaba decían, ya resbaló o se deslizó el tiempo; y por esto le llamaban toxcatl, que quiere decir resbaladero; y porque no sucediese este daño hacían este mes grandes sacrificios los sacerdotes y toda la gente acudía a los templos con sus ofrendas y sacrificios, como en todas las otras cosas, invocando a sus dioses.

El sexto mes llamaban etzalqualiztli, que quiere decir comida de puches o poleadas delicadas que ellos comían y unos bollos de masa de maíz mezclados con frijoles que son a manera de habas; porque entonces no tenían otra cosa que comer, por cuanto los panes no habían llegado a sazón y se aprovechaban de otras legumbres con que pasaban la vida, en especial la gente común, que no alcanzaba a tener la abundancia y trojes de los reyes y señores.

El séptimo mes era llamado tecuilhuitontli, que quiere decir fiesta menor de los caballeros y señores; y llamábase así, porque los caballeros mancebos y nobles, en las armas, se ensayaban en este mes para salir después a las guerras, en el cual mes todo era fiestas y alegrías, bailes y pasatiempos, sin cuidar de otra ninguna cosa, pasando el tiempo en huertas, jardines y florestas, con bailes y fiestas, que provocaban a risa. Vestían las más preciadas y ricas vestiduras que tenían. Y sobre todo eran muy de ver las cazas y monterías que hacían, así de volatería como de animales de monte y el orden que en ello había; porque las aves las cazaban con redes, en unas varas muy altas, como astas de lanza y abatían de esta caza gran suma de ella. Y el mismo orden tenían en las pesquerías y en la de monte, donde cazaban cantidad de liebres y conejos, lobos, zorras, venados, tigres, leones, puercos monteses y otros animales que a vueltas de éstos hallaban. Esto hacían los plebeyos y gente de el pueblo; pero los nobles y soldados que habían de ir a la guerra, se ejercitaban en las armas, procurando cada cual ser muy diestro en ellas; y se combatían unos a otros, así por agua como por tierra, como si fueran mortales enemigos. Los cantares de este mes todos eran de amores y dulces acaecimientos de ellos y hazañas de cazas y monterías, y tocaban grandes historias humanas antiguas de grandes sucesos y acaecimientos. Finalmente este mes era celebrado y festejado por los caballeros mancebos y nobles, sin interpolarse en sus regocijos ningún popular o plebeyo.

El octavo mes se llamaba hueytecuilhuitl, que quiere decir la gran fiesta de los reyes y señores o la fiesta mayor de los caballeros veteranos y gente

principal de las repúblicas. Para esta gran fiesta juntaban, en Mexico, en Tetzcuco y en Tlaxcalla y otras repúblicas grandes y nombradas, muchas gentes de diversas provincias, porque dado caso que esta fiesta se solemnizaba, por toda esta Nueva España, con muchas más ventajas se hacía su celebración en las ciudades mayores y en las que eran cabezas de los reinos; y la primera que ordenaban eran muchos y muy grandes sacrificios con mucha reverencia y estimación. Servían a los sacerdotes y dábanles grandes presentes y comidas en estos días, para tenerlos gratos y aceptos, para que ofreciesen a sus dioses sus sacrificios con toda devoción. Hacían sus bailes y fiestas en las plazas y lugares públicos y hacían grandes banquetes, convidándose los unos a los otros. Sacaban en sus bailes y juegos grandes atavíos y riquezas, con muchas invenciones a su modo; y los señores se hacían grandes presentes de esclavos y ropas, de oro, plata y cobre, de leones, tigres, águilas y culebras de extraña grandeza y de otros muchos animales de diversas especies y hechuras y aves de color peregrino, como son papagayos, guacamayas y monas de muchas maneras, porque abundaban de estos géneros y en ellos mostraban los señores su poder. Sacaban en los mitotes y bailes muchas y muy grandes plumerías y divisas, armas y blasones y otros trofeos ganados en guerras; historias en que mostraban la decendencia de sus linajes y hazañas de sus antepasados, la grandeza de sus principios y fundamentos de sus abolorios, de que siempre se preciaron; y por esto llamaban este mes la fiesta de los reyes y señores, porque excedía en grandeza a todas las del año.

Al noveno mes llamaban tlaxuchimaco, que quiere decir cuando son dadas y repartidas flores; llamábanlo así los mexicanos, porque en él se las daban a su mayor dios, Huitzilopuchtli; pero los tlaxcaltecas y otros, de otras provincias, lo llamaban miccailhuitzintli, que quiere decir la conmemoración pequeña de los difuntos, porque en ella la hacían de ellos en los templos, cantándoles cantares tristes y funestos, y asistían a ellos con mucha tristeza; y los ministros llamados tlamacazque se vestían de mantas negras de ichtli, que son mantas que llaman de nequén, y llevaban a ofrecer muchas ofrendas de maíz y chile, calabaza y frijol y otras muchas legumbres en memoria de sus difuntos.

CAPÍTULO XXXV. *Que prosigue la materia del pasado, de la declaración y etimología de los nombres de los meses de el calendario indiano*



EL DÉCIMO MES DEL CALENDARIO indiano llamaban sus sátrapas xocotlhuetzi, que quiere decir cuando se cae y acaba la fruta, y debía de ser, por esta razón, de que por aquel tiempo se acababa, que cae en nuestro agosto, e ya en todo este mes se pasan las frutas en tierra fría. Pero los tlaxcaltecas y otros lo llamaban hueymiccailhuitl, que quiere decir la fiesta mayor de los difuntos; y llamábanla así porque este mes solemni-

principal de las repúblicas. Para esta gran fiesta juntaban, en Mexico, en Tetzcuco y en Tlaxcalla y otras repúblicas grandes y nombradas, muchas gentes de diversas provincias, porque dado caso que esta fiesta se solemnizaba, por toda esta Nueva España, con muchas más ventajas se hacía su celebración en las ciudades mayores y en las que eran cabezas de los reinos; y la primera que ordenaban eran muchos y muy grandes sacrificios con mucha reverencia y estimación. Servían a los sacerdotes y dábanles grandes presentes y comidas en estos días, para tenerlos gratos y aceptos, para que ofreciesen a sus dioses sus sacrificios con toda devoción. Hacían sus bailes y fiestas en las plazas y lugares públicos y hacían grandes banquetes, convidándose los unos a los otros. Sacaban en sus bailes y juegos grandes atavíos y riquezas, con muchas invenciones a su modo; y los señores se hacían grandes presentes de esclavos y ropas, de oro, plata y cobre, de leones, tigres, águilas y culebras de extraña grandeza y de otros muchos animales de diversas especies y hechuras y aves de color peregrino, como son papagayos, guacamayas y monas de muchas maneras, porque abundaban de estos géneros y en ellos mostraban los señores su poder. Sacaban en los mitotes y bailes muchas y muy grandes plumerías y divisas, armas y blasones y otros trofeos ganados en guerras; historias en que mostraban la decendencia de sus linajes y hazañas de sus antepasados, la grandeza de sus principios y fundamentos de sus abolorios, de que siempre se preciaron; y por esto llamaban este mes la fiesta de los reyes y señores, porque excedía en grandeza a todas las del año.

Al noveno mes llamaban tlaxuchimaco, que quiere decir cuando son dadas y repartidas flores; llamábanlo así los mexicanos, porque en él se las daban a su mayor dios, Huitzilopuchtli; pero los tlaxcaltecas y otros, de otras provincias, lo llamaban miccailhuitzintli, que quiere decir la conmemoración pequeña de los difuntos, porque en ella la hacían de ellos en los templos, cantándoles cantares tristes y funestos, y asistían a ellos con mucha tristeza; y los ministros llamados tlamacazque se vestían de mantas negras de ichtli, que son mantas que llaman de nequén, y llevaban a ofrecer muchas ofrendas de maíz y chile, calabaza y frijol y otras muchas legumbres en memoria de sus difuntos.

CAPÍTULO XXXV. *Que prosigue la materia del pasado, de la declaración y etimología de los nombres de los meses de el calendario indiano*



L DÉCIMO MES DEL CALENDARIO indiano llamaban sus sátrapas xocotlhuetzi, que quiere decir cuando se cae y acaba la fruta, y debía de ser, por esta razón, de que por aquel tiempo se acababa, que cae en nuestro agosto, e ya en todo este mes se pasan las frutas en tierra fría. Pero los tlaxcaltecas y otros lo llamaban hueymiccailhuitl, que quiere decir la fiesta mayor de los difuntos; y llamábanla así porque este mes solemni-

zaban la memoria de los difuntos con grandes clamores y llantos y doblados lutos que la primera; y se teñían los cuerpos de color negro y se tiznaban toda la cara; y así, las ceremonias que se hacían de día y de noche, en todos los templos y fuera de ellos, eran de mucha tristeza, según que cada uno podía hacer su sentimiento; y en este mes daban nombre de divinos a sus reyes difuntos y a todas aquellas personas señaladas que habían muerto hazañosamente en las guerras y en poder de sus enemigos, y les hacían sus ídolos y los colocaban con sus dioses, diciendo que habían ido al lugar de sus deleites y pasatiempos en compañía de los otros dioses

Al onceno mes llamaban uchpaniztli, que quiere decir barredura o el mes de las escobas; llamábanlo así porque en este mes barrían todos, sin diferencia, los suelos de los templos y limpiaban con grande curiosidad los ornamentos de los ídolos y los componían con mucha reverencia; y porque también barrían y limpiaban todos los caminos reales, calzadas y calles, para el bien común y ordinario de las repúblicas y renovaban los edificios sumptuosos que tenían y los hacían de nuevo, porque acudían a estas cosas todos los del común, por ser bien universal de todos; y con este cuidado sustentaban sus famosos edificios y no los dejaban caer, como agora lo están y apenas hay pueblo que se conserve en buena traza y pulicía, porque ni las justicias lo cuidan, ni a los indios se les da nada por ello; porque hacen harto en sustentarse y en servir a los españoles. Hacían sus puentes y calzadas y renovaban los caños y atarjeas por donde venían las aguas a sus pueblos y ciudades. Y todo esto iba mezclado con mucho sacrificio que ofrecían al demonio, su falso y detestable dios.

Al doceno mes llamaban los mexicanos teotleco, que quiere decir la llegada de los dioses; y no sé por qué le dieron este nombre.

Al treceno mes llamaban los mexicanos tepeilhuitl, que quiere decir fiesta de los montes, porque honraban este mes a los dioses monteses[1] (como decimos en su propia fiesta); pero los tlaxcaltecas le llamaron pachtzintli, que quiere decir pequeña amusga, que es una yerba que se cría en los árboles, a manera de barbas, de color ceniciento y es seca sin hojas y a manera de hilo grueso, con que se cosen las albardas. Y en llamarlo así denotaban el tiempo seco que ya comenzaba cuando los árboles se deshojan y quedan como secos, que es demonstración de que ya entra el invierno, que es tiempo de fríos y heladas; y así adornaban por este tiempo sus templos con esta yerba llamada pachtli, y con ella hacían sus ceremonias y bailes. Y en este tiempo también acababan de encerrar sus panes y entraban en las cazas y monterías de venados y jabalíes, que llamaban los indios quauhtlacoyametl; y cazaban las aves que acudían estos días a los rastrojos, que son ánsares, grullas y patos de muchas maneras.

Al catorceno mes llamaban los mexicanos quecholli, que quiere decir el mes del francolín, que es una ave muy hermosa y pintada, llamada de los nuestros, por otro nombre, flamenca, por su hermosura y gala; la cual ave tienen los naturales en grande estimación y precio, porque decían que

[1] Supra cap. 25. h. lib.

era ave dedicada a los dioses, y así la llaman teoquechol; y otros, después que son cristianos, la llaman tlauhquechol; tiene el pico ancho como el pato, y los pies ni más ni menos que ellos; los cuales suelen venir por este mes dicho de lejas tierras, de aquella parte de la Florida, que es a la parte del norte. Este mes era aplicado a los enamorados y así, en su modo de hablar, tierno y regalado, se dicen así catetinotlazo, catetinoquecholtzin, que quiere decir eres mi querer y mi regalo. En este mes hacían fiesta los mexicanos al dios Mixcohuatl (como se dice en el calendario), y los tlaxcaltecas, y otros, a las diosas Xochiquetzal y Xochitecatl, y les sacrificaban muchas doncellas, en memoria de los amores. En este mes llamado quecholli se manifestaban las mujeres públicas y deshonestas y se ofrecían al sacrificio en traje conocido y moderado, que eran las que iban a las guerras con la soldadesca, y las llamaban maqui, que quiere decir las entremetidas, y se aventuraban en las batallas y muchas de ellas se arrojaban a morir en ellas. Este género de mujeres era muy deshonesto y desvergonzado; y cuando se arrojaban a morir se iban maldiciendo a sí mismas y diciendo muchas deshonestidades, infamando a las mujeres buenas, recogidas y honradas. Salían en esta fiesta, asimismo, los hombres afeminados y mujeriles en hábito y traje de mujer. Era esta gente muy abatida y tenida en poco y menospreciada, y no trataban éstos sino con las mujeres y hacían oficios de mujeres y se labraban y rayaban las carnes.

Al mes quinceno llamaban panquetzaliztli, que quiere decir enarbolamiento de pendones o banderas, porque ya por este tiempo se habían hecho las cosechas de sus panes, las cuales pasadas, comenzaban a tener sus guerras; y en este tiempo renovaban sus mojoneras, aledaños y linderos y defendían sus términos y montes y otras cosas de interés que tenían. De manera que en todo este mes estaban las provincias en arma y continua vela y había entre ellos muy crueles guerras y batallas, porque muchas veces venían a rompimiento y moría mucha gente y había grandes pérdidas y despojos y presas de cautivos y esclavos y se tomaban pueblos y ganaban provincias, en orden de ampliar, cada cual, sus reinos y señoríos. Y antes de las cosechas no acostumbraban nada de esto, porque los panes y sembrados no se talasen ni destruyesen; y para esto hacían grandes ofrendas a su dios Huitzilupuchtli o Camaxtle, ofreciéndole armas y otras cosas, pidiéndole favor y ayuda contra sus enemigos.

Al mes diez y seiseno llamaban atemuztli, que quiere decir bajada de el agua, porque este mes suele llover y nevar algunos años. Hacíanse muchas solemnidades y procesiones para la venida del agua; y por esto se le hacían grandes sacrificios a Tlaloc, dios de las aguas, como decimos en su fiesta.

Al mes décimo séptimo llamaban titil, que quiere decir tiempo apretado, porque lo era de fríos y heladas, las cuales sentían mucho, por la poca ropa de que usaban y porque por este mismo tiempo andaban apretados, con guerras y asaltos que tenían las unas provincias contra las otras, y se mataban y destruían unos a otros.

El décimo octavo y último mes que tenían estas gentes, llamaban izcalli, que quiere decir resucitado o el de la resurrección, porque por aquel tiem-

po ya quería mudar el tiempo y pasar de frío a calor y comenzar la primavera. Por esto renovaban otra vez sus edificios y casas públicas y comunes, y hacían grandes sacrificios y fiestas y otras muchas cosas con que acababan el mes y se acababa el año, siguiéndose luego los cinco días que llamaban nemontemi, que son los baldíos, que dejamos referido, y comenzaba tras ellos otro año.

CAPÍTULO XXXVI. *Donde se trata de la cuenta que estos indios occidentales tenían, con que contaban sus meses y años para su buena gobernación y celebración de las fiestas de su calendario*



S EL TIEMPO[1] (como lo definen hombres doctos) una cierta cuenta y medida que comprehende el entendimiento humano del curso y continuo movimiento de la décima esfera. Y dejadas muchas cosas que acerca de esto se pueden decir sólo digo (a propósito de mi intento) que las divisiones del tiempo, que son más usadas al tiempo presente, son años, meses, semanas, días, horas y minutos; de las cuales divisiones, la primera, que es el año, se dice la cuantidad del tiempo que pasa desde que el sol se aparta de algún punto del zodíaco, hasta que según su propio movimiento vuelve otra vez al tal punto; llámase año vulgar y también usual, porque se usa de él universalmente en todo el mundo, a lo menos entre aquellas naciones que tenemos noticia haber tenido cuenta y razón en la cuenta de sus tiempos. Este año contiene (según institución de Julio César) trescientos y sesenta y cinco días y seis horas; pero como este tiempo excede a la verdadera cantidad del año, fue causa de anticiparse el tiempo y hubo necesidad de la reformación que se hizo por mandado de Gregorio XIII, de felice recordación, el año de 1582. Es, pues, el año nombrado en dos maneras (es a saber): año común, que tiene trescientos y sesenta y cinco días o año bisextil, compuesto de trescientos y sesenta y seis. La causa de esta diferencia es, que la santa Iglesia romana cuenta los años según días cabales, por evitar la incomodidad que resultaría si a ellos se hubiesen de añadir en cada un año las seis horas; pues sería causa de no poder principiarlos siempre a una misma hora, como se hace; y así, las dichas seis horas, que cada año tiene más de trescientos y sesenta y cinco días, forman en cada cuatro años un día entero, que añadido a los trescientos y sesenta y cinco del año común, hacen un año de trescientos y sesenta y seis días y a este llaman bisiesto, que sucede de cuatro en cuatro años.

Estos indios de esta Nueva España tenían cuenta del año, al cual atribuían trescientos y sesenta días y no más; y los cinco que sobran, llamaban los nemontemi, que quiere decir baldíos; y así, no hacían caso de ellos. Sus meses eran diez y ocho, a diferencia de nuestro año, que se re-

[1] Varr. de Ling. Latin. lib. 5.

po ya quería mudar el tiempo y pasar de frío a calor y comenzar la primavera. Por esto renovaban otra vez sus edificios y casas públicas y comunes, y hacían grandes sacrificios y fiestas y otras muchas cosas con que acababan el mes y se acababa el año, siguiéndose luego los cinco días que llamaban nemontemi, que son los baldíos, que dejamos referido, y comenzaba tras ellos otro año.

CAPÍTULO XXXVI. *Donde se trata de la cuenta que estos indios occidentales tenían, con que contaban sus meses y años para su buena gobernación y celebración de las fiestas de su calendario*


S EL TIEMPO[1] (como lo definen hombres doctos) una cierta cuenta y medida que comprehende el entendimiento humano del curso y continuo movimiento de la décima esfera. Y dejadas muchas cosas que acerca de esto se pueden decir sólo digo (a propósito de mi intento) que las divisiones del tiempo, que son más usadas al tiempo presente, son años, meses, semanas, días, horas y minutos; de las cuales divisiones, la primera, que es el año, se dice la cuantidad del tiempo que pasa desde que el sol se aparta de algún punto del zodíaco, hasta que según su propio movimiento vuelve otra vez al tal punto; llámase año vulgar y también usual, porque se usa de él universalmente en todo el mundo, a lo menos entre aquellas naciones que tenemos noticia haber tenido cuenta y razón en la cuenta de sus tiempos. Este año contiene (según institución de Julio César) trescientos y sesenta y cinco días y seis horas; pero como este tiempo excede a la verdadera cantidad del año, fue causa de anticiparse el tiempo y hubo necesidad de la reformación que se hizo por mandado de Gregorio XIII, de felice recordación, el año de 1582. Es, pues, el año nombrado en dos maneras (es a saber): año común, que tiene trescientos y sesenta y cinco días o año bisextil, compuesto de trescientos y sesenta y seis. La causa de esta diferencia es, que la santa Iglesia romana cuenta los años según días cabales, por evitar la incomodidad que resultaría si a ellos se hubiesen de añadir en cada un año las seis horas; pues sería causa de no poder principiarlos siempre a una misma hora, como se hace; y así, las dichas seis horas, que cada año tiene más de trescientos y sesenta y cinco días, forman en cada cuatro años un día entero, que añadido a los trescientos y sesenta y cinco del año común, hacen un año de trescientos y sesenta y seis días y a este llaman bisiesto, que sucede de cuatro en cuatro años.

Estos indios de esta Nueva España tenían cuenta del año, al cual atribuían trescientos y sesenta días y no más; y los cinco que sobran, llamaban los nemontemi, que quiere decir baldíos; y así, no hacían caso de ellos. Sus meses eran diez y ocho, a diferencia de nuestro año, que se re-

[1] Varr. de Ling. Latin. lib. 5.

parte en doce: y así, venían a ser de veinte días. Y como entre nosotros y nuestra cuenta hay semanas, que viene de *septimana*, vocablo latino, que significa siete mañanas; y así, vienen a ser cuatro semenas, poco más, en un mes. Entre estos indios no eran sino cuatro quintanas de días, por no ser los de su mes más que veinte; el último de las cuales hacían fiesta al dios que en aquel mes le celebraban fiesta. Y de aquí se entenderá la cuenta con que ellos se entendían para sus mercados y tianguez, que en su gentilidad eran de cinco en cinco días, y aun ahora permanece en algunas partes; y hacían otros en otras partes, de veinte en veinte, que era a la fin de cada mes, como hasta ahora ha permanecido en el pueblo de Tullantzinco, que es a las faldas de la sierra que llaman de Metztitlan, donde concurren a sus tratos los indios de toda ella. Los nombres de los meses indianos van referidos en el calendario y sus etimologías y significados se dirán en el capítulo siguiente.

La mayor cuenta de tiempo que tenían era hasta ciento y cuatro años, y a esta cuenta la llamaban cehuehuetiliztli, que quiere decir una vejez, que es como decir un siglo. A la mitad del tiempo de esta cuenta, que son cincuenta y dos años, llamaban toxiuhmolpia, que quiere decir atadura de nuestros años, que era como gavilla hecha del número de años contenidos en esta cantidad de toxiuhmolpia. Esta cuenta de años no se sabe cuando comenzó en estos indios; pero tenían por muy averiguado y como por de fe, que el mundo se había de acabar en el fin de una de estas gavillas o cumplimiento de años; y tenían pronóstico o oráculo, que entonces había, de cesar el movimiento de los cielos, que es lo que en fe católica nosotros los cristianos confesamos que el día del juicio cesará todo esto; lo cual se lo debía de haber dicho el demonio, y para la certificación de esto tomaban por señal el movimiento de las cabrillas o pléyadas, la noche de esta fiesta, que ellos llamaban toxiuhmolpia; la cual (como decimos en otra parte) caía de tal manera, que las dichas pléyadas o cabrillas estaban en medio de el cielo a la media noche, en respecto de el horizonte mexicano, que comúnmente es en el mes de diciembre. Y en esta misma noche sacaban el fuego nuevo[2] (como dejamos dicho) y se llevaba a todas las provincias, pueblos y ciudades de toda esta Nueva España.

Esta dicha rueda de cincuenta y dos años no sólo les servía para contar las fiestas de su calendario y año, sino también de libros, porque en ellas asentaban cualquiera cosa que sucedía, con tal claridad, que en muchos siglos se podía ver casi como escrita en un libro. Las figuras principales con que contaban los días y los años no eran más de cuatro, que servían para todo el año; y entendíase la diferencia por medio del número que cada figura junto a sí tenía, que eran unos puntillos redondos, algo gruesos, que significaban los días que corrían hasta trece, poniendo en el primer signo uno y en el segundo dos; y así los iban multiplicando. Podían, pues, por medio de este círculo de años, tener noticia de la substancia de lo acaecido en cualquier tiempo, porque queriendo saber algún suceso pasado, busca-

[2] Supra cap. 33.

ban la rueda de el signo en que había sucedido, y en ella hallaban el año, mes y día y la substancia del suceso, como decir: entre tal y tal rey se dio batalla, murieron tantos, quedó vencedor fulano, hízose con los vencidos o vencedores de ésta, o de esta manera y otras cosas semejantes que es harta declaración. Todo estaba pintado en figuras, al modo que había sucedido, y otras en cifra, de modo que todo se entendía. Yo tengo en mi poder tres o cuatro libros de éstos y una rueda con toda su declaración hecha por el padre fray Toribio Motolinía (muchas veces nombrado en esta historia) de la orden de mi padre San Francisco, que fue uno de los doce religiosos primeros que vinieron a estos reinos; que cierto me causó admiración la extraña curiosidad de estos naturales y me quita esto la duda que antes que comenzara a escribir estos libros tenía, de cómo se podía tener noticia de sus cosas y referir con puntualidad lo sucedido de mil años atras, como lo hacen.

Para hacer esta rueda de cincuenta y dos años, los contaban de cuatro en cuatro, al cual número podíamos llamar olimpios (como naciones antiguas los llamaron, por ser estos juegos de cuatro en cuatro años), y este término de años contaban de esta manera: Ponían cuatro casas, con cuatro figuras. La primera ponían al mediodía y llamábanla ce tochtli, que quiere decir un conejo. La segunda poníanla al oriente y llamábanla ome acatl, que quiere decir dos cañas. La tercera ponían al septentrión y llamábanla ey tecpatl, que quiere decir tres pedernales. La cuarta poníanla al poniente y llamábanla nahui calli, que quiere decir cuatro casas. Pues comenzando la cuenta de el primer año decían así: ce tochtli, un año; ome acatl, dos años; ey tecpatl, tres años; nahui calli, cuatro años. Y luego, volviendo a repetir los dichos cuatro signos, proseguían diciendo: macuilli tochtli, cinco conejos; chiquacen acatl, seis cañas; chicome tecpatl, siete pedernales; chicuey calli, ocho casas; chicunalhui tochtli, nueve conejos; matlactli acatl, diez cañas; matlactliozce tecpatl, once pedernales; matlactliomome calli, doce casas; matlactliomey tochtli, trece conejos. De manera que la cuenta de trece, remata en tochtli, que es el número y signo primero con que se comenzó esta primera tanda. Luego para la segunda comenzaban del segundo signo, que es acatl y concluyen el número de trece en el mismo. Luego la tercera, en el tercero y acaban en él; y la cuarta, en el cuarto, que es casa y acaban en él mismo. Y multiplicados estos cuatro números de trece, vienen a hacer todos juntos cincuenta y dos, que eran los años de toxiuhmolpia. Y luego volvían de nuevo a comenzar su cuenta por el mismo orden y concierto; que cierto, es cuenta artificiosa y buena y con ella se entendían todos. Y la variedad que digo en otra parte, que hubo entre ellos,[3] no es en orden de sus años, sino de los caracteres de sus historias; porque como variaban unos de otros, así había confusión en mucho de lo que decían. No alcanzaron estas gentes el bisiesto, y no es maravilla, pues Aristóteles, ni Platón lo supieron,[4] hasta que Julio César atinó con él. Pero para esta errata que traían en el año, ordenaron los cinco días, que llamaban nemontemi,

[3] Tomo I. lib. 2. cap. 6 y 9.
[4] Sueton. in. Iulio. cap. 40.

que son días baldíos o desaprovechados. Y porque las seis horas que sobran a estos trescientos y sesenta y cinco días no las conocieron, por esto no tenía fijeza el año y no comenzaba con puntualidad, como el nuestro; y así era en un día, o otro, pero siempre casi a un tiempo. Y de aquí nace la diferencia que ha habido en algunos escritores, diciendo unos que comenzaba a fin de enero, y otros, que por febrero, y otros, que por marzo; pero la verdad de el caso es (según la mejor averiguación que yo he hallado) que comenzaba por febrero, como dejamos dicho en el calendario, tratando de las fiestas que celebraban.

CAPÍTULO XXXVII. *Donde se trata de el arte adivinatoria que tenían estos indios occidentales*



ARA LA PERFECTA INTELIGENCIA de la cuenta que dijimos tener estos indios, en el capítulo pasado, es de saber que tenían tres maneras de contar, en cuya primera cuenta entraba la división de el año por sus meses y quintanas, que son los cuatro términos en que se dividía el mes, de cinco en cinco días; y así su año se repartía por diez y ocho meses, como se contiene en su calendario y como queda dicho. El fin a que enderezaban esta división, era, que cada mes, o cada veinte días, los dedicaban a un dios, y en ellos le hacían fiesta y sacrificios, excepto que en dos meses hacían fiesta a cuatro dioses, dedicándoles diez días a cada uno (como dejamos dicho), y así con ser los meses diez y ocho, eran las fiestas veinte; esta cuenta se llama calendario, donde todos los días del año se dedicaban a los dioses, excepto los cinco días, llamados nemontemi que, como queda dicho, los tenían por baldíos y desaprovechados. Esta cuenta, que es calendario, que estos naturales tenían de tiempo sin memoria, es muy distinta de las otras dos cuentas que luego se siguen.

La segunda cuenta, que estos naturales usaban, se llama cuenta de los años, porque contaban cierto número de ellos, hasta cincuenta y dos, por la forma y manera ya dicha en esotro capítulo, que llamaban toxiuhmolpia. El fin o intención principal de esta cuenta fue renovar cada cincuenta y dos años el pacto y concierto que tenían hecho con los ídolos, de servirles la vida que les quedase después de la siguiente atadura de años que comenzaba en la rueda venidera; que a este fin era aquella solemnísima fiesta de el fuego nuevo que hacían en el cumplimiento de estos cincuenta y dos años; y estas dos cuentas quedan ya dichas y declaradas en el lugar referido.

Pero la tercera cuenta que estos naturales usaban, era la de el arte adivinatoria, que era pronosticar o adivinar la fortuna o ventura que tendrían los niños que nacían, así hombres como mujeres, que casi quiso ser levantar figura, como hacen nuestros astrólogos, según su astrología. Era, pues, esta cuenta de esta manera: tenían veinte caracteres o medallas de varias formas y pinturas; al primero de los cuales llamaban ce cipactli, que es espa-

que son días baldíos o desaprovechados. Y porque las seis horas que sobran a estos trescientos y sesenta y cinco días no las conocieron, por esto no tenía fijeza el año y no comenzaba con puntualidad, como el nuestro; y así era en un día, o otro, pero siempre casi a un tiempo. Y de aquí nace la diferencia que ha habido en algunos escritores, diciendo unos que comenzaba a fin de enero, y otros, que por febrero, y otros, que por marzo; pero la verdad de el caso es (según la mejor averiguación que yo he hallado) que comenzaba por febrero, como dejamos dicho en el calendario, tratando de las fiestas que celebraban.

CAPÍTULO XXXVII. *Donde se trata de el arte adivinatoria que tenían estos indios occidentales*



ARA LA PERFECTA INTELIGENCIA de la cuenta que dijimos tener estos indios, en el capítulo pasado, es de saber que tenían tres maneras de contar, en cuya primera cuenta entraba la división de el año por sus meses y quintanas, que son los cuatro términos en que se dividía el mes, de cinco en cinco días; y así su año se repartía por diez y ocho meses, como se contiene en su calendario y como queda dicho. El fin a que enderezaban esta división, era, que cada mes, o cada veinte días, los dedicaban a un dios, y en ellos le hacían fiesta y sacrificios, excepto que en dos meses hacían fiesta a cuatro dioses, dedicándoles diez días a cada uno (como dejamos dicho), y así con ser los meses diez y ocho, eran las fiestas veinte; esta cuenta se llama calendario, donde todos los días del año se dedicaban a los dioses, excepto los cinco días, llamados nemontemi que, como queda dicho, los tenían por baldíos y desaprovechados. Esta cuenta, que es calendario, que estos naturales tenían de tiempo sin memoria, es muy distinta de las otras dos cuentas que luego se siguen.

La segunda cuenta, que estos naturales usaban, se llama cuenta de los años, porque contaban cierto número de ellos, hasta cincuenta y dos, por la forma y manera ya dicha en esotro capítulo, que llamaban toxiuhmolpia. El fin o intención principal de esta cuenta fue renovar cada cincuenta y dos años el pacto y concierto que tenían hecho con los ídolos, de servirles la vida que les quedase después de la siguiente atadura de años que comenzaba en la rueda venidera; que a este fin era aquella solemnísima fiesta de el fuego nuevo que hacían en el cumplimiento de estos cincuenta y dos años; y estas dos cuentas quedan ya dichas y declaradas en el lugar referido.

Pero la tercera cuenta que estos naturales usaban, era la de el arte adivinatoria, que era pronosticar o adivinar la fortuna o ventura que tendrían los niños que nacían, así hombres como mujeres, que casi quiso ser levantar figura, como hacen nuestros astrólogos, según su astrología. Era, pues, esta cuenta de esta manera: tenían veinte caracteres o medallas de varias formas y pinturas; al primero de los cuales llamaban ce cipactli, que es espa-

darte; al segundo, ce ocelotl; al tercero, ce acatl; al cuarto, ce xuchitl; al quinto, ce acatl; y de esta manera iban procediendo hasta veinte y decían que cada uno de estos caracteres reinaba trece días, que todos juntos hacen número de doscientos y sesenta; y algunos quisieron decir que estos trece días eran semanas de estos indios, pero no es así, sino número de días en que reinaba el signo o carácter que estaba al principio. En esta cuenta adivinatoria y no lícita entreponen los caracteres de la cuenta del año, conviene a saber, aquellos cuatro caracteres de que arriba se hizo mención, que es caña, pedernal, casa y conejo; por donde contaban la hebdómada de sus años, que son los cincuenta y dos dichos.

Hase de advertir que esta cuenta era muy perjudicial y muy supersticiosa y llena de idolatría. Algunos la alabaron mucho, diciendo que era muy ingeniosa y que no tenía ninguna mácula ni error; pero esto dijeron por no entender a qué fin se enderezaba esta dicha cuenta, ni tampoco entendieron la muchedumbre de supersticiones, fiestas y sacrificios idolátricos que en ella se contenían; y llamáronla el calendario de los indios, no advirtiendo que esta dicha cuenta no alcanza todos los días de el año, porque no tiene más de doscientos y sesenta días de círculo y vuelta, y luego torna a su principio; y así, no puede ser calendario, ni nunca lo fue, porque no tiene el círculo de los trescientos y sesenta y cinco días que contiene el año, los cuales debe tener para la buena cuenta de las fiestas; y esto ignoraron los que dijeron que esta arte adivinatoria era calendario.

Aquí hemos de advertir que el demonio, nuestro adversario, ha tenido en todas las edades del mundo grandísimo cuidado en buscar modos y maneras con que más se haga estimar de los hombres apartados de el camino cierto de la verdad; y así ha usado con ellos de supersticiones y embustes, para más engolosinarlos a su servicio, entre los cuales fue uno, esta arte adivinatoria, la cual sembró casi por todas las naciones que se saben ha habido en el mundo, en unas más y en otras menos, variándola según la calidad y condición de las gentes donde la ha introducido; porque los judíos tuvieron una manera de adivinar las cosas futuras; los caldeos, otra; los egipcios, otra, muy diversa de éstas; y los árabes y los griegos, según hombres doctos que lo dicen, y los latinos, la cual llaman astrología judiciaria,[1] tan falsa y sin fundamento como todas las demás, porque se rigen en ella por fundamentos falsos y sin verdad, que aunque los tienen no son más que en la apariencia. Todas estas artes de adivinar, entre personas graves y cristianas, están tenidas por cosa de mentira y de burla[2] en todo el mundo (aun en el tiempo de la gentilidad), y aun de la astrología, que tiene sus fundamentos en los movimientos y astros celestes, hay muchos que no quieren tenerla por ciencia, por no parecerles ser de infalible verdad, sino que muchas veces son casos contingentes. Por lo cual Alciato, en uno de sus emblemas,[3] pinta a Ícaro, que queriendo regir el carro del sol y hacer cosa que no sabía, ni le estaba bien, cayó con alas de cera derre-

[1] Div. Thom. 1. q. 115. art. 4 y 1.2. q. 9. art. 5 ad tertium. y 2. 2. q. 95. art. 5.
[2] Div. Aug. contr. Gentes, cap. 84.
[3] Alciat. Emb. 103.

tidas y dio en el profundo del mar, donde se ahogó y pagó su atrevimiento; y dice luego que tales son los astrólogos que quieren medir los efectos de los cielos con la vara de su corto entendimiento y juicio. Pues si de la astrología, que se tiene dada por ciencia, sienten mal hombres que bien sienten, ¿qué se debe decir de la judiciaria que no tiene fundamento en verdad ninguna? Por esto en el tiempo de nuestro cristianismo es condenada y la Iglesia católica romana la tiene detestada y anatematizada por sus concilios y sacros cánones;[4] y en especial el papa Sixto Quinto la anatematizó y maldijo, en su tiempo, como mala y engañosa y que turba la razón y sigue la mentira.

Pues viniendo a hablar de el arte adivinatoria que estos indios usaban, digo que era entre ellos una cosa muy estimada y de mucho interés a los que la usaban. Llamábanla tonalamatl, que quiere decir libro de suertes o de ventura; y a los que la trataban llamaban tonalpouhqui, que quiere decir sortílego o hombre que dice la fortuna o ventura de otro. Éstos eran muy estimados entre estas gentes de la Nueva España, porque como parecía decir cosas futuras y por venir, teníanlos en grande opinión, porque sola esta propiedad es de Dios, como lo dijo el Profeta a unos que les dijo: decidnos las cosas futuras y diremos que sois dioses. De manera que lo futuro y por venir sólo está reservado al poder y saber de Dios y al que por voluntad suya nos lo manifiesta; y así como calidad deífica, que la estimaban en quien la veían, no reparando a si era verdad o mentira lo que decían. Tenían estas gentes grande interese en esta arte adivinatoria, porque todas las criaturas que nacían habían de ser registradas de ellos y habían de decirles lo que sentían acerca de su buena o mala fortuna. Pero como gente ignorante y que no sabían lo que se decían, daban una en el clavo (como dicen) y ciento en la herradura; porque aunque todos eran disparates sin fundamento, algunas veces acertaban, con alguna verdad, sin saber si la decían.

Pues para que se entiendan mejor sus disparates pondré aquí el primer signo de sus adivinanzas, nombrando las casas de sus trece días y lo que de ellas adivinaban. El primer signo de esta arte adivinatoria indiana, era cipactli, que quiere decir espadarte, que es un pez grande de la mar y tiene una espada en el hocico, de el tamaño de un brazo o de una braza, conforme él es grande o chico. Este signo era el principio y primero de todos los de esta arte, el cual se contaba en la primera casa de las trece de este signo. El segundo día reinaba otro carácter, llamado acatl, que quiere decir caña. El tercero, calli, que es casa. El cuarto, quetzpali, lagartija. El quinto, cohuatl, que es culebra. El sexto, miquiztli, que es muerte. El séptimo, mazatl, que es venado. El octavo, tochtli, que es conejo. El noveno, atl, que es agua. El décimo, itzcuintli, que es perro. El undécimo, ozumatli, que es mona. El duodécimo, malinalli, que es cierta yerba, aparrada con el suelo, medicinal. El treceno, acatl, que es caña. Éstos eran los caracteres que servían a los trece días de este primer signo, llamado cipactli;

[4] Lib. 2 y 7. Cod. de Maleficiis, y Mathem. L. Mathematic Cod. Episcop. aut Concilium. Bracchacens 1. cap. 9. 10. Sixt. V. in Motu proprio, qui incipit Caeli y Terra.

y los efectos que atribuían a este primer signo y a todas sus trece casas, era decir que los que nacían en él eran bien afortunados; y si era hijo de hombres principales, decían que vendría a ser señor de vasallos y hombre de mucha estimación en la república y muy rico; y si era hijo de hombre común y plebeyo, decían que sería valiente, honrado y acatado de todos y tendría que comer; si era hija la que nacía, decían que sería rica y tendría todo lo necesario para su casa y sería dadivosa y bienhechora de los pobres necesitados y que se le lograrían todas las cosas de mercancía, o trato que tuviese, y otras cosas semejantes que dejo por excusar prolijidad.

Pero hemos de notar, para conocer las marañas del demonio, que aunque es verdad que prometían todas estas cosas en este signo y sus consiguientes casas, usaban de otra astucia, porque temían su bueno y acertado cumplimiento, y decían luego: estas cosas dichas las promete el dios signo; pero, aunque el carácter promete buena fortuna, será posible que esta criatura no la consiga si no hace penitencia y sufre con paciencia la diciplina y castigo de sus padres, y si no es bien criado y no anda derechamente por el camino de la virtud; porque por estas malas costumbres perderá todo lo que por su buen signo ha merecido en su nacimiento. Esto ordenó el demonio en estas gentes, para que si no fuese verdad lo que este su diabólico ministro había prometido en su nacimiento, a la criatura se atribuyese a culpa suya y no a engaño y mentira del signo. Y hemos de advertir más, que no todos los signos con sus casas eran favorables al recién nacido, ni tampoco todas juntas lo desfavorecían, sino que algunos signos eran favorables y muchas de sus casas restantes no lo eran; y otros signos eran contrarios en su primera casa y favorable en su segunda o tercera; y otros indiferentes para el bien y para el mal (según doctrina falsa de estos diabólicos rabinos); y porque todo era falso y mentiroso, no me curo de pasar adelante a dar más razón de esta fingida arte, aunque la tengo toda en mi poder; sólo he dicho esto para dar noticia al lector de lo que estas gentes sentían acerca de sus adivinanzas y suertes.

CAPÍTULO XXXVIII. *Del palo volador de que usaban estos indios en sus fiestas principales*



NTRE OTRAS MANERAS DE REGOCIJOS que estos indios occidentales tenían, con que engrandecían la solemnidad de sus fiestas y solazaban los ánimos de los que asistían en ellas, era una manera de volar que tenían, dando vueltas por el aire, asidos de unos cordeles que pendían de un alto y grueso madero; y para mayor gusto del lector expresaré de palabra su hechura.

Cuando habían de volar, traían del monte un árbol muy grande y grueso y descortezábanlo y dejábanlo liso. Éste era muy derecho y del tamaño suficiente que bastase a dar trece vueltas a su redonda el que en lé volaba.

y los efectos que atribuían a este primer signo y a todas sus trece casas, era decir que los que nacían en él eran bien afortunados; y si era hijo de hombres principales, decían que vendría a ser señor de vasallos y hombre de mucha estimación en la república y muy rico; y si era hijo de hombre común y plebeyo, decían que sería valiente, honrado y acatado de todos y tendría que comer; si era hija la que nacía, decían que sería rica y tendría todo lo necesario para su casa y sería dadivosa y bienhechora de los pobres necesitados y que se le lograrían todas las cosas de mercancía, o trato que tuviese, y otras cosas semejantes que dejo por excusar prolijidad.

Pero hemos de notar, para conocer las marañas del demonio, que aunque es verdad que prometían todas estas cosas en este signo y sus consiguientes casas, usaban de otra astucia, porque temían su bueno y acertado cumplimiento, y decían luego: estas cosas dichas las promete el dios signo; pero, aunque el carácter promete buena fortuna, será posible que esta criatura no la consiga si no hace penitencia y sufre con paciencia la diciplina y castigo de sus padres, y si no es bien criado y no anda derechamente por el camino de la virtud; porque por estas malas costumbres perderá todo lo que por su buen signo ha merecido en su nacimiento. Esto ordenó el demonio en estas gentes, para que si no fuese verdad lo que este su diabólico ministro había prometido en su nacimiento, a la criatura se atribuyese a culpa suya y no a engaño y mentira del signo. Y hemos de advertir más, que no todos los signos con sus casas eran favorables al recién nacido, ni tampoco todas juntas lo desfavorecían, sino que algunos signos eran favorables y muchas de sus casas restantes no lo eran; y otros signos eran contrarios en su primera casa y favorable en su segunda o tercera; y otros indiferentes para el bien y para el mal (según doctrina falsa de estos diabólicos rabinos); y porque todo era falso y mentiroso, no me curo de pasar adelante a dar más razón de esta fingida arte, aunque la tengo toda en mi poder; sólo he dicho esto para dar noticia al lector de lo que estas gentes sentían acerca de sus adivinanzas y suertes.

CAPÍTULO XXXVIII. *Del palo volador de que usaban estos indios en sus fiestas principales*



NTRE OTRAS MANERAS DE REGOCIJOS que estos indios occidentales tenían, con que engrandecían la solemnidad de sus fiestas y solazaban los ánimos de los que asistían en ellas, era una manera de volar que tenían, dando vueltas por el aire, asidos de unos cordeles que pendían de un alto y grueso madero; y para mayor gusto del lector expresaré de palabra su hechura.

Cuando habían de volar, traían del monte un árbol muy grande y grueso y descortezábanlo y dejábanlo liso. Éste era muy derecho y del tamaño suficiente que bastase a dar trece vueltas a su redonda el que en lé volaba.

El artificio de esta invención era un mortero que ajustaba en lo alto y cabeza del madero, del cual pendía un cuadro de madera, a manera de bastidor, de un lienzo de casi dos brazas en hueco, atado fuertemente al mortero por las cuatro esquinas del dicho bastidor o cuadro con fuertes sogas. Entre el mortero y este dicho cuadro ataban otras cuatro sogas del grosor que bastase a sustentar los que de ellas se colgaban, que a las veces eran tres y cuatro y más de cada una. Estas sogas las afijaban con fuertes clavos, porque no se desfijasen, ni anduviesen a la redonda, haciendo disonancia al compás y priesa con que volaban. Estas sogas entraban por unos agujeros que estaban enmedio de los cuartones que hacían el cuadro, las cuales, para que hiciese su oficio, las revolvían en el madero con mucha orden y concierto, llevándolas todas cuatro juntas, sin que una mordiese a otra, a manera de como se pone en el telar una trama para tejerse. Estas sogas en su extremidad baja remataban con unas lazadas de a vara, poco más o menos, y éstas llegaban a besar y hacer término con el cuadro todas las veces que las revolvían al árbol o madero que estaba empinado para volar. Para subir a este dicho cuadro, que era donde se sentaban los indios voladores, ataban una media maroma desde lo bajo a lo alto, haciendo nudos por el mismo palo, que servían de escalones y de asidero para poder subir por él con mucha facilidad y destreza.

Los indios que volaban no eran todos indiferentemente, sino aquellos solos que estaban muy enseñados para este ministerio, los cuales se ensayaban muchos días antes para ejercitarlo con destreza y gala. Los principales que hacían el juego eran cuatro, los cuales se vestían en figuras diversas de aves, es a saber, tomando unos forma de águilas caudales y otros de grifos y otros de otras aves que representasen grandeza y bizarría. Llevaban tendidas las alas para representar el vuelo proprio y natural del ave; subían a lo alto muy suelta y ligeramente y con ellos otros ocho o diez, todos rica y costosamente vestidos y con muchos brazales y plumajes, para ayuda del ruido y ornato de su vuelo. Todos se sentaban por orden en el cuadro, y por tandas y veces iba subiendo cada uno de pies en el mortero, y allí danzaban al son de algún instrumento las mudanzas que sabían, daban muchas vueltas, como unos volantines, queriendo cada uno aventajarse al otro.

Después de haber regocijado a los circunstantes, que embobados estaban viendo las cosas que hacían, se enlazaban por el medio cuerpo los cuatro que representaban las aves dichas, y dejábanse colgar de las sogas con que fingían su vuelo, y con el peso de los cuerpos movían el cuadro a la redonda y daban ellos las vueltas, y mientras más bajaban, más iban ensanchándose las vueltas que hacían; de manera, que la segunda ganaba a la primera aire y cuerda y la tercera a la segunda, y de esta suerte venían a fenecer las últimas a manera de campana, en una muy ancha y redonda plaza, las cuales venían aventajándose también en velocidad y fuerza, y así llegaban al suelo con gran ímpetu y violencia.

Aquí era de ver lo que venían haciendo estos voladores, asiéndose unas veces con los pies de la cuerda, otras con las manos, otras asidos de sola

la cuerda, que les ceñía por la cintura. Los otros que quedaban arriba, cuando veían que ya iban los voladores en la media distancia de su vuelo, asíanse de las sogas y veníanse deslizando por ellas, unos en pos de otros, haciendo muchos sones y sutilezas; de manera, que cuando los voladores llegaban al suelo, venían con ellos juntamente. Aquí eran las risas y los contentos de todos; porque si el que volaba no era muy diestro, como bajaba con ímpetu y fuerza, alguna vez por dar de pies, daba de manos, o de cabeza, e iba rodando por el suelo hasta que la soga perdía la fuerza que traía; y de esta manera se acababa el vuelo y volvían otra vez a recoger las sogas para hacer otro tanto.

Esta invención pienso que fue inventada del demonio, para tener estos sus falsos siervos y cultores con más viva y continua memoria de su infernal y abominable servicio; porque era una recordación de los cincuenta y dos años que contaban de su siglo (como dejamos dicho), en el cual círculo de años renovaban con el fuego nuevo, que sacaban al pacto y concierto que tenían hecho con el demonio de servirle otros tantos años en el discurso del tiempo venidero. Esto se verifica en las trece vueltas que daban; porque aunque tomadas todas juntas no son más de trece, consideradas en los cuatro cordeles y sogas, hacían cincuenta y dos, dando a cada uno de los cuatro que volaban, trece, que multiplicadas cuatro veces trece hacían el dicho número de cincuenta y dos.

No cesó este vuelo cuando la conquista y plantación de la fe en estas indias, antes se fue continuando hasta que los religiosos ministros evangélicos alcanzaron el secreto y prohibieron, con rigores grandes, que se hiciese. Pero muertos los primeros idólatras, que recibieron la fe, y olvidados los hijos que los siguieron de la idolatría que representaba, volvieron al vuelo y lo han usado en muchas ocasiones; y como gente que sólo se aprovecha de el juego y no de la intención que sus pasados tuvieron, ya no se curan de que los voladores sean cuadrados y así los hacen sexabados, en especial los que son muy altos, y cuelgan de ellos seis sogas y lo ejercitan con grande fiesta y regocijo, no curando de que las vueltas sean solas trece; porque según son grandes o chicos los maderos en que vuelan, así son muchas o pocas las vueltas que dan en ellos.

De éstos alcancé yo a ver en la plazuela de palacio (que se llamó mucho tiempo del Volador y agora se llama de las Escuelas) uno de excesiva grandeza, y en tiempo del virrey don Martín Enríquez, en unas fiestas que hicieron los mexicanos de la conquista de Mexico, renovando en ella la memoria de Fernando Cortés y todo lo sucedido hasta la toma de la ciudad, volaron algunas veces, y con el remate de el día y de ellas, se subió un indio de pies en el mortero, el cual aquel día se había señalado mucho, en el mismo lugar, con cosas muy particulares que había hecho; y cuando le pareció tiempo de venirse tras los que volaban, se arrojó a asir una de las sogas y maromas de los voladores, como otras veces había hecho; pero, o por traer en las manos un atambor y unas sonajas o porque ya la cabeza le pesaba mucho, según se presumió que había cargado de vino, no acertó a tomarla; y aunque traía alas, fueron como las de Ícaro, pegadas con cera,

y así no le valieron y vino al suelo antes que los compañeros que volaban, y se hizo mil pedazos; pero no por esto se mandó quitar, antes volaron en él otras muchas veces, hasta que el dicho madero se pudrió por la parte que estaba fijo en el suelo.

Han muerto otros muchos en otros, porque van pesados cuando suben, y por este respeto fui yo parte, en esta dicha ciudad de Mexico, con los señores virreyes, de que se prohibiesen; pero como las cosas, así en el bien como en el mal, no tienen permanencia, y como dijo el otro sabio, hay tantas sentencias y pareceres cuantas cabezas hay en el mundo, me han dicho que han vuelto a resucitar el juego; y en una fiesta que se celebró de Santiago en la parte de Tlatelulco este año pasado de 1611, que es la segunda que se hace después que acabé aquella iglesia, cayó de lo alto de él un indio y murió de la caída; y a este paso y tono han muerto otros y sucedido otros desastres y desgracias; y esto no basta para escarmiento, así como tampoco no lo es, para excusar la lidia de los toros, ver que cada vez que se juegan hay heridas y muertes de hombres en los cosos; porque deben de decir aquel adagio común, que no porque una nave se pierda en el mar dejan de navegar las otras.

